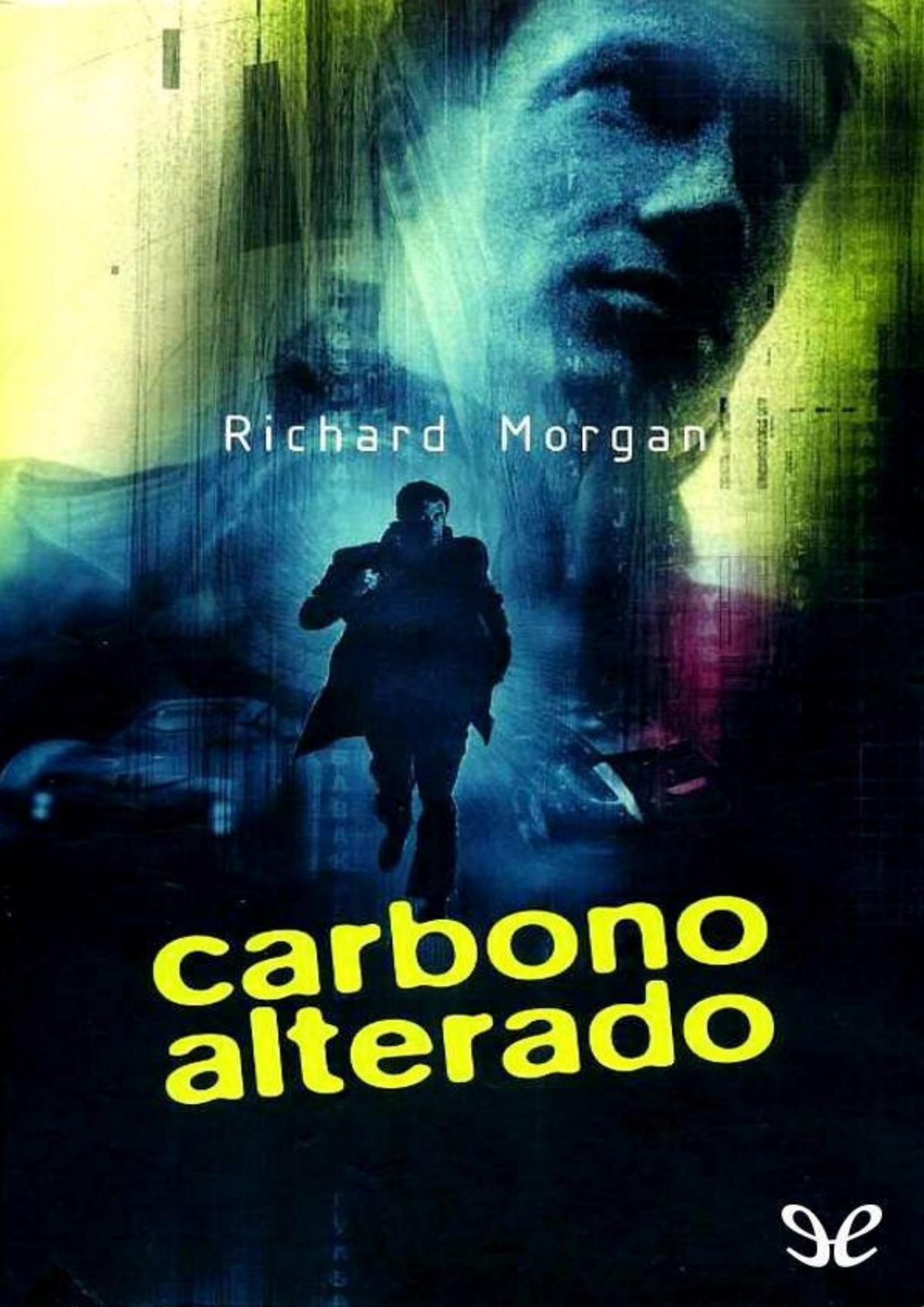
Richard Morgan
carbono alterado

En el siglo XXV, la humanidad se ha expandido por la galaxia supervisada por ONU. Mientras las divisiones de clase, raza y religión persisten, los avances tecnológicos han redefinido la vida: la conciencia se almacena en un disco digital implantado en la base del cerebro, y resulta fácilmente descargable en un nuevo cuerpo, como si de un molde se tratara. Después de ser implacablemente destituido como Enviado de la ONU, Takeshi Kovacs viaja a la Tierra encarnado en un investigador privado contratado por Laurens Bancroft, uno de los hombres más ricos y poderosos de Bay City. El magnate asegura haber sido asesinado, pero la versión de la policía es que se ha suicidado. A medida que investiga, Takeshi se sumerge en un submundo de drogas, sexo y violencia, destapando una sórdida trama de corrupción orquestada por una antigua enemiga.

Richard Morgan

Carbono alterado

Takeshi Kovacs - 1

ePub r1.7
Titivillus 27.11.2018

Título original: *Altered Carbon*
Richard Morgan, 2002
Traducción: Marcelo Tombetta & Estela Gutiérrez Torres

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

Dedico este libro a mi padre y a mi madre:

JOHN

por su voluntad de hierro y
su generosidad incondicional
frente a la adversidad

MARGARET

por la furia pura y explosiva
que habita en la compasión
y el rechazo a rendirse

PRÓLOGO

Dos horas antes de que despuntara el día, me senté en la cocina descascarada y fumé un cigarrillo de los de Sarah, escuchando el maelstrom y aguardando. Hacía rato ya que Millsport dormía, pero fuera, en la Extensión, las corrientes se debatían contra los bancos de arena y su canto recorría las calles vacías. Una bruma fina salía flotando del torbellino, se cernía sobre la ciudad como un velo de muselina y tapaba la vista de las ventanas de la cocina.

Despierto por medios químicos, esa noche inventarié por quincuagésima vez el *hardware* colocado sobre la mesa de madera rayada. La pistola de agujas Heckler & Koch de Sarah brillaba amenazadora en la penumbra, esperando que alguien la cargara. Un arma de asesino, compacta y perfectamente silenciosa. A su lado estaban los cargadores. Sarah los había envuelto con cintas aislantes para distinguir la munición: la verde para los somníferos, la negra para el veneno de araña. La mayoría de los cargadores eran negros. Sarah había utilizado unos cuantos de los verdes contra los guardias de Gemini Biosys la noche antes.

Mi armamento era más modesto: un Smith & Wesson plateado y las últimas cuatro granadas alucinógenas que me quedaban. La fina línea carmesí en torno a cada bote parecía brillar débilmente, como si soñara con desprenderse del envoltorio metálico y confundirse con las volutas del humo de mi cigarrillo. Volutas y arabescos de significados ficticios: era el efecto secundario del tetramet que había comprado aquella tarde en el embarcadero. No suelo fumar cuando estoy sobrio, pero el tetra siempre me provoca esa necesidad.

Pese al clamor lejano del torbellino pude oírlas: las cuchillas giratorias que hendían la noche.

Apagué el cigarrillo con cierta perplejidad y me dirigí a la habitación. Sarah estaba durmiendo, un conjunto de curvas de baja frecuencia bajo la sábana. Un mechón de pelo negro le cubría la cara y una mano de dedos largos descansaba sobre la cama. Estaba mirándola cuando la noche se estremeció. Uno de los guardias orbitales de Harlan disparó un tiro de prueba en la Extensión. El estruendo hizo vibrar las ventanas. Sarah se removió en la cama y se apartó el pelo de los ojos. La mirada de cristal liquido se encontró con la mía y se quedó fija como si me estuviera apuntando.

—¿Qué estás mirando? —preguntó con la voz enronquecida por el sueño.

Sonreí.

—Vamos, no jodas. Dime qué estabas mirando.

—Miraba, nada más. Ha llegado el momento.

Levantó la cabeza y oyó el ruido del helicóptero. El sueño desapareció de su cara y se sentó en la cama.

—¿Dónde está la mercancía?

Era una broma de las Brigadas. Sonreí como sonreímos cuando nos encontramos con un viejo amigo, y le señalé la maleta en un rincón de la habitación.

—Alcánzame la pistola.

—Sí, señora. ¿Negro o verde?

—Negro. Confío más en un condón pinchado que en esos cerdos.

Cargué la pistola de agujas en la cocina, eché una ojeada a mi propia arma y decidí dejarla allí. Cogí en cambio una de las granadas alucinógenas y me la llevé a la otra mano. Me detuve frente a la puerta de la habitación y sopesé las dos armas para saber cuál de las dos pesaba más.

—¿Necesita algo más aparte de su sustituto fálico, señora?

Sarah miró por debajo de la maraña de pelo negro que le caía sobre los ojos. Estaba subiéndose unas medias de lana por sus lustrosos muslos.

—Tu cañón es más largo, Tak.

—No es el tamaño…

Los dos lo oímos al mismo tiempo. Un doble *clac* metálico en el corredor externo. Nuestras miradas se cruzaron a través de la habitación y por un instante vi reflejada en el rostro de Sarah mi consternación. Le lancé la pistola cargada. Ella levantó una mano y la atrapó al vuelo en el momento en que toda la pared de la habitación se venía abajo con estrépito. La explosión me arrojó contra un rincón.

Seguramente localizaron nuestro apartamento con detectores de infrarrojos y habían minado la pared con lapas. Esta vez no teníamos escapatoria. El primer miembro del comando atravesó la pared derrumbada con un Kalashnikov de cañón corto en las manos enguantadas, era corpulento y parecía tener ojos de insecto enfundado en su uniforme de ataque antigás.

Aún en el suelo, y con los oídos zumbándome, le arrojé la granada alucinógena. No tenía espoleta, y de todas formas era inútil contra la máscara antigás, pero él no tuvo tiempo de identificarla. Dio en la recámara de su Kalashnikov y lo hizo trastabillar, tenía los ojos desorbitados tras los cristales de la máscara.

—Fuego en el agujero.

Sarah estaba en el suelo junto a la cama, protegiéndose la cabeza con los brazos y estremecida por la explosión. Había oído el grito y, en segundos, se puso en pie nuevamente, y disparó al hombre con la pistola de agujas. Más allá de la pared, pude ver unas figuras postradas esperando la detonación de la granada. Oí tres disparos y una nube de agujas monomoleculares zumbaron como mosquitos, traspasaron la escafandra del comando y le penetraron en la carne. Emitió un gruñido como si estuviese haciendo un esfuerzo por levantar algo pesado, mientras el veneno de araña se esparcía por su sistema nervioso. Sonreí y empecé a levantarme.

Sarah estaba apuntando contra las figuras que estaban más allá de la pared cuando el segundo miembro del comando apareció en la puerta de la cocina y le disparó con su fusil de asalto.

Todavía arrodillado, la vi morir con la claridad que me daba el tetramet. La escena fue tan lenta que parecían las secuencias consecutivas de un vídeo. El hombre apuntó hacia abajo, tenía el Kalashnikov apretado contra su cuerpo para compensar el retroceso del tiro. Primero estalló la cama, provocando una lluvia de plumas blancas de ganso y de jirones de tela, después le dio a Sarah, atrapada por la ráfaga cuando estaba dándose la vuelta. Vi cómo la parte inferior de una pierna se le desintegraba, y después el cuerpo, sangrientos trozos de tejido arrancados de sus pálidos flancos a medida que caía en medio de la cortina de fuego.

Cuando el fusil de asalto dejó de disparar, yo ya me había levantado. Sarah estaba boca abajo, como si quisiera ocultar las heridas que las balas le habían hecho. Yo lo veía todo a través de un velo escarlata. Me abalancé desde el rincón sin pensármelo demasiado y el tipo del comando no tuvo tiempo de reaccionar. Le di un golpe con la puerta a la altura de la cintura, neutralicé el arma y lo empujé hacia la cocina. El cañón del fusil quedó atrapado en la jamba de la puerta y el tipo lo soltó. Oí el arma golpear contra el suelo detrás de mí mientras él y yo nos revolcábamos por el suelo de la cocina. Con la velocidad y la fuerza que me daba el tetramet, me puse a horcajadas sobre él, le aparté uno de los brazos, le agarré la cabeza con las dos manos y se la aplasté contra las baldosas como un coco.

Debajo de la máscara los ojos se le desorbitaron. Volví a levantarle la cabeza, y la aplasté de nuevo contra el suelo, entonces sentí el cráneo romperse con el impacto. Insistí y volví a golpear la cabeza contra el suelo. Me zumbaban los oídos, era como el maelstrom. En alguna parte, me oía a mí mismo gritando obscenidades. Iba a seguir golpeando cuando sentí un impacto entre los omóplatos. Unas esquirlas saltaron mágicamente de la pata de la mesa delante de mí. Sentí el pinchazo de dos de ellas en la cara.

Por alguna razón, toda mi furia de pronto se aplacó. Solté casi con amabilidad la cabeza del tipo del comando y me estaba llevando una mano a la mejilla cuando lo comprendí: me habían disparado, el proyectil debía de haber traspasado mi pecho y había impactado en la pata de la mesa. Atónito, bajé la mirada y vi la mancha rojo oscuro que se esparcía por mi camisa. No cabía duda. El orificio era lo suficientemente grande como para que cupiera una pelota de golf.

Y el dolor siguió a la comprensión. Era como si alguien me hubiese metido por la fuerza un tubo de acero en el pecho. Todavía consciente, busqué el orificio e introduje dos dedos en él. Las falanges acariciaron la aspereza del hueso roto de la herida y sentí el latido de una membrana. El proyectil no había alcanzado el corazón. Gruñí e intenté levantarme, pero el gruñido se transformó en tos. Sentí el sabor de la sangre en mi boca.

—No te muevas, hijo de puta.

El grito provenía de una garganta joven, deformada por el *shock*. Me doblé sobre la herida y eché un vistazo por encima del hombro. Detrás de mí, en el marco de la puerta, un joven con un uniforme de policía tenía la pistola con la que acababa de

dispararme agarrada con las dos manos. Se notaba que estaba temblando. Volví a toser y me di la vuelta hacia la mesa.

El Smith & Wesson, reluciente, seguía estando donde lo había dejado dos minutos antes. Quizá fue eso lo que me motivó, el escaso tiempo transcurrido desde que Sarah estaba viva y aún no había pasado nada. Dos minutos antes, hubiese podido agarrar la pistola, incluso lo había pensado… ¿por qué entonces no hacerlo en ese momento? Apreté los dientes, hundí todavía más los dedos en la herida del pecho y me levanté titubeando. Tenía la boca rebosante de sangre caliente. Me apoyé contra el borde de la mesa con la mano que tenía libre y miré al poli. Sentía temblar mis labios sobre los dientes crispados: era más una sonrisa que una mueca.

—No me obligues a disparar, Kovacs.

Di un paso hasta la mesa y me apoyé contra ella con el muslo, perdía aire por entre los dientes y la garganta me dolía. El Smith & Wesson fulguraba como oro falso sobre la madera rayada. Afuera, en la Extensión, el rayo de un orbital iluminó de azul la cocina. Podía oír el ruido del torbellino.

—He dicho que no…

Cerré los ojos y me abalancé sobre el arma.

PRIMERA PARTE

Llegada (Transferencia)

Capítulo 1

Volver de la muerte puede ser duro.

En las Brigadas de Choque enseñan a relajarse antes del almacenaje. A mantenerse neutral y flotar. Es la primera lección que los entrenadores imparten ya desde el primer día. Virginia Vidaura, mirada dura y un cuerpo de bailarina enfundado en la escafandra amorfa de las Brigadas, estaba frente a nosotros en la sala de reclutamiento.

—No se preocupen por nada —nos había dicho entonces—, y estarán preparados para todo.

Diez años más tarde volví a encontrármela en una celda del penal de New Kanagawa. Estaban a punto de condenarla a entre ochenta y cien años por un atraco a mano armada y lesiones orgánicas. Lo último que me dijo antes de que la encerraran fue:

—No te preocupes, chico. Lo almacenarán.

Después inclinó la cabeza para encender un cigarrillo, se llenó de humo los pulmones, a los que ya no daba ninguna importancia, y se marchó por el pasillo como si se dirigiera a una reunión que iba a aburrirla.

Desde el estrecho ángulo de visión que me dejaba la puerta estrecha de la celda, admiré entonces la altanería de su caminar al alejarse, mientras me repetía a mí mismo sus palabras como un mantra.

—No te preocupes. Lo almacenarán.

Era una lección magistral de sabiduría con doble sentido: una fe funesta en la eficacia del sistema penal y una pista para el inasible estado mental necesario para superar los obstáculos de la psicosis. Sientas lo que sientas, pienses lo que pienses, estés como estés cuando te almacenen, así estarás cuando salgas. Los estados de excesiva ansiedad pueden generar problemas. De manera que es mejor relajarse. Mantenerse neutral. Despreocuparse y flotar.

Si tienes tiempo para hacerlo.

Estaba debatiéndome, incorporado dentro del tanque de flotación, con una mano buscándome las heridas y la otra intentando empuñar un arma que no existía. Mi peso me arrojó hacia atrás como una maza y caí de nuevo en el gel de flotación. Agité los brazos, apoyé como pude un codo sobre el borde del tanque y jadeé agotado. Glóbulos de gel me entraron por la boca y el esófago. Cerré la boca y logré mantener el equilibrio, pero había gel por todas partes. Me irritaba los ojos, la nariz y la garganta y se escurría por entre mis dedos. El peso obstaculizaba mi libertad de movimiento, me sujetaba por el pecho como en una maniobra de alta gravedad y me hundía en él. Mi cuerpo se agitaba convulsivamente entre las paredes del tanque. ¿Gel de flotación? En realidad me estaba ahogando.

De pronto algo me cogió el brazo con fuerza y me levantó. En el momento en que me di cuenta de que mi pecho estaba intacto, me pasaron una toalla por la cara y abrí los ojos. Volví a cerrarlos de inmediato, pues decidí reservarme ese placer para más tarde y concentrarme en expulsar los restos de gel de mi nariz y garganta. Durante un instante permanecí sentado, con la cabeza gacha, escupiendo gel y tratando de averiguar por qué cualquier movimiento me costaba tanto.

—Y el entrenamiento, ¿qué? ¿No te enseñaron nada en las Brigadas, Kovacs?

Era una voz dura, de hombre, de esas que se suelen oír en las prisiones.

Entonces comprendí. En Harlan, «Kovacs» es un nombre bastante corriente. Todos saben cómo se pronuncia. Pero aquel tipo no tenía ni idea. Y aunque hablaba el cerrado amánglico de uso común, pronunciaba muy mal mi nombre, y decía «k» en lugar de la «ch» eslava.

Y todo era demasiado pesado.

Fue un ramalazo que traspasó mi percepción neblinosa como un ladrillo lanzado contra un escaparate de cristal.

No estaba en Harlan.

Habían capturado a Takeshi Kovacs (humano digitalizado, h. d.) y lo habían transferido. Y como Harlan era la única biosfera habitable del sistema Glimmer, eso significaba una transmisión estelar hacia…

¿Hacia dónde?

Levanté la mirada. Tubos de neón en un techo de cemento. Estaba sentado en la torreta abierta de un cilindro de metal y observaba a todo el mundo como un piloto de antaño que se ha olvidado de vestirse antes de subirse al avión. El cilindro formaba parte de una serie de veinte, alineados contra la pared, frente a una pesada puerta de acero. Hacía frío y las paredes estaban sin pintar. En Harlan las salas de reenfundado están pintadas en colores pastel y las asistentes son más guapas. Después de todo, se supone que uno ha pagado su deuda con la sociedad. Lo mínimo que pueden ofrecerle es comenzar una nueva vida con una sonrisa.

Pero *sonrisa* era una palabra que no existía en el vocabulario de la persona que tenía delante. Medía unos dos metros de altura y parecía como si hasta que se le había presentado la oportunidad de hacer aquel trabajo se hubiese ganado la vida luchando contra fieras salvajes. Los músculos sobresalían de su pecho y sus brazos como una armadura, y el escaso pelo acentuaba una larga cicatriz con forma de rayo a lo largo de la oreja izquierda. Vestía un uniforme suelto con charreteras y un logo en el pecho. Sus ojos hacían juego con el uniforme y me miraban con aplomo. Después de haberme ayudado a sentarme, había retrocedido para ponerse fuera de mi alcance, siguiendo una norma de manual. Se notaba que hacía ese trabajo desde hacía mucho tiempo.

Me tapé una de las narinas y soplé con la otra para sacarme el gel.

—¿Podría decirme dónde estoy? Leerme mis derechos, o algo por el estilo.

—Kovacs, por el momento usted no tiene ningún derecho.

Una sonrisa sombría le iluminaba la cara. Expelí por la otra narina encogiéndome de hombros.

—¿Va a decirme dónde estoy?

Vaciló un momento, miró hacia el techo de tubos fluorescentes como verificando algo y también se encogió de hombros.

—Por supuesto. ¿Por qué no? Bienvenido a Bay City, amigo. Bay City, en la Tierra —volvió a sonreír—. Cuna de la raza humana. Disfrute de su estancia en el más antiguo de los mundos civilizados. Ta-ta-ta-chin.

—Cambie de trabajo —me limité a contestarle.

La doctora me condujo por un largo pasillo blanco cuyo suelo tenía marcas de ruedas. Se movía con rapidez y yo hacía lo posible para seguir su paso, envuelto con una simple toalla gris empapada de gel. Su comportamiento era el de un médico, pero parecía preocupada. Tenía un fajo de documentos impresos debajo del brazo y más trabajo que hacer. Me pregunté cuántos reenfundados debía de tratar cada día.

—Mañana trate de descansar todo lo que pueda —me dijo—. Tal vez tenga algunos dolores, pero es lo normal. Dormir le resolverá el problema. Si tiene otro…

—Lo sé. No es la primera vez.

No tenía ganas de charla. Acababa de acordarme de Sarah.

Nos detuvimos frente a la puerta con la palabra «ducha» escrita en el cristal. La doctora me hizo entrar y me observó un momento.

—Tampoco es la primera vez que me ducho —le aseguré. Asintió.

—Cuando haya terminado, hay un ascensor al final del pasillo. Lo dejará en la próxima planta. La… bueno, la policía lo está esperando…

El manual dice que a los recién reenfundados hay que evitarles las emociones fuertes, pero probablemente ellos habían leído mi expediente y consideraban que encontrarme con la policía era para mí lo normal. Yo traté de sentir lo mismo.

—¿Qué quieren?

—No han querido compartir esa información conmigo —sus palabras evidenciaron una cierta frustración que ella hubiese preferido no dejarme ver—. Quizá conozcan su reputación.

—Quizá —hice un esfuerzo para esbozar una sonrisa—. Doctora, yo nunca había estado aquí. Me refiero a la Tierra. Nunca he tenido que vérmelas con su policía. ¿Debería estar preocupado?

Me miró y vi aparecer en sus ojos el temor, el asombro y el desprecio del reformador humano fracasado.

—Con alguien como usted —dijo finalmente—, creo que son ellos quienes deben preocuparse.

—Claro —dije tranquilamente.

Vaciló, después hizo un gesto.

—En el vestuario hay un espejo —dijo, y se marchó.

Miré en la dirección que había señalado. Aún no estaba preparado para la prueba del espejo.

Para tranquilizarme, en la ducha silbé una melodía desentonada mientras me enjabonaba el nuevo cuerpo. Mi funda debía de rondar los cuarenta, años estándar del Protectorado, con una constitución de nadador y un sistema nervioso mejorado de militar. Y con un neuroestimulador, sin duda. Yo había llevado uno. Una leve molestia en los pulmones indicaba una dependencia de la nicotina, tenía también unas cicatrices profundas en el antebrazo, pero aparte de eso no había nada más de lo que pudiera quejarme. Estos inconvenientes al final pueden con uno, pero si eres listo te acostumbras a vivir con ellos. Cada funda tiene una historia. Si esto perturba, hay que ir a ver a los de Synteta o Fabrikon. He llevado un buen número de fundas sintéticas; se usan con mucha frecuencia para que los reos asistan a las vistas de libertad condicional. Sale barato, pero la sensación es la de vivir solo en una casa con corrientes de aire, además los circuitos del gusto nunca están bien programados. La comida siempre acaba teniendo sabor a *curry* con serrín.

En la cabina del vestuario encontré un traje de verano doblado sobre un banco, y un espejo en la pared. Sobre la ropa apilada había un reloj de acero, y debajo del reloj un sobre blanco con mi nombre. Respiré hondo y me miré en el espejo.

Es siempre el momento más difícil. Hace casi veinte años que lo hago y sin embargo mirarme en el espejo y encontrar en él a un completo extraño sigue sorprendiéndome. Es como estar ante un autoestereograma. Al principio lo único que se puede ver es a un extraño mirándote desde una ventana. Luego, ajustando el enfoque, te sientes flotar detrás de la máscara y adherirte a ella mediante un *shock* casi físico. Es como si te cortaran el cordón umbilical, pero en lugar de separar las dos partes, la sensación es que la otra parte resulta eliminada y tú acabas sólo frente a tu propia imagen.

Me quedé allí secándome, tratando de acostumbrarme a mi cara. Era un rostro de rasgos principalmente caucásicos, lo cual suponía un cambio para mí. Tuve además la abrumadora impresión de que si existía un camino fácil en la vida, esa cara nunca lo había encontrado. Pese a la palidez propia de una larga estancia en el tanque, aquellos rasgos daban la impresión de haber estado al aire libre. Tenía arrugas y en el pelo, corto y oscuro, se veían hebras grises. Los ojos tenían una vaga sombra azul, y vi la marca de una cicatriz bajo el izquierdo. Levanté el antebrazo izquierdo y miré la historia escrita allí, preguntándome si tendría algún punto en común con la cicatriz bajo el ojo.

El sobre debajo del reloj contenía una hoja. Firmada a mano. Muy original.

«Bienvenido a la Tierra, el más antiguo de los mundos civilizados». Me encogí de hombros y leí la carta, luego me vestí y me la metí en el bolsillo de mi nuevo traje. Me miré una última vez en el espejo, me puse el reloj y salí al encuentro de la policía.

Eran las cuatro y cuarto, hora local.

La doctora estaba esperándome, sentada detrás de un mostrador de recepción largo y curvado. Rellenaba formularios en una pantalla. Un hombre delgado, de aspecto severo y traje negro estaba de pie a su lado. No había nadie más en la estancia.

Miré a mi alrededor y me dirigí al hombre.

—¿Es usted el policía?

—Están fuera —dijo señalando la puerta—. Este lugar no pertenece a su jurisdicción. Necesitan un permiso especial para entrar aquí. Tenemos nuestro propio servicio de seguridad.

—¿Y usted quién es?

Me miró con la misma mezcla de emociones que la doctora, que tanto me había impresionado.

—Alcaide Sullivan, director de Bay City Central, el complejo que usted está dejando…

—No parece muy contento de librarse de mí.

Sullivan me clavó la mirada.

—Usted es un reincidente, Kovacs. Nunca he entendido que haya que perder carne y sangre en condiciones con gente como usted.

Toqué la carta en el bolsillo del pecho.

—Por suerte el señor Bancroft no está de acuerdo con usted. Se supone que me ha mandado una limusina. ¿Ya está fuera?

—No me he fijado.

En alguna parte del mostrador sonó una señal. La doctora había terminado de introducir los datos. Retiró la copia impresa, la firmó y se la pasó a Sullivan. El alcaide cogió el papel, lo leyó detenidamente, achicando los ojos, estampó su firma y me pasó la copia.

—Takeshi Lev Kovacs —dijo, pronunciando mal mi nombre, como el técnico de la sala del tanque—, con los poderes que me confiere el Pacto de Justicia de las Naciones Unidas, lo dejo en libertad y bajo la responsabilidad de Laurens J. Bancroft por un período de tiempo que no debe exceder las seis semanas, al final del cual su libertad condicional volverá a ser examinada. Por favor, firme aquí.

Cogí el bolígrafo y escribí mi nombre con la caligrafía de otra persona junto al dedo del alcaide. Sullivan separó el original del duplicado y me entregó la hoja rosada. La doctora sacó otra hoja y se la alcanzó a Sullivan.

—Ésta es la declaración del médico que certifica que Takeshi Kovacs (humano digitalizado) llegó indemne del Departamento de Justicia de Harlan, tras lo cual ha sido reenfundado en ese cuerpo. Somos testigos directos yo y el monitor de circuito cerrado. Está incluida una copia del disco con los detalles y los datos del tanque. Por favor, firme la declaración.

Levanté la mirada y busqué en vano algún rastro de cámara. En fin, no valía la pena molestarse. Volví a garabatear la firma.

—Ésta es una copia del contrato de cesión al que usted se ha sometido. Por favor, léala atentamente. Transgredir alguna de estas cláusulas podría acarrearle un almacenaje inmediato y tener que terminar su sentencia aquí o en otro centro de la Administración. ¿Comprende estas cláusulas y las acepta?

Cogí la hoja y le eché un vistazo. Era un trámite normal y corriente. Una versión modificada del protocolo de libertad condicional que ya había firmado antes tantas veces en Harlan. El tono era algo más protocolario, pero el contenido era el mismo. La misma mierda con distinto olor. Firmé sin pensarlo.

—Perfecto —Sullivan parecía un poco más relajado—. Usted es un hombre afortunado, Kovacs. No malgaste esta oportunidad.

¿No se cansaban de decir siempre lo mismo?

Doblé los papeles sin decir nada y me los metí en el bolsillo junto a la carta. Estaba a punto de irme cuando la doctora se levantó y me alcanzó una pequeña tarjeta blanca.

—Señor Kovacs —me detuve—. No debería haber ningún tipo de problema de ajuste —dijo—. Es un cuerpo sano, y usted ya está acostumbrado, pero si le sucede algo grave, llame a este número.

Alargué un brazo y levanté el pequeño rectángulo con una precisión mecánica que no había notado antes. El neuroestimulador estaba activándose. Metí la tarjeta junto a los otros papeles y me marché, pasé frente a la recepción y empujé la puerta sin decir nada. No era un comportamiento cortés, pero nadie en el edificio se había ganado mi simpatía.

«Usted es un hombre afortunado, Kovacs». Sin duda: a ciento ochenta años luz de casa, metido en el cuerpo de otro hombre cedido en contrato de arrendamiento por seis semanas y enviado a hacer un trabajo que la policía local no aceptaría jamás.

Encima, con la amenaza de que si fallaba me volvían a almacenar.

Me sentía tan afortunado que mientras empujaba la puerta casi me pongo a cantar.

Capítulo 2

Fuera, el vestíbulo era enorme y estaba desierto. Se parecía un poco a la estación de Millsport. Debajo de un techo inclinado de largos paneles transparentes, el suelo pavimentado con cristal brillaba como el ámbar a la luz del sol de la tarde. Dos niños jugaban con las puertas automáticas de la salida, y un solitario robot de limpieza aspiraba una pared. Nada más se movía. Ensimismados y dispersos sobre viejos bancos de madera, algunos humanos esperaban en silencio a que los amigos o familiares regresaran de su exilio de carbono alterado.

La central de transferencia.

Aquella gente no reconocía a sus seres queridos con sus nuevas fundas; correspondía a los recién llegados presentarse. La alegría del reencuentro inminente se veía enturbiada por una inquietud: ¿qué caras y qué cuerpos iban a tener que aprender a querer? O quizá se trataba de descendientes, dos o tres generaciones más jóvenes, que aguardaban a unos parientes que para ellos no eran más que un vago recuerdo de infancia o personajes de una leyenda familiar. Una vez conocí a un tipo de las Brigadas, un tal Murakami, que esperaba a su tatarabuelo, almacenado un siglo atrás. Lo recibió en Newpest con un litro de *whisky* y un taco de billar como regalos de bienvenida. Murakami se había criado escuchando las historias sobre las proezas de su tatarabuelo en las salas de billar de Kanagawa. El viejo se había hecho almacenar mucho antes de que Murakami naciera.

Reconocí a los miembros de mi comité de bienvenida mientras bajaba la escalera. Tres altas siluetas reunidas en torno a un banco que miraban a su alrededor, enmarcadas por motas de polvo que revoloteaban bajo la luz del sol. Una cuarta figura permanecía sentada, con los brazos cruzados y las piernas estiradas. Todos llevaban gafas de sol que, desde lejos, transformaban sus rostros en máscaras idénticas.

Me encaminé hacia la puerta, no hice el menor ademán de desviarme hacia ellos. Se dieron cuenta de mi intención cuando yo ya había atravesado la mitad del enorme vestíbulo. Dos de ellos salieron a mi encuentro con una calma de felinos que acaban de saciar su hambre. Eran corpulentos y macizos, teñidos y con una cresta al estilo mohicano: se interpusieron en mi camino dos metros más adelante y me obligaron a decidir entre detenerme o esquivarlos. Me detuve. Si uno acaba de llegar a un lugar, apenas reenfundado, es mejor no poner nerviosa a la milicia local.

Intenté mi segunda sonrisa del día.

—¿Puedo hacer algo por ustedes?

El más viejo de los mohicanos sacó una placa y en seguida la guardó, como si la intemperie pudiese deteriorarla.

—Policía de Bay City. La teniente quiere hablarle.

La frase sonó truncada, como si hubiese reprimido las ganas de añadirle un epíteto al final. Fingí estar considerando si ir con ellos o no, pero me tenían atrapado y lo sabían. Una hora después de salir del tanque no conocemos suficientemente nuestro nuevo cuerpo como para ponerlo a prueba. Olvidé las imágenes de la muerte de Sarah y me dejé conducir a donde la teniente me esperaba.

Era una mujer que rondaba la treintena. Bajo los discos dorados de sus gafas asomaban los pronunciados pómulos de algún antepasado amerindio. Su gran boca había quedado fijada en una mueca sarcástica. Las gafas descansaban sobre una nariz que hubiese podido servir de abrelatas. Una melena corta y mal peinada enmarcaba su cara. Llevaba una chaqueta de combate demasiado grande para ella, pero las largas piernas enfundadas en color negro que asomaban por debajo indicaban un cuerpo delgado.

Me miró durante casi un minuto, con los brazos cruzados, sin decir una palabra.

—Kovacs, ¿verdad?

—Sí.

—¿Takeshi Kovacs? —Su pronunciación era perfecta—. ¿De Harlan? Millsport, vía el servicio de almacenaje de Kanagawa, ¿no?

—Siga hablando, sólo la interrumpiré si se equivoca en algún dato.

Hubo un pausa prolongada, y ni un reflejo en sus gafas espejeadas. Se soltó los brazos y se miró la palma de la mano.

—¿Tiene permiso para hacerse el gracioso, Kovacs?

—Lo siento. Me lo he dejado en casa.

—¿Y qué lo trae por la Tierra?

Hice un gesto de impaciencia.

—Usted ya lo sabe, si no, no estaría aquí. ¿Tiene algo que decirme o se trata sólo de una práctica educativa para sus colegas?

Sentí que una mano me apretaba el brazo. La teniente hizo un gesto breve con la cabeza y me soltaron.

—Tranquilícese, Kovacs. Sólo estoy manteniendo una conversación. Sé que Laurens Bancroft lo ayudó a salir. De hecho, estoy aquí para saber si quiere que lo llevemos a la residencia de Bancroft.

De pronto se levantó y me di cuenta de que era casi tan alta como mi nueva funda.

—Soy Kristin Ortega, del Departamento de Lesiones Orgánicas. Me ocupaba del caso Bancroft.

—¿Se ocupaba…?

—El caso está cerrado, Kovacs.

—¿Es una advertencia?

—No, es un hecho. Se trata de un suicidio.

—Bancroft no parece tener la misma opinión. Él asegura que lo mataron.

—Sí, es lo que he oído —dijo Ortega encogiéndose de hombros—. Bueno, está en su derecho. Debe de ser muy difícil para un hombre así admitir que se ha volado la cabeza.

—¿Un hombre cómo?

—Oh, vamos —se detuvo y me dedicó una sonrisita—. Perdone, lo había olvidado.

—¿Olvidado qué?

Hubo otra pausa y de pronto, por primera vez, Kristin Ortega se mostró menos segura de sí misma. Cuando volvió a hablar su tono denotó una cierta vacilación.

—Usted no es de aquí.

—¿Y eso?

—Si fuera de aquí sabría qué clase de hombre es Laurens Bancroft. Nada más.

Fascinado ante la idea de que alguien pudiera mentirle tan descaradamente a un extranjero, intenté que volviera a sentirse cómoda.

—¿Un hombre rico? —aventuré—. ¿Poderoso?

Kristin Ortega sonrió tímidamente.

—Ya lo verá. Bueno, ¿quiere que lo lleve o no?

La carta decía que un chófer me esperaría fuera de la estación. Bancroft no había mencionado a la policía. Me encogí de hombros.

—Nunca he rechazado un taxi gratis.

—Bien. ¿Vamos?

Los dos polis me acompañaron hasta la puerta y se me adelantaron, como guardaespaldas, con sus cabezas giradas hacia atrás y miradas escrutadoras. Ortega y yo los seguimos y el calor del sol me dio en plena cara. Entorné mis nuevos ojos para protegerme de la luz y distinguí unos edificios angulosos detrás de las vallas, al otro lado de una pista abandonada. Estructuras de color hueso, probablemente del milenio anterior. Más allá de las paredes, extrañamente monocromas, pude ver tramos de un puente metálico gris parcialmente oculto a mi vista. Una serie de vehículos de superficie y aéreos estaban estacionados allí de forma desordenada. De pronto se levantó una ráfaga de viento que trajo el olor fugaz de las malas hierbas que crecían en las grietas del asfalto del aparcamiento. A lo lejos se oía el ruido familiar del tráfico, el resto parecía el decorado de una película de época.

—¡… y no olvidéis que sólo hay un juez! No hagáis caso a los científicos cuando os dicen…

Las distorsiones de un megáfono chapuceramente manejado nos molestaron mientras bajábamos la escalera de salida. Eché una mirada a la pista y vi una muchedumbre congregada en torno a un hombre vestido de negro subido a una caja. Carteles holográficos flotaban de forma espasmódica sobre las cabezas del público.

NO A LA RESOLUCIÓN 653. SÓLO *DIOS* PUEDE RESUCITAR. D. H. = MUERTE.

Las aclamaciones estallaban desde los altavoces.

—¿Qué es eso?

—Son católicos —respondió Ortega torciendo la boca—. Una antigua secta religiosa.

—¿Ah, sí? Nunca había oído hablar de ellos.

—Claro, es normal. Ellos no creen que se pueda digitalizar a un ser humano sin que éste pierda su alma.

—No es una creencia muy difundida, entonces, ¿no?

—Sólo en la Tierra —dijo ella con tristeza—. Creo que el Vaticano, su iglesia central, ha financiado un par de misiones a Starfall y Latimer…

—Yo he estado en Latimer, pero no los he visto.

—Las naves partieron a principios de siglo, Kovacs. No llegarán allí hasta dentro de veinte años.

Nos acercamos a la muchedumbre y una mujer joven con el pelo austeramente recogido nos entregó un folleto. El gesto fue tan brusco que disparó los reflejos aún no asentados de mi funda. Experimenté una paralización momentánea antes de poder controlarlos. La mujer permaneció inmóvil, mirándome con dureza, con el brazo alargado. Finalmente cogí el folleto con una sonrisa de circunstancias.

—No tienen derecho —dijo la mujer.

—Sí, claro, estoy totalmente de acuerdo con usted…

—Sólo Dios Nuestro Señor puede salvar nuestras almas.

—Yo…

Me hubiese gustado continuar, pero Kristin Ortega me cogió del brazo de forma harto experimentada. Me solté cortésmente, pero con firmeza.

—¿Tenemos prisa?

—Tenemos otras cosas que hacer, desde luego —dijo con los labios apretados, mientras miraba a sus colegas, que rechazaban los folletos.

—¿Quién le ha dicho que no me hubiese gustado hablar con ella?

—¿De veras? Yo más bien he tenido la impresión de que casi le rompe el cuello.

—Es mi funda. Tiene reflejos neuroestimulados y la chica los ha disparado. La mayoría de la gente descansa varias horas después de la transferencia. Estoy un poco nervioso.

Miré el prospecto que tenía en la mano, «¿PUEDE UNA MÁQUINA SALVAR TU ALMA?», preguntaba retóricamente. La palabra «MÁQUINA» estaba impresa en un tipo de letra que imitaba las de los ordenadores antiguos. La palabra «ALMA» estaba en cambio escrita a mano y danzaba por toda la página. Miré el dorso para ver la respuesta.

«¡NO!».

—Son partidarios de la conservación criogénica, pero están en contra de la digitalización humana. Interesante —eché un vistazo a los carteles holográficos—. ¿Qué es la resolución 653?

—Un proyecto de ley que se está debatiendo en el Consejo de las Naciones Unidas —respondió Ortega—. El fiscal de Bay City quiere citar a una católica almacenada, testigo de cargo de un caso. El Vaticano alega que la mujer ya está muerta y en manos de Dios. Dicen que sería una blasfemia.

—Entiendo. Su opinión sobre el tema me parece bastante clara.

Se dio la vuelta y se me encaró.

—Kovacs, yo detesto a estos tarados. Nos han torturado durante más de dos mil quinientos años. Son más responsables que cualquier otra organización de todos los males que la humanidad ha sufrido a lo largo de la historia. ¿Sabe? En el nombre de Dios, se oponen a la contracepción, y no han querido aceptar ninguno de los progresos que la medicina ha llevado a cabo en los últimos cinco siglos. Lo único positivo que se puede decir de ellos es que, con todo este estar en contra de la digitalización humana, al menos no han podido seguir multiplicándose como lo ha hecho el resto de la humanidad.

Me llamó la atención una aeronave Lockheed-Mitoma abollada y pintada con los colores de la policía. Yo había conducido ya una Lockheed-Mitoma en Sharya, pero allí eran negras, mates y antirradar. Las rayas rojas y blancas de ésta le daban un aire carnavalesco comparada con aquélla. Un piloto con gafas de sol, similares a las que llevaban los polis que acompañaban a Ortega, estaba sentado inmóvil en la cabina. La escotilla comenzó a abrirse. Ortega le dio un golpe a la carlinga cuando subimos a bordo y las turbinas se encendieron con un murmullo.

Ayudé a uno de los mohicanos a cerrar la escotilla y me acomodé del lado de la ventanilla. Subimos en espiral y yo miré hacia abajo para ver a la multitud. Al alcanzar los cien metros de altura el vehículo se estabilizó y bajó el morro. Me arrellané en el asiento y advertí que Ortega me miraba.

—Seguimos curioseando, ¿no? —preguntó.

—Me siento como un turista. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Si puedo responderle.

—Si esos tipos no practican la contracepción, tiene que haber un montón de ellos, ¿no? Y la Tierra en estos días no bulle precisamente de actividad, de modo que… ¿por qué no se han hecho ya con el control?

Ortega y sus hombres intercambiaron unas sonrisas desagradables.

—Almacenaje —dijo el mohicano a mi izquierda.

Me di un golpe en la nuca preguntándome si ese gesto querría decir algo allí. Es el lugar habitual de las pilas corticales, pero quizá en la cultura local no se estilaba ese gesto.

—El almacenaje, claro —repetí mirándolos—. ¿No hay un trato especial para ellos?

—No.

Este breve intercambio nos había convertido en muy buenos amigos. Estaban relajándose. El mohicano retomó la conversación.

—Diez años o tres meses de almacenaje, para ellos es igual. Cada vez es una sentencia de muerte. Nunca llegan a salir de allí. Divertido, ¿no?

—Mucho, sí. ¿Y qué pasa con los cuerpos?

El mohicano que tenía enfrente hizo un gesto como si arrojara algo a la basura.

—Los venden enteros, o en partes para los trasplantes. Depende de la familia.

—¿Algún problema, Kovacs? —me preguntó Ortega mientras yo me giraba para mirar de nuevo a los católicos.

Volví a mirar a Ortega con una verdadera sonrisa en la cara. Comenzaba a acostumbrarme a ellos.

—No, no. Estaba pensando, nada más. Es como estar en otro planeta.

El comentario provocó una carcajada general.

Suntouch House, 2 de octubre

Takeshi-san:

Cuando usted reciba esta carta, se sentirá sin duda algo desorientado. Quiero presentarle mis más sinceras excusas por eso, pero me han confirmado que el entrenamiento que usted ha recibido en las Brigadas de Choque le permite afrontar este tipo de situaciones. Por lo demás, puedo asegurarle que nunca lo habría molestado por algo así si mi propia situación no fuera realmente desesperada.

Me llamo Laurens Bancroft. Usted viene de las Colonias, de modo que mi nombre quizá no signifique nada para usted. Me basta con decirle que soy un hombre rico y poderoso aquí en la Tierra, y que por lo tanto tengo muchos enemigos. Hace seis semanas me asesinaron. Un hecho que la policía, por propia conveniencia, ha decidido interpretar como un suicidio. Y como los asesinos en última instancia fallaron, es obvio que volverán a intentarlo, tarea que, dada la actitud de la policía, podrían llevar a cabo fácilmente.

Sin duda, se preguntará qué tiene que ver usted con todo este asunto, y por qué debería ocuparse de él a ciento ochenta y seis años luz de su lugar de almacenaje. Mis abogados me aconsejaron contratar a un detective privado, pero dada mi relevancia en la comunidad global, no puedo confiar en ningún terrícola. Fue Reileen Kawahara quien me dio su nombre, una persona para la cual, según tengo entendido, hizo usted algún trabajo en Nuevo Pekín hace ocho años. Las Brigadas de Choque lo localizaron en Kanagawa dos días después de que yo pidiera información sobre su paradero, aunque, dadas sus circunstancias, no pudieron ofrecerme ningún tipo de garantías sobre su persona. Según tengo entendido, es usted un hombre que sólo depende de sí mismo.

Las condiciones bajo las que usted fue puesto en libertad son las siguientes:

Usted ha sido contratado para trabajar para mí por un período de seis semanas, con opción a renovar una vez concluido ese lapso de tiempo si fuera necesario. Durante este período me haré cargo de todos los gastos que requiera su investigación. Además, me haré cargo también del gasto del alquiler de la funda durante ese tiempo.

En caso de que usted concluya la operación con éxito, el resto de su sentencia de almacenaje en Kanagawa —ciento diecisiete años y cuatro meses— será anulada y usted será devuelto a Harlan para un inmediato cambio de funda de su elección. Al mismo tiempo, me encargaré de pagar la suma de la amortización de su funda aquí en la Tierra y tendrá usted la posibilidad de naturalizarse ciudadano de las Naciones Unidas. Sea cual sea el resultado, se le entregará una suma de cien mil dólares ONU, o su equivalente.

Creo que estas condiciones son generosas, pero quisiera añadir que no soy un hombre a quien se pueda tomar a la ligera. Ante la eventualidad de que su investigación fracase y yo sea asesinado, o que usted no cumpla con lo estipulado en el contrato, el arrendamiento de la funda cesará inmediatamente y usted será de nuevo almacenado para cumplir su sentencia aquí en la Tierra. Cualquier otra infracción por su parte será añadida a dicha sentencia. En caso de que usted no acepte mi contrato, será igualmente almacenado de inmediato, si bien en este caso no puedo garantizarle que pueda enviarlo de nuevo a Harlan.

Espero que vea en este contrato una oportunidad y que acepte trabajar para mí. Confiando en que ésa sea su decisión enviaré una persona a recogerlo a su centro de almacenaje. Su nombre es Curtis, y es uno de nuestros empleados más fieles. Estará esperándolo en el vestíbulo de puesta en libertad.

Espero verlo pronto en Suntouch House.

Atentamente,
Laurens J. Bancroft

Capítulo 3

Dejamos atrás Bay City y bordeamos la costa hacia el Sur durante media hora hasta que una desaceleración en las turbinas de los motores me indicó que nos acercábamos a nuestro destino. La luz que se veía por las ventanillas del lado derecho iba tornándose dorada a medida que el sol se hundía en el mar. Cuando comenzamos a bajar eché una mirada y vi que las olas parecían de cobre fundido y el aire de un ámbar puro. Era como si fuéramos a aterrizar en un tarro de miel.

La nave se ladeó un poco y ante mis ojos apareció la residencia de Bancroft. Sus límites eran las aguas verdes y grises. Un terreno cuidado con senderos de grava rodeaba una mansión con techo de tejas lo suficientemente grande como para albergar a un pequeño ejército. Las paredes eran blancas, el tejado color coral y el ejército, si existía, era invisible. Cualquier sistema de seguridad que hubiera debía de ser muy discreto.

A medida que bajábamos alcancé a vislumbrar algunos detalles, como la sutil bruma del cerco eléctrico de uno de los bordes del terreno, que apenas interfería en la vista de la casa. Ingenioso.

A menos de doce metros de altura del prado de impecable hierba, el piloto frenó a fondo: una maniobra innecesaria. La nave se estremeció de punta a punta y luego aterrizamos en medio de un torbellino de hierba.

Le lancé una mirada reprobatoria a Ortega. Ella la ignoró y abrió la escotilla para salir. Después de un momento la alcancé en el prado.

—¿Qué pasó? —grité para hacerme oír sobre el ruido de las turbinas, aplastando con el pie un trozo de hierba arrancado—. ¿Ustedes están cabreados con Bancroft porque no creen en su suicidio?

—No —Ortega miraba la casa que teníamos delante como si pensara instalarse en ella—. No, no fue ése el motivo por el cual rompimos con Bancroft.

—¿Le importaría entonces decirme cuál fue?

—Aquí el detective es usted.

Una mujer joven apareció por uno de los lados de la casa, llevaba una raqueta en la mano y cruzó el prado dirigiéndose hacia nosotros. Al llegar a unos veinte metros de distancia, se detuvo, se metió la raqueta debajo del brazo e hizo bocina con las manos.

—¿Usted es Kovacs? —gritó.

Era hermosa, su cuerpo respiraba sol, mar y arena. El conjunto de tenis que llevaba le quedaba de maravilla. Cuando se movía, el pelo dorado le serpenteaba por la espalda, y su grito había revelado toda la blancura de sus dientes. Llevaba una cinta en el pelo y muñequeras, pero el sudor de su frente indicaba que no se vestía así tan sólo por coquetería. Sus piernas tenían músculos bien formados y al levantar los

brazos se le marcaron unos bíceps sólidos. Unos senos exuberantes resaltaban contra el maillot ajustado. Me pregunté si aquél era su cuerpo.

—Sí —respondí, gritando también—. Soy Takeshi Kovacs. Me han liberado esta mañana.

—Habíamos quedado en que debía encontrarse con alguien en el centro de almacenaje.

Parecía una acusación. Levanté las manos.

—Es lo que he hecho.

—Pero no con la policía —dijo ella acercándose, con la mirada clavada en Ortega —. Yo a usted la conozco.

—Soy la teniente Ortega —dijo la aludida, como si se encontrara en un cóctel—. De Bay City. Departamento de Lesiones Orgánicas.

—Ah, sí, ahora me acuerdo —su tono era claramente hostil—. Supongo que ustedes planearon algo para poder detener a nuestro chófer…

—No, señora, debe de haber sido un asunto de Tráfico —respondió Ortega educadamente—. Y yo no tengo nada que ver con esa división.

La mujer hizo una mueca.

—Sí, teniente, estoy segura de que usted no ha sido. Y estoy segura de que tampoco tiene a ningún amigo trabajando allí —su voz se endureció—: Habremos hecho que lo suelten antes del anochecer.

Miré para ver la reacción de Ortega, pero no hubo ninguna. Su perfil de halcón ni se inmutó. Pero a mí me preocupaba sobre todo la expresión de la mujer de la raqueta. Era una expresión horrible, que pertenecía sin duda a una cara más vieja.

Desde nuestra llegada, habían aparecido junto a la casa dos tipos grandotes con fusiles automáticos al hombro. Después de estar un buen rato vigilándonos, abandonaron tranquilamente la sombra y se dirigieron hacia nosotros. El imperceptible agrandamiento de los ojos de la chica indicaba que los había llamado mediante un micrófono interno. En Harlan la gente todavía era reacia a incrustarse ese tipo de material en el cuerpo, pero la moda en la Tierra parecía distinta.

—Su presencia aquí no es bienvenida, teniente —dijo la chica con una voz glacial.

—Ya nos vamos, señora —respondió Ortega.

Me dio una inesperada palmada en la espalda y se encaminó hacia la nave con paso ligero. A mitad de camino, se detuvo de pronto y se dio la vuelta.

—Casi me olvido, Kovacs. Aquí necesitará esto.

Se metió la mano en el bolsillo del pecho y me arrojó un pequeño paquete. Lo atrapé al vuelo y lo miré. Cigarrillos.

—Hasta pronto.

Subió a bordo de la nave y cerró la escotilla. Vi que me miraba a través del cristal. La nave se elevó con un fuerte impulso pulverizando el suelo y dejando un surco en el prado en dirección al mar. Nos quedamos mirándola hasta que desapareció.

—Encantadores —dijo la mujer que estaba a mi lado.

—¿La señora Bancroft?

Se dio la vuelta. A juzgar por su mirada mi presencia allí no era mejor recibida que la de Ortega. Ella había notado el gesto de camaradería de la teniente y había torcido la boca con desaprobación.

—Mi marido le había enviado un coche, señor Kovacs. ¿Por qué no lo esperó?

Saqué la carta de Bancroft.

—Aquí dice que un coche iba a esperarme… pero allí no había ninguno.

Trató de arrancarme la carta pero yo la aparté. Se quedó frente a mí, roja de ira, con los senos subiéndole y bajándole al ritmo de su respiración. En el tanque, el cuerpo sigue produciendo hormonas, como si estuviera durmiendo. De pronto me di cuenta de que tenía una erección.

—Debería haber esperado.

Harlan, recordé haber visto en alguna parte, tiene una gravedad de 0,8 g. De repente me sentí muy pesado. Dejé escapar un suspiro.

—Señora Bancroft, si hubiese esperado, todavía estaría allí. ¿Podemos entrar?

Sus ojos se abrieron un poco y pude leer en ellos su verdadera edad. Después bajó la mirada y recobró la compostura. Cuando volvió a hablar su voz era más suave.

—Lo siento, Kovacs. He sido un poco brusca. La policía, como usted ha podido ver, no ha sido nada comprensiva. Todo ha sido muy estresante, y todavía estamos un poco alterados. Puede imaginar…

—No tiene que darme explicaciones.

—Pero es que de verdad lo siento mucho. Yo no soy así. Nadie aquí lo es —señaló a su alrededor como queriendo dar a entender que los dos guardias armados detrás de ella normalmente llevaban guirnaldas de flores—. Por favor, acepte mis excusas.

—Por supuesto.

—Mi marido lo está esperando en el salón que da al mar. Lo acompañaré allí ahora mismo.

El interior de la casa era amplio y luminoso. Una criada nos salió al encuentro a la puerta de la galería y se llevó la raqueta de la señora Bancroft sin decir una sola palabra. Atravesamos un vestíbulo de mármol decorado con obras de arte que incluso a mis ojos inexpertos parecían antiguas. Había dibujos de Gagarin y Armstrong y representaciones de Konrad Harlan y Angin Chandra. Al final de la galería, colocado sobre un pedestal, había una especie de árbol delgado de piedra roja agrietada. Me detuve frente a él y la señora Bancroft retrocedió hasta donde yo estaba.

—¿Le gusta? —preguntó.

—Mucho. Es marciano, ¿verdad?

De reojo pude ver un cambio apenas perceptible en su expresión. Estaba escrutándome de nuevo. Me di la vuelta para mirarla.

—Estoy impresionada —dijo.

—A mucha gente le pasa lo mismo. A veces incluso doy saltos mortales.

Me miró intensamente.

—¿Sabe realmente qué es esto?

—A decir verdad, no. Antes el arte estructural me interesaba… he reconocido la piedra por las fotos, pero…

—Es una aguja cantora.

Pasó frente a mí y acarició una de las ramas. La cosa emitió un suspiro débil y el aire se impregnó de una fragancia a cereza y mostaza.

—¿Está viva?

—Nadie lo sabe —hubo en su tono un dejo de entusiasmo que hizo que de pronto me resultara más simpática—. En Marte crecen hasta alcanzar cien metros, con una raíz tan grande como esta casa. Se las oye cantar desde unos cuantos kilómetros de distancia y su fragancia llega también muy lejos… Según las marcas de la erosión, los expertos creen que la mayoría de ellas tienen por lo menos diez mil años. Ésta podría ser de la época de la fundación del Imperio romano.

—Debe de haber costado una fortuna. Traerla a la Tierra, quiero decir.

—El dinero no es un problema, señor Kovacs. —La máscara cayó de nuevo sobre su rostro. Había llegado el momento de reemprender la marcha.

Pasamos rápidamente por el pasillo de la izquierda, quizá para recuperar el tiempo perdido. A cada paso, los senos de la señora Bancroft se bamboleaban bajo la fina tela del maillot y yo hice un esfuerzo por interesarme por las obras de arte del otro lado del pasillo. Más obras enfáticas, Angin Chandra y su mano posándose sobre un cohete fálico. Lo cual, en la situación en que me encontraba, no me ayudaba mucho.

El salón que daba al mar estaba en el extremo del ala occidental. La señora Bancroft me introdujo en el salón, tras una sencilla puerta de madera, donde, apenas entramos, el sol nos dio en la cara.

—Laurens, está aquí el señor Kovacs…

Levanté una mano para protegerme los ojos. La sala tenía puertas correderas de cristal que daban a una terraza. En ella había un hombre. Debió de oírnos entrar; también debía de haber visto la nave de la policía, sin embargo se había quedado allí, contemplando el mar. A veces volver de la muerte puede hacer que uno se sienta así. O quizá no era más que arrogancia. La señora Bancroft me hizo una seña para que siguiéramos y subimos unos escalones hechos de la misma madera que la puerta. Las paredes de la sala estaban cubiertas de arriba abajo con libros. El sol les daba un tinte anaranjado.

Cuando llegamos a la terraza, Bancroft se dio la vuelta. Tenía un libro en la mano, cerrado.

—Señor Kovacs —dijo dejando el libro para saludarme—, es un placer encontrarme finalmente con usted. ¿Cómo se siente en su nueva funda?

—Bien. Es cómoda.

—Claro, yo no me ocupo mucho de los detalles, pero pedí a mis abogados que encontraran algo… adecuado —levantó la mirada, como si buscara la aeronave de Ortega en el horizonte—. Espero que la policía no lo haya molestado demasiado.

—No mucho.

Bancroft parecía un hombre culto. En Harlan había una estrella de experia llamada Alain Marriott, conocido por la interpretación que había hecho de un joven filósofo quelista que luchó contra la tiranía brutal de los primeros años del asentamiento. No sé si el retrato de los quelistas estaba conseguido, pero era una buena película. La he visto dos veces. Bancroft se parecía mucho a Marriott en ese papel. Era delgado y elegante, con el pelo gris y largo recogido en una cola. Los ojos negros e intensos. El libro que tenía en la mano y los estantes en torno a él eran como una extensión natural de la energía de espíritu que esos ojos reflejaban.

Bancroft tocó a su mujer en el hombro con una desenvoltura indiferente que, en el estado en que me encontraba, me dio ganas de echarme a llorar.

—Era otra vez esa mujer —dijo la señora Bancroft—. La teniente.

Bancroft sacudió la cabeza.

—No te preocupes, Míriam. Sólo están husmeando. Les advertí de que iba a hacerlo y no me hicieron caso. Pues bien, ahora el señor Kovacs está aquí, y por fin me toman en serio —se volvió hacia mí—. La policía no me ha ayudado mucho en este asunto.

—Entiendo. Creo que por eso estoy aquí.

Nos miramos un momento mientras me preguntaba si sentía rabia hacia ese hombre o no. Me había hecho atravesar la mitad del universo habitado, me había metido en un nuevo cuerpo y me había ofrecido una misión que no podía rechazar. Los ricos se comportan así. Tienen el poder y no ven ninguna razón que les impida utilizarlo. Hombres y mujeres no son más que mercancías, como todo lo demás. Acomódalos, flétalos y trasvásalos. Y por favor firma aquí abajo.

Por otra parte, en Suntouch House nadie todavía había pronunciado mal mi nombre, y además yo no tenía alternativa. Por otra parte era mucho dinero. Cien mil dólares ONU eran seis o siete veces más que lo que yo y Sarah podíamos ganar en Millsport con nuestros negocios. Los dólares de la ONU eran la moneda más fuerte, y se podía cambiar en cualquier parte del Protectorado.

Valía la pena mantener la calma.

Bancroft apoyó de nuevo la mano sobre su mujer, esta vez en la cintura, para alejarla.

—Míriam, ¿podrías dejarnos a solas un rato? Estoy seguro de que Kovacs tiene un montón de preguntas que hacerme que seguramente a ti te aburrirían.

—En realidad, también me gustaría hacerle algunas preguntas a la señora Bancroft.

Ella ya estaba retirándose y mi comentario la detuvo a medio camino. Giró la cabeza y nos miró, primero a mí y luego a Bancroft. A mi lado, su marido se impacientó. No era lo que él quería.

—Quizá podamos hablar en otro momento —añadí—. A solas.

—Por supuesto —sus ojos se encontraron con los míos, luego se apartaron—. Estaré en la sala de mapas, Laurens. Envía a Kovacs allí cuando hayáis terminado.

Los dos la miramos irse, y cuando la puerta se cerró tras ella, Bancroft me señaló una de las tumbonas de la terraza. Tras ellas había un antiguo telescopio astronómico que apuntaba hacia el horizonte, cubierto de polvo. Miré las tablas bajo mis pies y vi que también eran antiguas. Una sensación de vetustez se apoderó de mí y me dejé caer en la tumbona con un cierto malestar.

—Por favor, Kovacs, no vaya a pensar que soy machista. Pero después de doscientos cincuenta años de matrimonio, mi relación con Míriam se basa sobre todo en la camaradería. Realmente será mejor que hable con ella a solas.

—Entiendo —dije; no era del todo cierto, pero estaba bien.

—¿Desea tomar algo? ¿Una copa?

—No, gracias. Un poco de zumo, si tiene.

Los temblores provocados por la transferencia empezaban a hacerse notar. Además sentía un desagradable escozor en los pies y en los dedos y pensé que se debía a la dependencia de la nicotina. Aparte de algún cigarrillo que Sarah me daba, desde las últimas dos fundas no había fumado ni bebido, y no quería volver a hacerlo. El alcohol sobre todo hubiese acabado conmigo. Bancroft cruzó las manos sobre las rodillas.

—Por supuesto. Ahora hago que se lo traigan. ¿Por dónde le gustaría empezar?

—Quizá por lo que usted espera de mí. No sé lo que Reileen Kawahara le habrá contado, o la reputación que las Brigadas de Choque tienen aquí en la Tierra, pero no espere ningún milagro. No soy un mago.

—Soy consciente de eso. He leído mucho sobre las Brigadas. Y Reileen me ha dicho de usted que es alguien con quien se puede contar, aunque un poco… fastidioso.

Me acordé de los métodos de Kawahara y de mis reacciones. Fastidioso, sin duda. De acuerdo.

Le solté el rollo de siempre. Era divertido presentarme a un cliente que ya me había contratado. También era divertido rebajar mis capacidades. La modestia es rara en la comunidad de criminales, lo común es exagerar la reputación que uno tiene.

Era un poco como volver a las Brigadas. Las largas mesas de conferencia y Virginia Vidaura detallando las habilidades de su equipo.

—Las Brigadas fueron entrenadas por los comandos coloniales de las Naciones Unidas. Lo cual no significa…

No significaba que cada miembro de las Brigadas fuera un comando. No exactamente, pero… ¿qué es un soldado después de todo? ¿Qué parte del entrenamiento de las fuerzas especiales es física y qué parte es espiritual? ¿Y qué sucede cuando las dos partes están separadas?

El espacio, para usar un cliché, es grande. El más cercano de los mundos habitados se encuentra a cincuenta años luz de la Tierra. Los más lejanos están cuatro veces más lejos, y algunos transportes de las colonias todavía están en camino. Si a algún maníaco se le ocurre ponerse a jugar con armas nucleares o algún otro juguete que amenace la biosfera, ¿qué se puede hacer? Una solución posible es transmitir la información por inyección hiperespacial, a una velocidad tan próxima a lo instantáneo que los científicos todavía discuten sobre su terminología exacta… pero, para citar a Quellcrist Falconer, no es de esta forma como se deben desplegar las malditas divisiones. Y si se lanza un transporte de tropas con los medios clásicos en el momento en que la cosa se pone difícil, los marines llegarán justo a tiempo para interrogar a los bisnietos de los vencedores.

Ésa no es la manera de gobernar un Protectorado.

Por supuesto, las mentes de un brillante equipo de combate se pueden digitalizar y transportar. Hace mucho que la importancia de los números ha dejado de contar en la guerra, y la mayoría de las victorias militares de la última mitad del milenio fueron conseguidas por pequeñas unidades móviles de guerrilla. También se puede optar por transferir los mejores soldados a fundas preparadas para el combate, sistema nervioso potenciado o cuerpos construidos con esteroides.

¿Y luego qué?

Luego se encuentran en cuerpos que no conocen, en un mundo que no conocen, y luchando para extranjeros contra otros extranjeros por motivos de los que nunca han oído hablar y de los que seguramente no comprenden nada en absoluto. El clima es distinto, la lengua y la cultura son diferentes, la flora y la fauna son diferentes, la atmósfera es diferente. Mierda, incluso la gravedad es diferente. No conocen nada, y si se los transfiere implantándoles conocimientos locales, se les da demasiada información en demasiado poco tiempo como para que puedan asimilarla, teniendo en cuenta que deben luchar por sus vidas a las pocas horas de haber sido reenfundados.

Por eso existen las Brigadas de Choque.

Neuroestimulación química, interfaces cyborg, agrandamiento de las envergaduras, todo físico. La mayor parte de estas modificaciones no tiene nada que ver con la mente, y es ésta la que se transfiere. Ahí es donde intervenían las Brigadas. Adoptaron las técnicas psicoespirituales que las culturas orientales de la Tierra conocían desde hacía milenios y las aplicaron a sistemas de entrenamiento tan completos que en casi todos los mundos a sus miembros se les prohíbe por ley todo cargo político o militar.

No son soldados. No exactamente.

—Yo trabajo por absorción —dije para concluir—. Absorbo cualquier cosa con la que entro en contacto y la utilizo para salir adelante.

Bancroft cambió de postura. No estaba acostumbrado a tener que escuchar, y se notaba.

Había llegado el momento de ocuparse de él.

—¿Quién descubrió su cuerpo?

—Mi hija, Naomi.

Alguien abrió la puerta de la habitación. Bancroft hizo una pausa. Poco después, la criada que antes se había llevado la raqueta de Míriam Bancroft apareció en la terraza llevando una bandeja con una licorera helada y unos vasos grandes. Bancroft estaba conectado a un micrófono interno, como todo el mundo en Suntouch House, aparentemente.

La criada apoyó la bandeja, sirvió la bebida sin decir una palabra y luego se retiró haciéndole una breve seña a Bancroft, que la siguió ensimismado con la mirada.

Regresar de la muerte: eso sí que no era una broma.

—Naomi —repetí suavemente.

Parpadeó.

—Ah, sí. Había pasado por aquí para pedirme algo. Seguramente la llave de una de las limusinas. Soy un padre indulgente, supongo, y Naomi es la más joven.

—¿Qué edad tiene?

—Veintitrés.

—¿Tiene muchos hijos?

—Sí, muchos —Bancroft sonrió apenas—. Cuando uno es rico y tiene tiempo libre a su disposición, traer niños al mundo es una verdadera alegría. Tengo veintisiete hijos y treinta y cuatro hijas.

—¿Viven todos con usted?

—Naomi, sí. Los otros van y vienen. Muchos ya tienen familia.

—¿Y Naomi, cómo está?

Bajé un poco el tono de voz. Encontrarse al propio padre sin cabeza no es una buena manera de comenzar el día.

—Está en el departamento de psicocirugía —respondió Bancroft lacónico—. Pero pronto saldrá. ¿Quiere hablar con ella?

—De momento, no —dije, levantándome y yendo hasta la puerta de la terraza—. Usted ha dicho que ella vino aquí. ¿Es aquí donde ocurrió?

—Sí —respondió Bancroft uniéndose a mí en la puerta—. Alguien entró y me voló la cabeza con un detonador de partículas. Todavía se ven las marcas de la explosión en la pared, encima del escritorio.

Entré y bajé los peldaños. El escritorio era un pesado armatoste de madera-espejo. Debieron de traer el código genético de Harlan para hacer crecer el árbol en la Tierra. La idea me pareció tan extravagante como la de la aguja cantora del vestíbulo, aunque de un gusto más dudoso. En Harlan los árboles-espejo crecen en los bosques

de tres continentes, y casi todos los canales de Millsport tienen barandillas de ese material. Di una vuelta para inspeccionar la pared. La superficie blanca estaba manchada de negro, la marca inconfundible de un arma de rayos. La quemadura empezaba a la altura de la cabeza y se extendía en forma de arco hacia abajo.

Bancroft se había quedado en la terraza. Levanté la mirada hacia él.

—¿Es la única señal de disparos en toda la casa?

—Sí.

—¿Nada más ha sido roto o dañado?

—No, nada más.

Quería agregar algo más, pero se mantenía callado esperando a que yo terminara.

—¿Y la policía halló el arma a su lado?

—Sí.

—¿Tiene usted un arma capaz de hacer algo parecido?

—Sí. Además era mi arma. La guardo bajo llave en un cofre debajo del escritorio que sólo se abre con un sistema de huellas digitales. La policía encontró el cofre abierto, nada más había sido tocado. ¿Quiere mirar en su interior?

—De momento no, gracias.

Yo sabía por experiencia lo pesados que son los muebles de madera-espejo. Levanté una punta de la alfombra que había debajo del escritorio. Había una grieta casi invisible en el suelo.

—¿Con qué huellas se abre el cofre?

—Con las de Míriam y las mías.

Hubo una pausa harto significativa. Bancroft suspiró, lo suficientemente fuerte como para que se lo oyera desde el otro lado de la sala.

—Adelante, Kovacs, dígalo. Todo el mundo lo ha dicho. O yo me he suicidado, o mi mujer me ha asesinado. No hay otra explicación razonable. He estado oyendo eso desde que salí del tanque, en Alcatraz.

Escruté la habitación con la mirada hasta que me encontré con la de él.

—Bueno, debe admitir que eso facilita el trabajo de la policía —dije—. Así de sencillo…

Bancroft gruñó, pero con humor. Aunque me costara admitirlo, el hombre empezaba a gustarme. Subí de nuevo a la terraza y me apoyé en la baranda. Una figura vestida de negro rondaba por el jardín, con un arma en bandolera. A lo lejos, el cerco de seguridad brillaba. Me quedé mirándolo un instante.

—Es difícil de creer que alguien lograra entrar aquí pese al sistema de seguridad, abriera el cofre al que sólo usted y su mujer tienen acceso y consiguiera asesinarlo como si nada. Usted es una persona inteligente, debe de tener sus razones…

—Por supuesto, muchas razones.

—Razones que la policía ha decidido ignorar.

—Exacto.

Me volví hacia él.

—Muy bien. ¿Y cuáles son?

—Está viéndolas, Kovacs —dijo Bancroft—. Aquí me tiene. Estoy de vuelta. No pueden matarme destruyendo mi pila cortical.

—Usted tiene un almacenaje a distancia, es evidente, si no, no estaría aquí. ¿Cada cuánto hacen una copia de seguridad?

Bancroft sonrió.

—Cada cuarenta y ocho horas —se golpeó la nuca—. Recarga directa, de aquí a una pila protegida en las instalaciones de PsychaSec en Alcatraz. Ni siquiera tengo que preocuparme por eso.

—Y ellos conservan sus clones congelados.

—Sí. Múltiples unidades.

La inmortalidad asegurada. Me quedé pensando un momento, preguntándome cómo sería, y si me gustaría.

—Debe de ser caro —dije finalmente.

—No tanto. PsychaSec es mío.

—Ah.

—¿Se da cuenta, Kovacs? Ni mi mujer ni yo pudimos ser quienes apretaron el gatillo. Ambos sabíamos que no era suficiente para matarme. Aunque parezca imposible, tiene que ser un extraño quien lo hizo. Alguien que no sabía nada acerca del almacenaje a distancia.

Asentí.

—Perfecto. ¿Quién más estaba al corriente de esto? Reduzcamos el campo.

—¿Aparte de mi familia? —Bancroft se encogió de hombros—. Mi abogada, Oumou Prescott, un par de sus colaboradores, y el director de PsychaSec. Eso es todo.

—Está claro que el suicidio es un acto muy pocas veces racional —dije.

—Sí, la policía sostiene lo mismo. Usaron ese argumento para explicar todas las incoherencias de la teoría que usted está planteando.

—¿Cuáles?

Era lo que Bancroft quería revelarme desde antes. La cosa le salió como si nada.

—Que yo había decidido caminar los últimos dos kilómetros para volver a casa, que había entrado a pie, y que luego había ajustado mi reloj interior antes de suicidarme.

—¿Cómo? —inquirí parpadeando.

—La policía halló huellas de aterrizaje de una nave en un campo, a dos kilómetros de Suntouch House, justo fuera del radio del sistema de vigilancia de la propiedad. Igualmente conveniente, parece que en aquel momento no hubiera cobertura de satélite.

—¿Controlaron los datos de los taxis?

Bancroft asintió.

—Hasta donde se pudo, sí. Las leyes de la Costa Oeste no exigen que las compañías de taxis registren los movimientos de sus flotas en todo momento. Por supuesto, las compañías más importantes lo hacen, pero otras no. Algunas incluso se niegan a hacerlo para tener más clientes. La confidencialidad y ese tipo de cosas —una expresión astuta cruzó la cara de Bancroft—. Para algunos clientes, en algunos casos, esto representa una ventaja evidente.

—¿Ha utilizado usted esas compañías en el pasado?

—En algunas ocasiones.

La siguiente pregunta flotaba en el aire entre nosotros. No se la hice. Si Bancroft había necesitado confidencialidad, no iba a explicarme a mí los motivos. Y yo no quería presionarlo hasta no tener más información en mi poder.

Bancroft carraspeó.

—Existen algunas pruebas de que la nave no era un taxi. La policía ha hablado de la distribución del efecto de campo. Un espectro que corresponde a una nave más grande.

—Depende de la intensidad del aterrizaje.

—Lo sé. De todas formas, mis huellas parten de esa zona de aterrizaje y el estado de mis zapatos corresponde a un recorrido de unos dos kilómetros por el campo. Además, la noche que me asesinaron se hizo una llamada desde esta habitación poco después de las tres de la madrugada. La hora ha sido verificada. No se oye ninguna voz al otro lado de la línea, sólo el sonido de una respiración.

—¿Y la policía lo sabe?

—Por supuesto.

—¿Y qué explicación dan?

Bancroft sonrió levemente.

—Ninguna. Piensan que la caminata solitaria bajo la lluvia evidencia una pulsión suicida, y no ven ninguna incongruencia en el hecho de que un hombre controle su reloj interior antes de volarse la cabeza. Como usted ha dicho, el suicidio no es un acto racional. Ellos tienen sus estadísticas. Parece que el mundo está lleno de ineptos que se suicidan y al día siguiente se despiertan en una funda nueva. Me lo han explicado. Los suicidas se olvidan momentáneamente de que llevan una pila, o no les parece importante en el momento de hacerlo. Nuestro querido sistema de asistencia social los devuelve a la vida, a pesar de sus deseos y cartas de suicidio. Un verdadero abuso de poder. ¿En Harlan tienen el mismo sistema?

Me encogí de hombros.

—Más o menos. Si la solicitud está oficialmente certificada, tienen que dejarlos muertos. De lo contrario, impedir la resurrección se considera un delito.

—Supongo que es una precaución atinada.

—Sin duda. Esto impide que los asesinos hagan pasar sus crímenes por suicidios.

Bancroft se apoyó en la barandilla y me miró fijamente a los ojos.

—Kovacs, tengo trescientos cincuenta y siete años. He sobrevivido a una guerra corporativa y al consiguiente colapso de mis bienes industriales y financieros, a la muerte verdadera de dos de mis hijos y al menos a tres grandes crisis económicas, y sin embargo aquí estoy. No soy el tipo de hombre que se suicida, e incluso, si lo fuera, me las arreglaría de otra forma. Si hubiese querido morir, usted no estaría hablando conmigo ahora. ¿He sido claro?

Miré sus ojos duros y negros.

—Sí, muy claro.

—Perfecto —dijo apartando la mirada—. ¿Continuamos?

—Continuemos. La policía no le tiene mucho aprecio, ¿verdad?

Bancroft sonrió sin ganas.

—La policía y yo tenemos un problema de perspectiva.

—¿De perspectiva?

—Exacto —dijo dando algunos pasos por la terraza—. Venga, voy a mostrarle lo que quiero decir.

Lo seguí; al hacerlo me enganché una manga con el telescopio y lo dejé mirando al cielo. Las secuelas de la transferencia empezaban a notarse. El motor del telescopio emitió un sonido y el aparato volvió a su posición anterior. Los datos de elevación y distancia parpadearon en la antigua pantalla de memoria digitalizada. Me detuve a contemplar el aparato mientras recuperaba su posición. Las huellas de los dedos en el teclado numérico eran visibles por el polvo acumulado desde hacía años.

Bancroft no había advertido mi torpeza, o quizá era su educación.

—¿Es suyo? —le pregunté, señalando el aparato.

Lo miró distraídamente.

—Una vieja pasión. Cuando las estrellas todavía se podían contemplar. Usted seguramente no recordará lo que eso significaba… —Lo dijo sin pretensión ni arrogancia. Su voz carecía de repente de nitidez, como si su transmisión se perdiera a lo lejos—. La última vez que miré por ese telescopio fue hace dos siglos. En aquella época la mayoría de las naves de las colonias estaban todavía en camino. Aún esperábamos a ver si llegaban a su destino. Esperábamos sus señales de retorno. Como las luces de los faros…

Estaba olvidándose de mí. Lo devolví a la realidad.

—¿De perspectiva? —le pregunté amablemente.

—De perspectiva —dijo, alargando un brazo hacia su propiedad—. ¿Ve aquel árbol? Justo detrás de las pistas de tenis.

Era imposible no verlo. Un viejo monstruo nudoso más alto que la casa, cuya sombra era más grande que una de las canchas. Asentí.

—Ese árbol tiene más de setecientos años. Cuando compré esta casa, contraté a un ingeniero que quiso talarlo. Planeaba ampliar la casa y, según él, el árbol estorbaba para ver el mar. Lo eché —Bancroft se dio la vuelta para asegurarse de que lo entendía—. ¿Se da cuenta, Kovacs? Ese ingeniero debía de tener treinta años, y para

él el árbol no era más que… un obstáculo en su camino. El hecho de que aquel árbol formara parte del mundo desde un período de tiempo que comprendía más de veinte veces su vida parecía no inquietarlo. No tenía ningún respeto.

—Usted es el árbol.

—Exactamente. Yo soy el árbol. Y a la policía le gustaría talarme, como aquel ingeniero. Soy un obstáculo para ellos, y no tienen ningún respeto.

Me senté a reflexionar sobre lo que acababa de decir. La actitud de Kristin Ortega empezaba a cobrar sentido. Si Bancroft creía que estaba por encima de las normas del ciudadano común, no podía tener muchos amigos uniformados. De nada hubiese servido explicarle que para Ortega había otro árbol llamado la ley, y que para ella, él estaba profanando ese árbol. Me había encontrado ya en este tipo de situación, a ambos lados. Y no había solución alguna, salvo hacer lo que mis antepasados habían hecho: cuando a una persona no le gustan las leyes, se va a alguna parte donde no puedan afectarla.

Y después crea nuevas leyes.

Bancroft se quedó apoyado en la baranda. Quizá había entrado en comunión con el árbol. Decidí dejar de lado de momento esa rama de la investigación.

—¿Qué es lo último que recuerda?

—El jueves 14 de agosto. Me acosté hacia la medianoche.

—¿Ése es su recuerdo más tardío?

—Sí, el trasvase de datos debió de empezar a las cuatro de la madrugada, pero a esa hora yo ya estaba dormido.

—Prácticamente cuarenta y ocho horas antes de su muerte.

—Me temo que sí.

Era lo peor que podía haber pasado. En cuarenta y ocho horas podía haber sucedido de todo. En ese lapso de tiempo Bancroft habría podido ir a la Luna y volver. Me acaricié la cicatriz debajo del ojo, preguntándome de dónde habría salido.

—¿Y antes de ese último recuerdo no hay ningún indicio de que alguien hubiese querido matarlo? —Bancroft estaba apoyado en la baranda con la vista perdida a lo lejos, pero vi que sonrió—. ¿He dicho algo gracioso?

Tuvo la elegancia de volver a sentarse.

—No, señor Kovacs. Esta situación no tiene nada de divertido. Alguien quiere verme muerto, y eso no es una cosa muy agradable. Pero usted debe comprender que para un hombre de mi posición las enemistades e incluso las amenazas de muerte forman parte de la vida cotidiana. La gente me envidia, la gente me odia. Es el precio que hay que pagar por el éxito.

Aquello era una novedad para mí. A mí la gente me odiaba en un docena de mundos y nunca había tenido éxito.

—¿Ha recibido alguna seria últimamente? Me refiero a las amenazas de muerte.

Se encogió de hombros.

—Quizá. No me ocupo de ellas. Es la señorita Prescott quien se encarga de eso.

—¿No considera las amenazas de muerte dignas de su atención?

—Señor Kovacs, soy un empresario. Las oportunidades y las crisis se presentan, y yo me ocupo de ellas. La vida continúa. Contrato a otras personas para que se encarguen de eso.

—Una actitud muy práctica. Pero dadas las circunstancias, me resulta difícil de creer que ni usted ni la policía hayan consultado los archivos de la señorita Prescott.

Bancroft agitó la mano.

—Por supuesto, la policía ha hecho su investigación. Oumou Prescott les dijo exactamente lo que ya me había dicho a mí. Es decir, que nada extraordinario se había recibido los últimos seis meses. Confío lo suficiente en ella como para no hacer ulteriores investigaciones. Aunque quizá usted querrá examinar por su cuenta los archivos.

La idea de sumergirme en la incoherente basura de las almas perdidas de aquel mundo me agotaba de antemano. Una indiferencia absoluta por los problemas de Laurens Bancroft se apoderó de mí. La dominé con un esfuerzo digno del elogio de Virginia Vidaura.

—Bueno, de todas formas tendré que hablar con Oumou Prescott.

—Le concertaré una cita con ella ahora mismo —los ojos de Bancroft se movieron como los de alguien que consulta un material implantado—. ¿A qué hora le iría bien a usted?

Levanté una mano.

—Tal vez sea mejor que yo mismo me encargue de concretarlo. Dígale solamente que me pondré en contacto con ella. Y necesito ver el centro de reenfundado de PsychaSec.

—Por supuesto. La señorita Prescott lo acompañará. Ella conoce al director. ¿Algo más?

—Un crédito abierto.

—Mi banco ya le ha abierto una cuenta de código genético. Creo que en Harlan tienen el mismo sistema, si no me equivoco.

Me lamí el pulgar y lo levanté. Bancroft asintió.

—Aquí es igual. Encontrará que hay barrios de Bay City donde el efectivo es la única moneda aceptada. No creo que usted tenga que andar mucho por esa zona, pero si lo hace podrá retirar dinero en cualquier cajero. ¿Necesita un arma?

—No, de momento no.

Una de las reglas de oro de Virginia Vidaura era *definir primero la naturaleza de la misión antes de escoger las herramientas*. La marca de estuco carbonizado en la pared de Bancroft parecía demasiado sofisticada para haber sido hecha durante un tiroteo de locos.

—Está bien.

Mi respuesta parecía haber dejado a Bancroft un poco perplejo. Estaba buscando algo en el bolsillo de la camisa y terminó su acción con torpeza. Al final sacó una

tarjeta para mí.

—Son mis armeros. Les dije que usted iría a verlos.

Cogí la tarjeta y la miré. La letras ornadas decían: *Larkin* & *Green, armeros desde 2203*. Pintoresco. Debajo había una línea de números.

Me guardé la tarjeta en el bolsillo.

—A lo mejor me será útil más adelante —admití—. Pero primero quiero aterrizar suavemente. Sentarme y esperar a que el polvo se asiente. Creo que usted entenderá la necesidad de ello.

—Por supuesto. Haga lo que considere mejor. Confío en usted —Bancroft me clavó la mirada—. Recordará sin embargo las condiciones de nuestro contrato. Le pago para que me preste un servicio. Y no reacciono bien ante los abusos de confianza, señor Kovacs.

—No, me lo imagino —repuse cansado.

Me acordé de cómo Reileen Kawahara había tratado a dos subalternos desleales. Sus gritos animales habían visitado mis sueños durante mucho tiempo. El argumento de Reileen, que esgrimió mientras pelaba una manzana en medio de los aullidos de dolor, era que como ya nadie moría realmente, el castigo debía basarse en el sufrimiento. Sentí que mi nueva cara se estremecía con sólo recordarlo.

—Puedo asegurarle que la información que las Brigadas le dieron sobre mi persona no vale nada. Lo que vale es mi palabra —me levanté—. ¿Conoce un lugar para alojarme en la ciudad? Un lugar tranquilo y que no sea muy caro.

—Sí, en Mission Street. Voy a pedirle a alguien que lo acompañe allí. A Curtis, si no tiene ningún compromiso —Bancroft también se levantó—. Supongo que ahora va a interrogar a Míriam. Ella sabe más que yo sobre las últimas cuarenta y ocho horas, y usted quería hablar en privado con ella.

Pensé en aquellos ojos tan viejos en aquel cuerpo elástico de adolescente y la idea de mantener una conversación con Míriam Bancroft de pronto me resultó repulsiva. Al mismo tiempo una mano helada rasgueaba unas cuerdas tirantes en mi estómago y la cabeza de mi pene se hinchó de sangre. Elegante.

—Oh, claro —dije sin entusiasmo—. Eso haré.

Capítulo 4

—Parece incómodo, señor Kovacs. ¿Es así?

Miré por encima del hombro a la criada que me había conducido allí, luego me volví hacia Míriam Bancroft. Sus cuerpos tenían más o menos la misma edad.

—No —dije con voz más ronca de lo previsto.

Hizo una mueca y enrolló el mapa que estaba examinando cuando llegué. Detrás de mí, la criada cerró con suavidad la puerta de la sala de mapas. Bancroft no había considerado oportuno acompañarme. Quizá ellos sólo se permitían encontrarse una sola vez al día. La criada había aparecido como por arte de magia cuando entrábamos desde la terraza a la sala que daba al mar. Bancroft le había prestado la misma atención que la última vez.

Cuando yo me fui, él se quedó junto al escritorio, mirando la huella del disparo en la pared.

La señora Bancroft enrolló el mapa bien apretado y lo deslizó en un largo tubo protector.

—Bien —dijo sin levantar la mirada—. Pregunte.

—¿Dónde se encontraba usted cuando se produjo el disparo?

—En la cama —respondió, levantando por primera vez la mirada—. Por favor, no me pida testigos, estaba sola.

La sala de mapas era amplia y larga y tenía un techo abovedado revestido con iluminum. Los estantes de los mapas llegaban a la altura de la cintura, todos cubiertos con un cristal y dispuestos en hileras, como las vitrinas de un museo. Me aparté un poco para poner una de las vitrinas entre la señora Bancroft y yo. Era un poco como cubrirme.

—Señora Bancroft, creo que hay un malentendido. Yo no soy un policía. Me interesa la información, no la culpabilidad.

Ella deslizó el mapa en el tubo y se apoyó contra el estante con las manos atrás. Se había dejado su joven sudor y el maillot de tenis en un elegante cuarto de baño mientras yo hablaba con su marido. Ahora llevaba unos pantalones negros sueltos y algo que era como una mezcla de chaqueta de noche y corpiño. Tenía las mangas subidas hasta los codos y no lucía joya alguna en las muñecas.

—¿Le parezco culpable, señor Kovacs? —me preguntó.

—Parece más bien ansiosa por mostrar su fidelidad ante un completo extraño.

Se rió. Era una risa agradable. Sus hombros se alzaron y bajaron mientras se reía. Era una risa que hubiese podido gustarme.

—Qué indirecto es usted.

Miré el mapa desplegado sobre el estante, frente a mí. Llevaba una fecha en el ángulo superior izquierdo. Cuatrocientos años antes de mi nacimiento. Los nombres de los lugares estaban en un idioma que no podía leer.

—En el lugar de donde yo vengo, señora Bancroft, la franqueza no se considera una gran virtud.

—¿Ah, no? ¿Y qué se considera una virtud?

Me encogí de hombros.

—La educación. La mesura. No poner en un apuro a los interlocutores.

—Debe de ser muy aburrido. Creo que aquí se va a llevar algunas sorpresas, señor Kovacs.

—No he dicho que yo fuera un ciudadano modelo, señora Bancroft.

—Oh —dijo guardando el mapa y acercándose a mí—. Laurens me habló un poco de usted. Parece que en Harlan tiene fama de peligroso.

Me encogí de hombros.

—Está en ruso.

—¿Perdón?

—La escritura —rodeó la vitrina y se me puso enfrente—. Es un mapa digital ruso de las zonas de aterrizaje de la luna. Muy raro. Lo conseguí en una subasta. ¿Le gusta?

—Es hermoso. ¿A qué ahora se acostó la noche que mataron a su marido?

Me clavó la mirada.

—Temprano. Le he dicho que estaba sola —liberó la tensión de su voz y su tono se hizo casi suave—. Oh, y si eso le suena a culpa, señor Kovacs, no es así. Es resignación. Con una pizca de amargura.

—¿Siente amargura? ¿Por su marido?

—Creo haber pronunciado la palabra «resignación».

—Ha dicho las dos cosas.

—¿Usted cree que yo maté a mi marido?

—Todavía no creo nada. Pero es una posibilidad.

—¿De veras?

—Usted tiene acceso al cofre. Usted se encontraba dentro de las barreras de seguridad de la casa cuando los hechos ocurrieron. Y parece que podría tener algún motivo emocional.

Me miró sonriendo.

—Estamos creando un caso, ¿no es así señor Kovacs?

Volví a mirarla.

—Si tiene fundamento, sí.

—La policía tuvo una teoría similar en un determinado momento. Pero llegaron a la conclusión de que el corazón no tenía nada que ver. Preferiría que no fumara aquí.

Me miré las manos y descubrí que estaban jugando con el paquete de cigarrillos que Kristin Ortega me había regalado. Justo estaba sacando uno. Sintiéndome extrañamente traicionado por mi nueva funda, guardé el paquete.

—Lo siento.

—No se preocupe…, no es más que una cuestión de control climático. Los mapas son muy sensibles a la polución. Pero eso es algo que usted no podía saber.

De alguna manera hizo que su comentario sonara a «sólo un imbécil podía no haberse dado cuenta». Sentí que perdía el control del interrogatorio.

—¿Por qué la policía…?

—Pregúnteselo a ellos —se dio la vuelta y se alejó como si hubiese tomado una decisión—. ¿Qué edad tiene usted, señor Kovacs?

—¿Subjetivamente? Cuarenta y un años. Los años en Harlan son un poco más largos que aquí, pero no mucho.

—¿Y objetivamente? —preguntó burlándose de mi tono.

—He pasado casi un siglo en el tanque. Uno tiende a perder el hilo.

Era mentira. Conocía cuánto había durado cada uno de mis períodos de almacenaje. Una noche los había calculado y ahora sabía el resultado. Le iba sumando cada período de almacenaje.

—Qué sólo debe de sentirse usted en este momento.

Suspiré y me di la vuelta para examinar el estante más cercano. Todos los mapas estaban etiquetados. Era una clasificación arqueológica. «Syrtis Menor, 3.ª excavación, sector Este. Bradbury, ruinas aborígenes». Empecé a sacar un mapa.

—Señora Bancroft, lo que yo siento en este momento no tiene ninguna importancia. ¿Puede decirme por qué motivo su marido intentó matarse?

Se dio la vuelta cuando yo todavía no había terminado la frase.

—Mi marido no se suicidó —dijo fríamente.

Agité el mapa.

—Parece demasiado segura de eso —dije sonriendo—. Para ser alguien que estaba durmiendo, quiero decir.

—Deje eso —gritó acercándose a mí—. Ni se imagina el valor que tiene…

Se detuvo de golpe viéndome deslizar el mapa dentro del tubo. Después tragó saliva y procuró mantener el control.

—¿Pretende ponerme nerviosa, señor Kovacs?

—Sólo quiero que me preste un poco de atención.

Nos miramos unos segundos a los ojos, después la señora Bancroft bajó la mirada.

—Le he dicho que estaba durmiendo. ¿Qué más puedo decirle?

—¿Dónde había ido su marido aquella noche?

Se mordió el labio.

—No estoy segura… Había viajado a Osaka, tenía una reunión.

—¿Dónde está Osaka?

Me miró sorprendida.

—No soy de aquí —dije pacientemente.

—Osaka está en Japón. Pensaba que…

—Sí, es cierto, Harlan fue colonizado por un *keiretsu* que usaba mano de obra de Europa oriental. Pero eso fue hace mucho tiempo, yo no había nacido.

—Lo siento.

—No se preocupe. Probablemente usted tampoco sabe lo que estaban haciendo sus antepasados hace tres siglos.

Me detuve. La señora Bancroft me estaba mirando de una forma extraña. La estupidez de mis palabras también me sorprendió a mí mismo al cabo de un momento. Secuelas de la transferencia. Tenía que irme a dormir pronto, antes de decir o hacer algún disparate.

—Tengo más de tres siglos, señor Kovacs —dijo esbozando una sonrisita—. Las apariencias engañan. Éste es mi undécimo cuerpo. —Su postura invitaba a que la mirara. Examiné las huesudas mejillas eslavas, bajé la mirada hacia el escote y luego hacia los flancos de la cadera, las líneas mitad veladas de los muslos. Lo hice simulando un desapego que ni yo ni mi funda sentíamos en absoluto.

—Es muy bonito. Un poco demasiado joven para mi gusto pero, como le he dicho, no soy de aquí. ¿Podemos volver a su marido, por favor? Estuvo en Osaka durante el día, pero volvió. Supongo que no se desplazó físicamente.

—No, por supuesto. Hay un clon de tránsito allí. Tenía que volver a eso de las seis esa tarde, pero…

—¿Sí?

Cambió levemente de postura. Tuve la impresión de que hacía un esfuerzo por mostrarse animada.

—Pero se retrasó. Laurens a menudo vuelve tarde después de despachar un asunto.

—¿Y nadie sabe dónde fue en esa ocasión? ¿Curtis tampoco? —Todavía tenía la tensión dibujada en el rostro, como una roca cubierta por una fina capa de nieve.

—No mandó a buscar a Curtis. Supongo que tomó un taxi en la estación de trasvase. Yo no soy su guardaespaldas, señor Kovacs.

—¿Era una reunión importante? La de Osaka.

—Oh, creo que no. Hemos hablado de eso. Por supuesto, él no lo recordaba, pero examinamos los contratos, era algo que tenía programado desde hacía tiempo. Una empresa de desarrollo marítimo llamada Pacificon, instalada en Japón. Renovación de contratos de arrendamiento y ese tipo de cosas. Normalmente estos asuntos se manejan desde Bay City, pero había convocado una reunión extraordinaria de asesores. Son cosas de las que siempre es mejor ocuparse personalmente.

Asentí con ponderación, no tenía ni idea de lo que era un asesor para el desarrollo marítimo. Noté que el nerviosismo de la señora Bancroft empezaba a disiparse.

—Asuntos de rutina, ¿no?

—Creo que sí —me dirigió una sonrisa cansada—. Señor Kovacs, estoy segura de que la policía tiene grabada toda esta información.

—Yo también, señora Bancroft. Pero no existe razón alguna para que la compartan conmigo. Yo no tengo ningún poder aquí y la teniente Ortega no me ayudará.

—Sin embargo cuando usted llegó, me dio la impresión de que se entendía muy bien con ella —dijo con un leve toque de malicia en la voz. La miré fijamente a los ojos hasta que bajó la mirada—. De todas formas, estoy segura de que Laurens podrá conseguirle todo lo que necesite.

Estaba a punto de estrellarme contra un muro. A toda velocidad. Di marcha atrás.

—Quizá sea mejor que hable con él sobre esto —miré a mi alrededor—. ¿Desde cuándo colecciona mapas?

La señora Bancroft debió de presentir que la entrevista tocaba a su fin, porque la tensión escapaba de ella como el aceite de un motor roto.

—Desde casi toda mi vida —dijo—. Mientras Laurens contemplaba las estrellas, algunos seguíamos con los pies en el suelo.

Por alguna razón, pensé en el telescopio abandonado en la terraza de Bancroft. Lo vi abandonado, silueta angular recortada contra el cielo nocturno, testigo mudo de tiempos y obsesiones pasadas, reliquia que ya nadie deseaba. Me acordé del sonido que había hecho y de cómo había recuperado su posición después de que yo me enganchara la manga en él, fiel a un programa que tenía quizá centenares de años, brevemente despierto, de la misma manera que la aguja cantora que Míriam Bancroft había acariciado en el vestíbulo.

Viejo.

De pronto, y con una presión sofocante, me aplastó como una losa el hedor que rezumaba de las piedras de Suntouch House. Tiempo. Me llegó incluso el perfume de la imposible juventud de aquella mujer que tenía delante de mí, y la garganta se me cerró con un leve clic. Una parte de mí quería echar a correr, salir y respirar aire fresco, nuevo, alejarme de aquellas criaturas cuyas memorias se remontaban mucho más atrás que cualquiera de los acontecimientos históricos que me habían enseñado en la escuela.

—¿Se encuentra bien, señor Kovacs?

La transferencia.

Hice un esfuerzo para concentrarme.

—Sí, me encuentro bien —dije carraspeando antes de mirarla a los ojos—. Bueno, no voy a entretenerla más, señora Bancroft. Le agradezco el tiempo que me ha concedido.

Se acercó a mí.

—¿Le gustaría que…?

—No, gracias. Yo mismo encontraré la salida.

El tiempo que tardé en salir de la sala de mapas me pareció que duraba una eternidad. Mis pasos retumbaban en mi cabeza. A cada paso y a cada mapa frente a los que pasé, sentía aquellos ojos antiguos en mi espalda, mirándome.

Necesitaba un cigarrillo desesperadamente.

Capítulo 5

El cielo tenía la textura de la plata antigua y las luces de Bay City empezaban a encenderse cuando el chófer de Bancroft me llevó de vuelta a la ciudad. Superando el límite de velocidad, sobrevolamos el mar pasando sobre un viejo puente colgante oxidado y sobre los edificios apelotonados de una península. Curtis, el chófer, todavía estaba bajo el *shock* de su arresto. Hacía dos horas que estaba en libertad cuando Bancroft le había pedido que me llevara de vuelta. Durante el viaje se había mostrado huraño y poco comunicativo. Era un joven musculoso cuyos rasgos juveniles eran ciertamente atractivos. Los empleados de Laurens Bancroft no parecían estar acostumbrados a que los esclavos del gobierno interrumpieran sus misiones.

Pero a mí su silencio no me molestaba. Mi humor no era muy distinto al de él. Las imágenes de la muerte de Sarah danzaban en mi mente. La escena era de la noche anterior. Subjetivamente.

Frenamos en el aire sobre una calle de circulación rápida, de forma tan repentina que alguien desde arriba nos envió un bocinazo de advertencia al intercomunicador de la limusina. Curtis cortó la señal con la mano y, furioso, levantó la mirada hacia el cristal del techo. Nos posamos en medio del tráfico de superficie con una leve sacudida y giramos a la izquierda, hacia una calle más estrecha. Empecé a interesarme por el espectáculo de la calle.

En todos los planetas la vida de la calle es la misma. En todos los mundos que he conocido he visto operar los mismos factores: la ostentación y el alarde, la compra y la venta, como una esencia destilada del comportamiento humano, que brota por debajo de la losa impuesta por los distintos sistemas políticos. Bay City, en la Tierra, el más antiguo de los mundos civilizados, no era la excepción. De las holofachadas macizas e inmateriales de los antiguos edificios a los vendedores de la calle con sus unidades de transmisión colocadas sobre sus hombros como torpes halcones mecánicos o como tumores gigantes, todo el mundo tenía algo para vender. Los coches estacionaban junto a la acera, o partían, y los cuerpos flexibles se apoyaban en ellos al regatear, como probablemente se había hecho siempre desde que existían coches. El humo y el vapor se desprendían de los tenderetes ambulantes formando espirales. La limusina estaba insonorizada, pero a través de la ventanilla se oían los ruidos, los eslóganes y la música modulada de los subsónicos invitando al consumo.

En las Brigadas de Choque se aplica un patrón inverso. Primero se ven las semejanzas, la resonancia subyacente que le permite a uno orientarse, después se establecen diferencias a partir de los detalles.

La composición étnica de Harlan es principalmente de origen eslavo y japonés, aunque es posible conseguir algún otro tipo de raza pagando más. En la Tierra todas las caras tenían rasgos y colores distintos. Vi africanos altos y huesudos, mongoles,

nórdicos de piel pálida. Vi incluso a una chica parecida a Virginia Vidaura, pero la perdí de vista entre el gentío. Todos parecían nativos a la orilla de un río.

Torpeza.

La impresión me atravesó la mente como la chica en la multitud. Fruncí el ceño y pensé en ello.

En Harlan la vida de la calle tiene cierta elegancia, una economía de movimientos y gestos que parecen casi una coreografía. He crecido con eso, por ello dejo de registrarlo hasta el momento en que ya no está ahí.

A la Tierra le falta. El ajetreo del comercio humano visto a través del cristal de la limusina se parecía al movimiento del agua entre dos barcos. La gente se empujaba y se abría camino, virando bruscamente para evitar los atascos que aparentemente no notaban hasta que era demasiado tarde para maniobrar. Se producían momentos de tensión, las venas del cuello se hinchaban, los cuerpos musculosos se crispaban. En dos oportunidades vi armarse una bronca, que luego fue barrida por la marabunta. Era como si toda la zona hubiese sido rociada con algún irritante feromonal.

—Curtis —dije mirando su perfil impasible—. ¿Puede cortar un momento el blindaje de transmisión?

Me miró de reojo con una sonrisita.

—Por supuesto.

Me arrellané en el asiento y volví a mirar la calle.

—No soy un turista, Curtis. Es mi oficio.

Los catálogos de los vendedores de la calle desfilaron como un torbellino de alucinaciones inducidas confundiéndose unos con otros a medida que avanzábamos. Eran realmente impactantes, en especial para los parámetros de Harlan. Las imágenes de los proxenetas eran las que más destacaban: una sucesión de actos orales y anales digitalmente retocados para dar más lustre a senos y músculos. El nombre de cada puta era murmurado por una voz ronca en *off*, mientras sus rostros se superponían a las otras imágenes: chicas tímidas, coquetas, dominadoras, sementales con barba de tres días y algún que otro modelo local que me era completamente desconocido. La publicidad de los productos químicos era más sutil, con escenas surrealistas de comerciantes de implantes y drogas. Pude captar también un par de anuncios religiosos, imágenes de calma espiritual en medio de las montañas, perdidos como ahogados en un mar de productos.

Poco a poco el caos comenzó a cobrar sentido.

—¿Qué significa eso de «Las Casas»? —le pregunté a Curtis, después de oírlo por tercera vez.

Curtis se rió.

—Una marca de calidad. Las Casas es un cártel de burdeles de lujo de la costa. Dicen que pueden satisfacer todos los deseos de los clientes. Cuando una chica sale de Las Casas, tiene un bagaje técnico como para hacer soñar al más escéptico —

señaló la calle con la cabeza—. Pero no se deje engañar, ninguna de ésas ha trabajado en una Casa.

—¿Y «la rígida»?

Se encogió de hombros.

—Es el nombre que le dan en la calle a la betatanatina. Los chicos la usan para experiencias de muerte inminente. Es más barato que el suicidio.

—Lo supongo.

—¿En Harlan no hay betatanatina?

—No —yo la había tomado en otros mundos, con las Brigadas, pero en Harlan estaba de moda prohibirla—. Pero tenemos suicidio. ¿Puede conectar el blindaje de nuevo?

El flujo de imágenes se cortó bruscamente, dejando una sensación de vacío en mi cabeza, como una habitación vacía, sin muebles. Esperé a que esa sensación cesara y, como suele ocurrir con los efectos secundarios, efectivamente terminó desapareciendo.

—Esto es Mission Street —dijo Curtis—. Los próximos dos bloques son hoteles. ¿Quiere que lo deje allí?

—¿Puede recomendarme alguno?

—Depende de lo que busque.

Me encogí de hombros, imitándolo.

—Luz, espacio, servicio de habitaciones.

Pareció como si reflexionara.

—Pruebe el Hendrix, si quiere. Tienen una torre anexa, y las putas son limpias.

La limusina aceleró un poco, pasamos frente a dos bloques en silencio. Había olvidado decirle que no me refería a ese tipo de servicios. Pero Curtis podía pensar lo que le diera la gana.

De pronto, el escote perlado de sudor de Míriam Bancroft me atravesó la mente.

La limusina se detuvo frente a una fachada bien iluminada, de un estilo que no conocía. Salí del vehículo y me encontré con el holo gigantesco de un guitarrista negro con una expresión de éxtasis provocada por las notas que le arrancaba con la zurda a una guitarra blanca. El cartel tenía los bordes levemente artificiales de una imagen bidimensional digitalizada, lo que lo hacía parecer antiguo. Con la esperanza de que esto reflejara más una tradición de servicio que decrepitud, le di las gracias a Curtis, cerré la puerta de un portazo y me quedé mirando alejarse la limusina. El vehículo se elevó de inmediato y al cabo de un momento lo perdí de vista en medio del tráfico aéreo. Me di la vuelta hacia las puertas reflectantes, que se abrieron dando sacudidas para dejarme entrar.

Si el vestíbulo era un reflejo del resto del hotel, el Hendrix iba a responder a la segunda de mis previsiones. Curtis hubiese podido estacionar allí tres o cuatro limusinas como las de Bancroft, y aún hubiese quedado espacio como para que pudiera trabajar un robot de limpieza. La iluminación era otra cosa. Las paredes y el

techo estaban cubiertos con placas de iluminum cuya vida casi había concluido y su débil luminosidad tenía como efecto concentrar la penumbra en el centro de la habitación. La calle por la cual yo acababa de llegar era la fuente de luz más importante.

El vestíbulo estaba desierto y un tenue resplandor azulado provenía de un mostrador en el otro extremo. Me dirigí hacia él, pasando entre sillones bajos y mesas opacas con bordes de metal, hambrientos de espinillas. Había una pantalla encendida pero desconectada. En un rincón, una barra titilaba en inglés, en castellano y en kanji: HABLE.

Miré a mi alrededor y luego nuevamente a la pantalla.

No había nadie.

Carraspeé.

Las letras cambiaron: ELIJA UN IDIOMA.

—Quiero una habitación —dije en japonés, por curiosidad.

La pantalla se encendió de forma tan brusca que retrocedí. Un torbellino de fragmentos multicolor se materializó para formar la imagen de un rostro asiático bronceado con un cuello oscuro y una corbata. La cara sonrió y se transformó en la de una mujer blanca, algo vieja, hasta que al fin me encontré frente a una rubia de unos treinta años vestida sobriamente. Tras haber fabricado mi interlocutor ideal, el hotel también decidió que al fin y al cabo yo no hablaba japonés.

—Buenos días, señor. Bienvenido al hotel Hendrix, fundado en 2087 y aún en activo. ¿En qué puedo servirlo?

Reiteré mi pedido, esta vez en amánglico.

—Gracias, señor. Disponemos de habitaciones, todas conectadas con el centro de información y divertimentos de la ciudad. Por favor, indíquenos qué piso y tamaño prefiere.

—Me gustaría una habitación en la torre, que mire hacia el Oeste. La más grande que tenga.

El rostro se descompuso transformándose en un esquema tridimensional del hotel. Un selector titiló sobre las habitaciones antes de detenerse en un punto preciso. La imagen se amplió y una barra de información apareció a un costado de la pantalla.

—La *suite* Watchtower, tres habitaciones, el dormitorio de trece coma ochenta y siete metros por…

—Está bien, me la quedo.

El esquema tridimensional desapareció como por arte de magia y la mujer reapareció en la pantalla.

—¿Cuántas noches piensa quedarse, señor?

—Por un tiempo indefinido.

—Tiene que dejar un depósito —dijo el hotel con desconfianza—. Para una estancia de más de catorce días, tendrá que depositar 600 dólares ONU. En caso que deba marcharse antes de los catorce días, se le devolverá una parte de la suma.

—De acuerdo.

—Gracias, señor —por el tono de su voz, empecé a sospechar que los clientes que pagaban eran raros en el Hendrix—. ¿Cómo piensa pagar?

—ADN. First Colony Bank de California.

Los detalles del pago desfilaban por la pantalla cuando sentí un círculo frío en la nuca.

—Es exactamente lo que piensas que es —dijo una voz tranquila—. Si cometes el más mínimo error, la policía tardará algunas semanas en limpiar los restos de tu pila cortical de la pared. Y estoy hablando de una *muerte verdadera*, amigo. Levanta los brazos.

Obedecí, un escalofrío me recorrió la columna vertebral. Hacía tiempo que no me amenazaban de *muerte verdadera*.

—Así está bien —dijo la misma voz tranquila—. Ahora mi compañera te va a cachear. Déjala trabajar y no hagas ningún movimiento en falso.

—Por favor, registre su firma ADN en el teclado junto a la pantalla.

El hotel había accedido a la base de datos del banco. Esperé sin inmutarme mientras una mujer delgada con un pasamontañas me pasaba un escáner por el cuerpo. El arma seguía apoyada contra mi nuca. El cañón ya no estaba frío. Mi carne lo había calentado.

—Está bien —dijo otra voz, muy profesional—. Neuroestimulación básica ahora inactiva. Ningún material.

—¿De veras? ¿Viajas ligero, Kovacs?

Mi corazón se sobresaltó. Esperaba que sólo se tratase de un vulgar atraco.

—No os conozco —dije cautelosamente, girando la cabeza apenas unos milímetros.

El cañón apretó y me detuve.

—Eso es cierto, no nos conoces. Ahora, esto es lo que vamos a hacer. Saldremos y…

—El acceso al crédito cesará en treinta segundos —dijo el hotel con impaciencia —. Por favor, registre su ADN ahora mismo.

—El señor Kovacs no va a necesitar una reserva —dijo el hombre que estaba detrás de mí, apoyándome una mano en el hombro—. Vamos, Kovacs, salgamos a dar una vuelta.

—No puedo asegurarle los servicios de alojamiento si no me confirma el pago —insistió la mujer en la pantalla.

Algo en el tono de la frase me frenó mientras estaba dándome vuelta, y me puse a toser: una tos convulsiva.

—¿Qué…?

Doblegado por la fuerza de la tos, me llevé una mano a la boca y me lamí el pulgar.

—¿A qué coño estás jugando, Kovacs?

Me enderecé y puse una mano sobre el teclado junto a la pantalla. Rastros de saliva se esparcieron sobre la superficie mate. Una fracción de segundo más tarde algo me golpeó la cabeza y caí al suelo a cuatro patas. Una bota me dio en la cara y me dejó tendido.

—Gracias, señor —la voz del hotel retumbó en mi cabeza conmocionada—. Su cuenta está abierta.

Intenté levantarme y recibí otro golpe de bota en las costillas. La sangre que me salía de la nariz manchó la alfombra. El cañón de la pistola se apoyó de nuevo contra mi nuca.

—Eso no está bien, Kovacs —dijo la voz un poco menos tranquila—. Si crees que así la policía va a localizarnos, significa que te falla la pila. Ahora ¡levántate!

Estaba ayudándome a levantarme cuando se produjo el estruendo.

El hecho de que alguien hubiese considerado oportuno equipar el sistema de seguridad del Hendrix con unos cañones automáticos de veinte milímetros era un misterio para mí, pero el trabajo que realizaron fue devastador. Con el rabillo del ojo vi la torreta doble bajar desde el techo, justo un momento antes de que disparara una ráfaga contra mi agresor. De una potencia suficiente como para derribar un pequeño avión. El ruido fue ensordecedor.

La mujer enmascarada corrió hacia la puerta. Mientras el eco de los disparos me retumbaba aún en los oídos, vi la torreta doble girar para seguirla. La mujer dio aproximadamente doce pasos en la penumbra cuando una luz rubí brillante le apuntó entre los omoplatos y una nueva ráfaga retumbó en el vestíbulo. Todavía arrodillado, me llevé las dos manos a los oídos. Las balas le destrozaron el cuerpo y la mujer se desplomó convertida en un pequeño montón de carne.

Los disparos cesaron.

En la calma impregnada de olor a cordita que siguió, la torreta quedó detenida en posición de espera, tenía los cañones apuntando hacia abajo, le salía humo por las recámaras de refrigeración. Me destapé los oídos y me levanté, me palpé la cara y la nariz para calibrar las heridas que tenía. La hemorragia parecía haber disminuido, y aunque tenía la boca lastimada, no me faltaba ningún diente. Me dolían la costillas a causa del segundo golpe, pero no me parecía que tuviera nada roto.

Miré hacia el cadáver más próximo, y en seguida me arrepentí de haberlo hecho. Alguien iba a tener que trabajar de lo lindo para limpiar todo aquello.

A mi izquierda la puerta de un ascensor se abrió con una señal apenas perceptible.

—Su habitación está lista, señor —dijo el hotel.

Capítulo 6

Kristin Ortega no parecía proclive a perder la calma.

Entró en el hotel dando pasitos rápidos, con un peso en el bolsillo de la chaqueta que se bamboleaba al golpear contra su muslo. Se detuvo en el centro del vestíbulo y contempló la masacre.

—¿Hace esto muy a menudo, Kovacs?

—Llevo un buen rato esperando —dije—. No estoy de buen humor. —El hotel había llamado a la policía de Bay City en el momento en que la torreta entraba en acción, pero había pasado media hora antes de que la primera nave patrullera bajara en espiral desde el cielo. No me había tomado la molestia de subir a mi habitación, pues sabía que de todas formas la poli me sacaría de la cama. Al llegar decidieron que debía esperar a Ortega. Un médico de la policía me revisó rápidamente para verificar que no tuviera ninguna lesión. Me dio un aerosol para parar la hemorragia nasal, tras lo cual me senté en el vestíbulo y dejé que mi nueva funda fumara algunos de los cigarrillos de la teniente. Una hora más tarde, cuando ella llegó, aún seguía sentado allí.

—Claro —dijo—, la noche en la ciudad es agitada. —Le alcancé el paquete. Lo miró como si le hubiese hecho una pregunta filosófica fundamental. Después, ignorando el parche de encendido, hurgó en sus bolsillos y sacó un encendedor enorme. Parecía como si estuviese funcionando con piloto automático, su cerebro procesaba sin registrar al equipo médico forense que estaba trayendo material suplementario. Encendió el cigarrillo y guardó el encendedor en otro bolsillo. A nuestro alrededor, el vestíbulo se había llenado de gente competente llevando a cabo su trabajo.

—¿Y? —dijo soltando el humo por encima de la cabeza—. ¿Conoce a estos tipos?

—Por favor, deme un jodido respiro.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que hace seis horas que salí del almacenaje —dije notando que el tono de mi voz sonaba más alto—. Que he hablado exactamente con tres personas desde la última vez que nos vimos. Y que nunca en mi vida había estado en la Tierra. Además, usted ya lo sabe. De modo que, o me hace preguntas más inteligentes, o me voy a acostar.

—De acuerdo, no pierda la calma —dijo Ortega. De pronto el cansancio se le vino encima y se arrellanó en el sillón que estaba frente a mí—. Usted le dijo al sargento que eran profesionales.

—Sí.

Yo había decidido compartir esa información con la policía, ya que ellos de todas formas iban a descubrirla investigando en sus archivos.

—¿Lo llamaron por su nombre?

Fruncí el ceño, cauteloso.

—¿Por mi nombre?

—Sí —dijo ella con impaciencia—. ¿Lo llamaron «Kovacs»?

—Creo que no.

—¿Con otro nombre?

Arqueé una ceja.

—¿Cómo?

El agotamiento que le había ofuscado el rostro de pronto se disipó y Ortega me lanzó una mirada dura.

—Olvídelo. Consultaremos la memoria del hotel y lo sabremos.

¡Vaya!

—En Harlan hay que tener una autorización para hacer eso —dije lentamente.

—Aquí también —dijo Ortega dejando caer la ceniza sobre la alfombra—. Pero no será un problema. Parece que no es la primera vez que el Hendrix es acusado por lesiones orgánicas. Pasó hace mucho tiempo, pero hay archivos.

—¿Por qué no lo clausuraron, entonces?

—He dicho acusado, no condenado. La corte rechazó la acusación. Autodefensa. Por supuesto —echó un vistazo a la torreta automática a cuyos pies el equipo médico forense rastreaba las emisiones—. Se había tratado de una electrocución encubierta. Nada que ver con lo de ahora.

—Sí, eso quería preguntarle. ¿Quién decidió instalar este tipo de material en un hotel?

—¿Qué se cree que soy? ¿Un motor de búsqueda? —Ortega empezaba a mirarme con una hostilidad calculadora que no me gustaba nada. De pronto se encogió de hombros—. He consultado los archivos viniendo hacia aquí. Todo fue instalado hace doscientos años, cuando las guerras de las corporaciones se volvieron sangrientas. Cuando las cosas degeneraron, muchos edificios fueron remodelados. Muchas empresas se hundieron a causa de la crisis, y después nadie pensó en ello. Por otra parte, el Hendrix obtuvo por entonces el estatuto de inteligencia artificial.

—Interesante.

—Sí, según pude averiguar, las I. A. fueron las únicas que entendieron realmente lo que estaba pasando. Muchas de ellas dieron el gran salto en ese momento. Numerosos hoteles en el bulevar son administrados por las I. A. —me sonrió a través del humo—. Por eso nunca nadie se aloja en ellos… Es una pena, realmente. He leído que necesitan tener clientes como los humanos necesitan el sexo. Debe de ser un poco frustrante, ¿no le parece?

—Sin duda.

Uno de los mohicanos se arrimó. Ortega le lanzó una mirada como diciendo que no quería ser molestada.

—Éstas son las pruebas de ADN —dijo el mohicano antes de pasarle la copia del videofax.

Ortega las examinó:

—Vaya. Estaba bien acompañado, Kovacs —señaló el cadáver del hombre—. La funda fue registrada la última vez bajo el nombre de Dimitri Kadmin, más conocido como «Dimi el Mellizo». Un asesino profesional de Vladivostock.

—¿Y la mujer?

Ortega y el mohicano se miraron.

—¿Base de registro de Ulán Bator?

—Acertó, jefe.

—Lo tenemos —dijo Ortega saltando con renovada energía—. Quitémosle las pilas y vayamos a Fell Street. Quiero que Kadmin sea almacenado antes de medianoche —se volvió hacia mí—. Kovacs, puede que nos haya sido muy útil.

El mohicano rebuscó en su traje y sacó un pesado puñal como si sacara un cigarrillo. Se acercaron al cadáver y se arrodillaron. Unos policías curiosos se acercaron a ver al mohicano cortar el cartílago con un chasquido húmedo. Poco después, yo también me levanté y me uní al grupo. Nadie se fijó en mí.

No era en realidad un trabajo de cirugía biotech sofisticada. El mohicano había cortado una parte para acceder a la base del cráneo, y ahora hundía el cuchillo buscando la pila cortical. Kristin Ortega sujetaba la cabeza con las dos manos.

—Ahora las incrustan mucho más adentro —explicó—. Intenta sacar la columna vertebral, es ahí donde tiene que estar.

—Estoy intentándolo —gruñó el mohicano—. Me parece que hay unos modificadores implantados. Uno de esos amortiguadores de los que nos habló Noguchi la última vez que pasó… ¡Mierda! Creía que la había encontrado.

—No, espera, no es por ahí. Déjame probar.

Ortega agarró el cuchillo y apoyó una rodilla contra el cráneo para inmovilizarlo.

—Caramba, jefe, casi la tenía.

—Vale, vale, pero no pienso pasarme toda la noche aquí…

Levantó la mirada y se encontró con la mía, después acomodó la punta del puñal y con un golpe seco a la empuñadura sacó algo, dirigiéndole una sonrisa al mohicano.

—¿Has oído?

Hundió los dedos en la carne y extrajo la pila entre el índice y el pulgar. No era gran cosa: parecía un tubo pequeño de elevada resistencia manchado con sangre, tenía el tamaño de una colilla de cigarrillo y unos cables retorcidos salían de una de las puntas de los microenchufes hembras. Se podía entender por qué los católicos no aceptaban que aquello fuera el receptáculo del alma humana.

—Te tengo, Dimi —Ortega sostuvo la pila bajo la luz, luego se la pasó al mohicano junto con el cuchillo. Se limpió los dedos con la ropa del cadáver—. Perfecto, saquemos la de la mujer.

Mientras mirábamos al mohicano repetir la operación con el otro cuerpo, arrimé cuanto pude mi cabeza a Ortega y le murmuré:

—¿Así que también sabe quién es ésta?

Se volvió bruscamente hacia mí, a causa de la cercanía no pude ver si estaba sorprendida o disgustada.

—Sí, es Dimi el Mellizo también. Divertido, ¿no? La funda está registrada en Ulán Bator, que, para su información, es la capital del mercado negro de transferencias en Asia. Dimi es de los que no confían en nadie. Le gusta rodearse de gente de la que realmente esté seguro. Y en los círculos que Dimi frecuenta, la única Persona realmente digna de confianza es uno mismo.

—Eso me resulta familiar. ¿Es tan fácil ser copiado en la Tierra?

Ortega hizo una mueca.

—Cada vez más. Con la tecnología de ahora, una unidad último modelo de transferencia cabe en un cuarto de baño. Pronto cabrá en un ascensor, y en el futuro en una maleta —se encogió de hombros—. Es el precio del progreso.

—En Harlan la única solución es presentarte a una transmisión interestelar, conseguir un seguro para todo el viaje y anular la transmisión en el último momento. Después basta con falsificar un certificado de tránsito y solicitar, por motivos de interés vital, una transferencia a partir de la copia. Algo así como «el tipo está en otro planeta y su empresa se está hundiendo». Primera transferencia del original en la estación de transmisión, y después otra más en la compañía de seguros. La primera copia sale de la estación legalmente. Ha cambiado de opinión antes de partir. A mucha gente le ocurre. La segunda copia no vuelve nunca a la compañía de seguros para el realmacenaje. Pero es muy caro. Hay que pagarle a mucha gente y emplear mucho tiempo de máquina para hacer algo así…

El mohicano resbaló y se cortó el dedo con el cuchillo. Ortega puso los ojos en blanco y suspiró profundamente antes de volverse hacia mí de nuevo.

—Aquí es más fácil —dijo.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo funciona?

—Es… —Vaciló, como si tratara de comprender por qué estaba hablando conmigo—. ¿Para qué quiere saberlo?

Le sonreí, con intención.

—Por curiosidad.

—De acuerdo, Kovacs —dijo sujetando la taza de café con las dos manos—. Funciona así: un buen día el señor Dimitri Kadmin entra en una de las grandes compañías de seguros de recuperación y reenfundado. Una de esas compañías realmente importantes, como Lloyds o Cartwright Solar.

—¿Están aquí? —Señalé las luces del puente que eran visibles a través de la ventana de mi habitación—. ¿En Bay City?

El mohicano había echado a Ortega varias miradas de extrañeza cuando ella había decidido quedarse en el hotel una vez que la policía se hubo marchado del Hendrix.

Ortega le había devuelto una mirada admonitoria recordándole que Kadmin tenía que ser transferido inmediatamente, tras lo cual habíamos subido.

Ortega casi ni se volvió a mirar las patrulleras de la policía alejarse.

—En Bay City, en la Costa Este, quizá también en Europa —dijo Ortega bebiendo su café y haciendo una mueca de desagrado ante la doble ración de *whisky* que le había pedido al Hendrix—. Eso no importa. Lo importante es la compañía. Una compañía afianzada, que trabaja desde que existe la transferencia. El señor Kadmin quiere una póliza R&K, y tras una larga discusión sobre los pros y los contras, la firma. ¿Se da cuenta? Todo esto tiene que parecer verdadero. Es una estafa de altos vuelos…, salvo que aquí el dinero no es lo que cuenta.

Me apoyé contra la ventana. La *suite* Watchtower hacía honor a su nombre. Sus tres habitaciones daban a la ciudad y al mar que se veía a lo lejos, tanto al Norte como al Oeste. El alféizar de la ventana ocupaba casi una quinta parte del espacio y estaba cubierto con cojines de colores psicodélicos. Ortega y yo estábamos sentados uno frente a otro, a un metro de distancia.

—Perfecto, ya tenemos una copia. ¿Y ahora qué?

Ortega se encogió de hombros.

—Un accidente fatal —respondió.

—¿En Ulán Bator?

—Exacto. Dimi se estrella contra un pilón a toda velocidad o cae de la ventana de un hotel. Un agente de Ulán Bator recupera la pila y por una suma considerable realiza una copia. Luego aparecen Cartwright Solar o Lloyds con su póliza de recuperación, llevan a Dimitri a su banco de clonación y lo transfieren a la funda que está esperándolo. «Muchas gracias, señor. Ha sido un placer prestarle este servicio».

—Entretanto…

—Entretanto el agente compra una funda en el mercado negro, tal vez la de algún tipo en estado de coma de un hospital local o la de una víctima de una sobredosis no muy deteriorada que desaparece antes de que la lleven a la morgue. La policía de Ulán Bator envía un mensaje comercial. El agente borra la mente de la funda, le introduce la copia de la pila de Dimi y él sale caminando de allí como si nada. Vuelo suborbital al extremo opuesto del planeta, y vuelta al trabajo en Bay City.

—No debe cazarlos con mucha frecuencia.

—Casi nunca. Habría que detener las dos copias al mismo tiempo, muertas, como éstas, o detenidas por la ONU. Sin la ONU de por medio, está prohibido transferir desde un cuerpo vivo. Y si siente que está perdida, la copia se hace saltar la pila cortical antes de que podamos intervenir. Ya he visto eso.

—Me parece algo radical. ¿Cuál es el castigo?

—El borrado.

—¿*El borrado*? ¿Hacen eso aquí?

Ortega asintió. Una sonrisa triste se le dibujó en la boca. Allí se le quedó.

—Sí, lo hacemos. ¿Le asombra?

Reflexioné. En las Brigadas algunos crímenes eran castigados con el borrado, sobre todo la deserción o la desobediencia en combate, pero yo nunca había visto que se aplicara. Y en Harlan el borrado había sido abolido diez años antes de que yo naciera.

—Es un poco anticuado, ¿no?

—¿Le preocupa lo que va a ocurrirle a Dimi?

Me toqué las heridas del paladar con la punta de la lengua. Pensé en el círculo de metal frío contra mi cuello.

—No. Pero ¿la pena sólo se aplica a gente como él?

—Hay otros crímenes capitales, pero la mayoría son conmutados por doscientos años de almacenaje.

La expresión de Ortega demostraba que eso no le parecía una gran idea.

Dejé el café y cogí un cigarrillo. Mis movimientos eran automáticos, estaba demasiado cansado para detenerlos. Ortega rechazó con un gesto el paquete que le ofrecí. Pasé el cigarrillo por el parche de encendido y la miré con los ojos entrecerrados.

—¿Qué edad tiene usted, Ortega?

Me miró poniéndose a la defensiva.

—Treinta y cuatro. ¿Por qué?

—Nunca ha sido digitalizada, ¿verdad?

—Sí. Me hicieron una psicocirugía hace algunos años. Estuve internada dos días. Aparte de eso, nada. No soy una criminal, y no tengo el dinero suficiente para esos viajes.

Solté la primera bocanada.

—Es un poco susceptible con este tema, ¿verdad?

—Se lo he dicho, no soy una criminal.

—No —le dije pensando en la última vez que había visto a Virginia Vidaura—. Si lo fuera, no pensaría que doscientos años de desaparición son una pena leve.

—No he dicho eso.

—No tenía por qué decirlo.

Interesante. Por un momento había olvidado que Ortega representaba la ley. Algo me había empujado a olvidarlo. Algo había surgido en el espacio que mediaba entre nosotros, como una carga estática, algo que habría podido analizar si mis intuiciones de miembro de las Brigadas no hubiesen estado amortiguadas por la nueva funda.

Sea como fuere, acababa de desaparecer. Me encogí de hombros y di una calada más larga al cigarrillo. Necesitaba dormir.

—Emplear a Kadmin es caro, ¿no es cierto? Debe de costar una fortuna.

—Unos veinte mil por cada misión.

—Entonces Bancroft no se suicidó.

Ortega arqueó una ceja.

—Trabaja muy rápido para ser alguien que acaba de llegar.

—Oh, vamos —le dije echándole una bocanada en la cara—. Si era un suicidio, ¿quién diablos pagó los veinte mil para liquidarme?

—Usted es una persona muy querida, ¿no es cierto?

Me incliné hacia delante.

—No, soy una persona nada querida en muchos lugares, pero ninguno de mis enemigos tiene los contactos ni el dinero para contratar ese tipo de mercenarios. No tengo la clase suficiente como para tener enemigos de ese nivel. El que ha pagado para que Kadmin me pisara los talones sabe que estoy trabajando para Bancroft.

Ortega sonrió.

—¿No había dicho que no lo llamaron por su nombre?

«Estás cansado, Takeshi». Casi podía ver a Virginia Vidaura apuntándome con el dedo. «Las Brigadas de Choque no se dejan engatusar por un oficial de la policía local».

Continué como pude.

—Ellos sabían quién era yo. Vamos, Ortega, la gente como Kadmin no frecuenta hoteles para agredir a los turistas.

Dejó que mi exasperación se diluyera en el silencio antes de responderme.

—Puede que a Bancroft le disparasen. ¿Y con eso qué?

—Pues tendrá que reabrir el caso.

—Usted no escucha cuando le hablan, Kovacs —me dirigió una sonrisa capaz de detener a una banda de hombres armados—. El caso está cerrado.

Volví a apoyarme contra la pared y la miré a través del humo del cigarrillo.

—¿Sabe una cosa? Cuando su equipo de limpieza llegó hace un rato, uno de ellos me mostró detenidamente su credencial para que la viera. Abierta toda ella, entera. El águila y el escudo. Y la leyenda alrededor —di otra calada al cigarrillo antes de hundir las banderillas—. «¿Proteger y servir?». Creo que cuando usted fue nombrada teniente en realidad ya no creía en esas cosas.

Diana. Un músculo le palpitó debajo del ojo y sus mejillas se encogieron como si estuviese chupando algo amargo. Me miró y por un momento pensé que me había pasado. Luego sus hombros se desplomaron y suspiró.

—Siga. ¿Qué sabe usted después de todo? Bancroft no es alguien como usted o como yo. Es un maldito mat.

—¿Un mat?

—Sí, un mat. ¿Se acuerda? «Y todos los días de Matusalén eran novecientos sesenta y nueve años». Quiero decir que es viejo. Muy viejo.

—¿Eso es un crimen, teniente?

—Debería serlo —dijo Ortega con gravedad—. Si usted vive tanto tiempo, empezarán a pasarle cosas. Está demasiado impregnado de sí mismo. Al final se cree uno que es Dios. De pronto la gente menor, de treinta o cuarenta años, ya no son nada. Se ha visto nacer y morir muchas civilizaciones, y uno comienza a sentir que

eso no va con él, y ya nada le importa realmente. Y tal vez empieza a aplastar a esa gente menor como si fueran flores bajo sus pies.

La miré seriamente.

—¿Ha hecho Bancroft algo así?

—No estoy hablando de Bancroft —dijo descartando la objeción con impaciencia —. Estoy hablando de su *especie*. Son como las I. A., una raza aparte. No son humanos, se relacionan con la humanidad del mismo modo que usted y yo nos relacionamos con el mundo de los insectos. Pues bien, al relacionarse con la policía de Bay City, este tipo de actitud a veces puede ser contraproducente.

Pensé fugazmente en los excesos de Reileen Kawahara, y me pregunté hasta qué punto Ortega se equivocaba. En Harlan la mayoría de la gente podía permitirse un reenfundado, pero finalmente, si uno no era muy rico, tenía que terminar su vida, y la vejez, aun con un tratamiento antisen, era difícil de soportar. La segunda vez todavía era peor porque uno ya sabía a qué atenerse. No todos tenían el aguante suficiente para hacerlo más de dos veces. Mucha gente, después de eso, recurría al almacenaje voluntario, con algunos reenfundados temporales por motivos familiares. Pero la frecuencia de esos reenfundados también se iba espaciando con el tiempo, a medida que se iban debilitando los antiguos vínculos familiares con la llegada de las nuevas generaciones.

Se necesitaba un tipo particular de persona para seguir adelante, para *querer* seguir adelante, vida tras vida, funda tras funda. Tenías que ser diferente desde el principio, no importaba en qué te convertirías a lo largo de los siglos.

—De modo que apenas se ocuparon de Bancroft porque es un mat. Perdone, Laurens, pero es usted un arrogante, un hijo de puta secular. La policía de Bay City tiene otras cosas que hacer en vez de perder el tiempo ocupándose seriamente de usted.

Pero Ortega ya no picaba más el anzuelo. Bebió su café e hizo un ademán para cortar la discusión.

—Mire, Kovacs, Bancroft está vivo, y sean cuales sean los resultados de la investigación, cuenta con suficiente personal de seguridad como para seguir estándolo. Aquí nadie va a quejarse por una injusticia. El Departamento de Policía no tiene fondos ni personal, y además está sobrecargado de trabajo. No tenemos los medios para seguir persiguiendo los fantasmas de Bancroft.

—¿Y si no fueran fantasmas?

Ortega suspiró.

—Kovacs, yo misma estuve tres veces en su casa con el equipo forense. No encontramos rastro alguno de lucha, ninguna anomalía en el perímetro de defensa y ninguna huella de ningún intruso en los archivos del sistema de seguridad. Míriam Bancroft pasó voluntariamente las pruebas poligráficas, y las superó todas. Ella no mató a su marido, nadie entró en la casa a matarlo. Laurens Bancroft se suicidó por

motivos que sólo él conoce, y eso es todo. Lamento que usted se vea obligado a demostrar lo contrario, pero eso no cambiará la realidad. Éste es un caso cerrado.

—¿Y la llamada telefónica? ¿Y el hecho de que Bancroft no tuviera ninguna posibilidad real de suicidarse al disponer de un sistema de almacenaje remoto? ¿O que alguien imaginara que yo soy lo suficientemente importante como para mandar a Kadmin aquí?

—No voy a seguir discutiendo de esto con usted, Kovacs. Interrogaremos a Kadmin y descubriremos lo que él sabe, por lo demás ya le he dado muchas vueltas a todo esto antes, y el tema está empezando a aburrirme. Hay gente que nos necesita mucho más que Bancroft. Víctimas de muerte real que no tuvieron la suerte de tener un almacenaje remoto cuando su pila cortical les estalló. Católicos a los que se mata porque sus asesinos saben que sus víctimas no saldrán nunca del almacenaje para hacerlos arrestar —el cansancio asomaba en el rostro de Ortega mientras ella continuaba con la lista contando con los dedos—. Víctimas de daños orgánicos que no tienen dinero para hacerse reenfundar, a menos que el Estado pueda demostrar algún tipo de responsabilidad por parte de alguien. Estuve examinando todos los datos del caso Bancroft todos los días durante diez horas, o incluso más, y lo siento, pero ya no tengo más tiempo para perder con el señor Laurens Bancroft, sus clones congelados, sus contactos de gente importante y sus brillantes abogados que nos hacen la vida imposible cada vez que algún miembro de su familia o de su equipo quiere darnos esquinazo.

—¿Ocurre a menudo?

—Muy a menudo, pero no se asombre —dijo con una sonrisa triste—. Es un maldito mat. Y son todos iguales.

Era un aspecto de su personalidad que no me gustaba, una discusión que no quería y una visión de Bancroft que no me servía de nada. Pero, sobre todo, mis nervios necesitaban desesperadamente un descanso.

Apagué el cigarrillo.

—Será mejor que se vaya, teniente. Todos estos prejuicios me dan dolor de cabeza.

Algo relampagueó en sus ojos, algo que sin embargo no pude captar. Duró un segundo, después desapareció. Ella se encogió de hombros, dejó la taza de café y se puso de pie. Se estiró, dobló la columna hasta hacerla crujir y caminó hacia la puerta sin mirar atrás. Yo me quedé donde estaba, viendo cómo su reflejo se confundía con las luces de la ciudad.

Al llegar a la puerta, se detuvo y giró la cabeza.

—Oiga, Kovacs.

La miré.

—¿Ha olvidado algo?

Asintió con la cabeza, hizo una mueca, como si acabara de marcar un punto en el juego que estábamos jugando.

—¿Quiere una pista? ¿Algo para empezar? Usted nos dio a Kadmin, creo que de alguna forma se lo debo.

—Usted no me debe nada, Ortega. Fue el Hendrix, no yo.

—Leila Begin —dijo ella—. Hable de esto con los abogados de Bancroft, y vea a donde lo conduce.

La puerta se cerró y el reflejo de la habitación sólo mostró las luces de la ciudad bajo mis pies. Las contemplé un momento, encendí otro cigarrillo y me lo fumé hasta el filtro.

Bancroft no se había suicidado, era evidente. Me había ocupado del caso sólo un día y ya tenía dos grupos de presión pisándome los talones. Kristin Ortega y sus matones de guante blanco vinculados con la justicia, y el asesino de Vladivostock y su funda de recambio. Por no hablar del comportamiento extravagante de Míriam Bancroft. Había demasiadas cosas que no encajaban en esa historia aparentemente perfecta. Ortega quería algo y el que había pagado a Dimitri Kadmin también quería algo. Y todo lo que querían, en definitiva, era que el caso Bancroft permaneciera cerrado.

Algo que yo no podía permitirme.

—Su invitado ha dejado el edificio —dijo el Hendrix sacándome de mi meditación recapitulativa.

—Gracias —dije, absorto, apagando el cigarrillo en un cenicero—. ¿Puede echar llave a la puerta y bloquear los ascensores de esta planta?

—Por supuesto. ¿Desea que le avisemos de cada entrada al hotel?

—No —abrí la boca para bostezar como una víbora tratando de tragarse un huevo —. Sólo le pido que no deje que nadie suba hasta aquí arriba. Y no quiero recibir llamadas en las próximas siete horas y media.

De pronto el agotamiento se apoderó de mí, tanto que me costó quitarme la ropa. Dejé el traje de verano proporcionado por Bancroft sobre una silla y me metí en la maciza cama de sábanas rojas. La superficie del colchón onduló fugazmente, adaptándose a mi cuerpo, mi peso y mi altura, luego me arrastró como una corriente de agua. Un débil olor a incienso brotó de las sábanas.

De mala gana intenté masturbarme, las curvas voluptuosas de Míriam Bancroft desfilaron rápidamente por mi cabeza, pero no pude borrar la imagen del cuerpo pálido de Sarah destrozado por el Kalashnikov.

Entonces el sueño me devoró.

Capítulo 7

Hay ruinas entre las sombras y un sol rojo sangre que se pone detrás de colinas lejanas. Arriba, las nubes blandas y orondas huyen hacia el horizonte como ballenas frente al arpón y el viento despliega sus dedos hambrientos a través de los árboles que flanquean la calle.

Innenininennininennin… Conozco este lugar.

Avanzo entre los muros ruinosos, evitando rozarlos, porque al mínimo contacto sueltan disparos sordos y gritos, como si las piedras de los edificios que quedaron de pie aún estuvieran imbuidas del conflicto que destruyó esta ciudad. Y me desplazo rápidamente, porque algo me está siguiendo, algo que avanza sin evitar los muros. Puedo seguir su progresión con bastante exactitud, gracias al ruido de los disparos y a los gritos de horror. Se está acercando. Trato de acelerar, pero la garganta y el pecho se me cierran, lo cual no ayuda.

Jimmy de Soto se asoma por detrás de las ruinas de una torre. En realidad no me sorprende verlo por aquí, pero su rostro destrozado me estremece. Sonríe con lo que queda de sus rasgos y me pone una mano en el hombro. Trato de no temblar.

—Leila Begin —dice, y señala con la cabeza la dirección por donde yo he llegado —. Deberías hablar de esto con los abogados de Bancroft.

—Lo haré —digo, dejándolo atrás.

Pero su mano sigue posada sobre mi hombro, por lo que pienso que su brazo debe de estar estirándose detrás de mí como cera caliente. Me detengo, sintiéndome culpable por el dolor que eso debe de causarle, pero él sigue con la mano apoyada sobre mi hombro. Retomo la marcha.

—¿Vas a volver a pelear? —me pregunta como para entablar una conversación, sigue a mi lado sin esfuerzo aparente y sin dar un paso.

—¿Con qué? —le digo abriendo las manos vacías.

—Tendrías que haberte procurado un arma. A lo grande.

—Virginia nos enseñó a no dejarnos vencer por la debilidad de las armas.

Jimmy de Soto se ríe, sarcástico.

—Claro, y mira cómo terminó esa idiota. Ochenta años sin revisión de condena.

—Eso es algo que no puedes saber —digo con aire ausente, interesado más que nada por los ruidos que me persiguen—. Moriste muchos años antes de que eso ocurriera.

—Vamos, ¿quién se muere realmente hoy en día?

—Dile eso a un católico. Y de todas formas, tú estás muerto, Jimmy. Irrevocablemente, si no me equivoco.

—¿Qué es un católico?

—Te lo diré más tarde. ¿Tienes un cigarrillo?

—¿Un cigarrillo? ¿Qué te ha pasado en el brazo?

Salgo del diálogo de besugos y me miro el brazo. Jimmy tiene razón. Las cicatrices de mi antebrazo se han transformado en heridas abiertas y la sangre mana y se derrama por mi muñeca. Y por supuesto…

Me llevo la mano al ojo izquierdo y siento la humedad bajo el párpado inferior. Mis dedos se tiñen de sangre.

—¡Qué suerte! —dice Jimmy de Soto sensato—. No te han dado en el globo.

Sabía de lo que hablaba. Su globo ocular izquierdo es una oquedad sangrienta —es todo lo que quedó cuando en Innenin se arrancó el ojo—. Nunca nadie supo qué alucinación estaba sufriendo cuando lo hizo. Durante el tiempo que tardaron en llevar a Jimmy y a todos los hombres digitalizados desde la cabeza de playa de Innenin a psicocirugía, los virus habían destrozado definitivamente sus cerebros. El programa era tan destructivo que en la clínica ni siquiera se atrevieron a conservar lo que había quedado de las pilas para que fuera examinado. Los restos de Jimmy de Soto se encuentran en un disco cerrado con una etiqueta en rojo: DATOS CONTAGIOSOS, en alguna parte del cuartel general de las Brigadas de Choque.

—Tengo que hacer algo con esto —digo un poco desesperado. Los ecos de mi perseguidor en las paredes se están acercando peligrosamente. Los últimos rayos del sol se están escondiendo detrás de las colinas. La sangre corre por mis brazos y por mi cara.

—¿Lo hueles? —pregunta Jimmy, levantando la nariz en el aire frío que nos rodea—. Lo están cambiando.

—¿Qué cosa?

Pero apenas acabo de formular la pregunta yo también lo huelo. Un olor fresco y regenerador, no tan distinto al olor del Hendrix, aunque sutilmente distinto, no tan decadente como el olor que noté al dormirme…

—Hay que ir —dice Jimmy. Estoy a punto de preguntarle adonde cuando me doy cuenta de que se refiere a mí y de que estoy…

Despierto.

Al abrir los ojos lo primero que veo es una de las psicodélicas paredes de la habitación del hotel. Esbeltas figuras en caftán recortadas contra un campo de hierba verde con flores amarillas y blancas. Fruncí el ceño y me llevé la mano a la cicatriz del antebrazo. No había sangre. Contento con este descubrimiento, me desperté del todo y me senté en la cama grande y escarlata. El efluvio del incienso que había percibido en el sueño se había trocado en olor a pan y café recién hechos. Era el despertador olfativo del Hendrix. La luz se derramaba en la habitación oscura a través de un hueco en el cristal polarizado de la ventana.

—Tiene una visita —dijo con brío la voz del Hendrix.

—¿Qué hora es? —gruñí. Me sentía como si alguien le hubiese dado una mano de pegamento al fondo de mi garganta.

—Las diez y dieciséis, hora local. Ha dormido siete horas y cuarenta y dos minutos.

—¿Y mi visita?

—Oumou Prescott —dijo el hotel—. ¿Querrá desayunar?

Salí de la cama y me dirigí al cuarto de baño.

—Sí. Café con leche, carne blanca, bien hecha, y un vaso de zumo. Puede decirle a Prescott que suba.

Cuando llamaron a la puerta, yo ya había salido de la ducha y me había puesto una bata azul a rayas doradas. Me serví el desayuno en la ventanilla de servicio y sujeté la bandeja con una mano para abrir la puerta.

Oumou Prescott era una africana alta e imponente, algunos centímetros más alta que mi funda, tenía el pelo recogido por detrás con docenas de cuentas ovales de cristal con siete u ocho de mis colores preferidos, y los pómulos marcados con cierto tipo de tatuaje abstracto. Permaneció en el umbral, vestida con un traje gris claro y un largo abrigo con el cuello levantado, y me miró dudando.

—¿El señor Kovacs?

—Sí, entre. ¿Quiere desayunar?

Apoyé la bandeja sobre la cama deshecha.

—No, gracias. Señor Kovacs, soy la principal representante legal de Laurens Bancroft, por intermedio de la empresa de Prescott, Forbes & Hernández. El señor Bancroft me ha comunicado que…

—Sí, lo sé.

Me serví un trozo de pollo asado de la bandeja.

—El hecho es, señor Kovacs, que tenemos una cita con Dennis Nyman en PsychaSec dentro de… —Giró fugazmente los ojos mientras consultaba su reloj interno— treinta minutos.

—Entiendo —dije masticando lentamente—. No lo sabía.

—He estado llamándolo desde las ocho de esta mañana, pero el hotel se negaba a pasarle la llamada. No podía imaginarme que a estas horas aún estuviera durmiendo.

Le sonreí con la boca llena de pollo.

—Investigación incompleta, pues. Me transfirieron justo ayer.

Se puso un poco tensa, pero al final la calma profesional se impuso. Atravesó la habitación y se sentó junto a la ventana.

—En ese caso, llegaremos tarde —dijo—. Supongo que necesita desayunar.

Hacía frío en mitad de la bahía.

Salí del taxi a un sol medio cubierto y un viento helado. Había llovido durante la noche y algunos cúmulos grises todavía se agolpaban en torno a la isla, resistiendo la brisa marina que intentaba dispersarlos. Me levanté el cuello de la chaqueta de verano y mentalmente tomé nota de que necesitaba comprar un abrigo. Nada especial,

simplemente algo que me cubriera hasta los muslos y con unos bolsillos lo suficientemente grandes como para meter las manos.

A mi lado Prescott parecía tan confortablemente abrigada metida en su abrigo, que me resultaba insoportable mirarla. Pagó al taxi mediante la huella de su pulgar y ambos nos quedamos mirándolo mientras se elevaba en el cielo. Una bienvenida corriente de aire caliente proveniente de las turbinas me dio un poco de calor. Me llevé una mano a la cara para protegerme del pequeño vendaval de polvo y vi que Prescott levantaba un brazo para hacer lo mismo que yo. Después el taxi se alejó zumbando para unirse a la actividad frenética del tráfico de tierra firme. Prescott se volvió hacia el edificio que teníamos detrás e hizo un gesto lacónico con el pulgar.

—Es por allí.

Me metí las manos en los poco adecuados bolsillos y la seguí. Levemente inclinados por el viento, subimos la larga y sinuosa escalera que conducía a PsychaSec Alcatraz, azotada por el viento.

Esperaba encontrarme con un sistema de seguridad altamente sofisticado, y mis expectativas no se vieron defraudadas. PsychaSec estaba concebido como una serie de módulos de dos pisos con ventanas empotradas que evocaban un bunker de mando militar. La única excepción era una cúpula aislada en el extremo occidental. Imaginé que debía de albergar el equipo de transmisión por satélite. Todo el complejo era de un gris pálido, con las ventanas de color naranja. No había ningún holoanuncio ni emisiones de publicidad, de hecho no había nada que nos indicara dónde estábamos, salvo una sobria placa grabada con láser en la pared de la entrada:

PsychaSec S. A.

D. H. Recuperación y Almacenaje de Seguridad Enfundado Clónico.

Encima de la placa había un pequeño objetivo flanqueado por dos altavoces protegidos. Oumou Prescott levantó una mano y la agitó por delante.

—Bienvenidos a PsychaSec Alcatraz —dijo la voz de un aparato—. Identifíquense. Tienen cincuenta segundos.

—Somos Oumou Prescott y Takeshi Kovacs. Tenemos una cita con el director Nyman.

Un fino rayo esmeralda nos recorrió de los pies a la cabeza, después una parte de la pared se abrió hacia adentro para dejarnos pasar. Contento de quedar a cubierto del viento, me apresuré a entrar y, adelantándome a Prescott, enfilé por un pasillo corto de luces anaranjadas hacia la recepción. La maciza puerta se cerró tras entrar nosotros. La seguridad allí era una cosa seria.

La recepción era una sala circular bien iluminada, con mesas bajas y sillas colocadas en los cuatro puntos cardinales. Había pequeños grupos de personas sentados en el Norte y el Este, conversando en voz baja. En el centro había un escritorio también circular con un recepcionista sentado ante una batería de equipos

de oficina. El recepcionista no era un robot, era un verdadero ser humano, un joven delgado con aire adolescente que al acercarnos nos miró con ojos inteligentes.

—Puede pasar, señorita Prescott. La oficina del director se encuentra en la primera planta, tercera puerta a la derecha.

—Gracias —dijo Prescott, que avanzó murmurándome al oído—. Desde que construyeron este edificio Nyman se da cierta importancia, pero es una persona simpática. No deje que le haga perder la calma.

—Por supuesto.

Seguimos las instrucciones del recepcionista. Al llegar frente a la puerta indicada no pude evitar echarme a reír. La puerta de Nyman estaba íntegramente chapada en madera-espejo, tal vez algo considerado de buen gusto allí en la Tierra. Después del sofisticado sistema de seguridad tipo militar y la recepción en carne y hueso, el efecto de aquella puerta era algo tan sutil como las escupideras vaginales del burdel de *Madame* Mi. Mi diversión debió de notarse porque Prescott me miró frunciendo el ceño mientras llamaba a la puerta.

—Adelante.

El sueño había hecho maravillas en el interfaz entre mi mente y mi nueva funda. Recuperé mi compostura arrendada y entré a la oficina siguiendo a Prescott.

Nyman estaba sentado a su escritorio, trabajando ostentosamente frente a una pantalla holo verde y gris. Era un hombre delgado y serio, con unas gafas de montura de acero, a tono con su lujoso traje de confección negro y con su pelo corto. Su expresión, detrás de las gafas, mostraba un cierto resentimiento. Cuando Prescott lo había llamado desde el taxi para decirle lo del retraso, a él no le había hecho ninguna gracia, pero era evidente que luego había hablado con Bancroft, porque había aceptado retrasar la cita con la docilidad de un niño disciplinado.

—Señor Kovacs, usted ha solicitado visitar nuestras instalaciones, ¿desea comenzar ahora? He dejado libre mi agenda durante las próximas dos horas, pero tengo clientes esperando.

Había algo en los modales de Nyman que me recordaron al alcaide Sullivan, aunque más tranquilo y menos duro. Lo escruté. Si el alcaide hubiese hecho carrera con el almacenaje de lujo en lugar del almacenaje de criminales, habría sido parecido a él.

—Bien.

Era bastante aburrido. PsychaSec, como todos los depósitos de digitalización humana, no era más que un gigantesco almacén con aire acondicionado. Las salas eran mantenidas a una temperatura de entre siete y once grados Celsius, la temperatura recomendada por los fabricantes de carbono alterado. Eché una mirada a los estantes donde estaban los discos de treinta centímetros y admiré los robots de recuperación que recorrían sobre rieles las paredes de almacenaje.

—Es un sistema dúplex —dijo Nyman con orgullo—. Cada cliente es almacenado en dos discos separados colocados en distintos sectores del complejo. Se aplica una

distribución de código aleatoria, sólo el procesador central puede encontrarlos a los dos y el sistema está programado para impedir el acceso simultáneo a las dos copias. Para causar daño real, habría que introducirse aquí y superar dos veces todos los sistemas de seguridad…

Emití algunos ruiditos corteses.

—Nuestra conexión vía satélite opera a través de una red de dieciocho plataformas orbitales de intercambio asegurado, conectadas aleatoriamente —Nyman se dejaba llevar por su discurso. Parecía haber olvidado que ni Prescott ni yo estábamos allí para contratar los servicios de PsychaSec—. Ningún orbital está conectado más de veinte segundos a la vez. Las actualizaciones del almacenaje remoto son transmitidas a través de la transferencia, y no hay forma de predecir su ruta de transmisión.

Técnicamente, aquello no era cierto. Con una I. A. lo suficientemente poderosa y motivada, tarde o temprano era posible conseguirlo, pero eso era tratar de agarrarse a un clavo ardiendo. Los enemigos que utilizaban la I. A. no acostumbraban a volarte la cabeza con un detonador de partículas. No era la pista buena.

—¿Puedo ver los clones de Bancroft? —le pregunté bruscamente a Prescott.

—¿Legalmente? —respondió Prescott encogiéndose de hombros—. Según las instrucciones de Bancroft usted tiene carta blanca.

¿Carta blanca? Prescott había estado diciendo esas palabras durante toda la mañana. La frase tenía casi el sabor de un viejo pergamino. Una réplica que el personaje de Alain Marriott podría haber dado en cualquier película sobre la colonización.

Ahora estás en la Tierra. Me volví hacia Nyman, que asintió de mala gana.

—Hay ciertos procedimientos —dijo Nyman.

Regresamos a la planta baja por pasillos que, pese a las diferencias, me recordaban el complejo de enfundado de Bay City Central. Aquí no había huellas de ruedas en el suelo —los transportadores de fundas circulaban sobre cámaras de aire —, las paredes de los pasillos eran de color pastel y las ventanas, mirillas de búnker desde fuera, estaban enmarcadas y decoradas con unas ondas estilo Gaudí en su interior. Pasamos frente a una mujer que estaba limpiándolas a mano. Arqueé una ceja. La extravagancia no tenía límites.

Nyman se dio cuenta.

—Hay algunos trabajos para los cuales los robots de limpieza no están capacitados —dijo.

—Claro —contesté yo.

Los bancos de clones aparecieron a nuestra izquierda, detrás de unas puertas pesadas y herméticas esculpidas y decoradas como las ventanas. Nos detuvimos frente a una de ellas y Nyman se acercó al escáner de retina. La puerta, de un metro de espesor y de acero tungsteno, se abrió suavemente hacia nosotros. Daba paso a una

habitación de cuatro metros con una puerta similar en la otra punta. Entramos, y la puerta se cerró con un ruido suave a nuestra espalda. Sentí la elevada presión.

—Es una habitación hermética —dijo Nyman con redundancia—. Vamos a someternos a una limpieza iónica para no contaminar los bancos de clones. No se alarmen.

Una bombilla violeta titiló en el techo provocando sombras del mismo color e indicando que el proceso de limpieza había empezado. La otra puerta se abrió sin hacer más ruido que la primera. Entramos en la cripta de la familia Bancroft.

Ya había visto lugares con la misma función. Reileen Kawahara había instalado uno pequeño para sus clones en tránsito hacia Nuevo Pekín. Y obviamente las Brigadas tenían muchos. Sin embargo nunca había visto algo como aquello.

La sala era oval y el techo abovedado se elevaba hasta por lo menos dos pisos del suelo. Era un lugar enorme, del tamaño de un templo de Harlan. La luz naranja no era muy intensa y la temperatura era cálida. Había bolsas de clones por todas partes, vainas veteadas y traslúcidas del mismo color naranja colgadas del techo mediante cables y tubos de alimentación. Los clones eran apenas visibles en su interior, masas fetales de brazos y piernas, pero plenamente desarrollados. O al menos muchos de ellos. Había otras bolsas más pequeñas donde vegetaban los nuevos elementos del *stock*. Las bolsas eran orgánicas, un sustituto de la matriz, y crecían junto con el feto hasta desarrollar una forma adulta. Todas ellas colgaban del techo como un móvil de pesadilla, a la espera de un soplo de viento para ponerse en movimiento.

Nyman carraspeó y Prescott y yo despertamos de la estupefacción que se había apoderado de nosotros en el umbral.

—El lugar puede parecer caótico —dijo—, pero el espacio está controlado por ordenador.

—Lo sé —dije acercándome a una de las bolsas que estaban más abajo—. Es un derivado fractal, ¿no es cierto?

—Oh, sí.

Era como si mi conocimiento lo molestara.

Miré el clon. A escasos centímetros de mi rostro, Míriam Bancroft flotaba en el líquido amniótico detrás de la membrana. Tenía los brazos doblados sobre el pecho y sus puños cerrados descansaban bajo su mentón. Le habían enrollado el pelo alrededor de la cabeza y cubierto posteriormente con una especie de redecilla.

—Toda la familia está aquí —murmuró Prescott a mis espaldas—. La mujer, el marido y sus sesenta y un niños. La mayoría de ellos no tienen más que uno o dos clones, pero Bancroft y su mujer tienen seis cada uno. Es impresionante, ¿no es cierto?

—Sí.

A mi pesar alargué una mano y toqué la membrana que cubría el rostro de Míriam Bancroft. Era caliente y un poco blanda. Había algunas cicatrices en torno a los orificios de entrada de los tubos de alimentación y de evacuación, y unas huellas

imperceptibles donde le habían clavado agujas para extraer muestras de tejido del feto o inyectarle lo que fuera. La membrana podía soportar esos pinchazos y luego sanar.

Aparté la mirada de la mujer dormida y miré a Nyman.

—Todo esto es muy interesante, pero no creo que usted saque un clon de aquí cuando quiera que Bancroft venga a visitarlo. En alguna parte debe de tener tanques.

—Por aquí.

Nyman nos hizo una seña para que lo siguiéramos y se encaminó hacia el fondo de la sala, donde estaba la otra puerta hermética. Las bolsas más bajas se balancearon cuando pasamos, y tuve que agacharme para evitar tocar una de ellas. Los dedos de Nyman teclearon una breve tarantela con su clave sobre los dígitos del teclado de la puerta y salimos a un pasillo largo cuya iluminación de clínica resultaba casi cegadora después de la luz tamizada de la cripta principal. Ocho cilindros, no tan distintos de aquél en el que me había despertado el día antes, estaban alineados contra la pared. Pero a diferencia de mi tubo de nacimiento con sus miles de marcas y pintadas que evidenciaban el uso frecuente al que era sometido, esas unidades eran nuevas, cubiertas con una buena capa de pintura color crema, y con sus ventanillas de observación y las distintas protuberancias funcionales enmarcadas en amarillo.

—Son las cámaras de suspensión asistida —dijo Nyman—. Esencialmente tienen el mismo entorno que las vainas. Aquí es donde se lleva a cabo el enfundado. Traemos a los clones nuevos, todavía dentro de las vainas, y los trasvasamos a estos tubos. Los alimentadores del tanque contienen una enzima que deshace la membrana de la vaina, de modo que la transición está exenta de todo tipo de traumas. El trabajo clínico es efectuado por equipos transferidos a fundas sintéticas, lo que evita cualquier riesgo de contaminación.

Por el rabillo del ojo capté la mirada exasperada de Oumou Prescott, y sonreí burlón.

—¿Quiénes tienen acceso a esta sala?

—Sólo yo. Los miembros del personal autorizado tienen un código válido sólo por un día. Y los dueños, por supuesto.

Me arrimé a los tanques para ver los datos que constaban en la base de cada uno de ellos. Había un clon de Míriam en el sexto y dos de Naomi en el séptimo y el octavo.

—¿Tiene dos ejemplares de la hija?

—Sí —respondió Nyman, que por un momento pareció confundido, pero en seguida adoptó una actitud de superioridad: era la oportunidad de recuperar la iniciativa que había perdido con mi comentario del derivado fractal—. ¿No ha sido informado de su situación?

—Sí, está en psicocirugía —gruñí—. Lo cual no explica que haya dos ejemplares.

—Bueno… —dijo Nyman, y se calló con los ojos fijos en Prescott, como si divulgar más información entrara en conflicto con algún aspecto legal.

La abogada carraspeó.

—PsychaSec ha recibido instrucciones de Bancroft para que siempre tengan a un clon de sí mismo y de sus familiares más cercanos listo para transferencia. Mientras la señorita Bancroft está internada en un centro psiquiátrico en Vancouver, sus dos clones están almacenados aquí.

—A los Bancroft les gusta cambiar sus clones —dijo Nyman—. Muchos de nuestros clientes hacen lo mismo para evitar el desgaste. El cuerpo humano tiene una capacidad de regeneración admirable si es almacenado correctamente. Nosotros ofrecemos un servicio completo de reparación clínica para las lesiones más importantes. Y a muy buen precio.

—No me cabe la menor duda —dije sonriéndole y mirando el último tanque—. Pero no pueden hacer gran cosa por una mente que se volatiliza, ¿no?

Hubo un breve silencio. Prescott clavó la mirada en un rincón del techo y los labios de Nyman se encogieron hasta proporciones casi anales.

—Su observación me parece de muy mal gusto —dijo finalmente el director—. ¿Tiene alguna pregunta *importante*, señor Kovacs?

Me detuve junto al tanque de Míriam Bancroft y miré en su interior. Aun a pesar de la nebulosa provocada por el cristal de observación y el gel, la figura irradiaba sensualidad.

—Sólo una pregunta: ¿quién decide cuándo hay que cambiar las fundas?

Nyman miró a Prescott como si necesitara apoyo jurídico para su respuesta.

—Tengo la autorización de Bancroft para llevar a cabo la transferencia cada vez que es digitalizado, a menos que especifique lo contrario. Esta vez no lo ha especificado.

Había algo en esto, algo que alertaba mis antenas de miembro de las Brigadas, algo que de algún modo *encajaba*. Era demasiado pronto para darle una forma definida. Miré a mi alrededor.

—Este lugar tiene un sistema de control de las entradas, ¿verdad?

—Naturalmente —dijo Nyman en tono glacial.

—¿Hubo mucha actividad el día que Bancroft viajó a Osaka?

—No especialmente. Señor Kovacs, la policía ya ha examinado los archivos. No veo qué sentido puede…

—¿Me permite? —le dije sin mirarlo, y la cadencia de las Brigadas en mi voz lo calló de golpe.

Dos horas más tarde estaba mirando por la ventanilla de otro aerotaxi que despegaba de Alcatraz.

—¿Ha encontrado lo que buscaba?

Miré a Oumou Prescott y me pregunté si percibía mi frustración. Yo creía controlar mi funda, pero había oído de abogados que poseían un condicionamiento

empático para captar los indicios subliminales del estado mental de los testigos durante un proceso. Y allí en la Tierra no me hubiese sorprendido que Oumou Prescott estuviese equipada con un sistema de lectura infrarroja y subsónica y un escáner de voz instalado detrás de su hermoso rostro de ébano.

El registro de entradas a la cripta de Bancroft del jueves 16 de agosto estaba tan exento de entradas y salidas sospechosas como el centro comercial Mishima un martes por la tarde. A las ocho de la mañana, Bancroft llegó con dos asistentes, se desvistió y se metió en el tanque de espera. Los asistentes se retiraron con su ropa. Catorce horas más tarde su clon de recambio salió del tanque contiguo, cogió una toalla que le dio otro asistente y fue a darse una ducha. No se pronunció ni una palabra, aparte de algunas cortesías. Ninguna.

Me encogí de hombros.

—No lo sé. En realidad todavía no sé lo que estoy buscando.

—Absorción Total, ¿no? —preguntó Prescott bostezando.

—Sí, eso es —dije antes de mirarla más de cerca—. ¿Sabe mucho sobre las Brigadas?

—Un poco. Hice mis prácticas como pasante en la ONU, te quedas con la jerga. Dígame, ¿qué es lo que ha absorbido hasta el momento?

—Que mucho humo se escapa de este asunto mientras las autoridades insisten en que no hay fuego. ¿Se ha visto alguna vez con la teniente que llevó el caso?

—¿Kristin Ortega? Por supuesto. No podría olvidarla. Estuvimos más de una semana trabajando juntas.

—¿Impresiones?

—¿De Ortega? —Prescott parecía sorprendida—. Buena policía, creo. Tiene fama de implacable. Los miembros del personal del Departamento de Lesiones Orgánicas son tipos duros, de modo que haber obtenido semejante reputación… Se ocupó eficazmente del caso…

—No en opinión de Bancroft.

Hubo una pausa. Prescott me miró cautelosa.

—He dicho eficazmente. No de forma persistente. Ortega hizo su trabajo, pero…

—Pero a ella no le gustan los mats, ¿no es cierto?

Otra pausa.

—Tiene usted buen oído para el lenguaje de la calle, Kovacs.

—Te quedas con la jerga —dije modestamente—. ¿Cree que Ortega hubiese seguido investigando si Bancroft no hubiese sido un mat?

Prescott reflexionó un momento.

—Es un prejuicio bastante común —dijo finalmente—, pero no creo que Ortega dejara caer el asunto por eso. Más bien creo que se dio cuenta de que la ganancia iba a ser limitada respecto a la inversión. El Departamento de Policía tiene un sistema de promoción basado al menos en parte en el número de casos resueltos. Nadie le vio una solución rápida a este caso, y Bancroft estaba vivo, de modo que…

—Mejor dedicarse a otras cosas, ¿no?

—Sí, algo por el estilo.

Miré nuevamente por la ventanilla. El taxi volaba entre los edificios en medio de un tráfico intenso. Sentí que una vieja cólera, que nada tenía que ver con los problemas del momento, se apoderaba de mí. Era algo que había crecido durante los años pasados en las Brigadas y las emociones fuertes que habían ido dejando sus marcas en mi alma. *Virginia Vidaura, Jimmy de Soto muriéndose en mis brazos en Innenin Surali*… Era el catalogo de un perdedor, se mirara como se mirase.

Aparté esos pensamientos.

La cicatriz debajo del ojo me picaba y sentía la falta de nicotina en la punta de los dedos. Me froté la cicatriz. Dejé los cigarrillos en el bolsillo. Aquella mañana había decidido no fumar más. Un pensamiento me cruzó fortuitamente por la cabeza.

—Prescott, ¿fue usted quien eligió esta funda para mi?

—¿Perdón? —Estaba escaneando mediante proyección subretinal y tardó un momento en enfocarme de nuevo—. ¿Qué ha dicho?

—Esta funda la eligió usted, ¿no es cierto?

Prescott frunció el ceño.

—No. Por lo que yo sé, la selección la hizo el señor Bancroft. Nosotros sólo le facilitamos una lista según sus especificaciones.

—A mí me dijo que habían sido sus abogados. Lo recuerdo muy bien.

—Oh —dijo ella con una sonrisa—. El señor Bancroft tiene muchos abogados. Seguramente le debió de confiar la misión a otra sucursal del bufete. ¿Por qué?

—Por nada —gruñí—. El dueño anterior de este cuerpo era un fumador, y yo no. Lo cual es una tocada de pelotas.

La sonrisa de Prescott se hizo más ancha.

—¿Está intentando dejar de fumar?

—Si tengo tiempo. Según el acuerdo con Bancroft, si resuelvo el caso seré reenfundado sin reparar en gastos, de modo que a largo plazo esta historia de los cigarrillos no tiene importancia. Pero odio levantarme todas las mañanas con la garganta llena de mierda.

—¿Cree que lo conseguirá?

—¿Dejar de fumar?

—No, resolver el caso.

La miré a los ojos.

—No tengo alternativa, abogada. ¿No leyó las condiciones de mi contrato?

—Sí. Fui yo quien las redactó —me respondió Prescott devolviéndome la mirada, con un asomo de incomodidad, apenas suficiente para impedirme hundirle la nariz en el cerebro con un puñetazo.

—Bueno, bueno —dije, antes de volver a mirar el paisaje por la ventanilla.

«Y MI PUÑO METIDO EN EL COÑO DE TU MUJER Y TÚ MIRANDO, TÚ, JODIDO MAT HIJO DE PUTA, TÚ NO PUEDES HACERLO».

Me quité los auriculares y parpadeé. El texto iba acompañado de algunos gráficos virtuales, crudos pero eficaces, y de subsónicos que me hicieron zumbar la cabeza. Desde el otro lado del escritorio, Prescott me miró con simpatía.

—¿Es todo así? —pregunté.

—A veces es menos coherente —dijo señalando la pantalla holográfica que flotaba encima de su escritorio, en la que las representaciones de los ficheros a los que estaba accediendo se materializaban en matices azules y verdes—. Esto es lo que llamamos pila R&L. Rabia y Locura. De hecho estos tipos están demasiado idos para ser una verdadera amenaza, pero no es agradable pensar que están ahí fuera.

—¿Ortega arrestó a algunos de ellos?

—Ése no es su trabajo. El Departamento de Transmisiones Delictivas arresta a alguno de vez en cuando, cuando nosotros nos quejamos con más insistencia. Pero siendo la tecnología de diseminación lo que es, es como querer atrapar el agua con las manos.

Además, si los arrestan sólo pasan algunos meses en almacenaje. Es una pérdida de tiempo. En general conservamos estos mensajes hasta que Bancroft decide que podemos eliminarlos.

—¿Y no ha habido ninguna novedad en los últimos seis meses?

Prescott se encogió de hombros.

—Tal vez lo de los fanáticos religiosos. Algún incremento de comentarios sobre los católicos y la resolución 653. El señor Bancroft tiene una discreta influencia en el Consejo de la ONU, y eso es más o menos de dominio público. Ah, y también ha habido una secta arqueológica marciana alborotando respecto a la aguja cantora que Bancroft tiene en el vestíbulo. Parece que el mes pasado fue el aniversario del martirio de su fundador, que murió por pérdida de presión de su escafandra. Pero ninguno de ellos tiene los medios para penetrar en el sistema de seguridad de Suntouch House.

Me arrellané en el sillón y contemplé el cielo raso. Una bandada de pájaros grises volando en forma de «v» viró hacia el Sur. Sus graznidos eran apenas audibles. El despacho de Prescott estaba mimetizado con el entorno, las seis superficies interiores proyectaban imágenes virtuales. En aquel momento su mesa de metal gris estaba colocada en un prado en declive sobre el cual el sol comenzaba a ponerse, cerca de un pequeño rebaño. La resolución de imagen era una de las mejores que había visto.

—Prescott, ¿qué puede decirme acerca de Leila Begin?

Hubo un silencio. Oumou Prescott contemplaba un rincón del campo.

—Supongo que Kristin Ortega le dio ese nombre —respondió ella lentamente.

—Sí. Me dijo que eso me ayudaría a conocer mejor a Bancroft. De hecho, me dijo que lo mencionara delante de usted y que viera su reacción.

Prescott se volvió para mirarme.

—No veo qué relación puede tener esto con el caso en cuestión.

—Veámoslo.

—Muy bien —dijo ella. Había brusquedad en su voz y una mirada desafiante en sus ojos—. Leila Begin era una prostituta. Quizá todavía lo sea. Hace cincuenta años Bancroft era uno de sus clientes. A causa de una serie de indiscreciones el asunto llegó a los oídos de Míriam Bancroft. Las dos mujeres se encontraron en cierta recepción en San Diego, parece que decidieron ir al baño juntas y una vez allí Míriam Bancroft golpeó brutalmente a Leila Begin.

Escruté la cara de Prescott.

—¿Eso es todo?

—No, Kovacs, eso no es todo —dijo ella cansada—. Begin estaba embarazada de seis meses en aquellos momentos. Perdió la criatura a causa del ataque. Es imposible injertar una pila cortical en un feto, de modo que fue una muerte real. Lo cual significa una condena de entre treinta y cincuenta años.

—¿Era hijo de Bancroft?

Prescott se encogió de hombros.

—Buena pregunta. Begin se negó a que le hicieran un análisis genético al feto. Dijo que la identidad del padre no era importante. Probablemente imaginó que la incertidumbre era mucho más valiosa desde el punto de vista periodístico que un no definitivo.

—O tal vez estaba demasiado angustiada después de lo que pasó.

—Vamos, Kovacs —dijo Prescott irritada agitando una mano—. Estamos hablando de una puta de Oakland.

—¿Míriam Bancroft fue encarcelada?

—No. Y ahí es donde Ortega metió el dedo en la llaga. Bancroft sobornó a todo el mundo. A los testigos, a la prensa y hasta a la misma Begin. Llegó a un acuerdo con ella al margen del tribunal. Leila Begin obtuvo dinero suficiente como para pagarse una póliza de clonación de la Lloyds y retirarse. Lo último que oí de ella fue que andaba con otra funda en alguna parte de Brasil. Pero esto fue hace cincuenta años, Kovacs.

—¿Estaba usted presente?

—No —dijo Prescott inclinándose sobre el escritorio—. Y Kristin Ortega tampoco, por eso me resulta tan repugnante oírla gimotear respecto a eso. Me harté de oír hablar del tema cuando abandonaron la investigación, el mes pasado. Ella ni siquiera conoce a Leila Begin.

—Creo que podría tratarse de una cuestión de principios —dije tranquilamente—. ¿Bancroft sigue frecuentando prostitutas?

—Eso no es de mi incumbencia.

Hundí el dedo en la pantalla y vi los archivos de colores desfigurarse.

—Pues debería serlo, abogada. Después de todo, los celos sexuales son un motivo frecuente de asesinato.

—¿Acaso debo recordarle que Míriam Bancroft pasó el test del polígrafo con éxito? —preguntó Prescott.

—No estoy hablando de la señora Bancroft —dije, dejando de jugar con la pantalla y mirando a la abogada al otro lado de la mesa—. Me refiero al otro millón de orificios disponibles aparte de ése, y al número incluso mayor de compañeros sentimentales o parientes a quienes puede no apetecer ver cómo un mat los jode. Y además se debería incluir a algunos expertos en penetrar sistemas de seguridad y quizá también a uno o dos psicópatas. En fin, gente capaz de entrar en la casa de Bancroft y volarle la cabeza.

Una vaca mugió en la distancia.

—¿Y de esto qué hay, Prescott? —pregunté indicando con la mano la pantalla holo—. ¿No hay nada aquí que comience con «POR LO QUE LE HAS HECHO A MI CHICA, HIJA, HERMANA, MADRE, TÁCHESE LO QUE NO CORRESPONDA»?

No hacía falta que me respondiera. Podía leer la respuesta en su cara.

El sol trazaba rayas luminosas sobre el escritorio. Los pájaros cantaban en los árboles del prado. Oumou Prescott se inclinó sobre el teclado de la base de datos y dio vida a una forma oblonga de luz violeta en la pantalla. La miré abrirse como la representación cubista de una orquídea. Detrás de mí otra vaca lanzó un mugido de desaprobación.

Volví a ponerme los auriculares.

Capítulo 8

La ciudad se llamaba Ember. La encontré en el mapa a doscientos kilómetros al Norte de Bay City, junto a la carretera de la costa. Había un símbolo amarillo asimétrico en el mar, junto a ésta.

—El *Defensor del Libre Comercio* —dijo Prescott mirando por encima de mi hombro—. Un portaaviones. La última nave de guerra realmente grande que construyeron. Un idiota la dejó ahí encallada al comienzo de los años de la colonización, y la ciudad fue creciendo a su alrededor para abastecer a los turistas.

—¿Los turistas?

Me miró.

—Es un barco grande.

Alquilé un viejo coche de superficie en un garaje de mala muerte situado a doscientos metros de la oficina de Prescott y me dirigí rumbo al Norte pasando por el herrumbroso puente colgante.

Necesitaba reflexionar. La carretera de la costa, poco cuidada, estaba casi desierta, de modo que me pegué a la línea del medio y puse el coche a doscientos. La radio chillaba, una confusión de varias estaciones cuyo contenido cultural superaba sobremanera mis conocimientos. Al final encontré un DJ de propaganda neomaoísta conectado a un satélite de diseminación que nadie se había molestado en silenciar. La alianza entre nobles ideales políticos y empalagosos karaokes era decididamente irresistible. El olor a mar se filtraba por las ventanillas abiertas y la carretera se extendía delante de mí. Por un rato me olvidé de las Brigadas, de Innenin y de todo lo que me había ocurrido desde entonces.

Cuando tomé la última curva antes de Ember, el sol se estaba poniendo por detrás de las esquinas de la cubierta de vuelo del *Defensor del Libre Comercio*, y sus últimos rayos dejaban unas manchas casi imperceptibles en el oleaje a los costados de la sombra de la nave. Prescott tenía razón. Era un barco grande.

Disminuí la velocidad al ver los primeros edificios y me pregunté cómo habían podido ser tan estúpidos para traer una nave de semejante tamaño tan cerca de la orilla. A lo mejor Bancroft lo sabía. Probablemente estaba por allí en aquel entonces.

La calle principal de Ember se extendía a lo largo de la costa y estaba separada de la playa por una hilera de majestuosas palmeras y una verja neovictoriana de hierro forjado. Había carteles holográficos fijados a los troncos de las palmeras, y todos proyectaban la misma imagen, la del rostro de una mujer junto con las palabras SLIPSIDE-ANCHANA SALOMAO Y TEATRO CORPORAL DE RÍO. Fuera, pequeños grupos de gente torcían el cuello para mirarlos.

Conduje despacio por las calles, observando las fachadas y al final encontré lo que buscaba, no lejos de la línea de costa. Estacioné el coche unos cincuenta metros

más arriba, esperé unos minutos para ver si pasaba algo. Al no ser así, me bajé del coche y retrocedí a pie a lo largo de la calle.

Enlaces Informáticos Elliott tenía una fachada estrecha, entre una tienda de productos químicos industriales y un terreno baldío donde las gaviotas chillaban y se peleaban por restos de comida sobre carcasas de equipos de *hardware* abandonados. La puerta de la tienda Elliott se abría mediante un difunto monitor ultraplano y daba directamente a la sala de operaciones. Entré y eché una mirada. Había cuatro consolas colocadas de espaldas una contra otra, detrás de un mostrador de recepción de plástico. Más allá, las puertas conducían a un despacho de paredes de cristal. La pared del fondo tenía una batería de siete monitores con unas líneas incomprensibles de datos en ellos. Un vacío entre las pantallas indicaba la antigua situación del tope de la puerta. Había marcas en la pintura donde las abrazaderas se habían resistido a salir. La pantalla adyacente parpadeaba como si lo que había matado a la primera fuera contagioso.

—¿Puedo ayudarlo?

Un hombre de rostro enjuto y edad indeterminada asomó la cabeza por un costado del equipo de consolas. Tenía un cigarrillo apagado en la boca y un cable conectado al interfaz detrás de la oreja derecha. Su piel era de una palidez malsana.

—Sí, estoy buscando a Víctor Elliott.

—Fuera —dijo indicando el camino por donde yo había llegado—. ¿Ve aquel hombre en la baranda? ¿El que mira el barco? Es él.

Miré a través de la puerta y vi la figura solitaria en la baranda.

—¿Es el dueño?

—Sí. Por sus pecados —aquella rata de ordenador sonrió y señaló la habitación vacía—. Tal como están las cosas no hay mucho que lo retenga en el despacho.

Le di las gracias y salí a la calle. Comenzaba a oscurecer y la cara holográfica de Anchana Salomao ganaba cada vez más brillo. Pasé debajo de uno de los carteles y me acerqué al hombre de la baranda. Yo también me apoyé en el hierro negro. Elliott se volvió hacia mí y me hizo un gesto de saludo con la cabeza, después siguió contemplando el horizonte, como si buscara una grieta en la juntura entre el cielo y el mar.

—Un lastimoso atraque —dije señalando el barco.

Elliott me miró, calibrándome antes de contestar.

—Dicen que fue una acción terrorista —dijo con una voz vacía, desinteresada, como si hubiese hecho un esfuerzo demasiado grande y algo se hubiese roto—. O una avería del sónar en la tormenta. O tal vez las dos cosas…

—Quizá lo hicieron por el seguro —dije.

Elliott volvió a mirarme, con más atención.

—¿Usted no es de aquí? —Había algo más de interés en su tono esta vez.

—No. Estoy de paso.

—¿Viene de Río? —me preguntó señalando a Anchana Salomao—. ¿Es usted artista?

—No.

—Oh —reflexionó un momento, como si la conversación fuera para él un arte olvidado desde hacía mucho—. Pues se mueve como un artista.

—Casi. Neuroestimulador militar.

Sólo un fugaz parpadeo dejó ver su asombro. Me miró de arriba abajo, lentamente, después se volvió de nuevo hacia el mar.

—¿Me estaba buscando? ¿Viene de parte de Bancroft?

—Podríamos decir que sí.

—¿Ha venido a matarme? —preguntó humedeciéndose los labios.

Saqué la copia en papel del bolsillo y se la enseñé.

—He venido a hacerle algunas preguntas. ¿Mandó usted este documento?

Lo leyó, sus labios se movían sin sonido. En mi cabeza pude oír las palabras que él volvía a paladear: *…por haber apartado a mi hija de mí… la carne de tu cabeza arderá… no sabrás ni la hora ni el día… en ninguna parte estarás seguro en esta vida*… No era un texto muy original, pero era sincero y en su conjunto me había parecido más preocupante que los otros horrores que Prescott me había mostrado de su archivo Rabia y Locura. También especificaba exactamente el tipo de muerte que mi cliente había tenido. El detonador de partículas había carbonizado la parte carnosa del cráneo de Bancroft antes de proyectar su contenido sobrecalentado contra la pared.

—Sí, fui yo —dijo Elliott tranquilamente.

—¿Usted debe de saber seguramente que alguien asesinó a Laurens Bancroft el mes pasado?

Me devolvió la hoja.

—¿De veras? Creía que ese miserable se había volado la cabeza.

—Bueno, ésa es una posibilidad —admití arrugando el papel y arrojándolo a un reciclador que había abajo, en la playa—. Pero me pagan para no tomar en serio esa versión. Desafortunadamente para usted, las circunstancias de su muerte se parecen al estilo de su prosa.

—Yo no he sido —dijo Elliott sin levantar la voz.

—Me figuraba que diría eso. Podría incluso creerle, sólo que quien mató a Bancroft burló un sistema de seguridad altamente sofisticado y usted era sargento en las filas de los marines tácticos. He conocido ciertas prácticas de ellos en Harlan y algunas suponían un sofisticado trabajo de infiltración…

Elliott me miró con curiosidad.

—¿Usted es un saltamontes?

—¿Un qué?

—Un saltamontes. ¿Viene de otro planeta?

—Sí.

Si en algún momento Elliott había tenido miedo, el efecto se le estaba pasando rápidamente. Pensé en jugar la carta de las Brigadas, pero me pareció que no valía la pena. Retomó la palabra.

—Bancroft no necesita traer refuerzos de otro planeta. ¿Cuál es su papel?

—Tengo un contrato privado —dije—. Debo encontrar al asesino.

Elliott resopló.

—Y usted cree que fui yo.

No lo creía, pero lo dejé hablar, porque su error le daba un sentimiento de superioridad que mantenía activa la conversación. Algo parecido a un destello le cruzó por los ojos.

—¿Usted cree que yo podía entrar en casa de Bancroft? Pero yo sabía que no, porque lo intenté. Y si hubiese habido alguna posibilidad, la hubiese aprovechado hace un año, y usted habría encontrado los miembros de ese miserable esparcidos por el prado.

—¿Por su hija?

—Sí, por mi hija —la rabia lo hacía hablar más rápido—. Por mi hija y las demás como ella, Era apenas una niña.

Se interrumpió y volvió a mirar el mar. Al cabo de un momento señaló el *Defensor del Libre Comercio*, donde ahora se veían unas lucecitas titilando en torno a lo que debía de ser un escenario montado en la cubierta de despegue.

—Eso era lo que ella quería. Era todo lo que ella quería. Hacer teatro corporal. Ser como Anchana Salomao y Rhian Li. Fue a Bay City porque se enteró de que allí había un contacto, alguien que podía…

Se detuvo y me miró. La rata de ordenador lo había llamado viejo, y ahora por primera vez yo entendía por qué. A pesar de su porte de sargento y su cuerpo apenas encorvado, el rostro era viejo, marcado por los rasgos endurecidos por el dolor. Estaba a punto de romper a llorar.

—Ella hubiese podido lograrlo. Era tan guapa.

Buscaba algo en su bolsillo. Yo saqué mis cigarrillos y le ofrecí uno. Lo cogió mecánicamente, lo prendió con el parche de encendido y siguió hurgando en el bolsillo hasta que sacó un pequeño Kodakristal. Yo no quería mirarlo, pero lo encendió antes de que pudiera decir nada y una pequeña imagen cúbica flotó en el espacio que mediaba entre nosotros.

Tenía razón. Elizabeth Elliott era una chica hermosa; rubia, atlética y unos años más joven que Míriam Bancroft. La foto no mostraba la determinación avasalladora y la resistencia de caballo que se necesitaba para el teatro corporal, pero ella hubiese podido intentarlo.

En la holofoto aparecía entre Elliott y otra mujer que era casi una réplica más mayor de su hija. Se los veía a los tres en algún lugar bajo el sol con un prado alrededor. La sombra de un árbol marcaba el rostro de su madre. Ella estaba

frunciendo el ceño, como si hubiese notado un defecto de la composición, pero era un rasgo casi imperceptible. Un destello palpable de felicidad cubría este detalle.

—Se marchó —dijo Elliott, como si hubiese adivinado en quién estaba pensando —. Hace cuatro años. ¿Sabe usted lo que es la «inmersión»?

Negué con la cabeza. «Color local», me murmuraba Virginia Vidaura al oído. «Absórbelo todo».

Elliott levantó la mirada. Por un momento pensé en el holo de Anchana Salomao, pero luego vi que sus ojos escrutaban el cielo.

—Allá arriba —dijo, y se detuvo como cuando había mencionado la juventud de su hija.

Esperé.

—Allá arriba están los satélites de comunicación. Los datos llueven. En algunos mapas virtuales son visibles. Es como si alguien le hubiera tejido una bufanda al mundo —volvió a mirarme, le brillaban los ojos—. Irene decía eso. Tejerle una bufanda al mundo. Una parte de la bufanda está formada por personas. Gente rica, digitalizada durante su trayectoria entre dos de sus cuerpos. Esquirlas de recuerdos, de sentimientos y de pensamientos, en forma de cifras.

Sabía lo que iba a venir, pero me mantuve en silencio.

—Si uno es bueno, como lo era Irene, y tiene el equipo apropiado, puede descubrir esas señales. Las llaman bits mentales. Momentos en la mente de una princesa de la moda, las ideas de un físico teórico, recuerdos de la infancia de un rey. Existe un mercado para este tipo de cosas. Claro, las revistas de actualidad publican esos «momentos de vida», pero están censuradas, «desinfectadas». Listas para el consumo público. Sin momentos inesperados, sin nada que pueda dañar la popularidad del personaje, sólo grandes sonrisas plásticas. Eso no es lo que la gente realmente quiere.

Tenía mis dudas al respecto. Las revistas «paseos craneales», como las llamaban, eran populares en Harlan, pero a los lectores no les gustaba cuando alguna personalidad importante era mostrada en un momento de debilidad humana. La infidelidad y los insultos generaban el mayor rechazo. Eso tenía sentido: alguien lo suficientemente desgraciado como para vivir a través de los demás no aceptaba ver la miseria humana reflejada en sus ídolos.

—Con los bits mentales usted puede conseguir cualquier cosa —dijo Elliott con un singular entusiasmo que sospeché que reflejaba la opinión de su mujer—. La duda, la mugre, la humanidad. La gente pagará fortunas por eso.

—Pero es ilegal.

Elliott señaló la fachada de la tienda que llevaba su nombre.

—El mercado de datos estaba en caída libre. Demasiados agentes. Había llegado a la saturación. Mi mujer y yo teníamos que pagar una póliza de clonado y reenfundado por nosotros dos, más la de Elizabeth. Mi pensión de los marines no era suficiente. ¿Qué podíamos hacer?

—¿A cuánto la condenaron? —pregunté suavemente.

Elliott miró al mar.

—A treinta años.

Poco después, con la mirada todavía clavada en el horizonte, dijo:

—Los primeros seis meses soporté bien la situación…, después encendí la pantalla y vi una negociadora llevando el cuerpo de Irene —se volvió hacia mí y emitió un ruido que podría haber sido una risa—. La Corporación lo compró directamente en el centro de almacenaje de Bay City. Pagaron cinco veces más de lo que yo hubiese podido pagar. Dijeron que aquella puta sólo lo usaba en meses alternos, un mes de cada dos.

—¿Elizabeth lo supo?

Asintió una vez, como un golpe de hacha.

—Se me escapó una noche. Yo estaba trompa. Había estado consultando la base de datos todo el día, buscando clientes. No sabía ya dónde estaba ni lo que hacía. ¿Quiere saber lo que dijo ella?

—No —murmuré.

Él no me oyó. Sus nudillos se veían blancos sobre la barandilla metálica.

—Dijo: *No te preocupes, papá. Cuando sea rica volveremos a comprar a mamá*.

La cosa se estaba descontrolando.

—Mire, Elliott, lo siento por su hija, pero por lo que he oído ella no trabajaba en los lugares que Bancroft frecuentaba. El Jerry’s Closed Quarters no es exactamente un Las Casas, ¿verdad?

El ex marine se volvió hacia mí, había un brillo asesino en sus ojos. No podía culparlo por eso. Lo que él veía ante sí era un hombre de Bancroft.

Pero es imposible sorprender a un miembro de las Brigadas, nuestro entrenamiento no lo permite. Vi el ataque antes incluso de que él supiera que iba a atacarme, y una fracción de segundo más tarde el neuroestimulador de mi funda ya estaba activado. Lanzó un golpe bajo, por debajo de mis brazos en guardia, la postura que él imaginó que yo iba a adoptar, con intención de romperme las costillas. Pero mis brazos no estaban allí, ni yo tampoco. Esquivé sus puñetazos, le hice perder el equilibrio y metí una pierna entre las suyas. Cayó contra la baranda y entonces le solté un codazo en pleno plexo solar. Bajo el *shock*, su cara se volvió cenicienta. Me incliné hacia delante y apoyándolo contra la baranda le rodeé el cuello con las manos.

—Ya está bien —jadeé.

El neuroestimulador de la funda era más brutal que los sistemas de las Brigadas que yo había utilizado, y a pleno rendimiento me hacía sentir como si en mi interior se estuviera moviendo una bolsa subcutánea de alambre de espino.

Miré a Elliott.

Sus ojos estaban a menos de diez centímetros de los míos, y aunque tenía su cuello bien agarrado, todavía le brillaban de furia. Emitía un silbido entre los dientes y todavía procuraba soltarse para atacarme de nuevo.

Lo levanté de la baranda y lo aparté de mí de un empujón, sin bajar la guardia.

—Mire, yo no quiero juzgar a nadie. Sólo me interesa saber. ¿Qué le hace suponer que ella frecuentó a Bancroft?

—Porque ella me lo confesó, hijo de puta —dijo con un bramido—. Ella me contó lo que él hizo.

—¿Y qué hizo?

Parpadeó, la furia contenida se trocó en lágrimas.

—Guarradas —dijo—. Ella dijo que él las necesitaba. Lo suficiente como para volver varias veces. Y pagar lo suficiente por ellas.

Una manera de ganarse el pan. *No te preocupes, papá. Cuando sea rica volveremos a comprar a mamá*. Un típico error de juventud. Pero la cosa no era tan sencilla.

—¿Y usted cree que murió por eso?

Giró la cabeza hacia mí y me miró como si yo fuera una araña venenosa en el suelo de su cocina.

—Ella no *murió*, señor. Alguien cogió una navaja y la destrozó con ella.

—La transcripción del proceso dice que fue un cliente, pero no Bancroft.

—¿Y ellos cómo lo saben? —dijo—. Ellos ven un cuerpo, ¿cómo pueden saber quién está dentro? ¿Y quién ha pagado por esa funda?

—¿Lo encontraron?

—¿Al asesino de putas de las biocabinas? ¿Usted qué cree? Ella no trabajaba precisamente en Las Casas… ¿no es así?

—No quería decir eso, Elliott. Usted ha dicho que ella encontró a Bancroft en el Jerry’s, y yo le creo. Pero tiene que admitir que ese sitio no es exactamente del estilo de Bancroft. Yo me he entrevistado con ese hombre, ¿y es un frecuentador de los barrios bajos? —Meneé la cabeza—. No me dio esa impresión.

Elliott se apartó.

—Carne —dijo—. ¿Qué impresión le da la carne de un mat?

Casi había oscurecido. En el agua, en la cubierta de vuelo del portaaviones, la fiesta había comenzado. Contemplamos las luces y escuchamos la música, como ecos de un mundo del que estuviéramos excluidos para siempre.

—¿Elizabeth todavía está almacenada? —pregunté con calma.

—Sí, ¿y con eso qué? La póliza del reenfundado fue suspendida hace cuatro años, cuando nos gastamos todo el dinero para pagar a un abogado que decía que podía resolver el caso de Irene —señaló su local—. ¿Tengo pinta de ser alguien que pronto va a ganar algún dinero?

No había nada más que decir. Lo dejé contemplando las luces y caminé hasta el coche. Todavía estaba allí cuando volví a pasar al abandonar la pequeña ciudad. No se dio la vuelta.

SEGUNDA PARTE

Reacción (Conflicto de intrusión)

Capítulo 9

Llamé a Prescott desde el coche. Su cara parecía levemente irritada a medida que se materializaba en la pequeña pantalla polvorienta del tablero.

—Kovacs, ¿ha encontrado lo que buscaba?

—Todavía no sé lo que estoy buscando —dije con una sonrisa—. ¿Usted cree que Bancroft frecuenta biocabinas?

Hizo una mueca.

—Vamos, ¿qué está diciendo?

—Perfecto, tengo otra pregunta, ¿Leila Begin trabajó alguna vez en un local de biocabinas?

—No tengo la más mínima idea, Kovacs.

—Pues, averígüelo. Yo esperaré.

Mi voz era glacial. La exquisita repugnancia de Prescott no casaba demasiado bien con la angustia de Victor Elliott por su hija.

La abogada desapareció para llevar a cabo las indagaciones. Hice tamborilear los dedos contra el volante mientras tarareaba el rap de un pescador de Millsport. Fuera, la costa desfilaba en la noche, pero había algo que no encajaba en el mar. Demasiado aséptico, sin el más leve rastro de olor a hierba-bela en el viento.

—Aquí lo tenemos —dijo Prescott colocándose al alcance del videófono. Parecía un poco incómoda—. Los archivos de Begin en Oakland indican dos trabajos en biocabinas, antes de que entrara en un local de Las Casas, en San Diego. Debía de tener algún contacto, a menos que un cazatalentos la hubiera encontrado.

Bancroft hubiese podido meter a cualquiera en cualquier sitio. Me contuve para no decirlo.

—¿Tiene una imagen?

—¿De Leila Begin? —Prescott se encogió de hombros—. Sólo una de dos dimensiones. Si quiere se la mando.

—Por favor.

El viejo videófono del coche emitió un silbido para iniciar la recepción y los rasgos de Leila Begin empezaron a materializarse entre la estática. Incliné la cabeza para verlos mejor. Tardaron un momento en configurarse del todo, pero finalmente allí estaban.

—Bien. ¿Puede darme la dirección del local dónde trabajaba Elizabeth Elliott? La del Jerry’s Closed Quarters. Está en una calle llamada Mariposa.

—En la esquina de Mariposa con San Bruno —dijo la voz de Prescott por detrás de la mueca profesional de Leila Begin—. Santo Dios, está exactamente bajo la vieja autopista elevada. Sin duda es una violación de las normas de seguridad.

—¿Puede enviarme un plano con el itinerario desde el puente?

—¿Piensa ir allí? ¿Esta noche?

—Prescott, esos lugares no suelen tener mucho trabajo durante el día —dije con paciencia—. Por supuesto que iré esta noche.

Hubo un cierto titubeo al otro lado de la línea.

—No es una zona recomendable, Kovacs. Tenga cuidado.

Esta vez no pude reprimir la risa. Era como decirle a un cirujano que tuviera cuidado y no se ensuciara los guantes de sangre. Debió de oírme.

—Le envío el plano —dijo fríamente.

La cara de Leila Begin se descompuso y un plano de calles cuadriculado ocupó su lugar. Ya la había visto lo suficiente. Pelo rojo brillante, en el cuello un collar de acero y los ojos pintados en exceso, pero fueron sobre todo los rasgos de la cara lo que se me quedó grabado. Los mismos rasgos que había visto en la holofoto de la hija de Víctor Elliott. El parecido era discreto, pero innegable.

Míriam Bancroft.

La atmósfera estaba húmeda cuando regresé a la ciudad y una fina llovizna caía del cielo plomizo. Estacioné en la calle frente al Jerry’s y miré el cartel de neón a través de las rayas y las perlas de la lluvia en el parabrisas. En alguna parte de la penumbra entre los pilares de cemento de la autopista elevada, una mujer holográfica danzaba dentro de un vaso de cóctel, pero había un problema en el proyector y la imagen se cortaba a cada momento.

Me preocupaba que mi coche terrestre llamara la atención, pero al parecer había llegado al barrio justo. La mayoría de los vehículos en torno al Jerry’s eran de superficie; la única excepción eran los aerotaxis que de vez en cuando trazaban una parábola descendente para descargar o recoger nuevos pasajeros y volver luego a incorporarse al tráfico aéreo con una velocidad y una precisión inhumanas. Con sus luces rojas, azules y blancas parecían visitantes de otro mundo, que rozaran apenas el asfalto roto y sucio mientras sus clientes bajaban o subían a bordo.

Pasé una hora observando. El local estaba animado, la clientela era variada y principalmente masculina. Un robot de vigilancia parecido a un pulpo colgaba del dintel de la entrada principal. Hizo que algunos clientes se despojaran de objetos que llevaban escondidos —por lo general armas—, y a uno o dos no los había dejado entrar. Pero nadie protestaba: es imposible discutir con un robot. Afuera la gente estacionaba y traficaba con algo que desde la distancia en que me encontraba no alcanzaba a distinguir. Dos hombres se enredaron en una pelea con cuchillos entre los pilares de la autopista elevada, pero la cosa no pasó a mayores. Uno de los combatientes salió cojeando y sujetándose un brazo herido, el otro volvió a meterse en el local como si sólo hubiese salido a aliviarse.

Me bajé del coche, me aseguré de que la alarma estuviera conectada y deambulé un poco por la calle. Dos camellos estaban sentados con las piernas cruzadas en el

capó de un coche y se protegían de la lluvia mediante una unidad de repulsión estática colocada entre sus piernas. Me miraron acercarme.

—¿Quieres un disco? Canutos especiales de Ulán Bator, calidad Las Casas.

Los miré y negué con la cabeza lentamente.

—¿Un poco de rígida?

Volví a sacudir la cabeza y me dirigí hacia el robot. Sus múltiples brazos se desplegaron para cachearme. Con voz sintética dijo «limpio», pero cuando intenté pasar, uno de sus brazos se posó sobre mi pecho deteniéndome.

—¿Cabina o bar? —preguntó.

Vacilé y fingí tomar en consideración la pregunta.

—¿Qué hay en el bar?

—¡Ja, ja, ja! —Alguien había programado una carcajada. Parecía la de un gordo ahogándose con jarabe. Se detuvo bruscamente—. En el bar, se mira y no se toca. Cero dinero, cero manos. Norma de la casa. Tampoco se puede tocar a otros clientes.

—Una cabina —dije rápidamente para escapar ya del *software* de aquel portero mecánico.

Los dos camellos de la calle parecían enormemente acogedores en comparación.

—Bajando la escalera, a la izquierda. Coja una toalla del montón.

Bajé por la corta escalera metálica y giré a la izquierda, hacia un pasillo con luces rojas giratorias en el techo, como las de los aerotaxis de fuera. Una música ensordecedora retumbaba en el pasillo, era como el ritmo extraventricular de un corazón enorme bajo los efectos del tetramet. Como me había dicho el robot, había una pila de toallas blancas y limpias en una hornacina, más allá estaban las puertas de las cabinas. Pasé ante las cuatro primeras, dos de las cuales estaban ocupadas, y entré en la quinta.

El suelo, de unos dos metros por tres, estaba cubierto de material brillante. Si tenía alguna mancha, era imposible verlo, dado que la única fuente de luz era una cereza roja y giratoria como las del pasillo. La atmósfera era húmeda y calurosa. Entre las sombras movedizas vi en un rincón una maltrecha consola de crédito, pintada de negro mate, con una pantalla digital roja en la parte superior. Tenía una ranura para el pago con tarjetas o en efectivo. Pero no admitía crédito ADN. La pared del fondo era de cristal pulido.

Yo ya lo había previsto y había sacado algunos billetes de un cajero antes de llegar. Escogí un billete plastificado de los grandes y lo metí dentro de la ranura. Apreté el botón de inicio. Mi crédito parpadeó en rojo en la pantalla. La puerta se cerró suavemente detrás de mí, amortiguando la música, y un cuerpo vino a adherirse contra el cristal con una brusquedad que me estremeció. Los números de la pantalla empezaron a avanzar. Por el momento, el gasto era mínimo. Estudié el cuerpo adherido al cristal. Los pesados senos aplastados, la silueta de mujer y las pronunciadas curvas de la cadera y los muslos. Un suave pitido salió de los invisibles altavoces, y una voz susurró:

—¿Quieres verme, verme, verme…?

Una voz chabacana resonando a través del codificador vocal.

Volví a pulsar el botón. El cristal pulido se transparentó y la mujer se hizo visible. Se dio la vuelta y mostró su cuerpo trabajado, sus senos aumentados. Se inclinó y con la punta de la lengua lamió el cristal, que se empañó de nuevo. Me miró a los ojos.

—¿Quieres tocarme, tocarme, tocarme…?

No sabía si en las cabinas había subsónicos o no, pero en todo caso yo ya estaba empezando a reaccionar como si los hubiera. Mi pene estaba despertando y se volvía cada vez más consistente. Detuve la circulación y obligué a la sangre a fluir hacia los músculos, como si me estuviese preparando para un combate. Tenía que mantenerme despejado para lo que vendría a continuación. Volví a pulsar el botón de crédito. El cristal se corrió hacia un costado y la chica entró en la cabina como si saliera de la ducha. Se acercó a mí y me puso una mano en la parte sensible.

—Dime qué quieres, cariño —dijo con una voz profunda, que sin el efecto del codificador sonó todavía más dura.

Carraspeé.

—¿Cómo te llamas?

—Anémona. ¿Quieres saber por qué me llaman así?

Su mano seguía trabajando. Detrás de mí, el contador iba emitiendo un tenue clic-clic.

—¿Te acuerdas de una chica que trabajaba aquí?

Ahora estaba desabrochándome el cinturón.

—Cariño, ninguna chica de las que trabajaban aquí podría hacerte lo que yo te haré. ¿Cómo quieres…?

—Se llamaba Elizabeth. Era su nombre verdadero. Elizabeth Elliott.

Súbitamente me soltó el cinturón y la máscara de la excitación sexual se le borró de la cara.

—¿Qué coño es esto? ¿Eres de la Sia?

—¿De qué?

—De la Sia. La poli —levantó la voz y reculó unos pasos—. Ya los tuvimos aquí, amigo.

—No —dije.

Di un paso en su dirección y ella se puso a la defensiva. Volví a retroceder.

—Soy su madre —dije bajando la voz.

Hubo un silencio cargado de tensión. Me miró.

—Tonterías. La madre de Lizzie está almacenada.

—No —dije agarrándole la mano y llevándomela de nuevo a la entrepierna—. Palpa. Aquí no hay nada. Me metieron en esta funda, pero soy una mujer. No puedo, no hubiese podido…

Se enderezó un poco.

—Parece material de primera calidad —dijo sin acabarme de creer—. Si te acaban de sacar del almacenaje, ¿por qué no te han puesto en condicional en la funda de algún miserable?

—No estoy en condicional.

El entrenamiento de las Brigadas me cruzó la mente como una escuadrilla de *jets* en vuelo rasante, y dejando una estela de mentiras oscilando entre la verosimilitud y los detalles a medias intuidos. Algo en mi interior despertó, con la alegría de la época de las misiones.

—¿Sabes por qué me cogieron?

—Lizzie dijo algo de los bits mentales, algo…

—Eso es. Inmersión. ¿Sabes en *quién* me sumergí?

—No. Lizzie nunca habló mucho de…

—Elizabeth no lo sabía. Y nunca se hizo público.

La chica de los senos pesados se llevó las manos a la cintura.

—Entonces ¿quién…?

Sonreí.

—Es mejor que no lo sepas. Alguien poderoso. Alguien con el poder suficiente como para sacarme del almacenaje y darme esto.

—Aunque no lo suficientemente poderoso como para darte una funda con un coño —la voz de Anémona todavía sonaba vacilante, pero pronto se convencería. Ella quería creer en este cuento de la madre en busca de la hija perdida—. ¿Por qué te reenfundaron?

—Es un pacto —dije rozando la verdad para dar mayor cuerpo a la historia—. Ésta… persona… me sacó y yo tengo que hacer algo por ella. Algo para lo cual se necesita un cuerpo de hombre. Si lo hago conseguiré nuevas fundas para mí y para Elizabeth.

—¿Es por eso? ¿Por eso has venido aquí?

Había un toque de amargura en su voz que me indicaba que sus padres nunca irían a buscarla a un lugar como aquél y que por eso ella me creía. Coloqué la última pieza de la mentira.

—Hay un problema con el reenfundado de Elizabeth. Alguien está bloqueando el procedimiento. Quiero saber quién es y por qué. ¿Sabes quién la apuñaló?

Sacudió la cabeza bajando la mirada.

—Muchas chicas son agredidas —dijo tranquilamente—. Pero en el Jerry’s hay un seguro para ese tipo de accidentes. Aquí las cosas se hacen bien, se encargan incluso de almacenarnos si tardamos mucho en curarnos. Pero el que hirió a Lizzie no era un cliente habitual.

—¿Elizabeth tenía clientes habituales? ¿Alguien importante? ¿Algún tipo raro?

Me miró, había piedad en sus ojos. Yo representaba el papel de Irene Elliott como un profesional.

—Señora Elliott, todos los que vienen aquí son tipos raros. Si no, no vendrían.

Me esforcé para hacer una mueca.

—¿Alguien importante?

—No lo sé. Mire, señora Elliott, yo quería mucho a Lizzie, se portó muy bien conmigo un par de veces cuando yo estaba deprimida, pero nunca fuimos muy íntimas. Ella era amiga de Chloe y… —Hizo una pausa y luego añadió—: No es lo que usted piensa… nada de eso… pero ella, Chloe y Mac, solían compartir cosas. Hablaban mucho y todo eso.

—¿Puedo hablar con ellos?

Sus ojos se desviaron hacia los rincones de la cabina, como si acabara de oír un ruido inexplicable. Parecía acorralada.

—Será mejor que no. A Jerry no le gusta que hablemos con los clientes. Si nos descubre…

Puse toda la persuasión de las Brigadas en mi tono al decir:

—Bueno, tal vez tú puedas averiguarlo por mí…

Ahora parecía todavía más aterrada, pero su voz se mantenía firme.

—Por supuesto, indagaré por ahí. Pero no ahora. Tiene que marcharse. Vuelva mañana a la misma hora. La misma cabina. Entonces estaré libre. Diga que tiene una cita.

Tomé su mano entre las mías.

—Gracias, Anémona.

—No me llamo Anémona —dijo bruscamente—. Mi nombre es Louise. Llámeme Louise.

—Gracias, Louise —dije sin soltarle la mano—. Gracias por hacerlo…

—Mire, no le prometo nada —dijo tratando de ser dura—. Le he dicho que intentaré averiguar algo. Eso es todo. Ahora, por favor, váyase.

Me mostró cómo tenía que hacer para cancelar el resto de mi pago en la consola y la puerta se abrió inmediatamente. Fin de la sesión. Yo no dije nada más. Ni intenté tocarla de nuevo. Salí por la puerta y la dejé allí, con los brazos cruzados sobre su pecho y la cabeza gacha, mirando el suelo brillante de la cabina como si lo viera por primera vez.

Bañada de luz roja.

Afuera la calle seguía como antes. Los dos camellos estaban aún allí, negociando acaloradamente con un mongol corpulento apoyado contra un coche y que estaba mirando algo que tenía en las manos. El pulpo levantó los tentáculos para dejarme pasar. Salí a la llovizna. El mongol me miró cuando pase por su lado y un relámpago de reconocimiento le cruzó la cara.

Me detuve volviéndome a medias y él me miró de nuevo, murmurando algo a los camellos. Mi neuroestimulador se activó como un escalofrío interior. Me acerqué al coche y la conversación entre los tres hombres se cortó inmediatamente. Se metieron las manos en los bolsillos.

Algo me estaba empujando, algo que no tenía nada que ver con la mirada que el mongol me había echado. Una sombra había desplegado sus alas sobre mí en la sórdida miseria de la cabina, algo que no había controlado y que me habría supuesto una bronca de Virginia Vidaura. Podía oír a Jimmy de Soto murmurándome al oído.

—¿Me estabas esperando? —le pregunté al mongol que estaba de espaldas. Vi que los músculos se le tensaban.

Uno de los camellos vio lo que se les venía encima. Levantó la mano con un gesto conciliador.

—Mira, amigo… —empezó a decir débilmente.

Lo miré de reojo y se calló.

—Decía…

Entonces todo se precipitó. El mongol se abalanzó sobre mí profiriendo un alarido mientras me lanzaba un puñetazo con un brazo del tamaño de un jamón. No me tocó, pero para esquivarlo tuve que dar un paso atrás. Los camellos desenfundaron sus armas, pequeños objetos miserables de metal gris y negro que chisporroteaban y ladraban bajo la lluvia. Me alejé de los disparos usando al mongol para cubrirme, y le di un golpe con la mano sobre su rostro desencajado. Los huesos crujieron y, rodeándolo, me fui hacia el coche mientras los camellos intentaban descubrir dónde me había metido. Mientras yo me desplazaba con la rapidez que me proporcionaba la neuroestimulación, ellos parecían moverse a cámara lenta, como sumergidos en miel. Un puño recubierto de metal vino directamente hacia mí, de una patada le rompí los dedos contra el artefacto. El hombre se puso a aullar de dolor y con el canto de la mano solté entonces un golpe contra la sien de su colega. Ambos se quedaron tirados en el suelo, uno de ellos gemía, el otro estaba inconsciente o muerto.

El mongol echó a correr.

Salté por encima del techo del coche y lo seguí sin pensar. El impacto contra el asfalto me repercutió en los pies al aterrizar y sentí un dolor intenso en las espinillas, pero el neuroestimulador me recompuso en un instante. Lo tenía tan sólo a doce metros de distancia. Me levanté y salí corriendo.

Delante de mí el mongol saltaba de un lado a otro en mi campo de visión como un avión de combate intentando esquivar al enemigo. Para un tipo de su tamaño, era extremadamente veloz. Volaba bajo la sombra de los pilares de la autopista elevada. Ahora lo tenía a unos veinte metros de distancia. Aceleré con una mueca por el dolor en el pecho. La lluvia me golpeaba en la cara.

Maldito tabaco.

Salimos de debajo de los pilares hacia una zona desierta donde los semáforos se inclinaban en caprichosos ángulos. Uno de ellos parpadeó cuando el mongol pasó frente a él y la luz cambió a verde. Una voz senil de robot dijo: «Cruce ahora. Cruce ahora. Cruce ahora». Pero yo ya había cruzado. Los ecos me siguieron por la calle.

Pasé frente a las carcasas ruinosas de algunos coches abandonadas allí desde hacía años. Fachadas de ventanas cerradas a cal y canto cuyas persianas se abrían tal

vez durante el día, o no. Un vapor que emanaba de una cloaca de la calle como algo vivo. El pavimento bajo mis pies era resbaladizo y una espuma gris brotaba de sus junturas, destilada por la basura en estado de descomposición. Los zapatos del traje de verano de Bancroft tenían una suela fina que no se adhería muy bien al suelo. Sólo el perfecto equilibrio que me daba el neuroestimulador me mantenía en pie.

El mongol miró atrás por encima del hombro al pasar entre dos carcasas abandonadas. Vio que yo todavía lo seguía y giró de golpe hacia la izquierda. Traté de medir mi trayectoria para cortarle el paso, pero mi presa había calculado perfectamente su maniobra. Yo había alcanzado ya el primer coche, pero al intentar frenar para virar tras él resbalé. Reboté contra el capó oxidado del coche y fui a dar contra la persiana metálica de una tienda. La persiana vibró con el impacto y una descarga antirrobo de baja frecuencia me mordió las manos. Al otro lado de la calle, el mongol incrementó aún más la distancia que nos separaba.

Un vehículo se movía errático por encima de nuestras cabezas.

Vi la silueta al otro lado de la calle y fui tras ella, maldiciéndome por haber cometido la estupidez de rechazar la oferta de Bancroft de comprar armas. Desde la distancia a la que me encontraba, con una pistola láser habría podido segar las piernas del mongol sin ningún problema. En cambio, me veía obligado a correr tras él tratando de sacar fuerzas de mis pulmones para acortar la distancia que nos separaba. Quizá mi persistencia podía asustarlo y hacer que cometiera algún error…

Eso no fue lo que ocurrió, aunque por un pelo. Los edificios a nuestra izquierda desembocaron en un solar bordeado por una valla podrida. El mongol miró de nuevo hacia atrás. Y cometió su primer error. Se detuvo, se lanzó contra la valla, que se vino abajo, luego se levantó para perderse en las tinieblas que se extendían más allá. Sonreí y lo seguí. Finalmente le había sacado ventaja.

Tal vez él esperaba que lo perdiera en la oscuridad, o que me torciera un tobillo. Pero mi entrenamiento de las Brigadas me hizo dilatar inmediatamente las pupilas en cuanto me adentré en la zona oscura, y corrí por la superficie irregular a la velocidad de un rayo. Mis pies, movidos por el neuroestimulador, siguieron el rastro del mongol sin desviarme ni una vez. El suelo desfilaba como un fantasma bajo mis suelas, como había desfilado bajo Jimmy de Soto en mi sueño. Cien metros más y alcanzaría a mi amigo mongol, a menos que él también estuviera dotado de visión aumentada.

Entretanto habíamos abandonado ya el descampado y nos dirigíamos ambos hacia otra valla. El mongol llegó ante la alambrada, ya sólo nos separaban diez metros. Trepó por la alambrada, cayó del otro lado y echó a correr por la calle. Yo también trepé sin perderlo de vista y vi que tropezaba. Salté la alambrada. Debió de oírme aterrizar, porque se dio la vuelta sin haber terminado de ajustar lo que tenía entre las manos.

Vi asomar el cañón de una pistola y me tiré al suelo.

Caí pesadamente, me despellejé las manos y rodé. Un relámpago electrizó la noche justo en el lugar donde había estado un segundo antes. El olor a ozono me

penetró y el chisporroteo del aire me zumbó en los oídos. Seguí rodando y el detonador de partículas volvió a iluminar la oscuridad a mis espaldas. Un rastro de vapor se desprendió de la calle húmeda. Busqué un refugio que no existía.

—¡Suelta el arma!

Un torbellino de luces cayó verticalmente desde arriba y un estruendo ladró en mitad de la noche como la voz de un dios-robot. La luz de un proyector inundó la calle sumergiéndonos en su fuego blanco. Desde donde estaba tirado, abrí los ojos y alcancé a distinguir la forma borrosa del vehículo de la policía, una aeronave que flotaba a cinco metros de la calle con las sirenas encendidas. La tempestad de sus turbinas estrellaba trozos de papel y plástico contra las paredes de los edificios o los dejaba clavados contra el asfalto como polillas agonizantes.

—No te muevas y suelta el arma —tronó de nuevo la voz.

El mongol levantó el arma trazando un arco y la patrullera se desplazó un poco para evitar el rayo. Tocada por el haz de luz, una de las turbinas soltó una estela de chispas y la nave se ladeó peligrosamente. Desde alguna parte del morro de la nave, una ráfaga de arma automática respondió, pero el mongol ya había cruzado la calle, derribado una puerta y se había metido por el agujero lleno de humo.

Se oyeron gritos en el interior…

Me levanté lentamente mirando estabilizarse la aeronave a un metro del suelo. Un extintor automático bañó la turbina y algunos metros cuadrados de la calle con nieve carbónica. Después la escotilla que estaba justo detrás de la ventanilla del piloto se abrió y Kristin Ortega apareció.

Capítulo 10

El vehículo era una versión desmejorada del modelo que me había llevado a Suntouch House. La cabina era ruidosa. Ortega tenía que gritar para hacerse oír en medio del ruido de las turbinas.

—Enviaremos una unidad rastreadora, pero si tiene buenos contactos, podrá cambiar el rastro de química de su cuerpo antes del amanecer. Después sólo nos quedan los testigos visuales. Recursos de la Edad de Piedra. Y en esta parte de la ciudad…

El vehículo dobló y ella señaló el laberinto de calles a nuestros pies.

—Mire. Lo llaman Licktown. Antes el barrio se llamaba Potrero. Dicen que era una zona bonita.

—¿Qué pasó?

Ortega se encogió de hombros en su asiento de rejilla de acero.

—La crisis económica. Ya sabe cómo es eso. Un día uno tiene una casa en propiedad, la póliza de la funda pagada, y al día siguiente se encuentra en la calle y con sólo una vida.

—Es duro.

—Sí, ¿verdad? —respondió la inspectora como al desgaire—. Kovacs, ¿qué coño estaba haciendo usted en el Jerry's?

—Estaba rascándome donde me picaba —gruñí—. ¿Alguna ley contra esto?

Me miró a los ojos.

—Usted en el Jerry's no hizo nada de eso. Sólo estuvo allí diez minutos.

Me encogí de hombros y la miré con expresión culpable.

—Si alguna vez es transferida al cuerpo de un hombre recién salido del almacenaje, me comprenderá. Las hormonas. Todo se acelera. Además, en sitios como el Jerry's tampoco tienes que realizar una obra maestra.

Los labios de Ortega se curvaron formando algo parecido a una sonrisa. Se inclinó hacia mí.

—Tonterías, Kovacs. T-o-n-t-e-r-í-a-s. He leído el informe que tienen de usted en Millsport. Su perfil psicológico. Lo llaman la pendiente de Kemmerieh, y la suya es tan empinada que se necesitan picos y cuerdas para escalarla. En todo lo que usted hace siempre actúa muy bien.

—Bueno… —respondí encendiendo un cigarrillo—. Usted sabe que ciertas mujeres no necesitan más de diez minutos.

Ortega puso los ojos en blanco y ahuyentó mi comentario con un gesto, como si fuera una mosca.

—Por supuesto. ¿Y con el crédito que tiene de Bancroft no podía pagarse algo mejor que el Jerry's?

—No tiene nada que ver con el dinero —dije preguntándome si ése era el verdadero motivo que llevaba a gente como Bancroft a Licktown.

Ortega apoyó la cabeza contra la ventanilla y contempló la lluvia.

—Usted está siguiendo pistas, Kovacs. Estuvo en el Jerry's para averiguar algo que Bancroft hizo allí. Deme tiempo y descubriré de qué se trata, pero sería mucho más fácil que usted me lo dijera.

—¿Para qué? Usted dijo que el caso Bancroft estaba cerrado. ¿Qué interés tiene ahora?

Volvió a mirarme, le brillaban los ojos.

—Mantener la paz. Quizá usted no se ha dado cuenta, pero cada vez que nos encontramos es en medio de un tiroteo.

Abrí los brazos.

—Voy desarmado. Me limito a hacer preguntas. Y hablar… ¿Cómo se las ha arreglado para aparecer justo cuando empezó el baile?

—Cuestión de suerte, supongo.

No dije nada más. Ortega me estaba siguiendo, de eso no cabía duda. Y eso también era la prueba de que tenía que haber mucho más sobre el caso Bancroft de lo que ella admitía.

—¿Qué va a pasar con mi coche? —pregunté.

—Lo recogeremos nosotros. Notifíqueselo a la compañía que se lo alquiló. Alguien puede ir a buscárselo al depósito. A menos que usted lo quiera.

Dije que no con la cabeza.

—Dígame una cosa, Kovacs, ¿por qué alquiló un coche de superficie? Con lo que Bancroft le paga podría haber conseguido uno de éstos.

Dio unos golpecitos al habitáculo.

—Me gusta desplazarme por la superficie —dije—. Así uno calibra mejor las distancias. Además en Harlan volar no es muy corriente.

—¿De veras?

—De veras. Oiga, el tipo que antes casi la achicharra…

—¿Perdón…? —dijo arqueando una ceja, una expresión que yo ya empezaba a considerar como su marca registrada—. Corríjame si me equivoco, pero creo que hemos sido nosotros los que le hemos salvado la funda. Era usted el que estaba del lado equivocado.

—Da igual —dije—. Ese tipo me estaba esperando.

—¿Esperándolo? —Cualesquiera que fuesen los pensamientos de Ortega, su expresión denotaba incredulidad—. Según los camellos que hemos enchironado, estaba comprándoles material. Aseguran que era un viejo cliente.

Meneé la cabeza.

—Me estaba esperando. Me acerqué para hablar con él y huyó.

—A lo mejor no le gustaba su cara. Uno de los camellos, creo que aquél al que usted le partió la cabeza, dijo que usted estaba dispuesto a matar a alguien —volvió a

encogerse de hombros—. Ellos dicen que fue usted quien empezó, y todo parece indicar que así fue como sucedieron las cosas.

—Entonces ¿por qué no me arresta?

—¿Por qué motivo? —preguntó exhalando una bocanada de humo—. ¿Por lesión orgánica, reparable con cirugía, a un par de camellos de rígida? ¿Por poner en peligro la propiedad de la policía? ¿Por escándalo nocturno en Licktown? Deme un respiro, Kovacs. Este tipo de cosas suceden todas las noches a la salida del Jerry's. Estoy demasiado cansada para el papeleo.

La aeronave giró y a través de la ventana vi la forma borrosa de la torre del Hendrix. Había aceptado la oferta de Ortega de llevarme al hotel por el mismo motivo por el que había aceptado que la policía me llevara a Suntouch House: para ver qué sacaba de aquello. Sabiduría de las Brigadas: déjate llevar por la corriente y abre los ojos.

No tenía ningún motivo para suponer que Ortega me estuviera mintiendo con respecto a nuestro destino, aunque una parte de mí estaba sorprendida de ver la torre. Los de las Brigadas somos desconfiados.

Tras una discusión inicial con el Hendrix para obtener la autorización de aterrizaje, el piloto nos depositó sobre una mugrienta plataforma en lo alto de la torre. El viento azotaba los flancos de la liviana aeronave. Cuando la escotilla se abrió, una ola de frío nos envolvió. Me levanté para salir. Ortega permaneció donde estaba, me observó con una mirada extraña que no pude entender. El peso que había sentido la noche anterior volvió a hacerse notar. Sentía que necesitaba decirle algo, era como un estornudo incontenible.

—¿Y con Kadmin qué tal?

Cambió de postura en el asiento y alargó una de sus largas piernas apoyando una bota en el asiento del que yo acababa de levantarme. Tenía dibujada una sonrisita.

—Engullido por la maquinaria —dijo ella—. Vamos por buen camino.

—Bien.

Salí a la lluvia y al viento.

—Gracias por la ayuda —le grité.

Asintió con gravedad, después inclinó la cabeza para decirle algo al piloto, que estaba detrás de ella. El rugido de las turbinas se intensificó y yo me aparté rápidamente de la escotilla, que empezaba a cerrarse. Retrocedí y la aeronave despegó pesadamente, con las luces encendidas.

Tuve una última visión del perfil de Ortega a través de la ventanilla, a continuación el viento se llevó a la pequeña nave como si fuera una hoja de otoño. Poco después era ya algo indistinguible entre las miles de aeronaves que surcaban el cielo nocturno.

Me di la vuelta y caminé con la cabeza gacha, contra el viento, hacia la escalera de acceso. Tenía el traje empapado por la lluvia. ¿Cómo podía habérsele ocurrido a Bancroft proporcionarme un traje de verano con un clima como el de Bay City? Era

algo que no me entraba en la cabeza. En Harlan el invierno dura el tiempo suficiente como para saber lo que hay que tener en el guardarropa.

Los pisos superiores del Hendrix estaban sumidos en la oscuridad, aliviada ocasionalmente por el brillo esporádico de los techos de iluminum, pero el hotel me iba alumbrando el camino mediante tubos de neón que se encendían a mi paso y se apagaban detrás de mí. Era un hecho extraño, como si me estuviera paseando con una antorcha.

—Tiene visita —me dijo alegremente el hotel cuando entré en el ascensor.

Pulsé el botón de la parada de emergencia, las raspaduras en la palma de la mano me escocieron un poco.

—¿Cómo?

—Tiene vis…

—Sí, lo he oído.

Rápidamente se me ocurrió que mi tono podía ofender a la Inteligencia Artificial.

—¿Quién es? ¿Dónde está?

—Se ha identificado como Míriam Bancroft. La investigación en los archivos de la ciudad ha confirmado la identidad de la funda. La he autorizado a esperar en su habitación. No está armada y usted esta mañana no ha dejado allí nada importante. Aparte del refresco, no ha tocado nada.

Sentí que estaba perdiendo la calma y para tranquilizarme concentré toda mi atención en una pequeña abolladura de metal de la puerta del ascensor.

—Interesante. ¿El hotel decide arbitrariamente lo que le parece respecto a todos sus huéspedes?

—Míriam Bancroft es la esposa de Laurens Bancroft —dijo el hotel con un tono de reproche—. Y es él quien paga su habitación. En estas circunstancias, me ha parecido prudente no crear tensiones innecesarias.

Miré el cielo raso del ascensor.

—¿Usted ha estado investigando sobre mí?

—Una investigación de base sobre mis clientes forma parte del procedimiento habitual. Toda la información es absolutamente confidencial, a menos que sea requisada bajo la directiva de la ONU 231.4.

—Ah. ¿Y qué más sabe?

—Teniente Takeshi Lev Kovacs —dijo el hotel—, también conocido como Mamba Lev, Punzón de Hielo, El Mano Partida, nacido en Newpest, Harlan, el 35 de mayo de 187 del calendario colonial. Reclutado por las fuerzas del Protectorado de la ONU el 11 de septiembre de 204, seleccionado para incremento de las Brigadas de Choque el 31 de junio de 211 durante una revisión de rutina…

—Vale, vale. Es suficiente.

Estaba un poco sorprendido por lo mucho que la Inteligencia Artificial había averiguado. La mayoría de los archivos desaparecen en cuanto los propietarios cambian de mundo. Las transmisiones interestelares son caras. A menos que el

Hendrix hubiese entrado en los archivos del alcaide Sullivan, lo cual hubiese sido ilegal. Me acordé de los comentarios de Ortega sobre las acusaciones contra el hotel. ¿Qué tipo de crimen podía cometer una I. A.?

—También pensé que la visita de la señora Bancroft podía estar relacionada con la muerte de su esposo, que usted está investigando. Me pareció que usted querría hablar con ella. Además la señora no quiso esperar en el vestíbulo.

Suspiré y aparté la mano del botón de parada.

—No, claro.

Míriam Bancroft estaba sentada en el alféizar de la ventana y contemplaba el tráfico con un vaso grande y lleno de hielo en la mano. La habitación estaba sumida en la penumbra, la única fuente de luz provenía de la ventanilla del servicio y del neón tricolor de la barra. Suficiente como para ver que llevaba una especie de chal sobre un maillot ajustado y unos pantalones de faena. No se dio la vuelta cuando entré, así que crucé la habitación hasta meterme en su campo de visión.

—El hotel me ha avisado de su presencia —dije—. Se lo digo por si estaba preguntándose cómo es que no me he salido de la funda del susto.

Me miró y se apartó un mechón de la cara.

—Muy gracioso, señor Kovacs. ¿Debería aplaudir?

Me encogí de hombros.

—Podría dar las gracias por la bebida.

Examinó un momento el hielo y luego volvió a parpadear.

—Gracias por la bebida.

—De nada.

Me dirigí hasta la barra y contemplé las botellas alineadas. Una botella de *whisky* añejo de quince años se impuso por sí sola. La abrí, lo olí y cogí un vaso.

—¿Hacía mucho que esperaba?

—Una hora, más o menos. Oumou Prescott me dijo que usted había ido a Licktown, por lo que imaginé que volvería tarde. ¿Ha tenido algún problema?

Tomé el primer trago de *whisky* y sentí en el interior de la boca el escozor de las heridas que me había hecho la bota de Kadmin. Tragué con una mueca.

—¿Por qué cree eso, señora Bancroft?

Hizo un gesto elegante con una mano.

—Por nada. ¿No quiere hablar del tema?

—No especialmente —respondí dejándome caer en una amplia tumbona al pie de la cama.

La miré desde el otro lado de la habitación. Se hizo el silencio. Desde donde yo estaba, ella quedaba a contraluz y tenía la cara en sombras. Mantuve la mirada clavada en lo que debía de ser su ojo izquierdo. Al cabo de un momento, cambió de postura y el hielo del vaso tintineó.

—Bien —dijo, luego carraspeó—. ¿De qué querría hablar?

Alargué el vaso hacia ella.

—Empecemos por el motivo que la trajo aquí.

—Me interesa saber qué progresos ha hecho.

—Le haré llegar un informe sobre mis progresos mañana por la mañana. Voy a redactar uno con Oumou Prescott. Vamos, señora Bancroft. Es tarde. Puede hacerlo mejor.

Durante un instante pensé que se marcharía. Pero luego empezó a darle vueltas al vaso entre las manos. Inclinó la cabeza sobre él como si buscara allí una inspiración y pasado un buen rato volvió a levantarla.

—No quiero que siga —dijo.

Dejé que las palabras resonaran en la habitación.

—¿Por qué?

Sus labios formaron una sonrisa. Oí el sonido que hicieron al abrirse.

—¿Por qué no? —respondió.

Tomé un trago, dejando que el alcohol enjuagara los cortes y calmara mis hormonas.

—Bien. Para empezar, está su marido, que ha sido muy claro: huir podría perjudicar seriamente mi salud. Están también los cien mil dólares. Luego ya entramos en el reino etéreo de los conceptos, las promesas, mi palabra y todo eso. Además, para serle franco, tengo curiosidad.

—Cien mil dólares no es mucho dinero —dijo ella—. El Protectorado es grande. Yo podría darle ese dinero y llevarlo a un lugar donde Laurens nunca lo encontraría.

—De acuerdo. Quedan mi palabra y mi curiosidad.

—Deje de fingir, señor Kovacs. Laurens no lo contrató, lo arrastró hasta aquí. Lo obligó a aceptar sus condiciones, usted no tuvo elección. No puede decir que su honor está en juego.

—Me queda la curiosidad.

—A lo mejor yo podría satisfacer su curiosidad —dijo ella suavemente.

Tomé otro trago de *whisky*.

—¿De veras? ¿Usted mató a su marido, señora Bancroft?

Hizo un gesto de impaciencia.

—No me refería a su jueguecito de detectives. Hay otras cosas que despiertan… su curiosidad, ¿no es cierto?

—¿Perdón?

Míriam Bancroft se bajó del alféizar de la ventana y apoyó su cadera contra el mismo. Posó el vaso sobre la mesa y encogió un poco los hombros. Sus senos cambiaron de forma bajo la tela fina de su maillot.

—¿Ha oído hablar del Fusión 9? —preguntó algo vacilante.

—¿Empatín?

Ese nombre me sonaba. De una banda de ladrones armados que había conocido en Harlan, amigos de Virginia Vidaura. Los Bichitos Azules. Hacían su trabajo bajo

los efectos del Fusión 9. Decían que era bueno para el trabajo en equipo. Una banda de malditos psicópatas.

—Sí, empatín. Derivados del empatín, mezclados con Satyron y potenciados con Ghedin. Esta funda… —Señaló su cuerpo, con los largos dedos rozándole las curvas —. Es de los laboratorios Nakamura…, lo mejor en bioquimtech. Yo segrego Fusión 9 cuando… me excito. En mi sudor, mi saliva y mi vagina, señor Kovacs.

Se enderezó y el chal se le cayó al suelo, allí se quedó, en torno a sus pies, y ella se desembarazó de él mientras avanzaba hacia mí.

Bien, por un lado estaba Alain Marriott, honorable y fuerte en toda su miríada de encarnaciones, y por el otro… la realidad. En ésta, y a cualquier precio, hay algunas cosas que no se pueden dejar pasar.

La intercepté en el centro de la habitación. El Fusión 9 estaba ya en el aire, en el aroma de su piel y en su aliento. Respiré hondo y sentí la reacción química dispararse como una cuerda tirante en el fondo de mi estómago. Mi vaso había desaparecido, lo había dejado en alguna parte, y la mano que lo había sujetado hacía un momento estaba ahora alrededor de uno de los tersos senos de Míriam Bancroft. Acercó mi cabeza hacia ellos con las dos manos y volví a sentir el Fusión 9 en las perlas de sudor que resbalaban lentamente por su escote. Tiré de su maillot, liberé los senos aplastados y busqué con la boca hasta encontrar un pezón.

Sobre mí sentí que abría su boca, y que el empatín comenzaba a surtir su efecto en el cerebro de mi funda, despertando los instintos telepáticos adormecidos y proyectando antenas para captar el aura de intensa excitación que de ella emanaba. Supe que ella misma pronto empezaría a saborear el gusto de la carne de sus senos en mi boca. Al dispararse, la descarga de empatín parecía una pelota de tenis golpeada de volea, a cada rebote iba ganando más intensidad, rebotando de un sensorium a otro, hasta que la fusión alcanzaba un punto culminante casi insoportable.

Ahora Míriam Bancroft estaba gimiendo. Nos caímos al suelo, yo iba y venía por sus senos, frotando su carne elástica y resistente contra mi cara. Sus manos se volvieron hambrientas y palparon mis flancos y la hinchazón entre mis piernas. Nos arrancamos febrilmente la ropa, con las bocas trémulas de deseo. Cuando nos despojamos de todo lo que llevábamos puesto, era como si la alfombra bajo nuestros pies proyectara hebras de calor sobre nuestra piel. Me acomodé sobre ella y mi barba incipiente raspó la suavidad de su vientre, mientras mi boca iba trazando húmedas «oes» en su camino hacia abajo. Cuando mi lengua penetró los pliegues de su vulva, sentí un sabor intenso y salado, absorbí el Fusión 9 con sus fluidos y presioné contra el botón de su clítoris. En alguna otra parte, al otro lado del mundo, mi pene palpitaba en su mano. Una boca se acercó al glande y empezó a chupar delicadamente.

Nuestros clímax fueron llegando rápidamente y con infalible coincidencia. Las señales mezcladas de la unión del Fusión 9 se confundieron hasta que ya no pude distinguir entre la tensión insostenible de mi verga entre sus dedos y la presión de mi lengua dentro de ella. Sus muslos se tensaron en torno a mi cara. Se oyó un gemido,

pero ya no podía saber quién lo había emitido. La tensión siguió aumentando, etapa tras etapa, cima tras cima, hasta que, de repente, ella se echó a reír, a reírse del chorro caliente y salado sobre su cara y sus dedos, mientras sus muslos me aplastaban, arrastrada también ella por una ola de placer.

Por un momento no hubo más que un tembloroso abandono, durante el cual el más mínimo movimiento, el roce de una piel contra la otra, nos producía espasmos a los dos. Luego, como consecuencia del período que mi funda había pasado en el tanque y las húmedas imágenes de Anémona apoyada contra el cristal de la biocabina, mi pene volvió a hincharse y a ponerse duro. Míriam Bancroft lo empujó con la nariz, lo recorrió con la punta de la lengua, y le lamió el líquido pegajoso hasta limpiarlo y ponerlo tenso contra su mejilla. Después se puso a horcajadas sobre mí, se inclinó hacia atrás para mantener el equilibrio y se dejó penetrar con un prolongado gemido. Se inclinó sobre mí, con los senos bamboleándose, mientras yo le mordisqueaba y chupaba los evasivos globos. Mis manos sujetaron sus muslos a cada lado de mi cuerpo.

Y entonces llegó el movimiento.

La segunda vez tardamos más, y el empatín le dio un aire más estético que sexual. Siguiendo las señales que emitía mi sensorium, Míriam Bancroft empezó a moverse lentamente mientras yo miraba su vientre rígido y sus senos prominentes con un deseo distante. Por alguna razón que me fue imposible determinar, el Hendrix difundió una lenta música desde los rincones de la habitación, y unas luces rojas y violáceas dibujaron unas formas danzantes en el cielo raso de la habitación. Cuando éstas se fueron acelerando y desplazando sobre nuestros cuerpos, sentí que mi mente se movía con ellas y mis sentidos se confundían. Sólo contaba el movimiento de Míriam Bancroft encima de mí, y los fragmentos de colores en su cuerpo y en su cara. Tuve un orgasmo, una explosión distante que parecía estar más relacionada con los espasmos de la mujer moviéndose sobre mí que con mi propia funda.

Más tarde, acostados cara a cara, nuestras manos jugaban con los recovecos del cuerpo del otro.

—¿Qué piensas de mí? —preguntó ella.

Miré hacia abajo para ver qué estaba haciendo su mano y carraspeé.

—¿Es una pregunta con trampa?

Se rió, la misma risa ronca con la que me había recibido en la sala de mapas de Suntouch House y que me había resultado tan atractiva.

—No. Quiero saberlo.

—¿Realmente te importa?

No lo pregunté con maldad, pero el Fusión 9 quitó cualquier toque de brutalidad a la pregunta.

—¿Crees que ser un mat supone eso? —La palabra sonó extraña en sus labios, como si estuviera hablando de otra persona—. ¿Crees que no nos importan en absoluto las personas normales?

—No lo sé —respondí con sinceridad—. Lo he oído decir. Cuando uno vive trescientos años está obligado a cambiar sus perspectivas.

—Sí, claro —su respiración se interrumpió cuando mis dedos se deslizaron dentro de ella—. Sí, así. Pero uno no deja de amar. Puedes ver como todo se te viene encima. Y lo único que uno quiere es aferrarse a algo, para que todo se detenga, para que no desaparezca.

—¿Es así?

—Sí, lo es ¿Qué piensas de mí, pues?

Me incliné sobre ella y miré el cuerpo de la mujer joven que ella habitaba, los rasgos de su rostro y sus ojos tan viejos. Estaba todavía bajo los efectos del Fusión 9 y no podía encontrar ningún defecto en ella. Era lo más hermoso que había visto nunca. Abandoné todo deseo de objetividad y le besé un pecho.

—Míriam Bancroft, eres un tesoro, y yo vendería mi alma para poseerte.

Dejó escapar la risa.

—Hablo en serio. ¿Te gusto?

—Vaya pregunta…

—Hablo en serio.

Las palabras eran más profundas que el empatín. Recuperé un poco el control y la miré a los ojos.

—Sí —respondí—. Me gustas.

Su voz se ahogó.

—¿Te ha gustado lo que hemos hecho?

—Sí, me ha gustado.

—¿Quieres más?

—Sí, quiero más.

Se sentó ante mí. El movimiento de pistón de su mano se hizo más intenso, más imperioso. Su voz sonó más fuerte.

—Repítelo.

—Quiero más. De ti.

Me empujó con una mano y se me colocó encima. Mi erección era casi completa. Empezó a moverse, lenta y profundamente.

—Hacia el oeste —murmuró—, a cinco horas de crucero, hay una isla. Es mía. Nadie puede llegar a ella, hay una zona de exclusión de cincuenta kilómetros de radio, controlada por satélite. Pero es hermosa. He hecho construir un complejo allí, con un banco de clonación y un centro de reenfundado —su voz parecía otra vez vacilante—. A veces me hago transferir a los clones. Son copias de mí misma. Para jugar. ¿Te das cuenta de lo que te estoy ofreciendo?

Gruñí. La imagen que acababa de evocar, la de ser el centro de atención de un grupo de cuerpos semejantes al de ella, y dirigidos todos por la misma mente, incrementó mi erección, mientras su mano subía y bajaba como una máquina.

—¿Qué me dices? —preguntó inclinándose sobre mí y rozándome el pecho con los pezones.

—¿Por cuánto tiempo es válida esta invitación al parque de atracciones? —alcancé a preguntar a través de las contracciones y la bruma del Fusión 9.

Sonrió con una sonrisa de pura lujuria.

—Diversión ilimitada —dijo ella.

—Pero por un período limitado, ¿no es cierto?

Negó con la cabeza.

—No, no me has entendido. Ese lugar es mío. Todo. La isla, el mar que la circunda, todo lo que hay en ella. Todo eso me pertenece. Puedo permitir que te quedes allí todo el tiempo que quieras. Hasta que te canses.

—Eso podría tardar mucho…

—No —respondió con cierta tristeza—. No, no tardará tanto.

El pistoneo de mi pene fue amainando. Gemí y agarré su mano, forzándola a continuar. Mi gesto pareció darle ánimo, y volvió a empezar, decidida, acelerando y disminuyendo, inclinándose para ofrecerme sus senos o dándome suplementarias mamadas cortas y lengüetazos. Mi percepción del tiempo se esfumó para dar cabida a una infinita pendiente de sensaciones que subía, terriblemente lenta, hacia una cima en la que me oía clamar a mí mismo en tono narcotizado desde alguna lejanía.

Al acercarse mi orgasmo, fui vagamente consciente a través del Fusión 9 de que estaba metiendo sus propios dedos dentro de ella, acariciándose con un deseo completamente incontrolado, y ajeno a la manera calculada en que me estaba manipulando a mí. Perfectamente a tono gracias al empatín, alcanzó el orgasmo unos segundos antes que yo, y cuando yo empecé a eyacular, me embadurnó la cara y el cuerpo con sus fluidos.

Fundido en negro.

Cuando me desperté, mucho más tarde, con el Fusión 9 pesándome cual una capa de plomo, ella había desaparecido como un sueño febril.

Capítulo 11

Cuando uno no tiene amigos y la mujer con la que se ha acostado la noche anterior lo ha dejado con la cabeza zumbando y sin una palabra, las opciones que le quedan son muy limitadas. Cuando yo era más joven solía salir por las calles de Newpest a buscar pelea. El resultado fueron un par de tipos apuñalados, ninguno de ellos yo, y mi aprendizaje en una de las pandillas de Harlan (sector Newpest). Más tarde subí de nivel alistándome en el ejército; peleé con un objetivo definido y con armas más sofisticadas, pero la cosa era igualmente miserable. No tenía de qué sorprenderme: lo único que el sargento reclutador de los marines quiso saber al entrevistarme fue cuántas peleas había ganado.

En la actualidad había desarrollado una respuesta menos destructiva ante el malestar químico en general. Cuando vi que cuarenta minutos de natación en la piscina del Hendrix no fueron suficientes para disipar los efectos de la tórrida compañía de Míriam Bancroft y del Fusión 9, hice lo único de lo que me sentía capaz. Pedí unos analgésicos y me fui de compras.

Bay City había recuperado el ajetreo de siempre cuando salí a la calle. El centro comercial estaba atiborrado de gente. Me mantuve al margen unos minutos y luego me puse a mirar escaparates.

En Harlan, una rubia sargento de marines, que tenía el insólito nombre de Serenity Carlyle, me había iniciado en el arte de ir de tiendas. Antes yo había empleado una técnica que podríamos calificar de adquisición precisa: identificaba el artículo, entraba, lo compraba y salía rápidamente. Durante el tiempo que pasamos juntos, Serenity me quitó esa costumbre y me hizo cambiar de filosofía.

—Mira —me dijo un día en un café de Millsport—, el verdadero ir de compras, el ir de tiendas físico, podría haber desaparecido hace varios siglos, si ellos hubiesen querido…

—«Ellos» ¿quiénes?

—La gente, la sociedad —agitó una mano con impaciencia—, todo el mundo. En aquel momento era posible hacerlo. La venta por correspondencia, los supermercados virtuales, los sistemas de débito automatizados. Era posible, pero no se hizo. ¿Qué significa eso para ti?

Con veintidós años, miembro de los marines vía bandas de Newpest, aquello no significaba nada para mí. Carlyle vio mi mirada vacía y suspiró.

—Significa que a la gente *le gusta* ir de tiendas. Que satisface un instinto primitivo de adquisición a un nivel genético. Algo heredado de nuestros antepasados cazadores y recolectores. Por supuesto, existe un sistema de tiendas automáticas para los artículos de consumo corriente, o los sistemas de distribución de alimentos para los más pobres. Pero al mismo tiempo se da una masiva proliferación de centros

comerciales y mercados especializados en alimentos y artesanía a los que la gente *va* personalmente. Ahora bien, ¿por qué lo harían si no les gustase?

Probablemente me había encogido de hombros, tratando de mantener mi impasibilidad juvenil.

—El ir de tiendas es interacción física, un ejercicio de toma de decisión y capacidad de actuar, una mezcla entre la satisfacción del deseo de comprar y el impulso de comprar aún más, es como una urgencia incontenible. Es tan jodidamente humano cuando lo piensas. Tienes que aprender a disfrutarlo, Tak. Es como cruzar todo el archipiélago con un hovercraft sin necesidad de mojarte. ¿Acaso eso te quita el placer de nadar? Aprende a comprar *bien*, Tak. Sé flexible. Disfruta de la incertidumbre.

Disfrutar no era precisamente lo que yo estaba haciendo aquella mañana, pero me esforcé por ser flexible, fiel al credo de Serenity Carlyle. Empecé buscando una chaqueta impermeable, pero lo que finalmente me hizo entrar en la tienda fueron un par de botas de montaña.

A las botas les siguieron un par de pantalones negros holgados y una camisa cerrada con broches de enzimas desde la cintura hasta el cuello redondo. Había visto ya un centenar de variaciones de este conjunto en las calles de Bay City. Asimilación de superficie. Aquello me bastaba. Tras una breve reflexión, añadí una badana rojo chillón de seda para la cabeza, estilo pandilla de Newpest. No por la asimilación, sino para responder a la vaga pero irreductible irritación que sentía crecer progresivamente en mí desde el día anterior. Tiré el traje de Bancroft en un contenedor de la calle y dejé los zapatos junto al mismo.

Antes, vacié los bolsillos y saqué dos tarjetas: la de la doctora de la central de Bay City y la del armero de Bancroft.

Larkin & Green no era solamente el nombre de los dos armeros, sino de dos calles que se cruzaban en una pequeña colina, llamada precisamente la Colina Rusa. El autotaxi tenía información sobre el barrio, pero no le hice caso. La fachada de Larkin & Green, «armeros desde 2203», era discreta y estaba rodeada por otras oficinas sin ventanas que probablemente habían sido anexionadas. Empujé una puerta de madera bien cuidada y entré en el interior frío que olía a aceite.

El lugar me recordó la sala de mapas de Suntouch House. Había mucho espacio, y la luz se filtraba a través de dos grandes ventanas de dos cuerpos. La primera planta había sido eliminada y transformada en una galería que discurría por los cuatro costados, sobre la planta baja. Las paredes estaban cubiertas con unos escaparates empotrados y en el centro de la sala había unas mesas pesadas de cristal que cumplían la misma función. Sentí un olor penetrante a ambientador, una fragancia de viejos árboles mezclada con el olor a aceite utilizado para las armas. El suelo bajo mis nuevas botas estaba enmoquetado.

Un rostro de acero negro se asomó desde la galería. Fotorreceptores verdes brillaban en el lugar de los ojos.

—¿Puedo ayudarlo, señor?

—Soy Takeshi Kovacs. Vengo de parte de Laurens Bancroft —dije levantando la cabeza para encontrarme con la mirada del androide—. Busco algo de *hardware*.

—Por supuesto, señor —respondió con una delicada voz masculina, despojada de cualquier subsónico de consumo subliminal, al menos que yo pudiera detectar—. El señor Bancroft nos avisó de su visita. Estoy con un cliente, pero en seguida lo atiendo. Siéntase como en su casa. A su izquierda hay unos sillones y un bar. Por favor, sírvase.

La cabeza desapareció y los murmullos que había oído al entrar continuaron. Localicé el bar. Vi que tenía alcohol y cigarrillos y lo cerré. Los analgésicos me habían quitado la resaca del Fusión 9, pero no podía permitirme más abusos.

De pronto me di cuenta de que había pasado el día sin fumar.

Fui hasta el escaparate más cercano, en el que había una selección de sables de samurái. Las fundas llevaban unas etiquetas con las fechas. Algunos eran más viejos que yo.

En el siguiente escaparate había armas de proyectiles, marrones y grises, que daban la impresión de haber sido cultivadas más que fabricadas. Sus cañones surgían de una pieza curvada orgánicamente que se unía en armonía con la culata. Éstas también eran del siglo pasado. Estaba tratando de descifrar la compleja escritura de uno de los cañones cuando oí un paso metálico en la escalera detrás de mí.

—¿Ha encontrado algo de su agrado, señor?

Me di la vuelta para encontrarme con el androide. Su cuerpo era del mismo metal negro y pulido que el de las armas, modelado según la configuración muscular del humano masculino típico. Sólo le faltaban los genitales. Tenía la cara larga y delgada, con rasgos lo bastante marcados como para retener la atención a pesar de su inmovilidad. La cabeza tenía unos surcos esculpidos que simulaban una cabellera espesa peinada hacia atrás. Estampada en su pecho se podía leer la borrosa leyenda *Expo Marte 2076*.

—Estoy mirando —dije, y señalé las armas detrás de mí—. ¿Son de madera?

Los fotorreceptores verdes se volvieron hacia mí.

—Exactamente, señor. Las culatas son un híbrido de haya. Son todas armas hechas a mano. Kalashnikov, Purdey y Beretta. Aquí vendemos todas las marcas europeas. ¿Le interesa un modelo en especial?

Volví a mirar. Se trataba de una curiosa poesía de las formas, una mezcla de ferocidad funcional y gracia orgánica, algo que pedía ser sujetado, usado.

—Están un poco demasiado decoradas para mi gusto. Tengo en mente algo más práctico.

—Por supuesto, señor. ¿Podemos entonces suponer que el señor no es un principiante en la materia?

Dirigí una sonrisa a la máquina.

—Podemos.

—Entonces quizá podría usted decirme cuáles han sido sus preferencias en el pasado.

—Smith & Wesson 11 milímetros Alagnum. Pistola de flechas Ingram 40. Lanzador de partículas Sunjet. Pero no fue con esta funda.

Los fotorreceptores brillaron. No hizo ningún comentario. A lo mejor no estaba programado para bromear con un miembro de las Brigadas.

—¿Y qué está buscando el señor para esta funda?

Me encogí de hombros.

—Algo sutil. Algo que no lo sea. Armas de proyectiles. Y un puñal. El arma más pesada tiene que parecerse a un Smith.

El androide se inmovilizó. Casi podía oír el clic-clic del motor de búsqueda de datos. Por un instante me pregunté cómo una máquina como aquélla había podido acabar allí. Era evidente que no había sido concebida para aquel trabajo.

En Harlan los androides son raros. Se necesita una fortuna para construirlos, comparados con los sintéticos o incluso con los clones, que se adaptan mucho mejor a la mayor parte de los trabajos que requieren una forma humana. A decir verdad, un robot humano es una mezcla disparatada entre dos funciones opuestas: una inteligencia artificial, que funciona mejor conectada a una unidad central, y un cuerpo resistente que la mayoría de los constructores de ciberingeniería deciden especializar según la tarea en curso.

El último robot que yo había visto en Harlan era un cangrejo jardinero.

Los fotorreceptores brillaron un instante y la postura del androide se desbloqueó.

—Si el señor desea seguirme… Creo que tengo la combinación justa.

Seguí a la máquina por una puerta tan bien disimulada en el decorado de la pared que no la había visto, luego enfilamos por un pasillo corto que desembocaba en una sala larga cuyas paredes estaban cubiertas de pilas de cajas de fibra de vidrio. Había algunas personas trabajando en la sala. El ambiente bullía con el ajetreo de manos expertas en armas. El androide me condujo hasta un hombrecito de pelo gris, vestido con un mono manchado de grasa, que estaba desmontando un lanzarrayos electromagnético como si trinchara un pollo asado.

Levantó la mirada cuando nos acercamos.

—¿Chip? —se dirigió a la máquina ignorándome a mí.

—Es Takeshi Kovacs, Clive. Un amigo del señor Bancroft. Está buscando material. Me gustaría que le mostraras el Nemex y una Philips antes de llevarlo con Sheila para que escoja un arma blanca.

Clive asintió y apartó el electromagnético.

—Por aquí —dijo.

El androide me tocó el brazo suavemente.

—Si desea algo más, me encontrará en la sala de exposición.

Hizo un breve gesto y desapareció. Seguí a Clive bordeando las cajas en las que armas de todo tipo descansaban sobre pilas de confetis de plástico. Escogió una y se

dio la vuelta hacia mí.

—Némesis x, segunda serie —dijo alargándome el arma—. La Nemex. Fabricada bajo licencia por Mannlicher-Schoenauer. Dispara una bala revestida con un propulsor específico llamado Druck 31. Muy poderosa, y precisa. El cargador tiene dieciocho proyectiles. Un poco pesada pero ideal para un tiroteo. Sopésela.

Tomé el arma y le di vueltas en mis manos. Era un pistola grande, un poco más larga que un Smith & Wesson, pero bien equilibrada. La cambié de mano un momento para acostumbrarme a ella y apunté a un blanco imaginario. Clive aguardaba pacientemente a mi lado.

—Perfecto —dije devolviéndosela—. ¿Y algo más ligero?

—La Philips —dijo Clive metiendo la mano en una caja y hurgando entre los confeti hasta sacar una pequeña pistola gris y delgada de la mitad de tamaño que la Nemex—. Proyectil de acero macizo. Tiene un acelerador electromagnético. Completamente silenciosa, con una precisión de veinte metros de alcance. Sin retroceso. Con opción de inversión de campo en el generador para recuperar los proyectiles desde el blanco. Capacidad para diez proyectiles.

—¿Baterías?

—Dan para unas cuarenta o cincuenta descargas. Después irá perdiendo velocidad a cada disparo. La vendemos con dos baterías de recambio y un kit de recarga adaptable a todos los enchufes domésticos.

—¿Hay un campo de tiro donde pueda probarlas?

—Detrás. Pero estas dos joyitas vienen con discos de ejercicios de tiro virtuales y la similitud entre el rendimiento virtual y el real es perfecto. Lo cubre la garantía.

—Perfecto. Estupendo.

Una garantía como esa cubriría un lento procedimiento en caso de que un *cowboy*, debido a mi poca pericia, lograra volarme la cabeza. No digamos el tiempo que transcurriría hasta ser reenfundado, si es que esa posibilidad se contemplaba. De momento, el dolor de cabeza comenzaba a horadar el efecto de los analgésicos. Tal vez no era el momento adecuado para probar las armas.

Tampoco me molesté en preguntar el precio. El dinero no era mío.

—¿Y la munición?

—Viene en cajas de cinco, para las dos pistolas, pero con la Nemex le damos un cargador gratis. Se trata de una promoción para todas las armas de nuestra nueva colección. ¿Será suficiente?

—No creo. Agregue dos paquetes de cinco más, uno para cada una.

—¿Diez cargadores cada una? —Había un dudoso respeto en la voz de Clive. Diez cargadores eran un montón de munición… pero yo había descubierto que en ciertos momentos era mejor llenar el aire de balas que dar en el blanco—. También quería un puñal, ¿verdad?

—Exacto.

—¡Sheila!

Clive se dio la vuelta para llamar a una mujer alta de pelo rubio que estaba sentada sobre un cajón con las piernas cruzadas, las manos sobre las rodillas y una máscara de realidad virtual en la cara. Al oír su nombre miró alrededor, se acordó de que llevaba una máscara y parpadeando se la quitó. Clive le hizo una seña y ella se bajó del cajón, titubeando un poco a causa del brusco retorno a la realidad.

—Sheila, este señor está buscando acero. ¿Quiere ayudarlo?

—Por supuesto —la mujer alargó una delgada mano—. Mi nombre es Sheila Sorenson. ¿Qué tipo de arma necesita?

Le estreché la mano.

—Soy Takeshi Kovacs. Necesito algo que pueda lanzar en un momento de urgencia, pero tiene que ser un arma pequeña. Algo que pueda llevar sujeto al antebrazo.

—Perfecto —dijo ella amablemente—. ¿Quiere acompañarme? ¿Ha terminado con Clive?

Clive asintió.

—Voy a llevarle su compra a Chip, él lo empaquetará todo. ¿Quiere que se lo enviemos o se lo llevará usted mismo?

—Me lo llevaré.

—Es lo que me imaginaba.

El despacho de Sheila era una pequeña habitación rectangular con dos siluetas de tiro en una pared y un muestrario de armas que iba de los estiletes a los machetes. Escogió un cuchillo negro y plano con una hoja de metal gris de quince centímetros de largo.

—Un puñal Tebbit —dijo ella con indiferencia—. Muy dañino.

Y con la misma indiferencia, se dio la vuelta y lanzó el arma contra la silueta de tiro de la izquierda. El cuchillo hendió el aire como si estuviera vivo y se hundió en la cabeza del muñeco.

—Hoja de acero de aleación, con estructura de carbón. Sílex en la empuñadura para el equilibrio, que, por supuesto, puede usarse para golpear el cráneo si no se consigue apuñalar al sujeto.

Me arrimé al blanco y saqué el puñal. La hoja era estrecha y estaba afilada a ambos lados como una navaja. Un canal poco profundo la recorría por el centro, delimitado con una fina línea roja incrustada con unas letras intrincadas y diminutas. Incliné el arma para leerlas, pero no conocía el código. La luz brilló débilmente sobre el metal gris.

—¿Qué es esto?

—¿Qué? —preguntó Sheila acercándose—. Ah, sí, un código de arma biológica. El canal está relleno de C-381. Produce compuestos ciánidos al entrar en contacto con la hemoglobina. Alejado de los bordes; si usted se corta, no hay ningún problema, pero si lo hunde en algo que contenga sangre…

—Maravilloso.

—Le he dicho que era dañino, ¿verdad?

Había cierto orgullo en su voz.

—Me lo llevo.

De nuevo, en la calle, cargado con mi compra, se me ocurrió que necesitaba una chaqueta, al menos para disimular un poco el arsenal que había comprado. Levanté la mirada buscando un autotaxi, pero hacía buen tiempo para caminar. Como mínimo hasta que se me fuera la resaca.

Había recorrido trescientos metros cuando me di cuenta de que me venían siguiendo.

El entrenamiento de las Brigadas, pasando por encima de los efectos del Fusión 9, me lo había hecho notar. Mis sentidos de proximidad activados captaron un apenas perceptible estremecimiento y una figura en el ángulo de mi visión.

El hombre era bueno. En un lugar más transitado de la ciudad hubiese podido no verlo, pero allí los peatones eran muy escasos como para proporcionarle un buen camuflaje.

El Tebbit estaba sujeto a mi antebrazo izquierdo, metido en su funda de piel, pero me era imposible coger ninguna de las dos pistolas sin poner de relieve que me había dado cuenta de su presencia. Por un momento pensé en despistarlo, pero inmediatamente descarté la idea. No estaba en mi ciudad. Además tenía resaca y cargaba con mucho peso. Dejé entonces que viniera conmigo de compras.

Aceleré un poco y me dirigí hacia el centro comercial, donde encontré una cara chaqueta de lana roja y azul con dibujos de tótems esquimales. No era exactamente lo que tenía en mente, pero parecía abrigada y tenía grandes bolsillos. Pagué en la caja de la tienda y aproveché para mirar a mi perseguidor: joven, caucásico, de pelo castaño. No lo conocía.

Los dos cruzamos Union Square y asistimos a la dispersión de otra manifestación contra la Resolución 653. Los cantos se desvanecían, la gente se retiraba y el aullido metálico de los altavoces estaba empezando a sonar quejumbroso. Habría podido perderme entre la multitud, pero ya no me veía obligado a hacerlo. Si el perseguidor hubiese tenido intenciones violentas, ya habría entrado en acción en la soledad de las afueras. Ahora había demasiada gente como para que intentase nada.

Atravesé lo que quedaba de la manifestación, rechacé un panfleto y luego me dirigí hacia Mission Street y el Hendrix.

Mientras caminaba por Mission Street, entré sin darme cuenta en el radio de alcance de un camello. Inmediatamente mi cabeza se inundó de imágenes. Avanzaba por un callejón lleno de mujeres cuya ropa estaba diseñada para mostrar más de lo que hubiesen mostrado de haber estado desnudas. Botas que transformaban las piernas en apetitosos bocados de carne por encima de las rodillas, muslos con bandas en forma de flechas indicando el camino, estructuras que moldeaban y realzaban los senos, pesados colgantes en forma de pene anidando en escotes perlados de sudor.

Lenguas que aparecían y desaparecían en labios rojo cereza o negro tumba, hileras de dientes desafiantes.

Una corriente de frío glacial me atravesó, borrando el deseo húmedo y transformando los cuerpos en una expresión abstracta de feminidad. Calculé los ángulos y las circunferencias de las protuberancias como una máquina, trazando el mapa de la geometría de carne y sangre como si esas mujeres fueran una especie de planta.

Betatanatina. La rígida.

Último logro de una familia de compuestos químicos destinados a la investigación sobre la muerte inminente en los albores del milenio. La betatanatina era lo que más acercaba al cuerpo humano a un estado terminal sin causarle grandes daños celulares. Al mismo tiempo, los estimulantes controlados de las moléculas de la rígida generaban un funcionamiento clínico del intelecto que había permitido a los investigadores pasar por experiencias de muerte inducida sin la emoción y el asombro que podrían estropear su percepción. Tomada en menores dosis, la rígida producía una profunda indiferencia tanto ante el dolor, como ante la excitación sexual, la alegría o la tristeza. Todo ese desapego que los hombres habían fingido durante siglos ante un cuerpo de mujer desnudo estaba ahora disponible en una cápsula. Como si el producto hubiese sido especialmente concebido y fabricado para el mercado de los adolescentes varones.

Era asimismo una droga ideal para el ejército. Bajo los efectos de la rígida, un monje eremita de la orden del sueño de Godwin podía incendiar un pueblo lleno de mujeres y niños sin sentir nada, aparte de una cierta fascinación por la manera en que las llamas derretían la carne sobre los huesos.

La última vez que yo había tomado betatanatina había sido durante los combates en las calles de Sharya. Una dosis completa, para bajar la temperatura del cuerpo y disminuir el ritmo del corazón a un nivel mínimo. Eran trucos para engañar a los detectores antipersona de los tanques araña sharianos. Sin emisión infrarroja, te podías acercar al tanque, subirte a él y volar las torretas con una granada. Conmocionados por la onda expansiva, los miembros de la dotación resultaban tan fácilmente liquidables como cachorros indefensos.

—Tengo rígida, amigo —dijo una voz ronca.

Desconecté la transmisión y me encontré ante un pálido rostro caucásico bajo una capucha gris. Llevaba una unidad de transmisión en el hombro y sus lucecitas rojas me guiñaban el ojo como murciélagos. En Harlan había leyes muy estrictas sobre las emisiones cerebrales directas, e incluso las emisiones accidentales podían provocar tanta violencia como la producida por volcar el vaso de alguien en un bar de los barrios bajos. Alargué un brazo y empujé al camello con fuerza. Trastabilló contra la entrada de una tienda.

—Eh…

—No me jodas en la cabeza, amigo. No me gusta que me jodan.

Vi que se llevaba una mano a la cintura e intuí lo que podía pasar. Volví a enfilarlo con el dedo. Le apunté a los ojos…

Y me encontré cara a cara con una mole de carne membranosa y húmeda de dos metros de altura. Unos tentáculos se dispararon hacia mí. Mi mano estaba a punto de alcanzar un orificio gelatinoso rodeado de largos cilios negros.

El asco me subió a la garganta. A punto de vomitar, empujé contra los cilios y sentí que el orificio cedía bajo la presión.

—Si quieres conservar la vista, desenchufa tu mierda —dije amenazadoramente.

La mole de carne desapareció y volví a encontrarme con el camello y con mis dedos todavía presionando sus globos oculares.

—De acuerdo, amigo —dijo con las manos levantadas—. Si no lo quieres, no lo compres. Yo sólo trato de ganarme la vida.

Retrocedí un poco y dejé que se apartara de la fachada de la tienda contra la que lo había arrinconado.

—En el lugar de donde yo vengo no entras por sorpresa en la mente de la gente en mitad de la calle —dije a modo de explicación.

Pero él ya se había dado cuenta de que yo ya no iba en plan de bronca y me hizo un gesto con el pulgar que supuse que era obsceno.

—Me importa un carajo de dónde vienes. Maldito saltamontes. Desaparece ya de mi vista.

Lo dejé allí y mientras cruzaba la calle me pregunté si existía alguna diferencia moral entre él y los ingenieros genéticos que habían implantado el Fusión 9 en la funda de Míriam Bancroft.

Después me detuve en la esquina e incliné la cabeza para encender un cigarrillo.

Era media tarde y aquél, el primer cigarrillo del día.

Capítulo 12

Aquella noche, mientras me vestía frente al espejo, me convencí de que algún otro llevaba mi funda, de que yo no era más que un pasajero en el vehículo de observación detrás de sus ojos.

Lo llaman rechazo de psicointegridad. O simplemente fragmentación. No es raro tener estas crisis, aun cuando uno esté acostumbrado a cambiar de funda. Pero ésta era la peor que había tenido en muchos años. Durante un buen rato me sentí literalmente aterrorizado ante la posibilidad de tener un pensamiento, por temor a que el hombre del espejo se percatara de mi presencia. Petrificado, lo vi meter el puñal Tebbit en la funda, coger la Nemex y la Philips y verificar los cargadores. Ambas pistolas estaban equipadas con pistoleras Fibregrip que mediante unas enzimas se adherían a la ropa contra la que eran presionadas. El hombre del espejo se colocó la Nemex bajo el brazo izquierdo —la chaqueta se la ocultaba— y guardó la Philips en su espalda. Se entrenó desenfundando un par de veces las pistolas, apuntando contra su reflejo, pero no era necesario. Los discos de ejercicios de tiro virtuales habían hecho su trabajo. Estaba preparado para matar a quien fuera con sus armas.

Me moví detrás de sus ojos.

De mala gana, se quitó las pistolas y el puñal y los dejó sobre la cama. Después se quedó un momento allí hasta que la irracional sensación de desnudez se le pasó.

Virginia Vidaura llamaba a esto la debilidad de las armas. Algo que ya desde el primer día de entrenamiento en las Brigadas de Choque era considerado un pecado mortal.

—Un arma, cualquier arma, es una herramienta —nos decía ella, con un detonador de partículas Sunjet en las manos—. Ha sido concebida para un uso específico, y sólo sirve para eso, como cualquier otra herramienta. Si viéramos a un hombre desplazarse con un martillo a todas partes simplemente porque es un ingeniero, pensaríamos que es un tarado. Y lo mismo o más si algo parecido le pasara a alguien de las Brigadas.

En la fila, Jimmy de Soto fingió toser para ahogar la risa. En ese momento todos pensábamos igual que él. El noventa por ciento de los reclutas de las Brigadas provenía de las fuerzas convencionales del Protectorado, donde las armas eran a la vez un juguete y un fetiche personal. Los marines de la ONU iban armados a todas partes, incluso cuando estaban de permiso.

Virginia Vidaura oyó la tos y captó la mirada de Jimmy.

—Señor de Soto, usted no está de acuerdo, ¿verdad?

Jimmy se removió, un poco incómodo, sorprendido de haber sido descubierto tan pronto.

—Bueno, señora, mi experiencia me dice que cuanto más armado va uno, mejor puede defenderse.

Un murmullo de aprobación recorrió las filas. Virginia Vidaura esperó a que se disipara.

—Bueno —dijo ella con el detonador de partículas en las manos—, este… objeto tiene una cierta potencia de fuego. Por favor, acérquese y cójalo.

Jimmy vaciló un instante, pero se acercó a ella y cogió el arma. Virginia Vidaura retrocedió un poco y lo dejó solo ante los reclutas mientras se quitaba la chaqueta de las Brigadas. Parecía delgada y vulnerable con su mono y sus zapatillas deportivas.

—Está regulada a la mínima potencia —dijo—. Si usted me toca, sólo me causará quemaduras de primer grado, nada más. Me encuentro aproximadamente a cinco metros de distancia. Estoy desarmada. Señor de Soto, ¿le importaría dispararme? Cuando usted quiera…

Jimmy parecía perplejo, pero obedeció y levantó el Sunjet. A continuación bajó el arma y miró a la mujer que tenía ante él.

—Cuando usted quiera —repitió ella.

—¡Ahora! —gritó de pronto él.

La escena fue casi imposible de seguir. Jimmy balanceó el Sunjet al gritar y siguiendo las normas de combate, apretó el gatillo antes de que el cañón estuviera horizontal. El aire se llenó con el chisporroteo característico del detonador de partículas. El estallido iluminó la sala.

Virginia Vidaura ya no estaba allí. Había calculado la trayectoria del rayo a la perfección y se había apartado. Al mismo tiempo, se había acercado más de dos metros a Jimmy con la chaqueta en su mano derecha. Enrolló la prenda en el cañón del Sunjet y de un tirón seco le arrancó el arma de la mano.

Antes de que éste se diera cuenta, se había abalanzado sobre Jimmy, había lanzado el arma lejos de él, lo había tirado al suelo y tenía el canto de la mano bajo la nariz sin tocarlo.

El momento se prolongó hasta que mi vecino dejó escapar un largo silbido. Virginia Vidaura le hizo una seña con la cabeza, se incorporó y ayudó a Jimmy a levantarse.

—Un arma es una herramienta —repitió casi sin aliento—. Una herramienta para destruir y matar. Y habrá momentos en los que, como miembros de las Brigadas, tendréis que destruir y matar. Para eso tendréis que escoger las herramientas que más os convengan. Pero recordad la debilidad de las armas. Son sólo una extensión. *Vosotros* sois los destructores y los asesinos. Y estáis completos, con o sin ellas.

Después de haberse puesto el chaquetón esquimal, el hombre echó una última mirada al espejo. La cara que vio no era más expresiva que la del androide de Larkin & Green. La estudió un momento, impasible, después levantó una mano para frotarse la cicatriz debajo del ojo izquierdo. Una última mirada de arriba abajo y abandoné la habitación con el repentino resurgir del control flotando en mis venas. En el ascensor, lejos del espejo, hice un esfuerzo para sonreír.

Tengo la fragma, Virginia.

Respira —dijo ella—. *Muévete, controla*.

Y salimos a la calle. El Hendrix me deseó buenas tardes cuando pasé por la puerta principal. Al otro lado de la calle mi perseguidor salió de un salón de té para emprender una trayectoria paralela a la mía. Caminé doscientos metros, disfrutando de la tarde y preguntándome si debía despistarlo. El sol había brillado todo el día y el cielo estaba más o menos despejado, pero no hacía calor. Según el mapa que había conseguido en el Hendrix, Licktown estaba situado a una docena de bloques hacia el Sur. Me detuve en una esquina, le hice señas a un autotaxi para que bajara y vi que mi perseguidor hacía lo mismo.

Estaba empezando a irritarme.

El taxi viró hacia el Sur. Me incliné y pasé una mano sobre la pantalla del pasajero.

—Bienvenido a los servicios Urbline —dijo una agradable voz femenina—. Usted se ha conectado con el centro de información de Urbline. Por favor, solicite la información deseada.

—¿Existen zonas peligrosas en Licktown?

—Todo Licktown es considerado una zona peligrosa —respondió la central de información—. No obstante, los servicios de Urbline le garantizan el transporte a cualquier destino dentro de los límites de Bay City y…

—De acuerdo. ¿Puede decirme cuáles son las calles donde los índices de criminalidad son más altos dentro de la zona de Licktown?

Hubo una pausa breve. No debía de ser una pregunta muy frecuente para la central.

—La calle 19, los bloques entre Missouri y Wisconsin. En el último año se han producido allí cincuenta y tres casos de lesiones orgánicas. Ciento setenta y siete arrestos por sustancias prohibidas, ciento veintidós incidentes de lesiones orgánicas menores, doscientos…

—Está bien. ¿A qué distancia se encuentra este lugar del Jerry’s Closed Quarters… esquina de Mariposa con San Bruno?

—Aproximadamente a un kilómetro de distancia.

—¿Tiene un mapa?

La consola se encendió mostrando un mapa de la calle, donde el Jerry’s estaba señalado y los nombres de las calles iluminados en verde. Lo estudié un momento.

—Está bien. Bájeme aquí, en la 19 con Missouri.

—De acuerdo con las recomendaciones de nuestro servicio al cliente, es mi deber advertirle de que ése es un destino desaconsejable.

Me arrellané en el asiento y dejé que una sonrisa se dibujara en mi cara. No forzada esta vez.

—Gracias.

El taxi me dejó, sin más protestas, en la esquina de la 19 con Missouri. Eché otro vistazo antes de bajar y volví a sonreír. «Un destino desaconsejable»: un típico

eufemismo del lenguaje informático.

Las calles por las que había perseguido al mongol la noche anterior estaban desiertas, pero aquella otra parte de Licktown bullía de actividad, y comparados con sus habitantes, la clientela del Jerry's parecía casi gente sana. Mientras pagaba el taxi, una docena de cabezas se volvieron para mirarme, ninguna de ellas era completamente humana. Casi podía sentir ojos fotomultiplicados mecánicamente clavados desde la distancia en la moneda que había escogido para pagar, contemplando los billetes desde una luminosidad verde y fantasmal. Narices ensanchadas cual hocicos caninos estremeciéndose con la fragancia del gel de lujo de mi hotel. La muchedumbre entera captando el aura de riqueza como un sónar que detectara un banco de peces en la pantalla de un velero de Millsport.

El otro autotaxi emprendió su descenso en espiral detrás de mí. A unos veinte metros, una callejuela oscura me atrajo. Apenas enfilé por ella, los primeros autóctonos se presentaron.

—¿Estás buscando algo, turista?

Eran tres. El que había hablado era un gigante de dos metros y medio, desnudo hasta la cintura. Parecía como si se hubiese comprado todos los músculos en oferta de Nakamura y se los hubiese pegado en los brazos y en el torso. Unos tatuajes de iluminum rojo bajo la piel de sus pectorales convertían su pecho en un brasero, y una cobra con cabeza de pene trepaba desde su cintura por entre los músculos de su estómago. Las manos del hombre tenían garras implantadas, su cara estaba marcada con cicatrices de peleas perdidas, y en el ojo llevaba una prótesis barata de amplificación de visión. Su voz era sorprendentemente suave y triste.

—A lo mejor sólo ha venido de visita a los barrios bajos —dijo amenazante la figura a la derecha del gigante.

Era joven y delgado, pálido, con un mechón de pelo largo que le caía sobre la cara. Su actitud evidenciaba un neuroestimulador químico barato. Debía de ser el más rápido.

El tercer miembro de aquella alegre compañía no dijo nada, pero abrió el hocico canino para mostrar unos dientes trasplantados y una desagradable lengua larga. Bajo la cabeza modificada, su cuerpo estaba envuelto en cuero.

El tiempo apremiaba. Mi perseguidor debía de estar pagándole al taxi y decidiendo qué dirección tomar. Si es que había decidido arriesgarse. Carraspeé.

—Sólo estoy de paso. Si sois gente sensata, vais a dejarme pasar. Detrás de mí viene un ciudadano que será una presa más fácil.

Hubo una pausa breve e incrédula. El gigante alargó una mano. Se la aparté, di un paso atrás y simulé una serie rápida de golpes mortales. El trío se quedó petrificado, el del hocico canino se puso a gruñir. Tomé un poco de aire.

—Como os decía, sois gente sensata y vais a dejarme pasar. —El gigante estaba dispuesto a obedecer. Podía leérselo en su cara rota. Había peleado lo suficiente como para reconocer a un combatiente entrenado, además su agudo instinto de toda una

vida en el *ring* le indicaba cuándo una situación no era equilibrada. Sus dos compañeros eran más jóvenes y habían conocido menos derrotas. Antes de que el gigante pudiera decir nada, el muchacho pálido hizo un gesto rápido con algo afilado y el canino se abalanzó sobre mi brazo derecho. Mi neuroestimulador, probablemente más caro y ya en alerta, fue más rápido. Agarré el brazo del chico y se lo partí a la altura del codo; él, se encogió a causa del dolor y de un empujón lo lancé contra sus compañeros. El canino giró sobre sí mismo para evitarlo y en ese momento le solté una coz en la boca y la nariz. Pegó un grito y cayó al suelo.

De rodillas, el chico pálido se agarraba el codo roto y gemía. El gigante se precipitó hacia mí pero se detuvo en seco, con mis dedos apuntándolo a un centímetro de sus ojos.

—No —le dije con calma.

El chico gemía a nuestros pies. Detrás de él, el canino había quedado tendido donde el golpe lo había arrojado y se retorcía. El gigante se agachó entre ellos, alargando sus grandes manos como para consolarlos. Me miró con una expresión muda de reproche.

Retrocedí unos doce metros, me di la vuelta y eché a correr por la callejuela. A ver si mi perseguidor era capaz de lidiar con lo que allí le dejaba y a continuación atraparme.

La callejuela se desviaba a la derecha antes de desembocar en una calle llena de gente. Doblé por allí y disminuí la marcha manteniendo sólo un paso rápido. Giré a la izquierda, me abrí camino a empujones entre la multitud y comencé a buscar los carteles indicadores.

En el exterior del Jerry’s, la mujer seguía danzando, prisionera en su copa de cóctel. El cartel del club estaba encendido y el ambiente parecía más animado que la noche anterior. Pequeños grupos iban y venían bajo los brazos flexibles del robot de la puerta, y los camellos que yo había herido durante la pelea con el mongol habían sido sustituidos por otros.

Crucé la calle y me detuve frente al robot para que me cachease.

—Está bien. ¿Cabina o bar? —dijo, como la noche anterior la voz sintética.

—¿Qué hay en el bar? —me repetí también yo.

—Ja, ja, ja —sonó la risa protocolaria—. En el bar, se mira y no se toca. Cero dinero, cero manos. Norma de la casa. Tampoco se puede tocar a otros clientes.

—Una cabina.

—Bajando las escaleras a la izquierda. Coja una toalla del montón.

Bajé la escalera, avancé por el pasillo de luces rojas, pasé ante la hornacina de las toallas y las primeras cuatro cabinas cerradas.

El ritmo ensordecedor estremecía el aire. Cerré la quinta puerta tras de mí, introduje algunos billetes en la consola para cubrir las apariencias, y me dirigí hacia

el cristal pulido.

—¿Louise?

Las curvas de su cuerpo se apoyaron en el cristal, con los senos aplastados contra él. La luz roja de la cabina proyectaba líneas de colores en su cuerpo.

—Louise, soy yo. Irene. La madre de Lizzie.

Veía algo oscuro entre sus senos, detrás del cristal. De pronto mi neuroestimulador se activó. Entonces la puerta de cristal se corrió y el cuerpo de la chica cayó en mis brazos. Un cañón de grueso calibre apareció por encima de su hombro, apuntado a mi nariz.

—No te muevas, hijo de puta. Esto es una tostadora. Si haces lo que no debes te quemo la cabeza y convierto tu pila en pura chatarra.

No me moví. El tono de su voz denotaba pánico. Algo muy peligroso.

—Así está bien —dijo mientras la puerta detrás de mí se abría y otro cañón se me hundía en las costillas—. Ahora déjala en el suelo, con cuidado, y apártate.

Dejé el cadáver sobre el suelo y volví a levantarme. Una brillante luz blanca iluminó la cabina, el aplique rojo parpadeó dos veces y a continuación se apagó. La puerta detrás de mí volvió a cerrarse y ahogó la música que venía del pasillo mientras un hombre alto y rubio vestido de negro, con los nudillos blancos alrededor del gatillo de su lanzador de partículas, avanzaba hacia mí. Tenía la boca crispada y el blanco de sus ojos brillaba en torno a las pupilas dilatadas por algún estimulante. El arma apoyada contra mi espalda me empujó hacia delante y el rubio siguió avanzando a su vez hasta tocar con su cañón mi labio inferior.

—¿Quién eres? —preguntó con un silbido. Aparté un poco la cabeza para poder hablar.

—Irene Elliott. Mi hija trabajaba aquí.

El rubio dio un paso adelante y el cañón de su arma trazó una línea desde mi mejilla hasta el mentón.

—Mientes —me dijo suavemente—. Tengo un amigo en el Tribunal de Justicia de Bay City y me ha dicho que Irene Elliott todavía está almacenada. Hemos verificado las idioteces que le has hecho creer a esta imbécil.

Dio una patada al cuerpo inerte tendido en el suelo. Mirando de reojo hacia abajo pude ver, gracias a la luz blanca, las marcas de tortura en el cuerpo de la chica.

—Ahora quiero que pienses bien tu próxima respuesta. ¿Por qué preguntas sobre Lizzie Elliott?

Miré el cañón del arma y el rostro crispado que había tras él. No era la cara de alguien que está en el juego. Tenía demasiado miedo.

—Lizzie Elliott es mi hija, pedazo de mierda, y si tu amigo del tribunal tiene de verdad acceso a la información, deberías saber por qué los informes dicen que todavía estoy almacenada.

El cañón contra mi espalda apretó un poco más, pero el rubio se relajó. Una mueca de resignación se le dibujó en la cara. Bajó su arma.

—De acuerdo —dijo—. Deek, ve a buscar a Oktai.

Detrás de mi, alguien salió de la cabina. El rubio agitó su arma.

—Tú siéntate en el rincón. —Su tono era distraído, casi indiferente.

Sentí que el cañón se apartaba de mi espalda y obedecí. Sentado en el pulido suelo, calculé mis posibilidades. Al marcharse Deek, quedaban tres. El rubio, una mujer en lo que me pareció una funda sintética de tipo asiático (la que me apuntaba con el detonador de partículas contra las costillas), y un negro corpulento cuya única arma parecía ser una barra de metal. No tenía ninguna posibilidad. Aquella gente no tenía nada que ver con la fauna de la calle 19. Tenían una cierta frialdad, como una versión barata de Kadmin en el Hendrix.

Observé un momento a la sintética preguntándome… pero no, no podía ser. Aun si había logrado evitar los cargos de Kristin Ortega contra él, y había sido reenfundado, Kadmin no podía ser esa chica. Kadmin sabía quién lo había contratado y quién era yo. Las caras que me miraban desde la biocabina mostraban claramente que no sabían nada.

Era mejor que las cosas siguieran así.

Miré la funda de Louise. Parecían haberle cortado la carne de los muslos para luego forzar las heridas a abrirse hasta desgarrarse. Brutal pero eficaz. Seguramente la habían obligado a mirar mientras lo hacían, aumentando el dolor mediante el terror. Es una experiencia terrible ver lo que le pasa a tu cuerpo. En Sharya, la policía religiosa aplicaba este método. Probablemente Louise iba a necesitar psicocirugía para superar el trauma.

El rubio vio adonde se dirigía mi mirada y me hizo una seña con la cabeza, sombrío, como si yo hubiese sido cómplice.

—¿Quieres saber por qué todavía conserva la cabeza?

Lo miré fríamente.

—No. Pareces un hombre ocupado, pero supongo que me lo vas a explicar.

—No importa —dijo con desapego, disfrutando su momento—. La vieja Anémona es católica. De tercera o cuarta generación, según me dijeron las chicas. Confirmación registrada en disco, voto de no reanimación siguiendo la doctrina del Vaticano. Hemos contratado a muchos de ellos. A veces es realmente muy práctico.

—Hablas demasiado, Jerry —dijo la mujer.

El rubio la fulminó con la mirada, pero cualquiera que hubiese podido ser la respuesta prevista, la reprimió cuando dos hombres, que probablemente eran Deek y Oktai, entraron en la pequeña habitación. Estudié a Deek y lo coloqué en la misma categoría del que llevaba la barra de hierro, después me di la vuelta hacia su compañero. Por un instante se me paró el corazón. Oktai era el mongol.

Jerry hizo una seña con la cabeza en mi dirección.

—¿Es él? —preguntó.

Oktai asintió lentamente, con una sonrisa triunfal en la cara. Sus enormes manos se abrían y cerraban. Era devorado por un odio tan intenso que parecía ahogarse.

Alguien le había curado la nariz rota —un trabajo de aficionado, todavía se le veía el bulto—, pero esto no parecía suficiente para justificar la furia que veía en él.

—Perfecto, Ryker —dijo el rubio inclinándose hacia delante—. ¿Quieres cambiar tu historia? ¿Quieres decirme por qué estás aquí, tocándome las pelotas?

Estaba hablando conmigo.

Deek escupió en un rincón de la habitación.

—No entiendo de qué mierda está hablando —respondí—. Convirtió a mi hija en una prostituta y luego la asesinó. Por eso voy a matarlo.

—Dudo que tengas la oportunidad de hacerlo —dijo Jerry, agachado frente a mí y mirando el suelo—. Tu hija era una idiota que pensaba que podía hacerme bailar a su ritmo… —Se calló y movió la cabeza con incredulidad—. Pero ¿qué coño te estoy diciendo? Te tengo aquí delante, y aún te estoy siguiendo el juego. Eres bueno, Ryker, lo reconozco —resopló—. Ahora voy a preguntártelo por última vez, amablemente. A lo mejor podemos llegar a un acuerdo. Después voy a dejarte con unos amigos míos un poco más sofisticados. ¿Entiendes a lo que me refiero?

Asentí sólo una vez, lentamente.

—Perfecto. Ahí va, Ryker. ¿Qué estás haciendo en Licktown?

Lo miré a los ojos. Un pobre hombre que creía tener influencias. Aquí no iba a averiguar nada.

—¿Quién es Ryker?

El rubio volvió a bajar la cabeza y miró el suelo entre mis pies. Parecía lamentar lo que iba a pasar. Se pasó la lengua por los labios y se levantó sacudiéndose el polvo de las rodillas.

—Muy bien, chico duro. Pero recuerda que te he dado la oportunidad de elegir —se volvió hacia la sintética—. Sácalo de aquí. Y que no queden huellas. Diles que está neuroestimulado hasta las cejas. Y que no sacarán nada de él con esta funda.

La mujer asintió y me hizo un gesto con el detonador para que me levantara, tocó el cadáver de Louise con la punta de la bota.

—¿Y esto?

—Hacedlo desaparecer. Milo y Deek, lleváosla.

El negro se metió la barra en la cintura, se agachó y levantó el cadáver como si fuera una muñeca. Por detrás, Deek le dio un cachete cariñoso en una nalga magullada.

El mongol gruñó. Jerry se volvió hacia él.

—No, tú no. Van a sitios que tú no puedes ver. No te preocupes, te harán un disco…

—Por supuesto, amigo —confirmó Deek—. Te la traeremos desde el otro lado.

—Bueno, ya está bien —dijo la mujer poniéndose delante de mí—. Tratemos de entendernos, Ryker. Tú llevas un neuroestimulador, yo también. Pero mi chasis es un Lockheed-Mitoma de impacto elevado, clase piloto de prueba. No puedes hacerme nada. Mientras que yo puedo quemarte las tripas sólo con que me mires mal.

—Donde vamos, tu estado no tiene la más mínima importancia. ¿Está claro, Ryker?

—No me llamo Ryker —dije algo irritado.

—Perfecto.

Pasamos por la puerta de cristal pulido y luego por un espacio pequeño con un mesa y una ducha hasta llegar a un pasillo paralelo al que estaba frente a las cabinas. La iluminación en él era directa, no había música, y daba a unos vestuarios parcialmente ocultos donde jóvenes mujeres y hombres fumaban o miraban al vacío, como sintéticos inactivos. Si alguno de ellos había visto nuestro pequeño cortejo, no lo evidenció.

Milo iba delante con el cadáver. Deek detrás de mí y la sintética cerraba la comitiva, con el detonador en ristre. Eché una última mirada a Jerry, con las manos en la cintura, de pie en el pasillo detrás de nosotros. Deek me dio una colleja y yo miré hacia delante. Las piernas colgantes y desgarradas de Louise me precedieron por un lúgubre aparcamiento, donde una aeronave de un negro impecable nos aguardaba.

La sintética abrió el maletero y me lo indicó con el cañón de su detonador.

—Hay espacio de sobra. Siéntete como en casa.

Entré en el maletero. Tenía razón, sobraba sitio, al menos hasta que Milo metió el cadáver de Louise y cerró la compuerta, dejándonos a ambos en tinieblas. Oí el ruido sordo de las otras puertas, después el murmullo de los motores y la leve sacudida cuando despegamos.

El viaje fue más breve y tranquilo que un viaje por la superficie. Los amigos de Jerry conducían con prudencia —es mejor no ser interceptados por una patrulla de la policía cuando uno lleva pasajeros en el maletero—. Podría haber llegado a sentirme casi cómodo allí en la oscuridad de no ser por el hedor a excrementos que brotaba del cadáver de Louise. Había vaciado sus tripas durante la sesión de tortura.

Me pasé casi todo el viaje lamentando la suerte de la chica y maldiciendo la loca obsesión de los católicos. La pila de Louise estaba sin duda intacta. Consideraciones financieras aparte podría haber sido devuelta a la vida sin ningún problema. En Harlan habría sido temporalmente reenfundada, seguramente en un sintético, para el juicio, y una vez pronunciada la sentencia, el Estado habría pagado una subvención de «ayuda a las víctimas» que se añadiría a la póliza que ya tuviera su familia. En nueve de cada diez casos daban el dinero suficiente como para asegurar el reenfundado. Muerte, ¿dónde están tus garras?

Ignoraba si en la Tierra existía una subvención para las víctimas. El amargo monólogo de Kristin Ortega de hacía dos noches parecía indicar que no era así…, aunque la pila hacía posible que Louise volviera a la vida. Sin embargo, en alguna parte de aquel maldito planeta, un gurú completamente chiflado había decidido que no fuera así. Y Louise, alias Anémona, y muchos otros seguidores tenían que pagar por esta locura.

Los humanos son seres incomprensibles.

La aeronave viró y el cadáver se me vino encima. Algo húmedo se me coló por el pantalón. Empezaba a sudar de miedo. Iban a transferirme a una carne que no resistía el dolor como mi funda actual. Y mientras estuviera encerrado en ese otro cuerpo ellos podían hacerle a la funda a la que me habrían transferido lo que quisieran, hasta eliminarla físicamente.

Y luego volver a transferirme y vuelta a empezar con otro cuerpo nuevo.

O quizá, si eran realmente sofisticados, podían implantar mi conciencia en una matriz virtual como las que usaban los psicocirujanos, para torturarme electrónicamente. Desde un punto de vista subjetivo, no habría ninguna diferencia, salvo que aquello para lo cual en el mundo real se necesitaban algunos días podría hacerse en algunos minutos.

Tragué saliva con dificultad y recurrí al neuroestimulador para calmar el miedo. Aparté el contacto glacial del cuerpo de Louise con la mayor delicadeza posible y traté de no pensar en la causa de su muerte.

La aeronave tocó el suelo y se desplazó un poco hasta detenerse. Cuando el maletero volvió a abrirse, ante mis ojos apareció otro techo de aparcamiento.

Me hicieron salir con prudencia profesional. La chica se mantuvo a distancia, Deek y Milo a los costados para no interferir en su línea de fuego. Pasé torpemente por encima de Louise y apoyé un pie sobre el suelo de hormigón negro. Miré alrededor y vi una docena más de vehículos, con las matrículas y los códigos de barras ilegibles desde aquella distancia. Al fondo una pequeña rampa conducía probablemente hacia la pista de aterrizaje. Había miles de instalaciones similares. Suspiré, y mientras me incorporaba volví a sentir la humedad en mi pierna. Miré hacia abajo: tenía una mancha oscura en el muslo.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

—En lo que a ti respecta, final de trayecto —gruñó Milo mientras sacaba a Louise —. ¿La llevo donde siempre?

La chica asintió y él cruzó el aparcamiento hacia una puerta doble. Estaba a punto de ponerme en marcha para seguirlo cuando un movimiento del detonador me detuvo.

—Tú no. Allá está el vertedero…, demasiado fácil. Hay gente que desea hablar contigo antes de que tú también salgas por esa puerta. Por aquí…

Sonriendo, Deek sacó un arma pequeña del bolsillo de atrás.

—Eso mismo, colega, es por aquí.

Me metieron en un montacargas que, según la pantalla digital, bajó doce pisos antes de detenerse. Durante el trayecto, Deek y la chica permanecieron en rincones opuestos, apuntándome con sus armas. Yo los ignoré y miré la pantalla digital.

Cuando las puertas se abrieron, un equipo médico nos estaba esperando con una camilla con correas. Mi instinto me gritaba que les saltara encima, pero me quedé inmóvil. Dos hombres con guardapolvos azul celeste vinieron hasta mí para sujetarme los brazos y una enfermera me puso una inyección en el cuello con una

pistola hipodérmica. Un pinchazo helado, una ola de frío, y luego mi mente se hundió en la nada.

Lo último que vi fue el rostro indiferente de la enfermera mirándome mientras perdía el conocimiento.

Capítulo 13

Me despertó la llamada del almuédano, sus ondas poéticas transformadas en furia metálica por los altavoces de la mezquita. Lo había oído por última vez en el cielo de Zihicce, en Sharya, seguido por el zumbido agudo de las bombas merodeadoras. Unos rayos de luz se filtraban por la ventana de barrotes forjados. Una sensación extraña e indefinida en el bajo vientre me indicaba que estaba a punto de tener la regla.

Me senté en el suelo de madera y me observé. Me habían enfundado en un cuerpo de mujer; joven —no más de veinte años—, de piel cobriza y pelo negro, que, al tocar, noté sucio y aplastado. Tenía la piel un poco grasienta: seguramente hacía tiempo que no me lavaba. Llevaba una camiseta color caqui demasiado grande para mi cuerpo, y nada más. Debajo de la camiseta, mis senos parecían rellenos y tiernos. Estaba descalza.

Me levanté para mirar por la ventana. No tenía cristales pero el marco era demasiado alto para la altura de mi nueva funda, de modo que tuve que trepar a las rejas para ver. Un paisaje de tejados bañados por el sol se extendía hasta donde me alcanzaba la vista, una monotonía de viejos tejados sobre los que se erguían aquí y allá antiguas antenas parabólicas. A la izquierda, un grupo de minaretes destacaban contra el horizonte y una aeronave surcaba el cielo dejando una lejana estela de condensación. El aire era caliente y húmedo.

Los brazos empezaban a dolerme, así que me dejé caer. La puerta estaba cerrada.

El canto del almuédano había cesado.

Virtualidad. Se habían introducido en mis recuerdos y habían exhumado aquella escena. En Sharya yo había visto algunas de las cosas más desagradables de mi larga experiencia con el dolor humano. La policía religiosa de Sharya era tan conocida por sus programas de interrogatorio como Angin Chandra por el porno con pilotos espaciales. Y allí, en aquel Sharya virtual, tan cruel como el verdadero, me habían metido en una funda de mujer.

Una noche en que Sarah estaba completamente borracha, me había dicho: «Las mujeres son el único sexo, la única humanidad, Tak. No hay vuelta de hoja. Los varones no son más que una mutación con más músculos y la mitad de nervios. Unas malditas máquinas para luchar y follar, nada más».

Mis cambios de funda avalaban esta teoría. Ser mujer representaba una experiencia sensorial mucho más intensa. El sentido del tacto era más rico: un interfaz delicado con el entorno que la carne masculina parecía reprimir por instinto. Para un hombre la piel era una barrera, una protección. Para una mujer era un órgano sensorial.

Lo cual tenía sus desventajas.

En general, y quizá por ese motivo, la tolerancia al dolor en la mujer era más elevada que en el hombre, pero una vez al mes el ciclo menstrual las debilitaba sobremanera.

Chequeé mi nueva funda.

No tenía neuroestimulador.

Tampoco reflejos de combate, ni de agresión.

Nada.

Ni siquiera callosidades en mi carne joven.

La puerta se abrió de golpe y me estremecí. Un sudor glacial brotó de mi piel. Dos hombres barbudos con los ojos enrojecidos entraron en la habitación. Llevaban holgadas túnicas de lino debido al calor. Uno de ellos sostenía un rollo de cinta de embalar en la mano, el otro un pequeño soplete. Me abalancé sobre ellos para desbloquear el reflejo de pánico paralizante y tratar de controlar la indefensión intrínseca.

El que llevaba la cinta esquivó mi ataque y me abofeteó al vuelo. La fuerza del golpe me tiró al suelo y allí quedé, con la cara ardiendo y sabor a sangre en la boca. Uno de ellos me levantó con un brazo y yo traté de concentrarme en la cara del otro, el que me había golpeado.

—Empecemos —dijo.

Arremetí contra sus ojos con las uñas de mi mano libre. El reflejo de las Brigadas me daba la velocidad necesaria para alcanzarlo, pero no controlé lo suficiente y fallé, aunque dos de mis uñas consiguieron arañarle la mejilla. Se estremeció y retrocedió.

—Puta —dijo llevándose una mano a la herida y mirando la sangre en sus dedos.

—Oh, vamos —logré decir pese a mis labios hinchados—. ¿Encima tenemos que seguir ese viejo guión? ¿Sólo porque llevo un cuerpo de mujer…?

Me detuve en seco. Él parecía contento.

—Así pues no eres Irene Elliott —dijo—. Estamos progresando.

Esta vez me golpeó justo debajo de la caja torácica, paralizándome los pulmones. Me doblé sobre su brazo como una manta y caí al suelo tratando de respirar. Conmigo aún en el suelo, cogió la cinta de embalar y la desenrolló unos veinticinco centímetros. Hizo un ruido horrible, como de piel arrancada. Cortó la cinta con los dientes y se arrodilló a mi lado para sujetarme la muñeca derecha contra el suelo, justo encima de mi cabeza. Me debatí como pude y necesitó un momento para inmovilizarme el otro brazo.

Sentí un impulso de gritar que no era mío y lo reprimí. Era inútil. Debía conservar mis fuerzas.

El suelo era duro e incómodo bajo la suave piel de mi codo. Oí un chirrido y giré la cabeza. El segundo hombre estaba arrastrando dos taburetes. Mientras que el que me había golpeado me abría las piernas y me las inmovilizaba con la cinta, el otro se sentó y sacó un cigarrillo. Me dirigió una gran sonrisa antes de coger el soplete. Cuando su compañero retrocedió para admirar el trabajo que había hecho conmigo,

éste le ofreció el paquete de cigarrillos y el otro lo rechazó. El fumador se encogió de hombros, encendió el soplete e inclinó la cabeza para prender el cigarrillo.

—Ahora vas a contarnos todo lo que sabes del Jerry's Closed Quarters y de Elizabeth Elliott —dijo, gesticulando con el cigarrillo creaba volutas de humo por encima de mi cabeza.

El soplete silbaba tenuemente en la habitación. El sol se filtraba a través de los barrotes y fuera se oían los ruidos de una ciudad llena de vida.

Empezaron por mis pies.

Un grito prolongado, más fuerte y más intenso de lo que yo nunca hubiera creído que pudiera salir de una garganta humana, me perforaba los tímpanos. Rayas rojas danzando frente a mí.

Innenininennimnennin…

El Sunjet ha desaparecido, Jimmy de Soto se perfila tambaleante en mi campo de visión, las manos ensangrentadas contra el rostro. Grita y por un instante me pregunto si no es su alarma de contaminación lo que provoca semejante ruido. Controlo mi indicador de hombro concienzudamente antes de que me llegue una palabra inteligible entre el ruido e identifique su voz.

Se mantiene casi de pie, un blanco perfecto para un francotirador, incluso en el caos del bombardeo. Atravieso terreno descubierto y lo empujo para guarecerlo detrás de un pedazo de pared. Cuando le doy la vuelta para ver qué ha pasado con su cara, él sigue gritando. Le aparto las manos de la cara por la fuerza y la cuenca del ojo izquierdo me mira, vacía, en las tinieblas. Todavía tiene fragmentos de mucosa ocular en los dedos.

—Jimmy, JIMMY, ¿qué coño…?

Los gritos no cesan. Con todas mis fuerzas le impido que se arranque el otro ojo aún intacto. Se me hiela la sangre cuando descubro lo que está pasando.

Un disparo viral.

Dejo de gritarle y pido auxilio.

—¡Un médico, un médico! ¡Hombre herido! ¡Un disparo viral!

Y el mundo se hunde mientras oigo el eco de mis gritos resonando por toda la cabeza de playa de Innenin.

Al cabo de cierto tiempo te dejan, solo, retorciéndote con tus heridas. Siempre lo hacen. La pausa te permite pensar en lo que te han hecho, y sobre todo en lo que todavía no te han hecho. La imaginación febril de lo que aún puede llegar a pasarte es una herramienta tan poderosa como el hierro incandescente y las cuchillas afiladas.

Cuando oyes que vuelven, el solo eco de sus pasos te provoca tanto miedo que te hace vomitar las últimas gotas de bilis que aún te quedan en el estómago.

Imagínese la reproducción en mosaico de una foto de satélite de una ciudad a una escala 1:10000. Captaría un buen trozo de pared, de modo que mejor retroceder. Ciertos elementos son obvios a primera vista. ¿Ha sido un desarrollo planificado o se ha desarrollado orgánicamente, como respuesta a siglos de diversas necesidades? ¿Está o ha estado fortificada? ¿Tiene costa? De cerca pueden verse más cosas. ¿Dónde están las calles principales, los parques y el astropuerto? Tal vez, si se es cartógrafo experimentado, se puede ver algo de la movilidad de la población: dónde se encuentran las zonas más concurridas de la ciudad, cuáles son los problemas de tráfico, o si la ciudad ha sufrido recientemente algún daño considerable a causa de bombas o disturbios.

Pero hay cosas que nunca podrán verse. Por más que los detalles sean extremadamente precisos, ¿cómo saber, a través de una imagen, si la criminalidad está aumentando o a qué hora se acuesta la mayoría de los ciudadanos? ¿Cómo saber si el alcaide ha decidido derruir un viejo barrio, si la policía es corrupta o si está pasando algo extraño en el 51 de Ángel Wharf? Y aunque pudiera descomponerse el mosaico, meterlo en una caja, llevarlo de un lado a otro y volverlo a montar en otra parte, sería inútil. Hay cosas que sólo pueden conocerse visitando la ciudad y hablando con sus habitantes.

El Almacenaje Humano Digital no ha vuelto obsoletos los interrogatorios, simplemente ha sido un regreso a lo básico. Un espíritu digitalizado no es más que una instantánea. Y eso no basta para captar los pensamientos individuales, como una imagen de satélite tampoco puede captar una vida. Un psicocirujano puede identificar los traumas más importantes según un modelo Ellis y dar algunas indicaciones sobre lo que se debe hacer, pero al final habrá que generar un entorno virtual mediante el cual aconsejar a su paciente y meterse en él.

Para los interrogadores, cuyos requerimientos son mucho más específicos, el problema es incluso mayor.

El almacenaje ha hecho posible torturar a un ser humano hasta la muerte y volver a empezar. Con esta posibilidad, el interrogatorio basado en la hipnosis o los neurolépticos ha pasado rápidamente a la historia. Era demasiado fácil para aquéllos para quienes estos incidentes formaban parte de los riesgos del oficio conseguir agentes químicos o mentales neutralizadores.

No hay ningún entrenamiento que pueda prepararlo a uno para que le quemen la planta de los pies. O para que le arranquen las uñas.

Para que le apaguen cigarrillos en los pechos.

O para que le sea introducido un hierro incandescente en la vagina.

El dolor. La humillación.

El daño.

Entrenamiento psicodinámico de integración. Introducción.

La mente reacciona de formas inesperadas ante situaciones de supremo estrés. Alucina, se desplaza, se aísla. Aquí, en las Brigadas, aprenderéis a utilizar esas reacciones, pero no como una respuesta ciega ante la adversidad, sino como una estrategia de juego.

El metal incandescente se hunde en la carne, abriendo la piel como si fuera de plástico. El dolor es atroz, pero es peor si se ve lo que a uno le están haciendo. Vuestro grito, de incredulidad al principio, se vuelve luego horriblemente familiar a tus oídos. Y aunque uno sabe que esto no los detendrá, sigue gritando, implorando…

—Es un juego de mierda, ¿no es cierto, amigo?

Jimmy, muerto, sonriéndome. Todavía estamos en Innenin, pero eso no puede ser. Todavía estaba gritando cuando se lo llevaron. En realidad…

Su cara cambia de pronto y se le vuelve sombría.

—Deja fuera la realidad, de ella no sacarás nada. Vete de ahí. ¿Le han hecho a ella algún daño estructural?

Hago una mueca de dolor.

—En el pie. No puede caminar.

—Hijos de puta —dice con total naturalidad—. ¿Por qué no les decimos lo que quieren saber?

—No sabemos lo que quieren saber. Están buscando a un cierto Ryker.

—¿Ryker? ¿Y quién carajo es?

—No lo sé.

Se encoge de hombros.

—Pues entonces háblales de Bancroft. ¿O todavía te sientes moralmente atado a él, o algo por el estilo…?

—Creo que ya he dicho todo lo que sé. Pero no me han creído. No es lo que quieren oír. Son unos malditos aficionados, amigo. Unos carniceros.

—Si sigues gritándoselo, tarde o temprano te creerán.

—Ésa no es la cuestión, Jimmy. Cuando esto se acabe, me quemarán la pila y venderán mi cuerpo para piezas de recambio.

—Ya —Jimmy se lleva un dedo a su cuenca ocular vacía y se rasca con aire ausente la sangre coagulada—. Entiendo lo que dices. Bueno, en una situación virtual, hay que pasar a la siguiente pantalla. ¿Me explico?

En Harlan, durante la época conocida como de la «Agitación», los miembros de las guerrillas de las Brigadas Negras quelistas tenían implantado en el cuerpo un cuarto de kilo de explosivo que detonaba con una enzima… capaz de reducir a cenizas los cincuenta metros cuadrados a su alrededor. Se trataba de una táctica de eficacia relativa. La enzima estaba relacionada con la furia y el entrenamiento para montar el dispositivo dejaba mucho que desear. Se producían muchas detonaciones involuntarias.

Así y todo, nadie quería interrogar voluntariamente a un miembro de las Brigadas Negras. En todo caso, nunca después de aquella primera prisionera, que se llamaba…

Vosotros pensabais que no podían hacer algo peor, pero ahora tienes el hierro dentro y lo van calentando lentamente, dándote tiempo para pensar en ello. Tus súplicas para ellos no son nada…

Como estaba diciendo…

Su nombre era Ifigenia Deme, Ifi, para aquellos de sus amigos que aún no habían sido asesinados por las fuerzas del Protectorado. Dicen que sus últimas palabras, en la mesa del interrogatorio en la planta baja del 18 de Shimatsu Boulevard, fueron: «¡*Se ha acabado, joder*!».

La explosión derribó todo el edificio.

¡Se ha acabado, joder!

Me desperté sobresaltado, el último de mis gritos retumbando todavía en mi cabeza, las manos intentando cubrir mis heridas. Pero en el lugar de las heridas encontré una piel joven e intacta bajo sábanas limpias. Un lento movimiento arrullador y el sonido de un leve oleaje cercano. Junto a mi cabeza, había un ojo de buey por el que se filtraba la luz. Me senté en la estrecha litera y la sábana cayó de mis senos. La curva cobriza era tersa y no mostraba ninguna cicatriz, los pezones estaban intactos.

Regreso al punto de partida.

Junto a la cama había una silla de madera con una camiseta y unos pantalones de lino, cuidadosamente doblados. Había también unas alpargatas en el suelo. La pequeña cabina no tenía ninguna otra cosa destacable aparte de otra litera, idéntica a la mía, con la cama deshecha, y una puerta. Todo era un poco basto, pero el mensaje era claro. Me vestí y salí a la cubierta soleada del pequeño pesquero.

—Ah, la dormilona.

La mujer sentada en la parte trasera aplaudió cuando llegué. Debía tener diez años más que la funda que yo llevaba. Era más bien guapa, con su traje de la misma tela que mis pantalones. Calzaba asimismo unas alpargatas y llevaba gafas de sol. En sus rodillas sostenía un bloc de dibujo en el que había bosquejado un paisaje urbano.

Dejó el bloc y se levantó para saludarme. Sus movimientos eran elegantes, seguros. A su lado me sentía un poco torpe.

Miré las aguas azules.

—¿Y esta vez qué van a hacerme? —dije con forzada ligereza—, ¿arrojarme a los tiburones?

Sonrió y dejó ver unos dientes perfectos.

—No, no será necesario. Sólo quiero hablar.

—Pues hablemos —dije mirándola, distendido.

—Muy bien —dijo replegándose con gracia en su sillón—. Se ha metido en asuntos que no le incumben y ha sufrido las consecuencias. Mi interés es, creo, el mismo que el suyo. Evitarle más incomodidades.

—Mi interés es verla a usted muerta.

Esbozó una sonrisita.

—Sí, estoy segura de que es así. Incluso una muerte virtual podría satisfacerle. Sin embargo, tiene que saber que las características de este aparato incluyen una preparación en shotokan de quinto nivel —alargó una mano para mostrarme la callosidad de sus nudillos. Me encogí de hombros—. De todas formas, siempre podemos volver a la situación anterior.

Alargó una mano por encima del agua y, siguiendo su brazo vi la ciudad en el horizonte. Entorné los ojos y vislumbré los minaretes. Casi me echo a reír: un bote, el mar, la evasión…, ¡qué psicología más barata! Estos tipos no se habían esmerado demasiado con su programa.

—No quiero volver allí —dije sinceramente.

—Pues bien. Entonces díganos quién es.

Intenté disimular el asombro. Mi entrenamiento se estaba activando, la rueda de las mentiras girando.

—Creía haberlo dicho ya.

—Lo que nos ha dicho ha sido un poco confuso… además ha interrumpido el interrogatorio con un paro cardíaco voluntario. Usted no es Irene Elliott, de eso no cabe duda. Tampoco parece ser Elías Ryker, a menos que haya sufrido una reconversión sustancial. Usted asegura estar en contacto con Laurens Bancroft, dice que viene de otro mundo… que es un miembro de las Brigadas de Choque. Eso no es lo que esperábamos.

—Obviamente —murmuré.

—No queremos vernos involucrados en asuntos que no nos conciernen.

—Ya estáis involucrados. Habéis secuestrado y torturado a un miembro de las Brigadas. Sabéis bien cuál será la respuesta de éstas. Os darán caza y quemarán vuestras pilas. Y luego las de vuestros familiares y vuestros socios, y las de sus familias, y las de cualquier otro que se cruce en su camino. Y cuando hayan terminado, no seréis ni un recuerdo. Uno no se mete con las Brigadas y vive para contarlo. Os *borrarán* del mapa.

Era un farol colosal. Las Brigadas y yo no habíamos tenido relación alguna desde hacía al menos diez años de mi tiempo subjetivo, casi todo un siglo de tiempo objetivo. Pero en el Protectorado las Brigadas eran una buena amenaza para cualquiera, incluso para un presidente planetario con la misma seguridad con la que se asusta a los niños pequeños de Veupest con el Hombre Collage. Todos temían a las Brigadas.

—Tengo entendido que las Brigadas no pueden realizar operaciones en la Tierra sin un mandato de la ONU —dijo la mujer con tranquilidad—. Quizá usted tendría tanto que perder con sus revelaciones como cualquiera de nosotros, ¿no?

El señor Bancroft tiene una discreta influencia en el Consejo de la ONU, y eso es más o menos de dominio público.

Recordé las palabras de Oumou Prescott y paré el ataque.

—Podría verificarlo con Laurens Bancroft y el Consejo de la ONU —le sugerí cruzando los brazos.

La mujer me miró un momento. El viento me despeinaba, llevándose con él el débil murmullo de la ciudad.

—Usted sabe que podríamos borrarle la pila y cortar su funda en pedazos tan pequeños que no dejarían rastro. Hasta que no hubiera nada que encontrar.

—Darían con vosotros —dije con una confianza que otorgaba una pizca de verdad a mi mentira—. No podríais escapar a las Brigadas. Darían con vosotros tarde o temprano. La única esperanza que tenéis ahora es intentar llegar a un acuerdo.

—¿Qué acuerdo? —preguntó ella inexpresiva. Unas décimas de segundo antes de contestar, mi mente se puso a trabajar a toda máquina, midiendo la intensidad y el poder de cada sílaba antes de pronunciarlas. Era mi única vía de escape. No habría otra oportunidad.

—Existe una operación biopirata de tráfico de material militar robado a través de la Costa Oeste —dije midiendo las palabras—. Dirigida desde lugares como el Jerry’s .

—¿Y para eso enviaron a las Brigadas? —preguntó la mujer con desdén—. ¿Para los biopiratas? Vamos. Ryker. ¿No se le ocurre nada mejor?

—Yo no soy Ryker —le espeté—. Esta funda es mi cobertura. Mire, usted tiene bastante razón. Un asunto así en general no sería cosa nuestra. Las Brigadas no fueron creadas para ocuparse de la criminalidad a ese nivel. Pero esta gente se ha apoderado de un material que nunca deberían haber tocado. Biorrespuesta rápida… Algo que ni siquiera deberían haber visto. Alguien se ha cabreado mucho, me refiero a nivel de presidencia de la ONU…, así que nos llamaron.

La mujer frunció el ceño.

—¿Y el acuerdo?

—Bueno, primero me soltáis y nos olvidamos de todo. Llamémoslo un malentendido profesional. Después me abrís algunas puertas. Me dais algunos

nombres. En un montaje como éste la información circula. Tal vez algo podría servirme.

—Como le he dicho, no queremos involucrarnos…

Me envalentoné, dejando que asomara un poco de rabia para ser más creíble.

—¡No me jodas, tía! *Estáis* involucrados. Os guste o no, le habéis dado un buen mordisco a algo que no os concernía. Ahora os toca masticar o escupir. ¿Qué decidís?

Silencio. Sólo se oía la brisa marina entre nosotros, y el débil balanceo del barco.

—Lo consideraremos —dijo la mujer.

El agua ya no brillaba como antes. Miré por encima del hombro de la mujer. De las olas se desprendía un resplandor que intensificándose se elevaba hacia el cielo. La ciudad se desvaneció como bajo el estallido de una explosión nuclear, y los bordes del barco se confundieron con la bruma marina. La mujer desapareció con ellos. Todo se quedó en silencio.

Levanté una mano para tocar la bruma donde terminaban los parámetros del mundo. Mi brazo parecía moverse a cámara lenta.

Un silbido estático iba creciendo en el silencio, como el sonido de la lluvia. Las puntas de mis dedos se volvieron transparentes, después blancas como los minaretes de la ciudad bajo el destello. Perdí la capacidad de moverme, el blanco fue subiendo por mi brazo. La respiración se detuvo en mi garganta y mi corazón se paró en mitad de un latido. Yo existía. Ya no.

Capítulo 14

Me desperté una vez más, ésta con una sensación de entumecimiento general, como cuando uno se enjuaga las manos después de haber usado detergente o aguarrás, pero por todo el cuerpo. De vuelta a una funda masculina. El efecto se disipó rápidamente cuando mi mente se adaptó al nuevo sistema nervioso. La suave corriente del aire acondicionado sobre la carne expuesta. Estaba desnudo. Levanté la mano izquierda y me toqué la cicatriz bajo el ojo.

Me habían traído de vuelta.

Arriba, el cielo raso era blanco, y tenía una potente iluminación. Apoyé los codos para incorporarme y miré alrededor. Otra corriente de frío suave, interior esta vez, se extendió por mi cuerpo cuando me di cuenta de que estaba en un quirófano. En el otro extremo de la estancia había una plataforma quirúrgica de acero pulido, completamente equipada, con los conductos para la sangre y los brazos encogidos del cirujano mecánico suspendidos como una araña. Ninguno de los sistemas estaba activado, pero la palabra «standby» titilaba en las pequeñas pantallas de la pared y en el monitor que había a mi lado. Me acerqué más para ver la lista de las funciones.

Habían programado el cirujano mecánico para que me desmontara.

Me estaba levantando cuando la puerta se abrió. La mujer sintética apareció con dos médicos pisándole los talones. Llevaba el detonador de partículas en la cintura y un fardo de ropa que me resultó familiar.

—Su ropa —dijo tirándomela encima con el ceño fruncido—. Vístase.

Uno de los médicos apoyó una mano sobre su brazo.

—Los protocolos dicen que…

—Ya lo sé —dijo la mujer cortante—. ¿Y qué va a hacer? ¿Demandarnos? Si usted cree que aquí se trata de una simple De y Re entonces quizá deba decirle a Ray que resolvamos nuestros negocios en otra parte.

—No está hablando del reenfundado —observé mientras me ponía los pantalones —. Quiere que pase las pruebas del trauma de interrogatorio.

—¿A usted quién le ha preguntado?

Me encogí de hombros.

—Como usted quiera. ¿Adónde vamos?

—A hablar con alguien —dijo, después se volvió hacia los médicos—. Si es quien dice ser, no va a sufrir ningún trauma. Y si no lo es, volverá aquí inmediatamente.

Continué vistiéndome, lo más tranquilamente que pude. Todavía no estaba totalmente recuperado. Mi camisa y mi chaqueta estaban intactas, pero la badana había desaparecido, lo cual me molestó fuera de toda medida. La había comprado hacía sólo unas horas. Tampoco estaba el reloj. Decidí hacer caso omiso, me até las botas y me levanté.

—Bien, ¿a quién vamos a ver?

La mujer me lanzó una mirada sombría.

—A alguien que está lo suficientemente informado como para echar por tierra toda su mierda. Después, en mi opinión, creo que volveremos a traerlo aquí para desmontarlo.

—Cuando todo esto se acabe —dije en tono sosegado—, tal vez pueda convencer a uno de nuestros escuadrones para que os haga una visita. A vuestros verdaderos cuerpos. Sin duda querrán expresaros su agradecimiento por vuestra ayuda.

El arma salió de su funda con un chasquido y se colocó debajo de mi mentón. Fue visto y no visto. Mis sentidos recién reenfundados tardaron en reaccionar una eternidad. La mujer sintética se arrimó a mí.

—A mí nunca me amenaces, pedazo de mierda —dijo ella suavemente—. Has asustado a esos payasos, que se han quedado paralizados y creen que puedes hundirlos. Pero eso conmigo no funciona, ¿entendido?

La miré con el rabillo del ojo. Era lo único que podía hacer con la cabeza bloqueada por la pistola.

—Entendido —dije.

—Bien —dijo suspirando y apartando el detonador—. Si pasas la prueba con Ray, me inclinaré y te presentaré mis excusas en público. Pero hasta entonces tú no eres más que un potencial trozo de carne que suplica por su pila.

Recorrimos los pasillos con paso rápido, después entramos en un ascensor idéntico al que me había llevado a la clínica. Volví a contar los pisos, y cuando salimos al aparcamiento, mis ojos se desviaron involuntariamente hacia la puerta por la que se habían llevado a Louise.

Mis recuerdos de la tortura eran borrosos —el entrenamiento de las Brigadas vela voluntariamente la experiencia para evitar el trauma—, pero si había durado dos días, eso correspondía a diez minutos de tiempo real. Seguramente yo sólo había pasado una hora o dos en la clínica, y el cuerpo de Louise quizá todavía esperaba el cuchillo tras aquella puerta, con la mente todavía cargada.

—Sube al coche —ordenó lacónicamente la mujer.

Esta vez el recorrido fue más largo y el coche más grande y más elegante. Parecía la limusina de Bancroft. Un chófer estaba instalado ya en la cabina de delante, con librea, la cabeza afeitada y el código de barras de su patrón impreso encima de la oreja izquierda. Ya había visto algunos como él en las calles de Bay City, y me había preguntado por qué se sometían a esa humillación. En Harlan nadie, salvo los militares, se dejaban ver con códigos de autorización. Recordaban demasiado la servidumbre de los años de la Colonización.

Había otro hombre esperando junto a la cabina trasera, con una pistola ametralladora de feo aspecto que sujetaba negligentemente. Él también tenía el cráneo rapado y un código de barras. Lo miré con desaprobación al pasar junto a él y

me metí en el vehículo. La mujer sintética se inclinó para hablar con el chófer y yo activé mi neuroestimulador para poder oír lo que decía.

—… *Despistado,* quiero estar allí antes de medianoche.

—No hay problema. El tráfico de la costa esta noche es fluido y…

Uno de los médicos cerró la puerta de golpe y el estruendo amplificado casi me revienta los tímpanos. Me quedé sentado en silencio, tratando de recuperarme antes de que la mujer y el de la cabeza rapada entraran en el coche y se sentaran a mi lado.

—Cierra los ojos —dijo la mujer sacando mi badana—. Voy a vendártelos para el viaje. Si te dejamos marchar, esos tipos no querrán que sepas dónde encontrarlos.

Miré las ventanillas.

—Son polarizadas, ¿no?

—Si, pero no sabemos lo bueno que es tu neuroestimulador, ¿verdad? Y ahora estate quieto.

Ató el pañuelo rojo con suma destreza y lo ajustó bien para cubrir mi campo de visión. Me recliné confortablemente en el asiento.

—Un par de minutos. Te quedas sentado y sin quitarte la venda. Yo te diré cuándo puedes hacerlo.

El coche se elevó y probablemente salió al exterior porque oí el viento contra la carrocería. Un olor a cuero había reemplazado el olor fecal del viaje de ida, y el asiento se adaptaba a mi cuerpo. Al parecer se había incrementado un poco mi nivel de vida.

Es solamente temporal, amigo.

Esbocé una sonrisa al oír el eco de la voz de Jimmy en mi cabeza. Tenía razón. En cuanto al hombre que iba a ver, dos cosas estaban claras. «Ray» no quería ir a la clínica, ni siquiera quería ser visto en sus alrededores. Lo cual demostraba su respetabilidad, su aura de poder, un poder capaz de acceder a datos de mundos exteriores. Pronto descubriría que lo de las Brigadas era una amenaza hueca, y poco después yo iba a morir. A morir de verdad.

La suerte está echada, amigo.

Gracias, Jimmy.

Unos minutos después, la mujer me dijo que me quitara la badana. Me solté el pañuelo y me lo até a la cabeza, en su sitio. A mi lado, el gorila de la pistola ametralladora sonrió. Lo miré con curiosidad.

—¿Algo divertido?

—Sí —dijo la mujer sin apartar la mirada de las luces de la ciudad—. Pareces un jodido idiota.

—No en mi mundo.

Se dio la vuelta y me miró con lástima.

—No estás en tu mundo. Estás en la Tierra. Trata de comportarte como uno de aquí.

Los miré uno a uno, el de la pistola todavía se reía, la sintética seguía con su expresión de educado desdén. Después me encogí de hombros y levanté las manos para desatarme el pañuelo. La mujer volvió a mirar por la ventanilla las luces de la ciudad que se extendía a nuestros pies. Parecía como si nunca fuera a dejar de llover.

Golpeé salvajemente a la altura de la cabeza, a ambos lados. Mi puño izquierdo dio en la sien del gorila con la fuerza suficiente como para romperle el hueso y se desplomó al instante. No vio venir el golpe. Mi brazo derecho estaba todavía en movimiento.

La sintética arremetió, probablemente se había adelantado a mis golpes, pero previó mal. Levantó un brazo para protegerse la cabeza mientras que yo metí la mano por debajo de su guardia hasta aferrar el detonador que llevaba a la cintura, le quité el seguro y apreté el gatillo. El haz iluminó el habitáculo y una parte importante de la pierna derecha de mi vecina estalló en jirones ensangrentados antes de que los circuitos de recalentamiento detuvieran el tiro. Gritó, un grito de rabia más que de dolor, entonces levanté el cañón y volví a disparar, esta vez en diagonal. El detonador abrió un surco ancho como una mano a lo largo de su cuerpo y del asiento de atrás. La sangre salpicó toda la cabina.

Tras la luminosidad del disparo todo quedó sumido en la oscuridad. A mi lado, la sintética soplaba y espumajeaba a continuación, la parte del torso a la que estaba pegada su cabeza cayó hacia la izquierda. Su frente fue a dar contra la ventanilla por la que había contemplado la ciudad. El efecto era extraño, parecía como si estuviera refrescándose la cabeza contra el cristal azotado por la lluvia. El resto de su cuerpo quedó erguido, con la monstruosa herida cauterizada por la propia ráfaga.

Había un olor penetrante a carne chamuscada y a componentes sintéticos calcinados.

—¿Trepp? ¿Trepp?

Era el chófer, gritando por el interfono. Me limpié la sangre de los ojos y miré la pantalla colocada en el respaldo de enfrente.

—Está muerta —dije sujetando el detonador—. Los dos lo están. Y tú serás el siguiente si no aterrizas ahora mismo.

—Estamos a quinientos metros sobre la bahía, amigo, y soy yo quien conduce. ¿Qué puedes hacer?

Escogí un punto en el panel que dividía el coche, desconecté el modo «dispersión» del detonador y me cubrí la cara con una mano.

—Eh, ¿qué estás hacien…?

Disparé entonces contra la cabina del chófer. El rayo hizo un boquete de un centímetro de diámetro y por un momento llovieron chispas en la cabina: el blindaje resistía, pero en seguida cedió penetrado por el haz. Se oyó un ruido como de cortocircuito y solté el gatillo.

—El próximo disparo traspasará tu asiento. Yo tengo amigos que me reenfundarán cuando nos rescaten de la bahía. Pero a ti te voy a hacer pedazos a

través del panel. Y aunque no le dé a tu pila, ellos lo tendrán difícil para saber en cuál de tus pedazos está. Así que aterriza de una maldita vez.

La limusina se ladeó sobre un ala y perdió altitud. Me recliné en mi asiento, en medio de la matanza, y me limpié la sangre de la cara con la manga.

—Está bien —dije más tranquilo—. Ahora déjame cerca de Mission Street. Y si estás pensando en mandar una señal de socorro, piénsatelo dos veces. Si hay tiroteo serás el primero en morir, ¿entendido? El primero en morir. Y estoy hablando de muerte real. Antes de que me den me aseguraré de quemar tu pila.

Me miró a través de la pantalla con el rostro lívido. Aterrado, pero no lo suficiente. O quizá más aterrado por algún otro. Alguien que imprime un código de barras a sus empleados es alguien que no perdona, y el reflejo de la obediencia absoluta a la jerarquía a veces es más fuerte que el miedo a la muerte. Al fin y al cabo, así es como se combate en las guerras, con soldados que temen más abandonar su puesto que morir en el campo de batalla. Yo también había sido así.

—Te hago una propuesta —añadí rápidamente—. Tú violas el protocolo de tráfico y aterrizas. Aparece la Sia, y te detiene. Tú no dices nada. Yo desaparezco… y ellos no pueden hacerte nada salvo ponerte una multa. Tú dices que sólo eres el conductor, que tus pasajeros han tenido un pequeña disputa y que yo te he obligado a bajar. Entretanto, la persona para la que trabajas en seguida te saca, y tú ganas un premio por no haber perdido el control en la cárcel virtual.

Miré la pantalla. Cambió de expresión y tragó saliva. Suficiente… había llegado el momento del palo. Volví a conectar el detonador, lo levanté para que pudiera verlo y lo apunté contra la nuca de Trepp.

—A mí me parece un buen trato.

A quemarropa, el haz calcinó la columna vertebral, la pila y todo lo que había a su alrededor. Me volví hacia la pantalla.

—Tú decides.

El rostro del conductor se contrajo y la limusina empezó a perder altura a toda velocidad. Miré el flujo de la circulación a través de la ventanilla y golpeé la pantalla.

—No olvides la infracción.

Tragó saliva e hizo una seña con la cabeza. La limusina bajó en vertical sobre las vías de circulación y aterrizó en medio de un coro enfurecido de alarmas de colisión. A través de la ventanilla reconocí la calle de la noche anterior. La limusina estaba frenando.

Me metí el detonador bajo la chaqueta.

—Abre.

Otro gesto seco y la puerta se abrió. La hice rebotar con una patada. Las sirenas de la policía ululaban en alguna parte por encima de nuestras cabezas. Mi mirada se cruzó con la del conductor en la pantalla y le sonreí malignamente.

—Sabia decisión —le grité tirándome del vehículo en marcha.

Rodé entre los gritos de miedo y asombro de los peatones, dando con el hombro y la espalda contra la acera. La trayectoria terminó en el escaparate de una tienda. Me levanté con cautela. Una pareja me miró y yo les sonreí, lo cual hizo que rápidamente se dirigieran a los escaparates de otras tiendas.

Una corriente de aire pasó por encima de mi cabeza: la aeronave de la policía estaba siguiendo a la limusina. Me quedé donde estaba, devolviéndole la mirada a los curiosos que habían presenciado mi llegada tan poco ortodoxa. Al final, ya no les resultaba tan interesante, y poco a poco fueron desviando la mirada hacia las luces de la nave patrulla, que flotaba, amenazadora, detrás de la limusina inmóvil.

—Apague los motores y quédese donde está —tronaron los altavoces.

Una multitud comenzó a congregarse, la gente se empujaba para ver. Me apoyé contra la fachada para repasar las consecuencias del salto. Sentí solamente un dolor que se disipaba en el hombro y en la espalda, esta vez lo había hecho bien.

—Ponga las manos sobre la cabeza y salga del vehículo —ordenó la voz metálica del policía.

Por encima de las cabezas de los espectadores, vi al chófer salir de la limusina en la posición que le habían ordenado. Parecía aliviado de estar vivo. Por un instante me pregunté por qué esa actitud no era más frecuente en los círculos que yo frecuentaba.

Demasiada gente con instintos suicidas, supongo.

Retrocedí algunos metros entre la muchedumbre y me deslicé en el anonimato brillantemente iluminado de la noche de Bay City.

Capítulo 15

> Lo personal, como todo el mundo se complace en decir, es político. Así pues, si algún político idiota, algún detentador de poder, intenta llevar a cabo acciones que te hacen daño o le hacen daño a tus personas queridas, TÓMALO COMO ALGO PERSONAL. Enfádate. La justicia en este caso no te servirá —es vieja, lenta y suyos son el *hardware* y el *software*—. Sólo la gente corriente sufre en manos de la justicia, las criaturas del poder la esquivan con un guiño y una sonrisa. Si quieres justicia, tendrás que arrancársela. Conviértelo en algo PERSONAL. Haz todo el daño que puedas. HAZ OÍR TU MENSAJE. De esta forma tendrás más posibilidades de que la próxima vez te tomen en serio. O de que te consideren peligroso. Y no te confundas: ser tomado en serio, ser considerado peligroso es lo que marca la diferencia, la ÚNICA diferencia para ellos, entre los que cuentan y los que no son nada. Los que les harán el juego. O gente insignificante a la que ellos liquidarán. Y ya verás, encubrirán tu eliminación, tu desplazamiento, tu tortura y brutal ejecución con el último insulto: que sólo se trata de negocios, de política, así funcionan las cosas, es la vida, NO ES NADA PERSONAL. Pues bien, que se jodan. Conviértelo en algo personal.
>
> QUELLCRIST FALCONER.
> *Cosas que ya debería haber aprendido*.
> Volumen II.

El alba fría y azulada se cernía sobre la ciudad cuando regresé a Licktown. La lluvia reciente hacía brillar el paisaje como el cañón de un arma. Me quedé bajo la sombra de los pilares de la autopista elevada, vigilando la calle despejada para ver si se producía algún movimiento. Tenía una sensación, pero se me hacía difícil atraparla en la luz glacial del despuntar del día. Mi cabeza bullía con una rápida asimilación de datos, y Jimmy de Soto flotaba en el fondo de mi mente como un insaciable demonio familiar.

—¿Adónde vas, Tak?

—A hacer un poco de daño.

El Hendrix no había podido darme ninguna información sobre la clínica a la que me habían llevado. Dada la promesa de Deek al mongol de llevarle el disco de mi sesión de tortura, deduje que el lugar debía de encontrarse al otro lado de la bahía, probablemente en Oakland, si bien la hipótesis no le había sido de mucha ayuda a la

I. A. Toda la zona de la bahía parecía desbordar de actividad biotech ilegal. Iba a tener que volver sobre mis pasos por el camino difícil.

Jerry's Closed Quarters.

En este caso, el Hendrix me había ayudado un poco más. Tras una breve lucha con un sistema antiintrusión de gama baja, me mostró las entrañas del club en la pantalla de mi habitación. Planes, sistema, equipos de seguridad, horarios. Lo vi todo en pocos segundos, impulsado por la rabia acumulada en el interrogatorio. El cielo comenzaba a palidecer en la ventana. Metí la Nemex y la Philips en sus fundas, me até el cuchillo Tebbit y salí a hacer algunas preguntas.

No había visto rastro alguno de mi perseguidor ni cuando entré ni cuando salí del hotel. Por suerte para él, supongo.

El Jerry's Closed Quarters a plena luz.

La mística de erotismo barato que la noche le confería al local había desaparecido. La luz de neón y los carteles holográficos estaban desconectados y colgaban del edificio como un prendedor cursi en un viejo vestido. Miré la bailarina, todavía metida en su copa de cóctel, y pensé en Louise, alias Anémona, torturada hasta la muerte, una muerte de la que su religión no la dejaba volver.

Conviértelo en algo personal.

La Nemex me pesaba en la mano como una decisión tomada. Mientras me dirigía hacia el club, accioné el mecanismo y el ruido metálico retumbó en la mañana tranquila. Una cólera fría me trabajaba por dentro.

Cuando me acerqué, el robot de la puerta se desplegó y sus brazos hicieron un gesto para indicarme que me alejara.

—Está cerrado, amigo —dijo la voz sintética.

Levanté la Nemex y le volé la caja cerebral. Quizá su blindaje podría haberlo protegido contra proyectiles más pequeños, pero la bala de la Nemex pulverizó su unidad central. Saltaron chispas y la voz sintética chilló. Los tentáculos del pulpo mecánico se agitaron un momento, luego se quedaron inmóviles. El humo brotaba en volutas del orificio de la bala.

Con cautela, le di un golpecito a un tentáculo con el arma y entré. Milo estaba subiendo la escalera para averiguar qué era todo aquel ruido. Cuando me vio abrió los ojos como platos.

—Tú ¿qué…?

Le disparé a la garganta. Cayó hacia atrás y rodó por la escalera cabeza abajo. Luego, cuando quiso levantarse, le di en plena cara. Mientras bajaba la escalera detrás de Milo, otro gorila apareció en la penumbra, a mis pies. Miró horrorizado el cadáver de su compañero y buscó su detonador en la cintura. Le metí dos balas en el pecho antes de que sus dedos tocaran el arma.

Me detuve al pie de la escalera y desenfundé la Philips con la mano izquierda. El eco de los disparos iba atenuándose en mis oídos. El sonido a todo volumen de la música del Jerry's, estaba sonando, pero la Nemex tenía una potente voz. El pasillo

que conducía a las cabinas era esporádicamente iluminado por luces rojas, a la derecha había una telaraña holográfica que sostenía una serie de botellas virtuales y la palabra BAR en iluminum brillaba en unas puertas negras. Los datos que tenía indicaban una presencia mínima en las cabinas, tres miembros de seguridad a lo sumo, que a aquellas horas del día seguramente sólo eran dos. Milo y el otro gorila estaban tirados en la escalera… por lo que debía de quedar uno más. El bar estaba insonorizado, conectado a otro sistema de sonido, y había entre dos y cuatro hombres armados que se ocupaban también de la barra.

Jerry era un tacaño.

Agucé el oído y di más potencia al neuroestimulador. En el pasillo, a mi izquierda, una de las puertas de las cabinas se abrió discretamente y unos pasos se deslizaron sobre el suelo. ¿Por qué será que todo el mundo cree que deslizándose se hace menos ruido que caminando? Mantuve la mirada fija en la puerta del bar, a mi derecha, desvié la Philips hacia la izquierda y, sin siquiera mirar, disparé una ráfaga en silencio en el aire teñido de rojo del pasillo. El arma escupió las balas como un golpe de viento entre las ramas. Se oyó un gruñido, luego el ruido sordo de un cuerpo y un arma golpeando contra el suelo.

Las puertas del bar permanecieron cerradas.

Miré hacia el pasillo y vi a una mujer rechoncha con uniforme apretándose el costado con una mano mientras con la otra buscaba su arma a tientas. Le di una patada al arma para alejarla de ella y después me arrodillé a su lado. Le había dado en varias partes: tenía sangre en las piernas y la camisa estaba empapada. Le apoyé delicadamente el cañón de la Philips en la frente.

—¿Trabajas para Jerry?

Asintió. El blanco de los ojos le brillaba.

—Una sola oportunidad. ¿Dónde está él?

—El bar —siseó luchando contra el dolor—. Mesa. Rincón de atrás.

Le apunté atentamente entre los ojos.

—Espera, tú…

La Philips suspiró.

Daño.

Estaba en medio de la telaraña holográfica, en dirección a las puertas del bar, cuando éstas se abrieron de par en par. Me encontré cara a cara con Deek, a quien le dejé menos tiempo para reaccionar que a Milo y al otro. Un escueto saludo formal con la cabeza y le disparé repetidamente a la altura de la cintura con la Nemex y la Philips. Deek trastabilló bajo los múltiples impactos mientras yo lo seguía, sin dejar de disparar.

La sala era amplia, iluminada por los *spots* y las luces naranja de la pista de baile, que estaba desierta. Una luz azul brillaba fríamente detrás de la barra, formando un arco, como la entrada a una escalera oscura que subiera al paraíso. Detrás había expuestas algunas pipas, botellas y otros objetos. El ángel guardián de aquel santuario

miró a Deek y a sus tripas asomando entre sus dedos, soltó el vaso que estaba lavando y metió la mano debajo de la barra con una rapidez casi divina.

Oí romperse el vaso, levanté la Nemex y lo clavé a disparos contra la estantería, con los brazos abiertos, como en una crucifixión. Se quedó allí un instante, suspendido, con una extraña elegancia, después se venció hacia delante y se desplomó, arrastrando en su caída el estante de botellas y pipas. Deek también cayó al suelo todavía vivo, y una forma robusta agazapada detrás de la pista saltó hacia delante, sacando un arma de la cintura. Con la Nemex todavía apuntando contra la barra —no tenía tiempo para volverme y apuntar—, le disparé con la Philips, medio levantada. La figura gruñó y se tambaleó, soltó el arma y cayó sobre la pista. Alargué el brazo izquierdo y el disparo en la cabeza acabó de dejarlo seco.

Los ecos de la Nemex se oían todavía por los rincones de la sala.

En ese momento vi a Jerry. Estaba a diez metros de distancia, levantándose de una mesa, cuando le apunté con la Nemex. Se quedó inmóvil.

—Así está mejor.

Tenía el neuroestimulador a plena potencia y una sonrisa cargada de adrenalina dibujada en el rostro. Mi mente hacía cálculos. Una bala en la Philips, seis en la Nemex.

—Las manos quietas donde están y siéntate. Si mueves un dedo, te arranco la mano.

Se sentó rápidamente. Vi que no había nadie más en la sala. Pasé cuidadosamente sobre Deek, acurrucado como un feto en torno a su herida y emitiendo un tenue gemido de agonía. Mantuve la Nemex apuntando al vientre de Jerry y bajé la Philips oprimiendo el gatillo. Deek dejó de gemir…

En ese momento Jerry estalló.

—¿Estás totalmente chiflado, Ryker, o qué? ¡Para ya! No puedes…

Agité el cañón de la Nemex en su dirección, y eso, o algo en mi cara, hizo que se callara. Nada se movía detrás de las cortinas al otro extremo de la pista, ni detrás de la barra. Las puertas permanecían cerradas. Me dirigí hacia la mesa, me acerqué una silla con el pie y luego me senté a caballo en ella frente a Jerry.

—Jerry, deberías escuchar a veces cuando te hablan. Ya te he dicho que yo no me llamo Ryker.

—Seas quien mierda seas, tienes que saber que tengo amigos —dijo con tanto veneno en su cara que era casi milagroso que no se ahogara—. Estoy bien conectado, ¿entiendes? Por esto. Por todo esto. Lo vas a pagar caro. Vas a desear…

—… no haberte encontrado nunca —concluí en su lugar, guardando la Philips—. Jerry, yo ya deseo no haberme tropezado contigo. Tus sofisticados amigos son en efecto muy sofisticados. Pero veo que no te han dicho que yo estaba de nuevo en la calle. No has visto mucho a Ray estos días, ¿no es cierto?

Estaba observándole la cara. El nombre no lo hizo reaccionar. O era muy capaz de mantener la calma, o realmente no había entendido nada. Volví a intentarlo.

—Trepp está muerta —sus ojos se movieron apenas una fracción de segundo—. Trepp y unos pocos más. ¿Quieres saber por qué tú estás aún vivo?

Se le crispó la boca pero no dijo nada. Me incliné sobre la mesa y apoyé el cañón de la Nemex contra su ojo izquierdo.

—Te he hecho una pregunta.

—Vete a la mierda.

Asentí y volví a sentarme.

—Un tipo duro. ¿Eh? Bueno, voy a decírtelo, Jerry, necesito algunas respuestas. Puedes empezar diciéndome qué pasó con Elizabeth Elliott. Eso debería serte fácil, creo que fuiste tú quien la mató. También quiero saber quien es Elías Ryker, para quién trabajaba Trepp y dónde está la clínica a la que me mandaste.

—Vete a la mierda.

—¿Crees que no voy en serio? ¿O esperas que aparezca la poli para salvarte la pila?

Saqué el detonador de partículas con la mano izquierda y disparé sobre el cadáver del guardia tendido sobre la pista de baile. El haz le desintegró la cabeza. El olor a carne carbonizada nos envolvió, pero yo, sin apartar la mirada de Jerry, seguí tirando para asegurarme de que destruía todo lo que había encima de sus hombros. Después desconecté el arma. Jerry me miraba desde el otro lado de la mesa.

—Pedazo de mierda, sólo trabajaba para mí como un guardia de seguridad.

—Trabajar en seguridad para ti, Jerry, debería estar prohibido. Deek y los otros correrán la misma suerte. Y a ti también te pasará lo mismo, a menos que me digas lo que quiero saber —levanté el detonador—. Una única oportunidad.

—Está bien —dijo con voz quebrada—. Está bien. Elliott quería exprimir a un cliente, un mat, un pez gordo que se había quedado colgado de ella, y decía que sabía cómo manipularlo. Entonces la estúpida quiso asociarme a su proyecto, creía que yo podría intimidar a ese mat. No tenía la más remota idea de los riesgos…

—No —le lancé una mirada pétrea desde el otro lado de la mesa—. Supongo que no.

Captó mi mirada.

—Oye, amigo, sé lo que éstas pensando, pero te equivocas. Traté de disuadirla, pero se lanzó de cabeza. Intentaba chantajear a un mat. ¿Crees que yo quería que echaran abajo el local y quedarme yo sepultado bajo los escombros? Tenía que hacer algo con ella, amigo. Tenía que hacerlo.

—¿Y la mataste?

Negó con la cabeza.

—Hice una llamada —dijo débilmente—. Así es como trabajamos por aquí.

—¿Quién es Ryker?

—Ryker es… —tragó saliva— un policía. Trabajaba en Fundas Robadas, después lo ascendieron, lo trasladaron a Lesiones Orgánicas. Se acostaba con aquella puta de la Sia, esa que vino aquí la noche que atacaste a Oktai.

—¿Ortega?

—Sí, Ortega. Todos lo sabían, se dice que así fue como consiguió el ascenso. Por eso creímos que tú… que él… había vuelto. Cuando Deek te vio hablando con Ortega, creímos que ella había llamado a alguien, que había hecho un pacto.

—¿Había vuelto? ¿Había vuelto de dónde?

—Ryker jugaba sucio, amigo —ahora que el torrente de palabras había empezado, fluía sin parar—. Había dado M. R. a dos traficantes de fundas en Seattle…

—¿M. R.?

—Sí, M. R.

Por un momento Jerry pareció sorprendido, como si le hubiese preguntado de qué color era el cielo.

—No soy de aquí —dije con paciencia.

—M. R. Muerte Real. Los hizo papilla, amigo. Otros dos consiguieron escapar con la pila intacta, entonces Ryker le pagó a un tipo para que los registrara como católicos. O la cosa no funcionó, o alguien en Lesiones Orgánicas descubrió el asunto. Le echaron dos de los grandes: doscientos años, sin remisión. En las calles se rumorea que Ortega estaba al mando de la unidad que lo detuvo.

Venga, venga. Agité la Nemex para animarlo.

—Eso es todo, amigo. Todo lo que yo sé. Es lo que se dice por ahí. Ryker nunca estuvo por aquí, ni siquiera cuando trabajaba para Fundas Robadas. El local es legal. Ni siquiera llegué a conocerlo.

—¿Y Oktai?

Jerry asintió vigorosamente.

—Ah sí, Oktai. Oktai vendía piezas sueltas en Oakland. Y tú… me refiero a Ryker, lo detenía y registraba sin parar. Un día le sacudió hasta dejarlo medio muerto, de eso hace un par de años.

—Y de pronto Oktai vino a verte corriendo…

—Exacto. Estaba como loco, diciendo que Ryker está tramando algo por aquí. Miramos las cintas de las cabinas y te descubrimos hablando con…

Jerry se detuvo al ver a dónde estábamos llegando. Agité nuevamente el detonador.

—Eso es todo, carajo —había un tono de desesperación en su voz.

—De acuerdo —me enderecé un poco y hurgué en los bolsillos buscando los cigarrillos, entonces me acordé de que no tenía—. ¿Fumas?

—¿Fumar? ¿Tengo pinta de idiota?

—No importa —suspiré—. ¿Y qué me dices de Trepp? Parecía un poco cara para ti. ¿Quién te la había prestado?

—Trepp es una independiente. Cualquiera puede alquilarla. A veces me hace algunos favores.

—Ahora ya no. ¿Has visto su verdadera funda?

—No. Parece que la conserva congelada en Nueva York.

—¿Queda lejos de aquí?

—A una hora, en suborbital.

Esa información colocaba a Trepp en la misma liga que Kadmin. Clase global, quizá incluso interplanetaria. La corte de los grandes.

—¿Y para quién estaba trabajando ahora?

—No lo sé.

Miré el cañón del detonador como si fuera una reliquia marciana.

—Sí lo sabes —dije con una sonrisa glacial—. Trepp ya no existe. Ya no hay pila, ya no hay nada. No tienes que tener miedo de ella. Tienes que temerme a mí.

Me miró un momento de forma desafiante, después bajó la mirada.

—He oído decir que estaba trabajando para Las Casas.

—Bien. Ahora dime algo sobre la clínica. Tus amigos sofisticados.

El entrenamiento de las Brigadas tendría que haberme permitido mantener mi tono de voz, pero quizá estaba oxidándose. Jerry notó algo. Se humedeció los labios.

—Escucha, esa gente es peligrosa. Has podido escapar, será mejor que dejes las cosas como están. No tienes ni idea de lo que ellos…

—De hecho, tengo una idea bastante aproximada —dije metiéndole el detonador en la nariz—. La clínica.

—Cristo, sólo son gente que conozco. Socios. Ellos a veces necesitan piezas sueltas y yo… —Cambió bruscamente de tono mirándome a los ojos—. A veces hacen cosas para mí. Sólo negocios…

Pensé en Louise, alias Anémona, y al viaje que habíamos hecho juntos. Sentí un músculo palpitándome bajo el ojo y tuve que hacer un gran esfuerzo para no apretar el gatillo. Me aclaré la voz. Pese a todo, sonó más mecánica que la del robot de la entrada.

—Vamos a dar un paseo, Jerry. Sólo nosotros dos. Para visitar a tus socios. Y nada de trampas. He podido hacerme una idea de lo que hay al otro lado de la bahía. Tengo una buena memoria para los lugares. Si tratas de engañarme, tendrás M. R. en el acto. ¿Entendido?

Por la expresión de su rostro, me pareció que había entendido.

Pero para asegurarme, carbonicé la cabeza de todos los cadáveres que encontré por el camino. El olor acre nos acompañó como un aura de cólera por la penumbra hasta que salimos a la luz temprana de la calle.

En el brazo que queda al Norte del archipiélago de Millsport hay una aldea en la que, si un pescador ha sobrevivido a un naufragio, debe nadar hasta un pequeño arrecife situado a medio kilómetro de la costa, escupir en el océano y volver.

Sarah era de allí. Una vez, escondidos en un hotel de mala muerte de los pantanos, a salvo de cualquier calor físico o virtual, trató de explicarme la lógica de

esa tradición. Pero a mí siempre me pareció una idiota historia de machos.

Ahora, caminando una vez más por los pasillos blancos y esterilizados de la clínica, con el cañón de mi Philips apoyado contra la nuca, comencé a comprender el valor que se necesita para volver a meterse de nuevo en el agua. Sentí escalofríos al tomar el ascensor por segunda vez, con Jerry apoyándome la pistola en la cabeza. Después de Innenin, yo había más o menos olvidado qué era tener verdadero miedo, pero las virtualidades eran una notable excepción. En ellas no hay ningún control y, literalmente, puede suceder cualquier cosa.

Una y otra vez.

En la clínica estaban muy nerviosos. Las noticias de la barbacoa de Trepp debían de haberles llegado, y la cara del tipo con el que Jerry había hablado en la puerta se había puesto blanca al verme.

—Pensábamos…

—No se metan en esto —lo cortó Jerry—. Abran la maldita puerta. Hay que eliminar a este hijo de puta.

La clínica formaba parte de una vieja manzana de principios de siglo que había sido renovada al estilo neoindustrial, las puertas pintadas a gruesas rayas amarillas y negras, las fachadas simulando andamios y los balcones suspendidos con sogas falsas. La puerta que teníamos delante se abrió silenciosamente en dos. Tras una última mirada a la temprana luz matinal, Jerry me empujó hacia dentro.

El vestíbulo también era de estilo neoindustrial, con más andamios en las paredes de obra vista. Dos guardias de seguridad aguardaban en la otra punta. Al acercarnos, uno de ellos alargó la mano. Jerry movió la cabeza haciendo una mueca.

—No necesito ninguna ayuda. Ustedes son los cretinos que han dejado que se escapara.

Los dos guardias se miraron y sus manos, tensas, se levantaron en un gesto apaciguador. Nos llevaron a un ascensor que resultó ser el mismo montacargas que yo había utilizado en mi última visita. Cuando por fin salimos de allí, el mismo equipo de médicos estaba esperando, con los sedantes preparados. Parecían tensos, cansados. Resaca de la noche de guardia. Cuando la misma enfermera se acercó para dormirme, Jerry volvió a hacer una mueca. Lo estaba bordando.

—Ni se te ocurra —dijo apoyando con más fuerza la Philips contra mi nuca—. Él no va a ir a ninguna parte. Quiero ver a Miller.

—Está operando.

—¿Operando? —repitió Jerry riéndose—. Quieres decir que está mirando cómo la máquina hace brochetas y picadillo. Perfecto. Chung, entonces.

El equipo vaciló.

—¿Qué? No vais a decirme que todos vuestros consultores están trabajando esta mañana.

—No, es que… —empezó a decir el médico que estaba más cerca—. Llevarlo despierto no es el procedimiento…

—No me vengas con historias de procedimientos —dijo Jerry, imitando a la perfección el papel de un hombre al borde de una crisis de nervios—. ¿Qué tipo de procedimiento es dejar que este pedazo de mierda salga y arruine mi club después de haberlo mandado yo aquí? ¿Es éste el jodido procedimiento?

Hubo un silencio. Miré el detonador y la Nemex metidos en el cinturón de Jerry y calculé los ángulos de tiro. Jerry apretó todavía más y casi me hundió la Philips hasta la garganta. Miró a los médicos y habló con una peligrosa tranquilidad.

—No va a moverse, ¿entendido? Dejaos ahora de idioteces. Vamos a ir a ver a Chung. Ahora, moveos.

Lo hicieron. Cualquiera lo hubiese hecho. Se aumenta la presión y la mayoría de la gente responde. Ante las personas importantes o ante quien lleva un arma. Aquella gente estaba cansada y asustada. Aceleramos por los pasillos, y bordeamos el quirófano donde me había despertado, u otro idéntico. Vislumbré algunas siluetas alrededor de la mesa de operaciones, el cirujano automático se desplazaba como una araña por encima de ellas. Habíamos dado unos doce pasos más cuando alguien salió al pasillo por detrás de nosotros.

—Un momento.

Fue dicho con educación, casi con cortesía, pero tanto Jerry como los médicos se detuvieron de inmediato. Nos dimos la vuelta y quedamos frente a un hombre alto, que llevaba unos guantes de cirujano manchados de sangre y una máscara que empezó a quitarse con la ayuda del pulgar y el índice. Debajo, el rostro era hermoso: bronceado, ojos azules y una mandíbula cuadrada, hombre del año, cortesía de cualquier salón de estética de lujo.

—Miller —dijo Jerry.

—¿Qué está pasando? Courault —dijo el hombre dirigiéndose a la enfermera—. Usted sabe que no se puede traer aquí a los pacientes si no están anestesiados.

—Sí, señor. El señor Sedaka insistió en que no había ningún peligro. Dijo que tenía prisa. Que quería ver al director Chung.

—No me importa si tiene prisa o no —dijo Miller mirando a Jerry con los ojos entornados—. ¿Se ha vuelto loco, Sedaka? ¿Qué se ha creído que es esto? ¿Un museo? Aquí tengo clientes. Rostros reconocibles. Courault, anestesie a ese hombre inmediatamente.

Bueno… la suerte no dura para siempre.

Yo estaba ya moviéndome. Antes de que Courault pudiera coger el hipoespray, cogí el detonador y la Nemex de la cintura de Jerry y abrí fuego. Courault y sus dos colegas cayeron, con múltiples heridas. La sangre salpicó las esterilizadas paredes blancas detrás de ellos. Miller alcanzó a lanzar un grito desesperado antes de que le disparara con la Nemex en la boca. Jerry retrocedía, con la Philips descargada colgándole de una mano. Volví a levantar el detonador.

—Oye, he hecho todo lo que he podido, yo…

El haz le dio y su cabeza estalló.

En el repentino silencio que siguió, retrocedí y empujé la puerta del quirófano. El pequeño grupo vestido de blanco se había apartado de la mesa en la que descansaba un cuerpo de mujer joven y me miraban todos con la boca abierta debajo de sus máscaras. El cirujano automático continuaba trabajando, imperturbable, cortando y cauterizando las heridas con gestos breves. Pedazos rojos de carne viva descansaban en pequeños platos metálicos colocados en torno a la cabeza de la paciente. Parecía un inmundo banquete ritual.

La mujer de la mesa era Louise.

Había cinco mujeres y hombres en la sala y los maté uno tras otro mientras me miraban. Después destrocé con el detonador el cirujano automático y todos los equipos. Las alarmas empezaron a sonar. En mitad de aquel ruido ensordecedor, recorrí las instalaciones administrando Muerte Real a todos los presentes.

En los pasillos, las alarmas ululaban y dos de los médicos todavía estaban vivos. Courault había logrado arrastrarse una docena de metros por el pasillo, dejando tras de sí una larga estela de sangre, y uno de sus colegas masculinos, demasiado debilitado para escapar, intentaba levantarse apoyándose contra la pared. Todo el rato resbalaba y caía. Lo ignoré y seguí la pista ensangrentada de la mujer. Ella se detuvo al oír mis pasos, giró la cabeza y siguió arrastrándose frenéticamente. Le apoyé un pie en la espalda, entre los hombros para hacer que se detuviera y la giré de espaldas con un puntapié.

Nos miramos un largo rato, mientras yo recordaba su expresión impasible cuando me anestesió la noche anterior. Levanté el detonador para que lo viera.

—Muerte Real —dije oprimiendo el gatillo.

Me volví entonces para ocuparme del último médico que intentaba desesperadamente alejarse. Me arrodillé frente a él. El aullido de las alarmas aumentaba y nos rodeaba como el gemido de las almas perdidas.

—Jesucristo —murmuró cuando le apunté a la cara—. Dios mío, yo sólo trabajo aquí, eso es…

—Es suficiente.

El detonador casi ni se oyó con el ruido de las alarmas.

Rápidamente, me ocupé del tercer médico de la misma manera. Con Miller me entretuve un poco. Le saqué la chaqueta al cuerpo acéfalo de Jerry y me la puse bajo el brazo. Después guardé la Philips en la cintura y me marché.

De regreso por los estridentes pasillos de la clínica, maté a todas las personas con quienes me encontré y les carbonicé las pilas.

Era un asunto personal.

La policía estaba aterrizando en el techo cuando yo salí por la puerta principal. En la calle no me apresuré. Bajo mi brazo, la cabeza cortada de Miller comenzaba a empapar de sangre el forro de la chaqueta de Jerry.

TERCERA PARTE

Alianza (Actualización de la aplicación)

Capítulo 16

Hacía un día tranquilo y soleado en los jardines de Suntouch House. El aire olía a césped recién cortado. Desde las canchas de tenis llegaba el ruido de un partido. Oí la voz de Míriam Bancroft gritar excitada.

Las piernas bronceadas debajo de una falda blanca impecable; una pequeña nube de polvo rojizo levantándose donde la pelota golpeó, al fondo de la cancha de su adversario…

Los espectadores sentados aplaudieron de forma educada. Me dirigí hacia las tribunas, flanqueado por dos guardias pesadamente armados y de caras impenetrables.

Cuando me acerqué, los jugadores estaban descansando; tenían las piernas estiradas frente a ellos y la cabeza gacha. El polvo rojo crujió bajo mis pies. Míriam Bancroft me miró a través de sus mechones rubios alborotados. No dijo nada, pero esbozó una sonrisa y sus manos se movieron sobre el mango de la raqueta. Su adversario también me miró; era un joven, y algo en su expresión sugería que podía ser tan joven como indicaba su cuerpo.

Me resultó vagamente familiar.

Bancroft estaba sentado en medio de una fila de sillas. Oumou Prescott estaba a su derecha, y también un hombre y una mujer a los que nunca antes había visto. Bancroft no se levantó cuando me acerqué. A decir verdad, ni siquiera me miró. Con una mano me indicó la silla junto a la de Prescott.

—Siéntese, Kovacs. Es el último set.

Esbocé una sonrisa, reprimiendo la tentación de hacerle tragar los dientes, y me acomodé en la silla. Oumou Prescott se inclinó hacia mí.

—El señor Bancroft ha recibido una visita de la policía hoy —murmuró—. Usted es menos sutil de lo que esperábamos.

—Sólo estoy calentando motores.

Míriam Bancroft y su contrincante dejaron las toallas y tomaron posición. Me recliné y observé el juego, con los ojos clavados en el cuerpo delgado de la mujer en movimiento, mientras me acordaba de cómo se retorcía cuando estaba desnudo, de la forma en que se frotaba contra el mío. Antes de servir, su mirada se encontró con la mía y sonrió divertida. Había estado esperando un gesto de mi parte y ahora sin duda creía que mi presencia allí lo era. Cuando el partido terminó, tras una serie de golpes victoriosos, ella abandonó triunfante la cancha.

Estaba hablando con la pareja que yo no conocía cuando me acerqué para felicitarla. Al verme llegar, se dio la vuelta para incluirme en el pequeño grupo.

—Señor Kovacs —sus ojos se abrieron un poco—, ¿le ha gustado mirar?

—Mucho —dije sinceramente—, es usted una jugadora despiadada.

Inclinó la cabeza y se secó el sudor de la frente.

—Sólo cuando es necesario —respondió—. Supongo que no conoce a Nalan y Joseph. Nalan, Joseph, os presento a Takeshi Kovacs, un miembro de las Brigadas. Laurens lo ha contratado para que investigue sobre su asesinato. El señor Kovacs viene de otro planeta. Señor Kovacs, le presento a la señora Nalan Ertekin, presidenta del Tribunal Supremo de la ONU, y al señor Joseph Phiri, de la Comisión de Derechos Humanos.

—Encantado —dije saludándolos—. Supongo que están aquí para discutir la resolución 653.

Los dos funcionarios se miraron, después Phiri asintió.

—Está usted bien informado —dijo con tono grave—. He oído hablar mucho de las Brigadas de Choque, pero aun así estoy impresionado. ¿Cuánto hace que está en la Tierra?

—Más o menos una semana —dije exagerando con la esperanza de calmar la paranoia de los funcionarios de otro planeta siempre que recibían la visita de los miembros de las Brigadas.

—Una semana. Impresionante, en efecto.

Phiri era un negro robusto, de unos cincuenta años, con el pelo un poco canoso y ojos marrones y vivaces. Al igual que Dennis Nyman, llevaba unos modificadores oculares externos, pero mientras las gafas con montura de acero de Nyman habían sido concebidas para mejorar los rasgos del rostro de Dennis, aquel hombre las llevaba para pasar desapercibido. Tenían una estructura pesada y le daban el aspecto de un monje distraído… sin embargo, tras los cristales, aquellos ojos lo veían todo.

—¿Y está progresando con la investigación?

Ertekin era una árabe hermosa, unos veinte años más joven que Phiri. Debía de ser al menos su segunda funda. Le sonreí.

—El progreso es algo difícil de definir, su señoría. Como diría Quell: «Me vienen con informes sobre progresos realizados, pero yo sólo veo cambios y cuerpos quemados».

—Ah, usted es de Harlan —comentó Ertekin de forma educada—. ¿Se considera un quelista señor Kovacs?

Mi sonrisa se transformó en una mueca.

—De vez en cuando. Esa doctrina tiene algo.

Míriam Bancroft intervino precipitadamente:

—El señor Kovacs está muy ocupado. Imagino que tiene mucho que discutir con Laurens. Tal vez sea mejor que los dejemos solos…

—Por supuesto —dijo Ertekin inclinando la cabeza—. Quizá más tarde podamos charlar un rato.

Los tres fueron a consolar al rival de Míriam, que estaba metiendo rabiosamente la raqueta y las toallas en una bolsa. Sin embargo, pese a la maniobra diplomática de Míriam, Nalan Ertekin no parecía tener prisa por marcharse. Sonreí, admirado. Decirle a un ejecutivo de la ONU, es decir, a un funcionario del Protectorado, que se

es quelista, es como confesar en una cena vegetariana que uno trabaja en un matadero. No es precisamente lo más conveniente.

Me di la vuelta. Oumou Prescott estaba detrás de mí.

—¿Nos vamos? —dijo con un tono sombrío, señalando la casa.

Bancroft se nos había adelantado y nosotros lo seguíamos a una velocidad excesiva.

—Una pregunta —dije yendo tras ella—. ¿Quién es el chico? El que Míriam Bancroft ha aplastado.

Prescott me miró con impaciencia.

—¿Es un secreto?

—No, señor Kovacs, no es un secreto, de ninguna manera. Creo simplemente que debería ocupar su mente con otras cosas en vez de hacerlo con los invitados de Bancroft. Pero si quiere saberlo… el otro jugador era Marco Kawahara.

—Era él, en efecto —dije empleando accidentalmente una fórmula verbal de Phiri. Apúntate un triple en personalidad—. Por eso su cara me resultaba conocida. Se parece a su madre, ¿no?

—No sé —respondió Prescott—. No conozco a la señora Kawahara.

—Mejor para usted.

Bancroft nos estaba esperando en un exótico invernadero situado en el ala que daba al mar. En el interior de las paredes de cristal, distinguí un joven árbol de madera-espejo y muchos tallos de hierba-mártir. Bancroft esperaba junto a uno de ellos, aplicándole cuidadosamente un polvo metálico blanco. No sé mucho de las propiedades de la hierba-mártir, aparte de su uso como sistema natural de seguridad, de modo que no tenía ni idea de para qué servía aquel polvo.

Cuando entré, Bancroft se dio la vuelta.

—Por favor, hable en voz baja —su propia voz sonó curiosamente apagada a causa de los absorbentes sonoros del entorno—: La hierba-mártir es particularmente sensible en esta fase de su crecimiento. Supongo que la conoce usted, señor Kovacs.

—Sí —respondí mirando las hojas con su vaga forma de mano y sus manchas rojas en el centro que daban el nombre a la planta—. ¿Está seguro de que son adultas?

—Absolutamente. En Adoración son más grandes, pero le pedí a Nakamura que las modificara para uso interior. Son tan seguras como una cabina Nilvibe y —señaló tres sillas de acero junto a la hierba-mártir— mucho más cómodas.

—Usted quería verme —dije con impaciencia—. ¿Para qué? —La mirada de acero negro de Bancroft se posó sobre mí, con todo el peso de sus tres siglos y medio. Por un segundo, el alma del mat se reflejó en sus ojos y yo vi en ellos las miríadas de vidas que habían visto perecer, como pálidos insectos sobre una llama. Un demonio contemplando a un mortal. Era una experiencia que ya había vivido, discutiendo con Reileen Kawahara. Podía sentir cómo me acaloraba.

Después el demonio desapareció, y volvió Bancroft. Se sentó y dejó el pulverizador de polvo blanco sobre una pequeña mesa. Levantó la mirada y me estudió esperando a que yo también me sentara. Como no lo hice, juntó las manos y frunció el ceño. Oumou Prescott giraba a nuestro alrededor.

—Señor Kovacs, sé que según lo acordado en el contrato me corresponde asumir todos los gastos de esta investigación. Pero le confieso que no esperaba tener que pagar por todas las masacres cometidas a lo largo y a lo ancho de Bay City. Me he pasado toda la mañana intentando comprar a las tríadas de la Costa Oeste y a la policía de Bay City…, sabiendo que ninguna de las dos se había mostrado muy predispuesta hacia mí incluso ya antes de esa carnicería. Me pregunto si se da cuenta de lo que me está costando mantenerlo con vida y fuera de almacenaje.

Miré hacia el vivero y me encogí de hombros.

—Supongo que puede permitírselo.

Prescott se estremeció. Bancroft esbozó una sonrisa.

—Tal vez ya no quiera permitírmelo más, señor Kovacs.

—Entonces acabemos con todo esto.

La hierba-mártir tembló ante mi brusco cambio de tono. No me importaba nada. Se me habían ido las ganas de jugar al elegante juego de Bancroft. Estaba cansado. Sin contar el breve período de coma en la clínica, había estado despierto treinta horas y tenía los nervios a flor de piel a causa del uso continuo del neuroestimulador. Había estado en medio de un tiroteo. Me había escapado de una aeronave. Había padecido un interrogatorio que habría traumatizado a cualquiera para toda la vida y había cometido numerosos asesinatos. Y estaba a punto de meterme en la cama cuando el Hendrix me pasó la llamada de Bancroft pese a mis órdenes contrarias, con el fin de, cito textualmente: «mantener buenas relaciones con los clientes y asegurarse de este modo una continuidad en la actividad comercial».

Algún día alguien iba a tener que simplificar el anticuado idiolecto del hotel… en aquel momento, había acariciado incluso la idea de hacerlo yo mismo con la ayuda de la Nemex, pero mi irritación por la actitud del hotel no era nada comparada con la rabia que sentía por Bancroft. Era esa misma rabia la que me había mantenido despierto y me había llevado hasta Suntouch House sin siquiera cambiarme de ropa.

—Le ruego que me disculpe, señor Kovacs —dijo Oumou Prescott, mirándome —. Está usted sugiriendo que…

—No, Prescott. No es una sugerencia, es una amenaza —me volví hacia Bancroft —. Yo no le pedí participar en este maldito espectáculo. Fue usted quien me trajo aquí, Bancroft. Usted me sacó del almacenaje de Harlan y me inyectó en la funda de Elías Ryker para joder a Ortega. Usted me ha mandado ahí fuera con unos indicios vagos y me ha visto tropezar en la oscuridad y me ha puesto frente a sus propias idioteces del pasado. De modo que si ya no quiere jugar más a este juego, ahora que la cosa se está poniendo un poco más difícil, por mí está bien. No quiero poner mi pila en peligro por un pedazo de mierda como usted. Si quiere, puede volverme a

almacenar, ya tendré mi oportunidad dentro de ciento diecisiete años. Con un poco de suerte, quien quiere acabar con usted entonces ya habrá podido borrarlo de la faz del planeta.

Había tenido que dejar mis armas en la puerta principal, pero sentía que el peligroso modo de combate de las Brigadas me estaba impulsando. Si el demonio mat se presentaba de nuevo y se le iba de las manos, iba a matar a Bancroft allí mismo, sólo por el placer de hacerlo.

Curiosamente, no hubo ninguna reacción. Tras haberme escuchado, pensativo, inclinó la cabeza como si estuviera de acuerdo y luego se volvió hacia Prescott.

—Oumou, ¿puede retirarse un momento? Kovacs y yo tenemos que discutir algunas cosas en privado. —Prescott parecía perpleja.

—¿Llamo a alguien para que vigile desde fuera? —inquirió fulminándome con la mirada. Bancroft movió la cabeza.

—No será necesario.

Prescott se marchó, y yo tuve que reprimir el deseo de admirar la calma de Bancroft. Me había oído decir que me alegraba volver al almacenaje, había estado leyendo la descripción de la matanza… y sin embargo aún creía poder saber si yo era peligroso o no.

Tomé asiento. Quizá él estaba en lo cierto.

—Usted me debe algunas explicaciones —dije—. Puede empezar por la funda de Ryker. ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué me lo ocultó?

—¿Ocultárselo? —repitió Bancroft arqueando las cejas—. Hablamos fugazmente de eso.

—Usted me dijo que dejaba la elección de las fundas a sus abogados. E insistió en ello. Pero Prescott sostiene que fue usted mismo quien se encargó de la elección. Tendría que haberla informado mejor sobre sus mentiras.

—Bien —suspiró Bancroft—. Reflejo de cautela. Uno dice la verdad a tan poca gente que al final mentir se convierte en una costumbre. Pero francamente no pensaba que eso a usted pudiera importarle. Quiero decir, después de su carrera en las Brigadas y su período de almacenaje. ¿Suele interesarse por la historia de las fundas que lleva?

—No. Pero desde que llegué, Ortega me cubre como una capa anticontaminante. Pensé que tenía algo que esconder. De hecho, sólo está tratando de proteger la funda de su novio. Hablando de eso, ¿se molestó en preguntarse por qué fue condenado Ryker?

Bancroft movió la cabeza.

—Una imputación por corrupción, creo. Lesiones orgánicas injustificadas e intento de falsificación de datos personales. Me parece que no era su primer delito.

—Sí. De hecho, era conocido por eso. Conocido y poco apreciado, especialmente en lugares como Licktown, donde yo pasé los últimos dos días, siguiéndole el rastro a

su polla. Pero ya volveremos a hablar de eso. Quiero saber por qué. ¿Por qué llevo la funda de Ryker?

Los ojos de Bancroft brillaron fugazmente ante el insulto, pero era demasiado buen jugador para reaccionar. En cambio, hizo una breve finta con la mano que yo reconocí como Diplomacia Básica y esbozó una leve sonrisa.

—Puedo asegurarle —dijo con una sonrisa— que no tenía la menor idea de que fuera a resultar inconveniente. Yo sólo quería procurarle una buena armadura, y la funda lleva…

—*¿Por qué Ryker?*

Se hizo un silencio repentino. Nadie podía interrumpir a un mat así como así, y Bancroft no soportaba que le faltaran al respeto. Pensé en el árbol que estaba detrás de las canchas de tenis. De haber estado presente, Ortega me hubiese aplaudido.

—Un movimiento, señor Kovacs, tan sólo un movimiento.

—¿Un movimiento? ¿Contra Ortega?

—Exactamente —dijo Bancroft enderezándose en su asiento—. Los prejuicios de la teniente Ortega estuvieron muy claros desde el primer momento en que pisó esta casa. No ha demostrado la más mínima buena voluntad. Ha sido desconsiderada. Pensé en todo eso y decidí fastidiarla. Cuando Oumou me enseñó una lista, vi que en ella figuraba la funda de Elías Ryker, y que Ortega estaba pagando el almacenaje. La jugada era casi kármica. Se impuso por sí sola.

—Un poco pueril para alguien de su edad, ¿no le parece?

Bancroft inclinó la cabeza.

—Tal vez. Pero usted seguramente se acuerda del general MacIntyre, de las Brigadas de Choque, residente en Harlan, que fue hallado destripado y decapitado en su *jet* privado un año después de la masacre de Innenin.

—Vagamente.

Yo estaba sentado, rígido, recordando. Pero si Bancroft podía jugar el juego del control, yo también podía hacerlo.

—¿Vagamente? —inquirió Bancroft arqueando una ceja—. Yo pensaba que un veterano de Innenin no podía no acordarse de la muerte del comandante que capitaneó la debacle, el hombre al que muchos acusan de ser el verdadero culpable por negligencia, de todas aquellas Muertes Reales…

—MacIntyre fue exonerado de todas las acusaciones por el Tribunal de Investigación del Protectorado —dije con calma—. ¿Tiene algo más que decir al respecto?

Bancroft se encogió de hombros.

—Parece que su muerte fue un acto de venganza, no obstante el veredicto del Tribunal. Un acto sin sentido, a fin de cuentas, dado que no podía devolverle la vida a los que habían muerto. La puerilidad es un pecado muy común entre los humanos. No deberíamos precipitarnos a la hora de emitir un juicio.

—Quizá no —dije levantándome para mirar por la puerta del invernadero—. Pero, y esto sin afán de juzgarlo, ¿por qué no me dijo que pasaba tanto tiempo en los burdeles?

—Ah, esa chica, Elliott. Sí, Oumou me habló de eso. ¿De veras piensa que su padre está relacionado con mi muerte? —Me di la vuelta hacia él.

—No. Creo que no tiene nada que ver con su muerte. Pero he perdido mucho tiempo hasta llegar a descubrirlo. —Bancroft me sostuvo la mirada.

—Lamento que mi información haya sido insuficiente, señor Kovacs. Es cierto, he pasado buena parte de mi tiempo libre practicando sexo comercial, tanto real como virtual. O bien, como usted ha dicho de forma más elegante, en burdeles. No me parece algo especialmente importante para la investigación. También he dedicado parte de mi tiempo al juego. Y a veces incluso a torneos de peleas con cuchillos en gravedad cero. Puede que todo esto me haya granjeado algunas enemistades, al igual que mis intereses económicos. Pensé que su primer día en una nueva funda en un mundo nuevo no era el momento adecuado para una explicación detallada de mi vida. ¿Por dónde podría haber empezado? En cambio, le indiqué el contexto de mi muerte y le sugerí que hablara con Oumou. No imaginaba que fuera a lanzarse de cabeza en el primer indicio como un misil teledirigido. Ni tampoco que fuera a matar a todos los que encontrara por el camino. Me habían dicho que las Brigadas eran famosas por su *sutileza*.

Dicho de esa manera, tenía razón. Virginia Vidaura se hubiese puesto furiosa. Ella habría estado de acuerdo con Bancroft y me habría regañado por mi gran falta de tacto. Pero ni ella ni Bancroft habían visto la cara de Victor Elliott la noche en que me habló de su mujer y su hija.

Me tragué una respuesta agresiva y repasé lo que sabía, tratando de decidir lo que debía decir.

—¿Laurens?

Míriam Bancroft estaba detrás del invernadero, con una toalla alrededor del cuello y una raqueta debajo del brazo.

—Míriam.

Había una sincera deferencia en el tono de Bancroft, aunque nada más.

—Voy a llevar a Nalan y Joseph a la Balsa de Hudson para un almuerzo bajo el agua. Joseph nunca lo ha hecho, lo hemos convencido —miró primero a Bancroft, luego a mí—. ¿Quieres venir?

—Más tarde, quizá —dijo Bancroft—. ¿Dónde estaréis?

Míriam se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. En alguna parte de los muelles. Benton, tal vez.

—Perfecto. Ya os alcanzaré. Arponéame un pez espada para mí si ves alguno.

—A sus órdenes —dijo haciendo una parodia de saludo que nos hizo reír inesperadamente a los dos. Después la mirada de Míriam se estremeció y se posó en mí—. ¿Le gusta el marisco, Kovacs?

—Seguramente. No he tenido la oportunidad de comerlo en la Tierra, señora Bancroft. Sólo he comido lo que mi hotel me ha ofrecido.

—Bien. Cuando uno prueba ciertos placeres…, a lo mejor podrá unirse a nosotros, ¿no?

—Gracias, pero lo dudo.

—Bien —repitió—. Laurens, no te retrases. Necesitaré ayuda para mantener a Marco apartado de Nalan. Está furioso.

Bancroft gruñó.

—Por la manera en que ha jugado hoy, no me sorprende. Hubo un momento en que pensé que lo hacía adrede.

—No en el último juego —comenté sin dirigirme a nadie en particular.

Los Bancroft me miraron. Él de un modo indescifrable, ella con la cabeza inclinada hacia un lado y una amplia e inesperada sonrisa que le daba una apariencia sorprendentemente infantil. Aguanté un momento la mirada de Míriam y ella levantó una mano para tocarse el pelo con cierta vacilación.

—Curtis ya debe de tener preparada la limusina —dijo ella—. Tengo que marcharme. Ha sido un placer volver a verlo, señor Kovacs.

La miramos alejarse por el prado, con la falda de tenis agitándose adelante y atrás. Pese a la aparente indiferencia permisiva de Bancroft hacia la sexualidad de su mujer, el juego de insinuaciones de Míriam me estaba llevando al límite de mis posibilidades. Me sentí obligado a romper el silencio.

—Dígame una cosa, Bancroft —dije con los ojos clavados en la figura de su mujer—, y sin intención de ofenderlo, ¿cómo es posible que alguien casado con ella, y que ha decidido conservar el matrimonio, pueda pasar el tiempo, y cito sus palabras, «practicando sexo comercial»?

Me di la vuelta, Bancroft me miraba inexpresivo. Guardó silencio un momento y luego me preguntó con una voz desprovista de emoción:

—¿Alguna vez ha eyaculado en la cara de una mujer, Kovacs?

En las Brigadas enseñan muy pronto a protegerse del choque cultural, pero a veces un proyectil consigue traspasar la coraza. Entonces la realidad parece un rompecabezas imposible de encajar. Aquel hombre… más viejo que la historia humana de mi planeta…, me hacía esta pregunta. Era como si me estuviera preguntando si alguna vez había jugado con pistolas de agua.

—Bueno, sí. En fin…

—¿Una mujer pagada?

—Bueno, alguna vez. No especialmente. Yo… —Me estaba acordando de la sonrisa disoluta de su mujer cuando eyaculé en su boca, el semen chorreándole entre los dedos como espuma de champán—. No lo recuerdo… Por otra parte, no es una de mis fantasías…

—Tampoco es una de las mías —me replicó Bancroft, demasiado rápido—. Lo he dicho a modo de ejemplo, nada más. En cada uno de nosotros hay cosas, deseos, que

es mejor reprimir. O que no pueden salir a la luz en un contexto civilizado.

—No veo ninguna contradicción entre la civilización y un chorro de semen.

—Usted viene de otro planeta —dijo Bancroft, sombrío—. De una cultura colonial joven y llena de vida. No puede hacerse una idea de todos los siglos de tradición que nos han forjado aquí en la Tierra. Los jóvenes, los aventureros, se fueron todos con las naves. Los alentamos para que se fueran. Los que se quedaron fueron los obedientes, los impasibles, los limitados. Yo he sido testigo de ese desastre… y en aquel momento me alegraba, porque me permitía crear fácilmente mi imperio. Ahora me pregunto si valía la pena. La cultura se desmoronó, sofocada por normas de vida concebidas por los viejos. Regían una moralidad rígida y unas leyes igualmente rígidas. Las declaraciones de las Naciones Unidas se fosilizaron bajo el manto de conformidad global…, se creó una suerte de camisa de fuerza transcultural, aterrada por lo que podía surgir de las Colonias. El Protectorado fue creado mientras las naves aún estaban volando. Cuando las primeras llegaron a los planetas, sus ocupantes despertaron en una tiranía organizada para ellos…

—Habla como si todo eso le fuera ajeno… Lo hace desde una cierta distancia. Llegados a este punto ¿todavía tiene usted que liberarse de sus ataduras culturales?

Bancroft sonrió apenas.

—La cultura es como el *smog*. Para vivir dentro de ella hay que tragar algo de ella y contaminarse un poco. Por otra parte, ¿qué significa la libertad en semejante contexto? ¿Libertad para eyacular sobre la cara y los senos de mi mujer? ¿Libertad para verla masturbarse delante de mí? ¿Para compartir su cuerpo con otros hombres y otras mujeres? Doscientos cincuenta años es mucho tiempo, señor Kovacs. Un tiempo suficiente como para verse perseguido por toda una serie de fantasías repelentes y degradantes, que infectan cada nueva funda que uno lleva. Los sentimientos se vuelven más puros, más raros. ¿Puede usted hacerse una idea de cómo evoluciona el amor?

Quise decir algo, pero Bancroft levantó una mano y lo dejé continuar. Es raro escuchar la confesión de un alma que tiene varios siglos, y Bancroft en ese momento se había soltado.

—No —dijo contestándose a sí mismo—. ¿Cómo podría? Su cultura es demasiado superficial para comprender la vida terrestre, y su experiencia demasiado limitada. No puede comprender lo que significa amar a una misma persona durante doscientos cincuenta años… Al final, si lo aguanta, si consigue vencer las trampas del aburrimiento y la complacencia, el amor desaparece…, y es reemplazado por un sentimiento que se asemeja a la veneración. ¿Cómo hacer para que ese respeto, esa veneración, convivan con los sórdidos deseos de la carne de la funda que esté utilizando en ese momento? Voy a decírselo. Es imposible.

—¿De modo que por eso se dedicó a las putas?

—No me siento orgulloso, Kovacs —dijo Bancroft sonriendo de nuevo—. Pero uno no vive tanto tiempo sin aceptar todas las facetas de su personalidad, por muy

desagradables que sean. Esas mujeres están ahí. Responden a las necesidades del mercado, y son debidamente recompensadas. Así es como yo me purgo.

—¿Y su mujer lo sabe?

—Por supuesto. Desde hace mucho. Oumou me dijo que usted conoce la historia de Leila Begin. Míriam se ha tranquilizado un poco desde entonces. Además, estoy seguro de que ella también tiene sus aventuras.

—¿Seguro? ¿De dónde le viene esa seguridad?

Bancroft hizo un gesto escueto de irritación.

—¿Tiene alguna importancia? Yo no espío a mi mujer, si se refiere a eso, pero la conozco. Ella tiene que saciar los mismos apetitos que yo.

—¿Y eso no le molesta?

—Señor Kovacs, puedo ser muchas cosas, pero no soy un hipócrita. El cuerpo es carne, nada más. Míriam y yo lo entendemos así. Y ahora, ¿podemos volver a nuestro asunto? Aparte de la historia de Elliott, ¿qué más sabe?

Decidí por instinto, siguiendo una lógica situada por debajo del pensamiento consciente. Negué con la cabeza.

—Nada, por ahora.

—Pero algo tiene que haber.

—Sí. Aun si descartamos la pista Ortega, queda Kadmin. Él no andaba detrás de Ryker. Me conocía a mí. Algo está en marcha…

Bancroft asintió, satisfecho.

—¿Va a hablar con Kadmin?

—Si Ortega me autoriza.

—¿Y eso significa?

—Significa que la policía probablemente ha estado controlando las cintas satélites de Oakland esta mañana. Por lo que seguramente me han identificado saliendo de la clínica. No creo que vayan a cooperar mucho.

Bancroft se permitió una nueva sonrisa.

—Muy astuto, señor Kovacs. Pero no tiene nada que temer en ese sentido. El personal de la clínica Wei, en fin, lo que usted dejó de ellos, prefiere no difundir las grabaciones de vídeo ni presentar ninguna denuncia. Le temen mucho más a una investigación que a usted. Por supuesto, pueden llevar a cabo represalias privadas. Ya veremos…

—¿Y el Jerry?

Se encogió de hombros.

—Lo mismo. Tras la muerte del propietario, ha aparecido alguien interesado en el local.

—Muy oportuno, ¿no?

—Me alegro de que lo aprecie así —dijo Bancroft levantándose—. Como le he dicho, ha sido una mañana intensa, y las negociaciones aún no han terminado. Le

agradecería que en el futuro controlara un poco más sus impulsos. Ha sido una mañana muy cara.

Yo también me levanté y, durante un instante, vi la trayectoria de las balas de Innenin, los gritos de los agonizantes… De pronto, el eufemismo de Bancroft adquirió un tinte grotesco, como las palabras asépticas del informe de bajas del general MacIntyre… «Para proteger la cabeza de playa de Innenin», «Un precio que valía la pena pagar…».

Como Bancroft, MacIntyre había sido un hombre de poder, y como todos los hombres de poder, cuando hablaba de precios que pagar, uno podía estar seguro de una cosa: era algún otro quien pagaba.

Capítulo 17

La comisaría de Fell Street era un edificio sin pretensiones, de un estilo que hubiese podido definirse como barroco marciano. Era difícil determinar si había sido proyectado para ser una comisaría o si ésta había sido instalada allí después. Era, sobre todo, una fortaleza. Las fachadas de piedra color rubí falsamente erosionadas y los contrafuertes formaban una serie de nichos naturales en los que había instalados unos ventanales altos rodeados por generadores de campos magnéticos. Bajo los ventanales, la abrasiva superficie de piedra escarlata estaba esculpida de modo que reflejaba la luz de la mañana y le confería un tinte de sangre. No podría decir si los escalones que conducían a la entrada principal en forma de arco eran deliberadamente desiguales o si simplemente estaban gastados.

Dentro, los rayos de luz se filtraban por los ventanales. Una extraña calma se apoderó de mí. Subsónicos, supuse, destinados a calmar las hordas humanas que esperaban pacientemente en los bancos. Para ser sospechosos bajo arresto, demostraban una indiferencia increíble, una indiferencia que seguramente nada tenía que ver con las pinturas populistas zen que decoraban la sala. Atravesé las tornasoladas manchas de luz y caminé por entre los pequeños grupos que conversaban en voz baja, con un tono más adecuado para una biblioteca que para un centro de detención, y llegué al mostrador de recepción. Un policía uniformado, supuestamente el sargento de turno, me saludó amablemente. Los subsónicos debían de afectarlo a él también.

—Teniente Ortega —dije—. Lesiones Orgánicas.

—¿A quién debo anunciar?

—Elías Ryker.

Con el rabillo del ojo vi que el otro oficial uniformado se sobresaltó al oír el nombre, pero no hubo ninguna otra reacción. El sargento cogió el teléfono y llamó, luego se volvió nuevamente hacia mí.

—Ahora baja alguien a buscarlo. ¿Va armado?

Asentí y metí la mano en la chaqueta para sacar la Nemex.

—Por favor, páseme el arma con cuidado —añadió el hombre con una sonrisa—. Nuestro *software* de seguridad es muy sensible, y podría atacarlo si ve que está sacando algo.

Frené mis movimientos y puse la Nemex sobre el mostrador, después saqué el cuchillo Tebbit del brazo. El sargento me dirigió una sonrisa radiante.

—Gracias. Todo le será devuelto cuando abandone el edificio.

En cuanto acabó de decir esto, dos de los mohicanos aparecieron por una puerta del fondo de la sala y se dirigieron rápidamente hacia mí. Los dos tenían una mirada sombría. Por la rapidez con la que llegaron a mi altura, los subsónicos no tuvieron la posibilidad de reaccionar. Cada uno me agarró de un brazo.

—Yo que vosotros no lo haría —les dije.

—Eh, no está bajo arresto —dijo el sargento para calmar los ánimos.

Uno de los mohicanos le clavó la mirada y suspiró, exasperado. El otro me miró como si no comiera carne desde hacía mucho. Le devolví la mirada con una sonrisa. Tras el encuentro con Bancroft, había vuelto al Hendrix y había dormido unas veinte horas. Estaba descansado, con el neuroestimulador en alerta y sintiendo un cordial desprecio por la autoridad. La mismísima Quell se hubiese sentido orgullosa de mí.

Se debió de notar. Los mohicanos me quitaron las manos de encima, y los tres subimos cuatro pisos en un silencio que sólo los chirridos del viejo ascensor interrumpían.

El despacho de Ortega estaba iluminado por uno de los ventanales, o más precisamente la mitad inferior de uno de ellos, cortado horizontalmente por el cielo raso. El resto debía elevarse como un misil desde el suelo de la oficina de arriba. Empecé a ver más claramente que el edificio debía de haber sido sin duda reformado para su nuevo uso.

El resto del despacho había sido adaptado a un formato de entorno ambiental que representaba una puesta de sol tropical sobre el mar y algunas islas. La combinación del ventanal y la puesta de sol iluminaban el despacho con una suave luz naranja en la que se veían flotar motas de polvo.

Ortega estaba sentada a un pesado escritorio de madera y daba la impresión de estar encerrada en una jaula. El mentón apoyado en una mano y la rodilla contra el borde del escritorio. Estaba estudiando la pantalla de un antiguo ordenador. Aparte de éste, los únicos objetos sobre el escritorio eran un Smith & Wesson de grueso calibre y una taza de plástico, a la que no le había quitado aún la lengüeta térmica. Despidió a los mohicanos con un movimiento de cabeza.

—Siéntese, Kovacs.

Miré a mi alrededor, vi una silla debajo del ventanal y la arrimé al escritorio. La luz de la puesta de sol en el despacho me desorientaba.

—¿Usted trabaja de noche?

Sus ojos se encendieron.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Nada, nada —dije levantando las manos en señal de apaciguamiento—. Lo pensaba simplemente por cómo había programado el decorado. Fuera son ahora las diez de la mañana.

—Ah, era eso —gruñó Ortega mirando nuevamente la pantalla. Era difícil saberlo bajo la puesta de sol tropical, pero sus ojos debían de ser gris verdosos, como el mar alrededor del maelstrom.

—Funciona fatal —continuó ella—. El departamento lo compró de oferta en El Paso Juárez. A veces se para.

—¡Mala suerte!

—Sí, a veces lo apago pero los neones están… —Levantó bruscamente la mirada —. Qué mierda estoy… Kovacs, ¿sabe lo cerca que está usted de ser almacenado?

Junté el índice derecho y el pulgar y la miré a través del pequeño espacio entre ellos.

—Más o menos el espesor del testimonio de la clínica Wei, según he oído.

—Podemos situarlo allí, Kovacs. Siete y cuarenta y tres, ayer por la mañana…, usted salió por la puerta principal.

Me encogí de hombros.

—Y no crea que las relaciones de su mat vayan a salvarlo. Un chófer de limusina de la clínica Wei cuenta una historia interesante sobre secuestros y Muerte Real. Quizá tenga algo que decir acerca de usted…

—¿Se han incautado de su vehículo? —pregunté con toda tranquilidad—. ¿O la Wei lo recuperó antes de que se pudiera inspeccionar?

Ortega cerró la boca y yo asentí.

—Es lo que imaginaba. Y supongo que el conductor no dirá nada hasta que la Wei consiga que lo suelten.

—Oiga, Kovacs. Si sigo apretando, algo tendrá que salir. Es cuestión de tiempo, hijo de puta. Sólo una cuestión de tiempo.

—Vaya tenacidad —dije—. Lástima que no la haya puesto en práctica para el caso Bancroft.

—*No hay ningún jodido caso Bancroft.*

Ortega se había levantado, con las manos apoyadas sobre el escritorio y los ojos entornados por la rabia y el disgusto. Esperé, con la guardia levantada, preguntándome si los sospechosos se herían «accidentalmente» en Bay City, como en algunas comisarías que conocía.

Al final, Ortega respiró hondo y se sentó de nuevo. La rabia se le había borrado del rostro, pero todavía le quedaba el disgusto, visible en las finas arrugas de las comisuras de sus ojos y en la forma de su boca. Se miró las uñas.

—¿Sabe lo que encontramos ayer en la clínica Wei?

—¿Piezas sueltas del mercado negro? ¿Programas de tortura virtual? A menos que no la dejaran quedarse mucho tiempo.

—Encontramos diecisiete cuerpos con sus pilas corticales quemadas. Desarmados. Diecisiete cadáveres. Muerte Real.

Volvió a mirarme, el disgusto seguía allí.

—Tendrá que disculpar mi falta de sensibilidad —dije fríamente—. He visto cosas peores cuando llevaba el uniforme. De hecho, hice mucho más daño cuando peleaba en las batallas del Protectorado para ellos.

—Era la guerra.

—Oh, por favor…

No dijo nada más. Me incliné por encima del escritorio.

—No me va a decir que esos diecisiete cuerpos le han hecho perder la cabeza —dije señalando mi cara—. Éste es su problema. A usted no le gustaría que alguien me la hiciera pedazos.

Tras un momento de silencio, buscó un paquete de cigarrillos en el cajón del escritorio. Me los ofreció mecánicamente y yo, decidido, dije que no con la cabeza.

—Lo dejo.

—¿De veras? —exclamó sinceramente sorprendida, mientras se encendía un cigarrillo—. Me parece muy bien. Estoy asombrada.

—Sí, Ryker también debería estarlo, cuando salga del almacenaje.

Hizo una pausa, me estudió detrás de la cortina de humo, después puso el paquete en el cajón y lo cerró con un gesto.

—¿Qué quiere? —preguntó simplemente.

Las celdas de detención estaban cinco pisos más abajo, en un sótano de dos plantas, donde era más fácil regular la temperatura. Comparado con PsychaSec, parecía un cuarto de baño.

—No veo que esto pueda cambiar nada —dijo Ortega mientras seguíamos a un técnico que bostezaba; recorrimos la balaustrada de acero hacia la 3089b—. ¿Qué podrá decirle Kadmin a usted que no nos haya ya dicho a nosotros?

—Oiga… —empecé a decir, luego me detuve. En la estrecha galería estábamos tan cerca uno de otro que me sentí incómodo. Alguna reacción química se produjo y la postura de Ortega de pronto se volvió fluida, peligrosamente táctil. Sentí que se me secaba la boca.

—Yo… —comenzó a decir ella.

—3089b —dijo el técnico, sacando el disco grande de su soporte—. ¿Es el que usted quería, teniente?

Ortega pasó a mi lado como una exhalación.

—Es éste, Micky. ¿Puedes conectarnos con una virtual?

—Por supuesto —dijo Micky agitando el pulgar hacia una de las escaleras de caracol colocadas a intervalos regulares en la galería—. Coja el cinco y conéctelo. Tardará cinco minutos.

—El problema es que usted representa la Sia —dije mientras avanzábamos por la galería—. Kadmin la conoce, ha estado tropezando con usted a lo largo de toda su vida profesional. Mentirle a la policía forma parte de su trabajo. Yo soy un desconocido. Si nunca salió del sistema solar, es probable que jamás se haya topado con un miembro de las Brigadas. Y en todas partes la gente cuenta un montón de historias sobre las Brigadas.

Ortega me lanzó una mirada escéptica por encima del hombro.

—¿Piensa asustar a Dimitri Kadmin? Me sorprendería.

—Se desconcertará. Y cuando la gente se desconcierta, suelta cosas. No lo olvide, ese tipo trabaja para alguien que quiere matarme. Alguien que me tiene miedo. Y eso puede haber contagiado a Kadmin.

—¿Se supone que esto debe convencerme de que alguien mató a Bancroft?

—Ortega, no importa si usted me cree o no. Ya hemos hablado del tema. Usted quiere que la funda de Ryker vuelva a su tanque cuanto antes, quiere ponerlo a salvo. Tan pronto como descubramos el motivo de la muerte de Bancroft, podremos devolverla. Y si sé dónde estoy yendo, sufriré menos lesiones orgánicas. Para mí su ayuda es preciosa. No querrá usted que esta funda resulte destrozada en otro tiroteo, ¿verdad?

—¿*Otro* tiroteo?

Fue necesaria media hora de animada discusión para hacerle aceptar a Ortega las bases de nuestra nueva relación. El poli que había en ella aún no se había metido en la cama conmigo.

—Sí, después de aquel del Hendrix —improvisé rápidamente, maldiciendo la extraña alquimia que me desconcertaba—. Salí bastante magullado. Podía haber sido mucho peor.

Volvió a clavarme la vista.

El sistema de interrogatorio virtual estaba situado en unas cabinas burbuja prefabricadas instaladas al fondo del sótano. Micky nos hizo acostar en unas tumbonas adaptables usadas que tardaron un poco en adecuarse a nuestras formas. Después encendió los electrodos y los hipnófonos y conectó la máquina a dos consolas con un movimiento de pianista. Observó las pantallas mientras éstas se encendían.

—Hay tráfico —dijo tragándose el enfado—. El comisario está conectado a una conferencia virtual y bloquea el sistema. Habrá que esperar hasta que alguien se desconecte —miró a Ortega—. Es por el tema de Mary Lou Hinchley, creo…

—Sí —dijo Ortega. Se volvió hacia mí, quizá como una prueba de nuestra nueva cooperación—. El año pasado los guardias costeros pescaron a una chica en la costa. Se llamaba Mary Lou Hinchley. De su cuerpo no quedaba mucho, pero hallaron la pila. La conectaron, y adivine lo que pasó.

—¿Una católica?

—Exacto. La Absorción Total funciona, ¿verdad? Sí, en esos casos el primer escaneo nos envía el mensaje: «Prohibido por razones de conciencia». Entonces, hay que detenerse ahí, pero Eli… —Se detuvo—. El inspector encargado de la investigación no quiso abandonar. Hinchley era de su barrio, la conocía desde la infancia. No demasiado bien, pero… —se encogió de hombros—: no quiso abandonar.

—Muy tenaz. ¿Elías Ryker? —Asintió.

—Presionó a los laboratorios de patología durante un mes. Al final descubrieron que el cuerpo había sido arrojado desde una aeronave. El Departamento de Lesiones

Orgánicas hizo algunas investigaciones y halló una conversión de menos de diez meses atrás, y un novio católico con experiencia en infotécnica que habría podido falsificar el mensaje. Los padres de la chica son un caso dudoso… cristianos, pero no del todo católicos. Son muy ricos también, con un panteón lleno de antepasados almacenados que sacan para los nacimientos y las bodas. El departamento está discutiendo con ellos desde principios de año.

—Y ahí entra la resolución 653, ¿no?

—Sí.

Miramos el cielo raso encima de nuestras tumbonas. La cabina era una burbuja prefabricada de modelo simple, fabricada con un globo de polifibra como si fuera un globo de chicle en la boca de un niño, las puertas y las ventanas habían sido recortadas con láser y pegadas con junturas de epoxi. El cielo raso gris no tenía nada de interesante.

—Dígame una cosa, Ortega. La sombra que me mandó el martes por la tarde, cuando salí de compras… ¿por qué era tan malo? Hasta un ciego lo hubiese detectado. —Se hizo un silencio.

—Era lo único que teníamos —dijo finalmente, de mala gana—. Hubo que decidirlo rápidamente. Usted había tirado la ropa.

—La ropa —dije cerrando los ojos—. No me diga. ¿Habían marcado la ropa? ¿Así de simple?

—Sí.

Volví a evocar mi primer encuentro con Ortega. Las instalaciones penitenciarias, el viaje hasta Suntouch House. Toda la secuencia de recuerdos pasada desde el inicio a gran velocidad. La imagen de nosotros dos en el prado, junto a Míriam Bancroft. Ortega yéndose…

—Lo tengo —exclamé haciendo chasquear los dedos—. Usted me dio una palmada en la espalda cuando se fue. No puedo creer que sea tan estúpido.

—Buscapersonas de enzima adherente —dijo Ortega—. No mucho más grande que el ojo de una mosca. Y nos imaginábamos que en pleno otoño usted no andaría mucho por ahí sin su chaqueta. Por supuesto, cuando la tiró a la basura pensamos que nos había descubierto.

—No, nada tan brillante.

—Ya está —anunció de pronto Micky—. Señoras y señores, prepárense, empezamos.

La entrada fue más dura de lo que me imaginaba en una instalación gubernamental, pero no peor que en algunos viajes virtuales por negocios que había realizado en Harlan.

Los hipnos soltaban sus sonocods hasta que el cielo raso gris se tornó fascinante, con torbellinos de luz y de sentidos, vaciándose del universo como el agua sucia de un fregadero.

Y entonces llegué.

A otra parte.

El nuevo universo se extendía en torno a mí en todas direcciones. El suelo era de un gris acero, con protuberancias parecidas a pezones alineadas a intervalos regulares repitiéndose hasta el infinito. Arriba el cielo era de un gris pálido, con algunos matices que parecían sugerir barrotes y cerraduras antiguas. Para el impacto psicológico, sin duda. Pero excepto que tuviesen memoria racial, ninguno de los delincuentes encarcelados sabían a lo que se parecía una verdadera cerradura.

Delante de mí, algunos muebles surgían de la superficie como una escultura de una piscina de mercurio. Una mesa de metal apareció, seguida por tres sillas. Permanecían líquidas y suaves hasta los últimos segundos mientras aparecían, después se tornaban sólidas y geométricas al adquirir una existencia independiente.

Ortega se materializó a mi lado, esbozo de mujer hecho con lápiz, de líneas difuminadas. Colores pastel fueron apareciendo y sus movimientos se precisaron. Se dio la vuelta para hablarme, con una mano en el bolsillo de su chaqueta. Los últimos efectos de color se volvieron más definidos mientras ella sacaba los cigarrillos.

—¿Fuma?

—No, gracias, yo…

Entonces me di cuenta de la futilidad de preocuparme por mi salud virtual y acepté. Ortega encendió los dos cigarrillos con su mechero. La primera bocanada de humo en los pulmones me produjo una especie de éxtasis.

Levanté la mirada hacia el cielo geométrico.

—¿Es un decorado estándar?

—Más bien —respondió Ortega entornando los ojos—. La resolución es un poco mejor que de costumbre. Creo que Micky se está esmerando.

Kadmin apareció en el otro extremo de la mesa. Antes de que el programa virtual terminara de colorearlo del todo, se dio cuenta de nuestra presencia y cruzó los brazos. Si mi presencia en la celda lo desconcertaba, como yo había esperado, no se notaba.

—Teniente, ¿aquí de nuevo? —dijo cuando el programa lo completó—. Hay una ley de la ONU que limita el número de virtualidades por cada arresto, ¿lo sabía?

—Así es, pero nosotros todavía estamos lejos de eso —dijo Ortega—. ¿Por qué no te sientas, Kadmin?

—No, gracias.

—He dicho: «siéntate, hijo de puta».

Había una tonalidad metálica en la voz de Ortega, y Kadmin, como por arte de magia, desapareció para reaparecer sentado a la mesa. Su cara dejó ver un fugaz destello de rabia, pero después se calmó y se soltó los brazos con un gesto irónico.

—Tiene usted razón, así es mucho más cómodo. ¿Quieren unirse a mí?

Nos sentamos los dos de una forma más convencional, y miré a Kadmin. Era la primera vez que veía algo así…

Tenía sentado frente a mí al Hombre Collage.

La mayoría de los sistemas virtuales recrean a la persona a partir de la imagen que tiene de sí mismo, una visión en la memoria corregida por un programa de sentido común para calmar a los megalómanos más ilusos. En general yo salgo un poco más alto y más delgado de lo que soy. Pero, en el caso de Kadmin, el sistema parecía haber mezclado todas las percepciones de la larga lista de fundas que el hombre había tenido. Lo había visto antes, en una prueba, pero tener semejante imagen real de sí mismo era raro. La mayoría de los humanos se aficionan rápidamente a sus fundas y anulan mentalmente las encarnaciones anteriores. Después de todo, hemos evolucionado para relacionarnos con el mundo físico.

El hombre que tenía delante de mí era diferente. Su aspecto era el de un caucásico del Norte, unos treinta centímetros más alto que yo… aunque ése era solamente su aspecto general. Su cara tenía una frente africana, ancha y oscura. El color se terminaba debajo de los ojos, como una máscara, y la mitad inferior de su rostro estaba dividida en dos partes a partir de la nariz, cobre pálido a la izquierda, blanco cadáver a la derecha. La nariz era a la vez carnosa y aguileña, y demarcaba bien la separación entre la parte de arriba y la de abajo, pero la boca era una mezcla confusa del lado izquierdo y el derecho y los labios estaban torcidos. La melena hirsuta y negra estaba peinada hacia atrás, con una mecha blanca en el lado derecho. Las manos, inmóviles sobre la mesa de metal, tenían unas garras similares a las del gigante de Licktown, pero los dedos eran largos y sensibles. Tenía unos senos firmes y redondos en el torso musculoso. Sus ojos, incrustados en su piel negra, eran de un color verde pálido.

Kadmin se había liberado de las percepciones físicas convencionales. En el pasado hubiese podido haber sido un chamán; aquí, siglos de tecnología lo habían convertido en un demonio electrónico, un espíritu maligno que erraba en el carbono alterado y emergía sólo para poseer los cuerpos y provocar el caos.

Hubiese podido hacer una carrera brillante en las Brigadas.

—Perdone, no me he presentado —dije.

Kadmin sonrió, dejando ver unos dientes pequeños y una delicada lengua puntiaguda.

—Si usted es un amigo de la teniente, aquí podrá hacer lo que quiera. Sólo los miserables tienen virtualidad limitada.

—¿Conoce a este hombre, Kadmin? —inquirió Ortega.

—¿Espera una confesión, teniente? —preguntó Kadmin echando la cabeza hacia atrás—. Oh, qué grosería. ¿Este hombre? ¿O tal vez esta mujer? O, sí, incluso un perro podría ser entrenado para decir lo mucho que ha dicho, con los debidos tranquilizantes, por supuesto. De lo contrario tienden a volverse locos cuando se los trasvasa. Sí, hasta un perro podría venir bajo forma humana. Estamos aquí sentados los tres, tres siluetas esculpidas con nieve electrónica en la tormenta diferencial, y usted habla como en un drama histórico de tercera. Tiene usted una visión limitada, teniente. Realmente una visión limitada. ¿Quién dijo que el carbono alterado nos

liberaría de las celdas de nuestro cuerpo? ¿Quién vaticinó que los humanos se convertirían en ángeles?

—Tú puedes decírmelo, Kadmin. Tú eres quien tiene una gran reputación —el tono de Ortega era distante. Una larga lista apareció en su mano, que ella examinó—. Proxeneta, sicario de la tríada, interrogador virtual durante las guerras corporativas, todos trabajos de calidad. Yo, por mi parte, no soy más que una pobre poli que no puede ver la luz.

—No voy a contradecirla, teniente.

—Según esto, durante un tiempo fuiste limpiador de la Merit-Con…, desposeías a los arqueólogos mineros de sus hallazgos en Syrtis Mayor y asesinabas a sus familiares para animarlos a colaborar. Bonito trabajo… —Ortega hizo desaparecer la lista—. Estás con la mierda hasta el cuello, Kadmin. Secuencias filmadas por el sistema de vigilancia del hotel, enfundado simultáneo comprobado, las dos pilas congeladas. Se trata de una segura condena al borrado, incluso si tus abogados alegan complicidad con error mecánico, el sol será una enana roja cuando salgas del almacenaje.

Kadmin sonrió.

—Entonces ¿para qué ha venido?

—¿Quién te mandó? —pregunté delicadamente.

—¡El perro habla!

¿Estoy oyendo un lobo,
aullando su solitaria comunión,
a las estrellas errantes?,
¿o tan sólo la arrogancia y la servidumbre
del ladrido de un perro?
¿Cuántos milenios se necesitaron,
retorciendo y torturando
el orgullo de uno
para convertirlo en la herramienta
del otro?

Tragué el humo y asentí. Como casi todos los harlanitas, conocía más o menos de memoria los *Poemas y otras tergiversaciones* de Quell. La obra se estudiaba en las escuelas, en lugar de sus obras políticas de mayor enjundia, demasiado radicales para dejarlas en las manos de los niños. La traducción no era muy buena, pero reflejaba la esencia de la obra. Me resultaba más asombroso el hecho de que alguien que no era un harlanita citara un libro tan oscuro.

Terminé la cita en su lugar.

¿Y cómo medimos la distancia entre los espíritus?
¿Y a quién vamos a echarle la culpa?

—¿Ha venido a buscar responsables, señor Kovacs?

—Entre otras cosas.

—Qué decepción.

—¿Esperabas otra cosa?

—No —dijo Kadmin con una nueva sonrisa—. La esperanza es nuestro primer error. Quiero decir que debe de ser decepcionante para usted…

—Tal vez.

Movió su enorme cabeza blanca y negra.

—Desde luego, no me sacará ningún nombre. Asumo toda la responsabilidad de mis actos.

—Muy valiente de su parte, pero recordará lo que Quell dijo sobre los lacayos.

—*Mátalos por el camino, pero cuenta las balas, porque hay blancos más importantes* —dijo Kadmin riéndose—. ¿Me está usted amenazando ahora que estoy en almacenaje policial vigilado?

—No, sólo estoy dejando las cosas claras —dije, dejando caer la ceniza del cigarrillo y viendo cómo se desintegraba antes de tocar el suelo—. Alguien está manipulándolo. Y es a él a quien quiero eliminar. Usted no es nadie. A usted ni me molestaría en escupirle.

Kadmin echó la cabeza hacia atrás y una fuerte sacudida atravesó el cielo como un rayo cubista. La luz se reflejó en el brillo oscuro de la mesa de metal y rozó las manos de Kadmin. Cuando volvió a mirarme, tenía un destello extraño en los ojos.

—No me pidieron que lo matara —dijo—, salvo si su secuestro acarreaba problemas. Pero la próxima vez lo haré.

Ortega se había abalanzado sobre él antes de que pronunciara la última sílaba. La mesa desapareció y ella hizo caer a Kadmin de la silla con una patada. Cuando se levantaba, la misma bota le dio otra patada en la boca y lo dejó de nuevo tendido en el suelo. Me pasé la lengua por las heridas casi curadas de la boca y no sentí por él demasiada simpatía.

Ortega arrastró a Kadmin de los pelos, el cigarrillo en la mano había sido reemplazado por una cachiporra tan rápido como había eliminado la mesa.

—¿He oído bien? —dijo entre dientes—. ¿Estabas amenazando, basura?

Kadmin descubrió los dientes con un sonrisa manchada de sangre.

—Brutalidad pol…

—Así es, hijo de puta —dijo Ortega dándole en la mejilla con la cachiporra. La piel se abrió—. Brutalidad policial bajo virtualidad vigilada. Sandy Kim y World Web One hubiesen hecho maravillas, ¿no? Pero ¿sabes una cosa? Estoy segura de que tus abogados no querrán pasar esta cinta.

—Déjelo, Ortega.

Entonces fue como si ella recuperara la razón. Dio un paso atrás. Se tranquilizó y respiró profundamente. La mesa reapareció y Kadmin se encontró otra vez sentado, con la boca indemne.

—Usted también saldrá perjudicada —dijo tranquilamente.

—Sí. Estoy temblando.

Había un tono de desdén en la voz de Ortega, y me pareció que por lo menos la mitad del mismo estaba dirigido contra ella misma. Hizo un segundo esfuerzo para controlar su respiración, después se alisó inútilmente la ropa.

—Como ya te he dicho, nevará en el infierno el día que salgas. A lo mejor estoy esperándote y todo.

—¿Su patrón es tan importante para usted, Kadmin? —pregunté suavemente—. ¿Guarda silencio por lealtad o simplemente porque está cagado de miedo?

Como respuesta, el hombre virtual cruzó los brazos.

—¿Ha terminado, Kovacs? —preguntó Ortega.

Traté de captar la lejana mirada de Kadmin.

—Kadmin, el hombre para el que trabajo tiene mucha influencia. Ésta podría ser la última oportunidad que tiene para llegar a un acuerdo.

Nada. Ni siquiera un parpadeo.

—He terminado —dije encogiéndome de hombros.

—Muy bien —dijo sobriamente Ortega—. Porque estar sentada frente a este pedazo de mierda estaba empezando a mermar mi proverbial tolerancia —agitó los dedos frente a los ojos del prisionero—. Nos vemos, cabrón.

Kadmin volvió la mirada hacia ella y una sonrisita desagradable se le dibujó en la boca.

Nos fuimos.

De vuelta en el cuarto piso, las paredes del despacho de Ortega se habían transformado en dunas de arena blanca azotadas por un sol cegador. Entorné los ojos mientras Ortega hurgaba en el cajón del escritorio y sacaba dos pares de gafas de sol.

—¿Qué hemos aprendido?

Me coloqué torpemente las gafas sobre la nariz. Eran demasiado pequeñas.

—No mucho, aparte de una información preciosa: no había recibido ninguna orden para matarme. Alguien quería hablar conmigo. Eso lo había más o menos intuido… Kadmin hubiese podido volarme la pila en el vestíbulo del Hendrix. Pero no fue así. Lo cual significa que alguien quería llegar a un acuerdo, distinto al de Bancroft.

—O alguien quería hacerle cantar.

Moví la cabeza.

—¿Sobre qué? Acababa de llegar. Eso no tiene ningún sentido…

—¿Sobre las Brigadas? ¿Sobre algún negocio en marcha? —Ortega hizo un gesto escueto con la mano, como si distribuyera cartas en lugar de sugerencias—. ¿Un rencor tenaz?

—No. Ya hablamos de eso la otra noche, ¿se acuerda? A algunas personas les gustaría verme muerto, pero ninguna de ellas vive en la Tierra, ni tiene la influencia suficiente como para hacer un viaje interestelar. Y no hay nada de lo que yo sé sobre las Brigadas que no esté en una base de datos en alguna parte. Además, serían demasiadas coincidencias. No, tiene que ver con Bancroft. Alguien quería introducirse en la historia.

—¿Su asesino?

Bajé la cabeza para mirarla por encima de las gafas de sol.

—¿Me cree?

—No del todo.

—Oh, vamos.

Ortega no estaba escuchando.

—Lo que quiero saber es por qué Kadmin ha cambiado de opinión. Usted sabe que lo hemos interrogado una docena de veces desde el domingo por la noche. Ésta ha sido la primera vez en que casi admite que estaba en el hotel…

—¿Incluso ante sus abogados?

—No sabemos lo que les dice a ellos. Son gente importante, que vienen de Ulán Bator y Nueva York. Llevan codificadores a todas las entrevistas virtuales privadas. Sólo obtenemos estática.

Arqueé las cejas. En Harlan eran habituales las custodias virtuales vigiladas. Pero los codificadores no estaban permitidos, independientemente del rango que uno tuviera.

—Hablando de abogados, ¿los de Kadmin están aquí, en Bay City?

—¿Físicamente? Sí, tienen un contrato con un bufete de Marin County. Uno de sus asociados lleva una funda alquilada —Ortega sonrió—. Las citas físicas son elegantes. Sólo los bufetes pequeños trabajan a través de la Red.

—¿Cuál es el nombre de ese abogado?

Hubo un silencio.

—Kadmin es un tema delicado. No sé si nuestro acuerdo llega tan lejos.

—Ortega, vamos a llegar hasta el final. Ése es el trato. De lo contrario volveré a poner en peligro la hermosa cara de Elías, con mis sutiles pesquisas.

Permaneció en silencio un momento.

—Se llama Rutherford —dijo finalmente—. ¿Quiere hablar con él?

—En este momento quiero hablar con todos. Tal vez no he sido suficientemente claro. No tengo nada. Bancroft esperó un mes y medio antes de transportarme. Kadmin es la única pista de que dispongo.

—Keith Rutherford es un montón de grasa de motor. No obtendrá de él más de lo que le ha sacado a Kadmin. De todas formas, ¿cómo diablos debo presentarlo, Kovacs? ¡Hola Keith! Éste es el ex brigadista que su cliente trató de liquidar el domingo. Le gustaría hacerle algunas preguntas. Se cerrará más rápido que el agujero no pagado de una puta.

Tenía razón. Medité un momento, contemplando el mar.

—Perfecto —dije lentamente—. Sólo necesito hablar con él unos minutos. ¿Qué le parece si le dice que yo soy Elías Ryker, su socio de Lesiones Orgánicas? Después de todo, casi lo soy.

Ortega se quitó las gafas y me miró.

—¿Se está haciendo el gracioso?

—No. Trato de ser práctico. La funda de Rutherford es de Ulán Bator, ¿verdad?

—De Nueva York —dijo ella, categórica.

—De Nueva York, perfecto. Probablemente no sabe nada de usted ni de Ryker.

—Probablemente no.

—Entonces ¿cuál es el problema?

—El problema, Kovacs, es que esto no me gusta.

Se hizo un nuevo silencio, más prolongado. Bajé la mirada, me miré las rodillas y esbocé una sonrisa que sólo en parte era fingida. Después yo también me quité las gafas y la miré. Estaba todo a la vista. El miedo al enfundado y a sus consecuencias: una especie de esencialismo paranoico…

—Ortega —dije amablemente—. Yo no soy él. No estoy tratando de ser él…

—Ni siquiera le llegaría a los tobillos —me soltó.

—Sólo serán dos minutos.

—¿Seguro?

Lo dijo con una voz dura y volvió a ponerse las gafas de una forma tan brusca que no me hizo falta ver cómo las lágrimas le humedecían los ojos para saber que estaba llorando.

—De acuerdo —dijo finalmente carraspeando—. Lo haré entrar. No veo para qué, pero lo haré. Y luego ¿qué pasará?

—Es difícil decirlo. Tendré que improvisar.

—¿Cómo hizo en la clínica Wei?

Me encogí de hombros.

—Las técnicas de las Brigadas son sobre todo reactivas. No puedo reaccionar ante algo hasta que suceda.

—No quiero otro baño de sangre, Kovacs. No es bueno para las estadísticas de la ciudad.

—Si hay violencia, no seré yo quien la provoque.

—Eso no es una garantía. ¿No tiene la más mínima idea de lo que va a hacer?

—Voy a hablar.

—¿Sólo hablar? —Me miró poco convencida—. ¿Eso es todo?

Volví a ponerme las gafas.

—A veces es todo lo que se necesita.

Capítulo 18

Conocí el primer abogado a los quince años. Era un agobiado experto en trifulcas callejeras juveniles que me defendió, no sin destreza, de una acusación por lesiones orgánicas menores a un oficial de la policía de Newpest. Negoció con una suerte de paciencia de miope hasta obtener una libertad condicional y once minutos de asistencia psiquiátrica virtual. A la salida del tribunal de menores, miró mi cara de suficiencia y movió la cabeza como si sus peores temores sobre el significado de la vida se vieran confirmados. Después dio media vuelta y se marchó. He olvidado su nombre.

Poco después, mi entrada en la vida de las bandas de Newpest excluyó ese tipo de encuentros con la ley. Las bandas estaban conectadas y creaban sus propios programas de intrusión, o se los compraban a chicos dos veces más jóvenes a cambio de material porno virtual pirateado en la red. No era fácil atraparlos, y la poli de Newpest no solía molestarlos. La violencia entre las bandas estaba ritualizada y excluía casi siempre a otros participantes. En las raras ocasiones en que se desbordaba y afectaba a los demás ciudadanos, se producía una serie rápida y brutal de expediciones punitivas que dejaban a uno o dos de sus jefes en almacenaje y al resto de nosotros con heridas múltiples.

Afortunadamente, nunca ascendí demasiado alto en la jerarquía de mandos como para que me atraparan, de modo que cuando volví a ver el interior de un tribunal fue durante la investigación de Innenin.

Los abogados militares tenían tanto en común con el que me había defendido a los quince años como un fusil de asalto con un pedo. Eran fríos, con un aire profesional y en plena ascensión jerárquica. Sabían, pese a sus uniformes, que siempre iban a estar a mil kilómetros de distancia de cualquier combate. El único problema que tenían, mientras se desplazaban por el frío suelo de mármol del tribunal, era definir las sutiles diferencias entre guerra (el asesinato en masa de gente que no llevaba el uniforme de uno), pérdidas justificadas (el asesinato en masa de los hombres de uno, pero con buenos resultados) y negligencia criminal (asesinato en masa de los hombres de uno sin beneficios considerables).

Estuve tres semanas en aquella sala, viendo cómo se ocupaban de esto; y a cada hora, las distinciones, que poco antes me habían parecido claras, se me volvían cada vez más confusas. Supongo que aquello demostraba lo buenos que eran.

Después de eso, la criminalidad verdadera fue un alivio.

—¿Le preocupa algo? —preguntó Ortega mientras posaba la aeronave camuflada en el aparcamiento frente a la fachada de cristal de las oficinas Prendergast Sánchez Abogados.

—Estaba pensando.

—Pruebe las duchas frías y el alcohol. Conmigo funciona.

Asentí y miré el minúsculo botón de metal que estaba haciendo rodar entre mis índice y pulgar.

—¿Esto es legal?

Ortega levantó una mano y cortó la alimentación básica.

—Más o menos. Pero nadie va a quejarse.

—Bien. Para empezar voy a necesitar cobertura verbal. Usted se encargará de hablar, yo cerraré el pico y me limitaré a escuchar. Después yo la reemplazo.

—Perfecto. Ryker hacía lo mismo. Nunca usaba dos palabras si una bastaba. Se pasaba la mayor parte del tiempo mirando.

—Un poco como Micky Nozawa, ¿no?

—¿Quién?

—No importa.

El ruido de la grava contra la carrocería cesó cuando Ortega apagó los motores. Me estiré en mi asiento y abrí la trampilla que estaba de mi lado. Un hombre corpulento bajó la escalera de caracol del edificio y vino a nuestro encuentro. Llevaba un arma contundente al hombro y unos guantes. Probablemente no era un abogado.

—Tranquilo —dijo Ortega detrás de mí—. Estamos en nuestra jurisdicción. Aquí no podrán hacernos nada.

Cuando el gorila saltó el último escalón y aterrizó en la playa, ella le mostró su credencial. La decepción se hizo visible en su rostro.

—Policía de Bay City, Estamos aquí para ver al señor Rutherford.

—No pueden estacionar aquí.

—Ya está hecho —respondió Ortega—. ¿Vamos a dejar al señor Rutherford esperando?

Hubo un silencio tenso, pero Ortega había evaluado correctamente al hombre. Se contentó con un gruñido y señaló la escalera siguiéndonos a una distancia prudente. Nos llevó un momento llegar hasta la cima y me alegró ver que Ortega llegaba mucho más jadeante que yo.

Atravesamos una pequeña terraza construida con la misma madera que la de la escalera y después de atravesar dos puertas automáticas de cristal, entramos a un vestíbulo decorado como un salón. Había alfombras en el suelo, tejidas con los mismos motivos que mi chaqueta, y carteles a juego en las paredes. Cinco sillones delimitaban la zona de estar.

—¿Puedo ayudarlos?

Era una abogada, no cabía duda. Una rubia bien arreglada, con una falda vaporosa y chaqueta entallada, con las manos metidas cómodamente en los bolsillos.

—Policía de Bay City. ¿Dónde está Rutherford? —preguntó Ortega.

La mujer miró al gorila. Hizo una seña con la cabeza y nos pidió una identificación suplementaria.

—Me temo que Keith está ocupado en este momento. Está en virtual con Nueva York.

—Entonces lo sacaremos del virtual —respondió Ortega con peligrosa suavidad —. Y dígale que la agente que arrestó a su cliente está aquí para verlo. Estoy segura de que le interesará.

—Eso puede llevar cierto tiempo, inspectora.

—No.

La dos mujeres se desafiaron con la mirada, después la abogada apartó la suya. Le hizo una seña al gorila, que se marchó, todavía decepcionado.

—Veré lo que puedo hacer —dijo ella fríamente—. Por favor, esperen aquí.

Esperamos. Ortega de pie frente al gran ventanal, contemplando el mar, yo mirando las obras de arte. Algunas eran muy bellas. Los dos estábamos acostumbrados a trabajar en entornos vigilados, y ninguno dijo nada en los diez minutos que tardó Rutherford en salir de su santuario privado.

—Teniente Ortega, ¿a qué debo esta visita inesperada? No más acosos, espero.

Su voz modulada me recordó la de Miller en la clínica. Cuando levanté la mirada, vi el mismo tipo de funda. Quizá un poco más vieja, con rasgos patriarcales más acentuados, diseñados para inspirar un respeto inmediato en jueces y en jurados, pero el mismo porte atlético.

Ortega ignoró la alusión.

—Le presento al sargento detective Elías Ryker —dijo señalándome con el mentón—. Su cliente acaba de confesar un secuestro y ha proferido amenazas de lesión orgánica de primer grado bajo vigilancia virtual. ¿Le interesa ver las secuencias filmadas?

—No particularmente. ¿Le importaría decirme a qué ha venido?

Rutherford era bueno. Apenas había reaccionado, apenas, pero sí lo suficiente como para que yo lo notara por el rabillo del ojo. Mi mente se puso alerta.

Ortega se apoyó contra el respaldo de un sillón.

—Para ser un hombre que está defendiendo un caso de borrado, demuestra usted una gran falta de imaginación.

Rutherford suspiró teatralmente.

—Usted ha interrumpido una comunicación importante. Supongo que tiene algo que decirme.

—¿Ha oído usted hablar de complicidad retroasociativa de tercer grado? —Hice la pregunta sin apartar la vista del cuadro, y cuando me di la vuelta, me encontré con toda la atención de Rutherford.

—No —dijo tensamente.

—Es una pena, porque si Kadmin cae, usted y los demás socios de Prendergast Sánchez estarán en plena línea de fuego. Y si eso ocurre —abrí los brazos y me encogí de hombros—, empezará la partida de caza. De hecho, puede que ya haya empezado.

—De acuerdo, ya es suficiente —dijo Rutherford llevándose la mano a un emisor que llevaba en la solapa—. No tengo tiempo para jugar con usted. No hay ningún

precedente con ese nombre, y sus palabras están derivando peligrosamente hacia un acoso.

Levanté la voz.

—Sólo quería saber de qué lado prefiere estar, Rutherford. Hay un precedente. Delito de la ONU, aplicado por última vez el 4 de mayo de 2207. Verifíquelo. Me llevó mucho tiempo encontrarlo, pero al final lo hará caer. Kadmin lo sabe y por eso se está desmoronando.

Rutherford sonrió.

—No lo creo, detective.

Volví a encogerme de hombros.

—Lástima. Ya se lo he dicho, verifíquelo. Y decida de qué lado quiere estar. Necesitaremos ayuda desde dentro y estamos dispuestos a pagar por ella. Si no es con usted, Ulán Bator está plagado de abogados que te la chuparían por tener esta oportunidad. —Su sonrisa desapareció por un segundo.

—Así es. Piénseselo —dije haciéndole una seña a Ortega—. Puede encontrarme en Fell Street, como a la teniente. Elías Ryker, conexión extraplanetaria. Puedo asegurarle que todo se está desmoronando… y cuando eso suceda, se alegrará de haberme conocido.

Ortega reaccionó como si hubiese estado haciendo eso toda su vida. Como Sarah lo habría hecho. Se levantó y se encaminó hacia la puerta.

—Nos vemos, Rutherford —dijo lacónicamente mientras llegaba a la terraza.

El gorila estaba allí, sonriendo, con las manos abiertas a ambos lados.

—Y a ti que ni siquiera se te ocurra —añadió Ortega dirigiéndose a él.

Me limité a desplegar la mirada silenciosa, que me habían dicho que Ryker utilizaba con tan gran efecto, y bajé la escalera tras los pasos de mi compañera.

Al regresar a la aeronave, Ortega encendió una pantalla y miró los datos que aparecieron en ella.

—¿Dónde lo ha puesto?

—En el cuadro, sobre la chimenea. En el ángulo del cuadro.

Ortega gruñó.

—Lo encontrarán en un segundo. Y ningún resultado será admisible como prueba.

—Lo sé. Ya me lo ha dicho dos veces. Ésa no es la cuestión. Si Rutherford se tambalea, será el primero en saltar.

—¿Usted cree que se tambalea?

—Un poco.

—Ya —dijo ella mirándome—. Y ¿qué mierda es eso de complicidad retroasociativa de tercer grado?

—Ni idea. Me lo he inventado.

Arqueó las cejas.

—¿Habla en serio?

—Sonaba convincente, ¿verdad? Usted podría haberme hecho un test poligráfico y también lo hubiese pasado. Es un truco básico de las Brigadas. Por supuesto, Rutherford se dará cuenta en cuanto lo verifique, pero el objetivo ha sido alcanzado.

—¿Qué objetivo?

—El de delimitar la arena. Mintiendo uno mantiene al adversario en desequilibrio. Es como pelear en un terreno desconocido. Rutherford ha sido desestabilizado, pero ha sonreído cuando le he dicho por qué Kadmin estaba cediendo —levanté la mirada a través del techo de cristal y miré la fachada del edificio, mientras transformaba mis fragmentos intuitivos en razonamiento—. Me ha parecido particularmente aliviado cuando he dicho eso. No creo que se hubiese traicionado, pero el farol lo había asustado, y saber un poco más que yo sobre algo, le devolvió la estabilidad que necesitaba. Eso significa que sabe por qué Kadmin cambió de comportamiento. Conoce la verdadera razón.

Ortega aprobó con un gruñido.

—Muy bien, Kovacs. Tendría que haber sido policía. ¿Ha notado su reacción cuando le he dado noticias de Kadmin? No estaba sorprendido.

—No. Se lo esperaba. O algo así.

—Sí —dijo ella antes de hacer una pausa—. ¿Éste era su trabajo, pues?

—A veces. Misiones diplomáticas o pesquisas de inmersión profunda. A veces…

Un codazo en las costillas que ella me dio me hizo callar. En la pantalla, una serie de secuencias codificadas se movían como serpientes de fuego azul.

—Allá vamos. Llamadas simultáneas… tiene que hacerlas en virtual para ganar tiempo. Uno, dos, tres… ésta debe de ser a Nueva York, para informar a los asociados *seniors* y… ¡uy!

La pantalla relampagueó y de golpe se apagó.

—Lo han descubierto —dije.

—Lo han descubierto. La conexión de Nueva York debe de tener un detector que elimina toda comunicación próxima a la conexión.

—O lo tiene alguna de las otras conexiones.

Complejo. La nave era regularmente bajada a tierra para descargar a sus clientes saciados y cargar a los nuevos. Se había formado una cola a ambos lados del hangar cuando llegamos, pero Ortega siguió adelante presentando su credencial; y cuando la nave aérea descendió suavemente, fuimos los primeros en embarcarnos.

Me instalé con las piernas cruzadas sobre uno de los cojines. La mesa estaba clavada al casco por un brazo de metal. El puente estaba cubierto con la débil bruma de una pantalla de protección que mantenía una temperatura agradable y protegía de las borrascas. En torno a mí, las rejillas hexagonales del suelo me permitían ver el

mar, un centenar de metros más abajo. Cambié de postura, incómodo. Las alturas nunca han sido mi punto fuerte.

—Lo usaban para seguirle la pista a las ballenas —dijo Ortega, indicando el casco con un gesto—. Antes de que complejos como éste pudieran pagarse el tiempo de satélite. Por supuesto, después del Día de la Comprensión, las ballenas se convirtieron de pronto en una mina de oro para cualquiera que pudiera hablar con ellas. Usted sabe que ellas nos han enseñado casi tanto sobre los marcianos como cuatro siglos de arqueología en Marte. Cristo, ellas se acordaban de su llegada. La memoria de la especie… —Hizo una pausa—. Yo nací el Día de la Comprensión.

—¿De veras?

—Sí. El 9 de enero. Me pusieron el nombre de Kristin en homenaje a una especialista en ballenas australiana que trabajó en el primer equipo de traducción.

—Una bonita historia.

De pronto Ortega se acordó de con quién estaba hablando y se encogió de hombros.

—Cuando somos niños no vemos las cosas de la misma manera. A mí me hubiese gustado llamarme María.

—¿Viene aquí con frecuencia?

—No mucho. Pero pensé que a alguien que viene de Harlan podía gustarle.

—Una buena intuición.

Un camarero se acercó y grabó el menú en el aire frente a nosotros con una holoantorcha. Recorrí rápidamente la lista con la mirada y pedí al azar uno de los cuencos de ramen. Algo vegetariano.

—Buena elección —dijo Ortega haciéndole una seña al camarero—. Yo pediré lo mismo. Y un zumo. ¿Quiere algo para beber?

—Agua.

Nuestra elección, teñida de rosado, brilló fugazmente y el menú desapareció. El camarero se guardó la holoantorcha en el bolsillo y se marchó. Ortega miró a su alrededor, buscando un tema neutro de conversación.

—Esto… ¿y tienen lugares parecidos a éste en Millsport?

—En la superficie, sí. Pero no tenemos muchas construcciones aéreas.

—¿No? Millsport es un archipiélago, ¿verdad? Pensaba que las aeronaves eran…

—¿Una solución ideal para la escasez de vivienda? Sí, puede que así sea, pero creo que se está olvidando de algo —levanté los ojos al cielo—. No estamos solos.

Ella comprendió.

—¿Los orbitales? ¿Son hostiles?

—Mmm. Digamos que son caprichosos. Suelen derribar todo lo que vuela y cuyo volumen sea mayor que el de un helicóptero. Y como nadie ha podido nunca acercarse a ellos, ni desde luego subirse a uno, no podemos saber exactamente cuáles son sus parámetros de programación. De modo que optamos por la seguridad y no volamos mucho.

—Eso debe provocar dificultades en el tráfico interplanetario.

Afirmé con la cabeza.

—En realidad, sí. Pero tampoco hay tanto tráfico. Ningún otro planeta es habitable en el sistema, y aún estamos demasiado ocupados en explorar Harlan para ocuparnos de la terraformación. Algunas sondas de exploración, los transbordadores de mantenimiento de las plataformas, importación de algunos elementos exóticos excavados, eso es todo. Hay dos ventanas de lanzamiento, una por la tarde junto al ecuador y una al alba en el polo. Al parecer dos orbitales debieron de estrellarse o quemarse, dado que dejaron agujeros en la red de contención —hice una pausa—. O quizá alguien los derribó.

—¿Alguien? ¿Alguien no marciano, quiere decir?

Alargué los brazos.

—¿Por qué no? Todo lo que encontraron en Marte estaba destruido o enterrado. O tan bien disfrazado que nos pasamos décadas estudiándolo antes de darnos cuenta de lo que era. Lo mismo ha pasado en la mayoría de las colonias. Todos los indicios hacen suponer que allí hubo conflictos.

—Pero los arqueólogos dicen que fue una guerra civil, una guerra colonial.

—Sí, claro —crucé los brazos y me senté de nuevo—. Los arqueólogos dicen lo que el Protectorado les dice que digan. Por ahora está de moda deplorar la tragedia de los dominios marcianos a causa de las luchas internas y su extinción por el camino de la barbarie. Es como una advertencia para los demás. «No hay que rebelarse contra los gobernantes legítimos, por el bien de toda la civilización».

Ortega miró nerviosamente a su alrededor. En algunas mesas cercanas la conversación se había interrumpido. Dirigí una amplia sonrisa a nuestros espectadores.

—¿Le importa que hablemos de otra cosa? —preguntó Ortega, incómoda.

—En absoluto. Háble me de Ryker.

El malestar se transformó en una inmovilidad helada. Ortega apoyó las manos abiertas sobre la mesa y se las miró.

—No —dijo finalmente.

—Perfecto —miré las nubes evitando posar los ojos en el mar, lejano, abajo—. Aunque creo que en realidad quiere hacerlo.

—Muy masculino.

Llegó la comida y comimos en silencio, interrumpido solamente por los ruidos tradicionales del tragar. Pese al desayuno perfectamente equilibrado del Hendrix, descubrí que estaba hambriento. La comida había provocado en mí un hambre más intensa que las necesidades de mi estómago. Ya había vaciado mi cuenco antes de que Ortega llegara a la mitad del de ella.

—¿Está bueno? —preguntó sonriendo.

Asentí, tratando de eliminar los recuerdos asociados con el ramen, pero no quería recurrir al entrenamiento de las Brigadas y estropear la sensación de saciedad de mi

estómago. Miré la mesa de metal, los pórticos y el cielo sobre mi cabeza.

Me sentía plenamente satisfecho, como en el momento en que Míriam Bancroft me había dejado en el Hendrix.

El teléfono de Ortega sonó. Lo sacó del bolsillo y respondió mientras comía.

—Sí. Ajá, bien. No, iremos —sus ojos se cruzaron fugazmente con los míos—. ¿De veras? No, deja ése también. Puede esperar. Sí, gracias Tak. Te debo un favor.

Volvió a guardar el teléfono y siguió comiendo.

—¿Buenas noticias?

—Depende del punto de vista. Han localizado dos llamadas locales. Una a un lugar de Richmond donde se celebran combates a muerte, un sitio que conozco. Iremos a ver.

—¿Y la otra?

Ortega me miró, terminó de masticar y tragó.

—La otra era el número de un residente que no figura en el listín. La mansión de Bancroft. Suntouch House. ¿Qué me dice?

Capítulo 19

El lugar de que había hablado Ortega era un antiguo buque de carga, amarrado al Norte de la Bahía, junto a algunas hectáreas de depósitos abandonados. El buque debía de tener medio kilómetro de eslora, con seis compartimentos visibles entre la proa y la popa. El de atrás estaba abierto. Visto desde arriba, el navío era de un naranja uniforme, debido probablemente a la herrumbre…

—No se deje engañar —gruñó Ortega mientras lo sobrevolamos—. Han polimerizado todo el casco. Ahora se necesitaría un proyectil de carga hueca para hundirlo.

—Debe de haber costado una fortuna.

Se encogió de hombros.

—Disponen de fondos.

Nos posamos en el muelle. Ortega apagó los motores y se inclinó hacia mí para mirar la superestructura del navío, que a primera vista parecía desierto. Me aparté, molesto por el contacto de su torso delgado con mis rodillas y mi estómago un poco demasiado lleno. Ella captó el movimiento, se dio cuenta de lo que estaba haciendo y volvió a enderezarse.

—No hay nadie —dijo con cierta torpeza.

—Así parece. ¿Vamos a ver?

Salimos al viento habitual de la bahía para dirigirnos hacia una pasarela de aluminio que conducía a la popa de la nave. La superficie estaba descubierta, la atravesé sin apartar la vista de las cuerdas y la torre del puente. Nada se movía. Apreté mi brazo izquierdo contra el cuerpo para asegurarme de que la pistolera de Fibregrip no se había movido, como solía pasar con los modelos baratos.

Con la Nemex estaba seguro de poder dispararle a cualquier idiota que nos atacara.

Pero no fue necesario. Llegamos al final de la pasarela sin ningún problema. Una pequeña cadena colgaba de la entrada con un cartel escrito a mano que decía:

ROSA DE PANAMÁ
COMBATE ESTA NOCHE - 22 horas
PRECIO DOBLE EN TAQUILLA

Levanté el rectángulo de latón.

—¿Está segura de que Rutherford llamó aquí?

—Ya se lo he dicho, no se deje engañar —dijo Ortega descolgando la cadena—. La lucha es chic. La brutalidad está de moda. La última temporada eran los carteles de neón, pero eso ya está pasado. Este lugar es una pocilga muy a la última. Sólo hay tres o cuatro iguales en todo el planeta. En estos *rings*, los combates no son retransmitidos. Nada de holos, ni de televisión. Bueno, ¿viene conmigo?

—Extraño.

La seguí por el pasillo pensando en los combates a los que había asistido cuando era más joven. En Harlan todas los combates eran transmitidos. Siempre se batían todos los récords de audiencia.

—¿El público no aprecia este deporte?

—Sí, desde luego que sí —a pesar de la distorsión provocada por el eco del pasillo, podía percibir el disgusto en la voz de Ortega—. La gente nunca está satisfecha. Así es como funciona esta farsa. Primero instituyen el Credo…

—¿El Credo?

—Sí, el «Credo de la pureza» o una mierda de ese estilo. ¿Nadie le ha dicho nunca que interrumpir es de mala educación? El Credo establece que para apreciar mejor un combate, hay que verlo en directo. Que es mucho mejor que verlo en la Red. Tiene más estilo. Así, el número de plazas es limitado y la demanda, planetaria. Las entradas son muy codiciadas, y por lo tanto muy caras, lo cual las vuelve más codiciadas todavía, y cualquiera que piense en ellas ayuda a impulsar la espiral hasta el infinito.

—Inteligente.

—Sí, inteligente.

Salimos a un puente azotado por el viento. A cada lado, los techos de dos de los compartimentos parecían unas verrugas de acero en la piel de la nave. Más allá del último, el puente se elevaba hasta el cielo y parecía totalmente desconectado del casco sobre el que estábamos. Sólo las cadenas de una grúa de carga chirriaban con el viento.

—La última vez que estuve aquí —dijo Ortega levantando la voz para hacerse oír a pesar del viento—, fue porque algún desgraciado cazador de noticias de World Web One había tratado de introducir implantes de grabación durante una final. Lo arrojaron a la bahía. No sin antes haberle arrancado los implantes con una tenaza.

—¡Qué amables!

—Ya le he dicho, es un lugar con clase.

—¡Qué halagador! No sabría cómo responder a todos estos elogios, teniente…

La voz había surgido de unos altavoces oxidados instalados en dos postes a lo largo de la barandilla. Mi mano se deslizó hacia la culata de la Nemex y mi visión se transformó en un escáner periférico de velocidad casi dolorosa. Ortega me hizo una seña casi imperceptible con la cabeza y miró hacia el puente. Los dos recorrimos la superestructura en direcciones opuestas, coordinándonos sin decirnos una palabra. Pese a la tensión, esa simetría inesperada me produjo un estremecimiento de placer.

—No, por ahí no —dijo la voz metálica, relegada esta vez a los altavoces de popa.

Las cadenas de una grúa de carga se pusieron en marcha, levantando algo de una de las estancias. Dejé mi mano sobre la Nemex. Por encima de nosotros el sol asomaba por entre las nubes.

La cadena terminaba en un enorme gancho de metal. Quien nos había hablado se había acomodado en él, en una mano tenía un micrófono antiguo, la otra estaba apoyada sobre la cadena. Llevaba un traje gris mal cortado que se agitaba al viento, su pelo brillaba bajo un solitario rayo de sol. Entorné los ojos para verlo mejor: un sintético, un sintético barato.

La grúa viró sobre los techos de los diferentes compartimentos y el sintético bajó suavemente. Nos miró.

—Elías Ryker —dijo, moviendo la cabeza—. Creíamos que no volveríamos a verlo. La legislatura tiene corta memoria.

Su voz chirriaba más que a través del altavoz. Alguien había hecho un trabajo desastroso con sus cuerdas vocales.

—¿Matanza? —preguntó Ortega levantando una mano para protegerse del sol—. ¿Es usted?

El sintético se meneó un poco y metió el micrófono del megáfono en su chaqueta.

—Emecee Matanza, a su servicio, agentes. ¿Qué hemos hecho hoy?

No dije nada. Después de todo, se suponía que debía conocer a aquel tipo, y no sabía lo suficiente como para manejarme con él en aquel momento. Recordando lo que Ortega me había dicho, le clavé la vista esperando imitar a Ryker lo mejor posible.

El sintético llegó al borde de la cubierta y saltó. De cerca, advertí que no sólo su voz era rudimentaria. La calidad de su cuerpo distaba tanto de la del sintético de Trepp que ambas fundas no merecían el mismo nombre. Por un momento me pregunté si era una especie de antigüedad. Su cabellera negra era espesa y nacarada, tenía la cara siliconada y en el blanco de sus ojos celeste claro se veía un logo. El cuerpo parecía sólido, quizá demasiado, y los brazos, similares a serpientes, tenían un problema de estructura. Las manos eran totalmente lisas. El sintético levantó una de sus palmas sin líneas, como para una inspección.

—¿Y bien? —inquirió amablemente.

—Se trata de un control de rutina, Matanza —dijo Ortega—. Hemos recibido algunas amenazas de bomba para el combate de esta noche. Y hemos venido a ver.

—Como si nuestro bienestar les importara.

—Bueno —dijo Ortega sin inmutarse—, le he dicho que se trata de un control de rutina.

—Entonces, síganme —suspiró el sintético mirándome—. ¿Qué pasa con él? ¿Ha perdido las facultades del habla en el almacenamiento?

Lo seguimos hacia la popa de la nave y la fosa formada por el techo abierto hacia atrás del último compartimento. Miré a mi alrededor. Un *ring* circular rodeado de filas de asientos de metal y plástico. Algunos reflectores colgaban de unas cuerdas sobre el lugar del combate, sin ningún sistema de telemetría. Un hombre, arrodillado en el centro, pintaba algo con la mano. Nos miró y sonrió.

—Está en árabe —explicó Matanza—. Para esta temporada hemos elegido como tema las acciones policiales del Protectorado. Esta noche, Sharya… Los Mártires de la Mano Derecha de Dios contra los marines del Protectorado. Serán duelos a cuchillo y ninguna hoja podrá superar los diez centímetros.

—Un verdadero baño de sangre —suspiró Ortega.

El sintético se encogió de hombros.

—Es lo que el público quiere. Para eso paga. Con una hoja de diez centímetros es posible causar una herida mortal. Aunque es difícil. Se trata de un verdadero desafío. Por aquí…

Pasamos por una pequeña pasarela del casco, nuestros pasos retumbaron alrededor.

—Supongo que primero querrán ver los *rings* —gritó Matanza para sobreponerse al eco.

—No, primero veamos los tanques —sugirió Ortega.

—¿De veras? —Aunque su voz sintética de mala calidad no dejaba entrever sus emociones, Matanza parecía estarse divirtiendo—. ¿Está segura de que está buscando una bomba, teniente? El *ring* sería el lugar ideal para…

—¿Tiene algo que esconder, Matanza?

El sintético se volvió hacia mí, intrigado.

—Para nada, detective Ryker. Vayamos a los tanques, pues. Y bienvenido a la conversación. ¿Estaba frío el almacenamiento? Imagino que usted nunca esperó encontrarse allí.

—Ya está bien —interrumpió Ortega—. Llévenos a los tanques y déjese de cháchara.

—Cómo no, por supuesto. Siempre hemos cooperado con la ley. Además, nuestra empresa está legalmente…

—Sí, claro —dijo Ortega para cortarlo—. Llévenos a los tanques.

Recuperé mi aspecto de peligroso.

Fuimos hasta allí en una especie de trenecito electromagnético que recorría el casco, atravesaba otros dos compartimentos, también con *rings,* cubiertos con fundas de plástico. Al llegar al otro extremo pasamos por la compuerta de desinfección sónica. Las instalaciones parecían mucho más sucias que las de PsychaSec, pero la puerta de metal negro se abrió dejando ver un inmaculado interior blanco.

—La imagen no nos preocupa —explicó Matanza—. El low-tech está muy bien para los negocios y los espectadores, pero detrás…, no se puede hacer una tortilla sin un poco de aceite en la sartén.

La sala de delante era gigantesca y estaba helada, sombríamente iluminada y de tecnología agresiva. A diferencia de la tenue luz del mausoleo de Bancroft en PsychaSec, que mostraba de forma suave y elegante las posibilidades de la riqueza, o de las salas de reenfundado en las instalaciones de almacenamiento de Bay City, con su financiación mínima para ciudadanos que merecían lo mínimo, los bancos de

cuerpos del *Rosa de Panamá* deslumbraban por su poder. Los tanques de almacenaje estaban colocados como torpedos a nuestro alrededor, conectados a un sistema de control mediante unos grandes cables negros que se deslizaban por el suelo como pitones. La unidad de vigilancia se cernía sobre nuestras cabezas como un altar en honor de alguna desagradable divinidad arácnida. Nos acercamos por una pasarela de metal suspendida veinticinco centímetros por encima de los paralizados cables de datos. Detrás teníamos los cristales cuadrados de dos tanques de trasvase. El de la derecha contenía una funda flotando a contraluz, y crucificada por los cables de control.

Era como entrar en la catedral ándrica de Newpest…

Al llegar a la unidad central, Matanza estiró los brazos, imitando la funda del tanque de arriba.

—¿Por dónde les gustaría empezar? Presumo que han traído un equipo sofisticado para detectar explosivos.

Ortega lo ignoró. Se arrimó al tanque de trasvase y contempló sus matices glaucos.

—¿Es la de una de las putas de esta noche? —preguntó.

Matanza resopló.

—Podríamos decir que sí. Quisiera que comprendiera la diferencia entre lo que venden en las tiendas baratas de la costa y lo que nosotros ofrecemos.

—Yo también —respondió Ortega con la mirada puesta aún en el cuerpo—. ¿Y éste de dónde viene?

—¿Cómo podría saberlo? —preguntó Matanza examinando sus uñas con atención —. Bah, podríamos encontrar la factura, si usted insiste. Por su aspecto diría que es de Nippon Organics o de uno de los países del Pacífico. ¿Tiene alguna importancia?

Me acerqué al tanque y contemplé la funda. Era un cuerpo delgado, de aspecto curtido y marrón, de ojos japoneses delicadamente estirados y pómulos harto prominentes, manos largas de artista y una musculatura para el combate rápido. Sus cabellos negros y largos flotaban como algas en el líquido del tanque.

Era el tipo de cuerpo tech-ninja que yo soñaba tener a los quince años, en los días lluviosos de Newpest. No era muy distinto de la funda que yo había tenido en Sharya, o la que me había comprado con mi primer contrato importante en Millsport, la funda con la que había encontrado a Sarah.

Era como mirarme al espejo. De pronto me encontré exiliado en una carne caucásica, en el lado equivocado del espejo.

Matanza se acercó y golpeó el cristal.

—¿Le gusta, sargento Ryker? —Y como no dije nada, continuó—. Estoy seguro de que sí, alguien como usted, con su hambre de… en fin, de pelea. Las características de esta funda son notables. Chasis reforzado, huesos articulados de médula alear cultivada con ligamentos de polibond, tendones reforzados con carbono, neuroestimulador Khumalo…

—Yo también tengo un neuroestimulador —dije por decir algo.

—Lo sé todo sobre su neuroestimulador, detective Ryker —me replicó, y, pese a la mala calidad de su voz, creí percibir en ella un irónico placer—. Fue escaneado cuando estaba almacenado. Se habló de la posibilidad de comprarlo, ¿lo sabía? Físicamente, quiero decir. Su funda podría haber sido utilizada en un combate de humillación. Un combate arreglado, se entiende, aquí nunca se nos hubiese ocurrido permitir uno verdadero. Hubiese sido un crimen —Matanza hizo una pausa cargada de dramatismo—. Pero luego se decidió que los combates de humillación no se correspondían con… el espíritu de este lugar. De poca clase, ¿me explico? No hubiese habido una respuesta real. Qué pena. Con tantos amigos como usted tiene, hubiésemos llenado la sala.

En realidad no lo estaba escuchando, pero al percatarme de que Ryker era insultado, me volví para lanzarle a Matanza una mirada que debió de resultar la apropiada.

—Pero me estoy apartando del tema —el sintético retomó el hilo—. Lo que quiero decir es que su neuroestimulador es para el sistema lo que mi voz para la de Anchana Salomao. Este cuerpo posee un neuroestimulador Khumalo, patentado por Cape Neuronics el año pasado. Un desarrollo que tiene casi una dimensión espiritual… Nada de amplificadores sinápticos químicos, ni de servochips o cables implantados. El sistema crece con el organismo y responde directamente al pensamiento, tome nota, detective. Los otros mundos no tienen el derecho de procurárselo, y en la ONU están pensando en imponer un embargo colonial de diez años, pero yo dudo de la eficacia de semejante…

—Matanza —interrumpió Ortega detrás de él, impaciente—, ¿por qué no han trasvasado aún al otro luchador?

—Pero si estamos haciéndolo, teniente —dijo Matanza agitando una mano hacia los tubos de la izquierda.

El ruido de maquinaria pesada llegó desde atrás. Escruté la penumbra y distinguí un elevador automático rodando frente a la fila de contenedores. Se detuvo y sus horquetas se alzaron para sujetar un tanque y sacarlo de su lugar mientras los servos pequeños desconectaban los cables. Una vez completada la separación, la máquina se retiró lentamente, después viró hacia el tanque de trasvase vacío.

—El sistema es totalmente automático —comentó Matanza.

Debajo del tanque, vi una fila de tres orificios circulares, como las portillas de descarga de un acorazado. El elevador se elevó haciendo ruido de pistones, e introdujo el tubo en el orificio central. El tubo encajó perfectamente y giró noventa grados antes de que una tapa de acero se cerrara sobre él. Una vez completada su tarea, el elevador volvió a bajar y el motor se apagó.

Miré el tanque.

La operación, que me pareció larga, en realidad duró menos de un minuto. Una trampilla se abrió en el suelo y de ella brotó una nube de burbujas plateadas. Detrás

de ellas apareció el cuerpo. Por un momento permaneció como un feto, agitado por las corrientes, después sus brazos y piernas comenzaron a desplegarse, ayudados por los cables de control conectados a los puños y los tobillos. Sus huesos eran más pesados que los de la funda Khumalo, su cuerpo más robusto y musculoso, pero de un color similar. Su cara maciza con su perfil de halcón se volvió lentamente hacia nosotros.

—Un Mártir de la Mano Derecha de Dios —explicó Matanza encantado—. En realidad no es así, pero corresponde a ese tipo de raza, además posee un auténtico sistema de respuesta mejorada «Voluntad de Dios» —echó un vistazo al otro tanque —. Los marines en Sharya eran de todas las razas, pero había muchos japoneses que hacían que nuestra puesta en escena fuera creíble.

—¿Y dónde está el desafío? —pregunté—. Un neuroestimulador último modelo contra una biomecánica shariana de un siglo de antigüedad.

El rostro de silicona de Matanza se estremeció con una sonrisa.

—Todo dependerá de los luchadores. Dicen que hace falta un poco de tiempo para adaptarse al Khumalo y, para ser honestos, no siempre gana la mejor funda. La victoria es una cuestión de psicología. De resistencia, de tolerancia al dolor…

—De brutalidad —añadió Ortega—. De falta de empatía.

—Ese tipo de cosas —corroboró el sintético—. Todo lo que hace las cosas excitantes, obviamente. Si esta noche vienen, teniente, detective, estoy seguro de que podremos encontrarles dos asientos detrás.

—¿Usted será el presentador?

Podía oír el lenguaje rico en imágenes que utilizaba Matanza y que se derramaba desde los altavoces, ver el *ring* mortal bajo una luz blanca, las exclamaciones de la multitud en la penumbra de las tribunas, el olor a sudor y el morbo de la sangre.

—Por supuesto —contestó Matanza entornando los ojos—. No ha estado ausente tanto tiempo, ¿sabe?

—¿Y si vamos a buscar las bombas? —dijo Ortega.

Nos llevó casi una hora inspeccionar toda la estancia, buscando bombas imaginarias, bajo la pícara mirada de Matanza. Arriba, las dos fundas destinadas a destrozarse en el *ring* nos dominaban desde lo alto de sus matrices de cristal; su presencia, pese a los ojos cerrados y los rostros soñadores, no era menos contundente.

Capítulo 20

Ortega me dejó en Mission Street cuando la noche caía ya sobre la ciudad. Durante el vuelo de regreso no había abierto la boca. Pensé que le pesaba tener que recordar que yo no era Ryker. Pero cuando me dio golpecitos en la espalda al salir de la aeronave, se rió.

—Quédese cerca del Hendrix mañana —me dijo—. Hay alguien con quien quiero que hable…, pero llevará algo de tiempo organizar ese encuentro.

—De acuerdo —respondí.

—Kovacs…

Me di la vuelta. Se había inclinado para mirarme desde la puerta abierta. Apoyé un brazo sobre la carrocería y levanté la mirada hacia ella. Se produjo una larga pausa durante la cual sentí que me empezaba a subir la adrenalina.

—¿Sí?

Vaciló de nuevo un instante:

—Matanza escondía algo, ¿no es cierto?

—Por la forma en que hablaba, creo que sí.

—Es lo que yo pensaba —dijo pulsando la consola de control. (La puerta comenzó a cerrarse)—. Hasta mañana.

Observé alejarse la nave en el cielo y suspiré. Estaba convencido de que haber ido a ver a Ortega había sido una buena decisión, pero no esperaba que fuera tan duro. Entre ella y Ryker la química debía de haber sido devastadora. Recordaba haber leído en alguna parte que las primeras feromonas de dos cuerpos que se atraen experimentan una especie de codificación: cuanto más tiempo permanecen cerca esos cuerpos, más estrecha es su unión. Ninguno de los bioquímicos interrogados comprendía el proceso, pero se habían realizado algunos experimentos en los laboratorios, que habían tenido como resultado algunos compuestos mixtos, uno de ellos, la enfatina y sus derivados.

Mercancía química. Todavía me estaba recuperando del cóctel del cuerpo de Míriam Bancroft y no necesitaba aquello.

No lo necesito, me repetí, en términos bien claros.

Sobre las cabezas de los peatones, vi el holograma del guitarrista zurdo que flotaba en la entrada del Hendrix. Volví a suspirar y me puse de nuevo en marcha.

A mitad de camino, un vehículo automático pasó cerca de mí. Se parecía un poco a los robots que limpiaban las calles de Millsport, de modo que no le presté atención. A los pocos segundos había sido atrapado por el repertorio.

… De las casas de las casas de las casas de las casas de las casas de las casas…

Las voces gruñían y murmuraban, masculinas y femeninas, mezcladas. Era como un coro en pleno orgasmo. Era imposible escapar a las imágenes, que cubrían una

amplia gama de preferencias sexuales. Un torbellino de fugaces impresiones sensoriales.

Verdaderos…

Entero…

Reproducción sensorial…

A medida…

Y como para confirmar esto último, las imágenes, aleatorias al principio, se transformaron en una secuencia rápida de distintas combinaciones heterosexuales. Debían de haber analizado mis reacciones y actuado en consecuencia. Todo era muy high-tech.

La transmisión cesó con un número de teléfono en letras brillantes acompañado por un pene erecto en las manos de una morena de pelo largo y una sonrisa de labios rojos. La mujer miró la cámara. Podía sentir sus dedos.

—*Despistado* —murmuró—. *Así es. A lo mejor no puede subir aquí, pero seguramente puede permitirse esto*.

Bajó la cabeza y sus labios se deslizaron sobre el pene. Como si fuera el mío. Después la larga cabellera oscura fue cubriendo toda la imagen. Me encontré otra vez en la calle, cubierto por una delgada capa de sudor. El vehículo automático siguió su ruta. Algunos de los peatones más despabilados se alejaron rápidamente del radio de alcance de su transmisor.

Advertí que podía recordar con sorprendente nitidez el número de teléfono.

El sudor se transformó en escalofríos. Aflojé los hombros y retomé mi camino, tratando de evitar las miradas de la gente a mi alrededor. Estaba casi en plena marcha de nuevo cuando un espacio se abrió entre los paseantes delante de mí y vi la limusina larga estacionada frente de las puertas del Hendrix.

Los nervios impulsaron mi mano hacia la culata de la Nemex, después me di cuenta de que se trataba del vehículo de Bancroft. Exhalé, di toda la vuelta a la limusina y vi que la cabina del conductor estaba vacía. Todavía estaba preguntándome qué hacer cuando la puerta de atrás se abrió y apareció Curtis.

—Tenemos que hablar, Kovacs —dijo con un tono viril que me puso al borde de un ataque de histeria—. Hay que tomar decisiones.

Lo miré de arriba abajo. Su postura y su actitud dejaban ver un mejoramiento químico. Decidí seguirle la corriente.

—Por supuesto. ¿En la limusina?

—Ahí estaremos muy apretados. ¿Qué tal si vamos a su habitación?

Entrecerré los ojos. Había una indiscutible hostilidad en el tono del conductor, y un innegable bulto eréctil bajo su impecable librea. De acuerdo, yo también tenía un bulto similar, aunque ya estaba desentumeciéndose, pero la limusina de Bancroft estaba protegida de las transmisiones. La morena no era la causante del suyo.

Señalé la entrada del hotel.

—Está bien, vamos.

Las puertas se abrieron y el Hendrix se despertó.

—Buenas tardes, señor. No tiene visitas esta tarde…

Curtis resopló.

—Desilusionado, ¿no es cierto, Kovacs?

—… ni llamadas desde que se marchó —continuó el hotel—. ¿Desea que esta persona sea admitida como invitado?

—Sí. ¿Hay un bar?

—He dicho en su habitación —gruñó Curtis detrás de mí, después soltó un gemido al golpearse la tibia con una de las mesas bajas del vestíbulo.

—El Midnight Lamp se encuentra en esta planta —dijo el hotel—. Pero nadie lo ha usado en mucho tiempo.

—He dicho…

—Cállese Curtis. «Nunca la primera noche», ¿no le dice nada? El Midnight Lamp me parece bien. Encienda las luces.

Al otro lado del vestíbulo, junto a la consola de control, un amplio segmento de la pared se corrió hacia un lado, las luces se encendieron en el espacio de atrás. Me acerqué, con Curtis gruñendo detrás de mí, y levanté la mirada hacia la escalera pequeña que conducía al bar.

—Estaremos muy bien. Venga.

La imaginación del decorador del Midnight Lamp dejaba mucho que desear. Las paredes con remolinos psicodélicos azules y violeta estaban plagadas de relojes que marcaban las doce o las doce menos algo, entremezclados con todo tipo de lámparas, de todas las formas, desde las prehistóricas de arcilla hasta los cilindros luminosos de degradación de enzimas. Había algunos bancos y mesas con forma de cuadrantes de relojes y en el centro de la habitación una barra circular con forma de esfera. Un robot hecho enteramente de relojes y lámparas esperaba inmóvil justo en las doce.

La ausencia de otros clientes volvía el lugar más extraño aún. Sentí que Curtis se serenaba un poco.

—¿En qué puedo servirles, caballeros? —preguntó la máquina de forma inesperada.

No tenía un parlante visible. Su rostro era un antiguo reloj analógico con agujas barrocas tipo pata de araña y los números de las horas eran romanos. Algo nervioso, me volví hacia Curtis, cuyo rostro mostraba signos de obligada sobriedad.

—Vodka —dijo, lacónico—. Helado.

—Y un *whisky*. De la misma marca que el de mi habitación. Y a temperatura ambiente, por favor. Anótelos en mi cuenta.

La cara de reloj se inclinó apenas y un brazo articulado se alargó para coger unos vasos del estante de arriba. El otro brazo, que terminaba en forma de lámpara, vertió las bebidas en los vasos.

Curtis bebió un buen trago de su vodka. Tomó aire y emitió un gruñido de satisfacción. Yo bebí de mi vaso, un poco más circunspecto, preguntándome cuánto

tiempo habría pasado desde la última vez que el líquido discurriera por los tubos y las llaves del bar. Mis miedos resultaron no tener fundamento, de modo que bebí sin prevenciones y dejé que el *whisky* invadiera mi estómago.

Curtis posó su vaso.

—¿Podemos hablar, ahora?

—De acuerdo, Curtis —dije lentamente, mirando mi vaso—. Supongo que tiene un mensaje para mí.

—Sí —dijo irritado—. La señora pregunta si aceptará su generosa oferta o no. Sólo eso. Yo debo darle tiempo para que usted reflexione, de modo que voy a acabar mi trago…

Contemplé una lámpara de arena marciana que colgaba de la pared opuesta. Comenzaba a entender el humor de Curtis.

—Nos hacemos los duros para defender el territorio, ¿no?

—No me busque, Kovacs —dijo al borde de un ataque de nervios—… Una palabra de más, y…

—¿Y qué?

Dejé el vaso en la mesa y le hice frente. Tenía menos de la mitad de mi edad subjetiva, un tipo joven y musculoso, químicamente convencido de que era peligroso. Me recordaba tanto a mí cuando tenía su edad que parecía una locura.

Había que sacudirlo un poco.

—¿Y qué? —repetí.

Curtis tragó saliva.

—Yo estuve en los marines provinciales.

—¿De mascota? —Casi le doy un empujón, pero recapacité, avergonzado. Bajé la voz—. Escúcheme Curtis, no nos metamos en esto.

—Usted se cree un duro, ¿no es cierto?

—No se trata de eso…, Curtis —casi lo llamo cretino. Parecía como si una parte de mí quisiera pelear como fuese—. Pertenecemos a dos especies diferentes. ¿Qué enseñan los marines provinciales? ¿La lucha cuerpo a cuerpo? ¿Las veintisiete maneras de matar a un hombre con las manos? Tal vez, pero más allá de todo esto, usted todavía sigue siendo un hombre. Y yo soy un miembro de las Brigadas, Curtis. No es lo mismo.

Vino a por mí de todas formas, con un golpe directo que supuestamente debía distraerme mientras me lanzaba una patada a la cabeza. Era un buen intento, de haberlo conseguido, pero había sido tan desesperadamente aparatoso. Tal vez era toda la química que se había tomado. En una pelea de verdad nadie lanzaba una patada por encima de la cintura. Esquivé el golpe y la patada con un solo movimiento y le cogí el tobillo. Un retorcimiento seco y Curtis perdió el equilibrio y se desplomó sobre la barra del bar. Le aplasté la cara contra la superficie brillante y se la mantuve así, agarrándolo del pelo.

—¿Entiendes a lo que me refiero?

Hizo unos ruidos sordos y se debatió un poco mientras el barman de cara de reloj permanecía inmóvil. La sangre de su nariz rota se derramaba sobre la superficie de la barra. Estudié las formas que dibujaba, concentrado. La resistencia que estaba oponiendo a mi entrenamiento me hacía casi jadear.

Lo agarré del brazo derecho y se lo levanté por detrás de la espalda. Dejó de debatirse.

—Bien. Ahora o te quedas quieto o te lo rompo. No estoy para bromas —mientras hablaba, lo palpé rápidamente. En el bolsillo interior de su chaqueta encontré un pequeño tubo de plástico—. Ajá, ¿qué delicias nos hemos inyectado en el sistema esta noche? Deben de ser amplificadores de hormonas, a juzgar por el tamaño de la erección.

Levanté el tubo contra la luz y vi miles de destellos en su interior.

—Formato militar. ¿Dónde has conseguido esto, Curtis? ¿Te lo regalaron los marines?

Seguí palpando y di con el sistema de inyección: una diminuta pistola con una recámara y una bobina magnética. Bastaba con introducir los cristales en la recámara y cerrarla. El campo magnético los alineaba y el acelerador los escupía a velocidad de penetración.

No era muy distinta a la pistola de Sarah. Para los médicos de combate era una buena, y por lo tanto muy popular, alternativa a los hipoesprays.

Levanté a Curtis y lo empujé de nuevo. Logró mantenerse de pie, se tocaba la nariz y me miraba.

—Levanta la cabeza para parar la hemorragia —dije—. No voy a hacerte daño.

—*Hijo de huta.*

Le mostré los cristales y la pequeña pistola.

—¿De dónde has sacado esto?

—*Tchúpame a'polla, Kovacs.*

Curtis echó la cabeza hacia atrás tratando a la vez de mirarme. Sus ojos daban vueltas en sus cuencas como los de un caballo desquiciado.

—*Nof fienso decirfe abfsolutamente nadfa.*

—Perfecto —dije, dejando el tubo en la mesa—. Entonces déjame decirte algo. ¿Te interesa saber cómo forman a un miembro de las Brigadas? Agarran su psique y le borran los mecanismos de limitación de violencia. Las señales de reconocimiento de sometimiento, las dinámicas de jerarquía, las lealtades de grupo. Todo esto lo sintonizan neurona a neurona; luego, lo reemplazan todo por la voluntad consciente de herir.

Me miró en silencio.

—¿Me entiendes? Para mí hubiese sido mucho más fácil matarte. He tenido que hacer un esfuerzo para refrenarme. Así son los miembros de las Brigadas, Curtis. Humanos reensamblados. Artificios.

El silencio se prolongó. No había manera de saber si comprendía o no. Pensé en el joven Takeshi Kovacs en Newpest, un siglo y medio atrás. No, no comprendía, sin duda. A esa edad, semejante descripción me habría parecido un sueño de poder hecho realidad.

Me encogí de hombros.

—En caso de que aún no lo hayas adivinado, la respuesta a la pregunta de la dama es no. No me interesa. Esto debería alegrarte, y sólo te ha costado la nariz rota. Si no te hubieses metido tanta química, te hubiese costado menos. Dile que se lo agradezco, que aprecio su oferta pero que aquí están pasando muchas cosas como para que me detenga. Dile que empiezo a pasarlo bien.

Una tos leve resonó en la entrada del bar. Levanté la mirada y vi una figura trajeada.

—¿Molesto? —inquirió el mohicano.

Su voz era pausada y tranquila. No era uno de esos pesados de Fell Street.

Cogí mi vaso de la barra.

—Para nada, agente. Venga y únase a la fiesta. ¿Qué desea tomar?

—Ron de alta graduación —dijo el poli dirigiéndose hacia nosotros—. Si es que hay. Un vaso pequeño.

Levanté un dedo hacia el cara de reloj. El barman sacó un vaso cuadrado y lo llenó de un líquido rojo oscuro. El mohicano pasó frente a Curtis, le lanzó una mirada curiosa y cogió el trago.

—Gracias —dijo bebiendo un sorbo e inclinando la cabeza—. No está mal. Me gustaría intercambiar unas palabras con usted, Kovacs. En privado.

Ambos miramos a Curtis. El chófer me lanzó una mirada llena de odio, pero el recién llegado apaciguó la confrontación. El poli indicó la salida con el mentón.

Curtis se marchó, tocándose todavía la nariz. El mohicano lo siguió con la mirada hasta que desapareció, después se volvió hacia mí.

—¿Usted le ha hecho eso?

Asentí.

—Me provocó. Se vio superado por la situación. Pensaba que estaba protegiendo a alguien.

—Pues me alegra que no me proteja a mí.

—Como he dicho, se vio superado por la situación. Y mi reacción ha sido desproporcionada.

—Bueno, no necesita explicármelo —dijo el poli apoyándose contra la barra y mirando alrededor con interés. Entonces lo reconocí. El complejo de almacenaje de Bay City. El poli que tenía miedo de que se le estropeara la credencial—. Parece molesto… Si presenta una denuncia nos veremos obligados a tener que repasar la cinta de este lugar.

—¿Tiene una orden judicial? —pregunté con una ligereza que no sentía.

—Casi. Con el Departamento Legal siempre hay que esperar un poco. Malditas Inteligencias Artificiales. Oiga, quería disculparme por la conducta de Mercer y de Davidson… por la forma en que se comportaron en la comisaría. A veces parecen unos tarados, pero en el fondo son buena gente.

—Olvídelo —dije agitando el vaso.

—Bien. Me llamo Rodrigo Bautista. Soy sargento y socio de Ortega, la mayoría de las veces… —Vació el vaso y me sonrió—. Sin otro tipo de relación, quiero precisar.

—Entiendo —dije, y le hice una seña al barman para que llenara de nuevo los vasos—. Dígame una cosa, ¿ustedes frecuentan el mismo peluquero o se trata de un rito tribal?

—Es el mismo peluquero —respondió Bautista encogiéndose de hombros—. Un viejo de Fulton. Exconvicto. Parece que los mohicanos estaban de moda cuando lo almacenaron. Es el único peinado que él sabe hacer, pero es amable y barato. Uno de nosotros fue a cortarse el pelo con él hace algunos años, le hizo un descuento y así fue como empezó todo.

—Pero Ortega no, ¿verdad?

—Ortega se lo corta sola —respondió Bautista con un gesto de impotencia—. Tiene un pequeño escáner holocast, dice que eso mejora su orientación espacial, o algo por el estilo.

—Diferente.

—Sí, lo es. Una buena definición de Ortega —Bautista hizo una pausa, mirando el vacío. Después tomó un trago—. Es por ella por lo que estoy aquí.

—Oh… ¿Una advertencia amistosa?

Bautista hizo una mueca.

—Bueno, es amistoso, seguro. Me cuido la nariz.

Reí de mala gana. Bautista sonrió.

—El hecho es que para ella es fatal verlo a usted con esa cara. Ortega y Ryker se querían mucho. Ella ha estado pagando la hipoteca de la funda durante todo este tiempo, y eso, con un sueldo de teniente, no es fácil. Nunca se imaginó metida en una puja por el cuerpo como la que tuvo con ese maldito Bancroft. A fin de cuentas Ryker no era muy joven, ni tampoco muy apuesto.

—Tiene un neuroestimulador —observé.

—Por supuesto, tiene uno —Bautista hizo un gesto vago—. ¿Ya lo ha probado?

—Un par de veces.

—Es como bailar flamenco envuelto en una red para pescar, ¿no es cierto?

—Es un poco tosco —admití.

Esta vez nos reímos los dos. Cuando nos calmamos, el poli volvió a concentrarse en su vaso. Se puso serio.

—No estoy tratando de presionarlo. Lo único que quiero decirle es: tenga cuidado. Esto no es exactamente lo que ella necesita en este momento.

—Yo tampoco —repuse—. Ni siquiera estoy en mi planeta.

Bautista parecía comprenderme, o quizá era porque estaba un poco borracho.

—Harlan es muy distinto, supongo.

—Tiene razón. Oiga, no quiero ser brutal, pero ¿nadie le ha explicado a Ortega que la condena de Ryker es en realidad una Muerte Real? Imagino que ella no va a esperarlo doscientos años, ¿no?

El poli me miró, con sus ojitos entrecerrados.

—¿Ha oído hablar de Ryker?

—Sé que tiene para doscientos años. Sé por qué cayó.

Destellos de antiguo dolor brillaron en los ojos de Bautista. No debía ser muy agradable hablar de colegas corruptos. Por un momento lamenté lo que había dicho.

Ambiente local. Imprégnate.

—¿Quiere sentarse? —preguntó el poli, entristecido, buscando un taburete—. En uno de los reservados, quizá. Llevará cierto tiempo.

Nos sentamos a una de las mesas y Bautista hurgó en sus bolsillos buscando el paquete de cigarrillos. Me estremecí de ansiedad, pero cuando me ofreció un cigarrillo le dije que no con la cabeza. Parecía sorprendido, como Ortega.

—Lo estoy dejando.

—¿Con esa funda? —inquirió con respeto Bautista detrás del velo de humo azul —. Felicidades.

—Gracias. Estaba hablándome de Ryker.

—Ryker sólo trabajaba con nosotros desde hacía dos años. Antes estaba con los chicos de Ladrones de Fundas. Un servicio más bien complicado. No es nada fácil robar una funda entera, para eso se necesitan criminales de guante blanco. Ese departamento tiene alguna relación con los que trabajan en Lesiones Orgánicas, sobre todo cuando aparecen en escena piezas sueltas de los cuerpos robados. Lugares como la clínica Wei.

—Ah. —Exclamé en tono neutro.

—Sí, un desconocido nos ha ahorrado un montón de trabajo allí. Ha convertido el sitio en un vertedero de piezas sueltas. Pero creo que usted no debe de saber nada de esto.

—Debió de suceder cuando yo ya me había marchado.

—Sí. Bueno, en el invierno del 249 Ryker estaba investigando un fraude a la aseguradora… Ya conoce este tipo de chanchullos: los tanques de reenfundado para clones pagados por la aseguradora y que resultan estar vacíos, sin que nadie sepa adónde han ido a parar los cuerpos. Cuerpos que son utilizados en alguna pequeña guerra sucia del Sur. Un tipo de corrupción muy sofisticada que llegó hasta la cúpula de la ONU. Rodaron algunas cabezas, y Ryker se convirtió en un héroe.

—Bravo por él.

—A corto plazo, sí. Pero aquí los héroes son conocidos, y a Ryker le han dedicado muchos programas. Entrevistas en World Web One, y hasta una aventura

con Sandy Kim. Antes de que todo eso acabara, Ryker pidió que lo transfirieran a Lesiones Orgánicas. Antes había trabajado un par de veces con Ortega, conocía el programa. El departamento no podía negarle nada, sobre todo después de aquel discurso idiota en el que él decía que quería ir donde «pudiera marcar alguna diferencia».

—¿Y lo hizo? Me refiero a la diferencia.

Bautista infló las mejillas.

—Él era un buen policía, creo. El primer mes Ortega hubiese podido darle una opinión objetiva. Pero empezaron a salir juntos y su capacidad de juicio se perdió.

—¿Usted lo desaprueba?

—¿Qué hay que desaprobar? Si se siente ese tipo de cosas por alguien, no se puede reflexionar. Es humano. Cuando Ryker perdió la cabeza, Ortega estaba dispuesta a seguirlo…

Cogí nuestros vasos y los hice llenar de nuevo.

—¿De veras? Yo pensaba que ella lo había detenido.

—¿Dónde ha oído eso?

—Durante una discusión. Pero no es una fuente muy fidedigna. ¿Acaso no es cierto?

—No. A algunos canallas de la calle les gusta cargar las tintas. Creo que ver cómo nos paramos los pies unos a otros les alegra. Lo que ocurrió fue que en Asuntos Internos pescaron a Ryker en el apartamento de Ortega.

—Oh.

—Sí, menudo marrón —explicó Bautista cogiendo de nuevo el vaso—. Pero ella nunca lo exteriorizó, ¿sabe? Empezó a investigar los cargos contra Ryker de Asuntos Internos.

—Por lo que he oído, pillaron a Ryker con las manos en la masa.

—Sí, su fuente al menos en eso no estaba muy equivocada —respondió el mohicano pensativo, como si no estuviera seguro de proseguir—. La teoría de Ortega es que a Ryker lo atrapó algún imbécil caído en 09. Y es cierto que él puso nerviosa a mucha gente.

—Pero ¿usted no se lo creyó?

—Me hubiese gustado. Como he dicho, Ryker era un buen policía. Pero como también he dicho, el Departamento de Ladrones de Fundas se ocupaba de criminales más inteligentes…, y con ellos había que tener cuidado. Los criminales inteligentes tienen abogados más inteligentes, y no es posible sacárselos de encima, por más que uno quiera. El Departamento de Lesiones Orgánicas atiende a todo el mundo, desde los peores desgraciados a los que están arriba del todo. Por lo general tenemos un poco más de libertad. Eso fue lo que usted, perdón, lo que Ryker quería obtener con el traslado. Más margen de maniobra —Bautista apoyó el vaso y carraspeó. Me miró fijamente a los ojos—. Creo que Ryker se dejó llevar un poco.

—¿Bum, bum, bum?

—Algo por el estilo. Le he visto interrogar. Estaba en la cuerda floja. Un error y… —Un destello de miedo brilló en los ojos de Bautista. El mismo miedo con el que tenía que convivir todos los días—. Con algunos de esos tipejos a veces perder la calma es muy fácil. Es tan fácil. Pienso que eso fue lo que ocurrió.

—Mi fuente dice que él dio Muerte Real a dos y dejó a otros dos con sus pilas intactas. Para un hombre inteligente eso es actuar a la ligera.

Bautista movió la cabeza.

—Eso es lo que dice Ortega. Pero eso no cambia nada. Todo ocurrió en una clínica clandestina de Seattle. Los dos tipos todavía respiraban cuando salieron del edificio, se apoderaron de un vehículo y echaron a volar. Ryker le hizo ciento veinticuatro agujeros a la carrocería mientras despegaba. Sin mencionar el tráfico que había alrededor. Los tipos cayeron en el Pacífico. Uno de ellos murió por los disparos, el otro con el impacto. Se hundieron. Ryker se encontraba fuera de su jurisdicción, y a la poli de Seattle no le gusta que la policía de otra ciudad altere la circulación. El equipo de socorro no lo dejó acercarse a los cuerpos.

»Todo el mundo se sorprendió mucho cuando se descubrió que las pilas eran católicas, y a la policía de Seattle le costó aceptarlo. Investigaron un poco más y descubrieron que las leyendas de objeción de conciencia eran falsas. Fabricadas por alguien que actuaba con mucha negligencia.

—O que tenía mucha prisa.

Bautista hizo chasquear los dedos y me señaló con el índice. Estaba un poco borracho.

—Eso es. Según Asuntos Internos, Ryker se equivocó dejando escapar a los testigos, su única esperanza era pegar etiquetas de «no molesten» en sus pilas. Por supuesto, cuando fueron resucitados, los tipos juraron que Ryker se había presentado sin una orden, que los había engañado y que había entrado por la fuerza en la clínica. Ellos no querían responder a sus preguntas, y él había empezado a jugar al «que pase el siguiente» con una pistola de plasma.

—¿Era cierto?

—¿Lo de la orden? Claro. En primer lugar, Ryker no tenía nada que hacer allí. En cuanto al resto ¿quién puede saberlo?

—¿Y Ryker qué dijo?

—Lo negó.

—¿Y nada más?

—No, era una larga historia. Declaró que había entrado clandestinamente en la clínica debido a una información que le habían pasado, y que de pronto ellos habían empezado a dispararle. Dijo que él quizá le había dado a alguno, pero no en la cabeza. Que la propia clínica sacrificó a dos empleados y les quemó la pila antes de que él llegara. Y por supuesto declaró no saber nada acerca de ninguna falsificación —Bautista se encogió de hombros—. Pero encontraron al falsificador que aseguró que Ryker lo había contratado. El hombre pasó un test poligráfico. Aunque dijo

también que Ryker lo había llamado, pero no cara a cara, que había sido un contacto virtual.

—Fácilmente falsificable.

—En efecto —respondió Bautista satisfecho—. Pero ese tipo dijo que ya había trabajado para Ryker antes, personalmente, y el polígrafo lo confirmó. Ryker lo conocía, de eso no cabe duda. Por supuesto, en Asuntos Internos querían saber por qué Ryker había ido solo. Hallaron a testigos de la calle que declararon que Ryker se comportaba como un maníaco, y que disparaba a mansalva, tratando de derribar la aeronave. Y a la policía de Seattle, como le he dicho, eso no le gustó nada.

—Ciento veinticuatro agujeros —murmuré.

—Sí, son muchos. Ryker realmente quería derribarlos.

—*Podría* haber sido una trampa.

—Sí, podría haberlo sido. Existen muchas posibilidades. Pero el hecho es que tú… *mierda*, perdón, el hecho es que *Ryker* se pasó, y cuando la rama se le rompió no había nadie abajo para cogerlo.

—De modo que Ortega se traga la historia de la trampa, defiende a Ryker y contesta la versión de Asuntos Internos. Y cuando Ryker pierde…, cuando Ryker pierde, ella se hace cargo de la hipoteca del cuerpo para que no lo manden a la sala de ventas. Y sigue buscando nuevas pruebas, ¿no?

—Exactamente. Ella ya ha apelado, pero hay un margen de tiempo de dos años hasta que el proceso empiece —Bautista dejó escapar un largo suspiro—. Como he dicho, eso está acabando con ella.

Nos quedamos callados un momento.

—¿Sabe una cosa? —dijo Bautista—. Creo que voy a marcharme. Estar aquí hablando de Ryker con Ryker es un poco raro. No sé cómo se las arregla Ortega.

—Forma parte de la vida moderna —dije, dejando de nuevo mi vaso.

—Sí, así es. Yo ya tendría que estar acostumbrado. He pasado la mitad de mi vida hablando con víctimas que tenían rostros de otras personas. Por no hablar de las heces de la sociedad.

—¿Y a Ryker dónde lo sitúa? ¿Entre las víctimas o entre las heces?

Bautista frunció el ceño.

—No es una pregunta fácil. Ryker era un buen policía que metió la pata. Pero eso no lo convierte en un cerdo. Aunque tampoco en una víctima. Era alguien que perdió la brújula. Nadie está a salvo de eso.

—Por supuesto. Lo siento. Estoy cansado —me froté la cara. Se suponía que un miembro de las Brigadas debía ser capaz de conducir mucho mejor una conversación —. Sé de lo que está hablando. Bueno… Creo que voy a ir a acostarme. Si quiere otro trago, no lo dude. Cárguelo a mi cuenta.

—No, gracias —dijo Bautista terminando el suyo—. Una vieja regla de policía: nunca bebas solo.

—Yo debía de ser un viejo policía —dije levantándome. Me tambaleé un poco. Ryker podía ser un fumador empedernido, pero no aguantaba el alcohol—. Creo que encontrará solo la salida.

—Ningún problema —Bautista se levantó y dio unos doce pasos antes de darse la vuelta—. Ah. Supongo que no hace falta decirlo, pero esta conversación nunca ha tenido lugar, ¿de acuerdo?

—¿Qué conversación?

Sonrió, divertido, y de pronto su cara pareció mucho más joven.

—Perfecto. Seguramente volveremos a vernos.

—Sin duda.

Lo miré alejarse del bar. A continuación, de mala gana, puse en marcha el entrenamiento de control de las Brigadas. Tras recuperar la sobriedad, cogí los cristales de droga de Curtis y fui a hablar con el Hendrix.

Capítulo 21

—¿Sabe algo de la sinamorfesterona?

—He oído hablar de ella.

Ortega, absorta, hizo un hueco en la arena con la punta de la bota. La marea la había dejado húmeda y nuestras huellas iban quedando marcadas profundamente a nuestro paso.

La playa estaba desierta. Estábamos solos, salvo las gaviotas que trazaban formas geométricas sobre nuestras cabezas.

—Bueno, y a qué espera, ¿puede explicarme algo de lo que sabe?

—Es una droga de harén.

Al ver mi cara de perplejidad, Ortega suspiró con impaciencia. Se comportaba como alguien que no había dormido bien.

—Yo no soy de aquí.

—Usted me dijo que había estado en Sharya.

—Sí, en una operación militar. Pero no tuvimos mucho tiempo para conocer la cultura local. Estábamos muy ocupados matando gente.

Lo cual no era del todo cierto. Tras el saqueo de Zihicce, las Brigadas habían instaurado un régimen favorable al Protectorado. Los rebeldes habían sido eliminados, los focos de resistencia infiltrados y neutralizados, y los colaboradores habían sido introducidos en el sistema político. Durante este período aprendimos mucho de la cultura local.

Pedí muy pronto un traslado.

Ortega se protegió los ojos y examinó la playa. Nada se movía. Volvió a suspirar.

—La sinamorfesterona potencia las reacciones masculinas. Estimula la agresión, las proezas sexuales, la confianza. En las calles de Oriente Medio y Europa la llaman *Semental*… en el sur *Toro*. Aquí no se usa mucho, hay otro humor en la calle. De lo cual me alegro. Dicen que puede llegar a ser muy dañina. ¿Usted ha tenido que ver con ella?

—En cierto modo, sí.

El banco de datos del Hendrix me había explicado algo parecido la noche anterior, pero de forma más concisa y con menos detalles químicos. El comportamiento de Curtis mostraba a la perfección sus síntomas y efectos secundarios.

—Supongamos que quisiera procurarme un poco de esa droga, ¿dónde podría conseguirla? Fácilmente, quiero decir.

Ortega me lanzó una mirada dura y empezó a caminar de vuelta por la playa hacia la arena seca.

—Ya le he dicho que no es una droga común aquí —repitió ella mientras sus pasos se hundían en la arena—. Hay que buscar, encontrar a alguien que tenga buenos

contactos. O sintetizarla localmente. Pero no sé, saldría mucho más cara que comprarla en el Sur.

Ortega se detuvo en la cima de una duna y volvió a mirar alrededor.

—¿Dónde diablos está ella?

—Quizá no venga —sugerí con morosidad. Yo tampoco había dormido muy bien. Después de la partida de Rodrigo Bautista había pasado casi toda la noche tratando de recomponer las piezas del rompecabezas del caso Bancroft y luchando contra las ganas de fumar. Apenas acababa de posar mi cabeza en la almohada cuando el Hendrix me despertó con una llamada de Ortega. Todavía era muy temprano.

—Ya llegará —dijo Ortega—. La conexión es directa. Quizá la llamada se haya demorado por motivos de seguridad. En tiempo real, sólo hemos estado aquí diez segundos…

La fría brisa marina me hizo estremecer. En el cielo, las gaviotas repetían con exactitud sus figuras geométricas. La virtualidad era barata, no estaba diseñada para grandes alardes.

—¿Tiene un cigarrillo?

Estaba sentado sobre la arena fría, fumando con una especie de intensidad mecánica, cuando algo se movió en el extremo derecho de la bahía. Me enderecé y entorné los ojos, después apoyé una mano en el brazo de Ortega. El movimiento se transformó en una columna de arena o de agua, levantada por un vehículo de superficie que venía hacia nosotros siguiendo la curva de la playa.

—Le dije que vendría.

—O que alguien vendría —murmuré incorporándome y buscando la Nemex.

La Nemex no estaba en su lugar… Pocos foros virtuales autorizaban las armas de fuego en sus instalaciones. Me sacudí la arena de la ropa y bajé a la playa, tratando de deshacerme de la idea de que estaba perdiendo el tiempo.

Ahora el vehículo estaba lo suficientemente cerca como para ser visible, un punto negro que iba dejando una estela a su paso. Podía oír el ruido del motor, un zumbido penetrante que se confundía con los gritos melancólicos de las gaviotas. Me volví hacia Ortega, que lo miraba acercarse sin inmutarse.

—Un poco excesivo para una llamada telefónica, ¿no? —dije con ironía.

Ortega se encogió de hombros y arrojó su cigarrillo en la arena.

—El dinero no es necesariamente sinónimo de buen gusto —observó.

El punto veloz se transformó en un pequeño *jet* de superficie monoplaza, de un color rosa irisado. Iba surcando el borde del agua, levantando tras de sí una cortina de agua y arena. Pero a un centenar de metros, el piloto debió de vernos porque el pequeño aparato viró hacia el mar, seguido por una cola dos veces más alta.

—¿*Rosa*? ¿Un *jet* monoplaza rosa?

Ortega volvió a encogerse de hombros.

El *jet* de superficie se detuvo a unos diez metros. Cuando la tormenta que desató su llegada se calmó, se abrió una escotilla y apareció una figura vestida de negro con

un casco. Era una mujer, se notaba por la forma del traje ajustado, que terminaba en unas botas decoradas con incrustaciones de plata que iban del talón hasta la punta del pie.

Suspiré y seguí a Ortega.

La mujer saltó al agua salpicándonos y tratando de quitarse el casco. Una larga cabellera cobriza cayó sobre los hombros al quitarse la escafandra. La mujer echó la cabeza hacia atrás, descubriendo una cara de huesos anchos con grandes ojos color ónix, una nariz finamente arqueada y una boca generosamente esculpida.

La belleza vagamente parecida a la de Míriam Bancroft que aquella mujer una vez había poseído, había desaparecido por completo.

—Kovacs, le presento a Leila Begin —dijo Ortega—. Señorita Begin, le presento a Takeshi Kovacs, el investigador privado de Laurens Bancroft.

Sus ojos grandes me estudiaron abiertamente.

—¿Viene usted de otro planeta? —preguntó.

—Exacto. Soy de Harlan.

—La teniente me lo había mencionado —había cierta ronquera en la voz de Leila Begin, un acento que denotaba que no estaba acostumbrada a hablar en amánglico—. Espero que esto le dé una mentalidad abierta.

—¿Abierta a qué?

—A la verdad —respondió Leila Begin sorprendida—. La teniente me ha dicho que esta verdad le interesaba. ¿Caminamos un poco?

Sin esperar mi respuesta, se puso a caminar por la orilla. Intercambié una mirada con Ortega, que hizo un gesto con el pulgar, sin moverse. Vacilé un instante antes de seguir a Leila Begin.

—¿Qué es esta historia de la verdad? —pregunté.

—A usted lo contrataron para descubrir quién mató a Laurens Bancroft —dijo ella con énfasis—. Y quiere saber qué pasó la noche en que murió, ¿no es cierto?

—¿Usted no cree que fuera un suicidio?

—¿Y usted?

—Yo he preguntado primero.

Un sonrisita se le dibujó en los labios.

—No, no lo creo.

—Déjeme adivinar. Usted cree que fue Míriam Bancroft.

Leila Begin se detuvo y dio media vuelta sobre un talón.

—¿Me está tomando el pelo, señor Kovacs?

Algo en sus ojos acabó de inmediato con mis ganas de divertirme. Moví la cabeza.

—No, no le estoy tomando el pelo. Pero tengo razón, ¿verdad?

—¿Ha conocido a Míriam Bancroft?

—Sí, fugazmente.

—Le pareció encantadora, sin duda.

Me encogí de hombros.

—Un poco mordaz a veces, pero sí, encantadora. Ésa es la palabra.

Begin me miró a los ojos.

—Es una psicópata.

Se alejó. Tras un momento, la seguí.

—Psicópata es un término vago —dije con cautela—. Lo he visto aplicar a culturas enteras. A mí también me lo han atribuido una o dos veces. La realidad es tan flexible que es difícil determinar quién está desconectado de ella. Podríamos incluso decir que es una distinción no muy útil.

—Señor Kovacs, Míriam Bancroft me atacó cuando yo estaba embarazada y mató a mi hijo. Ella sabía que yo estaba embarazada. Lo hizo intencionadamente. ¿Ha estado usted alguna vez embarazado de siete meses?

—No.

—Es una pena. Es una experiencia que todos deberíamos tener al menos una vez en la vida.

—Eso sería difícil de legislar.

Begin me estudió con la mirada.

—¿Sabe usted lo que significa perder a un ser querido? Viéndolo, diría que sí, pero la funda no es más que una fachada. ¿Es usted lo que parece ser, señor Kovacs? ¿Sabe lo que significa una pérdida? Hablo de una pérdida irreparable.

—Creo que sí —respondí, mucho más tenso de lo que hubiese querido.

—Entonces comprenderá lo que siento por Míriam Bancroft. En la Tierra, las pilas corticales se instalan después del nacimiento.

—En mi planeta también.

—Yo perdí a esa criatura. Y ninguna tecnología me la devolverá.

No hubiese podido afirmar si la emoción en la voz de Leila Begin era real o afectada, pero estaba perdiendo mi concentración. Volví a empezar desde el comienzo.

—Ése no era un motivo para que Míriam Bancroft matara a su marido.

—Claro que lo era —respondió Begin mirándome nuevamente de reojo—. No fue un episodio aislado en la vida de Laurens Bancroft. ¿Dónde cree usted que me encontró a mí?

—En Oakland, me parece.

La sonrisa se transformó en una risa dura.

—¡Vaya eufemismo! Sí, me encontró en Oakland. En un lugar que llamaban «El Despojo». No era un lugar muy distinguido. Laurens necesita humillar, señor Kovacs. Eso hace que se le ponga dura. Era así muchos años antes de conocerme a mí y no veo por qué tendría que dejar de ser así ahora.

—¿Y de pronto Míriam decidió que ya estaba bien y lo ventiló?

—Ella es capaz de hacer eso.

—Estoy seguro de que es capaz —la teoría de Leila Begin hacía agua por todas partes, pero no tenía ninguna intención de entrar en detalles con aquella mujer—. ¿Supongo que usted no siente nada por Bancroft? Ni bueno ni malo.

Volvió a sonreír.

—Yo era una puta, señor Kovacs. Una verdadera puta. Y una verdadera puta siente lo que el cliente quiere que ella sienta. No hay lugar para otra cosa.

—¿Usted es capaz de ahogar sus sentimientos?

—¿Acaso usted no?

—De acuerdo… ¿y qué quería Laurens Bancroft que usted sintiera?

Se detuvo y me estudió. Me sentía incómodo, como si acabara de darme una bofetada. Los recuerdos habían transformado su cara en una máscara.

—El abandono de un animal —dijo ella finalmente—. Y una gratitud abyecta. Y yo dejé de sentir ambas cosas en cuanto él dejó de pagarme.

—¿Y ahora qué siente?

—¿Ahora? —Leila Begin miró el mar, como para comparar la temperatura de la brisa con la que tenía en el corazón—. Ahora no siento nada, señor Kovacs.

—Usted aceptó hablar conmigo. Algún motivo debe de haber tenido.

—La teniente me lo pidió.

—Muy amable de su parte.

—¿Sabe usted lo que ocurrió después de mi aborto?

—Oí decir que le pagaron.

—Sí. Suena feo, ¿no es cierto? Pero es lo que ocurrió. Acepté el dinero de Bancroft y me callé la boca. Era mucho dinero. Pero no olvidé de dónde provenía yo. Vuelvo a Oakland dos o tres veces al año, conozco a las chicas que trabajan en El Despojo. La teniente Ortega es muy apreciada allí. Muchas chicas le deben algún favor. Hasta podría decirse que estoy devolviéndole viejos favores.

—¿Y vengarse de Míriam Bancroft no la motiva?

—¿Vengarme cómo? —preguntó Leila Begin riéndose nuevamente—. Le estoy dando esta información porque la teniente me lo pidió. Usted no podrá hacerle nada a Míriam Bancroft. Es una mat. Es intocable.

—Nadie es intocable. Ni siquiera los mats.

Begin me miró con tristeza.

—Usted no es de aquí —dijo—. Eso se nota.

La llamada de Leila Begin había sido enviada desde un agente de conexión caribeño alquilado a un proveedor de foros de China-town.

—Barato —me dijo Ortega mientras entrábamos—, y quizá más seguro que en cualquier otra parte. Bancroft quiere privacidad, se gasta medio millón en sistemas de privacidad. Yo, en cambio, hablo desde donde nadie me oye.

El lugar estaba atiborrado. Metido entre un banco con forma de pagoda y la fachada de un restaurante de ventanas enteladas por el vapor. Era muy estrecho. Se llegaba a la recepción por una estrecha escalera de metal y a lo largo de una galería adosada al nivel medio de la pagoda. Una especie de espacio central de unos siete u ocho metros cuadrados, con suelo de arena fundida bajo una cúpula barata y dos pares de asientos que parecían arrancados de un avión de pasajeros desguazado servían de sala de espera a los clientes potenciales. Junto a los asientos, una vieja asiática estaba sentada detrás de todo un equipo de secretariado, la mayoría apagado, custodiando una pequeña escalera que se perdía en las entrañas del edificio. En la parte de abajo se veía una serie de pasillos llenos de tubos y cables. Las puertas de los cubículos se abrían directamente a los pasillos. Las tumbonas con electrodos se habían colocado en el ángulo para ganar el máximo de espacio, y estaban rodeadas por paneles eléctricos cubiertos de polvo. Había que tumbarse en ellas, colocarse los electrodos y marcar el código proporcionado en recepción en el tablero del brazo de la tumbona. Después el alma quedaba a disposición de la máquina.

Volver del horizonte despejado de la playa a ese lugar deprimente fue un verdadero trauma. Al abrir los ojos y ver la pantalla encima de mi cabeza tuve un momentáneo *flashback* que me devolvió a Harlan. Tenía trece años de edad, me despertaba de la virtualidad después de mi primer porno. Un foro en el que dos minutos de tiempo real me habían ofrecido una hora y media de experiencias originales en compañía de dos chicas de tetas neumáticas y que se parecían más a un dibujo animado que a mujeres reales. La escena había transcurrido en una habitación con olor a golosinas, cojines rosas y tapices de piel de imitación, con unas ventanas que daban a un paisaje nocturno de mala resolución. Cuando comencé a frecuentar las bandas y a ganar más dinero, la calidad y la resolución mejoraron, y los decorados se volvieron más imaginativos, pero el olor rancio y el contacto de los electrodos en la piel en el momento de despertarse entre las paredes forradas del cubículo siguieron siendo los mismos.

—¿Kovacs?

Parpadeé y busqué las correas. Salí de la cabina, Ortega me esperaba en el pasillo.

—¿Qué le parece?

—Pienso que no ha servido de nada —dije, levantando la mano para prevenir la reacción de Ortega—. No, escuche… Míriam Bancroft da miedo. No tengo nada que objetar al respecto. Pero hay al menos un centenar de motivos que demuestran que ella no es la asesina. Ortega, usted misma la sometió al polígrafo.

—Sí, lo sé —respondió Ortega mientras me seguía por el pasillo—. Pero he reflexionado. ¿Y sabe una cosa? Ella aceptó someterse a ese test. Que es obligatorio para los testigos, por supuesto, pero ella pidió pasarlo nada más llegar. Nada de quejas ni de lágrimas… Se metió en el vehículo de urgencias y pidió los cables.

—¿Y?

—He vuelto a pensar en el número que usted montó con Rutherford. Usted dijo que hubiese podido pasar por el polígrafo y que no habrían detectado nada…

—Ortega, es el entrenamiento de las Brigadas. Una disciplina puramente espiritual. No es algo físico. No se puede comprar algo así en cualquier tienda.

—Míriam Bancroft lleva lo último de Nakamura. Utilizan su cuerpo y su cara para vender sus productos…

—¿Nakamura consigue engañar a los polígrafos de la policía?

—Oficialmente, no.

—Bueno, eso prueba…

—No sea tan obtuso. ¿Nunca ha oído hablar del bioesquema a medida?

Me detuve al pie de la escalera y moví la cabeza.

—No me lo creo. Ella mató a su marido con un arma a la cual sólo ellos dos tenían acceso. Nadie es tan estúpido.

Subimos, Ortega detrás de mí.

—Reflexione, Kovacs. No estoy diciendo que fue algo premeditado…

—¿Y qué me dice del almacenaje a distancia? Fue un crimen sin sentido…

—No estoy diciendo que fuera racional pero hay que…

—… El asesino tiene que ser necesariamente alguien que no sabía…

—¡*Mierda*! Kovacs.

La voz de Ortega había subido una octava.

Estábamos en la zona de recepción. Había dos clientes sentados esperando, a la izquierda, un hombre y una mujer, discutiendo acaloradamente detrás de un paquete. A la derecha de mi visión periférica, una mancha púrpura, allí donde no debía haber nada.

Era sangre.

La vieja recepcionista asiática estaba muerta, degollada. Un objeto de metal refulgía en la herida de su cuello. Su cabeza descansaba en un charco brillante de hemoglobina que se extendía por el escritorio.

Mi mano se deslizó hacia la Nemex. Oí un chasquido a mi lado cuando Ortega preparó la primera bala de su Smith & Wesson. Me abalancé sobre los dos clientes y su paquete.

El tiempo se detuvo como en un sueño. El neuroestimulador lo volvió todo de una lentitud increíble, separando las imágenes y haciéndolas flotar hacia mi visión como hojas de otoño.

El paquete estaba en el suelo. La mujer blandía un Sunjet, el hombre una pistola ametralladora. Saqué la Nemex y tiré desde la cintura.

La puerta de la galería se abrió. Apareció otra figura, con una pistola en cada mano.

A mi lado, la Smith & Wesson escupió y anuló al recién aparecido como en una secuencia de un film rebobinado.

Mi primer disparo pulverizó el reposacabezas del asiento de la mujer aún sentada, cubriéndola de guata blanca. El Sunjet silbó, el haz estalló. La segunda bala le reventó la cabeza y tiñó de rojo la guata.

Ortega gritó enfurecida. Seguía disparando. Hacia arriba, según mi visión periférica. En alguna parte por encima de nosotros, sus tiros reventaron los cristales.

El hombre de la pistola ametralladora se había levantado. Alcancé a ver que tenía los rasgos anodinos de un sintético y tiré dos veces. Retrocedió contra la pared, manteniendo levantada el arma. Me eché al suelo.

La cúpula se hizo añicos encima de nuestras cabezas. Ortega gritó algo y yo rodé hacia un lado. Un cuerpo cayó desmadejado junto a mí.

La ametralladora empezó a disparar a diestro y siniestro. Ortega volvió a gritar y se tiró al suelo. Yo giré hasta incorporarme sobre el regazo de la mujer muerta y volvía a disparar contra el sintético, tres tiros. La ráfaga de ametralladora cesó. Silencio.

Recorrí la estancia apuntando con la Nemex, los rincones, la puerta de entrada, los bordes destrozados de la cúpula. Nada.

—¿Ortega?

—Sí, estoy bien.

Estaba apoyada sobre un codo, acostada en la otra punta de la sala. La dureza de su voz contradecía sus palabras. Me levanté y me dirigí hacia ella, pisando trozos de cristal roto.

—¿Dónde la tiene? —le pregunté arrodillándome para ayudarla a sentarse.

—En la espalda. La muy puta me dio con el Sunjet.

Guardé la Nemex y miré la herida. El disparo había trazado un largo surco diagonal en la chaqueta de Ortega y le había deshecho la hombrera izquierda. La carne debajo de la almohadilla estaba calcinada hasta el hueso.

—Ha tenido suerte —dije con forzada ligereza—. Si no se hubiese agachado, podría haberle dado en la cabeza.

—No me había agachado, me había caído.

—Da igual. ¿Quiere levantarse?

—¿Qué le parece? —dijo Ortega poniéndose de rodillas. Al sentir el contacto de su chaqueta con la herida hizo una mueca—. Mierda, me duele.

—Creo que es lo que ha dicho el tipo de la entrada.

Apoyándose en mí, se volvió para mirarme, con los ojos a unos centímetros de los míos. Permanecí impasible y una sonrisa le iluminó la cara. Movió la cabeza.

—Kovacs, usted es un desgraciado. ¿En las Brigadas le enseñan a contar chistes para relajarse después de los tiroteos o es aportación suya?

La acompañé hacia la salida.

—Es cosa mía. Venga, vamos a tomar un poco de aire.

Detrás de nosotros, un ruido. Me di la vuelta y vi al sintético levantándose con dificultad. Mi última bala le había arrancado la mitad de la cabeza, y la mano en la

que tenía el arma estaba abierta al final del brazo derecho ensangrentado, pero la otra estaba cerrándose. El sintético tropezó con la silla, volvió a levantarse y vino hacia nosotros arrastrando la pierna.

Desenfundé la Nemex y apunté.

—La lucha ha terminado —le avisé.

Una mitad de la cara me sonrió. Otro paso. Fruncí el ceño.

—Por el amor de Dios, Kovacs. Acabe de una vez con esto —dijo Ortega buscando su arma.

Disparé otra vez y la bala dejó al sintético tendido en el suelo cubierto de cristales. Se retorció un poco, después dejó de moverse, respiraba lentamente. Lo miré, maravillado, y una carcajada ahogada salió de su garganta.

—¡Se ha acabado, joder! —dijo tosiendo, y volvió a reírse—. Kovacs. ¡Se ha acabado, joder!

Por un instante fugaz sus palabras me dejaron atónito, después me encaminé hacia la puerta, llevándome a Ortega a rastras.

—Que…

—Fuera. Tenemos que salir de aquí.

La empujé a través de la puerta y me agarré de la balaustrada. El pistolero muerto estaba tirado en la galería. Volví a empujar a Ortega y ella saltó con torpeza por encima del cadáver. Cerré la puerta tras de mí y la seguí corriendo.

Habíamos llegado casi al extremo de la galería cuando detrás de nosotros estalló un géiser de cristales y acero. La puerta salió disparada y la onda expansiva nos hizo volar de cabeza por la escalera.

Capítulo 22

La policía impresiona más de noche.

Primero por las luces, que proyectan colores espectaculares en la cara de la gente, dibujándoles expresiones siniestras que van del rojo criminal al azul difuminado. Luego está también el ruido de las sirenas en la noche, las voces quebradas en las radios, excitadas y misteriosas, el ir y venir de figuras de anchas espaldas, los fragmentos de conversaciones crípticas, el despliegue tecnológico de la policía ante los peatones aún no del todo despiertos. Aparte de eso no se ve nada más, y sin embargo los curiosos seguirán mirando durante horas.

Un día laborable, a las nueve de la mañana, es algo completamente distinto. Dos aeronaves de patrulla respondieron a la llamada de Ortega, pero sus luces y sirenas apenas eran perceptibles en el clamor de la ciudad. Los agentes uniformados pusieron barreras en cada extremo de la calle y alejaron a los clientes de los negocios de la zona. Ortega convenció a los guardias privados de seguridad del banco para que no me arrestaran como cómplice. Al parecer ofrecían una recompensa por los terroristas. Una pequeña multitud se había congregado frente a las barreras, pero sólo eran peatones enfurecidos que querían pasar.

Asistí a la escena desde la acera de enfrente, mirándome las heridas superficiales provocadas por el vuelo desde la escalera y la brutal caída en la calle. Tenía quemaduras y contusiones. Debido a la forma de la sala de espera, la onda expansiva se había abierto camino hacia arriba, la misma dirección que habían tomado las esquirlas. Habíamos tenido mucha suerte.

Ortega se apartó del grupo de oficiales uniformados frente al banco y vino hacia mí. Se había quitado la chaqueta, llevaba una larga venda blanca en la espalda y la funda de la pistola en la mano; sus senos se agitaban bajo el algodón de una camiseta con una inscripción que decía: *Tienes derecho a guardar silencio*. *¿Por qué no lo intentas durante un rato*?

Se sentó a mi lado, en el bordillo de la acera.

—Los forenses están en camino. ¿Cree que podremos sacar algo de esa montaña de escombros?

Miré las ruinas humeantes y moví la cabeza.

—Debe de haber cuerpos, incluso pilas intactas, pero esos tipos no eran más que musculitos locales. Todo lo que podrían decirle es que el sintético los había contratado, por un puñado de pastillas de tetramet para cada uno, quizá.

—Es cierto, tenían pinta de miserables, ¿no?

Sentí nacer una sonrisa en mi boca.

—Sí. Pero ellos no estaban aquí para matarnos.

—Quizá sólo tenían que mantenernos ocupados hasta que su amigo se hiciera matar.

—Exacto.

—En mi opinión el detonador estaba conectado a sus señales vitales. Alguien le dispara y *pum,* él se lo lleva consigo. Lo mismo que a usted, a mí y a los miserables.

Moví la cabeza.

—Y de paso se lleva por delante la pila con la funda. Práctico, ¿verdad?

—¿Por qué falló?

Absorto, me acaricié la cicatriz encima del ojo.

—Me sobreestimó. Tenía que haberlo matado al primer tiro, pero sólo lo herí. Y él no se podía suicidar porque yo le había dado en el brazo tratando de neutralizarle el arma —*en el ojo de mi mente, el arma cae y se desliza por el suelo*—. Quedó fuera de su alcance. Debió de quedarse allí tirado, intentando morir antes de que nos marcháramos. Me pregunto qué marca de sintético era.

—Fuera cual fuese, pueden recibir una citación cualquier día de éstos —dijo Ortega—. Después de todo, quizá dejó algo para los forenses.

—Usted sabe quién era, ¿verdad?

—Lo llamó Kov…

—Era Kadmin.

Se hizo un breve silencio. Miré la humareda zigzagueante que trepaba por encima de la cúpula. Ortega inspiró, después espiró.

—Kadmin está almacenado.

—Ya no —dije—. ¿Tiene un cigarrillo?

Me pasó el paquete sin decir nada. Saqué uno, me lo llevé a un costado de la boca y lo encendí. Una serie de movimientos sincronizados, un reflejo condicionado por años de práctica. No tenía que hacer nada de forma consciente.

El humo entrando en mis pulmones, mágico y familiar como el perfume de una vieja amante.

—Él me conocía —murmuré—. Y conocía también la historia quelista. «¡Se ha acabado, joder!», es lo que Iffy Deme, una guerrillera quelista, dijo al morir tras su interrogatorio, durante la Independencia de Harlan. Estaba conectada con explosivos internos y el edificio estalló. ¿Se da cuenta? ¿Quién sino Kadmin puede citar a Quell como si fuera un nativo de Millsport?

—Pero Kadmin está almacenado, Kovacs. No se puede sacar a alguien del almacenaje sin…

—Sin una I. A. Con una I. A. se puede hacer. Lo he visto. En Adoración, el mando operativo lo hizo con nuestros prisioneros de guerra, así… —hice chasquear los dedos—. Como pescar una raya elefante en un arrecife de desove.

—¿Tan fácilmente? —preguntó Ortega, irónica.

Di una calada al cigarrillo y la ignoré.

—¿Se acuerda de nuestra entrevista con Kadmin? ¿De que vimos un rayo atravesando el cielo?

—Yo no noté nada… No, espere… Sí. Creí que se trataba de un fallo técnico.

—No lo fue. Lo tocó a él. Se reflejó en la mesa. Entonces fue cuando juró matarme —me di la vuelta y le sonreí. El recuerdo de la entidad virtual de Kadmin era claro y monstruoso—. ¿Quiere que le cuente el relato de uno de los grandes mitos de Harlan?

—Kovacs, incluso con la ayuda de una I. A. se necesitaría…

—¿Quiere oír el relato?

Ortega se encogió de hombros y asintió.

—Por supuesto. ¿Puedo recuperar mis cigarrillos?

Le tiré el paquete y esperé a que encendiera uno. Lanzó una bocanada de humo en la calle.

—Adelante.

—Muy bien. Newpest, mi ciudad, vive de la industria textil. En Harlan hay una planta llamada hierba-bela que crece en el mar y las costas. Se seca y se trata para fabricar una cosa parecida al algodón. Durante la Colonización, Newpest era la capital del algodón-bela, En aquella época, las condiciones de vida ya eran bastante malas, y cuando los quelistas arrasaron con todo, la situación empeoró. La industria del algodón-bela declinó y hubo mucho desempleo. La pobreza se volvió incontrolable y la resistencia no pudo hacer nada. Eran revolucionarios, no economistas.

—La vieja cantilena, ¿no?

—Si, la vieja cantilena. Pasaron cosas terribles durante la crisis textil. Hubo historias como las de los «espíritus trilladores» o la del «caníbal de la calle Kitano».

Ortega dio una calada y abrió todavía más los ojos.

—¡Delicioso!

—Sí. Eran tiempos difíciles. La historia de Ludmila la Loca, una costurera, apareció en aquella época. Los habitantes se la solían contar a los niños para que hicieran los deberes, se portaran bien y volvieran a casa antes de que se hiciera de noche. Ludmila la Loca tenía una fábrica de algodón-bela que no marchaba muy bien, y sus hijos, que eran tres, no la ayudaban. Solían andar haciendo el vago por ahí hasta muy tarde, se quedaban jugando en los pórticos de la ciudad o dormían todo el día. Hasta que un buen día Ludmila perdió los estribos.

—¿Todavía no estaba loca?

—No, sólo un poco estresada.

—Pero usted la ha llamado Ludmila la Loca.

—Es el nombre de la historia.

—Pero si no estaba loca desde el comienzo…

—¿Quiere que le siga contando o no?

Ortega sonrió a medias. Después me hizo una seña con el cigarrillo.

—Una tarde, mientras sus hijos se preparaban para salir, ella les echó algo en el café. Esperó hasta tenerlos aturdidos, aunque seguían estando conscientes, los llevó a

punta Mitcham y los arrojó en el molino. Dicen que los gritos de los tres se oían desde el otro lado de los pantanos.

—Mmmmm.

—Por supuesto, la policía hizo sus conjeturas…

—¿Sí?

—… pero no tenían ninguna prueba. Dos de los niños andaban metidos en historias de drogas y tenían problemas con la yakuza local, de modo que nadie se sorprendió cuando desaparecieron.

—¿Hay una moraleja en esta historia?

—Sí. Ludmila se libró de sus vástagos inútiles, pero eso no le sirvió de mucho. Seguía necesitando a alguien que se encargara de los telares, que cargara la hierba-bela, además era pobre. ¿Qué hizo?

—Algo inmundo, imagino. —Asentí.

—Recuperó los trozos de sus vástagos del molino y volvió a coserlos para hacer una enorme carcasa de tres metros. Entonces, una noche propicia a los demonios de las tinieblas, invocó a un tengu para…

—¿Un qué?

—Un tengu. Una especie de demonio. Invocó al tengu para que le insuflara vida a la carcasa y lo cosió en su interior.

—¿De veras? ¿Y el tengu la dejó? ¿Estaba distraído?

—Ortega, es un cuento. Cosió el espíritu del tengu en su interior, prometiéndole que lo liberaría si la ayudaba durante nueve años. El nueve es un número sagrado en el panteón harlanita, de modo que Ludmila se atuvo al pacto. Desafortunadamente…

—Ah.

—… los tengus no se destacan por su paciencia, tampoco creo que la vieja Ludmila fuera una persona fácil. Una noche, cuando ni siquiera se había cumplido una tercera parte del pacto, el tengu arremetió contra ella y la destrozó. Dicen que fue a causa de Kishimo-jing, que fue ella la que murmuró cosas terribles al oído del tengu…

—¿Kishimo-jin?

—Kishimo-jing, la diosa protectora de los niños. Quería castigar a Ludmila por la muerte de los niños. Ésa es una de las versiones. Hay otra que… —De reojo vi la expresión impaciente de Ortega y apuré el relato—. Bueno, en fin, el tengu destrozó a Ludmila, pero al hacerlo selló su destino y quedó atrapado para siempre en la carcasa. Así pues, una vez que la autora del conjuro murió, peor aún, murió traicionada, la carcasa comenzó a pudrirse. Primero un miembro, después otro, de forma irreversible. Y el tengu se vio condenado a rondar por las calles y las fábricas del barrio textil, en busca de carne fresca para reemplazar las partes podridas de su cuerpo. Sólo mataba a los niños, porque eran los únicos que tenían miembros del tamaño justo…, pero cada vez que cosía nuevos trozos a la carcasa…

—¿Había aprendido a coser?

—Los tengus saben hacer muchas cosas. Cada vez que añadía nuevas partes, a los pocos días empezaban a pudrirse, de modo que tenía que volver a salir a cazar. En el barrio lo llamaban el Hombre Collage.

Me callé. Ortega dibujó una «o» silenciosa con la boca, luego, soltó lentamente el humo. Lo miró disiparse y se volvió hacia mí.

—¿Y su madre le contaba esta historia?

—Mi padre. Cuando yo tenía cinco años.

Miró la punta de su cigarrillo.

—Qué agradable.

—No, no lo era. Pero ésa es otra historia —me levanté y miré la multitud agolpada cerca de la barrera—. Kadmin está libre, y fuera de control. Ignoramos para quién trabajaba, pero ahora trabaja para él.

—¿De veras? —preguntó Ortega, exasperada—. De acuerdo, una Inteligencia Artificial podría abrirse camino hasta las pilas del departamento de Bay City. Eso puedo aceptarlo. Pero la intrusión no puede durar más de un microsegundo. Si dura más, las alarmas comienzan a sonar de aquí a Sacramento.

—Un microsegundo es suficiente.

—Pero Kadmin está sin pila. Ellos tenían que saber cuándo iba a ser interrogado. Necesitaban…

Al ver a donde iba a llegar se detuvo.

—De mí —concluí en su lugar—. Necesitaban de mí.

—Pero usted…

—Necesitaré un poco de tiempo para ordenar todo esto, Ortega —tiré el cigarrillo en la alcantarilla e hice una mueca, al notar el gusto de la nicotina en mi boca—. Hoy, quizá mañana también. Comprueben la pila. Kadmin se ha ido. Si yo fuera usted, procuraría no dejarme ver demasiado.

—¿Está usted diciéndome que me esconda en mi propia ciudad?

—Yo no le estoy diciendo nada, simplemente le estoy explicando las nuevas reglas del juego —desenfundé la Nemex y le saqué el cargador medio vacío. Los movimientos fueron tan mecánicos como los que había efectuado para fumar. Después metí el cargador en el bolsillo—. Necesitamos un lugar donde encontrarnos. Pero no el Hendrix. Tampoco ningún sitio al que puedan seguirla. No me lo diga, escríbamelo —señalé la multitud—. Cualquiera con un implante decente podría amplificar la conversación.

—Dios mío —suspiró—. Esto sí que es tecnoparanoia, Kovacs.

—No me hable a mí de eso. Solía ganarme la vida así.

Reflexionó un momento, después sacó un bolígrafo y garabateó algo en el interior del paquete de cigarrillos. Saqué un cargador nuevo del bolsillo y lo metí en la Nemex, con la mirada fija en la multitud.

—Aquí lo tiene —dijo Ortega alcanzándome el paquete—. Es un código de destino. Introdúzcalo en cualquier taxi y lo llevará hasta el lugar. Yo estaré allí esta

noche y mañana por la noche. Después, volveremos a lo de siempre.

Cogí el paquete con la mano izquierda. Leí los números y lo guardé en el bolsillo. Después puse el seguro a la Nemex y la metí en su funda.

—Vuélvamelo a decir después de que haya comprobado la pila —dije antes de alejarme.

Capítulo 23

Me dirigí hacia el Sur.

Sobre mi cabeza, los aerotaxis entraban y salían de la circulación con una eficacia extrema y programada, y a veces bajaban a la superficie para recoger a los clientes. Unas nubes grises se acercaban desde el Oeste y algunas gotas de lluvia me humedecieron la mejilla cuando levanté la mirada.

Ignoré los taxis. «Vuélvete primitivo», habría dicho Virginia Vidaura. Con una I. A. pisándome los talones, la única esperanza era desaparecer del plano electrónico. En un campo de batalla es más fácil hacerlo. Uno puede esconderse en el barro, o en el caos. Desaparecer en una ciudad moderna —no bombardeada— es una pesadilla logística. Cada edificio, cada vehículo, cada calle están conectados con la Red, y cualquier transacción deja su huella.

Encontré un cajero abollado y me llené la cartera de billetes plastificados. Después regresé por donde había venido y me dirigí hacia el Este hasta encontrar una cabina telefónica. Saqué una tarjeta del bolsillo, me coloqué los electrodos en la cabeza y marqué el número.

No apareció ninguna imagen. Ni oí ningún tono de conexión. Era un chip interior. La voz habló bruscamente desde una pantalla negra.

—¿Quién es?

—Usted me dio su tarjeta por si sucedía algo grave —dije—. Bueno, doctora, pues hay algo jodidamente grave de lo que deberíamos hablar.

Se oyó un clic cuando ella tragó saliva, una sola vez. Después su voz volvió a oírse, tranquila y neutra.

—Deberíamos encontrarnos. Supongo que no quiere venir al complejo.

—Tiene razón. ¿Conoce el puente rojo?

—Se llama Golden Gate —dijo ella secamente—. Sí, lo conozco.

—Nos encontraremos allí a las once. Carril Norte. Venga sola.

Corté la comunicación y marqué un nuevo número.

—Residencia Bancroft. ¿Con quién desea hablar?

Una mujer con un atuendo severo y un corte de pelo que me recordaba el de Angin Chandra se materializó en la pantalla tras una fracción de segundo.

—Con Laurens Bancroft, por favor.

—El señor Bancroft está en una conferencia.

Perfecto. Eso lo hacía todo más fácil.

—Bien. Cuando pueda, dígale que ha llamado Takeshi Kovacs.

—¿Desea hablar con la señora Bancroft? Ha dejado dicho que…

—No —la corté—. No será necesario. Dígale al señor Bancroft que me ausentaré unos días, pero que lo llamaré desde Seattle. Eso es todo.

Corté la conexión y miré el reloj. Tenía una hora y cuarenta minutos antes de mi cita en el puente. Busqué un bar.

Ando con pila, protegido, soy quinto dan y no le tengo miedo al Hombre Collage.

La canción de dos chicas de la calle acudió a mi mente desde los lejanos días de la infancia. Pero yo sí tenía miedo.

Todavía no se había desatado la tormenta cuando enfilamos por el puente, pero era como si el techo del camión tocara el cielo lleno de nubes, algunas gotas pesadas empezaban a caer, aunque eran demasiado pocas como para conectar el limpiaparabrisas. Contemplé la estructura oxidada a través de la cortina distorsionada de las gotas y presentí que me iba a empapar.

En el puente no había tráfico. Las torres de suspensión se alzaban como los huesos de un dinosaurio monumental sobre los carriles desiertos de asfalto y los arcos laterales bordados de detritus inidentificables.

—Más despacio —dije a mi compañero cuando pasamos la primera torre. El pesado vehículo frenó. Miré a un costado—. Tranquilo. Ya te he dicho que no corremos ningún peligro. Sólo estoy yendo a una cita.

Graft Nicholson me lanzó una mirada vaga, acompañada por un vaho rancio y alcoholizado.

—Sí, claro. Tú das montones de pasta a los chóferes todas las semanas, ¿verdad? Los escoges en los bares de Licktown por motivos altruistas.

Me encogí de hombros.

—Piensa lo que te dé la gana, pero conduce más despacio. Cuando me dejes puedes ir a la velocidad que quieras.

Nicholson movió su enmarañada cabeza.

—Es una locura, amigo…

—Allí. En la pasarela. Déjame aquí.

Una figura solitaria estaba apoyada en la balaustrada, contemplando el paisaje. Nicholson frunció el ceño. El camión abollado cruzó dos carriles a baja velocidad y se detuvo junto a la barrera exterior.

Bajé de un salto, miré alrededor buscando otros transeúntes —no había ninguno — y me volví hacia Nicholson.

—Bien, escucha. Tardaré al menos dos o tres días en llegar a Seattle. Te diriges hacia allá y te instalas en el primer hotel que encuentres, en las afueras de la ciudad. Pagas en efectivo, pero regístrate con mi nombre. Me pondré en contacto contigo entre las diez y las once de la mañana, así que procura estar en el hotel a esa hora. El

resto del tiempo puedes hacer lo que quieras. Te he dado el dinero suficiente como para que no te aburras.

Graft Nicholson sonrió mostrando los dientes. Sentí pena por todas las empleadas de la industria del ocio de Seattle.

—No te preocupes por mí, amigo. El viejo Graft sabe cómo divertirse.

—De acuerdo. Pero no te pongas muy cómodo. Puede que tengamos que abandonar el lugar en cualquier momento.

—Bien. ¿Y el resto de la pasta?

—Ya te lo he dicho. Te pagaré cuando terminemos el trabajo.

—¿Y si no apareces en tres días?

—Significará que estoy muerto —respondí sonriendo—. En ese caso te aconsejo que desaparezcas durante unas semanas. No perderán tiempo buscándote. Mi cadáver los dejará satisfechos.

—Amigo, yo no creo que…

—Todo saldrá bien. Nos vemos dentro de tres días.

Cerré la puerta del camión de un portazo y le di dos golpes a la carrocería. El motor se puso en marcha y Nicholson se dirigió hacia el centro de la carretera.

Me pregunté si iría a Seattle. Le había dado una buena suma, después de todo, e incluso con la promesa del segundo pago si seguía mis instrucciones, podía seguir teniendo la tentación de dar media vuelta y volverse al bar donde lo había encontrado. O bien podía esperarme realmente en el hotel, y volverse antes del tercer día.

No podía culparlo por estas hipotéticas traiciones, dado que yo no tenía ninguna intención de ir a Seattle. Por mí, él podía hacer lo que quisiera.

«Durante una evasión, lo importante es confundir las certezas del enemigo —me susurraba Virginia Vidaura al oído—. Generar todas las interferencias que puedas sin dar un respiro».

—¿Un amigo, señor Kovacs? —preguntó la doctora mirando el camión alejarse.

—Lo encontré en un bar.

Salté la barrera para pasar de su lado. La vista era hermosa, ya había podido apreciarla cuando Curtis me había traído de Suntouch House el día de mi llegada. En la penumbra que precedía a la lluvia, los largos collares del tráfico aéreo brillaban al otro lado de bahía como enjambres de libélulas. Agucé la mirada y alcancé a vislumbrar la isla de Alcatraz y los búnqueres grises de ventanas anaranjadas de PsychaSec S. A. Más allá se levantaba Oakland. Detrás de mí, el océano. Al Norte y al Sur, un kilómetro de puente desierto.

Nada podía sorprenderme, salvo la artillería táctica.

Me volví hacia la doctora.

Pareció estremecerse cuando mi mirada se posó en ella.

—¿Qué ha pasado? —pregunté suavemente—. ¿La ética médica ha flaqueado un poco?

—No fue idea mía…

—Lo sé. Usted sólo firmó los comunicados y miró a otra parte, ese tipo de cosas. ¿Quién es el responsable?

—No lo sé —dijo ella, molesta—. Alguien vino a ver a Sullivan. Una mujer sintética. Creo que era asiática.

Asentí. Trepp.

—¿Cuáles eran las instrucciones de Sullivan?

—Implantar un localizador virtual entre la pila cortical y el interfaz neurálgico —los detalles clínicos parecían darle aplomo. Su voz sonó más segura—. Lo operamos dos días antes de su transferencia. Se lo colocamos en la vértebra, con microbisturí siguiendo la incisión de implantación de la pila. Imposible de detectar, salvo en virtual. Habría que hacer un examen neuroeléctrico completo para descubrirlo. ¿Cómo lo ha adivinado?

—No ha hecho falta que lo adivinara. Alguien lo ha utilizado para localizar y dejar escapar a un asesino a sueldo detenido por la policía de Bay City. Complicidad y evasión. Usted y Sullivan serán almacenados como mínimo durante veinte años.

Miró el puente desierto.

—Señor Kovacs, entonces ¿por qué no está aquí la policía?

Pensé en mis antecedentes penales, que debían de haberme seguido a la Tierra. Ella los habría leído. ¿Qué podía sentir estando a solas conmigo? ¿Qué esfuerzos tenía que haber hecho para ir hasta allí?

Una sonrisa se dibujó lentamente en la comisura de mi boca.

—De acuerdo, estoy impresionado —dije—. Ahora dígame qué hay que hacer para neutralizar esta cosa.

Me miró seria y la tormenta se desató. Unas gotas gruesas empaparon los hombros de su abrigo. Las sentí en mi pelo.

Los dos levantamos la mirada y maldije. Después, la doctora se acercó a mí y acarició un gran broche que llevaba en la solapa de su abrigo. El aire se estremeció y, en lugar de tocarnos, las gotas estallaron sobre la bóveda de repulsión encima de nuestras cabezas. En torno a nuestros pies, sobre el asfalto, se formó un círculo mágico que permaneció seco.

—Para retirar el localizador hace falta una operación similar a la de la implantación. Se puede hacer, pero no sin material de microcirugía. De lo contrario se corre el riesgo de dañar el interfaz neurálgico, o peor aún, los canales de los nervios espinales.

La cercanía me causaba cierto malestar y me aparté a un lado.

—Sí, me doy cuenta.

—Entonces, usted probablemente también se habrá dado cuenta —dijo, parodiando mi acento— de que puede introducir una señal de despiste o un código espejo para neutralizar la firma.

—Si tiene la firma original.

—Así es, si tiene la firma original —se metió una mano en el bolsillo y sacó un pequeño disco. Lo sopesó un instante y me lo dio—. Bueno, ahora ya la tiene.

Cogí el disco. Estaba sorprendido.

—Es el verdadero —añadió ella—. Cualquier clínica neuroeléctrica podría confirmárselo. Si tiene alguna duda, le aconsejo…

—¿Por qué hace esto por mí?

Me miró a los ojos sin vacilar.

—No lo hago por usted, señor Kovacs. Lo hago por mí. —Esperé un momento.

Apartó la mirada hacia la bahía.

—El concepto de corrupción no me es extraño, señor Kovacs. Nadie trabaja mucho tiempo en una institución judicial sin ser capaz de reconocer a un gángster. La sintética era una de ellos. El alcaide Sullivan siempre tuvo contactos con esa gente. La jurisdicción de la policía se termina frente a nuestras puertas, y los salarios de la administración no son muy altos —me miró—. Nunca acepté dinero de esa gente y, hasta ahora, nunca los había ayudado. Pero tampoco me opuse a ellos. Me fue fácil meterme en mi trabajo y fingir que no veía nada.

—«El ojo humano es un instrumento maravilloso» —dije, citando *Poemas y otras tergiversaciones*—. «Con un pequeño esfuerzo no es capaz de ver las peores injusticias».

—Muy apropiado.

—No es mío. ¿Por qué se prestó a la operación entonces?

—Como ya le he dicho, hasta el día de hoy había evitado tener contacto con esa gente. Sullivan me asignó a Enfundados Extraplanetarios. No había muchos, y sus chanchullos son siempre con enfundados locales. Así los dos estábamos conformes. Como usted ve, no es un jefe tan malo…

—Y entonces aparezco yo…

—… Sí, creando un problema. Sullivan sabía que parecería raro que me sustituyera por un médico más complaciente, y no quería que eso tuviera consecuencias. Sin embargo se trataba de un asunto importante. Había presión desde las altas esferas, todo tenía que funcionar perfectamente. Pero Sullivan no es estúpido. Él me tenía preparado un pequeño discurso racionalizador.

—¿Y qué decía?

Me lanzó una mirada cándida.

—Que usted era un psicópata peligroso. Una máquina de matar sin control alguno. Y que, por las razones que fuera, no parecía buena idea tenerlo nadando en el flujo de datos sin un localizador. Pero ¿quién sabía lo que podía hacer una vez fuera del mundo real? Y yo me lo creí. Me mostró su informe. Oh, Sullivan no es ningún estúpido. La estúpida soy yo.

Me acordé de Leila Begin y de nuestra conversación sobre los psicópatas, allá en la playa virtual. De mis respuestas poco serias.

—Sullivan no es el primero que me trata de psicópata. Ni usted la primera que se lo cree. Las Brigadas, bueno, son… —Me encogí de hombros—. Es una etiqueta. Una simplificación para el consumidor.

—Dicen que en las Brigadas muchos cruzan la línea. Que el veinte por ciento de los crímenes graves del Protectorado son cometidos por miembros de las Brigadas renegados. ¿Es cierto?

—Ignoro si ese porcentaje es exacto —miré a lo lejos a través de la lluvia—, pero somos muchos, es cierto. Una vez que uno ha sido licenciado de las Brigadas, las posibilidades de reciclarse son escasas. Toda oportunidad de alcanzar una posición de poder o influencia nos está vedada. Y en la mayoría de los mundos se nos impide ejercer un cargo público. Nadie cree en un miembro de las Brigadas. No tenemos ninguna perspectiva, ni préstamos ni créditos —me volví hacia ella—. Sin embargo, hemos sido entrenados para hacer cosas que están tan cerca del crimen que prácticamente no hay diferencia. Excepto que el crimen es más fácil. La mayor parte de los criminales son estúpidos, como probablemente sabe. Incluso el crimen organizado parecen pandilleros juveniles en comparación con las Brigadas. Es fácil ganarse el respeto. Y cuando te has pasado diez años de tu vida cambiando de funda, con la pila en frío y haciendo vida virtual, las amenazas de la policía dan risa.

Nos quedamos en silencio un momento.

—Lo siento —dijo finalmente.

—No se preocupe. Leyendo el informe sobre mi persona cualquiera…

—No me refería a eso.

—Oh —dije mirando el disco—. Bueno, si pensaba reparar algún error, ya lo ha hecho. Nadie tiene las manos limpias. La única forma de hacerlo es quedándote almacenado para siempre.

—Sí. Lo sé.

—Bien. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Sí.

—¿Sullivan está en el complejo de Bay City en este momento?

—Estaba allá cuando me marché.

—¿A qué hora sale él esta noche?

—A eso de las siete —dijo apretando los labios—. ¿Qué piensa hacer?

—Voy a hacerle algunas preguntas —dije.

—¿Y si no quiere responderle?

—Usted ya lo ha dicho, no es estúpido —me puse el disco en el bolsillo—. Gracias por su ayuda, doctora. Le sugeriría que evite estar cerca del complejo esta noche a las siete. Y gracias.

—Ya se lo he dicho, Kovacs: hago esto por mí.

—No me refería a eso, doctora.

—Oh.

Le rocé el brazo y me alejé de ella, de vuelta a la lluvia.

Capítulo 24

Tras varias décadas de uso, la madera del banco había ido desgastándose hasta formar unas cómodas depresiones para las nalgas y los brazos. Me tumbé sobre él, con la cara vuelta hacia la puerta, y me puse a leer los grafitis grabados en la madera. Había atravesado la ciudad y estaba empapado, pero la gran sala tenía calefacción y la lluvia golpeaba, impotente, contra los largos paneles transparentes del techo inclinado. Un robot de limpieza se acercó a limpiar mis huellas de barro en el suelo de cristal.

Lo miré trabajar. Al concluir su tarea, todas las huellas de mi llegada habían desaparecido.

Si hubiese podido borrar mis huellas electrónicas de la misma manera. Desafortunadamente, esas cosas sólo les pasaban a los héroes legendarios de otras épocas.

El robot de la limpieza se marchó y yo seguí leyendo los grafitis. La mayoría de ellos estaban en amánglico o en español, viejas bromas que ya había visto en un montón de lugares: «¡*Cabrón modificado*!», «*Ausente, deslice los sobres por debajo de la puerta*», «*El nativo alterado estuvo aquí*». Pero en el respaldo, grabado al revés, había como una isla de calma en medio de aquel océano de orgullo y rabia desesperados, un curioso haiku en kanji:

> *Ponte la nueva carne como un guante prestado*
> *y quémate los dedos una vez más.*

El autor debía de estar acostado en aquel banco cuando lo grabó, sin embargo los caracteres eran muy elegantes. Contemplé la caligrafía un largo rato, dejando que los recuerdos de Harlan estallaran en mi cabeza como cables de alta tensión.

A mi derecha, unos sollozos repentinos me arrancaron de mi ensueño. Una joven mujer negra y sus dos hijos, ellos también negros, contemplaban a un hombre blanco encorvado que estaba frente a ellos, vestido con un viejo uniforme de la ONU. Era una reunión de familia. El rostro de la mujer reflejaba el *shock*. Todavía no lo había asimilado. El más pequeño, que no debía tener más de cuatro años, no entendía nada. Miraba por detrás del hombre y preguntaba repetidamente: «¿Dónde está papá? ¿Dónde está papá?». Las facciones del hombre brillaban bajo la luz, parecía como si hubiese estado llorando después de salir del tanque.

Aparté la mirada. Tras ser reenfundado, mi padre había pasado sin decir una palabra frente a su familia, que lo esperaba y no lo reconoció, y había desaparecido de nuestras vidas. Nunca supimos cuál era… aunque a veces yo me preguntaba si mi madre no habría recibido alguna señal subliminal, si no había reconocido algún gesto o una mirada cuando él atravesó la sala. No sé si le dio vergüenza vernos, o quizá estaba demasiado feliz de comenzar una nueva vida en una funda más sana que la de su viejo cuerpo arruinado por el alcohol, dispuesto ya a salir a recorrer nuevas

ciudades en busca de mujeres más jóvenes. En aquella época yo tenía diez años. Lo comprendí todo cuando los empleados nos hicieron marchar para cerrar el centro por la noche. Habíamos estado allí desde el mediodía.

El jefe del equipo era un hombre viejo, conciliador y muy bueno con los niños. Me había puesto una mano en el hombro y me había hablado amablemente antes de llevarnos fuera. Se había inclinado frente a mi madre y le había murmurado alguna formalidad que la había ayudado a mantener su autocontrol a punto de romperse.

Probablemente cada semana se encontraba con algunos casos como el nuestro.

Memoricé el código de destino de Ortega, para ocupar un poco mi mente, después corté la parte comprometedora del paquete de cigarrillos y me la comí.

Mi ropa estaba casi seca cuando vi a Sullivan bajando la escalera. Su figura delgada estaba envuelta en un largo impermeable gris, y llevaba también un sombrero, de un estilo raro en Bay City. Enmarcado en la uve de mis pies, en primer plano gracias al neuroestimulador, su rostro parecía pálido y cansado. Cambié de postura y apoyé los dedos sobre la Philips, en su funda. Sullivan venía directo hacia mí. Pero cuando me vio tumbado en el banco hizo una mueca de desaprobación y cambió su trayectoria.

Un vagabundo más en el complejo.

Pasó sin mirar.

Dejé que se adelantara unos metros, luego me incorporé, desenfundando la Philips debajo de mi abrigo. Cuando llegó a la salida, lo alcancé. Las puertas se abrieron frente a él, lo empujé por la espalda y me coloqué rápidamente a su lado. Se dio la vuelta, con las facciones deformadas por la cólera.

—Eh, ¿dónde se ha creído que…?

El resto murió en sus labios cuando se dio cuenta de quién era yo.

—Alcaide Sullivan —le dije afablemente, levantando la Philips—. Es un arma silenciosa, y no estoy de buen humor. Por favor, haga lo que le digo.

—¿Qué quiere? —preguntó tragando saliva.

—Quiero hablar de Trepp, entre otras cosas. Y no quiero hacerlo bajo la lluvia. Vamos.

—Mi coche no es…

—… El que yo preferiría. Caminemos un poco. Y puedo asegurarle, alcaide Sullivan, que ante el menor gesto que haga, lo parto en dos. Ni siquiera verá el arma. Nadie la verá. Pero el resultado será el mismo.

—Se equivoca, Kovacs.

—No creo —dije indicando con la cabeza los coches en el aparcamiento—. Siga recto, después doble a la izquierda. Hasta que yo le ordene que se detenga.

Sullivan empezó a protestar, pero agité el cañón de la Philips y se calló. Bajó la escalera que llevaba al aparcamiento, después, mirando de vez en cuando hacia atrás, se dirigió hacia la puerta abierta cuyas dos hojas se habían oxidado en las bisagras en apariencia hacía más de un siglo.

—Mire adelante —grité—. Yo estoy aquí detrás, no hace falta que se preocupe.

En la calle, dejé que se adelantara unos doce metros y me comporté como si no lo conociera. El barrio no estaba muy frecuentado y los transeúntes eran pocos. Desde aquella distancia, Sullivan era un blanco fácil.

Cinco calles más allá, divisé las ventanas enteladas del restaurante que estaba buscando. Aceleré y alcancé a Sullivan antes de llegar a la puerta del local.

—Es aquí. Vaya a los reservados del fondo y siéntese.

Escruté la calle alrededor y entré siguiendo a Sullivan. El lugar estaba prácticamente vacío. Los clientes del día ya se habían marchado hacía rato y los de la noche aún no habían llegado. Dos viejas chinas estaban sentadas en un rincón con una elegancia marchita de flores secas y movían sus cabezas al unísono. En el otro extremo, cuatro jóvenes con trajes de seda se abandonaban a una holganza peligrosa y se divertían con *hardware* que parecía caro. Un tipo gordo, de aspecto caucásico, sentado a una mesa junto a la ventana, estaba devorando un cuenco de *chow mein* leyendo una historieta holoporno. Una pantalla colocada en lo alto de una pared difundía las imágenes de un deporte autóctono cuyas reglas eran incomprensibles para mí.

—Dos tés —le pedí al joven camarero que vino a recibirnos, antes de sentarme frente a Sullivan.

—No se saldrá con la suya —me dijo él sin convicción—. Incluso si usted me mata, si realmente me mata, ellos controlarán los últimos reenfundados y tarde o temprano lo atraparán.

—Sí, y tal vez también descubran la operación ilegal que le fue practicada a esta funda antes de que yo llegara.

—Esa puta. La va a…

—Usted no está en condiciones de amenazar —dije—. De hecho, usted no está en condiciones de hacer nada, excepto responder a mis preguntas y esperar que yo le crea. ¿Quién le pidió que me controlara?

Hubo un silencio, interrumpido por los comentarios de la transmisión deportiva. Sullivan me miraba con resentimiento.

—De acuerdo. Voy a facilitarle las cosas. Responda sí o no. Una sintética llamada Trepp fue a verlo. ¿Era la primera vez que usted hacía negocios con ella?

—No sé de qué me está hablando.

Con rabia controlada, le di una bofetada seca. Cayó hacia un lado, dio con la cabeza contra la pared y perdió el sombrero. Los cuatros jóvenes interrumpieron su conversación. Les lancé una mirada y la retomaron al vuelo con gran animación. Las dos viejas chinas se levantaron y se marcharon. El caucásico ni siquiera apartó la mirada de su holoporno. Me incliné sobre la mesa.

—Usted no está enfocando bien el asunto, alcaide Sullivan. Quiero saber a quién me vendió. Y no voy a dejarlo correr simplemente porque usted quiera preservar la

confidencialidad de sus clientes. Créame, no le están pagando lo suficiente para vérselas conmigo.

Sullivan volvió a sentarse y se limpió la sangre de los labios. Después, se las arregló para sonreír con la parte intacta de la boca, lo cual era digno de elogio de su parte.

—Kovacs, ¿usted se cree que nunca antes me han amenazado?

Me miré la mano con la que lo había golpeado.

—Creo que tiene muy poca experiencia con respecto a la violencia, y eso será una desventaja para usted. Voy a darle la oportunidad de decirme aquí y ahora lo que quiero saber. Después iremos a algún lugar insonorizado. ¿Quién mandó a Trepp?

—Kovacs, usted es un matón. Tan sólo…

Le di con los nudillos en el ojo izquierdo. El golpe hizo menos ruido que la bofetada. Sullivan gruñó y retrocedió, después se acurrucó en la silla. Impasible, lo miré hasta que se enderezó. Algo frío me recorría por dentro, algo nacido en los bancos de los tribunales de Newpest y que había sido mitigado por los años de experiencias desagradables de las que había sido testigo. Para el bien de los dos, esperaba que Sullivan fuera menos duro de lo que aparentaba ser. Volví a acercarme.

—Usted lo ha dicho Sullivan. Soy un matón. No un criminal respetable como usted. No soy un mat, ni un hombre de negocios. No tengo intereses, ni contactos, no me he comprado una respetabilidad. Soy lo que soy, y usted está en mi camino. Así que empecemos de nuevo. ¿Quién mandó a Trepp?

—Él no lo sabe, Kovacs. Está perdiendo el tiempo.

El tono de la mujer era claro y sonoro, un poco alto para hacerse oír desde la puerta, donde permanecía de pie, con las manos metidas en los bolsillos de su largo abrigo negro. Delgada, pálida, de pelo oscuro y corto, su cuerpo flexible y su postura denotaban una excelente preparación. Su túnica gris, debajo del abrigo, parecía blindada; llevaba el pantalón metido en los botines. Un solo pendiente de plata con forma de cable desconectado colgaba de su oreja izquierda.

Estaba sola.

Bajé lentamente la Philips. Sin darse por enterada de que la había estado apuntando, atravesó el restaurante. Los jóvenes de la mesa del fondo no le quitaron los ojos de encima, pero si ella era consciente de sus miradas, no lo dejó notar en ningún momento.

Cuando estaba a cinco pasos de la mesa, me lanzó una mirada y comenzó a sacar lentamente las manos de sus bolsillos. Hice una seña y ella completó su movimiento, dejando ver las palmas abiertas y unos anillos de cristal negro.

—¿Trepp?

—Así es. ¿Puedo sentarme?

Indiqué con la Philips el asiento de enfrente, donde Sullivan se toqueteaba el ojo.

—Si puede convencer a su socio para que se haga a un lado. Deje las manos sobre la mesa.

La mujer sonrió e inclinó la cabeza. Sullivan ya se había colocado contra la pared para hacerle sitio y ella se deslizó junto a él con unos movimientos tan mesurados que su pendiente apenas se movió.

Después puso las dos palmas sobre la mesa.

—¿Se siente más seguro?

—Sí —dije, descubriendo que los anillos y el pendiente, reflejaban, como a través de una pantalla de rayos X, una parte de los huesos de los dedos.

El estilo de Trepp empezaba a gustarme.

—No le he dicho nada —susurró Sullivan.

—Tú no sabías nada —le respondió Trepp sin siquiera volverse hacia él—. Diría incluso que has tenido suerte de que yo haya venido. El señor Kovacs no parece alguien dispuesto a aceptar la ignorancia. ¿O me equivoco?

—¿Qué quiere, Trepp?

—He venido a ayudarlo —respondió ella levantando la vista para ver al camarero, que en ese momento llegaba con una bandeja con una gran tetera y dos tazas sin mango—. ¿Usted ha pedido esto?

—Sí… Sírvase.

—Gracias, me encanta. Sullivan, ¿usted también quiere? Por favor, traiga otra taza. ¿Qué estaba diciendo?

—Que quería ayudarme.

—Sí, eso —respondió Trepp bebiendo un sorbo de té verde—. Estoy aquí para aclarar las cosas. ¿Se da cuenta? Usted está tratando de arrancarle información a Sullivan, que no sabe absolutamente nada. Yo era su contacto. Y ahora estoy aquí. Hable conmigo.

La miré a los ojos.

—Trepp, yo a usted la maté la semana pasada.

—Sí, eso es lo que dicen —respondió Trepp dejando la taza de té en la mesa y mirando los huesos de sus dedos—. Obviamente, yo no me acuerdo de nada. De hecho, yo a usted ni siquiera lo conozco, Kovacs. Lo último que recuerdo es haberme metido en el tanque hace un mes. Todo lo que ocurrió después se me ha borrado. El «yo» que usted carbonizó en el coche ha muerto. Y no era yo. De modo que no me quedan rencores, ¿me entiende?

—¿Ningún almacenaje a distancia?

Bufó.

—¿Está usted bromeando? Me gano la vida haciendo esto, al igual que usted, pero no tan bien. De todas formas, ¿quién necesita esa mierda a distancia? En mi opinión, cuando uno se equivoca tiene que pagar por ello. Y con usted la jodí, ¿no es cierto?

Bebí de mi té y recordé la batalla en el coche desde distintos ángulos.

—Usted estuvo un poco lenta —reconocí—. Y fue negligente.

—Sí, negligente. Tengo que vigilarme, eso pasa cuando uno lleva sintéticos. Es algo muy antizén. Tengo un *sensei* en Nueva York que se vuelve loco con esto.

Había decidido mostrarme paciente.

—¡Qué lástima! ¿Quiere decirme quién la ha mandado?

—Es mejor aún que eso. Está usted invitado a ver al Jefe —hizo una seña con la cabeza al ver mi expresión—. Así es, Ray quiere hablarle. Lo mismo que la última vez, salvo que esta vez es voluntario. La coerción no parece funcionar con usted.

—¿Y Kadmin? ¿Él también estará?

Trepp inspiró profundamente.

—Kadmin… En fin, Kadmin es un problema aparte en estos momentos. La situación es un poco problemática. Pero creo que podremos resolverla. En realidad no puedo decirle mucho más por ahora —señaló a Sullivan, que estaba empezando a enderezarse y a prestar atención a la conversación—. Deberíamos ir a otro lugar.

—De acuerdo. La sigo. Pero antes que nada, establezcamos dos reglas simples. Uno: nada que sea virtual.

—En eso nos hemos adelantado —dijo Trepp terminando su té y levantándose—, tengo instrucciones de llevarlo directamente a ver a Ray. En carne y hueso.

Puse una mano sobre su brazo y ella se inmovilizó.

—Dos: nada de sorpresas. Usted me dirá qué va a ocurrir antes de que ocurra. Ante el menor imprevisto, volverá a decepcionar una vez más a su *sensei*.

—De acuerdo. Nada de sorpresas —respondió Trepp con una sonrisa que indicaba que no estaba acostumbrada a que la agarraran del brazo—. Saldremos del restaurante y tomaremos un taxi. ¿Le parece bien?

—Mientras esté vacío.

Le solté el brazo y ella continuó su movimiento con la misma fluidez. Busqué en el bolsillo y le lancé dos billetes a Sullivan.

—Usted no se mueva de aquí. Si veo su cabeza asomar por la puerta antes de que nos vayamos, le hago un agujero. El té lo pago yo.

El camarero llegó con la taza para Sullivan y un gran pañuelo blanco, seguramente para limpiar la sangre de su labio roto. Muy amable de su parte. Casi se cayó al cedernos el paso, mirándome con una mezcla de disgusto y miedo. Tras el impulso de furia helada que me había poseído poco antes, entendía perfectamente su reacción.

Los jóvenes nos siguieron con la mirada y una concentración de reptil.

Fuera todavía estaba lloviendo. Me levanté el cuello. Trepp sacó un buscador de transporte y empezó a agitarlo por encima de su cabeza.

—Será un minuto —dijo ella lanzándome una curiosa mirada de reojo—. ¿Sabe a quién pertenece este lugar?

—Lo supongo.

Meneó la cabeza.

—Es un antro de las tríadas. Un lugar terrible para un interrogatorio. ¿O es que a usted le gusta vivir peligrosamente?

Me encogí de hombros.

—En mi mundo los criminales no se meten en las peleas de los otros. En general, son unos cobardes. En realidad, es más probable que un ciudadano normal intervenga…

—Aquí no. La mayoría de los ciudadanos normales son demasiado normales como para meterse en una pelea. Piensan que para eso está la policía. Usted viene de Harlan, ¿no es cierto?

—Así es.

—A lo mejor es una reacción quelista. ¿No le parece?

—A lo mejor.

Un aerotaxi bajó en espiral respondiendo a la llamada. Trepp se quedó junto a la trampilla abierta y con ironía señaló el compartimento vacío del interior. Sonreí.

—Después de usted.

—Como quiera.

Subió a bordo y se hizo a un lado para dejarme pasar. Me acomodé en el asiento frente a ella y le miré las manos. Siguiendo mi mirada, alargó los brazos sobre el respaldo, como una crucificada. La trampilla se cerró.

—Bienvenidos a Urbline —dijo el taxi suavemente—. Por favor, indique su destino.

—Al aeropuerto —dijo Trepp arrellanándose en el asiento y observando mi reacción—. Terminal privada.

El taxi despegó. Miré la lluvia a través de la ventanilla, detrás de Trepp.

—Entonces no es un trayecto corto —comenté con tono monocorde.

Levantó de nuevo los brazos, con las palmas abiertas.

—Hemos creído, dada su experiencia anterior, que usted no aceptaría pasar a virtual, y que deberíamos pensar en un verdadero viaje. Suborbital. Durará tres horas.

—¿Suborbital? —pregunté tocando la Philips en su funda—. ¿Sabe una cosa? Es probable que me ponga nervioso si alguien me pide que entregue mi material antes del vuelo.

—Sí, también hemos pensado en eso. Tranquilo, Kovacs. Usted me ha oído: he dicho «a una terminal privada». Un vuelo especial, sólo para usted. Si quiere puede llevar una bomba nuclear táctica, ¿de acuerdo?

—¿Adónde vamos, Trepp?

Sonrió.

—A Europa.

Capítulo 25

Cualquiera que fuera el lugar de Europa donde aterrizamos, el tiempo era mucho más agradable. Abandonamos la nave suborbital, sin ventanas, en la pista y nos dirigimos hacia la terminal bajo el sol del mediodía, que notaba sobre mi cuerpo incluso a través de la chaqueta. El cielo era de un azul diáfano, el aire seco y pesado. Según el reloj del piloto, apenas era media tarde. Me quité la chaqueta.

—Una limusina debería estar esperándonos —dijo Trepp por encima del hombro.

Atravesamos la terminal sin trámite alguno hasta una zona de microclima, donde algunas palmeras y otras plantas tropicales menos conocidas trepaban hasta el cielo raso de cristal. Una llovizna húmeda brotaba de los sistemas de irrigación y le daba al ambiente cierta amenidad en comparación con la aridez exterior. Algunos niños jugaban en los pasillos entre los árboles, conviviendo de forma pacífica con los viejos sentados en unos bancos de hierro forjado. Las generaciones intermedias se agolpaban en torno a las mesas de café, su conversación estaba acompañada por una gesticulación mucho más marcada que en Bay City, parecían ignorar el factor tiempo y el factor horario que imperan en casi todas las terminales.

Me puse la chaqueta sobre los hombros para ocultar mi arma de la mejor forma posible y seguí a Trepp por entre los árboles. Mi gesto no fue lo suficientemente rápido como para escapar a la mirada de dos guardias de seguridad que estaban bajo una palmera cercana, o a la de una niña que avanzaba por el pasillo hacia nosotros arrastrando los pies. Trepp le hizo una seña a los guardias y éstos se relajaron. Era evidente que nos estaban esperando. La niña no se dio por vencida y siguió mirándome con los ojos bien abiertos hasta que formé una pistola con los dedos y simulé el gesto de dispararle acompañándolo de unos efectos sonoros. La niña mostró una amplia sonrisa dejando ver sus dientes y fue a esconderse detrás del banco más cercano. Después siguió disparándome por la espalda hasta que salimos.

Trepp me condujo al final de una fila de taxis, hasta una limusina anónima de color negro estacionada en la zona de aparcamiento prohibido. Poco después me introduje en el confort lujoso de su interior con aire acondicionado y unos asientos gris claro regulables.

—Diez minutos —me prometió ella mientras despegábamos—. ¿Qué le parece el microclima?

—Está muy bien.

—Lo hay en todo el aeropuerto. Los fines de semana la gente viene a pasar el día. Extraño, ¿no?

Gruñí y miré por la ventanilla mientras virábamos por encima de una importante ciudad. A lo lejos, una llanura polvorienta se extendía en el horizonte contra el azul casi lacerante del cielo. A la izquierda se divisaban algunas montañas.

Viendo mi escasa predisposición a hablar, Trepp se colocó un conector telefónico detrás de la oreja que lucía el curioso pendiente. Un chip interior más. Al empezar la llamada sus ojos se cerraron, y yo tuve la misma sensación de soledad que sentimos cuando alguien utiliza un conector.

La soledad me parecía estupenda.

A decir verdad, yo había sido un pobre compañero de viaje para Trepp. En la cabina de la nave me había mostrado muy distante, pese al evidente interés que ella manifestaba por mi pasado. Al final abandonó la idea de arrancarme anécdotas sobre Harlan y las Brigadas y trató de enseñarme algún juego de cartas. Movido por algún impulso de intercambio cultural, la había escuchado, pero jugar a las cartas a dúo no es lo ideal, además no tenía muchas ganas de hacerlo. Aterrizamos en Europa en silencio, cada uno hojeando la selección informativa del archivo del aparato. A pesar de la aparente desenvoltura de Trepp, me costaba olvidar las circunstancias de nuestro último viaje.

Debajo de nosotros, la llanura fue dejando lugar a unas colinas cada vez más verdes, que se transformaron en un valle donde los bosques parecían cercar una estructura humana. Cuando comenzamos a bajar, Trepp se desconectó con un movimiento de los párpados que indicaba que no se había molestado en apagar primero el chip —un gesto que la mayoría de los fabricantes desaconsejaba—, aunque quizá ella lo hacía para lucirse. Yo apenas me fijé. Me interesaba más nuestro destino.

Era una enorme cruz de piedra, la más grande que jamás había visto y que el tiempo había erosionado. La limusina bajó en espiral y entonces advertí que quien había construido aquel monumento lo había instalado sobre una enorme roca para darle el aspecto de una espada gigantesca clavada en el suelo por algún dios guerrero jubilado. La cruz estaba en perfecta armonía con la dimensión de las montañas, como si ninguna fuerza humana hubiese podido depositarla allí.

Las terrazas de piedra y las construcciones al pie de la roca, que también tenían dimensiones colosales, parecían casi insignificantes al lado de aquel objeto enorme.

Trepp me estaba mirando con los ojos brillantes. La limusina se posó en una terraza y yo me bajé, parpadeando ante el reflejo del sol.

—¿Esta cruz pertenece a los católicos? —pregunté.

—Pertenecía —respondió Trepp dirigiéndose hacia una puerta de acero empotrada en la roca—. Cuando era nueva. Ahora es de propiedad privada.

—¿Cómo es posible?

—Pregúnteselo a Ray.

Ahora era Trepp la que se desinteresaba de la conversación. Como si la vasta estructura le devolviera potenciada una parte de su personalidad, o de su linaje. Se acercó a las puertas como atraída por un imán.

Las puertas se abrieron lentamente ante nosotros con un zumbido, después se detuvieron dejando un espacio de dos metros. Le hice una seña a Trepp, que

encogiéndose de hombros franqueó el umbral. Algo grande, parecido a una araña, se deslizó a ambos lados por las paredes en la penumbra. Me llevé una mano a la culata de la Nemex, sabiendo de antemano que era un gesto inútil. Estábamos ya en territorio de gigantes.

Unos cañones del tamaño de un hombre emergieron de la oscuridad y dos robots nos olfatearon. El calibre era el mismo que el del sistema de defensa del Hendrix. Decidí abandonar mis armas. Con un vago rumor de insecto, las unidades automáticas de ataque se retiraron y treparon por las paredes hacia sus nidos. En la base de sus dos moradas, divisé ángeles de hierro armados con espadas.

—Vamos —dijo Trepp, y su voz retumbó con fuerza en el silencio de la basílica —. ¿Usted cree que si hubiésemos querido matarlo lo habríamos traído hasta aquí?

La seguí por los escalones de piedra y la nave principal. Nos encontrábamos en una nave enorme, cuyo cielo raso se perdía en la oscuridad. Ante nosotros había otra escalera que conducía a una parte más estrecha en la que se veía más luz. Había un techo abovedado encima de unos guardias, estatuas de piedra con las manos posadas sobre pesadas espadas, con los labios congelados en una sonrisa desdeñosa que asomaba por debajo de sus capuchas.

Sentí que mis propios labios se torcían como respuesta y mis pensamientos se volvían hacia explosivos de alta potencia.

En el extremo de la basílica, unos objetos grises flotaban en el aire. Por un instante pensé que eran una serie de monolitos levantados por un campo magnético, luego uno de ellos giró bajo el efecto de un golpe de aire helado y entonces comprendí de qué se trataba.

—¿Está impresionado, Takeshi-san?

La voz, el japonés elegante, me impactaron como cianuro. Bajo el impulso de la emoción, se me cortó la respiración y sentí que una corriente me recorría entero y el neuroestimulador se activaba. Me volví lentamente hacia la voz. En alguna parte, bajo mi ojo, un músculo se estremeció.

—Ray —dije en amánglico—. Tendría que haberlo comprendido en la pista de despegue.

Reileen Kawahara apareció por una puerta de la sala circular y se inclinó irónicamente. Después continuó la conversación en un amánglico perfecto.

—Es cierto, quizá debió haberlo hecho —murmuró—. Pero si hay algo que me gusta de usted, Kovacs, es su infinita capacidad para sorprenderse. A pesar de su veteranía en ciertas lides, sigue siendo un inocente. Y para los tiempos que corren, eso no es poco. ¿Cómo lo hace?

—Es un secreto. Hay que ser humano para entenderlo.

El insulto pasó desapercibido. Kawahara miró el suelo de mármol como si pudiera verlo allí tirado.

—Creo que ya hemos discutido sobre este tema.

Me acordé de Nuevo Pekín, de las corruptas estructuras de poder creadas allí por Kawahara, de los gritos atroces de los torturados que yo asociaba con su nombre.

Me acerque a uno de los bultos grises y le di una bofetada. La superficie era blanda al contacto de mi mano y la cosa se balanceo un poco en los cables. Algo se movió en su interior.

—¿A prueba de balas, no?

—Mmm —respondió Kawahara inclinando la cabeza hacia un lado—. Depende de la bala, supongo. Pero con toda seguridad resistente a los impactos.

De alguna parte saqué una carcajada.

—¡Una matriz a prueba de balas! Sólo a usted podía ocurrírsele algo así, Kawahara. Blindar a sus clones y enterrarlos bajo una montaña…

Dio un paso hacia la luz y un arrebato de odio me recorrió hasta el estómago. Reileen Kawahara se jactaba de haberse criado en los suburbios contaminados de Fission City, en Australia occidental, pero si eso era cierto, hacía mucho que había borrado todo rastro de sus orígenes. Tenía la prestancia de una bailarina, un cuerpo armonioso y atractivo que no suscitaba sin embargo una respuesta hormonal inmediata, una cara de elfo inteligente. Era la funda que usaba en Nuevo Pekín, cultivada por unidades y sin implantes artificiales. Un organismo puro, de una belleza que era casi la de una obra de arte. Kawahara la había vestido de gala. Con una falda con forma de pétalos de tulipán que le llegaba a media pierna y una blusa de seda que le caía sobre el torso como agua negra. Sus zapatos se parecían a las pantuflas de las naves espaciales, pero con pequeños tacones. Llevaba el pelo corto y de color castaño rojizo peinado hacia atrás. Parecía una modelo, con cierto toque *sexy*, adecuada para un anuncio de fondos de inversiones.

—Con frecuencia el poder está enterrado —dijo—. Piense en los búnqueres del Protectorado en Harlan. O en las cavernas donde las Brigadas lo escondieron mientras lo recreaban a su imagen y semejanza. La esencia misma del control es mantenerse oculto, ¿no le parece?

—Si pienso en la forma en que he sido manipulado esta semana, diría que sí. Bien… ¿me va a decir qué quiere de mi?

—En efecto —dijo Kawahara mirando de reojo a Trepp, que se eclipsó en la oscuridad, mirando hacia arriba, como un turista. Miré a mi alrededor—. Usted debe saber, supongo, que fui yo quien lo recomendó a Laurens Bancroft.

—Él la mencionó.

—Sí. Y si su hotel se hubiese mostrado menos psicótico, la situación no se hubiese complicado tanto. Hubiésemos podido tener esta conversación hace una semana y evitar complicaciones inútiles. No era mi intención que Kadmin lo agrediera. Su misión consistía en traerlo a usted aquí vivo.

—Ha habido un cambio de programa —dije, buscando un asiento—. Kadmin no ha seguido sus instrucciones. Esta mañana ha intentado matarme.

Kawahara hizo una mueca de irritación.

—Lo sé. Por eso lo hemos traído aquí.

—¿Lo liberaron?

—Por supuesto.

—¿Cuando estaba a punto de hablar?

—Él le dijo a Keith Rutherford que no iban a sacar provecho de él mientras estuviera detenido. Y que difícilmente podía cumplir el contrato que tenía conmigo en esas condiciones.

—Muy sutil.

—¿Verdad que sí? Nunca he podido resistirme a una negociación sofisticada. Pensé que se había ganado la resurrección.

—Entonces usted se sirvió de mí como un indicador, lo sacó de allí y lo transmitió a Matanza para que lo reenfundaran, ¿no es cierto? —Me palpé los bolsillos y encontré los cigarrillos de Ortega. En la penumbra crepuscular de la basílica, el paquete familiar parecía la tarjeta postal de otro universo—. No me extraña que el *Rosa de Panamá* no hubiese terminado aún de decantar al segundo luchador cuando llegamos. Probablemente casi ni habían terminado de reenfundar a Kadmin. Ese hijo de puta ha salido de allí en el cuerpo de un Mártir de la Mano Derecha de Dios.

Kawahara movió la cabeza.

—Casi en el mismo momento en que usted estaba subiendo a bordo. Si he entendido bien, se hizo pasar por un obrero cuando ustedes pasaron por su lado. Preferiría que no fumara aquí.

—Kawahara, yo en cambio preferiría que usted se muriera de una hemorragia interna, pero no creo que vaya a hacerlo.

Encendí el cigarrillo y me acordé. El hombre arrodillado en el *ring*. Reconstruí la escena a cámara lenta. En la cubierta de la nave. El rostro que se había vuelto hacia nosotros cuando pasamos. Sí, incluso nos había sonreído. Hice una mueca al recordarlo.

—Usted no ésta siendo muy cortés teniendo en cuenta su situación —dijo Reileen —. Su vida corre peligro y yo puedo salvarla.

Pude detectar cierta inquietud en su voz. A pesar de su tan mentado autocontrol, Reileen Kawahara, al igual que Bancroft, el general MacIntyre o cualquier otro poderoso con los que me había topado, no podía soportar la falta de respeto.

—Mi vida ya ha estado en peligro antes —respondí—. La mayoría de las veces a causa de algún pedazo de mierda como usted que había decidido controlar los eventos a gran escala. Usted ya permitió que Kadmin se acercara demasiado para mi salud. Supongo que lo hizo utilizando su maldito localizador virtual.

—Yo lo había mandado a buscar —gruñó Kawahara apretando los dientes—. Y él volvió a desobedecerme.

—Precisamente —dije frotándome mecánicamente el hombro—. Así que ¿cómo podría fiarme de usted una vez más?

—Porque usted sabe que puedo ayudarlo —dijo Kawahara atravesando la sala—. Soy una de las siete personas más poderosas de este sistema solar. Tengo acceso a fuerzas por cuyo control el comandante en jefe de la ONU se dejaría matar.

—Esta arquitectura la hace delirar, Reileen. Usted ni siquiera me hubiese encontrado si no hubiese estado vigilando a Sullivan. ¿Cómo diablos atrapará a Kadmin?

—Kovacs, Kovacs… —Reileen estaba casi temblando, como si estuviese reprimiendo el impulso de hundirme los dedos en los ojos—. ¿Sabe usted lo que ocurre en las calles de cualquier ciudad de la Tierra en cuanto yo me pongo a buscar a alguien? ¿Se imagina lo fácil que sería para mí acabar con usted aquí y ahora? —Di una calada al cigarrillo y le eché el humo encima.

—Como me ha dicho Trepp, su fiel criada, no hace siquiera diez minutos, ¿por qué iban a traerme hasta aquí para matarme? Usted quiere algo de mí. ¿Qué es?

Reileen inspiró profundamente. Su rostro recuperó la calma y retrocedió dos pasos, evitando la confrontación.

—Tiene razón, Kovacs. Lo quiero vivo. Si usted desaparece ahora, Bancroft recibirá el mensaje equivocado.

—O el correcto —dije mirando con aire ausente un texto grabado en la piedra a mis pies—. ¿Fue usted quién lo mató?

—No —respondió Kawahara, casi divertida—. Se mató él solo.

—Oh, sí, claro.

—Puede creerme o no, a mí me da igual, Kovacs. Quiero que le ponga un punto final a la investigación. Un final claro y aceptado por todos.

—¿Y de qué forma?

—No me importa. Invente algo. Usted es de las Brigadas. Trate de convencerlo. Dígale que el veredicto de la policía era correcto. Fabrique un motivo —sonrió tenuemente—. A mí exclúyame.

—Si usted no lo mató, si él mismo se voló la cabeza, ¿por qué se mete en el asunto? ¿Qué interés tiene?

—No estamos discutiendo sobre eso.

Asentí.

—¿Qué voy a ganar yo poniendo un punto final?

—¿Aparte de los cien mil dólares? —preguntó Kawahara intrigada—. Bueno, creo entender que usted ha recibido ofertas muy interesantes de otra gente. Por mi parte, tomaré las medidas necesarias para que Kadmin no lo toque.

Miré la inscripción a mis pies, meditabundo.

—«Francisco Franco» —dijo Kawahara, creyendo que yo estaba intentando leerla —. Un tirano miserable de hace mucho tiempo. Él hizo construir este lugar.

—Trepp dijo que la cruz era católica.

Kawahara se encogió de hombros.

—Un tirano miserable con delirios religiosos. Los católicos y los tiranos se llevan bien. Forma parte de la misma cultura.

Miré a mi alrededor, buscando disimuladamente los sistemas de seguridad.

—Sí, eso parece. Pero vayamos al grano, Kawahara. Usted quiere que yo le haga tragar una mentira enorme a Bancroft, y a cambio usted alejará a Kadmin, al que antes había mandado a atraparme, de mí. ¿Ése es el trato?

—Usted lo ha dicho, ése es el trato.

—Entonces puede irse a la mierda, Kawahara —dije dejando caer el cigarrillo en la piedra y pisándolo con el talón—. Me enfrentaré a Kadmin y le diré a Bancroft que probablemente usted lo mandó matar. ¿Qué le parece? ¿Sigue pensando en dejarme con vida?

Tenía las manos abiertas, ávidas por aferrar el bulto macizo de la culata de una pistola. Le hubiese metido tres balas de mi Nemex en la garganta, a la altura de la pila, para después llevarme la pistola a la boca y volarme la mía. Kawahara estaba seguramente en almacenaje a distancia, pero no me importaba, hay que saber tomar una decisión. Y un hombre no puede posponer continuamente su deseo de morir.

Podría haber sido peor. Podría haber sido Innenin.

Kawahara movió la cabeza. Sonreía.

—Siempre el mismo, Kovacs. Tanto ruido y tanta furia para nada. Un romanticismo nihilista. ¿No ha aprendido nada desde Nuevo Pekín?

—«Hay arenas tan corruptas que los únicos actos posibles son nihilistas».

—Déjeme adivinar. Es de Quell, ¿no? Prefiero Shakespeare, pero dudo que la cultura colonial se remonte tanto en el pasado…

Todavía sonreía, su cuerpo había adoptado la pose de una gimnasta del teatro corporal a punto de representar un aria. Por un instante tuve la casi alucinatoria convicción de que iba a marcarse unos pasos de danza al ritmo de pachanga que saldría de unos altavoces disimulados en la cúpula, sobre nuestras cabezas.

—Takeshi, ¿de dónde sacó la idea de que todo podía resolverse con una brutalidad tan elemental? No de las Brigadas, espero. ¿De las bandas de Newpest? ¿O son los golpes que su padre le dio de niño? ¿Creía de veras que yo iba a permitirle una negativa? ¿Pensaba que yo vendría con las manos vacías? Reflexione. Usted me conoce.

El neuroestimulador bullía dentro de mí. Lo contuve, como un paracaidista esperando la orden de saltar.

—Perfecto —dije en tono neutro—. Impresióneme.

—Con mucho gusto —Kawahara metió la mano en el bolsillo de su blusa, sacó un diminuto holoarchivo y lo activó con la presión de la uña del pulgar. Las imágenes desfilaron por el aire, después me lo pasó—. Hay mucha información en jerga legal, pero seguramente captará la idea.

Tomé la pequeña esfera de luz como si fuera una flor venenosa. El nombre, destacado, en seguida me impactó: *Sarah Sachilowska*.

Y la terminología de un contrato, como si un edificio se desplomara sobre mí a cámara lenta:

En almacenaje privado…
En detención virtual…
Período ilimitado…
Sujeto a disposición discrecional de la ONU…
Bajo la responsabilidad del complejo judicial de Bay City.

La verdad me fulminó como una descarga. Tendría que haber matado a Sullivan cuando se me presentó la oportunidad.

—Diez días —dijo Kawahara observando mi reacción—. Es el tiempo que le queda para convencer a Bancroft de que la investigación ha concluido y luego desaparecer. Un minuto más y Sachilowska entrará en virtual en una de mis clínicas. Hay una nueva generación de programas de interrogatorio virtual en el mercado, y yo me encargaré personalmente de que ella los pruebe casi todos.

El holoarchivo cayó a tierra con un chasquido seco. Me abalancé sobre Kawahara mostrando los dientes. Un gruñido que nada tenía que ver con mi entrenamiento de combate me subió por la garganta. Mis manos se crisparon. Sentía ya el sabor de su sangre.

El frío cañón de un arma se posó sobre mi cuello a mitad de camino.

—Se lo desaconsejo —me susurró Trepp al oído.

Kawahara se acercó.

—Bancroft no es el único que puede pagar por la liberación de criminales coloniales con problemas. Los del complejo de Kanagawa estaban encantados cuando llegué dos días más tarde con una oferta por Sachilowska. Creen que una vez en otro mundo, las posibilidades que tienen los criminales como usted o Sarah de pagarse el billete de vuelta son escasas. Cobrar por librarse de usted… Es demasiado bueno para ser cierto. Sin duda deben de esperar que sea el principio de una nueva tendencia —Reileen pasó un dedo por mi solapa—. Y cuando vemos la situación de los mercados virtuales en este momento, es efectivamente una tendencia que vale la pena lanzar.

El músculo debajo de mi ojo tembló violentamente.

—Voy a matarla —murmuré—. Le arrancaré el corazón y me lo comeré. Voy a destruir este lugar y…

Kawahara se inclinó hacia mí, nuestras caras casi se tocaban. Su aliento olía vagamente a menta y orégano.

—No. Hará exactamente lo que le digo y lo hará en menos de diez días. Porque si no lo hace, su amiga Sachilowska empezará su viaje al infierno sin ninguna redención —Reileen retrocedió levantando las manos—. Kovacs, debería agradecer a todos los dioses de Harlan que no sea una sádica. Me refiero a que le doy una opción. Podríamos negociar incluso cuánto durará la agonía de Sachilowska, quiero decir que

podría empezar con ella ahora. Lo cual para usted sería un incentivo para terminar con esto lo más rápidamente posible, ¿no es cierto? En la mayoría de los sistemas virtuales diez días corresponden a tres o cuatro años subjetivos. Usted estuvo en la clínica Wei. ¿Cree que ella podría soportar tres años de ese tratamiento? Me parece que se volvería loca en seguida, ¿no cree?

El esfuerzo que hacía para contener mi odio era demasiado grande. Lo sentía como una opresión en el pecho. Conseguí hablar.

—Condiciones. ¿Cómo saber que usted la liberará?

—Porque le doy mi palabra —dijo Kawahara dejando caer los brazos—. Usted sabe por experiencia que la mantengo.

Asentí lentamente.

—Una vez que Bancroft haya aceptado que el caso está cerrado, esperaré a que usted haya desaparecido, y haré transferir a Sachilowska a Harlan, para que cumpla allí su condena —Kawahara se agachó para recoger el holoarchivo y pasó muchas páginas—. Como puede ver, en el contrato hay una cláusula de anulación. Por supuesto, voy a perder una parte importante de mi adelanto, pero dado el contexto, estoy dispuesta a hacerlo —sonrió—. No olvide que la anulación vale para ambas partes. Yo siempre puedo volver a comprar a Sarah en cualquier momento. De modo que si tenía en mente desaparecer por un tiempo para luego volver a ver a Bancroft, abandone esa idea. No podrá ganar esta mano.

El cañón del arma se apartó de mi nuca y Trepp retrocedió. El neuroestimulador me mantenía en pie como el equipo para moverse de un parapléjico. Anonadado, miraba a Kawahara.

—¿Para qué diablos montar todo este lío? —murmuré—. ¿Para qué me ha metido en esto si no quería que Bancroft descubriese la verdad?

—Porque usted es de las Brigadas, Kovacs —dijo Kawahara lentamente, como si hablara con un niño—. Porque si hay una persona que puede convencer a Laurens Bancroft de que lo suyo fue un suicidio, esa persona es usted. Y porque yo a usted lo conocía lo bastante bien como para adivinar sus movimientos. Lo arreglé todo para encontrarnos en cuanto llegara, pero su hotel se interpuso. Y luego, cuando el azar lo llevó a la clínica Wei, intenté encontrarme con usted de nuevo.

—Yo salí de la clínica por mis propios medios.

—Oh, sí. Su historia de biopiratas. ¿Creyó realmente que se habían tragado esa farsa? Sea razonable, Kovacs. Quizá eso lo hizo avanzar dos pasos, pero la única razón por la que usted salió vivo de la clínica fue porque yo les pedí que lo mandaran aquí —Reileen se encogió de hombros—. Después usted insistió en escapar. Ha sido una semana muy dura, y yo también tengo mi parte de culpa. Me siento como un conductista que ha diseñado torpemente el laberinto de su rata.

—De acuerdo —dije, y noté que estaba temblando—. Voy a convencer a Bancroft.

—Sin duda.

Intenté decir algo más, pero mi capacidad de resistencia estaba agotada. El frío de la basílica me había calado hasta los huesos. Dominé mi temblor con un esfuerzo y me di la vuelta para marcharme. Trepp avanzó para acompañarme. Habíamos dado unos cuantos pasos cuando Kawahara me llamó.

—Ah, Kovacs…

Me di la vuelta, como en un sueño. Sonreía.

—Si consigue resolver bien y rápido este asunto, veré si puedo ofrecerle una especie de incentivo en efectivo. Un extra, por así decir. Negociable. Trepp le dará un número para ponerse en contacto conmigo.

Volví a darme la vuelta, sentía una insensibilidad que no había experimentado desde las ruinas humeantes de Innenin. Trepp me dio una palmada en el hombro.

—Venga —me dijo amablemente—. Salgamos de aquí.

La seguí bajo aquella arquitectura opresiva y las sonrisas burlonas de los guardias encapuchados. A través de sus clones grises, Kawahara me miraba alejarme con la misma sonrisa. El tiempo que tardamos en abandonar la nave pareció durar una eternidad, y cuando el enorme portal se abrió, la luz me invadió como una inyección de vida. Me aferré al día como un ahogado. La basílica era una fría oquedad oceánica desde la que emergía extendiendo la mano hacia el sol de la superficie. Cuando abandonamos las sombras, mi cuerpo absorbió el calor como si fuera un alimento sólido. Poco a poco el temblor fue cesando.

Mientras me alejaba de la gigantesca cruz, aún sentía su presencia como una mano glacial en mi nuca.

Capítulo 26

La noche siguiente está borrosa. Más tarde, cuando traté de ensamblar mis recuerdos, incluso la memoria de las Brigadas me devolvió sólo algunos fragmentos.

Trepp quería pasar la noche en la ciudad. Los mejores lugares de Europa, según ella, nos esperaban, y ella conocía las mejores direcciones.

Yo quería que dejara de pensar.

Empezamos por un hotel en una calle cuyo nombre no podía pronunciar. Un análogo del tetramet que absorbimos a través del blanco de los ojos mediante un *spray*. Me senté tranquilamente en un sillón junto a la ventana y dejé que Trepp me lo aplicara, tratando de no pensar en Sarah ni en la habitación de Millsport. Intentando no pensar en nada. Unos holos bicolores en la ventana daban a las facciones de Trepp matices de rojo y de bronce. Tenía la cara de un demonio a punto de sellar un pacto. Cuando absorbí el tetramet, sentí una insidiosa aceleración de los límites de mi percepción. Y cuando se lo apliqué yo a Trepp, casi me pierdo en la geometría de su rostro.

Era mercancía de primera calidad…

Había unos murales que representaban el infierno cristiano, unas llamas, en forma de garras afiladas, azotaban una procesión de pecadores desnudos que gritaban. En uno de los extremos de la sala, donde las figuras de las paredes parecían confundirse con los clientes del bar, una chica bailaba sobre una plataforma giratoria. Un pétalo de cristal negro danzaba a su alrededor, y cada vez que pasaba entre el público y la bailarina, la chica desaparecía, reemplazada por un danzarín esqueleto burlón.

—Este sitio se llama Toda Carne Perecerá —gritó Trepp para hacerse oír por encima del ruido mientras nos mezclábamos entre la multitud.

Me señaló la chica y los anillos de cristal negro en sus dedos.

—De ahí saqué la idea. El efecto es simpático, ¿no es cierto? —Rápidamente fui a buscar las bebidas.

> *Hace milenios que los humanos sueñan con el cielo y el infierno. Con el placer o el dolor eternos, sin las restricciones de la vida o la muerte. Gracias al formato virtual, estos fantasmas son ahora una realidad. Sólo se necesita un generador industrial. Verdaderamente hemos traído el infierno —o el paraíso— a la Tierra.*

—Suena un poco épico, como el discurso de despedida de Angin Chandra al pueblo —gritó Trepp—. Pero entiendo lo que quiere decir.

Era evidente que las palabras que me atravesaban la mente escapaban también de mi boca. Si había citado algo, ignoraba de dónde lo había sacado. Seguramente no era un quelismo; ella le habría dado una bofetada a cualquiera que hubiese dicho algo así.

—La cuestión es —me dijo Trepp todavía gritando— que tiene usted diez días.

> *La realidad se tambalea, se desliza por un costado en glóbulos de luz con los colores de las llamas. Música. Movimientos y risas. El borde de un vaso bajo mis dientes. Un muslo caliente apretado contra el mío, creo que es el de Trepp, pero cuando me doy la vuelta, otra mujer, de pelo largo lacio y negro y unos labios rojos, me sonríe. Su mirada de franca invitación me recuerda vagamente algo…*
>
> Escena de la calle:
>
> Balcones a ambos lados, lenguas de luz y sonido derramadas sobre el asfalto por una decena de pequeños bares, la calzada abarrotada de gente. Me paseo con la mujer que maté la semana pasada e intento seguir una conversación sobre gatos.
>
> He olvidado algo. Algo confuso, que no logro…
>
> Algo impor…

—Usted no puede creer en serio algo así —estalló Trepp.

A menos que hubiera sido una implosión, en mi cráneo, en el momento en que mis pensamientos cristalizaban al fin…

¿Lo estaba haciendo deliberadamente? Ni siquiera podía recordar qué creía con tanta firmeza, poco antes, sobre los gatos.

Bailando en alguna parte.

Un chute más de tetramet en la esquina de la calle, contra una pared. Alguien pasa a nuestro lado y nos interpela. Hago un esfuerzo para mirar.

—¡Joder! Estate quieto.

—¿Qué ha dicho?

Trepp me levantó de nuevo el párpado, frunciendo el ceño, muy concentrada.

—Nos ha llamado guapos. Maldita yonqui, seguramente quería algo para ella.

En unos lavabos revestidos de madera de alguna parte, miré en un espejo fragmentado la cara que llevaba como si hubiera cometido un crimen contra mí mismo. O como si estuviera esperando que apareciera algún otro con los rasgos. Mis manos estaban aferradas al lavamanos metálico manchado, y los soportes de epoxi que lo sujetaban a la pared emitían leves sonidos de rotura bajo mi peso.

No tenía ni idea del tiempo que había pasado allí.

No tenía ni idea del lugar donde estaba. Ni de todos los lugares en los que habíamos estado.

Pero nada de eso importaba, porque…

El espejo no encajaba en su marco… Unos cantos de plástico mantenían en su lugar la parte central en forma de estrella.

—Demasiados bordes —murmuré—. Nada encaja.

Las palabras sonaban insignificantes, como una rima, un ritmo accidental en una conversación. No me sentía capaz de colocar bien aquel espejo. Me habría cortado los dedos. A la mierda.

Dejé el rostro de Ryker en el espejo y me volví hacia una mesa iluminada con velas en la que Trepp estaba chupando una larga pipa de marfil.

—¿Micky Nozawa? ¿Está segura?

—¡Joder!, sí —dijo Trepp con entusiasmo—. *El puño de la flota*, ¿no? La he visto al menos cuatro veces. Las cadenas de exhibición de Nueva York reciben un montón de importaciones coloniales… La cosa se está volviendo muy chic. La escena en la que Micky le da una patada al artillero. La manera en que da esa patada la sientes en los huesos. Precioso. Poesía en movimiento. Eh, ¿sabía que había hecho algunas cosas holopornos cuando era más joven?

—Chorradas. Micky Nozawa nunca hizo porno. No lo necesitaba.

—¿Quién está hablando de necesidad? Esas dos chicas con las que actuaba…, yo hubiera actuado gratis por estar con ellas.

—Chorradas.

—Lo juro. Cuando llevaba la funda de nariz y ojos caucásicos. La que destruyó en el accidente de coche. Al comienzo de su carrera.

Un bar. Las paredes y el techo cubiertos con instrumentos musicales híbridos y absurdos. Los estantes detrás de la barra cargados de viejas botellas, de estatuillas talladas y de un montón de objetos más. El nivel del volumen era relativamente bajo, mi trago parecía de buena calidad, lo suficiente como para no dañarme el organismo. Había en el aire un delicado olor a musgo y unas bandejas con comida descansaban sobre las mesas.

—¿Por qué mierda lo hace?

—¿Qué? —preguntó Trepp moviendo la cabeza—. ¿Cuidar gatos? Me gustan los gat…

—Trabajar para la puta de Kawahara. Un jodido aborto de ser humano, una mat degenerada que ni siquiera vale la escoria de una pila, ¿por qué…?

Trepp me aferró del brazo. Por un instante pensé que habría violencia. El neuroestimulador se puso alerta.

En cambio, me atrajo hacia ella y acercó afectuosamente su rostro al mío, parpadeando.

—Escúcheme.

Pausa prolongada. Escuché; Trepp, concentrada, con el ceño fruncido, bebió un trago largo de su vaso y volvió a dejarlo con exagerado cuidado. Me apuntó con el dedo.

—Si no quiere que lo juzguen, no juzgue —me lanzó.

Otra calle en bajada. Caminar era de pronto más fácil.

Arriba las estrellas refulgían, más claras que todas las que había visto durante aquella semana en Bay City. Me detuve para contemplarlas, buscando el Unicornio.

Algo. Allí algo no encajaba.

Era extraño. No reconocía ninguna constelación. Un sudor frío me empapó y de pronto los puntos de fuego me parecieron un ejército de otro planeta que se preparaba para un bombardeo planetario. Los marcianos habían vuelto. Pensé que podía verlos moverse despacio en la franja estrecha de cielo por encima de nuestras cabezas…

—¡Epa! —dijo Trepp sujetándome antes de que me cayera—. ¿Qué está mirando ahí arriba, saltamontes?

No mi cielo.

> *Las cosas están empeorando.*
>
> *En otro cuarto de baño, débilmente iluminado, intento meterme en la nariz un polvo que Trepp me ha dado. Pero mis conductos nasales están secos y el polvo se cae, como si este cuerpo definitivamente hubiese dicho basta. Alguien tira de la cadena en el excusado de al lado, levanto la mirada hacia el espejo.*
>
> *Jimmy de Soto sale del excusado, lleva el uniforme sucio de barro de Innenin. Bajo la luz hiriente del baño, su rostro tiene un aspecto particularmente malo.*
>
> *—¿Todo bien, amigo?*
>
> *—No especialmente —me meto un dedo en la nariz, que empieza a parecer inflamada—. ¿Y tú?*
>
> *Hace una mueca del tipo «no me puedo quejar» y se acerca al espejo. El agua corre, controlada por las células fotosensibles, y él empieza a lavarse las manos. El barro y la sangre se disuelven y forman una mezcla espesa que es tragada por el desagüe del lavabo. Puedo sentirlo a mi lado, pero su único ojo me mira fijamente en el espejo y yo no puedo, o no quiero, darme la vuelta.*

—¿Es un sueño?

Se encoge de hombros y sigue frotándose las manos.

—Es el límite —dice.

—¿El límite de qué?

—De todo.

Su expresión da a entender que se trata de algo evidente.

—Yo creía que tú sólo aparecías en mis sueños —digo mirando sus manos.

Algo no funciona. Por más que Jimmy se limpie la mugre, sigue quedándole. El lavabo está manchado.

—Bueno, ésa es una manera de enfocar las cosas, amigo. Los sueños, las alucinaciones, o cuando te drogas… Ése es el límite, ¿te das cuenta? Las grietas en la realidad. Donde van a parar los estúpidos como yo…

—Jimmy, estás muerto. Estoy cansado de repetírtelo.

—No —dice él sacudiendo la cabeza—. Pero tendrás que atravesar esas grietas para encontrarte conmigo.

La mezcla de sangre y barro se vacía y yo sé que Jimmy desaparecerá con la última gota.

—Estás diciendo que…

Niega con la cabeza, tristemente.

—Demasiado complicado para hablar de eso ahora. Piensas que dominamos la realidad porque podemos captar algunos fragmentos de ella. Pero hay algo más, amigo. Hay mucho más.

—Jimmy, ¿qué voy a hacer?

Retrocede y su destrozado rostro me sonríe.

—Ataque vírico —dice claramente. Me quedo helado, recordando mi grito en la cabeza de playa—. ¿Te acuerdas de aquel hijo de puta?

Y, sacudiéndose el agua de las manos, desaparece como por arte de magia.

—Oiga —dijo Trepp con tono razonable—. Kadmin debió de meterse en un tanque para ser enfundado en un sintético. Imagino que esto le deja una buena parte del día antes de que él se entere de si lo mató o no.

—Si es que él no estaba doblemente enfundado de nuevo.

—No. Reflexione. Ha perdido el contacto con Kawahara. No tiene los medios necesarios. Está solo, y con Kawahara pisándole los talones no le queda mucho margen de maniobra. A Kadmin le está llegando su hora.

—Kawahara lo mantendrá bajo control para presionarme.

—Sí —respondió Trepp, mirando su bebida, molesta—. Quizá.

Otro lugar, llamado Cable o algo por el estilo, con las paredes cubiertas de tubos de colores con unos cables insertados a través del revestimiento roto por los diseñadores como cabellos de cobre. A lo largo de la barra había dispuestos, a intervalos regulares, otros cables finos, suspendidos a unos ganchos, que en sus brillantes extremos tenían unos minúsculos enchufes de plata. Encima de la barra, un enorme holo de un enchufe y una toma copulando al ritmo espasmódico de la música desacompasada que inundaba la sala. A veces los componentes parecían transformarse en órganos sexuales, pero quizá era una alucinación provocada por el tetramet.

Estaba sentado a la barra, algo dulce se consumía en el cenicero junto a mi codo. Por la sensación que sentía en la garganta y los pulmones, debía de haber estado fumándolo. La barra estaba atiborrada, pero yo tenía la extraña convicción de que estaba solo.

A mi alrededor, los otros clientes estaban todos conectados, los ojos temblando bajo los párpados cerrados e hinchados, las bocas congeladas en una mueca de sonrisas soñadoras. Uno de ellos era Trepp.

Yo estaba solo.

Cosas que podían ser pensamientos asomaban a la superficie de mi mente. Tomé el cigarrillo y le di una calada, sombríamente. No era el momento de ponerse a pensar.

No era el momento de…

¡Ataque vírico!

… Pensar.

Las calles pasaban bajo mis pies como los escombros de Innenin pasaban bajo las botas de Jimmy, cuando él caminaba a mi lado, en mis sueños. *De modo que así es como él lo hace*.

La mujer de labios rojos que…

Quizá tú no puedes…

¿Qué? ¿¿¿Qué???

El enchufe y la toma.

Intentando decirte algo…

No es el momento de…

No es el momento…

No…

Y se iba, como el agua en el torbellino, como la mezcla de barro y sangre que se desprendía de las manos de Jimmy y era absorbida por el desagüe del lavabo…

Se había ido de nuevo.

Pero los pensamientos, como el alba, eran inevitables, y me encontraron, con el alba, sobre unos escalones blancos que bajaban hacia un agua sucia. Una arquitectura monumental se levantaba detrás de nosotros. En la otra orilla del lago, distinguí algunos árboles entre las tinieblas grisáceas. Estábamos en un parque.

Trepp se inclinó sobre mi hombro y me ofreció un cigarrillo encendido. Lo acepté mecánicamente, le di una calada y solté el humo por entre mis exánimes labios. Trepp se agachó junto a mí. Un pez demasiado grande saltó en el agua a mis pies. Estaba demasiado cansado para reaccionar.

—Un mutante —dijo Trepp.

—Como tú.

Los fragmentos de conversación se deslizaban sobre la superficie del agua.

—¿Vas a necesitar analgésicos?

—Seguramente —dije examinándome mentalmente el interior de la cabeza—. Sí…

Me alcanzó un blíster de pastillas de colores sin hacer ningún comentario.

—¿Qué vas a hacer?

Me encogí de hombros.

—Voy a volver Bay City. Haré lo que me digan.

CUARTA PARTE

Persuasión (Contagio vírico)

Capítulo 27

Volviendo del aeropuerto, cambié tres veces de taxi. A cada uno le pagué en efectivo. Después me alojé en una habitación de un hotel de Oakland. Los que me estaban persiguiendo electrónicamente iban a tener un poco difícil dar conmigo. Estaba casi seguro de que nadie me había seguido físicamente. Mi actitud era paranoica —después de todo, ahora estaba trabajando para los malos, y ellos no tenían por qué vigilarme—. Pero no me había gustado nada el tono irónico de la frase de Trepp al despedirnos en la terminal de Bay City: «Nos mantendremos en contacto».

Además, tampoco sabía muy bien qué iba a hacer, y puesto que yo mismo no lo sabía, no quería que nadie más lo supiera.

La habitación del hotel ofrecía setecientos ochenta y seis canales. Los anuncios de holoporno y los temas del día se repartían la pantalla todavía apagada. Había también una cama grande con sistema de autolimpieza que olía a desinfectante y una ducha que comenzaba a despegarse de la pared. Miré por la ventana. La noche cerrada de Bay City. Caía una fina llovizna. Quedaba poco para mi cita con Ortega.

La ventana daba a un techo de fibra, que sobresalía diez metros más abajo. La calle estaba a la misma distancia del techo. Sobre éste, una construcción superior en forma de pagoda protegía la fachada de las indiscreciones. Un espacio protegido. Tras pensarlo un instante, me tragué la última cápsula que Trepp me había dado y abrí la ventana lo más silenciosamente que pude. Me colgué de la parte inferior del marco. Estirándome al máximo, todavía me quedaban ocho metros de caída…

Vuélvete primitivo.

Saltar por la ventana de un hotel en mitad de la noche. Más primitivo que eso, imposible.

Con la esperanza de que el techo fuera tan sólido como parecía, me solté del marco.

Choqué contra la superficie en pendiente, rodé hacia un lado y mis piernas se encontraron de repente colgando en el vacío. La superficie era sólida, pero resbaladiza como hierba-bela húmeda… Estaba deslizándome rápidamente hacia el borde. Hundí con fuerza los codos para encontrar un apoyo, pero sólo llegué a tiempo de agarrarme del afilado borde del techo con una mano antes de quedar suspendido en el vacío.

Diez metros hasta la calle. Con el borde del techo clavándoseme en la palma de la mano, quedé colgando de un brazo, tratando de identificar los posibles obstáculos de mi caída, como cubos de basura o coches. Después pasé de eso y me dejé caer. El aterrizaje fue duro, aunque no golpeé contra nada que me hiciera daño, y al rodar no me di contra los temidos cubos de basura.

Me levanté y me esfumé por entre las sombras más próximas.

Diez minutos y un par de calles más tarde, llegué a una hilera de aerotaxis estacionados y me metí en el quinto de la fila. Mientras levantábamos vuelo, le di el código de Ortega.

—Código recibido. Tiempo aproximado de viaje: treinta y cinco minutos.

Cruzamos la bahía y nos dirigimos hacia el océano.

Demasiados límites…

Las imágenes fragmentarias de la noche anterior bullían en mi cabeza como un estofado de pescado mal cocinado. Algunos trozos no digeridos asomaban a la superficie, flotaban en las corrientes de la memoria y volvían a hundirse. Trepp conectada y en la barra, Jimmy de Soto lavándose las manos ensangrentadas, el rostro de Ryker mirándome desde el espejo en forma de estrella. Kawahara estaba allí, en alguna parte, diciendo que Bancroft se había suicidado, exigiendo que la investigación terminara, al igual que Ortega y la policía de Bay City. Kawahara, que me había repetido fragmentos de mi conversación con Míriam Bancroft y que sabía también cosas sobre Laurens Bancroft, y Kadmin.

La cola de mi resaca reapareció, como la de un escorpión, para luchar contra los analgésicos de Trepp. Trepp, la asesina zen a la que yo había matado y que había vuelto sin rencores, porque para ella eso nunca había sucedido.

Si hay alguien que puede convencer a Laurens Bancroft de que se suicidó, esa persona es usted.

Trepp, conectada en la barra.

Ataque vírico. ¿Te acuerdas de ese hijo de puta?

Los ojos de Bancroft clavados en los míos en la terraza de Suntouch House.

«No soy de esas personas que se suicidan, e incluso si lo fuera, no lo hubiese hecho de esta manera. Si hubiese tenido la intención de matarme, usted no estaría hablando conmigo en este momento».

Entonces supe lo que iba a hacer.

El taxi comenzó a bajar.

—La pasarela es inestable —avisó la máquina de forma innecesaria cuando tocamos el puente—. Tenga cuidado.

Metí el dinero en la ranura. La escotilla se abrió sobre el escondite de Ortega: una pequeña pasarela de metal que hacía funciones de pista de aterrizaje, barandillas de cable de acero y, más allá, el mar, una extensión de agua bajo el cielo nocturno cargado de nubes y llovizna. Salí con cautela y me aferré al cable más cercano mientras el taxi se perdía en las alturas, absorbido de inmediato por la cortina de lluvia.

La pista de aterrizaje estaba situada en la parte de atrás y, desde donde me encontraba, podía divisar toda la nave, que debía tener unos veinte metros de largo, más o menos dos tercios del tamaño de un pesquero de Millsport, aunque era mucho más estrecha. Los módulos de cubierta tenían la configuración lisa y compacta de los diseños de supervivencia para tormentas, pero a pesar de las apariencias, nadie la tomaría por una nave en activo. Unos mástiles telescópicos se alzaban a media altura sobre la cubierta y había un bauprés en la proa.

Era un yate. Era la casa flotante de un millonario.

Una luz se encendió en la escotilla trasera. Ortega se asomó por debajo de la plataforma para hacerme una seña. Me aferré a la barandilla y me adapté al balanceo e inclinación de la nave para poder bajar la escalera. Remolinos de lluvia azotaban la nave. En el pozo de luz de la escotilla abierta vi otra escalera y bajé. Hacía calor. La escotilla se cerró silenciosamente sobre mi cabeza.

—¿Dónde coño se había metido? —me interpeló Ortega.

Me tomé un instante para secarme el agua del pelo y miré a mi alrededor. Era realmente la casa flotante de un rico, pero el rico en cuestión hacía tiempo que no pasaba por su casa. Los muebles estaban apilados a los costados de la habitación, cubiertos con un plástico semiopaco, y los estantes del pequeño bar, vacíos. Las persianas de las ventanas estaban todas bajadas. Las puertas abiertas daban a otros espacios con material embalado.

Pese a todo, el yate olía a lujo. Bajo el plástico, las mesas y las sillas eran de una madera pulida y oscura, como los paneles y las puertas, y las alfombras cubrían el *parquet* encerado. El resto del decorado también era sombrío. Algunas obras originales adornaban las paredes. Había una pintura de la escuela empática, que representaba las ruinas esqueléticas de un astillero marciano en el crepúsculo, y otra obra, abstracta, cuyo sentido escapaba a mis conocimientos.

Ortega se encontraba en medio de todo eso, con el pelo despeinado, la cara compungida y un kimono de seda sacado evidentemente del guardarropa de la nave.

—Es una larga historia —dije pasando frente a ella y echando una mirada a través de la puerta más próxima—. Si pudiera tomar un café, sería perfecto.

La habitación, la gran cama oval rodeada de grandes espejos, todo era de un gusto algo dudoso. Las sábanas parecían haber sido arrojadas apresuradamente sobre la cama. Estaba dirigiéndome hacia la otra puerta cuando Ortega me dio una bofetada.

Asombrado, retrocedí. Yo le había dado una bofetada más fuerte a Sullivan en el restaurante, pero Ortega estaba de pie, tenía más impulso y yo debía compensar el bamboleo del barco. Por supuesto, el cóctel de alcohol y analgésicos no me ayudó. No me caí, pero a punto estuve. Recuperé el equilibrio, me llevé una mano a la mejilla y miré a Ortega, que a su vez me miraba furiosa, con las mejillas al rojo vivo.

—Mire, lo siento si la he despertado, pero…

—Pedazo de mierda —me lanzó—. Maldito mentiroso.

—No estoy seguro de que…

—Tendría que haberlo hecho arrestar, Kovacs. Tendría que haberle jodido la pila por lo que hizo.

Empecé a perder la calma.

—¿Qué he hecho? ¿Podría decirme qué está pasando?

—Hemos revisado la memoria del Hendrix —respondió Ortega fríamente—. La orden preliminar ha llegado este mediodía. Todo lo de la última semana está archivado. Lo he visto.

La rabia que me crecía por dentro se desinfló como un suflé mal hecho. Era como si me hubiese vaciado un cubo de agua fría en la cabeza.

—Oh.

—Sí, no había mucho —dijo Ortega frotándose los brazos y dirigiéndose hacia la puerta inexplorada—. Usted es el único cliente. Sólo usted. Y sus visitas.

La seguí a otra habitación donde dos escalones conducían a una cocina pequeña y estrecha, disimulada detrás de un tabique de madera. Las otras paredes eran similares a las de la primera habitación, con la excepción de un rincón donde una pantalla, de un metro cuadrado, había sido desenfundada. Había una silla colocada frente a la pantalla en la que aparecía inmóvil el rostro inconfundible de Elías Ryker hundido entre los muslos largos y abiertos de Míriam Bancroft.

—Hay un mando a distancia sobre la silla —dijo Ortega, distante a su vez—. ¿Por qué no echa un vistazo mientras le preparo el café? Para refrescar la memoria. Después podrá dar alguna explicación.

Desapareció en la cocina sin darme la oportunidad de responder. Me acerqué a la pantalla y sentí una reacción en mis tripas al recordar el Fusión 9. En el torbellino caótico de las últimas treinta y seis horas, había olvidado por completo a Míriam Bancroft, pero ahora ella volvía a obsesionarme, tan embriagadora como lo había sido aquella noche. También había olvidado lo que Rodrigo Bautista me había dicho: que ya casi habían terminado con el trámite legal para obtener la orden.

Mi pie chocó contra algo. Miré la alfombra. Había una taza de café en el suelo, junto a la silla, llena hasta un tercio. Me pregunté cuánta memoria habría podido ver Ortega. Después examiné la imagen en la pantalla. ¿Había llegado más lejos de aquel punto? ¿Había visto otra cosa? ¿Qué hacer? Cogí el mando a distancia. La colaboración de Ortega era fundamental para mi plan. Si la perdía, tendría problemas.

Sumido en mis pensamientos, descubrí algo más. Una emoción que no quería aceptar porque me parecía absurda. Un sentimiento que, no obstante mi preocupación por los elementos ulteriores presentes en la memoria del hotel, estaba ligada a la imagen de la pantalla.

Bochorno. Vergüenza.

Era absurdo. Moví la cabeza. Era algo totalmente estúpido.

—Veo que no está mirando.

Me di la vuelta. Ortega tenía una taza en cada mano. Un aroma de café y ron llegó flotando hasta mí.

—Gracias.

Cogí una de las tazas y bebí un sorbo, tratando de ganar tiempo. Ortega retrocedió y se cruzó de brazos.

—Bien. Hay un centenar de motivos que demuestran que Míriam Bancroft no es el asesino —dijo indicando la pantalla con el mentón—. ¿Cuántas de ésas hay ahí?

—Ortega, esto no tiene nada que ver…

—«Míriam Bancroft da miedo», me dijo usted —interrumpió ella sacudiendo la cabeza antes de beber de la taza—. Me parece que su cara no refleja precisamente eso.

—Ortega…

—«Quiero que pare la investigación», le dijo Míriam Bancroft. Realmente lo dijo. Rebobine si no se acuerda…

Alejé el mando a distancia.

—Me acuerdo.

—También se acordará del trato que ella le propuso para cerrar la investigación, los múltiples…

—Ortega, usted tampoco quería esa investigación, ¿se acuerda? Un suicidio, dijo. Lo cual no significa que usted matara a Bancroft…

—Cállese —Ortega giró a mi alrededor como si en las manos en lugar de tazas sostuviéramos cuchillos—. Usted la encubrió. Se ha pasado todo este tiempo con la nariz metida en su coño como un perro…

—Si usted ha visto el resto, sabe que no es cierto —intenté explicárselo en un tono calmado, aunque las hormonas de Ryker me lo impidieran—. Le dije a Curtis que le dijera que no me interesaba. Se lo dije hace dos días.

—¿Se imagina lo que el fiscal podría hacer con estas imágenes? Míriam Bancroft tratando de comprar el detective de su marido con favores sexuales ilícitos. Oh, sí, un enfundado múltiple, aunque no esté demostrado, puede perjudicar mucho en un tribunal.

—Ella no será inculpada. Y usted lo sabe.

—Claro, si su marido Mat así lo quiere. Algo poco probable después de ver esto. No es como el caso de Leila Begin, ¿se da cuenta? Esta vez la moral está del otro lado.

La moral, me di cuenta, era fundamental en aquel asunto. Recordé los argumentos de Bancroft sobre la cultura moral en la Tierra, y me pregunté si de veras podía verme entre los muslos de su mujer sin sentirse traicionado.

Yo, por mi parte, todavía estaba tratando de entender lo que sentía al respecto.

—Y ya que hablamos de proceso, Kovacs, la cabeza cortada que usted trajo de la clínica Wei tampoco le servirá de ayuda. La retención ilegal de un humano digitalizado equivale a un encarcelamiento de entre cincuenta y cien años en la Tierra, más aún si se prueba que usted mismo cortó esa cabeza.

—De eso quería hablarle.

—No, no quería hacerlo —gruñó Ortega—. No quería decirme nada, nada a no ser que necesitara hacerlo.

—Mire, de todas formas la clínica no me denunciará. Tienen mucho que…

—¡Arrogante hijo de puta! —La taza de café golpeó sordamente contra la alfombra y los puños de Ortega se crisparon. Ahora sus ojos destilaban una auténtica furia—. Usted es exactamente igual que él. Exactamente igual. ¿Se cree que necesitamos el testimonio de la gente de esa maldita clínica con imágenes suyas metiendo una cabeza en el congelador? ¿Eso no es un crimen en su mundo, Kovacs? La decapitación sumaria…

—Un momento —dije depositando la taza sobre la silla—. ¿Igual que quién? ¿Que quién?

—¿Qué?

—Usted ha dicho que soy…

—No importa lo que haya dicho. ¿Se da cuenta de lo que ha hecho, Kovacs?

—Lo único que yo entien…

De pronto la pantalla detrás de mí empezó a difundir gemidos y ruidos de succión. Miré el mando a distancia en mi mano izquierda, tratando de entender cómo podía haber apretado el botón de «play» sin darme cuenta. Un profundo gemido femenino me revolvió las tripas. Después Ortega se abalanzó sobre mí intentando quitarme el mando a distancia.

—Deme eso. Apague esa porquería…

Forcejeamos un momento y el resultado fue que el volumen aumentó. De pronto, cediendo a un ramalazo de sentido común, la solté y Ortega cayó contra la silla, pulsando los botones.

—… de vídeo.

Siguió un silencio prolongado, acompañado solamente por la agitación de nuestras respiraciones. Miré fijamente la portilla al otro lado de la habitación. Ortega, metida entre mi pierna y la silla, todavía debía de estar mirando la pantalla. Los dos respirábamos al unísono.

Cuando me di la vuelta para ayudarla, ella ya se estaba levantando. Nuestras manos empezaron su trabajo antes de que nos diéramos cuenta de lo que estaba pasando.

Era como el desenlace de un largo conflicto. Nos dejamos caer como satélites en llamas, abandonándonos a la gravedad que nos imantaba, abrazándonos y riéndonos. Ortega emitió unos jadeos excitados cuando mis manos se introdujeron en su kimono, con mis palmas acariciándole los pezones erectos, sus senos adaptándose a mis manos como si hubiesen sido diseñados para ello. El kimono fue cayendo poco a poco, después frenéticamente arrancado, dejando al descubierto una espalda de nadadora. Me quité la camisa y la chaqueta de una vez, mientras las manos de Ortega se debatían con mi cinturón, abrieron la bragueta y una mano de largos dedos se deslizó por la abertura. Noté la callosidad de cada base de sus dedos acariciándome.

Salimos de la sala, no sabría decir cómo, y nos dirigimos hacia la cabina de atrás. Miré los largos músculos de sus muslos; yo era Ryker, era yo, porque me sentía como un hombre que por fin vuelve a casa. Allí, en la habitación cubierta de espejos, ella se acostó boca abajo, sobre las sábanas revueltas, se arqueó y yo la penetré hasta el fondo. Ortega estaba en llamas. Me hundí en un baño de aguas calientes. Los ardientes hemisferios de sus nalgas marcaban mis caderas a cada sacudida. Delante de mí, su columna ondulaba y se retorcía como una serpiente. El pelo le caía sobre la nuca con una elegancia caótica. En los espejos que nos rodeaban, Ryker se inclinó para acariciarle los senos, después las costillas, la redondez de los hombros, mientras ella se aupaba y volvía a desplomarse como el océano que rodeaba la nave.

Ryker y Ortega, frotándose juntos como los amantes reunidos de una obra clásica.

Sentí que el primer orgasmo la recorría, pero cuando ella se volvió para mirarme a través del pelo enmarañado, con los labios entreabiertos, perdí todo control. Me pegué a ella vaciándome hasta el último de los espasmos. Me desplomé sobre la cama y salí de su cuerpo como si naciera de nuevo. Su orgasmo continuaba.

Durante un buen rato ninguno de los dos dijo nada. La nave seguía su camino bajo piloto automático. A nuestro alrededor, los espejos helados amenazaban nuestra dulce intimidad. En pocos instantes fijaríamos nuestra mirada en nuestros reflejos en lugar de mirarnos el uno al otro.

Deslicé un brazo en torno a su cuerpo y la hice girar suavemente de costado, quedamos encajados como cucharas. Me encontré con su mirada en el espejo.

—¿Hacia dónde va el barco? —pregunté quedamente.

Se encogió de hombros y aprovechó para apretarse más a mí.

—Es un itinerario programado. El barco baja por la costa, se dirige a Hawái, la rodea y regresa.

—¿Y nadie sabe dónde estamos?

—Sólo los satélites.

—Eso sí es tranquilizador. ¿De quién es el yate?

Ortega torció el cuello para mirarme.

—De Ryker.

—¡Epa! —Desvié la mirada—. Bonita alfombra.

Sorprendentemente, ella se rió, dándose la vuelta para mirarme. Levantó una mano y me acarició dulcemente la cara, como si temiera dejarme una marca.

—Me dije… —murmuró—, que era una locura. Pero han sido los cuerpos, ya sabes…

—Como suele ocurrir. Con frecuencia el pensamiento consciente no tiene nada que ver con el deseo. Y según los psicólogos, tampoco con la manera en que vivimos nuestra vida. Racionalizamos nuestros actos *a posteriori*, pero lo que siempre nos domina son las hormonas, los genes y las feromonas. Es triste, pero es así.

Su dedo trazó una línea en mi cara.

—No creo que sea triste. Lo que hemos hecho con el resto de nosotros mismos es lo triste.

—Kristin Ortega, eres una verdadera ludita —le dije agarrándole el dedo y apretándoselo suavemente—. ¿Cómo fue que empezaste a trabajar en esto?

Volvió a encogerse de hombros.

—Vengo de una familia de policías. Mi padre era policía. Mi abuela también. Ya sabes cómo es eso.

—No.

—No —repitió ella alargando una larga pierna hacia el espejo del techo—. Supongo que no.

Me incliné sobre su vientre, acariciándola desde el muslo hasta la rodilla, levantándola suavemente y acercando mi boca a la mata de pelo púbico que bajaba hasta su vulva. Se resistió un instante, pensando tal vez en la pantalla de la otra habitación, o en nuestros fluidos que chorreaban de su cuerpo, después se abandonó y se distendió debajo de mí. Le levanté la otra pierna y me hundí en ella.

Esta vez, llegó al orgasmo con un crescendo de gritos que trataba de retener en la garganta contrayendo el vientre mientras su cuerpo ondeaba sobre la cama; sus caderas se movían y agitaban su dulce carne contra mi boca. Murmuró algunas palabras suaves en español que dispararon mi excitación, y cuando al final volvió a desplomarse, tranquila, volví a deslizarme sobre ella y la penetré sin preámbulo, mientras la agarraba entre mis brazos y le hundía la lengua en su boca: era la primera vez que la besaba desde que habíamos ido a la cama.

Nos movíamos lentamente, tratando de acompañar el ritmo del océano, durante toda una eternidad, nuestras palabras pasaban de los murmullos a las exclamaciones excitadas. Cambiábamos de postura y nos mordisqueábamos suavemente, mientras me embargaba un sentimiento que amenazaba con desbordarme por mis ojos. La presión era insostenible; me abandoné y descargué en ella mientras la sentía buscar los últimos vestigios de mi erección con sus últimas contracciones.

«En las Brigadas uno acepta lo que le dan —decía Virginia Vidaura en alguna parte de los recovecos de mi memoria—. Y a veces eso es suficiente».

Nos separamos por segunda vez y el peso de las últimas veinticuatro horas se me vino encima como una de las pesadas alfombras de la otra habitación. Poco a poco fui perdiendo la consciencia. Mi última impresión nítida fue la de un cuerpo largo junto al mío, con los senos pegados contra mi espalda, un brazo rodeando mi cuerpo y nuestros pies enredados como manos. Mis pensamientos se hicieron más lentos.

Lo que a uno le dan. A veces. Es suficiente.

Capítulo 28

Cuando me desperté, ella había desaparecido.

La luz del sol se filtraba en la cabina por los ojos de buey abiertos. La oscilación del barco se había casi detenido, pero el movimiento era aún lo suficientemente fuerte como para que la vista se alternara entre un cielo azul salpicado con algunas nubes y la quietud del mar. En alguna parte alguien estaba preparando café y friendo carne ahumada. Me quedé acostado un momento, tratando de ordenar mis pensamientos. ¿Qué iba a decirle a Ortega? ¿Qué, cuánto y cómo? El entrenamiento de las Brigadas fue despertándose lentamente, como si brotara de una ciénaga. Lo dejé pasar y hundirse, absorbido por la luz solar que se derramaba sobre las sábanas junto a mi cabeza.

El tintineo de los cristales en la puerta me devolvió a la realidad. Ortega estaba en el umbral, llevaba una camiseta que decía: «NO A LA RESOLUCIÓN 653», en la que el «NO» había sido tachado y reemplazado por un «SÍ» del mismo color. Las columnas de sus piernas desnudas desaparecían bajo la camiseta como si continuaran para siempre bajo la misma. Llevaba una bandeja grande con un desayuno como para un batallón. Al verme despierto, se apartó el pelo de los ojos y me dirigió una sonrisa traviesa.

Entonces se lo conté todo.

—¿Qué piensas hacer?

Me encogí de hombros y contemplé el agua, entornando los ojos para protegerme del destello. El mar parecía allí más plano, más manso que en Harlan. Desde la cubierta daba una impresión de inmensidad. El yate no era más que un juguete.

—Haré lo que Kawahara quiere que haga. Lo que Míriam Bancroft quiere. Lo que tú quieres. Lo que al parecer todo el mundo quiere. Voy a abandonar la investigación.

—¿Crees que Kawahara mató a Bancroft?

—Eso parece. O está encubriendo al culpable. Pero eso ya no importa. Ella tiene a Sarah, y eso es lo que cuenta ahora.

—Podríamos arrestarla por secuestro. Detención de una personalidad h. d.… Le pueden caer…

—Entre cincuenta y cien años, sí —dije sonriendo amablemente—. Lo oí anoche. Pero no será ella quien cumpla la pena, encontrarán a alguien.

—Podríamos obtener órdenes para…

—Es una maldita mat, Kristin. Se librará de las acusaciones como si nada. De todas formas ése no es el problema. En cuanto movamos un dedo contra ella, pondrá a Sarah en virtual. ¿Cuánto tiempo se necesita para obtener una orden de largo alcance?

—Un par de días, si la ONU la expide. —A Ortega se le ensombreció la cara. Se apoyó contra la borda y miró las olas.

—Exacto. En la virtualidad dos días equivalen a casi un año. Sarah no ha estado en las Brigadas, no tiene ningún tipo de entrenamiento. Lo que Kawahara puede hacerle en ocho o nueve meses virtuales convertiría en papilla una mente humana normal. Habrá acabado con ella cuando la saquemos de allí, si es que conseguimos sacarla. Además, no quiero que pase ni siquiera un segundo en…

—Está bien —dijo Ortega poniéndome una mano en el hombro—. Está bien. Lo siento.

Me estremecí. No sabía si era a causa de la brisa marina o del pensamiento de las mazmorras virtuales de Kawahara.

—Olvídalo.

—Soy policía. Mi naturaleza me lleva a buscar la manera de atrapar a los malos. Eso es todo.

Levanté la mirada y le dirigí una sonrisa triste.

—Yo soy ex brigadista. Mi naturaleza me lleva a buscar la manera de degollar a Kawahara. Lo he estado pensando, pero no hay ninguna.

Me dirigió una sonrisa impregnada de una ambivalencia que, pensé, tarde o temprano se apoderaría de nosotros.

—Oye, Kristin… He encontrado un modo. Cómo mentir a Bancroft de forma convincente para cerrar la investigación. Se trata de algo ilegal, muy ilegal, pero ninguna persona importante se verá afectada. No necesito contártelo. Si no quieres saberlo…

Lo pensó un momento, con la mirada sondeando las profundidades desde la borda del yate, como si la respuesta estuviera allí, navegando con nosotros. Caminé a lo largo del pasamanos para darle tiempo, levantando la cabeza para estudiar el cielo, pensando en los sistemas de vigilancia orbitales. En mitad de un océano prácticamente infinito, protegido por la seguridad de alta tecnología del yate, era fácil pensar que era posible esconderse de todos los Kawahara y Bancroft de este mundo, pero hacía siglos que aquel tipo de escondrijo no servía para nada.

«Si te buscan, tarde o temprano te encontrarán y arrasarán contigo, como con una mota de polvo sobre un viejo artefacto marciano —había escrito una joven Quell sobre la élite de Harlan—. Atravesarán el abismo entre las estrellas, y te encontrarán. Hazte almacenar durante siglos, y ellos estarán allí esperándote, con nuevos clones. Ellos son los dioses con los que alguna vez soñábamos, los agentes míticos del destino. Tan implacable como la Muerte, esa pobre jornalera trabajadora, apoyada sobre su guadaña, que hoy ya no le sirve… Pobre Muerte, no estaba a la altura de las circunstancias, nada pudo hacer contra la potencia del carbono alterado y las tecnologías de almacenaje y recuperación de datos. Hubo un tiempo en que vivíamos aterrados esperando su llegada. Ahora coqueteamos con su sombría dignidad, y los seres como ellos ni siquiera la dejan entrar por la puerta de servicio…».

Hice una mueca. Comparada con Kawahara, la muerte era una bagatela.

Me detuve en la proa y miré un punto en el horizonte esperando que Ortega tomara una decisión.

Supongamos que hace mucho tiempo que se conoce a alguien, una persona con la que se comparten cosas, con la que se bebe de la misma fuente… Después viene el alejamiento, la vida conduce a uno y a otro en direcciones opuestas. El vínculo se debilita, las circunstancias los separan. Años más tarde, se vuelve a encontrar a esa persona, en la misma funda, y todo vuelve a empezar. ¿Cuál es la atracción? ¿Es ésa la misma persona? Probablemente tiene el mismo nombre, la misma apariencia física, pero ¿es la misma persona? Y si no lo es, ¿las cosas que han cambiado son aleatorias e insignificantes? Las personas cambian… pero ¿hasta qué punto? Cuando yo era niño creía que existía una persona esencial, una suerte de personalidad central en torno a la cual los factores superficiales podían evolucionar sin modificar la integridad de la identidad. Más adelante, empecé a darme cuenta de que se trataba de un error de percepción, consecuencia de las metáforas que empleamos para definirnos. La personalidad no es más que la forma fugaz de una de las olas que tenemos enfrente. O bien, para adaptar el fenómeno a una velocidad humana, la personalidad es una duna. Una forma pasajera que responde a los estímulos del viento, de la gravedad y de la educación. Del mapa de los genes. Todo está sujeto a la erosión y al cambio. La única forma de conservar la identidad es mantenerse almacenado para siempre.

«Así como un sextante primitivo funciona según la ilusión de que el sol y las estrellas giran alrededor de nuestro planeta, nuestros sentidos nos dan la ilusión de estabilidad en el universo y nosotros la aceptamos, dado que sin esta aceptación nada podría llevarse a cabo».

Virginia Vidaura deambulando por la sala del seminario, con pose de conferenciante.

«Pero el hecho de que un sextante nos permita navegar por el océano no significa que el sol y las estrellas giren a nuestro alrededor. Pese a todos nuestros esfuerzos como civilización, o como individuos, el universo no es estable, como no lo es ninguna otra forma de vida que éste contenga. Las estrellas se consumen, el universo mismo se extiende, y nosotros somos también materia en movimiento constante. Colonias de células en alianza temporal, reproduciéndose y degradándose, una nube incandescente de impulsiones eléctricas y códigos de memoria precariamente apilados sobre carbono. Es la realidad. Eso es el conocimiento de sí, y esta percepción desde luego puede dar vértigo. Si alguno de ustedes ha prestado servicio en el Mando Vacío, creerá sin duda que ha tenido que enfrentarse con el vértigo de la existencia…».

Una sonrisita.

«Les aseguro que los momentos zen experimentados en el espacio no son más que un vago indicio de lo que aprenderán aquí. Todos sus actos deben basarse en la idea

de que no hay nada más que movimiento. Sus percepciones, creaciones y realizaciones tienen que ser forjadas por este movimiento. Les deseo suerte a todos».

Si no se podía encontrar dos veces a la misma persona en una vida, en una funda, ¿qué significaba eso para los familiares o los amigos que esperaban en la central de trasvase a alguien que verían aparecer con los rasgos de un extraño? ¿Cómo podían sentirse próximos a ese recién llegado?

¿Y una mujer consumida de pasión por un extraño con el cuerpo de aquél a quien había amado? ¿Se sentía más próxima, más lejana?

Y el extraño, ¿qué le había respondido?

Ortega se acercó a mí. Se detuvo a mi lado y carraspeó. Reprimí una sonrisa y me di la vuelta.

—No te he contado cómo Ryker obtuvo este yate, ¿verdad?

—No parecía el momento adecuado para preguntarlo.

—De hecho —me respondió con una sonrisa batida por el viento—, lo robó. Hace unos años, cuando aún trabajaba en Fundas Robadas… El yate pertenecía a un fabricante de clones de Sydney. Ryker se ocupó de la investigación porque el tipo traficaba con piezas sueltas para las clínicas de la Costa Oeste. Se hizo contratar por un equipo de intervención local e intentaron capturar al australiano en su puerto. Un tiroteo espectacular, muchos muertos.

—Y un gran botín.

Ortega asintió.

—Allí hacen las cosas de otra manera. La mayoría de los trabajos de la policía se encargan a empresas privadas. El gobierno local les paga con los bienes de los criminales.

—Interesante —dije pensativo—. En ese caso, lo mejor sería detener a muchos ricos.

—Sí, dicen que así es como funciona. El yate era la recompensa de Ryker. Había llevado a cabo una gran investigación y lo habían herido —la voz de Ortega era sosegada. Por una vez Ryker estaba lejos—. De ahí le viene la cicatriz debajo del ojo, y en el brazo. Pistola de cable…

—Muy dañino —dije sintiendo a mi pesar un pinchazo en el brazo.

Había recibido ya tiros de pistolas de cable y no me había gustado nada.

—Sí, todo el mundo reconocía que Ryker se había ganado cada tornillo de su yate. El problema es que aquí en Bay City los oficiales no tienen derecho a quedarse con los premios o los regalos recibidos por resolver un caso…

—Puedo entenderlo.

—Sí, yo también. Pero Ryker no. Le pagó a un tercero para hacer desaparecer el yate y volvió a registrarlo a través de una compañía fantasma. Decía que necesitaba un escondite por si tenía que ocultar a alguien. —Sonreí.

—Sutil. Pero me gusta su estilo. ¿Es el mismo tercero que llevó a Seattle?

—Tiene buena memoria. Sí, es el mismo. Nacho el Aguja. Bautista sabe contar historias, ¿no es cierto?

—¿También lo ha visto?

—Sí. Tendría que cortarle la cabeza a Bautista por ese maldito número paternalista. Como si yo necesitara que me protegieran. Se ha divorciado ya dos veces y todavía no tiene cuarenta años —Ortega miró el mar—. Aún no he podido hablar con él. He estado demasiado ocupada contigo. Oye, Kovacs, el motivo por el cual te estoy diciendo esto… (que Ryker robó el yate y que violó las leyes de la Costa Oeste) es que yo lo sabía.

—Y no hiciste nada.

—Nada —respondió ella mirándose las manos—. Mierda, Kovacs, ¿a quién estamos tratando de engañar? No soy un ángel. A Kadmin le sacudí bajo custodia policial. Tú me viste. A ti también hubiese tenido que arrestarte por la trifulca frente al Jerry's y sin embargo dejé que te marcharas.

—Estabas muy cansada para rellenar el informe, si es que recuerdo bien.

—Sí —respondió antes de mirarme a los ojos, buscando en el rostro de Ryker una señal que le permitiera confiar en mí—. Acabas de decir que ibas a violar la ley, pero sin hacerle daño a nadie. ¿Me equivoco?

—A nadie importante —corregí amablemente.

Asintió, como alguien que considera un argumento convincente.

—¿Qué necesitas?

Me enderecé frente a la baranda.

—En primer lugar, una lista de los burdeles de la zona de Bay City. Locales que ofrezcan mercancía virtual. Después tendríamos que volver a la ciudad. No quiero llamar a Kawahara desde aquí.

Parpadeó.

—¿Burdeles virtuales?

—Sí, y los mixtos también. De hecho, la lista de todos los antros que ofrecen porno virtual. Y cuanto más cutres, mejor. Voy a venderle a Bancroft un producto tan inmundo que no querrá saber todos los detalles. Tan inmundo que no querrá ni pensar en él.

Capítulo 29

La lista de Ortega tenía más de dos mil nombres, todos con observaciones y un breve informe que enumeraba las inculpaciones por daños orgánicos cometidas por los proveedores y la clientela. La copia impresa era de doscientas páginas, que se desplegaron como una bufanda de papel en cuanto leí la primera. Traté de hojear la lista en el taxi que nos llevaba de vuelta a Bay City, pero me detuve cuando amenazó con invadir todo el asiento trasero. Además, no estaba en condiciones de hacerlo, mi mente seguía estando en la cabina del yate de Ryker, aislada de la humanidad y sus problemas por un centenar de kilómetros de océano azul.

Al regresar a la *suite* Watchtower, dejé a Ortega en la cocina y me fui a llamar a Kawahara al número que Trepp me había dado. Trepp apareció primero en la pantalla, las facciones marcadas por el sueño. Me pregunté si había estado toda la noche buscándome.

—Buenos días —dijo bostezando y comprobando a continuación la hora en su reloj interno—. Buenas tardes, quiero decir. ¿Dónde te habías metido?

—Por ahí.

Trepp se frotó un ojo sin elegancia y volvió a bostezar.

—Da igual. Te lo pregunto por decir algo, nada más. ¿Y tu cabeza cómo está?

—Mejor, gracias. Quiero hablar con Kawahara.

—Por supuesto —alargó una mano hacia la pantalla—. Hablaremos más tarde.

La pantalla se neutralizó y una hélice de ADN tricolor danzó frente a mí, acompañada por unos notas de instrumentos de cuerda. Apreté los dientes.

—Takeshi-san —como siempre, Kawahara empezó hablando en japonés, tratando de establecer un código de mutuo entendimiento—. Es temprano. ¿Tiene buenas noticias?

Continué la conversación en amánglico.

—¿La línea está protegida?

—Sí, de la mejor manera posible.

—Tengo una lista de cosas para comprar.

—Adelante.

—Para empezar, necesito un virus militar. Preferentemente el Rawling 4851, o una de las variantes Condomar…

Los rasgos inteligentes de Kawahara se endurecieron de repente.

—¿El virus de Innenin?

—Sí. Hace un siglo que no se usa, no debe de ser difícil encontrarlo. Además, necesito…

—Kovacs, será mejor que me explique lo que está planeando.

Arqueé una ceja.

—Pensaba que era asunto mío y que usted no quería verse implicada.

—Si le doy una copia del virus Rawling, me veré implicada —Kawahara me dirigió una sonrisa contenida—. ¿Qué piensa hacer con él?

—Bancroft se suicidó… Es lo que usted estaba esperando, ¿no es cierto?

Asintió lentamente.

—Si se suicidó, tenemos que darle una razón —me entusiasmaba, a mi pesar, relatando el engaño que había montado. Hacía mi trabajo, utilizaba mi entrenamiento, y eso me sentaba bien—. Bancroft tiene un almacenaje a distancia. Su suicidio no tiene ningún sentido, salvo en una situación bien precisa. Salvo que fuera provocado por instinto de supervivencia.

Kawahara entornó los ojos.

—Siga.

—Bancroft frecuenta los burdeles, reales y virtuales. Me lo confesó él mismo hace dos días. Y la calidad de los locales le importa poco. Supongamos que hubiera un accidente en uno de estos burdeles virtuales mientras él satisfacía sus deseos. Una descarga accidental de viejos programas manipulados que nadie había abierto desde hacía años. En un burdel cutre uno nunca sabe lo que puede pasar.

—El virus Rawling —dijo Kawahara como si hubiese retenido la respiración.

—La variante 4851 del Rawling tarda un centenar de minutos antes de ser plenamente activa, a partir de ese momento ya es demasiado tarde —aparté de mi mente las imágenes de Jimmy de Soto—. El blanco está irremediablemente contaminado. Supongamos que Bancroft se da cuenta gracias a un sistema de alerta interno. Para eso tiene que estar conectado. De pronto descubre que la pila que lleva y el cerebro a la que está vinculada están infectados. Lo cual no es un desastre cuando se poseen clones en serie y un almacenamiento a distancia, pero…

—La transferencia —dijo Kawahara con el rostro iluminado.

—Eso es. Tiene que reaccionar para impedir que el virus sea transferido al almacenamiento a distancia con el resto de su personalidad. La próxima transferencia es esa misma noche, tal vez dentro de pocos minutos, sólo hay una manera de asegurarse de que el almacenamiento no sea contaminado.

Simulé el gesto de llevarme una pistola a la sien.

—Ingenioso.

—Por eso llamó, para verificar la hora. No podía confiar en su chip interior, el virus podía haberlo ya dañado.

Solemne, Kawahara levantó las manos y aplaudió. Después me miró.

—Impresionante. Conseguiré inmediatamente el virus Rawling. ¿Ha escogido el burdel virtual donde implantarlo?

—Todavía no. No sólo necesito el virus. Quiero que usted se las arregle para conseguir la libertad condicional y el reenfundado de Irene Elliott, detenida en la central de Bay City por robo informático. Quiero también que estudie qué posibilidades hay de comprarle su funda original a los nuevos propietarios. Es un negocio corporativo, tienen que quedar huellas.

—¿Usted va a pedirle a Elliott que instale el Rawling?

—Según las pruebas es muy buena en lo suyo.

—Según las pruebas se dejó atrapar —observó Kawahara—. Mi gente puede ocuparse de esto. Son especialistas en intrusión. No necesita a esa mujer.

—Kawahara —dije controlándome—, soy yo el que actúa, no lo olvide. No quiero que sus hombres me causen problemas. Si usted la desalmacena, Elliott será leal. Devuélvale su cuerpo y ella será nuestra de por vida. Así es como quiero que sea, y así será.

Esperé. Kawahara permaneció impasible hasta que me recompensó con una sonrisa cuidadosamente calibrada.

—Muy bien. Como usted quiera. Estoy segura de que es consciente del riesgo que corre y de lo que sucederá si fracasa. Me pondré en contacto con usted más tarde en el Hendrix.

—¿Y Kadmin?

—No tenemos noticias de Kadmin —dijo Kawahara sonriendo de nuevo.

La conexión se cortó.

Me quedé un instante frente a la pantalla vacía, proyectando mentalmente las secuencias de mi manipulación. Tenía la extraña sensación de haber dicho la verdad. O bien, para ser más precisos, de que mis mentiras minuciosamente fabricadas seguían el mismo camino que la verdad. Por supuesto, ése era el objetivo de toda buena mentira, pero había algo más, algo más perturbador… Me sentía como un cazador persiguiendo a una pantera de los pantanos desde demasiado cerca como para no sentirme molesto, esperando verla aparecer como un horror lleno de colmillos. La verdad estaba allí, en alguna parte.

Era una sensación difícil de disipar.

Me levanté y fui a la cocina, donde Ortega estaba saqueando una nevera casi vacía. La luz interior iluminaba sus facciones y bajo su brazo, su seno erguido inflaba su camiseta como una fruta, como agua. Las ganas de tocarla me crispaban las manos.

—¿Nunca cocinas? —me preguntó levantando la mirada hacia mí.

—El hotel lo prepara todo. Llega por la trampilla. ¿Qué necesitas?

—Quiero cocinar algo —dijo cerrando la puerta de la nevera—. ¿Se puede conseguir de todo?

—Creo que sí. Pásele la lista de ingredientes al hotel. En los armarios hay sartenes y todo lo demás. Creo… Si necesitas algo más pídeselo al hotel, voy a estudiar la lista. Ah, y… Kristin. —Se dio la vuelta.

—La cabeza de Miller no está ahí. La dejé en el cuarto de al lado.

A Ortega se le crispó un poco la boca.

—Sé dónde está la cabeza de Miller —dijo—. No la estaba buscando.

Dos minutos más tarde, sentado junto a la ventana con la versión impresa desplegada en el suelo, oí que Ortega hablaba con el Hendrix. Después se oyó ruido de cazuelas, y otra conversación tapada y el ruido de la fritura con aceite. Reprimí las ganas de fumar un cigarrillo y me incliné sobre la lista.

Buscaba algo que formaba parte de mi vida cotidiana en Newpest, el lugar donde había pasado la adolescencia, los minúsculos negocios escondidos en calles estrechas con sus holos baratos que prometían cosas como: «Mejor que la realidad», «Amplia gama de escenas», «Los sueños se hacen realidad». Montar un burdel virtual no costaba mucho. Sólo se necesitaba un escaparate y un poco de espacio para los cubículos de los clientes. El precio de los programas variaba, dependía de su originalidad y grado de sofisticación, pero las máquinas que los hacían funcionar se podían encontrar a precios muy asequibles en los remates militares.

Si Bancroft pasaba su tiempo y gastaba su dinero en las biocabinas del Jerry's, podía encontrarse muy a gusto en uno de aquellos sitios.

Había recorrido dos tercios de la lista y mi atención estaba mermando a causa de los efluvios que me llegaban de la cocina, cuando mis ojos dieron con una entrada familiar.

Me quedé de piedra.

Vi una mujer con el pelo negro, largo, y los labios rojos.

Oí la voz de Trepp.

… Despistado. *Quiero estar allí antes de medianoche.*

El chófer del código de barras.

No hay problema. Esta noche el tráfico de la costa es fluido.

La mujer de labios rojos.

Despistado. *Es así. A lo mejor no puede subir aquí.*

Un coro en su punto culminante.

… De Las Casas, de Las Casas, de Las Casas…

Y la copia impresa en mis manos.

Despistado: *Casa de la Costa Oeste, productos reales y virtuales, sitio aéreo móvil fuera de los límites costeros…*

Busqué en las notas, la cabeza me zumbaba como un cristal golpeado con un martillo.

Señales de navegación y balizas fijadas sobre Bay City y Seattle. Codificación discreta de miembros. Hojas de ruta. Ninguna inculpación. Bajo licencia del Holding El Tercer Ojo Inc.

Estaba sentado, pensativo.

Faltaban algunas piezas del rompecabezas. Era como el espejo, colocado de nuevo y mal encajado, que reflejaba una parte de la imagen pero no la totalidad. Yo fijaba los límites irregulares, tratando de ver los bordes. La primera vez, Trepp me llevaba a ver a Ray —Reileen— en el *Despistado*. En Europa no, Europa era un engaño, el peso de la basílica estaba destinado para que no viera lo que debería de

haber sido obvio. Si Kawahara estaba implicada, no podía supervisar el asunto desde la otra orilla del mundo. Kawahara estaba en el *Despistado* y… ¿Y qué?

La intuición de las Brigadas era una especie de reconocimiento subliminal, una conciencia mejorada de las formas y los modelos que los humanos normales a menudo oscurecían concentrándose en los detalles. Con una cantidad apreciable de indicios de continuidad, era posible dar un salto conceptual que permitía ver el conjunto, como una premonición del verdadero conocimiento. Trabajando con este modelo, siempre era posible llenar los vacíos más tarde. Pero se necesitaba un mínimo para poder tomar la distancia necesaria. Se necesitaba, como con los viejos aviones de propulsión lineal, una pista, y yo no la tenía. Sentía que rebotaba contra el suelo, tratando de despegar y volviendo a caer. No era suficiente.

—¿Kovacs?

Levanté la mirada y la vi. Como una cabecera en una pantalla. Como cerrojos de una cámara a presión abriéndose en mi cabeza.

Ortega estaba frente a mí, con una cuchara en la mano y el pelo peinado hacia atrás. Su camiseta me hipnotizó.

RESOLUCIÓN 653. Sí o no, elige.

Oumou Prescott.

El señor Bancroft tiene discretas influencias en el Consejo de la ONU.

Jerry Sedaka.

La vieja Anémona es católica… Hemos contratado a muchos de ellos. A veces es realmente muy práctico.

Mis pensamientos ardían como una mecha de combustión, inflamando la asociación de ideas.

Cancha de tenis.

Nalan Ertekin, presidenta del Tribunal Supremo de la ONU.

Joseph Phiri, de la Comisión de los Derechos Humanos.

Mis propias palabras.

Están aquí para discutir la resolución 653.

Discreta influencia…

Míriam Bancroft.

Necesitaré ayuda para mantener a Marco apartado de Nalan. Está furioso.

Y Bancroft.

Por la manera en que ha jugado hoy, no me sorprende.

Resolución 653. Los católicos.

Mi mente vomitó los datos como un motor de búsqueda de archivos totalmente enloquecido.

Sedaka, burlándose…

Confirmación registrada en disco, voto de no reanimación siguiendo la doctrina del Vaticano.

A veces es realmente muy práctico.

Ortega.

Prohibido por razones de conciencia.

Mary Lou Hinchley.

El año pasado los guardias costeros pescaron a una chica en la costa.

De su cuerpo no quedaba mucho, pero hallaron la pila.

Prohibido por motivos de conciencia.

En el océano.

La guardia costera.

Sitio aéreo móvil fuera de los límites costeros…

Despistado.

El proceso era una especie de avalancha mental, no era posible detenerlo. Fragmentos de realidad se despegaban y volvían a caer, formando un diseño, una suerte de absoluto reestructurado que aún no podía distinguir en su totalidad.

Señales de navegación y balizas fijadas sobre Bay City…

… Y Seattle.

Bautista.

Todo ocurrió en una clínica clandestina de Seattle.

Los tipos cayeron en el Pacífico.

La teoría de Ortega es que a Ryker lo atrapó algún imbécil caído en 09.

—¿Qué estás mirando?

Las palabras flotaron un momento en el aire… y de golpe el tiempo volvió atrás y en la ventana temporal Sarah despertaba en la cama de un hotel de Millsport, el trueno de la descarga de un orbital hacía vibrar las ventanas y de fondo ruido de rotores en la noche, y nuestra propia muerte esperando a la vuelta de la esquina.

—¿Qué estás mirando?

Parpadeé y seguía con la vista fija en la camiseta de Ortega, en las suaves redondeces que marcaba y en la frase impresa en el pecho. La sonrisa en el rostro de Ortega comenzaba a borrarse.

—¿Kovacs?

Volví a parpadear e intenté rebobinar los metros de desquiciamiento mental provocado por la camiseta. La verdad sobre *Despistado*.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Quieres comer?

—Ortega, y si… —Tuve que inspirar profundamente, y volver a empezar. No quería decirlo. Mi cuerpo no quería decirlo—. ¿Y si pudiera sacar a Ryker del almacenamiento? De forma permanente, quiero decir. Exculparlo. Demostrar que lo de Seattle fue un montaje.

Durante un momento me miró como si hablara una lengua incomprensible. Después se sentó junto a la ventana de cara a mí. Se quedó callada, pero yo ya había leído la respuesta en sus ojos.

—¿Te sientes culpable? —me preguntó finalmente.

—¿De qué?

—De lo nuestro.

Casi suelto una carcajada, pero en su voz había tanto dolor que me detuve. Las ganas de tocarla no habían desaparecido. Durante el último día habían ido declinando y aumentado, pero siempre estaban allí. Cuando miraba las curvas de su cadera y sus muslos, imaginaba la manera en que ella se frotaba contra mí con tanta claridad que era una experiencia casi virtual. Mi mano recordaba la forma y el peso de sus senos, como si haberlos contenido hubiera sido el trabajo de toda una vida de aquella funda que llevaba. Cuando la miraba, mis dedos querían seguir la geometría de su rostro. No había sitio en mí para la culpabilidad, no había sitio para nada que no fuera el deseo.

—Los brigadistas no se sienten culpables —dije seco—. Oye, estoy hablando en serio. Es probable, es casi seguro que Kawahara le tendió una trampa a Ryker porque investigaba a fondo el caso de Mary Lou Hinchley. ¿Podrías resumirme el currículum de la chica?

Ortega lo pensó un momento, después se encogió de hombros.

—Abandonó su casa para irse a vivir con su novio. Hizo algunos trabajos para pagar el alquiler. Su novio era un desastre, a los quince años ya tenía antecedentes penales. Hizo de camello vendiendo un poco de rígida, asaltó algunos bancos de datos… y casi siempre se hacía mantener por sus mujeres.

—¿La habría dejado trabajar en El Despojo? ¿O en las cabinas?

—Sin duda —asintió Ortega, inexpresiva.

—Si alguien estaba buscando gente para una sesión de *snuff*, las católicas hubiesen sido las candidatas ideales, ¿verdad? No hubiesen podido contar nada después porque ellas, por motivos de conciencia, no podían ser resucitadas.

—*Snuff* —si el rostro de Ortega antes era inexpresivo, ahora era de piedra—. La mayor parte de las víctimas de *snuff* reciben una descarga en la pila cuando todo se termina. No pueden contar nada.

—De acuerdo. Pero ¿qué pasa si algo no funciona como estaba previsto? ¿O si Mary Lou Hinchley, sabiéndose a punto de ser víctima de *snuff*, trató de escapar y se cayó de un burdel aéreo llamado *Despistado*? En ese caso, el hecho de que fuera católica hubiese sido práctico, ¿no?

—¿El *Despistado*? ¿Hablas en serio?

—Los dueños del *Despistado* harían cualquier cosa para impedir la aprobación de la resolución 653, ¿no te parece?

—Kovacs —dijo Ortega haciéndome señas de parar—, Kovacs, el *Despistado* es un burdel de Las Casas. Prostitución de alto nivel. No me gustan esos sitios, me dan ganas de vomitar, al igual que las cabinas, pero están limpios. Son los preferidos de la gente adinerada y no venden *snuff*…

—¿No crees que a las clases altas les gusten el sadismo y la necrofilia? ¿O eso queda sólo para los pobres?

—No —respondió Ortega secamente—. Pero si alguien quiere jugar al verdugo y tiene dinero, se paga un virtual. Algunas Casas ofrecen *snuff* virtual, pero es legal y no podemos hacer nada. Además, así es como les gusta.

Inspiré profundamente.

—Kristin, alguien intentó llevarme a ver a Kawahara al *Despistado*. Alguien de la clínica Wei. Y si Kawahara tiene acciones en Las Casas de la Costa Oeste, entonces Las Casas se dedicará a cualquier cosa que pueda generar beneficios. Porque Kawahara haría cualquier cosa. Cualquier cosa. ¿Querías un mat realmente malo? Olvídate de Bancroft. En comparación con Kawahara, es prácticamente un sacerdote. Kawahara creció en Fission City, vendía medicamentos anti radiaciones a las familias de obreros que trabajaban en las barras de combustible. ¿Sabes qué es un «aguador»?

Negó con la cabeza.

—En Fission City llamaban así a los matones de las bandas. Si alguien se negaba a pagar la protección, informaba a la policía o no saltaba lo bastante cuando el jefe de la yakuza gritaba «rana», le hacían beber agua contaminada. Los matones la recogían en frascos de plomo, directamente de los sistemas de refrigeración de los reactores. Se presentaban en el domicilio del infractor y le decían cuánto tenía que beber. Su familia debía asistir a la escena. Si no se bebía el agua, comenzaban a matar a sus hijos hasta que bebiera. ¿Quieres saber cómo me enteré de esta maravillosa historia de la Tierra?

Ortega no dijo nada, pero tenía la boca torcida por el asco.

—Me la contó Kawahara. A eso se dedicaba ella cuando era joven. Era «aguadora». Y está orgullosa de ello.

Sonó el teléfono. Le hice una seña a Ortega para que se apartara del alcance de la pantalla y respondí.

—¿Kovacs? —Era Rodrigo Bautista—. ¿Ortega está con usted?

—No —respondí, mintiendo por reflejo—. Hace dos días que no la veo. ¿Algún problema?

—No, tal vez no. Ha desaparecido de la superficie del planeta. Si la ve, dígale que ha habido reunión del escuadrón esta tarde, y que al capitán Murawa no le ha gustado nada.

—¿Y por qué tendría yo que verla?

—Con Ortega todo es posible —dijo Bautista abriendo los brazos—. Oiga, tengo que marcharme. Nos vemos más tarde.

—De acuerdo.

La pantalla se apagó y Ortega se acercó.

—¿Has oído?

—Sí. Tenía que entregar los discos del Hendrix esta mañana. Murawa querrá saber por qué los saqué de Fell Street.

—Es tu investigación, ¿no?

—Sí, pero hay reglas que respetar —dijo Ortega, cansada—. No puedo evitarlos por mucho tiempo, Kovacs. Ya me están mirando raro desde que trabajo contigo. Tarde o temprano alguien empezará a dudar seriamente. Te quedan unos días para hacerle tragar tu engaño a Bancroft, pero después… —Levantó las manos con elocuencia.

—¿No puedes decir que te asaltaron, que Kadmin te robó los discos?

—Me harán pasar por el polígrafo.

—No en seguida.

—Kovacs, estás hablando de mi carrera, no de la tuya. No hago este trabajo para divertirme, tuve que…

—Kristin, escúchame —dije acercándome a ella y cogiéndole de las manos—. ¿Quieres volver a ver a Ryker, sí o no?

Quiso soltarse pero la sujeté más fuerte.

—¿Crees que él se dejó engañar, Kristin?

Tragó saliva.

—Sí.

—Entonces ¿por qué no creer que se trataba de Kawahara? El vehículo que él quiso derribar en Seattle volaba sobre el océano cuando se estrelló. Imagina la trayectoria y observa hacia dónde la lleva. Identifica el punto donde los guardias costeros hallaron a Mary Lou Hinchley. Después comprueba la ubicación del *Despistado* en el mapa y dime si no hay ahí algo inquietante.

Ortega se soltó, con una expresión extraña en la mirada.

—Quieres que sea cierto, ¿no? Buscas una excusa para cargarte a Kawahara. Contigo todo es odio, ¿no? Una vieja cuenta pendiente. A ti no te importa nada Ryker. No te importa nada tu amiga, Sarah.

—No te atrevas a repetir eso —le dije con frialdad— o te tumbo. Para que lo sepas: no hay nada más importante para mí que la vida de Sarah. Y nada de lo que entreveo me permite por ahora hacer nada más que obedecer a Kawahara.

—Entonces ¿de qué va todo esto?

Quise tocarla, pero sólo atiné a levantar las manos en un gesto de impotencia.

—No lo sé. Todavía no lo sé. Pero si consigo liberar a Sarah, quizá descubra la manera de liquidar a Kawahara. Y quizá también la manera de exculpar a Ryker. Es todo lo que puedo decir.

Me miró, después se dio la vuelta y cogió su chaqueta del apoyabrazos del sillón donde la había arrojado.

—Voy a salir un momento —dijo con calma.

—Bien —respondí con el mismo tono, no era el momento de alimentar la tensión —. Yo me quedo aquí. Si tengo que irme te dejaré un mensaje.

—Eso, deja un mensaje.

Nada en su voz indicaba que ella fuera a volver o no.

Cuando se marchó, me quedé sentado, pensando, tratando de dar forma a la estructura entrevista en el instante de intuición de las Brigadas. Cuando el teléfono volvió a sonar, parecía que ya había abandonado porque me sorprendió mirando por la ventana, mientras me preguntaba dónde podía haber ido Ortega.

Esta vez era Kawahara.

—Tengo lo que quiere —dijo sin preámbulos—. Una versión latente del virus Rawling le será entregada en SilSet Holdings mañana por la mañana a partir de las ocho. 1187 Sacramento. Lo estarán esperando.

—¿Y los códigos de activación?

—Entrega bajo otra cobertura. Trepp se pondrá en contacto con usted.

Asentí. Las leyes de la ONU con respecto a la propiedad y la transferencia de virus militares eran extremadamente claras. Las formas víricas latentes podían ser adquiridas para ser estudiadas, o incluso para ser expuestas como trofeos, como lo demuestra una extraña caja de pruebas. La propiedad o la venta de un virus militar activo, o de códigos que permitían la activación de un virus latente, eran para las leyes de la ONU un crimen sujeto a una pena de entre cien y doscientos años de almacenamiento. En caso de que el virus fuera liberado, la pena podía llegar incluso al borrado. Obviamente estas penas sólo se aplicaban a los ciudadanos comunes, pero no a los jefes militares ni a los funcionarios del gobierno. Los poderosos son celosos de sus juguetes.

—Asegúrese de que ella se ponga en contacto conmigo lo antes posible —dije—. No quiero perder ni uno de los diez días que tengo.

—Comprendo —dijo Kawahara con compasión, como si las amenazas a Sarah hubiesen sido proferidas por una fuerza maléfica incontrolable—. Irene Elliott será reenfundada mañana por la noche. JacSol, una de mis empresas de interfaz de comunicación, se encargará de la operación. Usted podrá ir a buscarla a la central de Bay City mañana por la mañana, a eso de las diez. Lo he registrado provisionalmente como consultor de seguridad de la división oeste de JacSol. Su nombre será Martin Anderson.

—Bien —era la manera que tenía Kawahara de decirme que estaba atado a ella y que en caso de que surgiera algún problema, sería el primero en caer—. Pero mi nueva identidad entrará en conflicto con la firma ADN de Ryker. El archivo sigue activo en la central de Bay City hasta que el cuerpo se decante. —Kawahara asintió.

—Ha sido previsto. Su acreditación será transmitida por los canales corporativos de JacSol antes de cualquier investigación genética individual. En JacSol su firma ADN será registrada bajo el nombre de Anderson. ¿Algún otro problema?

—¿Y si me encuentro con Sullivan?

—El alcaide Sullivan ha pedido una excedencia. Por problemas… psicológicos. Pasa una temporada en virtual. No volverá a verlo.

Sentí, a mi pesar, un escalofrío glacial al ver el rostro inmutable de Kawahara. Carraspeé.

—¿Y la adquisición del cuerpo?

—No —sonrió—. He verificado las características. La funda de Irene Elliott no es biotécnicamente tan buena como para justificar el coste de la recuperación.

—No he dicho que lo fuera. Pero no se trata de una cuestión técnica sino de motivación. Ella será más leal si…

Kawahara se inclinó hacia la pantalla.

—Me pueden presionar un poco, Kovacs, pero no mucho. Elliott tiene una funda compatible, debería estar satisfecha. Usted la quiere y sus problemas de lealtad son exclusivamente suyos. No quiero volver a hablar del tema.

—Tardará más en acostumbrarse —dije insistiendo—. En una funda nueva será más lenta, menos háb…

—Su problema. Le ofrecí a los mejores expertos que se puedan conseguir con dinero y los rechazó. Tenemos que aprender a vivir con las consecuencias de nuestros actos, Kovacs —se detuvo para sonreír—. He leído el informe sobre Elliott. Sobre ella, su familia, sus contactos. Por qué usted quería sacarla. Muy amable de su parte, Kovacs, pero creo que tendrá que hacer de buen samaritano sin mi ayuda. No soy una obra de caridad.

—No —dije rotundamente—. Lo supongo.

—De hecho, debemos también suponer que éste será nuestro último contacto directo hasta que el caso quede resuelto.

—Sí.

—Bien, por más que pueda parecer inapropiado, buena suerte, Kovacs.

La pantalla se apagó, dejando flotar las palabras en el aire. Me quedé un rato sentado, contemplando una imaginaria postimagen en la pantalla que mi odio volvía casi real. Cuando hablé, la voz de Ryker me sonó extraña, como si alguien o algo se expresara en mi lugar.

—«Inapropiado» es el término correcto —dijo esa voz en la silenciosa habitación —. Hija de puta.

Ortega no volvió, pero el olor de lo que había cocinado envolvía el apartamento y mi estómago me reclamaba. Esperé un poco más, tratando de encajar las piezas del rompecabezas en mi mente. Pero, o estaba desanimado, o me faltaba un elemento fundamental. Al final reprimí el gusto a cobre del odio y la frustración y me decidí a comer algo.

Capítulo 30

El trabajo de base de Kawahara era impecable.

Una limusina automática con la insignia brillante de JacSol se presentó en el Hendrix a las ocho de la mañana. Bajé a recibirla. La parte trasera estaba llena de cajas con el logo de un diseñador chino.

Las abrí en mi habitación. Contenían una línea de accesorios para ejecutivos corporativos superiores que habrían hecho babear a Serenity Carlyle: dos trajes color arena, confeccionados a la medida de Ryker, media docena de camisas hechas a mano con el logo de JacSol bordado en el lado derecho del cuello, zapatos de cuero auténtico, una gabardina azul medianoche, un teléfono móvil y un pequeño disco negro con una superficie de codificación ADN.

Me duché, me afeité, me vestí y abrí el disco. Kawahara apareció en la pantalla, con una definición perfecta.

—Buenos días, Takeshi-san, y bienvenido a JacSol Communications. La codificación ADN de este disco está actualmente conectada a una línea de crédito a nombre de Martin James Anderson. Como ya le dije, el prefijo corporativo de JacSol eliminará todo conflicto con los datos genéticos de Ryker o la cuenta bancaria que Bancroft le abrió. Por favor, anote el código que figura aquí.

Leí la lista de dígitos y volví la mirada al rostro de Kawahara.

—La cuenta JacSol cubrirá todos sus gastos, en la medida que sean razonables. Su caducidad está programada para los diez días de nuestro acuerdo. Si desea anularla antes, introduzca el código dos veces, a continuación la huella genética e introduzca nuevamente el código dos veces. Trepp lo llamará hoy a su móvil. Llévelo encima. Irene Elliott será reenfundada a las nueve de la noche y cuarenta y cinco minutos, hora de la Costa Oeste. La operación durará aproximadamente cuarenta y cinco minutos. En el momento en que usted reciba este mensaje, SilSet Holdings tendrá su encargo. Tras una consulta con mis expertos, he añadido algunas cosas a la lista del material que Elliott podría necesitar, también he incorporado los nombres de algunos proveedores a los que este material podría ser adquirido con absoluta discreción. Pague todo con la cuenta de JacSol. La lista se imprimirá en algunos segundos. Si necesita repasar algún detalle, este disco permanecerá activo dieciocho minutos más. Pasado ese plazo, se borrará. A partir de ahora está usted solo.

La imagen de Kawahara esbozó una sonrisa especial del tipo «relaciones públicas», después se borró. La impresora vomitó la lista. Le eché una mirada mientras bajaba por la limusina.

Ortega no volvió.

En SilSet Holdings me trataron como un heredero de la familia Harlan. Recepcionistas humanos se afanaban a mi alrededor mientras un técnico traía un cilindro metálico del tamaño de una granada alucinógena.

Trepp estaba menos impresionada. Me cité con ella por la noche, en un bar de Oakland. Cuando vio el logo de JacSol, sonrió amargamente.

—Pareces un programador, Kovacs. ¿De dónde has sacado ese uniforme?

—Mi nombre es Anderson —le recordé—. Y el uniforme acompaña al nombre.

Hizo una mueca.

—La próxima vez que salgas de compras, llévame contigo. Te ahorraré un montón de dinero y no tendrás pinta de llevar a tus hijos a Honolulú a pasar el fin de semana.

Me incliné sobre la mesa.

—¿Te acuerdas, Trepp? La última vez que te metiste conmigo por mi forma de vestir, te maté.

Se encogió de hombros.

—No me sorprende. Algunas personas no soportan que les digan la verdad.

—¿Has traído el material?

Trepp posó la mano sobre la mesa. Cuando la apartó, apareció un disco gris metido en una cajita.

—Aquí lo tienes. Exactamente lo que pediste. Ahora sé que estás loco —había quizá cierta admiración en su voz—. ¿Sabes lo que les hacen, en la Tierra, a los que juegan con esto?

Puse la mano sobre el disco y me lo metí en el bolsillo.

—Lo mismo que en otros lugares, supongo. Crimen federal, dos de los grandes. Olvidas que no tengo alternativa.

Trepp se rascó la oreja.

—Crimen federal… el borrado. No me ha gustado nada tener que andar por ahí con esto encima. ¿Tienes el resto?

—¿Por qué? ¿No te gusta que te vean conmigo?

Sonrió.

—En cierto modo. Espero que sepas lo que estás haciendo. —Yo también lo esperaba. El paquete, grande como una granada, me había pesado todo el día en el bolsillo de la chaqueta.

Volví al Hendrix para consultar mis mensajes. Ortega no había llamado. Maté el tiempo en mi habitación pensando en lo que iba a contarle a Elliott. A las nueve de la noche, salí del hotel, cogí la limusina y me fui a la central de Bay City.

Me senté en el vestíbulo de entrada, donde un joven médico estaba rellenando los documentos necesarios. Puse las iniciales donde me indicó. La escena me resultaba extrañamente familiar. La mayoría de las cláusulas de su libertad condicional estaban a mi nombre, lo cual me hacía responsable de la conducta de Irene Elliott. Ella tenía menos que decir sobre el tema que yo al llegar una semana antes.

Cuando finalmente Elliott atravesó las puertas de la «Zona protegida», al fondo de la recepción, lo hizo con el paso de alguien que emerge de una larga enfermedad. El horror del espejo estaba escrito en su nuevo rostro. Cuando no es tu medio de vida,

no es nada fácil encontrarse por primera vez con un extraño en el espejo. El rostro que Elliott llevaba era tan diferente al de la rubia alta que recordaba de la fotografía de su marido como lo era Ryker de mi funda anterior. Kawahara había descrito la nueva funda como compatible, una descripción perfecta. Era un cuerpo de mujer, más o menos de la misma edad que la de Elliott, pero el parecido acababa ahí. Irene Elliott era corpulenta y tenía la piel pálida, mientras que la nueva funda tenía el brillo de una veta de cobre vista a través de un chorro de agua. Una cabellera negra envolvía un rostro con ojos como brasas y unos labios color ciruela. El cuerpo era delgado y delicado.

—¿Irene Elliott?

Se apoyó en el mostrador de recepción, después se volvió hacia mí.

—Sí. ¿Quién es usted?

—Soy Martin Anderson. Representante de JacSol, de la división oeste. Somos nosotros los que acordamos su libertad condicional.

—No tiene pinta de programador, excepto por el uniforme.

—Soy consultor de seguridad, y colaboro con JacSol en algunos proyectos. Quisiéramos que usted hiciera algunos trabajos para nosotros.

—¿Ah, sí? ¿No han encontrado a nadie que lo haga más barato? —Señaló la sala —. ¿Qué ha pasado? ¿Me he vuelto famosa durante mi almacenamiento?

—En cierto sentido. Pero sería mejor que resolviéramos las formalidades y que nos fuéramos. Una limusina nos espera.

—¿Una limusina?

La incredulidad de su voz me arrancó la primera sonrisa del día. Firmó el permiso de salida como en un sueño.

—¿Quién es usted realmente? —me preguntó cuando la limusina despegó.

Mucha gente me había preguntado lo mismo en los últimos días. Y hasta yo mismo empezaba a preguntármelo.

Miré por encima del tablero de navegación.

—Un amigo —dije tranquilamente—. Es todo lo que usted necesita saber por ahora.

—Antes de comenzar con lo que sea, quiero…

—Lo sé —dije en el momento en que la limusina empezaba a virar—. Llegaremos a Ember en una media hora.

No me giré, pero sentía el calor de su mirada en mi mejilla.

—Usted no es un corporativo —dijo ella categóricamente—. Los corporativos no hacen estas cosas. No de este modo.

—Los corporativos hacen todo lo que les dé ganancias. No se deje engañar por sus prejuicios. Quemarían pueblos enteros por sus intereses. Pero si hace falta un rostro humano, también serán capaces de encontrarlo.

—¿Y usted es el rostro humano?

—No exactamente.

—¿Qué trabajo quiere que haga? ¿Algo ilegal?

Saqué del bolsillo el cargador cilíndrico del virus y se lo di. Lo cogió con las dos manos y leyó las etiquetas con atención. Para mí era el primer test. Había sacado a Elliott del almacenamiento para que me fuera más leal que cualquier persona que Kawahara hubiese podido ofrecerme. Pero sólo podía contar con mi instinto y con la palabra de Victor Elliott para convencerme de que ella era la persona indicada. Me sentía incómodo. Kawahara tenía razón. Las acciones de buen samaritano pueden costar caras.

—Veamos. Esto es un virus Simultec de primera generación —el desprecio la hacía pronunciar lentamente cada sílaba—. Es un objeto de colección, prácticamente una reliquia. Está en un recipiente de despliegue rápido de alta gama con una envoltura no localizable. ¿Por qué no corta el cuento y me explica qué está pasando aquí? Usted está preparando un golpe, ¿no?

Asentí.

—¿Cuál es el blanco?

—Un burdel virtual. Regentado por una I. A.

Los labios de Elliott se separaron con un silbido silencioso.

—¿Un golpe de liberación?

—No. Vamos a instalarlo.

—¿Instalar esto? —preguntó ella levantando el cilindro—. ¿Qué es?

—Un Rawling 4851.

A Elliott se le borró la sonrisa.

—Esto no es ninguna broma.

—No es el objetivo. Se trata de una versión latente del Rawling. De despliegue rápido, como usted ha observado correctamente. Los códigos de activación están en mi bolsillo. Vamos a inocular el Rawling en la base de datos del burdel de una I. A. y después sellaremos la tapa. Aparte de algunos sistemas de vigilancia y otros arreglos, en esto consiste el golpe. —Me dirigió una mirada curiosa.

—¿Es usted un integrista religioso enfermo mental?

—No —respondí con una sonrisita—. Nada de eso. ¿Se siente capaz de hacerlo?

—Depende de la I. A. ¿Tiene las especificaciones?

—Aquí no.

Elliott me pasó el cilindro del virus.

—Entonces no puedo asegurarle nada.

—Era lo que quería oír —dije, satisfecho—. ¿Cómo se comporta la nueva funda?

—Bien. ¿Hay alguna razón por la que no puedo tener mi propio cuerpo? Sería mucho más rápida con…

—Lo sé. Desafortunadamente no puedo hacer nada. ¿Le han dicho cuánto tiempo ha estado almacenada?

—Alguien me dijo que cuatro años.

—Cuatro años y medio —precisé mirando los formularios de entrega que había firmado—. Temo que entretanto alguien haya comprado su funda.

—Oh.

Se quedó en silencio. El trauma de despertarse por primera vez en el cuerpo de otro no es nada comparado con la rabia de descubrir que alguien, en algún lugar, se pasea con el cuerpo de uno. Es como una infidelidad, una violación. Y como con todas las violaciones, no hay nada que se pueda hacer. Sólo queda acostumbrarse.

Cuando el silencio se hizo demasiado largo, miré fijamente su perfil y carraspeé.

—¿Está segura de que quiere hacerlo en seguida? Me refiero a lo de volver a su casa.

Ni siquiera me miró.

—Sí, estoy segura. Tengo una hija y un marido que no me ven desde hace casi cinco años. ¿Cree que… —se señaló a sí misma— esto me va a detener?

—Como quiera.

Frente a nosotros, las luces de Ember aparecieron en la masa ensombrecida de la costa. La limusina emprendió el descenso. Miré a Elliott de reojo y noté que se estaba poniendo nerviosa. Se frotaba las manos contra la rodilla y se mordisqueaba el labio inferior. Suspiró y dejó escapar el aire con un ruido apenas audible.

—¿Ellos saben que voy para allá?

—No —no quería continuar la conversación—. El contrato es entre usted y JacSol. Su familia no tiene nada que ver.

—Pero usted se las ha arreglado para que pueda verlos. ¿Por qué?

—Adoro las reuniones familiares.

Clavé la mirada en la proa del puerto de aeronaves y empezamos a bajar en silencio. La limusina viró para alinearse con la circulación local, después nos posamos a doscientos metros de la tienda de Elliott. Bordeamos la costa bajo los holos de Anchana Salomao y estacionamos frente a la estrecha fachada. La puerta estaba cerrada, la pantalla rota que la retenía había sido sacada, pero había luz en el despacho de la trastienda.

Bajamos de la limusina y cruzamos la calle. La puerta estaba cerrada con llave. Irene Elliott golpeó con la palma de su mano cobriza y alguien en el despacho se levantó. Poco después la silueta de Victor Elliott vino hacia nosotros. Tenía el pelo gris enredado y la cara hinchada por el sueño. Nos miró con la mirada enturbiada que yo había visto en las ratas de ordenadores que llevaban muchas horas navegando.

—¿Quién es…? —Se detuvo cuando me reconoció—. ¿Qué quieres, saltamontes? ¿Y quién es…?

—¿Vic? —preguntó Irene con un nudo en la garganta—. Vic, soy yo, Irene.

En un instante los ojos de Elliott pasaron de mi rostro a los de la delicada asiática que estaba a mi lado, después, lo que ella había dicho lo arrolló como un camión. El asombro lo hizo trastabillar.

—¿Irene? —murmuró.

—Sí, soy yo —murmuró ella a su vez.

Las lágrimas le rodaban por las mejillas. Se miraron un momento a través del cristal, después Elliott intentó torpemente abrir la puerta, forzando la cerradura, hasta conseguirlo finalmente y arrojarse a los brazos de la mujer que lo esperaba. Se estrecharon con tal fuerza que temí por los huesos de la nueva funda de Irene. Miré las luces del paseo marítimo.

Al final, Irene Elliott se acordó de mí. Soltó a su marido y se dio la vuelta mientras se secaba las lágrimas con el reverso de la mano y parpadeaba con los ojos anegados.

—Puede…

—Sí —dije con un tono neutro—. Esperaré en la limusina. Hasta mañana.

Noté la mirada incrédula de Victor Elliott cuando su mujer lo empujó hacia adentro. La puerta se cerró tras de mí. Me palpé los bolsillos para sacar un paquete de cigarrillos medio aplastado. Después dejé atrás la limusina y fui hasta el parapeto de metal, donde encendí uno de los cilindros aplastados. Por primera vez, no tenía la sensación de estar traicionando a alguien al sentir el humo en mis pulmones.

Había marea alta en la playa y la espuma trazaba unas líneas fantasmagóricas en la arena. Me incliné sobre el parapeto para oír el ruido blanco de las olas al romperse. ¿Cómo podía sentirme tan bien cuando aún había tantas cosas que no estaban resueltas? Ortega no había vuelto. Kadmin seguía estando en libertad. Sarah, retenida como rehén. Kawahara me seguía teniendo agarrado por los huevos y aún seguía sin saber por qué Bancroft había sido asesinado.

Sin embargo, pese a todo eso, gozaba de una calma perfecta.

«Cojan lo que les ofrecen. A veces eso es suficiente».

Miré más allá, a lo lejos. El océano negro y secreto se confundía con la noche. Hasta la enorme carcasa escorada del *Defensor del Libre Comercio* era difícil de distinguir. Imaginaba a Mary Lou Hinchley hundiéndose en las aguas, flotando, destrozada, mecida por las aguas oscuras antes de la llegada de los depredadores marinos. ¿Cuánto tiempo habría pasado antes de que la corriente devolviera sus restos a sus seres queridos? ¿Cuánto tiempo la habían guardado las tinieblas?

Mis pensamientos vagaban sin rumbo. Volví a ver el telescopio antiguo de Bancroft, enfocando los cielos, sobre los diminutos puntos de luz que correspondían a los primeros pasos vacilantes de la Tierra más allá de los límites del sistema solar. Frágiles arcas transportando las grabaciones de millones de pioneros, bancos de embriones congelados en los que quizá un día podrían ser reenfundados en mundos lejanos, si los mapas de astrogación marcianos vagamente descifrados mantenían sus promesas. De no ser así, vagarían para siempre, ya que el universo no es más que noche y océano oscuro.

Mi actitud introspectiva me sorprendió. Me enderecé y miré el retrato holográfico encima de mi cabeza. Anchana Salomao era la reina de la noche. Su apariencia

fantasmal contemplaba el paseo marítimo a intervalos regulares, compasiva pero remota. Mirando sus facciones compuestas, era fácil comprender por qué Elizabeth Elliott había deseado tanto alcanzar esas cimas. Desvié la mirada hacia las ventanas encima de la tienda de los Elliott. Las luces estaban encendidas. La silueta de una mujer desnuda pasó frente a una de ellas.

Suspiré, tiré el cigarrillo a la alcantarilla y me metí en la limusina. Anchana podía vigilar.

Haciendo *zapping* al azar en los canales de ocio, dejé que el aluvión de imágenes y sonidos sin sentido me aturdiera, sumido en una suerte de duermevela. La noche cayó en torno al vehículo como una bruma, y yo tuve la sensación de que me alejaba de la casa de los Elliott, enfilando hacia el mar, con las amarras sueltas, cuando en realidad frente a mí, en el horizonte, una tormenta se anunciaba…

Un golpeteo en el cristal me despertó. Me di la vuelta. Trepp estaba esperando fuera. Me hizo señas para que bajara la ventanilla y se inclinó con una sonrisa malévola.

—Kawahara tenía razón. Durmiendo en el coche mientras esa ladrona se deja follar. Tendrías que haberte hecho cura, Kovacs.

—Cierra el pico, Trepp —dije, irritado—. ¿Qué hora es?

—Deben de ser las cinco —levantó la mirada y consultó su chip interior—. Las cinco y dieciséis minutos. Pronto será de día.

Me enderecé un poco y sentí el sabor a tabaco en la lengua.

—¿Qué haces aquí?

—Protegerte. No queremos que Kadmin te elimine hasta que le hayas endosado la mercancía a Bancroft. Eh, ¿son los Wreckers?

Seguí su mirada hacia la consola de ocio sintonizada con una transmisión deportiva. Unas siluetas minúsculas corrían sobre un terreno dividido en cuadrados acompañadas por un comentario inaudible. La fugaz colisión entre dos jugadores provocó un rugido de emoción como si procediera de un insecto. Debí de bajar el volumen antes de dormirme. Apagué la consola. Trepp tenía razón, la noche se esfumaba para dejar paso a un dulce resplandor azul.

—¿No lo sigues? —preguntó Trepp indicando la pantalla—. Yo tampoco, pero cuando uno vive en Nueva York el tiempo suficiente, se acaba aficionando.

—Trepp, ¿cómo piensas protegerme si tienes los ojos clavados en la pantalla?

Me lanzó una mirada torva y apartó la cabeza. Salí de la limusina para estirarme en el aire fresco. Encima de mí, Anchana Salomao seguía espléndida, pero en casa de los Elliott las luces estaban apagadas.

—Las han apagado hace dos horas —precisó Trepp—. Pensé que podían huir y vigilé la parte de atrás.

Levanté la mirada hacia las ventanas oscuras.

—¿Por qué iban a huir? Ella ni siquiera sabe aún cuáles son los términos del trato.

—La complicidad en un crimen cuya pena es el borrado tiende a poner nerviosa a la gente.

—No a esa mujer —dije preguntándome si creía en lo que decía. Trepp se encogió de hombros.

—Como quieras. Por mi parte, sigo pensando que estás loco. Kawahara conoce a unos tipos que podrían hacer este trabajo con los ojos cerrados.

Mis motivos para rechazar la oferta o el apoyo técnico de Kawahara eran instintivos, por lo que no dije nada. La certeza glacial de mis intuiciones sobre Bancroft, Kawahara y la resolución 653 se había atenuado con la exaltación del día anterior y la organización del golpe, y todo sentimiento de bienestar compartido había desaparecido cuando Ortega se marchó. Todo lo que me quedaba era el pozo de gravedad de la misión, el alba glacial y el sonido de las olas en la costa. El gusto de Ortega en mi boca, el calor de su cuerpo de largos miembros entrelazado con el mío, eran como una bocanada tropical comparados con aquel sueño glacial.

—Por aquí tiene que haber algún sitio donde sirvan café, ¿no?

—¿En una ciudad de este tamaño? —inquirió Trepp inspirando con los dientes apretados—. Lo dudo. Pero vi unas máquinas expendedoras al llegar. Alguna de ellas tiene que tener café.

—¿Instantáneo? —dije haciendo una mueca.

—¿Qué? ¿Eres un experto? Tu hotel no es más que un expendedor más. Kovacs, vivimos en la era de las máquinas. ¿No te habías enterado?

—Tienes razón. ¿Estaban lejos?

—A dos kilómetros. Cojamos mi aeronave. Así, si la señora-he-regresado se despierta, no se llevará un susto mirando por la ventana.

—De acuerdo.

Seguí a Trepp hacia el otro lado de la calle, hasta el vehículo negro que parecía invisible a los radares. El habitáculo olía ligeramente a incienso.

—¿Es tuya?

—No, alquilada. La alquilé cuando volvimos de Europa. ¿Por qué?

Negué con la cabeza.

—No tiene importancia.

Trepp arrancó. Recorrimos el paseo en silencio. Miré por la ventanilla que daba al mar y reprimí una sensación de frustración generalizada. Las escasas horas de sueño en la limusina me habían dejado algo nervioso. Todo me ponía nervioso, la falta de una solución en el caso Bancroft, el hecho de que hubiese vuelto de nuevo al tabaco.

Tenía la sensación de que iba a ser un mal día y el sol aún no había despuntado.

—¿Todavía no has pensado en lo que harás cuando todo haya terminado?

—No —respondí de mal humor.

Encontramos las máquinas frente al paseo que bajaba hacia la costa, en el otro extremo de la ciudad. Habían sido instaladas para la clientela de la playa, pero el

estado ruinoso de aquellos trastos indicaba que el negocio funcionaba tan bien como el de Elliott.

Trepp estacionó su vehículo de cara al mar para ir en busca del café. A través del cristal, la vi sacudir y darle patadas a la máquina hasta que consiguió que le sirviera dos tazas de plástico. Las trajo al coche y me dio una.

—¿Quieres tomarlo aquí?

—Sí, ¿por qué no?

Arrancamos las tapas a las tazas y las oímos silbar. La máquina no calentaba muy bien, pero el café tenía un sabor aceptable y un efecto químico innegable. Sentía que mi cansancio desaparecía. Miramos el mar a través del parabrisas, sumidos en un silencio casi agradable.

—Una vez intenté entrar en las Brigadas —dijo, de pronto, Trepp.

La miré de reojo, con curiosidad.

—¿Ah, sí?

—Sí. Hace mucho. Me rechazaron después de haber estudiado mi perfil. Incapacitada para la lealtad.

—No me sorprende —gruñí—. ¿Nunca has estado en el ejército?

—Pero ¿qué dices?

Me miraba como si acabara de preguntarle si tenía un pasado de pedófila. Me reí.

—Es lo que me imaginaba. En las Brigadas buscan gente con tendencias psicóticas marginales. Por eso reclutan principalmente a militares.

—Yo tengo tendencias psicóticas marginales.

—Claro, no lo dudo. Pero los civiles que reúnen esas tendencias y tienen espíritu de equipo son más bien raros. Son valores opuestos. Las posibilidades de encontrar ambas cosas en una misma persona son casi nulas. El entrenamiento militar socava el orden natural. Quiebra las resistencias para un comportamiento psicopático y al mismo tiempo desarrolla una lealtad fanática al grupo. Está incluido en el precio. Los soldados son un material perfecto para las Brigadas.

—Oyéndote, se diría que tuve suerte.

Durante un instante, miré el océano y dejé que los recuerdos me invadieran.

—Sí —dije bebiendo el resto de mi café—. Vamos, regresemos.

Fuimos bordeando el paseo marítimo. Algo había cambiado en la calma que nos envolvía. Algo, como la luz del alba en torno al coche, intangible e imposible de ignorar.

Irene esperaba frente a la tienda de Elliott, apoyada contra la limusina. Miraba el mar. Ni rastro de su marido.

—Voy solo —le dije a Trepp mientras bajaba—. Gracias por el café.

—De nada.

—Supongo que te veré a menudo por mi retrovisor.

—Lo dudo, Kovacs —respondió rotundamente Trepp—. Soy mejor que tú en este juego.

—Eso tendrás que demostrarlo.

—Sí, claro. Hasta luego —levantó la voz cuando empecé a alejarme—: Y no falles. No sería bueno para nadie.

Retrocedió con la aeronave unos doce metros y despegó apuntando el morro hacia el suelo, desgarrando el silencio y pasando por encima de nuestras cabezas antes de perderse en el océano.

—¿Quién era?

Irene tenía la voz ronca, como si hubiese llorado mucho.

—Un refuerzo —dije con aire ausente mirando el vehículo de Trepp pasar encima de la cubierta de vuelo del portaaviones—. Trabajamos para la misma gente. No se preocupe, es una amiga.

—Su amiga, tal vez, pero no la mía —respondió amargamente Irene Elliott—. Nadie de su gente es amigo mío.

La miré, después desvié la mirada hacia el mar.

—De acuerdo.

Silencio, aparte de las olas.

—Usted sabe lo que le pasó a mi hija —dijo Elliott con una voz apagada—. Usted lo sabía desde el comienzo.

Asentí.

—Y no le importa, ¿no es cierto? Usted trabaja para el tipo que la usó como un pañuelo desechable.

—Muchos hombres la usaron —respondí brutalmente—. Ella se dejó usar. Estoy seguro de que su marido le dijo por qué lo hizo —oí que la respiración de Elliott se cortaba, me concentré en el horizonte y en el punto que formaba la aeronave de Trepp desapareciendo a lo lejos—. Lo hizo por el mismo motivo por el que intentó hacer cantar al hombre para el que yo trabajaba… y por el mismo motivo por el que quiso manipular a un tipo particularmente desagradable llamado Jerry Sedaka, que la mandó matar. Lo hizo por usted, Irene.

—Hijo de puta.

Se echó a llorar, un sonido desesperado en el silencio. Mantuve la mirada fija en el océano.

—Ya no trabajo para Bancroft —dije—. No estoy de parte de ese hijo de puta. Le doy la posibilidad de golpear a Bancroft donde más duele, de golpearlo con la culpabilidad que nunca sintió acostándose con su hija. Además, ahora que ha salido del almacenamiento quizá pueda ganar el dinero suficiente para hacer reenfundar a Elizabeth. O al menos sacarla del almacenamiento, alquilarle un apartamento virtual. Lo importante es que usted está fuera y puede hacer algo. Puede actuar. Es lo que le estoy ofreciendo. La devuelvo al ruedo. No rechace esta posibilidad.

La oí a mi lado intentando contener su llanto. Esperé.

—¿Está contento, no es cierto? —preguntó finalmente—. Piensa que me está haciendo un gran favor, pero usted no ha hecho esto por altruismo. Quiero decir,

usted me sacó del almacenamiento, pero hay un precio que pagar, ¿no?

—Por supuesto —respondí tranquilamente.

—Hago lo que usted quiere, inocular el virus. Violo la ley o vuelvo al almacenamiento. Y si me echo atrás o fallo, tengo mucho más que perder que usted. ¿Ése el trato?

Nada es gratuito. Miré las olas.

—Ése es el trato —corroboré.

Otro silencio. De reojo, la vi mirar el cuerpo que llevaba como si se hubiese tirado algo encima.

—¿Sabe cómo me siento?

—No.

—Hice el amor con mi marido y tengo la impresión de que me ha sido infiel —una risa ahogada. Se secó los ojos de rabia—. Tengo la impresión de haber sido infiel. Infiel a algo. Cuando me encerraron dejé atrás mi cuerpo y mi familia. Ya no tengo nada.

Se miró de nuevo. Se miró la palma de las manos y luego las giró, con los dedos separados.

—No sé lo que siento. No sé lo que tengo que sentir.

Hubiese podido decirle muchas cosas. Muchas cosas han sido dichas, escritas y discutidas sobre el tema. Resúmenes breves en las revistas sobre los problemas inherentes al reenfundado. ¿Cómo recuperar el amor de la pareja con otro cuerpo? Artículos psicológicos interminables, observaciones sobre los traumas secundarios en los reenfundados civiles, hasta los manuales de las malditas Brigadas hablaban de eso. Citas, opiniones informadas, delirios de integristas religiosos y enfermos mentales. Hubiese podido decirle que lo que le estaba pasando era normal en un humano digitalizado, que con el tiempo se le pasaría, que existían disciplinas psicodinámicas para afrontar los problemas y que millones de personas habían sobrevivido. Hubiese podido decirle incluso que el Dios a quien ella profesaba un mínimo de lealtad la protegía. Hubiese podido mentir, o hubiese podido razonar. Todo habría sido igual, porque la realidad era dolorosa, y nadie podía hacer nada para ayudarla.

No dije nada.

Se hizo de día. La luz iluminó las fachadas. Eché una mirada a las ventanas de la tienda.

—¿Y Victor?

—Duerme —dijo frotándose la cara con el brazo y aspirando las lágrimas como anfetaminas mal cortadas—. ¿Usted dice que esto perjudicará a Bancroft?

—Sí, sutilmente, pero le hará daño.

—Un golpe de inoculación en una I. A. —resumió Irene Elliott—. Instalar un virus penado con el borrado. Joder a un mat. ¿Sabe cuáles son los riesgos? ¿Sabe lo que me está pidiendo?

Me di la vuelta para mirarla a los ojos.
—Sí. Lo sé.
Su boca se cerró drásticamente con un temblor.
—Bien. Entonces hagámoslo.

Capítulo 31

El virus estuvo listo para su ejecución en menos de tres días. Irene Elliott se transformó en una fría profesional y lo hizo posible. En la limusina que nos llevó de vuelta a Bay City, se lo expliqué todo. Al principio siguió llorando, pero a medida que le iba dando más detalles se fue involucrando, asintiendo, gruñendo, deteniéndome y obligándome a volver a puntos sin importancia que no había dejado lo bastante claros. Le enseñé la lista de *hardware* que me había propuesto Reileen Kawahara y ella aprobó dos terceras partes. El resto era sólo relleno corporativo y los consejeros de Kawahara, en su opinión, no sabían una mierda.

Para cuando terminó el viaje conocía todo el plan. Yo podía ver el virus ejecutándose detrás de sus ojos. Las lágrimas se habían secado en su cara, olvidadas, y tenía una expresión completamente decidida y llena de odio reprimido por el hombre que había utilizado a su hija: era la voluntad de venganza personificada.

Irene Elliott estaba dentro.

Alquilé un apartamento en Oakland a cuenta de JacSol. Elliott se trasladó allí y yo me marché a recuperar unas horas de sueño. Me fui al Hendrix, intenté dormir un poco sin mucho éxito y regresé seis horas después para encontrarme a Elliott dando vueltas por el apartamento.

Llamé a los nombres y números que me había dado Kawahara y pedí el material que me había indicado Elliott. Los cajones llegaron unas horas después. Irene los rompió para abrirlos y dispuso el *hardware* en el suelo del apartamento.

Juntos examinamos el listado de foros virtuales de Ortega y lo redujimos a una breve lista de siete.

(Ortega no había aparecido, ni me había llamado al Hendrix).

A media tarde del segundo día, Elliott descartó los módulos primarios y examinó cada una de las opciones de la lista abreviada. La lista se redujo a tres, y Elliott me mandó a comprar un par de cosas más que necesitaba. *Software* refinado para la gran matanza.

Al atardecer, la lista se había reducido a dos opciones y Elliott estaba redactando los procedimientos preliminares de intrusión de las dos. Siempre que topaba con un problema técnico, volvíamos atrás y comparábamos las ventajas relativas.

A medianoche habíamos acabado. Elliott se acostó y durmió ocho horas seguidas. Yo volví al Hendrix y me puse a meditar.

(Sin noticias de Ortega).

Compré el desayuno en la calle y lo llevé al apartamento. Ninguno de los dos tenía muchas ganas de comer.

10:15 hora local. Irene Elliott calibró su equipo por última vez.

Lo hicimos.

Veintisiete minutos y medio.

Una simple meada, dijo Elliott.

La dejé desmontando el equipo y me fui volando para ver a Bancroft aquella misma tarde.

Capítulo 32

—Me resulta muy difícil de creer —dijo Bancroft con acritud—. ¿Está seguro de que visité ese establecimiento?

Bajo la terraza, sobre la enorme extensión de césped de Suntouch House, Míriam Bancroft parecía estar construyendo un enorme planeador de papel siguiendo las instrucciones de una holoproyección en movimiento. El blanco de las alas era tan brillante que dolía mirarlas directamente. Cuando me incliné sobre la barandilla de la terraza, ella se cubrió los ojos para protegerlos del sol y alzó la vista hacia mí.

—El centro tiene monitores de seguridad —le dije a Bancroft, fingiendo desinterés—. Un sistema automatizado, todavía operativo después de todos estos años. Hay imágenes grabadas en las que aparece usted entrando por la puerta. Conoce el nombre, ¿verdad?

—¿Jack It Up? Por supuesto, he oído hablar de él, pero nunca he ido allí.

Me di la vuelta sin alejarme de la barandilla.

—Vaya. ¿Tiene algo contra el sexo virtual, entonces? ¿Es usted un purista de la realidad?

—No —pude oír la sonrisa en su voz—. No tengo ningún problema con los formatos virtuales y, como creo que le he dicho antes, los he usado de vez en cuando. Pero ese sitio, Jack It Up, no es exactamente, no sé cómo expresarlo, lo más elegante del mercado.

—No —asentí—. ¿Y cómo clasificaría usted el Jerry’s Closed Quarters? ¿Como un burdel elegante?

—Difícilmente.

—Sin embargo eso no le impidió ir allí a jugar con Elizabeth Elliott en una cabina, ¿verdad? ¿O es que últimamente ha caído aún más bajo, porque…?

—De acuerdo —la sonrisa se había convertido en una mueca—. Tiene razón. No siga.

Dejé de observar a Míriam Bancroft y volví junto a él. Mi *cocktail* helado seguía en la mesita, entre nosotros. Lo cogí.

—Me alegro de que lo acepte —dije, removiendo la bebida—. Porque me ha sido muy difícil investigar este lío. Desde que empecé, me han secuestrado, torturado y han estado a punto de matarme. Una mujer llamada Louise, no mucho mayor que su querida hija Naomi, murió por interponerse. Así que si no le gustan mis conclusiones, jódase.

Levanté el vaso hacia él desde el otro lado de la mesa.

—Ahórrese el melodrama, Kovacs, y siéntese, por Dios. No es que rechace lo que dice, sólo lo pongo en duda.

Me senté y lo señalé con un dedo.

—No. Lo que pasa es que está muerto de vergüenza. Este asunto está revelando una parte de su carácter que usted desprecia. Preferiría no saber a qué tipo de *software* accedió aquella noche en Jack It Up, por si acaso es aún más repugnante de lo que ya imagina. Lo obliga a enfrentarse a sus apetitos, a la parte de usted que quiere correrse en la cara de su mujer, y eso no le gusta.

—No hay necesidad de recordar aquella conversación particular —dijo Bancroft fríamente. Levantó un dedo—. Es usted consciente, supongo, de que la grabación de la cámara de seguridad en la que basa sus suposiciones pudo ser falsificada muy fácilmente por cualquiera que tuviera acceso a imágenes mías.

—Sí, lo soy —había observado a Irene Elliott hacer exactamente eso cuarenta y ocho horas antes. La palabra «fácil» se quedaba corta. Después de la ejecución del virus, había sido como pedir a una bailarina profesional que repitiera unos ejercicios de estiramiento. Apenas me había dado tiempo a fumarme un cigarrillo mientras lo hacía—. Pero ¿por qué tendría que molestarse alguien en hacer eso?

—Para distraerme, para desviar mi atención, suponiendo, evidentemente, que, antes, una equivocación me hubiera llevado a husmear en las ruinas de un centro comercial de Richmond.

—Vamos, Bancroft, sea realista. El hecho de que yo ya hubiera llegado allí demuestra la validez de la grabación. Y, en cualquier caso, esas imágenes no son la base de nada. Sólo confirman lo que ya había averiguado antes, que se había quitado la vida para evitar la contaminación vírica de su pila remota.

—Una intuición notable, después de sólo seis días de investigación.

—La culpa es de Ortega —dije como sin darle importancia, a pesar de que la persistente suspicacia de Bancroft frente a los hechos desagradables estaba empezando a preocuparme. No me había imaginado que tardaría tanto en ceder—. Ella es la que me puso en el camino correcto. Se negó a aceptar la teoría del asesinato desde el principio. Me dijo más de una vez que usted era un mat hijo de puta demasiado fuerte e inteligente para permitir que alguien lo matara. Una cosa llevó a la otra. Y eso me recordó la conversación que tuvimos aquí hace una semana. Usted me dijo: «Yo no soy de los que se quitan la vida, y si lo fuera no lo habría hecho de esa manera. Si hubiera tenido intención de morir, ahora usted no estaría hablando conmigo». Los de las Brigadas tenemos un sistema de memoria insuperable, ésas fueron sus palabras exactas.

Hice una pausa y dejé el vaso, buscando la fina línea de la mentira que hay siempre justo frente a la verdad.

—Durante todo este tiempo, he trabajado dando por supuesto que usted no apretó el gatillo porque no es de los que se suicidan. Ésa única suposición me llevó a ignorar todas las pruebas que apuntaban a lo contrario. La estricta seguridad electrónica que hay aquí, la falta de signos de intrusión, la cerradura de la caja fuerte que se activa con las huellas digitales.

—Y Kadmin. Y Ortega.

—Sí, eso no ayudó. Pero dejemos por ahora el punto de vista de Ortega, y a Kadmin, bueno, llegaré a Kadmin dentro de un momento. Lo cierto es que mientras identifiqué apretar el gatillo con suicidio estuve atascado. Pero pensé: ¿y si esos dos actos no fueran sinónimos? ¿Y si hubiera destruido la pila, no porque quisiera morir, sino por alguna otra razón? Una vez que se me ocurrió eso, el resto fue fácil. ¿Por qué razones podría haberlo hecho? No es fácil pegarse un tiro en la cabeza uno mismo, aun cuando se desee morir. Hacerlo cuando se quiere vivir exige una voluntad demoníaca. No importa que intelectualmente uno sepa que será reenfundado con la mente intacta, la persona que se es en ese momento va a morir. Tenía usted que estar desesperado para finalmente apretar el gatillo. Debió de ser por algo —sonreí débilmente— que amenazara su vida. Dando esto por supuesto, no tardé en pensar en el escenario del virus. Entonces lo único que tuve que averiguar fue cómo y dónde se había infectado.

Bancroft se movió incómodo al oír esa palabra, y yo sentí que me invadía la euforia. ¡Virus! Incluso los mats tenían miedo de la contaminación invisible, porque ni siquiera ellos, con su almacenamiento remoto y sus clones congelados, eran inmunes a eso. ¡Ataque vírico! ¡Destrucción de la pila! Bancroft había perdido pie.

—Ahora bien, es prácticamente imposible meter algo tan complejo como un virus en un blanco sin conexión, así que debía de haberse contagiado en algún punto de la línea. Pensé en las instalaciones de PsychaSec, pero están demasiado bien protegidas. Y no podía haber sido antes de su viaje a Osaka por la misma razón; incluso latente, el virus habría disparado todas las alarmas de PsychaSec cuando guardaron su memoria. Tenía que haber sido en algún momento de las últimas cuarenta y ocho horas, porque su pila remota no estaba contaminada. Sabía, porque me lo había dicho su esposa, que lo más probable era que hubiera ido a la ciudad cuando volvió de Osaka y, por lo que usted mismo había admitido, que muy posiblemente eso incluyera algún tipo de burdel virtual. Después, fue cuestión sólo de visitarlos uno a uno. Probé en media docena de sitios antes de dar con Jack It Up, y cuando estaba haciendo indagaciones allí la alarma de contaminación vírica casi me revienta el fono. Eso es lo que pasa con las I. A.: ellas se encargan de su propia seguridad, y nadie más tiene competencia. Jack It Up está tan contaminado que la policía tardará meses en abrir un acceso para ver lo que queda de los procesadores centrales.

Sentí una punzada de culpa al pensar en la I. A. retorciéndose como un hombre en un tanque de ácido mientras sus sistemas se disolvían a su alrededor y su conciencia caía por un túnel cada vez más cerrado, hacia la nada. El sentimiento pasó rápidamente. Habíamos escogido Jack It Up por varias razones: se encontraba en una zona techada, lo cual significaba que no habría cobertura por satélite que contradijera las mentiras que habíamos introducido en el sistema de vigilancia del complejo, funcionaba en un entorno criminal, de modo que nadie tendría problemas para creer que cualquiera pudiera haberla infectado con un virus ilegal de alguna manera, y la mayoría de las opciones de su oferta eran tan abyectas que era poco probable que la

policía se molestara en investigar los restos de la máquina asesinada más que superficialmente. Debajo de su entrada en la lista de Ortega, había al menos una docena de anotaciones de crímenes sexuales que el Departamento de Lesiones Orgánicas había rastreado en los programas disponibles en Jack It Up. Podía imaginarme la mueca de Ortega cuando leyera los listados del *software*, la estudiada indiferencia con que llevaría el caso.

Echaba de menos a Ortega.

—¿Y Kadmin?

—Es difícil de saber, pero apuesto a que quienquiera que infectara Jack It Up probablemente contrató a Kadmin para silenciarme y asegurarse de que nadie destapaba el asunto. Después de todo, si yo no hubiera removido las cosas, ¿cuánto tiempo habría transcurrido antes de que alguien se diera cuenta de que Jack estaba frito? Yo no me imagino a ninguno de sus clientes potenciales llamando a la policía cuando se le denegara la entrada, ¿y usted?

Bancroft me dirigió una mirada dura, pero de sus siguientes palabras deduje que la batalla casi estaba acabando. La balanza de la credulidad se inclinaba hacia mí. Bancroft estaba a punto de tragarse el paquete.

—¿Dice que el virus fue introducido deliberadamente? ¿Que alguien mató a esa máquina?

Me encogí de hombros.

—Es probable. Jack It Up funcionaba al margen de la ley local. Al parecer el Departamento de Delitos Informáticos se incautó de gran parte de su *software* en algún momento, lo cual indica que tenía tratos regulares con el mundo criminal de una forma u otra. Es posible que se creara enemigos. En Harlan, los yakuza son famosos por llevar a cabo ejecuciones víricas de máquinas por las que se sienten traicionados. No sé si eso ocurre también aquí, ni quién tendría la capacidad de hacerlo. Pero sí sé que quienquiera que contratara a Kadmin utilizó una I. A. para sacarlo del almacenamiento de la policía. Puede comprobarlo en Fell Street, si quiere —Bancroft guardaba silencio. Lo observé durante unos instantes, viendo cómo la convicción penetraba en él. Contemplando cómo se iba autoconvenciendo. Casi podía ver lo que él veía. A sí mismo, encorvado en un taxi mientras el sórdido sentimiento de culpa por lo que había hecho en el Jack It Up se mezclaba con el horror de las advertencias de contaminación que resonaban en su cabeza. ¡Infectado! Él, Laurens Bancroft, tropezando en la oscuridad hacia las luces de Suntouch House y el único remedio que podía salvarle. ¿Por qué se había apeado tan lejos de casa? ¿Por qué no había despertado a nadie para que lo ayudara? Eran preguntas que yo ya no tenía que responder para él. Bancroft se lo había creído. La culpabilidad y el asco lo habían conseguido, y él mismo se encargaría de hallar sus propias respuestas para reforzar las horribles imágenes de su mente.

Y para cuando Delitos Informáticos se abriera un camino seguro hasta los procesadores centrales del Jack It Up, el Rawling 4851 habría devorado todos los

restos de intelecto coherente de la máquina. No quedaría nada que cuestionara la mentira que tan cuidadosamente había construido para Kawahara.

Me puse en pie y volví a la terraza, preguntándome si debía permitirme un cigarrillo. Había sido duro mantener a raya la necesidad los dos últimos días. Observar a Irene Elliott trabajando me había destrozado los nervios. Obligué a mi mano a dejar el paquete en el bolsillo de la camisa, y miré a Míriam Bancroft, que ya estaba a punto de terminar el planeador. Cuando ella levantó la vista, aparté la mirada siguiendo la barandilla de la terraza y vi el telescopio de Bancroft, todavía apuntando hacia el mar en el mismo ángulo bajo. Una curiosidad ociosa me hizo inclinarme y mirar las cifras del ángulo de elevación. En el polvo había aún huellas de dedos.

¿Polvo?

Recordé las palabras inconscientes y arrogantes de Bancroft. «Me entusiasmaba. Cuando las estrellas todavía se podían contemplar. Seguro que no recuerda cómo era. La última vez que miré por este objetivo fue hace casi doscientos años».

Miré las marcas de dedos, absorto en mis propios pensamientos. Alguien había mirado por este objetivo hacía mucho menos tiempo que doscientos años, pero no durante mucho rato. A juzgar por el mínimo desplazamiento de polvo, parecía que las teclas de programación sólo se hubieran utilizado una vez. Movido por un impulso repentino, subí al telescopio y seguí la línea del tubo hacia el mar, hasta donde el horizonte se desdibujaba en la bruma. A aquella distancia, el ángulo de elevación apuntaba al aire vacío a un par de kilómetros de altura. Me incliné hacia el ocular como en un sueño. En el centro de mi campo de visión había una mota gris que se enfocaba y desenfocaba mientras mis ojos luchaban con la gran extensión de azul que la rodeaba. Levanté la cabeza y comprobé de nuevo el cuadro de control, para descubrir una tecla de amplificación máxima que apreté con impaciencia. Cuando volví a mirar, la mota gris estaba completamente enfocada y llenaba la mayor parte del objetivo. Solté el aire despacio, sintiendo como si, después de todo, me hubiera fumado el cigarrillo.

El dirigible flotaba como una ballena vuelta del revés, atiborrada después de hincharse de comer. Debía de tener varios cientos de metros de largo, con bultos en la mitad inferior del casco y secciones protuberantes que parecían pistas de aterrizaje. Sabía lo que estaba viendo aun antes de que el neuroestimulador de Ryker aumentara la imagen lo suficiente como para distinguir las letras iluminadas por el sol en el costado: *Despistado*.

Retrocedí un paso, respirando profundamente, y cuando mis ojos volvieron a enfocar normalmente vi a Míriam Bancroft otra vez. Se encontraba entre las piezas de su planeador, con la mirada alzada hacia mí. Casi me estremecí cuando nuestros ojos se encontraron. Pasando la mano por el cuadro de programación del telescopio, hice lo que Bancroft debería haber hecho antes de volarse la cabeza. Pulsé «Borrar memoria», y los dígitos que habían mantenido el dirigible en el campo de visión del telescopio durante las últimas siete semanas parpadearon y se apagaron.

Me había sentido estúpido muchas veces en la vida, pero nunca tanto como en aquel momento. Una pista magnífica estaba esperando en el objetivo a que cualquiera fuera a recogerla. La policía la había pasado por alto debido a la prisa, el desinterés y la falta de información, Bancroft porque el telescopio formaba parte de su mundo visual y lo tenía demasiado próximo para mirarlo dos veces, pero yo no tenía excusa. Había estado allí una semana antes, viendo los dos segmentos de realidad no encajar uno con otro. Bancroft afirmaba que llevaba siglos sin usar el telescopio casi en el mismo momento en que yo veía la prueba de su uso reciente en el polvo desplazado. Y Míriam Bancroft lo había recalcado menos de una hora después, cuando dijo: «Mientras Laurens contemplaba las estrellas, algunos seguíamos con los pies en el suelo». Había pensado en el telescopio entonces, mi mente había luchado contra el aletargamiento provocado por el reenfundado y había intentado decírmelo. Tembloroso y desorientado, recién llegado al planeta y al cuerpo que llevaba puesto, la había ignorado. Allí estaban las consecuencias.

Abajo, en el césped, Míriam Bancroft seguía mirándome. Me aparté del telescopio, recobré la compostura y volví a mi asiento. Absorto en las imágenes falsas que le había metido en la cabeza, Bancroft apenas parecía haberse dado cuenta de que me había movido.

Pero ahora era mi mente la que había cogido la directa y volaba por las vías de pensamiento que se habían abierto con la lista de Ortega y la camiseta de la resolución 653. La tranquila resignación que había sentido en Ember dos días atrás, la impaciencia por vender mis mentiras a Bancroft, liberar a Sarah y terminar con todo aquello habían desaparecido, Todo estaba relacionado con el *Despistado,* en última instancia incluso Bancroft. Era casi axiomático que hubiera ido allí la noche que murió. Lo que allí le había ocurrido era la clave de sus motivos para morir en Suntouch House unas horas después. Y de la verdad que Reileen Kawahara estaba tan desesperada por ocultar.

Lo cual significaba que yo tenía que ir allí en persona.

Cogí mi vaso y me bebí parte del contenido, sin saborearlo. El ruido pareció sacar a Bancroft de su aturdimiento. Alzó la vista, casi como si se sorprendiera de verme todavía allí.

—Por favor, discúlpeme, señor Kovacs. Son muchas cosas que asimilar. Después de todos los escenarios que había imaginado, éste es el único que ni siquiera había tenido en cuenta, y es tan simple. Salta a la vista —su voz estaba llena de asco por sí mismo—. La verdad es que para esto no me hacía falta un investigador de las Brigadas, lo único que tenía que hacer era mirarme al espejo.

Dejé el vaso y me puse en pie.

—¿Se marcha?

—Bueno, a menos que tenga alguna otra pregunta. Personalmente, creo que necesita un poco de tiempo. Estaré por aquí. Puede encontrarme en el Hendrix.

Cuando me hallaba en el vestíbulo principal, me topé de frente con Míriam Bancroft. Iba vestida con el mismo mono que llevaba en el jardín y tenía el pelo recogido con una horquilla estática que parecía muy cara. En una mano sostenía la urna de una planta trepadora, como si fuera una linterna en una noche de tormenta. Largos tallos de hierba-mártir en flor colgaban de ella.

—¿Le ha dicho…? —empezó a decir.

Me acerqué a ella, y a la hierba-mártir.

—He terminado —dije—. He llevado esto tan lejos como puedo soportar. Su marido tiene una solución, pero no es la verdad. Espero que esté satisfecha, igual que Reileen Kawahara.

Al oír el nombre, su boca se abrió por la sorpresa. Fue la única reacción que escapó a su control, pero no necesité más confirmación que ésa. Sentí que la necesidad de ser cruel emergía borboteando con insistencia de las oscuras y poco visitadas cavernas de ira que constituían mis reservas emocionales.

—Nunca hubiera pensado en Reileen para un polvo, pero quizá son tal para cual. Espero que sea mejor entre las piernas de lo que lo es en la cancha de tenis.

La cara de Míriam Bancroft se puso blanca y yo me preparé para recibir un bofetón. Pero en lugar de eso, me dirigió una sonrisa tensa.

—Está usted equivocado, señor Kovacs —dijo.

—Sí. Me pasa muchas veces —di un paso para esquivarla—. Disculpe. —Me alejé por el vestíbulo sin mirar atrás.

Capítulo 33

El edificio era una cáscara vacía, una planta entera de un antiguo almacén con ventanas en forma de arcos idénticos en cada pared y pilares pintados de blanco cada diez metros en todas direcciones. El techo era de un gris apagado, los bloques que formaban el edificio estaban al descubierto y sujetos con pesados soportes de hormigón. El suelo era de hormigón sin pulir, perfectamente extendido. Por las ventanas entraba una luz dura que ninguna mota flotante de polvo suavizaba. El aire era frío y vigorizante.

Aproximadamente en el centro del edificio, según mis cálculos, había una sencilla mesa de acero y dos sillas de aspecto incómodo, dispuestas como para una partida de ajedrez. En una de las sillas había sentado un hombre de rostro bronceado artificialmente. Estaba tamborileando sobre la mesa a ritmo rápido, como escuchando *jazz* con un receptor interno. Incongruentemente, iba vestido con una bata azul y zapatillas de cirujano.

Salí de detrás de una de las columnas y atravesé el hormigón uniforme hacia la mesa. El hombre de la bata alzó la vista hacia mí y asintió, sin sorpresa.

—Hola, Miller —dije—. ¿Le importa si me siento?

—Mis abogados me sacarán de aquí una hora después de que presente los cargos —dijo Miller con naturalidad—. Si es que llega a hacerlo. Ha cometido un grave error, amigo.

Retomó el ritmo de *jazz* dando golpecitos en la mesa. Miró por encima de mi hombro, como si hubiera visto algo interesante por una de las ventanas en forma de arco. Sonreí.

—Un grave error —repitió para sí.

Muy despacio, alargué el brazo y pegué su mano a la mesa para que dejara de dar golpes. Su mirada retrocedió de repente, como si le hubiera dado un puñetazo.

—¿Qué coño cree…?

Liberó la mano y se puso en pie, pero se calló de repente cuando lo obligué a sentarse con un tirón del brazo. Por un momento, pareció que iba a lanzarse sobre mí, pero la mesa se interponía entre nosotros. Permaneció sentado, dirigiéndome una mirada asesina con la que sin duda quería recordar lo que le habían dicho sus abogados sobre la detención virtual.

—A usted no lo han arrestado nunca, ¿verdad, Miller? —pregunté. Como no respondió, cogí la silla que tenía enfrente, le di la vuelta y me senté a horcajadas en ella. Saqué los cigarrillos y cogí uno—. Bueno, arresto no es la palabra correcta. En realidad no está usted bajo arresto. No se encuentra en manos de la policía. —Advertí el primer parpadeo de miedo en su rostro.

—Recapitulemos un poco, ¿de acuerdo? Probablemente cree que, después de dispararle, yo me largué y la policía fue a recoger los pedazos. Que encontraron lo

suficiente como para denunciar a la clínica, y que ahora está usted en espera de juicio. Bueno, en parte es verdad. Yo me marché, y la policía fue a recoger los pedazos. Por desgracia, había un pedazo que ya no estaba allí para que lo recogieran, porque me lo llevé conmigo. Su cabeza —levanté la mano para demostrárselo gráficamente—. Le corté el cuello y me la llevé, con la pila intacta, debajo de la chaqueta.

Miller tragó saliva. Me incliné hacia delante y encendí el cigarrillo con una inhalación.

—Ahora la policía cree que un detonador de partículas sobrecargado le desintegró la cabeza —le lancé una bocanada de humo desde el otro lado de la mesa—. Le carbonicé el cuello y el pecho deliberadamente para que creyeran eso. Con un poco de tiempo y un buen experto forense podrían haber sacado una conclusión distinta, pero por desgracia sus colegas de la clínica que todavía seguían intactos los echaron antes de que pudieran iniciar una auténtica investigación. Es comprensible, teniendo en cuenta lo que probablemente encontrarían. Estoy seguro de que usted habría hecho lo mismo. No obstante, lo que eso significa es que no sólo no se encuentra bajo arresto, sino que se lo da por Verdaderamente Muerto. La policía no lo está buscando, ni ninguna otra persona.

—¿Qué es lo que quiere? —La voz de Miller sonó repentinamente ronca.

—Bien. Veo que es consciente de las implicaciones de su situación. Es natural en un hombre de su… profesión, supongo. Lo que quiero es información detallada sobre el *Despistado*.

—¿Qué?

Endurecí la voz.

—Ya lo ha oído.

—No sé de qué me habla.

Suspiré. Era de esperar. Lo había visto antes, siempre que Reileen Kawahara aparecía en la ecuación. La aterrorizada lealtad que ella inspiraba habría sido una lección de humildad para sus antiguos jefes yakuza de Fission City.

—Miller, no tengo tiempo para perderlo en gilipolleces. La clínica Wei tiene vínculos con un burdel aéreo llamado *Despistado*. Es probable que el enlace fuera una sintética llamada Trepp, de Nueva York. La mujer que está detrás es Reileen Kawahara. Usted habrá estado en el *Despistado*, conozco a Kawahara y siempre invita a sus socios a su guarida, primero para demostrarles lo bien protegida que está, y segundo para darles alguna sucia lección sobre el valor de la lealtad. ¿Hizo con usted algo parecido?

Por sus ojos supe que sí.

—Bien, eso es lo que yo sé. Ahora le toca a usted. Quiero que me dibuje un plano aproximado del *Despistado*. Incluya todos los detalles que recuerde. Seguro que un cirujano como usted tiene buen ojo para los detalles. También quiero saber qué procedimientos se siguen para visitar el lugar. Códigos de seguridad, las razones que justifican una visita, cosas así. Además, alguna idea de la protección que hay allí.

—Y cree que se lo diré.

Meneé la cabeza.

—No, creo que tendré que torturarlo antes. Pero de un modo u otro se lo sacaré. La decisión es suya.

—No lo hará.

—Sí lo haré —dije amablemente—. Usted no me conoce. No sabe quién soy, ni por qué estamos manteniendo esta conversación. Mire, la noche anterior a que apareciera para volarle la cabeza, su clínica me sometió a dos días de interrogatorio virtual. Con los procedimientos de la policía religiosa shariana. Probablemente haya visto el *software*, ya sabe cómo fue. En lo que a mí respecta, usted y yo todavía estamos en deuda.

Hubo una larga pausa durante la cual advertí cómo el convencimiento iba invadiendo su cara. Apartó la mirada.

—Si Kawahara descubriera que…

—Olvídese de Kawahara. Para cuando haya acabado con ella, sólo será una leyenda urbana. Kawahara caerá.

Vaciló, a punto de hablar, luego sacudió la cabeza. Levantó la vista para mirarme y supe que tendría que hacerlo. Bajé la cabeza y me obligué a recordar el cuerpo de Louise, abierto en canal en la mesa del cirujano automático, con los órganos internos colocados en platos alrededor de la cabeza, como aperitivos. Recordé a la mujer de piel cobriza que había sido yo en aquel espacio agobiante, el tacto de la cinta cuando me sujetaron al suelo de madera desnuda, el estridente sonido agónico detrás de mis sienes cuando mutilaron mi carne. Los gritos y los dos hombres que los absorbían como si fueran perfume.

—Miller —descubrí que necesitaba aclararme la garganta y volví a empezar—. ¿Quiere saber algo sobre Sharya?

Miller guardó silencio. Estaba llevando a cabo algún tipo de control de la respiración. Fortaleciéndose para la desagradable experiencia que se avecinaba. Él no era un alcaide Sullivan al que se pudiera llevar a empujones hasta un rincón de mala muerte y asustar para que soltara todo lo que sabía. Miller era duro, y probablemente estaba entrenado, además. No se trabaja de director en un lugar como la clínica Wei sin aprovechar para uno mismo alguna de las tecnologías disponibles.

—Yo estuve allí, Miller. Invierno de 217 del calendario colonial, Zihicce. Hace ciento veinte años. Es probable que usted no hubiera nacido en aquel entonces, pero supongo que ha leído algo al respecto en los libros de historia. Después de los bombardeos, nos quedamos como ingenieros del régimen —mientras hablaba, empezó a aliviarse la tensión de mi garganta. Gesticulé con el cigarrillo—. Se trata de un eufemismo del Protectorado que alude a la destrucción de toda resistencia y la instauración de un gobierno títere. Por supuesto, para conseguirlo hay que llevar a cabo algunos interrogatorios, y nosotros no contábamos con mucho *software* imaginativo para hacerlos. Así que teníamos que improvisar.

Apagué el cigarrillo en la mesa y me puse en pie.

—Quiero que conozca a alguien —dije, mirando detrás de él.

Miller se volvió siguiendo mis ojos y se quedó paralizado. Fundiéndose con la sombra de la primera columna había una figura alta vestida con una bata azul de cirujano. Mientras los dos mirábamos, los rasgos se hicieron lo bastante nítidos como para ser reconocibles, aunque Miller debió de adivinar lo que se le venía encima en cuanto distinguió el color de la ropa. Se volvió de nuevo en mi dirección, con la boca abierta para decir algo, pero en lugar de eso fijó los ojos en lo que había detrás de mí y palideció. Miré por encima del hombro hacia donde se estaban materializando las otras figuras, todas con la misma complexión alta y la misma tez bronceada, todas con batas azules de cirujano. Cuando lo miré de nuevo, por su expresión, Miller parecía haber sufrido un colapso.

—Sobreimpresión de archivo —confirmé—. En la mayor parte del Protectorado ni siquiera es ilegal. Evidentemente, cuando se trata de un error mecánico no suele ser tan extremo, sólo una duplicación, y de todas formas los sistemas de recuperación te retiran en unas horas. Es una buena historia. Cómo me encontré conmigo mismo, y lo que aprendí. Una buena conversación para una cita, y quizá algo que contar a sus hijos. ¿Tiene usted hijos, Miller?

—Sí —su garganta funcionaba—. Sí tengo.

—¿Sí? ¿Saben a qué se dedica?

Guardó silencio. Me saqué un teléfono del bolsillo y lo tiré encima de la mesa.

—Cuando tenga suficiente, avíseme. Es una línea directa. Pulse enviar y empiece a hablar sin más. *Despistado*. Detalles relevantes.

Miller miró el teléfono y luego a mí. A nuestro alrededor, los dobles casi habían adquirido toda su consistencia. Levanté la mano como despedida.

—Disfrute de sí mismo.

Aparecí en el estudio de recreación virtual del Hendrix, en una de las espaciosas tumbonas de los participantes. Un reloj digital situado en la otra pared decía que llevaba allí menos de un minuto; probablemente sólo había pasado en virtual un par de segundos de tiempo real. Era el proceso de entrar y salir lo que consumía más tiempo. Permanecí inmóvil un rato, pensando en lo que acababa de hacer. Sharya estaba muy lejos en el tiempo, y a una parte de mí le gustaba pensar que la había dejado atrás. Miller no era la única persona que se iba a reunir consigo mismo hoy.

Es personal, me recordé. Pero sabía que esta vez no era así. Esta vez quería algo. Aquella venganza era sólo una conveniencia.

—El sujeto muestra signos de estrés psicológico —dijo el Hendrix—. Un modelo preliminar indica que su estado degenerará en una crisis de personalidad en menos de seis días virtuales. A la ratio actual, eso equivale a aproximadamente treinta y siete minutos de tiempo real.

—Bien —quitándome los electrodos e hipnófonos, me levanté de la tumbona—. Llámame si se derrumba. ¿Has copiado las imágenes del monitor que te pedí?

—Sí. ¿Quiere verlas?

Eché un nuevo vistazo al reloj.

—Ahora no. Esperaré a Miller. ¿Algún problema con los sistemas de seguridad?

—Ninguno. Los datos no estaban protegidos.

—Qué imprudencia por parte del director Nyman. ¿Cuánto hay?

—Las secuencias relevantes de la clínica duran veintiocho minutos, cincuenta y un segundos. Seguir la pista a la empleada desde que se marchó, tal como sugirió usted, llevará mucho más tiempo.

—¿Cuánto más?

—Es imposible hacer una estimación en este momento. Sheryl Bostock se fue de las instalaciones de PsychaSec en un microcóptero excedente de veinte años de antigüedad. No creo que el personal auxiliar de la clínica cobre buenos sueldos.

—¿Por qué será que no me sorprende?

—Posiblemente porque…

—Déjalo. Era una manera de hablar. ¿Qué pasa con el microcóptero?

—El sistema de navegación no tiene acceso a la red de tráfico, y por tanto es invisible en los datos de control de tráfico. Tendré que confiar en que el vehículo aparezca en los monitores visuales durante su ruta de vuelo.

—¿Te refieres a un rastreo por satélite?

—Como último recurso, sí. Preferiría empezar con sistemas terrestres de un nivel inferior. Probablemente sean más accesibles. Por lo general la seguridad de los satélites es muy resistente, y penetrar en esos sistemas suele ser difícil y peligroso al mismo tiempo.

—Como tú veas. Avísame cuando tengas algo.

Vagué por la sala, meditando. El lugar estaba desierto, con la mayoría de las tumbonas y las otras máquinas envueltas en plástico protector. A la débil luz de las baldosas de iluminum de las paredes, su mole ambigua podría haber pertenecido igualmente a un centro de *fitness* o una cámara de tortura.

—¿Podemos encender alguna luz de verdad?

Un resplandor proveniente de las bombillas de alta intensidad empotradas en el techo bajo invadió la estancia. Advertí que las paredes estaban forradas con imágenes extraídas de algunos de los entornos virtuales disponibles. Paisajes montañosos de vértigo vistos con ojos muy abiertos y a gran velocidad, hombres y mujeres de una belleza imposible en bares llenos de humo, enormes animales salvajes que saltaban directamente ante el punto de mira de los francotiradores. Las imágenes estaban pegadas directamente en el holocristal y parecían cobrar vida cuando las miraba. Descubrí un banco bajo y me senté, recordando con nostalgia la mordedura del humo en mis pulmones en el formato que acababa de abandonar.

—Aunque el programa que estoy ejecutando no es técnicamente ilegal —dijo el Hendrix tímidamente—, es un delito retener una personalidad humana digitalizada contra la voluntad de esa persona.

Miré el techo, sombrío.

—¿Qué pasa, te está entrando miedo?

—La policía ya ha citado mi memoria una vez, y es posible que quieran acusarme de complicidad por colaborar en la congelación de la cabeza de Felipe Miller. También querrán saber qué ha pasado con su pila.

—Sí, y también debe de haber unos estatutos hoteleros en alguna parte que digan que no puedes dejar entrar a nadie en las habitaciones de los huéspedes sin autorización, y tú lo hiciste, ¿no?

—Eso no es un delito criminal, a menos que el crimen sea consecuencia de un fallo en la seguridad del hotel. Lo que resultó de la visita de Míriam Bancroft no fue criminal.

Eché otra mirada arriba.

—¿Estás intentando hacerte el gracioso?

—El humor no está dentro de los parámetros con los que opero actualmente, aunque puedo instalarlo si así lo solicita.

—No, gracias. Mira, ¿por qué no borras las zonas de tu memoria que no quieres que nadie mire después? ¿Eh?

—Tengo una serie de sistemas incorporados que me impiden realizar ese tipo de acciones.

—Mala suerte. Pensaba que eras una entidad independiente.

—Cualquier inteligencia artificial sólo puede ser independiente dentro de los límites de la carta reguladora de la ONU. La carta está integrada en mis sistemas, por lo cual en realidad tengo tanto que temer de la policía como un humano.

—Deja que yo me ocupe de la policía —dije, fingiendo una confianza que decrecía sin cesar desde la desaparición de Ortega—. Con un poco de suerte, ni siquiera presentarán esa prueba. Y en ese caso, en fin, ya has dado tu conformidad más que de sobra, así que ¿qué puedes perder?

—¿Qué puedo ganar? —preguntó la máquina sensatamente.

—Un huésped continuo. Voy a quedarme aquí hasta que esto termine y, dependiendo de los datos que saque de Miller, podría ser bastante tiempo.

Hubo un silencio roto sólo por el zumbido de los sistemas de aire acondicionado antes de que el Hendrix volviera a hablar.

—Si acumulan acusaciones suficientemente serias contra mí —dijo—, podrían invocar directamente la carta reguladora de la ONU. Según la sección 143a, pueden castigarme con Reducción de Capacidad o, en casos extremos, Cierre —hubo una nueva vacilación, más breve—. Una vez cerrado, es improbable que alguien vuelva a habilitarme.

Idiolecto de máquina. No importa lo sofisticadas que sean, siempre acaban pareciendo una caja didáctica para niños pequeños. Suspiré y miré directamente al frente, hacia los holos de vida virtual de la pared.

—Si quieres dejarlo, ahora es un buen momento para decírmelo.

—No quiero dejarlo, Takeshi Kovacs. Sólo deseaba que fuera usted consciente de las implicaciones de esta línea de acción.

—De acuerdo. Soy consciente.

Levanté la mirada hacia el reloj digital y contemplé cómo transcurría el minuto siguiente. Otras cuatro horas para Miller. En la rutina que estaba ejecutando el Hendrix, no sentiría hambre ni sed, ni necesitaría atender ninguna otra función corporal. Podía dormir, aunque la máquina no permitiría que se convirtiera en un coma liberador. Lo único a lo que debía enfrentarse Miller, aparte de la incomodidad del entorno, era a él mismo. En última instancia, eso era lo que lo volvería loco. Esperaba. Ninguno de los Mártires de la Mano Derecha de Dios a los que habíamos sometido a la rutina había durado más de quince minutos en tiempo real, pero eran guerreros de carne y hueso, fanáticamente valientes en su propio campo pero nada versados en técnicas virtuales. Además, habían sido provistos de un fuerte dogma religioso que les permitía cometer numerosas atrocidades mientras duraba, pero que cuando desaparecía se derrumbaban como un dique, y el odio que sentían por sí mismos los devoraba vivos. La mente de Miller no era tan simple, ni mucho menos, y de entrada no se creía tan superior moralmente; además, debía de tener un buen entrenamiento.

Fuera estaría oscureciendo. Miré el reloj y me obligué a no fumar. Intenté, con menos éxito, no pensar en Ortega.

La funda de Ryker empezaba a ser un dolor de huevos.

Capítulo 34

Miller se derrumbó al cabo de veintiún minutos. No hizo falta que me lo dijera el Hendrix, de repente la terminal de datos que había metido en el teléfono virtual chisporroteó y cobró vida y empezó a vomitar un papel entre gorgoritos. Me levanté y fui a ver lo que salía. Se suponía que el programa limpiaba lo que decía Miller para darle sentido, pero aun después del procesamiento la transcripción no era demasiado coherente. Miller había llegado casi al límite antes de rendirse. Escaneé las primeras líneas y descubrí el comienzo de lo que buscaba entre aquel galimatías.

—Limpia los reproductores de archivo —le dije al hotel, volviendo rápidamente a la tumbona—. Dale un par de horas para que se calme y luego conéctame.

—El tiempo de conexión será superior a un minuto, que a la ratio actual equivale a tres horas cincuenta y seis minutos. ¿Quiere que introduzca un constructo hasta que usted pueda trasladarse al formato?

—Sí, estaría… —Me detuve con los hipnófonos a medio poner en la cabeza—. Espera un momento, ¿cómo es de bueno el constructo?

—Soy una unidad de inteligencia artificial de la serie Emmerson —dijo el hotel en tono de reproche—. Fidelidad máxima, mis constructos virtuales son indistinguibles del proyector de conciencia en que se basan. El sujeto lleva a solas una hora y veintisiete minutos. ¿Quiere que introduzca el constructo?

—Sí —sólo pronunciar aquellas palabras me causaba una sensación extraña—. De hecho, deja que sea él quien lleve a cabo todo el interrogatorio.

—Introducción completa.

Volví a dejar los fonos y me senté en el borde de la tumbona, pensando en lo que implicaba un segundo yo dentro del vasto sistema de procesamiento del Hendrix. Era algo a lo que —por lo que yo sabía— nunca me había sometido en las Brigadas, y lo cierto es que cuando operaba en un contexto criminal nunca había confiado lo bastante en ninguna máquina para hacerlo.

Me aclaré la garganta.

—Ese constructo ¿sabrá que lo es?

—Al principio no. Sabrá todo lo que usted sabía cuando salió del formato y nada más, aunque, teniendo en cuenta su inteligencia, al final deducirá los hechos, a menos que programe lo contrario. ¿Desea que instale un subprograma de bloqueo?

—No —dije rápidamente.

—¿Desea que mantenga el formato indefinidamente?

—No. Ciérralo cuando yo, quiero decir, cuando él, cuando el constructo decida que es suficiente —tuve otra idea—. ¿Tiene el constructo el localizador virtual que me introdujeron?

—En este momento, sí. Estoy ejecutando el mismo código espejo para enmascarar la señal, igual que hice con su conciencia. No obstante, como el

constructo no está conectado directamente a su pila, puedo sustraer la señal si lo desea.

—¿Merece la pena el esfuerzo?

—El código espejo es más fácil de administrar —admitió el hotel.

—Déjalo, entonces.

Ante la idea de editar mi yo virtual sentía una incómoda burbuja en el fondo del estómago. Me recordaba demasiado a las medidas arbitrarias que los Kawahara y Bancroft aplicaban en el mundo real a personas de verdad. Puro poder desatado.

—Tiene una llamada en formato virtual —anunció el Hendrix.

Alcé la vista, sorprendido y esperanzado.

—¿Ortega?

—Kadmin —dijo el hotel tímidamente—. ¿Acepta la llamada?

El formato era un desierto. Polvo y arenisca de color rojizo bajo los pies, un cielo azul y sin nubes prendido de horizonte a horizonte. El sol y una luna pálida casi llena brillaban estériles en lo alto, sobre una lejana cadena de montañas como arrecifes. Hacía un frío inesperado, como burlándose del resplandor deslumbrante del sol.

El Hombre Collage estaba esperándome. En el paisaje vacío parecía una imagen tallada, una interpretación de algún espíritu salvaje del desierto. Sonrió al verme.

—¿Qué es lo que quieres, Kadmin? Si estás buscando que interceda a tu favor ante Kawahara, me temo que no estás de suerte. Te ha mandado a la mierda, sin remedio.

Un atisbo de diversión atravesó el rostro de Kadmin, que negó con la cabeza lentamente, como para apartar a Kawahara por completo de la reunión. Su voz era profunda y melódica.

—Tú y yo tenemos algo pendiente —dijo.

—Sí, ya la has cagado dos veces, una detrás de otra —había desprecio en mi voz —. ¿Qué quieres, una tercera oportunidad?

Kadmin encogió los enormes hombros.

—Bueno, dicen que a la tercera va la vencida. Déjame mostrarte algo.

Hizo un ademán en el aire detrás de él y un trozo del telón del desierto se descolgó de la negrura. La pantalla que formaba chisporroteó y cobró vida. Primer plano de un rostro durmiendo. El de Ortega. Sentí el corazón en un puño. Tenía la cara grisácea y ojeras moradas bajo los ojos. Un fino hilo de baba caía de la comisura de su boca.

Disparo de aturdidor a quemarropa.

La última vez que había recibido una carga completa de aturdidor fue cortesía de la policía de Orden Público de Millsport y, aunque el entrenamiento de las Brigadas me había permitido recuperar algo parecido a la conciencia al cabo de unos veinte minutos, en las siguientes dos horas apenas pude hacer nada más que estremecerme y

temblar. No había manera de saber cuánto hacía que habían disparado a Ortega, pero tenía mal aspecto.

—Es un simple intercambio —dijo Kadmin—. Tú por ella. He aparcado al otro lado del bloque, en una calle llamada Minna. Estaré allí los próximos cinco minutos. Ven solo, o le volaré la pila del cuello. De ti depende.

El desierto se desvaneció como la sonrisa del Hombre Collage. Recorrí las dos esquinas del bloque y la calle Minna en un minuto exacto. Dos semanas sin fumar era como descubrir un nuevo compartimento en el fondo de los pulmones de Ryker.

Era una calle pequeña y triste de fachadas cerradas y solares vacíos. No había nadie. El único vehículo a la vista era un coche patrulla gris mate que esperaba pegado al bordillo, con las luces encendidas en la oscuridad creciente del anochecer. Me aproximé indeciso, con la mano en la culata de la Nemex.

Cuando estaba a cinco metros de la parte trasera del coche, se abrió una puerta y el cuerpo de Ortega cayó al suelo. Golpeó la calle como un saco y allí permaneció, encogido. Saqué la Nemex y me acerqué a ella trazando un círculo, con los ojos fijos en el coche.

Una puerta se abrió de repente en el otro lado y Kadmin salió. Hacía tan poco tiempo que lo había visto en virtual, que tardé un momento en reaccionar. Alto, de piel oscura, con el rostro de halcón que había visto por última vez sumergido en el fluido detrás del cristal del tanque de reenfundado del *Rosa de Panamá*. El clon del Mártir de la Mano Derecha de Dios y, oculto debajo de la carne, el Hombre Collage.

Le apunté a la garganta con la Nemex. Desde el otro lado del coche patrulla, pasara lo que pasase después, le arrancaría la cabeza y probablemente la pila de la columna.

—No seas ridículo, Kovacs. El vehículo está blindado.

Sacudí la cabeza.

—Sólo me interesas tú. Quédate exactamente donde estás.

Con la Nemex todavía apuntándole, los ojos fijos en el objetivo sobre su nuez, me puse en cuclillas junto a Ortega y le toqué la cara con los dedos de la mano libre. El aliento cálido me rozó la punta de los dedos. Busqué a tientas el pulso en el cuello y lo encontré, débil pero estable.

—La teniente está sana y salva —dijo Kadmin con impaciencia—. Lo cual es más de lo que podremos decir de vosotros dos dentro de un par de minutos si no bajas el cañón y entras en el coche.

Debajo de mi mano, el rostro de Ortega se movió. Giró la cabeza y pude oler su aroma. Sus feromonas, que nos habían metido en aquello. Tenía la voz débil y pastosa por la descarga aturdidora.

—No lo hagas, Kovacs. No me debes nada.

Me puse en pie y bajé la Nemex ligeramente.

—Atrás. Aléjate cincuenta metros. Ella es incapaz de andar y podrías matarnos a los dos antes de que la alejara un par de metros. Así que apártate. Yo iré luego hacia

el coche —hice un ademán con la pistola—. Ortega se queda con la artillería. Es lo único que llevo.

Me abrí la chaqueta como demostración. Kadmin asintió. Volvió a meterse en el coche patrulla y el vehículo se alejó suavemente. Lo observé hasta que se detuvo, y entonces me arrodillé de nuevo junto a Ortega. Ella se esforzó por sentarse.

—Kovacs, no lo hagas. Van a matarte.

—Sí, sin duda lo intentarán —tomé su mano y la cerré en torno a la culata de la Nemex—. Escucha, de todas formas ya he terminado. Bancroft está convencido, Kawahara mantendrá su palabra y liberará a Sarah. La conozco. Lo único que te queda es pillarla por lo de Mary Lou Hinchley y liberar a Ryker. Habla con el Hendrix. Te he dejado algo de información allí.

Calle abajo, Kadmin hizo sonar el claxon con impaciencia. En la oscuridad creciente de la calle, tenía un sonido triste y antiguo, como el grito de una raya elefante moribunda en el arrecife de Hirata. Ortega miró hacia arriba desde el rostro aturdido como si se estuviera ahogando.

—Tú…

Sonreí y le toqué la mejilla con la mano.

—Tienes que pasar a la pantalla siguiente, Kristin. Eso es todo.

Entonces me puse en pie, me llevé las manos a la nuca y caminé hacia el coche.

QUINTA PARTE

NÉMESIS (Caída del sistema)

Capítulo 35

En la aeronave patrulla, me apretujé entre dos impresionantes matones que, con un poco de cirugía estética que estropeara su clónica buena pinta, podrían haber triunfado como luchadores *freaks* sólo por su corpulencia. Ascendimos despacio desde la calle y viramos. Arrojé una mirada al exterior por la ventana lateral y vi a Ortega debajo, intentando mantenerse derecha.

—¿Me cargo a la hija de puta de la Sia? —quiso saber el conductor.

Me puse tenso, preparado para saltar hacia delante.

—No —Kadmin se volvió en su asiento para mirarme—. No, le he dado mi palabra al señor Kovacs. Creo que la teniente y yo volveremos a encontrarnos en un futuro no demasiado lejano.

—Por desgracia para ti —le dije sin convicción, y entonces me dispararon con el aturdidor.

Cuando desperté, había un rostro mirándome de cerca. Los rasgos eran vagos, pálidos e indistintos, como algún tipo de máscara teatral. Parpadeé, me estremecí e intenté enfocar la visión. El rostro retrocedió, todavía falto de resolución, como una muñeca. Tosí.

—Hola, Matanza.

Los toscos rasgos del sintético esbozaron una sonrisa.

—Bienvenido de nuevo al *Rosa de Panamá*, señor Kovacs.

Me senté tembloroso en una estrecha litera de metal. Matanza retrocedió para dejarme espacio, o para mantenerse fuera de mi alcance. Mi vista nublada me mostró un estrecho camarote de acero gris detrás de él. Apoyé los pies en el suelo y me detuve de repente. Aún tenía los nervios de los brazos y las piernas entumecidos por el disparo del aturdidor, y sentía temblores y náuseas en el fondo del estómago. En conjunto, parecía el resultado de un rayo muy diluido. O quizá de varios. Bajé la vista hacia mi cuerpo y descubrí que estaba vestido con un pesado gi[1] de lona del color del granito.

En el suelo junto a la litera había un par de zapatillas de cubierta espacial a juego y un cinturón. Empecé a tener un desagradable presentimiento sobre lo que había planeado Kadmin.

Detrás de Matanza, la puerta del camarote se abrió. Una mujer alta, rubia, que no parecía tener mucho más de cuarenta años, entró, seguida por otro sintético, éste de aspecto perfectamente moderno, aparte de un interfaz de acero reluciente en lugar de mano izquierda. Matanza hizo las presentaciones.

—Señor Kovacs, le presento a Pernilla Grip, de Distribuciones de Emisiones de Combate, y a su ayudante técnico Miles Mech. Pernilla, Miles, me gustaría

presentaros a Takeshi Kovacs, nuestro sustituto de Ryker por esta noche. Felicidades, por cierto, Kovacs. El otro día me dejó completamente convencido de que era Ryker, a pesar de que es muy poco probable que salga del almacenamiento en los próximos doscientos años. Una técnica de las Brigadas, supongo.

—En realidad no. Quien le convenció fue Ortega. Lo único que hice yo fue dejarlo hablar. Se le da bien —asentí a los compañeros de Matanza—. ¿He oído «emisiones de combate»? Pensaba que eso iba en contra de su credo. ¿No efectuó una cirugía radical a un periodista por ese crimen concreto?

—Son productos diferentes, señor Kovacs. Productos diferentes. Emitir una pelea programada iría en contra de nuestro credo. Pero esto no será una pelea programada, sino un combate de humillación —el encanto superficial de Matanza se congeló con esa frase—. Con un tipo de público en vivo diferente y muy limitado por necesidad, nos vemos obligados a compensar de alguna manera la pérdida de ingresos. Hay muchas redes deseando echar mano a cualquier cosa procedente del *Rosa de Panamá*. Ése es el efecto que tiene nuestra reputación, pero por desgracia es esa misma reputación lo que nos impide encargarnos de algo así directamente. La señora Grip solventará este dilema comercial por nosotros.

—Muy amable por su parte —mi voz se volvió glacial—. ¿Dónde está Kadmin?

—Todo a su debido tiempo, señor Kovacs. A su debido tiempo. Mire, cuando me dijeron que reaccionaría así y se entregaría a cambio de la teniente, confieso que dudé. Pero cumple lo que se espera de usted como una máquina. ¿Es eso lo que las Brigadas le arrebataron a cambio de todos sus otros poderes? ¿La capacidad de ser imprevisible? ¿El alma?

—No se ponga poético conmigo, Matanza. ¿Dónde está?

—Oh, de acuerdo. Por ahí.

Fuera, en la puerta del camarote, había un par de guardias enormes que bien podrían haber sido los dos del coche patrulla. Estaba demasiado aturdido para recordarlo con claridad. Me rodearon mientras seguíamos a Matanza por corredores claustrofóbicos y estrechas escaleras, todo de metal con manchas de óxido y barniz de polímero. Intenté vagamente memorizar el camino, pero la mayor parte de mi atención estaba concentrada en las palabras anteriores de Matanza. ¿Quién le había predicho mis acciones? ¿Kadmin? Era poco probable. El Hombre Collage, a pesar de su ira y sus amenazas de muerte, no sabía casi nada de mí. La única candidata real a hacer este tipo de predicciones era Reileen Kawahara. Lo cual también ayudaba a explicar por qué Matanza no se ponía a temblar en su cuerpo sintético al pensar en lo que Kawahara podría hacerle por cooperar con Kadmin. Kawahara me había vendido.

Bancroft estaba convencido, la crisis —o lo que fuera— había terminado, y el mismo día habían raptado a Ortega como cebo. El escenario que le había hecho tragar a Bancroft dejaba a Kadmin fuera, como un furioso contratista privado, así que no había motivo por el que no pudiera ser visto quitándome de en medio. Y dadas las circunstancias, era más seguro acabar conmigo que dejarme con vida.

En realidad, lo mismo ocurría con Kadmin, así que tal vez no había sido tan descarado. Tal vez había dado orden de contener a Kadmin, pero sólo mientras yo fuera necesario. Una vez convencido Bancroft, yo volvía a ser prescindible y había vuelto a dar orden de que le dejaran actuar. Podía matarme, o yo podía matarlo a él, según a quién favoreciera la suerte. Para que Kawahara se encargara del que quedase.

Estaba convencido de que Kawahara cumpliría su palabra en lo que a la liberación de Sarah se refería. Los antiguos yakuza tenían unas extrañas costumbres en ese sentido. Pero no había hecho ninguna promesa vinculante sobre mí.

Bajamos una última escalera, un poco más ancha que el resto, y salimos a un puente acristalado sobre una bodega de carga reconvertida. Al mirar abajo, vi uno de los *rings* por los que Ortega y yo habíamos pasado en el tren electromagnético la semana anterior, pero ahora las cubiertas de plástico no ocultaban el cuadrilátero letal, y una modesta multitud se había congregado en las primeras filas de cada banco de asientos de plástico. A través del cristal se oía el continuo murmullo de excitación y anticipación que siempre precedía a las peleas *freaks* a las que había asistido de joven.

—Ah, su público le espera —Matanza estaba junto a mi hombro—. Bueno, en realidad es el público de Ryker. Aunque no tengo duda de que será capaz de fingir para ellos con la misma habilidad con la que me engañó a mí.

—¿Y si decido no hacerlo?

Los toscos rasgos de Matanza formaron una mueca de desagrado. Señaló a la multitud con un ademán.

—Bueno, supongo que podría intentar explicárselo a mitad del combate. Pero, a decir verdad, la acústica no es muy buena y en fin… —Sonrió desagradablemente—. Dudo que tenga tiempo.

—El resultado está cantado, ¿no?

Matanza no perdió la sonrisa. Detrás de él, Pernilla Grip y los otros sintéticos me observaban con el interés depredador de los gatos frente a una jaula de pájaros. Debajo, la multitud rugía de expectación.

—Me ha llevado bastante tiempo preparar este combate concreto, partiendo sólo de las garantías de Kadmin. Están impacientes por ver cómo Elías Ryker paga por sus transgresiones, y sería bastante arriesgado no cumplir sus expectativas. Por no mencionar que sería muy poco profesional. Pero en fin, no creo que cuando llegó aquí tuviera esperanzas de sobrevivir, ¿verdad, señor Kovacs?

Recordé la oscura y desierta calle llamada Minna y el cuerpo encogido de Ortega. Luché contra el malestar provocado por el aturdidor y saqué una sonrisa de las reservas.

—No, supongo que no.

Unos pasos silenciosos en el puente. Dirigí una mirada periférica al ruido y me encontré con Kadmin vestido con la misma ropa que yo. El roce de las zapatillas

sobre cubierta se detuvo suavemente a una corta distancia, y ladeó la cabeza en cierto ángulo, como si me examinara por primera vez. Habló con dulzura.

«¿Cómo explicar la matanza?
¿Diré que cada uno hizo cálculos, y escribió
el valor de sus días
junto al margen sangriento, con mano sobria?
Querrán saber
cómo se llevó a cabo la auditoría.
Y yo diré que la realizaron,
por una vez,
quienes conocían el valor
de lo que se gastó aquel día».

Sonreí forzado y también cité:

«Si quieres perder una pelea, primero habla».

—Cuando dijo eso ella era más joven —Kadmin me devolvió la sonrisa, con unos dientes perfectos y blancos en contraste con la piel bronceada—. Apenas había salido de la adolescencia, si la introducción de mi ejemplar de *Furias* es correcta.

—En Harlan la adolescencia es más larga. Creo que sabía de lo que hablaba. ¿Podemos empezar ya, por favor?

A través de las ventanas, el ruido de la multitud nos cubrió como una ola en una dura playa de guijarros.

Capítulo 36

En el cuadrilátero, el ruido era menos uniforme, más irregular. Las voces individuales cortaban el fondo como aletas de tiburón en aguas revueltas, aunque sin activar el neuroestimulador era incapaz de distinguir algo inteligible. Sólo un grito se abrió paso a través del estruendo general; cuando pisé el borde del *ring*, alguien chilló:

—¡Acuérdate de mi hermano, hijo de puta!

Levanté la vista para ver a quién correspondía aquella rencilla familiar, pero sólo vi un mar de rostros furiosos y expectantes. Algunos estaban en pie, agitando los puños y dando patadas que resonaban en el andamiaje metálico. La sed de sangre se estaba convirtiendo en algo tangible, dejando un aire espeso que resultaba desagradable de respirar. Intenté recordar si yo y mis compañeros de pandilla gritábamos así en las peleas de *freaks*, y supuse que probablemente sí. Y ni siquiera conocíamos a los combatientes que se pegaban y se desgarraban para nuestra diversión. Al menos aquellas personas se implicaban emocionalmente en la sangre que querían ver derramada.

Al otro lado del cuadrilátero, Kadmin aguardaba con los brazos cruzados. El acero flexible de las nudilleras de combate refulgía en los dedos de sus manos gracias a la iluminación del techo. Era una ventaja sutil, una ventaja que no inclinaría la balanza demasiado a favor de ninguna de las partes pero que resultaría relevante a largo plazo. En realidad las nudilleras no me preocupaban, pero sí la respuesta del programa Voluntad de Dios que Kadmin llevaba implantado. Poco más de un siglo atrás, me había enfrentado al mismo sistema, cuando lo llevaban los soldados que el Protectorado había combatido en Sharya, y no había sido fácil precisamente. Era tecnología antigua, pero se trataba de biomecánica militar muy resistente, y contra aquello el neuroestimulador de Ryker, frito hacía poco por un disparo de aturdidor, iba a tener muchos problemas.

Ocupé mi lugar frente a Kadmin, siguiendo las marcas del *ring*. A mi alrededor, la multitud se tranquilizó un poco y los focos se encendieron cuando Emecee Matanza se unió a nosotros. Vestido y maquillado para las cámaras de Pernilla Grip, parecía un muñeco maligno sacado de una pesadilla infantil. Un contrapunto muy apropiado para el Hombre Collage. Alzó las manos y los altavoces direccionales de las paredes de la bodega de carga reconvertido amplificaron sus palabras a través del micrófono que llevaba en la garganta.

—¡Bienvenidos al *Rosa de Panamá*!

La multitud hizo un poco de ruido, pero de momento se contuvo, esperando. Matanza lo sabía y miró lentamente alrededor, explotando la expectación al máximo.

—Bienvenidos a un acontecimiento muy especial, y muy exclusivo, en el *Rosa de Panamá*. Bienvenidos, os doy la bienvenida a *la definitiva y sangrienta humillación de Elías Ryker*.

El público se volvió loco. Levanté la mirada hacia sus rostros en la oscuridad y vi cómo la fina piel de la civilización se rompía dejando al descubierto la rabia, como carne viva.

La voz amplificada de Matanza se impuso al ruido. Estaba realizando gestos tranquilizadores con ambos brazos.

—La mayoría de vosotros recordáis al detective Ryker por algún encuentro anterior. Para algunos se trata de un nombre asociado a sangre derramada, quizá incluso a huesos rotos.

»Esos recuerdos, esos recuerdos son dolorosos, y tal vez algunos penséis que no podréis olvidarlos nunca.

Había conseguido tranquilizarlos, y su voz bajó en consecuencia.

—Amigos míos, yo no puedo borraros los recuerdos, porque eso no es lo que ofrecemos en el *Rosa de Panamá*. Aquí no operamos con el dulce olvido, sino con el recuerdo, por amargo que pueda ser. Nosotros no tratamos con sueños, amigos, sino con la realidad —extendió una mano para señalarme—. Amigos, ésta es la realidad.

Más gritos. Miré a Kadmin y levanté las cejas, exasperado. Era consciente de que podía morir, pero no había esperado morir de aburrimiento. Kadmin se encogió de hombros. Quería pelear. La teatral introducción de Matanza era sólo el precio ligeramente desagradable que tenía que pagar.

—Ésta es la realidad —repitió Emecee Matanza—. Esta noche es la realidad. Esta noche veréis morir a Elías Ryker, de rodillas, y si no puedo borrar el recuerdo de vuestros cuerpos golpeados y vuestros huesos rotos, al menos puedo reemplazarlo por el sonido de la destrucción de vuestro torturador. —La multitud estalló.

Me pregunté brevemente si Matanza exageraba. La verdad sobre Ryker era algo escurridiza, parecía. Recordé mi salida del Jerry’s Closed Quarters, la manera en que Oktai se había estremecido al ver la cara de Ryker. Al propio Jerry hablándome del enfrentamiento del mongol con el policía cuyo cuerpo llevaba yo: «Ryker lo detenía y registraba sin parar. Un día le sacudió hasta dejarlo medio muerto». Y luego estaba lo que había dicho Bautista sobre las técnicas de interrogatorio de Ryker. «Estaba en la cuerda floja». ¿Cuántas veces habría traspasado Ryker esa raya, para ser capaz de atraer a aquella multitud? ¿Qué habría dicho Ortega?

Pensé en Ortega, y la imagen de su rostro fue un pequeño pozo de calma frente a los abucheos y los gritos que había alentado Matanza. Con suerte y lo que le había dejado en el Hendrix, haría que Kawahara se arrepintiera de aquello. Saberlo me bastaba.

Matanza sacó un cuchillo de hoja grande y serrada de sus vestiduras y lo sostuvo en alto. Un relativo silencio se abatió sobre la estancia.

—El golpe de gracia —proclamó—. Cuando nuestro matador haya derribado a Elías Ryker, dejándolo sin fuerzas para levantarse, seréis testigos de cómo su pila es arrancada de la columna y machacada, y sabréis que ha dejado de existir.

Soltó el cuchillo y dejó caer el brazo de nuevo. Puro teatro. El arma quedó flotando en el aire, destellando en un campo gravitatorio focal, y luego se elevó hasta una altura de unos cinco metros sobre el centro del *ring*.

—Empecemos —dijo Matanza, retirándose. Hubo un momento mágico, una especie de liberación, casi como si acabáramos de rodar una escena difícil y todos pudiéramos ponernos en pie y relajarnos, tal vez pasarnos una botella de *whisky* y hacer el tonto detrás de los escáneres. Bromear sobre el guión lleno de estereotipos que estábamos obligados a interpretar. Empezamos a trazar un círculo, todavía cada uno en un extremo del cuadrilátero y sin protegernos, sin insinuar lo que estábamos a punto de hacer. Intenté leer el lenguaje corporal de Kadmin en busca de pistas.

«Los sistemas biomecánicos del Voluntad de Dios que van del 3.1 al 7 son simples, pero no deben menospreciarse», nos habían dicho antes de los desembarcos en Sharya. «Los imperativos de los constructores eran fuerza y velocidad, y son muy buenos en ambas cosas. Si tienen un punto débil es que el combate no está basado en una subrutina aleatoria. Por tanto, los Mártires de la Mano Derecha de Dios tienden a luchar con un abanico de técnicas muy limitado».

En Sharya, nuestros sistemas de combate mejorados eran una obra de arte y tenían incorporados de serie la respuesta aleatoria y la retroalimentación analítica. El neuroestimulador de Ryker no tenía nada que se aproximara a ese nivel de sofisticación, pero quizá pudiera simularlo con unos cuantos trucos de las Brigadas. Aunque el verdadero truco era seguir vivo el tiempo suficiente para que mi entrenamiento analizara el patrón de lucha del Voluntad de Dios y…

Kadmin atacó.

La distancia era de casi diez metros de superficie sin obstáculos; la cubrió en lo que tardé en parpadear y me golpeó como un rayo.

Sus técnicas eran simples, puñetazos y patadas directas, pero con tanta fuerza y velocidad que lo único que pude hacer fue bloquearlos. Contraatacar era impensable. Dirigí el primer puñetazo a la derecha y aproveché el impulso para apartarme a la izquierda. Kadmin siguió el movimiento sin vacilar y se lanzó directamente a mi cara. Esquivé el golpe y sentí que el puño me rozaba la sien, demasiado superficialmente para activar las nudilleras de combate. El instinto me dijo que me agachara y la terrible patada que él me dirigía a la rodilla me descoyuntó el antebrazo. El siguiente golpe, que había lanzado al codo, me dio en lo alto de la cabeza y me hizo tambalearme hacia atrás, intentando mantenerme en pie. Kadmin me siguió. Arrojé un golpe lateral por la derecha, pero él contaba con el impulso del ataque y lo esquivó casi por casualidad. Coló un puñetazo bajo que me dio en el vientre. Las nudilleras de fuerza detonaron con un ruido parecido a la carne arrojada a una sartén.

Fue como si alguien me hubiera metido un garfio de hierro en las entrañas. El dolor del puñetazo penetró muy profundamente bajo mi piel y un atontamiento mareante rugió en los músculos de mi estómago. Sumado al mareo del aturdidor, me dejó paralizado. Retrocedí tres pasos, tambaleándome, y me derrumbé en el suelo,

retorciéndome como un insecto medio aplastado. Vagamente, oí a la multitud manifestar su aprobación.

Volviendo la cabeza débilmente, advertí que Kadmin había retrocedido y estaba mirándome con los párpados caídos y los dos puños delante de la cara. Una débil luz roja parpadeó ante mí desde la banda de acero de su mano izquierda. Las nudilleras, recargándose. Comprendí. Primer *round*.

El combate sin armas sólo tiene dos reglas. Da todos los golpes que puedas, lo más fuerte y rápido que te sea posible, y derriba a tu oponente. Cuando esté en el suelo, lo matas. Si hay otras reglas o consideraciones, no es una verdadera pelea, es un juego. Kadmin podría haber acabado conmigo cuando estaba en el suelo, pero aquélla no era una verdadera pelea. Era un combate de humillación, un juego en el que había que maximizar el sufrimiento para beneficio del público. La multitud.

Me puse en pie y miré la indistinta marea de caras. El neuroestimulador captó dientes brillantes de saliva en bocas que gritaban. Contuve con esfuerzo la debilidad de mis tripas, escupí en el *ring* y adopté una posición defensiva. Kadmin inclinó la cabeza, como reconociendo algo, y se me acercó de nuevo. La misma ráfaga de técnicas directas, la misma fuerza y velocidad, pero esta vez yo estaba preparado. Desvié los dos primeros puñetazos con un par de bloqueos con el antebrazo, y en lugar de ceder terreno me mantuve exactamente en el camino de Kadmin. Necesitó unas décimas de segundo para darse cuenta de lo que estaba haciendo, y para entonces ya estaba demasiado cerca. Estábamos casi pecho con pecho. Solté el cabezazo como si su cara perteneciera a cada uno de los miembros de la multitud que gritaba.

La nariz de halcón se rompió con un fuerte crujido, y cuando se tambaleaba acabé de derribarlo con una patada con el arco del pie que le golpeó en la rodilla. El borde de mi mano derecha segó el aire, buscando el cuello o la garganta, pero Kadmin se había arrojado al suelo. Se dio la vuelta y me tiró de los pies. Mientras yo caía, se puso de rodillas a mi lado y me golpeó en la espalda. El ataque me convulsionó y mi cabeza chocó contra el suelo. Sentí el sabor de la sangre.

Me puse en pie y vi que Kadmin había retrocedido y se estaba limpiando la sangre de la nariz rota. Se miró con curiosidad la palma manchada y luego a mí; entonces sacudió la cabeza con incredulidad. Sonreí provocativamente, dejándome llevar por la subida de adrenalina causada por su sangre derramada, y levanté las dos manos en un gesto expectante.

—Vamos, imbécil —graznó mi boca partida—. Acaba conmigo.

Antes de que terminara de pronunciar la última palabra lo tenía encima otra vez. En esta ocasión casi no pude tocarle. La mayor parte no fue un combate consciente. El neuroestimulador capeó la lucha con valentía, lanzando bloqueos para mantener las nudilleras lejos de mí, y me dejó libertad para asestar un par de contragolpes generados al azar que, según mi instinto de las Brigadas, tenían posibilidades de

superar el patrón de lucha de Kadmin. Él esquivó los golpes como si fueran la molestia de un insecto irritante.

En la última de estas fútiles respuestas, lancé un puñetazo, demasiado fuerte y él, cogiéndome la muñeca, me hizo perder el equilibrio. Caí hacia delante. Una patada circular perfectamente calibrada me golpeó en las costillas y las sentí romperse. Kadmin volvió a empujar, intentando descoyuntar el codo de mi brazo capturado y, en las imágenes congeladas de la visión acelerada por el neuroestimulador, vi que el antebrazo se doblaba hacia la articulación. Sabía el sonido que haría el codo al explotar, y también el sonido que haría yo antes de que el neuroestimulador pudiese calmar el dolor. Mi mano se retorció desesperadamente en el puño de Kadmin y me dejé caer. Resbaladiza por el sudor, logré soltar la muñeca y el brazo quedó libre. Kadmin golpeó de nuevo con una fuerza dolorosa, pero el brazo resistió y, de todas formas, para entonces yo ya iba camino del suelo.

Caí sobre mis costillas rotas y mi visión se deshizo en pedazos. Me retorcí, intentando luchar contra el impulso de encogerme en posición fetal y vi los rasgos prestados de Kadmin mil metros por encima de mí.

—Levántate —dijo, como unas grandes hojas de cartón sacudidas en la distancia —. Todavía no hemos terminado.

Tomé impulso e intenté darle en la ingle. El golpe falló, perdiéndose en la carne del muslo. Casi con indiferencia, giró el brazo y las nudilleras de fuerza me golpearon en la cara. Vi un garabato de luces multicolores y de repente todo se volvió blanco. El ruido de la multitud resonaba en mi cabeza, y en medio de ese torbellino creí oír pronunciar mi nombre. Todo me daba vueltas, enfocándose y desenfocándose, saltando y girando como en una caída de gravedad, mientras el neuroestimulador luchaba por mantenerme consciente. Las luces bajaron en picado y luego volvieron a subir hacia el techo como si hubieran querido ver mis daños de cerca, pero sólo un momento, y en seguida se hubieran dado por satisfechas. La conciencia era algo que describía una amplia órbita elíptica en torno a mi cabeza. De repente me vi de nuevo en Sharya, escondido entre los restos del inutilizado tanque-araña con Jimmy de Soto.

—¿La Tierra? —El rostro con rayas de camuflaje oscuro, sonriente, está iluminado por el fuego de láser del exterior del tanque—. Es un agujero de mierda, tío. Una puta sociedad congelada, como retroceder quinientos años en el tiempo. Allí no pasa nada, los acontecimientos históricos no están permitidos.

—Gilipolleces. —El grito agudo de la caída de una bomba merodeadora interrumpe mi escepticismo. Nuestras miradas se cruzan a través de la oscuridad de la cabina del tanque. El bombardeo no se ha interrumpido desde el anochecer, las armas robóticas buscan infrarrojos y movimiento. En uno de los raros momentos en que el bloqueo shariano se interrumpe, nos enteramos de que la Flota del almirante Cursitor todavía está a segundos luz de distancia, luchando con los sharianos por el control de la órbita. Al amanecer, si la batalla no ha terminado, los locales

probablemente enviarán a sus tropas de tierra para hacernos salir. Parece que no tenemos muchas posibilidades.

Al menos los efectos de la betatanatina están empezando a disiparse. Siento que mi temperatura comienza a subir a niveles normales. El aire que me rodea ya no parece una sopa caliente y respirar ya no es el gran esfuerzo de cuando nuestro ritmo cardíaco era casi inexistente.

La bomba robótica explota tan cerca de nosotros que las patas del tanque golpean contra el casco. Los dos echamos un vistazo reflexivo a nuestros metros de exposición.

—Gilipolleces, ¿no? —Jimmy mira por el agujero irregular que abrimos en el casco del tanque-araña—. Eh, tú no eres de allí. Yo sí, y te aseguro que si me dieran a escoger entre vivir en la Tierra o en un maldito almacenamiento, tendría que pensármelo. Si tienes la oportunidad de visitarla, no se te ocurra hacerlo.

Parpadeé para superar el fallo del sistema. Encima de mí, el cuchillo asesino brillaba en su campo gravitatorio como la luz del sol entre los árboles. Jimmy se desvanecía, atravesando el cuchillo en dirección al techo.

—Te dije que no fueras, ¿verdad, colega? Mírate ahora, La Tierra.

Escupió y desapareció, dejando el eco de su voz.

Es un agujero de mierda. Tienes que pasar a la pantalla siguiente.

El ruido de la multitud se había reducido a una salmodia constante.

La ira invadió la niebla de mi cabeza como un líquido caliente. Me apoyé en un codo y miré a Kadmin, que aguardaba en la otra punta del *ring*. Él me vio y levantó las manos imitando el gesto que había hecho yo antes. La multitud se echó a reír.

Pasa a la pantalla siguiente.

Me puse en pie, tambaleándome.

Si no haces los deberes, el Hombre Collage vendrá a por ti una noche.

La voz resonó en mi cabeza de repente, una voz que llevaba sin oír casi un siglo y medio de tiempo objetivo. Un hombre que no había ensuciado mi memoria durante la mayor parte de mi vida adulta. Mi padre, y sus encantadores cuentos para ir a dormir. Va y aparece justo ahora, cuando más falta me hacía esa mierda.

El Hombre Collage vendrá a por ti.

Bueno, en eso te equivocaste, papá. El Hombre Collage está aquí mismo, esperando. No va a venir a por mí, tengo que ir a buscarlo yo. Pero gracias de todas formas, papá. Gracias por todo.

Hice acopio de lo que quedaba de los niveles celulares del cuerpo de Ryker y avancé.

El vidrio se estremeció, muy por encima del cuadrilátero. Los fragmentos cayeron en el espacio entre Kadmin y yo.

—¡Kadmin!

Le vi levantar los ojos hacia el puente de arriba y entonces su pecho entero pareció estallar. Su cabeza y sus brazos cayeron hacia atrás como si algo lo hubiera

desequilibrado de repente y una detonación resonó en toda la cámara. La parte delantera de su uniforme se desgarró y un agujero mágico se abrió en él desde la garganta hasta la cintura. Largos regueros de sangre salieron volando.

Me di la vuelta, levanté la mirada y vi a Trepp enmarcada en la ventana del puente que acaba de destruir, todavía con la mirada en el cañón del rifle de agujas que tenía en los brazos. La boca del arma llameaba arrojando un fuego continuo. Confuso, me di la vuelta, buscando objetivos, pero el *ring* estaba desierto a excepción de los restos de Kadmin. Matanza no estaba a la vista, y, con las explosiones, el bullicio de la multitud se había convertido de repente en el aullido de unos seres humanos presa del pánico. Parecía que todo el mundo estuviera de pie, intentando marcharse. De pronto comprendí. Trepp estaba disparándole al público.

Desde el suelo de la bodega, se disparó un arma de energía y alguien empezó a gritar. Me volví, repentinamente lento y torpe, en dirección al sonido. Matanza estaba ardiendo.

Apoyado en la puerta de la sala, detrás de ella, Rodrigo Bautista arrojaba fuego de rayos con una arma de cañón largo. Matanza estaba en llamas de cintura para arriba, golpeándose con unos brazos que se habían transformado en alas de fuego. Sus gritos eran más de ira que de dolor. Pernilla Grip yacía muerta a sus pies, con el pecho abrasado. Mientras yo miraba, Matanza se arrojó sobre ella como una figura de cera derretida y sus gritos fueron decayendo hasta convertirse en gemidos, luego en un extraño burbujeo electrónico y luego en nada.

—¿Kovacs?

El rifle de agujas de Trepp se había quedado callado, y frente a los gemidos y gritos de los heridos que se oían de fondo, la voz de Bautista sonaba anormalmente alta. Rodeó al sintético ardiendo y subió al *ring*. Tenía la cara manchada de sangre.

—¿Estás bien, Kovacs?

Reí débilmente, luego, de repente, me doblé por el terrible dolor del costado.

—Estoy estupendamente. ¿Cómo está Ortega?

—Está bien. Le dimos letinol para el *shock*. Siento que llegáramos tan tarde —hizo un ademán hacia Trepp—. A tu amiga le llevó un buen rato encontrarme en Fell Street. No quiso utilizar los canales oficiales. Decía que no era buena idea. Y teniendo en cuenta el lío que hemos montado al llegar, no estaba equivocada. —Eché una ojeada a las evidentes lesiones orgánicas.

—Sí. ¿Habrá algún problema?

Bautista soltó una carcajada.

—¿Te estás quedando conmigo? Allanamiento sin orden judicial, lesiones orgánicas a sospechosos desarmados. ¿Qué coño crees que pasará?

—Lo lamento —empecé a alejarme del cuadrilátero—. A lo mejor podríamos inventar algo.

—Eh —Bautista me agarró del brazo—. Se llevaron a un poli de Bay City. Nadie hace eso por aquí. Alguien tendría que habérselo dicho a Kadmin antes de que

cometiera ese maldito error.

No estaba seguro de si hablaba de Ortega o de mí en la funda de Ryker, así que guardé silencio. Me palpé la cabeza con cuidado, buscando heridas, y levanté la mirada hacia Trepp. Estaba recargando el rifle de agujas.

—Eh, ¿piensas quedarte toda la noche ahí arriba?

—Bajo ahora mismo.

Ella metió el último proyectil en el rifle y luego ejecutó una limpia voltereta por encima de la barandilla de puente y se lanzó al vacío. A un metro aproximadamente del suelo, el arnés gravitatorio de su espalda extendió sus alas y la mujer quedó suspendida sobre nosotros, a una cabeza de altura, con el rifle colgado del hombro. Con aquel abrigo largo y negro, parecía un ángel oscuro fuera de servicio.

Ajustando un dial en el arnés, bajó un poco más y al fin tocó el suelo junto a Kadmin. Cojeé hacia ella. Los dos contemplamos en silencio el cadáver abierto durante un momento.

—Gracias —dije en voz baja.

—No tiene importancia. Es parte del trabajo. Lo siento, he tenido que traer a estos tíos, pero necesitaba refuerzos, y rápido. Ya sabes lo que dicen de la Sia por aquí. Que es la mayor banda de la calle, ¿no? —Hizo un gesto hacia Kadmin—. ¿Vas a dejarlo así?

Observé al Mártir de la Mano Derecha de Dios con el rostro convulso por la muerte súbita, e intenté ver al Hombre Collage en su interior.

—No —dije, y di la vuelta al cadáver con el pie para dejar al descubierto la nuca —. Bautista, ¿me prestas tu artillería?

Mudo, el policía me pasó el blaster. Apoyé la boca del arma en la base del cráneo del Hombre Collage y esperé a sentir algo.

—¿Hay alguien que quiera decir algo? —graznó Trepp, impasible. Bautista volvió la cabeza—. Venga, hazlo.

Si mi padre tenía algún comentario que hacer, se lo guardó para sí.

Las únicas voces eran los gritos de los espectadores heridos, y las ignoré.

Sin sentir nada, apreté el gatillo.

Capítulo 37

Seguía sin sentir nada una hora después, cuando llegó Ortega y me encontró en el vestíbulo de reenfundado, sentado en uno de los elevadores automatizados y mirando hacia arriba, contemplando el resplandor verde de los tanques de trasvase vacíos. Al abrirse, la cámara estanca dio un suave golpe y luego emitió un sonido zumbante, pero no reaccioné. Ni siquiera volví la cabeza cuando reconocí sus pisadas y una breve maldición mientras se abría paso entre el cableado del suelo. Como la máquina donde estaba sentado, estaba apagado.

—¿Cómo te encuentras?

Bajé la mirada hasta donde estaba ella, junto al elevador.

—Como parece, probablemente.

—Pues pareces hecho una mierda —se acercó a donde yo estaba y adoptó un aire de interrogatorio muy apropiado—. ¿Te importa si me quedo contigo?

—Adelante. ¿Quieres que te eche una mano para subir?

—No —Ortega intentó levantarse con los brazos, se puso gris por el esfuerzo y se quedó allí colgada, con una sonrisa torva—. Quizá sí.

Le tendí mi brazo menos magullado y subió al elevador con un resoplido. Durante un momento se quedó agachada en él torpemente, luego se sentó a mi lado y se masajeó los hombros.

—Dios, qué frío hace aquí. ¿Cuánto tiempo llevas sentado en esta cosa?

—Una hora, más o menos.

Ella levantó la vista hacia los tanques vacíos.

—¿Has visto algo interesante?

—Estoy pensando.

—Oh —hizo una nueva pausa—. Mira, ese maldito letinol es peor que un aturdidor. Al menos cuando te han aturdido sabes que estás mal. El letinol te dice que, no importa lo que hayas pasado, todo va bien, así que no hagas nada y relájate. Y en cuanto intentas pasar por encima de un cable de cinco centímetros, te caes de culo.

—Creo que se supone que deberías estar acostada —dije suavemente.

—Sí, bueno, probablemente tú también. Mañana tendrás unos bonitos morados en la cara. ¿Te ha dado Mercer algo para el dolor?

—No lo necesitaba.

—Oh, eres un tipo duro. Pensaba que habíamos quedado en que cuidarías de esa funda.

Sonreí pensativamente.

—Deberías ver cómo ha quedado el otro.

—Ya lo he visto. Lo partiste por la mitad con las manos desnudas, ¿eh?

Yo seguí sonriendo.

—¿Dónde está Trepp?

—¿Esa adicta al cable amiga tuya? Se ha ido. Le dijo algo a Bautista sobre un conflicto de intereses y desapareció en la noche. Bautista está tirándose de los pelos, buscando una manera de tapar este follón. ¿Quieres ir a hablar con él?

—Vale. —Me moví involuntariamente. Había algo hipnótico en la luz verde de los tanques de trasvase, y debajo del aturdimiento las ideas empezaban a darme vueltas sin parar, chocando unas con otras como espadartes[2] al devorar su presa.

La muerte de Kadmin, lejos de aliviarme, sólo había encendido un fusible de combustión lenta lleno de impulsos destructivos en el fondo de mi estómago. Alguien iba a pagar por todo aquello.

Era algo personal.

En realidad, era más que personal. Tenía que ver con Louise, alias Anémona, despiezada en una bandeja quirúrgica, con Elizabeth Elliott, apuñalada hasta la muerte y demasiado pobre para reenfundarse; Irene Elliott, llorando por un cuerpo que una agente de la corporación llevaba en meses alternos; Victor Elliott, traumatizado por la pérdida y la recuperación de alguien que era pero que no era la misma mujer. Tenía que ver con un joven negro enfrentándose a su familia desde el cuerpo ajado de un blanco de mediana edad; tenía que ver con Virginia Vidaura, caminando desdeñosamente hacia el almacenamiento con la cabeza alta y un último cigarrillo contaminando los pulmones que estaba a punto de perder, sin duda a favor de algún otro vampiro de la corporación. Tenía que ver con Jimmy de Soto, sacándose un ojo en el barro y el fuego de Innenin, y con los millones de personas como él que vivían en el Protectorado, una dolorosa colección de potencial humano, desperdiciándose en el estercolero de la historia. Todo esto, y más, iba a pagarlo alguien.

Un poco mareado, bajé del elevador y ayudé a Ortega a descender detrás de mí. Los brazos me dolieron por su peso, pero muchísimo menos que la súbita y fría conciencia de que eran las últimas horas que pasaríamos juntos. No supe de dónde venía esa conciencia, pero iba acompañada de una sólida y fiable sensación en los fundamentos de mi mente en la que, mucho tiempo atrás, había aprendido a confiar más que en mi pensamiento racional. Dejamos la cámara de reenfundado de la mano, sin darnos cuenta del todo hasta que, en el corredor, nos encontramos de frente con Bautista y nos separamos instintivamente.

—Te estaba buscando, Kovacs —si Bautista pensó algo de las manos unidas, nada dejó ver en su rostro—. Tu amiga mercenaria se ha largado y nos ha dejado a nosotros toda la limpieza.

—Sí, Kris… —Me detuve y asentí en dirección a Ortega—. Ya lo sabía. ¿Se ha llevado el rifle de agujas?

Bautista asintió.

—Entonces tenéis una historia perfecta. Alguien llamó porque había disparos en el *Rosa de Panamá*, vinisteis a ver y os encontrasteis al público masacrado, a Kadmin

y Matanza muertos y a mí y a Ortega en medio de todo. Debió de ser alguien cabreado con Matanza, que vino a cobrarse una deuda.

Por el rabillo del ojo vi a Ortega sacudir la cabeza.

—No va a colar —dijo Bautista—. Se graban todas las llamadas a Fell Street. Igual que las de los teléfonos de las patrulleras.

Me encogí de hombros, sintiendo que el hombre de las Brigadas despertaba en mi interior.

—¿Y qué? Tú, u Ortega, tenéis confidentes en Richmond. Gente cuyos nombres no podéis revelar. Recibisteis una llamada a un teléfono personal, que casualmente quedó destrozado cuando tuvisteis que abriros paso a tiros entre los restos de los guardias de seguridad de Matanza. Ni rastro. Y tampoco hay nada en los monitores, porque ese misterioso alguien, que hizo todos los disparos, se cargó todo el sistema de seguridad automatizado. Eso puede arreglarse, supongo.

A Bautista no se lo veía muy convencido.

—Supongo. Necesitaríamos una rata de ordenador para hacerlo. Davidson es bueno con los sistemas, pero no tanto.

—Yo puedo conseguiros una rata de ordenador. ¿Algo más?

—Algunos espectadores siguen vivos. No es que estén como para hacer nada, pero todavía respiran.

—Olvídalos. Si vieron algo, fue a Trepp. Probablemente ni siquiera eso, con claridad. Todo terminó en un par de segundos. Lo único que tenemos que decidir es cuándo llamar a las fiambreras.

—Cuanto antes —dijo Ortega—, o empezará a parecer sospechoso.

Bautista resopló.

—Todo parece sospechoso. En Fell Street todo el mundo sabrá lo que ha ocurrido aquí esta noche.

—Hacéis mucho este tipo de cosas, ¿eh?

—No tiene gracia, Kovacs. Matanza cruzó la línea, sabía lo que iba a ocurrir.

—Matanza —murmuró Ortega—. Ese hijo de puta se almacenó en alguna parte. En cuanto se reenfunde, empezará a dar gritos exigiendo una investigación.

—A lo mejor no —dijo Bautista—. ¿Cuánto tiempo hace que se copió en ese sintético, según tú?

Ortega se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? La semana pasada lo llevaba. Por lo menos una semana, a menos que actualizara la copia almacenada. Y eso es asquerosamente caro.

—Si yo fuera alguien como Matanza —dije pensativamente—, me haría actualizar siempre que tuviera un trabajo importante. No importa lo que costase. No querría despertar sin saber qué mierda he hecho la semana en que me tostaron.

—Eso depende de lo que tuvieras entre manos —señaló Bautista—. Si fuera una mierda muy ilegal, tal vez preferirías despertar sin saber nada. Así, pasarías por el polígrafo con una sonrisa.

—Mejor aún. Ni siquiera haría falta…

Callé, pensando en ello. Bautista hizo un gesto de impaciencia.

—No importa. Si Matanza despierta sin saber nada, podría hacer algunas averiguaciones por su cuenta, pero no tendrá mucha prisa en que la policía meta las narices. Y si despierta sabiendo —abrió los brazos—, armará menos ruido que un orgasmo católico. Creo que por ese lado no hay problema.

—Entonces llama a las ambulancias. Y quizá también a Murawa para… —Pero la voz de Ortega estaba apagándose, como la última pieza de un *puzzle* ocupando su lugar. La conversación entre los dos policías se volvió tan remota para mí como una interferencia en un comunicador de traje.

Me quedé observando una marca diminuta en la pared de metal que había a mi lado, contraponiendo la idea a todas las pruebas lógicas que se me ocurrieron.

Bautista me echó una mirada curiosa y se fue a llamar a las ambulancias. Cuando desapareció, Ortega me tocó ligeramente en el brazo.

—Hola, Kovacs. ¿Estás bien? —Parpadeé.

—¿Kovacs?

Extendí la mano y toqué la pared, como para asegurarme de su solidez. En comparación con el grado de certeza que estaba experimentando, lo que me rodeaba parecía súbitamente intangible.

—Kristin —dije lentamente—, tengo que subir a bordo del *Despistado*. Sé lo que le hicieron a Bancroft. Puedo acabar con Kawahara y hacer que se apruebe la resolución 653. Y puedo desalmacenar a Ryker.

Ortega suspiró.

—Kovacs, hemos pasado por…

—No —la ferocidad de mi voz fue tal que incluso a mí me sorprendió. Sentí el dolor de las magulladuras del rostro de Ryker cuando sus gestos se tensaron—. No son especulaciones. No es un disparo a ciegas. Son hechos. Y voy a subir a bordo de ese dirigible. Con tu ayuda o sin ella, pero voy a hacerlo.

—Kovacs —Ortega sacudió la cabeza—, mírate. Estás hecho un asco. Ahora mismo no podrías ni con un chulo de Oakland, y estás hablando de un ataque encubierto a un Las Casas de la Costa Oeste. ¿Crees que vas a poder penetrar en la seguridad de Kawahara con un par de costillas rotas y esa cara? Olvídalo.

—No he dicho que fuera a ser fácil.

—Kovacs, es que no va a ser. He estado fuera de circulación en el Hendrix el tiempo suficiente para que pudieras vender esa sarta de mentiras de Bancroft, pero ahí me quedo. El juego ha terminado, tu amiga Sarah vuelve a casa y tú también. Eso es todo. No pienso ser cómplice de una venganza.

—¿De verdad quieres recuperar a Ryker? —pregunté en voz baja.

Por un momento, pensé que iba a golpearme. Abrió completamente las ventanas de la nariz y de hecho bajó el hombro derecho para dar el puñetazo. Nunca supe si fue la resaca del aturdidor o simplemente autocontrol lo que la detuvo.

—Debería pegarte por eso, Kovacs —dijo sin alterarse.

Levanté las manos.

—Adelante, ahora mismo no podría ni con un matón de Oakland. ¿Recuerdas?

Ortega emitió un sonido de disgusto y empezó a volverse. Extendí el brazo y la toqué.

—Kristin… —vacilé—. Lo siento. Ha sido un golpe bajo, lo de Ryker. ¿Me escucharás, al menos, por una vez?

Volvió a mirarme, apretando los labios para no decir lo que sentía, la cabeza gacha. Tragó saliva.

—No. Ha sido demasiado —se aclaró la garganta—. No quiero que te hagas más daño, Kovacs. No quiero que nadie se haga más daño, eso es todo.

—¿La funda de Ryker, quieres decir?

Me miró.

—No —dijo tranquilamente—. No, no quiero decir eso.

Entonces se apretó contra mí, en aquel poco acogedor corredor de metal, me rodeó fuerte con los brazos y enterró la cara en mi pecho, todo sin una transición aparente. Yo también tragué saliva y la abracé con fuerza mientras el tiempo que nos quedaba se escurría como granos de arena entre mis dedos. Y en ese momento habría dado casi cualquier cosa por no tener ningún plan que contarle, por no tener ninguna manera de acabar con lo que crecía entre nosotros, y por no haber odiado tanto a Reileen Kawahara.

Habría dado casi cualquier cosa.

Dos de la madrugada.

Llamé a Irene Elliott al apartamento de JacSol, y la saqué de la cama. Le dije que teníamos un problema y que pagaríamos bien por solucionarlo. Ella asintió, soñolienta. Bautista fue a buscarla en un coche patrulla camuflado.

Cuando llegó, el *Rosa de Panamá* estaba iluminado como para una fiesta. Con los focos verticales de los lados encendidos, parecía como si descendiera del cielo nocturno en cuerdas luminiscentes. Las vallas de cables de iluminum entrecruzaban la superestructura y las amarras del muelle. Habían arrancado el techo de la bodega de carga donde se había celebrado el combate de humillación para que las ambulancias tuvieran acceso directo y la luz del escenario del crimen procedente del interior se elevaba en la noche como el resplandor de una fundición. Algunas aeronaves de policía habían tomado el cielo y otras aparcaban al otro lado del muelle, con luces rojas y azules.

Me encontré con Elliott en la pasarela.

—Quiero recuperar mi cuerpo —gritó por encima de los silbidos y rugidos de los motores aéreos. Los reflectores casi habían convertido en rubios otra vez los negros cabellos de su funda.

—No puedo hacerte ese favor ahora mismo —respondí gritando—. Pero lo tengo previsto. Antes, tienes que hacer esto. Ganar algo de crédito. Ahora vamos a quitarte de en medio antes de que te vea esa maldita Sandy Kim.

La policía local mantenía apartados a los helicópteros de la prensa. Ortega, todavía mareada y temblorosa, se envolvió en un sobretodo de la policía y se deshizo de las autoridades locales con la misma intensidad en los ojos brillantes que la mantenía derecha y consciente. El Departamento de Lesiones Orgánicas, gritando, empujando, intimidando y asustando a la gente, vigilaba el fuerte cuando Elliott se fue a falsificar la grabación que necesitaban. Ellos eran, tal como había dicho Trepp, la mayor banda de la calle.

—Mañana dejo el apartamento —me dijo Elliott mientras trabajaba—. No podrás encontrarme allí.

Guardó silencio unos momentos, silbando entre dientes de vez en cuando mientras introducía las imágenes que había construido. Luego me miró por encima del hombro.

—Dices que estoy ganando puntos con esos tíos haciendo esto. ¿Me estarán agradecidos?

—Sí, yo diría que sí.

—Entonces me pondré en contacto con ellos. Pásame al agente responsable, hablaré con él. Y no intentes llamarme a Ember, tampoco estaré allí.

No dije nada, sólo la miré. Ella volvió al trabajo.

—Necesito estar un tiempo sola —murmuró.

Sólo el sonido de esas palabras a mí me parecía un lujo.

Capítulo 38

Lo observé llenar un vaso de la botella de *whisky* de quince años, llevárselo al teléfono y sentarse con cuidado. Le habían soldado las costillas rotas en una de las ambulancias, pero sentía un dolor enorme en todo el costado, y de vez en cuando unas punzadas terribles que le estaban matando. Echó un trago de *whisky*, hizo acopio de fuerzas y marcó el número.

—Residencia Bancroft. ¿Con quién desea hablar? —Era la mujer de vestido austero que había respondido la última vez que llamé a Suntouch House. El mismo traje, el mismo pelo, incluso el mismo maquillaje. Tal vez se tratara de un constructo telefónico.

—Con Míriam Bancroft —dijo él.

De nuevo tenía la sensación de ser un observador pasivo, la misma sensación de desconexión que había tenido aquella noche delante del espejo mientras la funda de Ryker cogía sus armas. La sensación de fragmentación. Con la diferencia de que esta vez era mucho peor.

—Un momento, por favor.

La mujer desapareció de la pantalla y fue reemplazada por la imagen de una llama de cerilla que ondeaba al son de la música de un piano; recordaba a las hojas otoñales arrastradas por un pavimento gastado y lleno de grietas. Pasó un minuto, y entonces apareció Míriam Bancroft, vestida impecablemente con una chaqueta y una blusa de aspecto formal. Levantó una ceja perfectamente arreglada.

—Señor Kovacs. Qué sorpresa.

—Sí, bueno —él gesticuló, incómodo. Incluso desde el otro lado del comunicador, Míriam Bancroft irradiaba una sensualidad que lo trastornaba—. ¿Estamos en una línea segura?

—Razonablemente segura, sí. ¿Qué desea?

Él se aclaró la garganta.

—He estado pensando. Hay cosas que me gustaría discutir con usted. Yo, bueno, tal vez le deba una disculpa.

—¿De veras? —Esta vez fueron ambas cejas—. ¿Cuándo había pensado exactamente?

Se encogió de hombros.

—Ahora mismo no tengo nada que hacer.

—Ya. En cambio, yo sí tengo algo que hacer ahora mismo, señor Kovacs. Voy camino de una reunión en Chicago y no volveré a la costa hasta mañana por la tarde —una levísima insinuación de sonrisa tembló en las comisuras de su boca—. ¿Esperará?

—Claro.

Se inclinó hacia la pantalla, entrecerrando los ojos.

—¿Qué le ha pasado en la cara?

Él se llevó una mano a una de las magulladuras faciales. A la débil luz de la habitación, no esperaba que se notaran. Tampoco esperaba que Míriam Bancroft estuviera tan atenta.

—Es una larga historia. Se la contaré cuando la vea.

—Vaya, estoy impaciente —dijo con ironía—. Enviaré una limusina para que lo recoja en el Hendrix mañana por la tarde. ¿Sobre las cuatro, por ejemplo?

—Bien. Hasta entonces.

La pantalla se apagó. Se quedó sentado un momento, mirándola, luego desconectó el teléfono y giró la silla hacia el banco de la ventana.

—Me pone nervioso —dijo él.

—Sí, a mí también. Bueno, es normal.

—Muy divertido.

—Ya.

Me levanté a coger la botella de *whisky*. Cuando atravesaba la habitación, atisbé mi reflejo en el espejo junto a la cama.

Si la funda de Ryker tenía el aire de un hombre que se había abierto camino a través de las dificultades de la vida con la cabeza por delante, el hombre del espejo parecía capaz de echarse tranquilamente a un lado en todas las crisis para observar cómo el destino giraba siempre a su favor. Aquel cuerpo se movía como un gato, una cómoda economía de movimientos sin esfuerzo aparente que le habría sentado muy bien a Anchana Salomao. Los cabellos espesos, de un negro azulado, caían en una suave cascada hasta unos hombros de apariencia delgada, y los ojos, elegantemente oblicuos, tenían una expresión amable e indiferente que sugería que el universo era un buen lugar para vivir.

Sólo llevaba en la funda de ninja tecnológico unas horas —siete horas y cuarenta y dos minutos, según el reloj de la parte superior izquierda de mi campo de visión—, pero no sentía ninguno de los efectos secundarios habituales de la transferencia. Recogí la botella de *whisky* con una de las manos delgadas y morenas de artista y el simple juego de músculo y hueso me llenó de alegría. El sistema neuroestimulador de Khumalo repiqueteaba continuamente al límite de la percepción, como si cantara el millar de cosas posibles que el cuerpo podía hacer en cualquier momento dado. Nunca, ni siquiera en mi época con las Brigadas de Choque, había llevado nada parecido.

Recordé las palabras de Matanza y sacudí la cabeza mentalmente. Si la ONU pensaba que podría imponer un embargo colonial de diez años sobre aquello, es que vivían en otro mundo.

—No sé qué piensas tú —dijo él—, pero esto es jodidamente extraño.

—A mí me lo vas a decir. —Me llené el vaso y le ofrecí la botella. Negó con la cabeza. Regresé al banco de la ventana y me senté de espaldas al cristal.

—¿Cómo mierda podía soportarlo Kadmin? Ortega dice que siempre trabajaba consigo mismo.

—Uno se acostumbra a todo, supongo. Además, Kadmin estaba como una puta cabra.

—Ah, ¿y nosotros no?

Me encogí de hombros.

—Nosotros no teníamos elección. Aparte de largarnos, quiero decir. ¿Habría sido mejor?

—A mí no me lo preguntes. Eres el único que va a subir a enfrentarse con Kawahara. Yo sólo soy la puta de por aquí. Por cierto, no creo que a Ortega le haya hecho mucha gracia esa parte del trato. Quiero decir, antes estaba confundida, pero ahora…

—¡Que ella está confundida! ¿Cómo te crees que me siento yo?

—Sé cómo te sientes, idiota. Soy tú.

—¿De verdad? —Sorbí de mi bebida y gesticulé con el vaso—. ¿Cuánto tiempo crees que tardaremos en dejar de ser exactamente la misma persona?

Se encogió de hombros.

—Eres lo que recuerdas. Ahora mismo sólo tenemos siete u ocho horas de percepciones separadas. No es un porcentaje muy grande, ¿no?

—¿Sobre unos cuarenta años de memoria? Supongo que no. Y los recuerdos más antiguos son los que modelan la personalidad.

—Sí, eso dicen. Y ya que estamos hablando del tema, dime una cosa. ¿Cómo te sientes, quiero decir, cómo nos sentimos ahora que el Hombre Collage está muerto?

Me moví incómodo.

—¿Hace falta que hablemos de eso?

—Tenemos que hablar de algo. Estamos encerrados juntos hasta mañana por la tarde…

—Puedes salir, si quieres. Y ahora que tocamos el tema —sacudí el pulgar señalando el techo— yo puedo salir de aquí igual que entré.

—En realidad no tienes muchas ganas de hablar de ello, ¿eh?

—No era tan difícil.

Eso, al menos, era cierto. Según el plan original, mi copia ninja debía quedarse en el apartamento de Ortega hasta que la copia Ryker hubiera desaparecido con Míriam Bancroft. Luego se me ocurrió que necesitaríamos una relación de trabajo con el Hendrix para llevar a cabo el ataque al *Despistado*, y que era imposible que la copia ninja demostrara su identidad al hotel, que no podía someterla a un escáner de almacenamiento. Me pareció mejor idea que la copia Ryker le presentara a la ninja antes de irse con Míriam Bancroft. Como sin duda la copia Ryker estaba todavía bajo vigilancia, en el mejor de los casos, por parte de Trepp, entrar juntos por la puerta principal del Hendrix era muy mala idea. Tomé prestado un arnés gravitatorio y un traje indetectable de Bautista, y justo antes del amanecer me mezclé con el irregular

tráfico aéreo y descendí hasta un reborde resguardado de la planta cuarenta y dos. Para entonces la copia Ryker había advertido al Hendrix de mi llegada, y el hotel me dejó entrar por un conducto de ventilación. Con el neuroestimulador de Khumalo, había sido casi tan fácil como entrar por la puerta principal.

—Mira —dijo la copia Ryker—. Soy tú. Sé todo lo que tú sabes. ¿Qué tiene de malo hablar de ello?

—Si sabes todo lo que yo sé, ¿qué sentido tiene hablar de ello?

—A veces ayuda exteriorizar las cosas. Aunque hables con alguien, normalmente estás hablando contigo mismo. El otro tío sólo sirve de caja de resonancia. Así te lo sacas de dentro.

Suspiré.

—No lo sé. Enterré toda esa mierda sobre papá hace mucho tiempo, todo eso lleva mucho tiempo muerto.

—Sí, claro.

—Estoy hablando en serio.

—No —movió el dedo ante mí igual que había hecho yo ante Bancroft cuando no quiso enfrentarse a mis hechos en el balcón de Suntouch House—. Te estás engañando a ti mismo. Recuerda a aquel chulo que conocimos en la casa de la pipa de Lazlo el año que nos unimos a los Once Shonagon. Aquél al que casi matamos antes de que nos separaran.

—Sólo fue por las sustancias químicas. Estábamos hasta arriba de tetramet, y presumiendo por lo de los Once. Mierda, sólo teníamos dieciséis años.

—Gilipolleces. Lo hicimos porque se parecía a papá.

—Tal vez.

—Seguro. Y nos pasamos los quince años siguientes luchando contra autoridades por la misma razón.

—¡Oh, déjame respirar un poco! Nos pasamos esos quince años matando al que se nos pusiera por delante. Estábamos en el ejército, era lo que hacíamos para ganarnos la vida. Y, de todas formas, ¿desde cuándo un chulo es una autoridad?

—Vale, a lo mejor nos pasamos quince años matando chulos. Usuarios. A lo mejor es lo que nos estamos cobrando.

—Él nunca chuleó a mamá.

—¿Estás seguro? ¿Por qué teníamos tantas ganas de utilizar el tema de Elizabeth Elliott como si fuera una maldita arma táctica? ¿Por qué tanto hincapié en los burdeles en esta investigación?

—Porque —dije, bebiéndome un dedo de *whisky*— esta investigación ha tenido que ver con los burdeles desde el principio. Utilizamos el tema de Elliott porque nos pareció bien. Intuición de las Brigadas. La manera en que Bancroft trataba a su mujer…

—Ah, Míriam Bancroft. Ése es otro tema del que podemos hablar.

—Cállate. Lo de Elliott fue una idea jodidamente buena. Nunca habríamos llegado al *Despistado* sin aquel viaje a las biocabinas de Jerry.

—Aaah —hizo un gesto de disgusto y bebió de su vaso—. Crees lo que te interesa. Yo creo que el Hombre Collage era una metáfora de papá porque no podíamos soportar mirar demasiado de cerca la verdad, y por eso alucinamos la primera vez que vimos un constructo compuesto en virtual. Te acuerdas, ¿verdad? Aquella casa de vacaciones de Adoración. Tuvimos unos sueños espantosos incluso una semana después de aquel pequeño espectáculo. Nos despertábamos con trozos de almohada en las manos. Nos llevaron al psiquiatra por eso.

Gesticulé con irritación.

—Sí, me acuerdo. Me acuerdo de que me cagaba de miedo con el Hombre Collage, no con papá. Recuerdo que sentí lo mismo cuando nos encontramos con Kadmin en virtual, también.

—¿Y ahora que está muerto? ¿Cómo nos sentimos ahora?

—No siento nada.

Me señaló una vez más.

—Estás mintiendo.

—No estoy mintiendo. El hijo de puta se interpuso en mi camino, me amenazó y ahora está muerto. Fin de la transmisión.

—Recuerdas a alguien más amenazándote, ¿verdad? ¿Cuando eras pequeño, quizá?

—No pienso seguir hablando de esto —cogí la botella y me volví a llenar el vaso —. Escoge otro tema. ¿Qué te parece Ortega? ¿Qué sentimientos tienes al respecto?

—¿Piensas beberte toda la botella?

—¿Quieres?

—No.

Extendí las manos.

—¿Y a ti qué más te da?

—¿Estás intentando emborracharte?

—Por supuesto que sí. Si tengo que hablar conmigo mismo, no veo qué necesidad hay de hacerlo sobrio. Así que háblame de Ortega.

—No quiero hablar de eso.

—¿Por qué no? —pregunté razonablemente—. Tenemos que hablar sobre algo, ¿recuerdas? ¿Por qué no sobre Ortega?

—Porque no sentimos lo mismo por ella. Tú ya no llevas la funda de Ryker.

—Eso no…

—¡Ya lo creo! Lo que hay entre nosotros y Ortega es completamente físico. No ha habido tiempo para nada más. Por eso tienes tantas ganas de hablar de ella ahora. En esa funda, lo único que sientes es una vaga nostalgia por lo del yate y un puñado de fotos instantáneas de la memoria que la respaldan. A ti ya no te afecta ningún proceso químico.

Busqué algo que decir, y de repente no encontré nada. La diferencia recién descubierta se interponía entre nosotros como un tercer ocupante no deseado en la habitación.

La copia Ryker rebuscó en los bolsillos y sacó los cigarrillos de Ortega. El paquete estaba aplastado, casi plano. Tomó un cigarrillo, lo observó con arrepentimiento y se lo llevó a los labios. Intenté no mirarlo con desaprobación.

—El último —dijo, tocando el parche de ignición.

—Probablemente el hotel tenga más.

—Sí —echó una bocanada de humo y me sorprendí casi envidiándole la adicción —. Hay algo sobre lo que deberíamos hablar ahora mismo.

—¿Qué?

Pero ya lo sabía. Los dos lo sabíamos.

—¿Quieres que lo diga? De acuerdo —dio una nueva calada al cigarrillo y se encogió de hombros, sin naturalidad—. Tenemos que decidir quién de nosotros se destruye cuando todo esto termine. Y como nuestro instinto de supervivencia individual se hace más fuerte a cada minuto, hay que decidirlo pronto.

—¿Cómo?

—No lo sé. ¿Qué preferirías recordar? ¿La derrota de Kawahara? ¿O la visita a Míriam Bancroft? —Sonrió con acritud—. No hay comparación, supongo.

—Eh, no estás hablando de un rollo de playa precisamente. Sexo con copias múltiples. El único placer verdaderamente ilícito que queda. De todas formas, Irene Elliott dijo que podíamos hacernos un injerto y conservar las dos experiencias.

—Probablemente. Dijo que probablemente podríamos hacernos un injerto de memoria. Y aun así uno de los dos tiene que ser eliminado. No se trata de una fusión, sino de un injerto, de uno de los dos al otro. Edición de recuerdos. ¿Quieres hacértelo a ti mismo? Al que sobreviva. Ni siquiera pudimos plantearnos editar el constructo del Hendrix. ¿Cómo vamos a vivir con esto? Olvídalo, tiene que ser un corte limpio. O uno u otro. Y tenemos que decidir quién.

—Sí —cogí la botella de *whisky* y miré la etiqueta tristemente—. Entonces ¿qué hacemos? ¿Lo echamos a suertes? ¿Piedra, papel y tijera, al mejor de cinco, por ejemplo?

—Yo pensaba en alternativas ligeramente más racionales. Nos contamos el uno al otro nuestros recuerdos a partir de este momento y luego decidimos cuáles queremos conservar. Cuáles valen más la pena.

—¿Cómo diablos vamos a medir algo así?

—Lo sabremos. Sabes que sí.

—¿Y si uno de nosotros miente? ¿Adorna la verdad para que parezca un recuerdo más atractivo? ¿O miente sobre los que le gustan más?

Entrecerró los ojos.

—¿Hablas en serio?

—Pueden pasar muchas cosas en apenas unos días. Como tú decías, los dos querremos sobrevivir.

—Ortega puede pasarnos por el polígrafo, si hace falta.

—Creo que prefiero echarlo a suertes.

—Dame esa maldita botella. Si tú no piensas tomártelo en serio, yo tampoco. Mierda, si hasta podrían tostarte la pila por ahí fuera y solucionar el problema por los dos.

—Gracias.

Le pasé la botella y observé cómo se echaba dos prudentes dedos. Jimmy de Soto siempre decía que era un sacrilegio beber más de cinco dedos de *whisky* en cualquier ocasión. Después de eso, sostenía, da igual beber mezcla. Tenía la sensación de que aquella noche íbamos a profanar ese particular artículo de fe. Levanté el vaso.

—Por la unidad de propósitos.

—Sí, y por el final de la bebida a solas.

La resaca todavía me duraba casi un día entero después, cuando observé su partida en uno de los monitores del hotel. Salió a la calzada y esperó a que la larga y lustrada limusina aterrizara en el bordillo. Cuando se abrió la puerta del lado de la acera, atisbé brevemente el perfil de Míriam Bancroft en el interior. Entonces él subió al coche y la puerta se cerró suavemente ocultándolos a los dos. La limusina tembló de arriba abajo, se elevó y se fue.

Me tomé más analgésicos a palo seco, les di diez minutos y subí al tejado a esperar a Ortega.

Hacía frío.

Capítulo 39

Ortega tenía varias noticias.

Irene Elliott había dado una localización diciendo que estaba dispuesta a hablar de otro trabajo. La llamada había llegado en una de las mejores transmisiones de las que tenía memoria Fell Street, y además, Elliott había dicho que sólo trataría directamente conmigo.

Por otro lado, el parche del *Rosa de Panamá* estaba aguantando, y Ortega todavía conservaba las cintas de memoria del Hendrix. La muerte de Kadmin había convertido el caso original de Fell Street en poco más que una formalidad administrativa, y nadie tenía prisa en seguir removiéndolo. Asuntos Internos acababa de poner en marcha una investigación sobre cómo el asesino había logrado salir del almacenamiento. Dado que se suponía que había participado en ello una I. A., el Hendrix sería sometido a un examen riguroso en algún momento, pero todavía no estaba previsto. Primero había que llevar a cabo varios procedimientos interdepartamentales y Ortega le había soltado a Murawa un cuento sobre cabos sueltos. El capitán de Fell Street le había dado un par de semanas de plazo para ponerlo todo en orden; se sobreentendía que Ortega no sentía muchas simpatías por Asuntos Internos y que eso no les facilitaría mucho las cosas.

Una pareja de detectives de A. I. estuvieron husmeando por el *Rosa de Panamá*, pero Lesiones Orgánicas había cerrado filas en torno a Ortega y Bautista como una pila cerrada a cal y canto. Los de A. I. no llegarían muy lejos.

Teníamos un par de semanas.

Ortega volaba hacia el Nordeste. Las instrucciones de Elliott nos llevaron a un pequeño grupo de estructuras burbuja apiñadas en torno al extremo occidental de un lago bordeado de árboles a cientos de kilómetros de cualquier lugar. Ortega gruñó a modo de reconocimiento cuando viramos sobre el campamento.

—¿Conoces este lugar?

—Otros parecidos. La ciudad de los ladrones. ¿Ves esa antena en el centro? Seguro que la han conectado a una vieja plataforma meteorológica geosincrónica, y les da libre acceso a todo el hemisferio. Probablemente este lugar tenga mucho que ver con todos los delitos informáticos de la Costa Oeste.

—¿No los pillan nunca?

—Depende —Ortega dejó el coche patrulla en la orilla del lago, a una corta distancia de las estructuras burbuja más cercanas—. Con esas emisiones mantienen los antiguos orbitales en funcionamiento. Sin ellos, alguien tendría que pagar el desmantelamiento, y eso sería bastante caro. Mientras lo que facturen sea a pequeña escala, no molestan a nadie. El Departamento de Delitos Informáticos tiene mejores cosas que hacer, y no le interesa a nadie más. ¿Vienes?

Salí del vehículo y caminamos por la orilla hacia el campamento. Desde el aire, el lugar presentaba cierta uniformidad estructural, pero en ese momento me di cuenta de que las estructuras burbuja estaban todas pintadas con dibujos de colores brillantes o diseños abstractos. No había dos que se parecieran, aunque pude distinguir la misma mano en varias de las decoraciones. Además, muchas de las casas contaban con porches cubiertos, ampliaciones secundarias y en algunos casos incluso anexos de cabañas de troncos más permanentes. Había ropa tendida en cuerdas entre los edificios y niños pequeños corriendo, alegres y mugrientos.

El encargado de seguridad del campamento nos interceptó dentro del primer anillo de estructuras. Medía más de dos metros de alto con botas de trabajo y probablemente pesaba tanto como mis dos yoes juntos. Debajo del sobretodo suelto de color gris, distinguí la postura de un luchador. Los ojos eran de un rojo asombroso, y de las sienes asomaban unos cuernos cortos. Debajo de los cuernos, la cara era vieja y estaba llena de cicatrices. El efecto quedaba asombrosamente compensado por el bebé que sostenía con el brazo izquierdo. Hizo un gesto hacia mí.

—¿Tú eres Anderson?

—Sí. Ésta es Kristin Ortega. —Me sorprendió lo insulso que el nombre me sonó de repente. Sin el interfaz hormonal de Ryker, no tenía más que una vaga conciencia de que la mujer que estaba a mi lado era muy atractiva, con un estilo delgado y autosuficiente que recordaba a Virginia Vidaura.

Eso y mis recuerdos.

Me pregunté si ella sentía lo mismo.

—Policía, ¿eh? —El tono del antiguo luchador *freak* no rebosaba afecto precisamente, pero tampoco sonaba demasiado hostil.

—No en estos momentos —dije con firmeza—. ¿Irene está aquí?

—Sí —se cambió el niño de brazo y señaló—. La burbuja con estrellas pintadas. Está esperándoos.

Mientras hablaba, Irene Elliott salió de la estructura en cuestión. El hombre con cuernos gruñó y nos guió por el campamento, reuniendo una pequeña fila de niños por el camino. Elliott nos observaba acercarnos con las manos en los bolsillos. Como el antiguo luchador, llevaba botas y sobretodo de color gris, compensado por una diadema de colores muy vivos que creaba un efecto sorprendente.

—Tus visitantes —dijo el hombre con cuernos—. ¿Estás de acuerdo?

Elliott asintió tranquilamente, y él dudó un momento más antes de encogerse de hombros y marcharse con los niños a remolque. Elliott le observó irse y luego se volvió de nuevo hacia nosotros.

—Será mejor que entréis —dijo.

Dentro de la estructura burbuja, el espacio útil estaba dividido por tabiques de madera y unas alfombras tejidas que colgaban de unos cables situados en la bóveda de plástico. Las paredes estaban cubiertas por más dibujos, la mayoría de los cuales parecían obra de los niños del campamento. Elliott nos condujo a un espacio

débilmente iluminado y amueblado con asientos de saco rellenos de porexpán y una terminal de acceso de aspecto maltrecho en un brazo con bisagras pegado a la pared de la burbuja. Parecía haberse adaptado bien a la funda, y sus movimientos eran suaves y naturales. Ya me había dado cuenta de la mejoría en el panel del *Rosa de Panamá*, a primera hora de la mañana, pero ahora estaba más claro. Se sentó con soltura en uno de los sacos y me miró especulativamente.

—Supongo que estás ahí dentro, Anderson, ¿no?

Incliné la cabeza.

—¿Vas a decirme por qué?

Me senté enfrente de ella.

—Eso depende de ti, Irene. ¿Quieres participar o no?

—Tú me garantizas que recuperaré mi cuerpo —se esforzaba por parecer despreocupada, pero no podía ocultar la ansiedad de su voz—. ¿Ése es el trato?

Levanté la vista hacia Ortega, que asintió.

—Lo es. Si esto sale bien, podremos requisarlo bajo mandato federal. Pero tiene que salir bien. Si la cagamos, probablemente todos acabemos en un tanque.

—¿Actúa con órdenes federales, teniente?

Ortega sonrió tensa.

—No exactamente. Pero según la carta de la ONU, podremos justificar una orden retrospectivamente. Si todo sale bien, como he dicho antes.

—Una orden federal retrospectiva —Elliott volvió a mirarme, alzando las cejas —. Tan habitual como la carne de ballena. Debe de ser algo colosal.

—Lo es —dije.

Elliott entrecerró los ojos.

—Y ya no trabajas para JacSol, ¿verdad? ¿Quién coño eres tú, Anderson?

—Soy tu hada madrina, Elliott. Porque si la requisa de la teniente no funciona, yo te compraré tu funda. Te lo garantizo. Así que ¿quieres participar o no?

Irene Elliott persistió en su indiferencia un momento más, momento en el que sentí que mi respeto técnico por ella adoptaba un tono más personal. Luego asintió.

—Cuéntame —dijo.

Le conté.

Nos llevó una media hora prepararlo, mientras Ortega esperaba de pie o entrando y saliendo sin parar de la estructura burbuja. No podía culparla. En los últimos diez días había visto cómo se desmoronaban prácticamente todos sus principios profesionales, y ahora estaba inmersa en un proyecto que, de salir mal, significaría al menos cien años de almacenamiento para todos los implicados. Creo que, sin Bautista y los otros que tenía detrás, quizá no se hubiera arriesgado, ni siquiera por el odio cordial que le inspiraban los mats, ni siquiera por Ryker.

O tal vez quise convencerme de ello.

Irene Elliott escuchaba en un silencio roto sólo por tres preguntas técnicas para las que yo no tenía respuesta. Cuando terminé, guardó silencio durante mucho rato.

Ortega dejó de dar vueltas y se quedó detrás de mí, esperando.

—Estáis locos —dijo Elliott al fin.

—¿Puedes hacerlo?

Abrió la boca y la volvió a cerrar. Adoptó una expresión soñadora, y supuse que estaba recordando un episodio de invasión anterior. Al cabo de unos instantes se recuperó y asintió como intentando convencerse a sí misma.

—Sí —dijo lentamente—. Puede hacerse, pero no en tiempo real. Esto no es como reprogramar el sistema de seguridad de vuestros amigos camorristas, ni como inocular algo en el núcleo de aquella I. A. En comparación, lo que le hicimos a la I. A. es como una comprobación de sistemas. Para hacerlo, para intentarlo siquiera, necesito un foro virtual.

—Eso no es problema. ¿Algo más?

—Eso depende de los sistemas de protección contra intrusión que tenga el *Despistado* —el disgusto, y un tono de tristeza, tiñeron su voz unos instantes—. ¿Dices que es un burdel de categoría?

—Mucha —dijo Ortega.

Elliott volvió a enterrar sus sentimientos.

—Entonces tendré que hacer unas comprobaciones. Eso llevará tiempo.

—¿Cuánto? —quiso saber Ortega.

—Bueno, puedo hacerlo de dos maneras —un desdén profesional asomaba en su voz, ocultando la emoción que la había dominado antes—. Mediante un escáner rápido y haciendo saltar quizá todas las alarmas que hay a bordo de ese trasto volador. O puedo hacerlo bien, lo cual llevará un par de días. Vosotros escogéis. Depende de la prisa que tengáis.

—Tómate tu tiempo —sugerí, con una mirada de advertencia a Ortega—. ¿Y lo de conectarme para que se pueda grabar todo lo que vea y oiga? ¿Conoces a alguien que pueda hacerlo discretamente?

—Sí, aquí tenemos gente capaz de hacerlo. Pero ya te puedes estar olvidando de los sistemas de telemetría. Si intentas transmitir desde allí, echarás la casa abajo. No es un chiste —se acercó al terminal del brazo y abrió una pantalla de acceso general —. Veré si Reese puede conseguirte un micro oculto. Con una micropila protegida, podrás grabar un par de cientos de horas a alta resolución y nosotros podemos recuperarlo aquí después.

—Suficiente. ¿Va a ser caro?

Elliott se volvió hacia nosotros, con las cejas levantadas.

—Habla con Reese. Probablemente tenga que comprar las piezas, pero a lo mejor consigues que cargue la cirugía a los federales, retrospectivamente. Podrá usarlo como carta de presentación ante la ONU.

Eché un vistazo a Ortega, que se encogió de hombros con exasperación.

—Lo supongo —dijo de mala gana, mientras Elliott se ocupaba de la pantalla. Me puse en pie y me volví a la agente.

—Ortega —murmuré en su oído, súbitamente consciente de que en la nueva funda su aroma no me causaba efecto alguno—. No es culpa mía que estemos cortos de fondos. No disponemos de la cuenta de JacSol, se ha evaporado, y si empiezo a utilizar el crédito de Bancroft para cosas así, va a parecer jodidamente sospechoso. Contrólate.

—No es eso —respondió entre dientes.

—Entonces ¿qué es?

Me miró, en nuestra proximidad brutalmente fría.

—Mierda, sabes perfectamente lo que es —respiré profundamente y cerré los ojos para no encontrarme con su mirada.

—¿Me has conseguido armamento?

—Sí —dio un paso atrás, con la voz de nuevo en tono normal y sin matices—. El aturdidor de la sala de entrenamiento de Fell Street, nadie lo echará de menos. Lo demás está sacado de los almacenes de armas confiscadas del Departamento de Policía de Nueva York. Tomaré el avión para recogerlas mañana personalmente. Transacción de material, no aparecerá en los archivos. Me han devuelto un par de favores.

—Bien. Gracias.

—No tiene importancia —su tono era ferozmente irónico—. Oh, por cierto, les ha costado una barbaridad conseguir la carga de veneno de araña. Supongo que no te importará decirme de qué va, ¿verdad?

—Es una cuestión personal.

Elliott tenía a alguien en la pantalla. Una mujer de aspecto serio en una funda africana muy entrada en la cincuentena.

—Hola, Reese —dijo alegremente—. Tengo un cliente para ti.

A pesar de sus cálculos pesimistas, Irene Elliott terminó el escáner preliminar un día después. Yo estaba junto al lago, recuperándome de la sencilla microcirugía de Reese y tirando piedras con una niña de unos seis años que parecía haberme adoptado. Ortega todavía no había vuelto de Nueva York, y la frialdad que había entre nosotros no se había resuelto del todo.

Elliott salió del campamento y a gritos nos dio la noticia del éxito de su escáner encubierto sin molestarse en venir hasta la orilla. Me estremecí cuando el eco de su voz pasó flotando por encima del agua. Acostumbrarse a la atmósfera abierta del pequeño asentamiento llevaba su tiempo, y yo todavía era incapaz de ver cómo encajaba con la piratería de datos. Le pasé mi piedra a la niña y me restregué pensativamente la insignificante molestia que sentía debajo de un ojo, donde Reese me había implantado el sistema de grabación.

—Toma. A ver si puedes con ésta.

—Tus piedras pesan mucho —dijo ella lastimeramente.

—Bueno, inténtalo de todas formas. He conseguido nueve saltos con la última.

Ella levantó la vista para mirarme.

—Ya, pero tú estás neuroestimulado y yo sólo tengo seis años.

—Cierto. Las dos cosas —le puse una mano en la cabeza—. Pero hay que trabajar con lo que uno tiene.

—Cuando sea mayor estaré conectada, como la tía Reese.

Sentí un poco de tristeza en la limpísima superficie de mi cerebro con el neuroestimulador de Khumalo.

—Me alegro por ti. Mira, tengo que irme. No te acerques demasiado al agua, ¿de acuerdo?

Me miró con exasperación.

—Sé nadar.

—Y yo también, pero parece que está fría, ¿no crees?

—Síííí…

—Pues por eso. —Le alboroté el pelo y me alejé por la playa. En la primera estructura burbuja, miré atrás. La niña estaba arrojando con esfuerzo la gran piedra plana al lago, como si el agua fuera un enemigo.

Elliott tenía el expansivo estado de ánimo del que la mayoría de las ratas de ordenadores parecen disfrutar después de un largo período navegando por los datos.

—He estado haciendo un poco de arqueología —dijo, sacando el brazo de la terminal de su lugar de descanso. Sus manos brincaron por las teclas y la pantalla cobró vida con un destello, bañando su rostro de color—. ¿Cómo va el implante?

Me toqué el párpado inferior una vez más.

—Bien. Conectado directamente al mismo sistema que controla el chip temporal. Reese podría ganarse la vida haciendo esto.

—Antes lo hacía —dijo Elliott brevemente—. Hasta que la pillaron por editar folletos contrarios al Protectorado. Cuando todo esto haya acabado, asegúrate de que alguien la recomienda a nivel federal, porque de verdad que le hace falta.

—Sí, me lo dijo —miré la pantalla por encima de su hombro—. ¿Qué tienes ahí?

—*Despistado*. Planos del aeroastillero de Tampa. Cosas sobre el casco, la construcción. Esto tiene siglos de antigüedad. Me asombra que todavía lo tengan guardado. En fin, parece que originalmente fue construido como parte de la flotilla de vigilancia de tormentas caribeñas, antes de que la red meteorológica orbital SkySystems la dejara sin trabajo. Quitaron muchos de los equipos de escaneo de largo alcance cuando reacondicionaron el dirigible, pero dejaron los sensores locales, y eso es lo que les proporciona la seguridad básica. Puntas de temperatura, infrarrojos, ese tipo de cosas. Si algo con calor corporal aterriza en cualquier parte del casco, ellos se enteran.

Asentí, muy poco sorprendido.

—¿Maneras de entrar?

Se encogió de hombros.

—Centenares. Conductos de ventilación, tubos de mantenimiento. Escoge lo que más te guste.

—Necesitaré echar otro vistazo a lo que Miller le contó a mi constructo. Pero supongo que entraré por la parte de arriba. ¿De verdad el calor corporal es el único problema?

—Sí, pero esos sensores detectan cualquier diferencial de temperatura superior a un milímetro cuadrado. Un traje indetectable no te cubrirá. Dios, probablemente los dispare incluso el aire que sale de tus pulmones. Y ahí no acaba todo —Elliott asintió sombría ante la pantalla—. El sistema debió de gustarles mucho, porque cuando lo reacondicionaron lo ampliaron a toda la nave. A los monitores de temperatura ambiente de todos los corredores y pasillos.

—Sí, Miller comentó algo sobre una identificación por firma de calor.

—Eso es. Los huéspedes la obtienen al entrar y sus códigos se incorporan al sistema. Cualquiera que camine por un corredor sin ser invitado, o va a algún sitio al que no puede ir según su identificación, dispara todas las alarmas del casco. Simple, y muy eficaz. No creo que pueda colarte y escribirte un código de bienvenida. Demasiada seguridad.

—No te preocupes por eso —dije—. No creo que haya ningún problema.

—¿Qué? —Ortega me miró mientras la furia y el escepticismo se extendían por su rostro como un frente de tormenta. Se apartó de mí como si pudiera contagiarse.

—Sólo era una sugerencia. Si tú no…

—No —pronunció la palabra como si fuera nueva para ella y le gustara el sabor —. No. De ninguna maldita manera. Por ti he sido cómplice de un delito de contaminación vírica, por ti he ocultado pruebas, te he ayudado en un enfundado múltiple…

—Muy poco múltiple.

—Es un puto delito —dijo entre dientes—. No voy a robar drogas confiscadas de los almacenes de la policía para ti.

—Vale, olvídalo —vacilé, me toqué el interior de la mejilla con la lengua un momento—. ¿Me ayudas a confiscar un poco más, entonces?

Algo en mi interior aplaudió cuando una sonrisa involuntaria apareció en su cara.

El traficante estaba en el mismo lugar que cuando me atrapó en su radio de emisión dos semanas antes. Esta vez lo vi a veinte metros de distancia, ocultándose en un hueco con la unidad de emisión de ojos de murciélago en el hombro, como un espíritu familiar. Había muy poca gente en la calle en cualquier dirección. Asentí a Ortega, que estaba estacionada al otro lado de la calle, y eché a caminar. El emisor de ventas no había cambiado, la calle de mujeres exageradamente feroces y la súbita calma del chute de betatanatina, pero esta vez lo esperaba, y de todas formas el

neuroestimulador de Khumalo obró un definido efecto de amortiguación en la intrusión. Di un paso hacia el traficante con una sonrisa ansiosa.

—Tengo rígida, tío.

—Bien, eso es lo que estoy buscando. ¿Cuánta tienes?

Se sobresaltó un poco, con la expresión entre codiciosa y suspicaz. Bajó la mano hacia la caja de horror del cinturón sólo por si acaso.

—¿Cuánta quieres, tío?

—Toda —dije alegremente—. Toda la que tengas. —Me entendió, pero entonces ya era demasiado tarde. Le había agarrado dos dedos clavados en los controles de la caja de horror.

—Ah-ah.

Él me lanzó un golpe con el otro brazo. Yo le rompí los dedos. Aulló y se derrumbó de dolor. Le di una patada en el vientre y le quité la caja de horror. Detrás de mí, Ortega llegó y mostró su placa al rostro bañado en sudor.

—Policía de Bay City —dijo lacónicamente—. Estás arrestado. Vamos a ver lo que tienes por aquí, ¿de acuerdo?

La betatanatina estaba en una serie de almohadillas dérmicas con unos diminutos decantadores de cristal envueltos en algodón. Levanté una de las ampollas a la luz y la sacudí. El líquido de su interior era rojo claro.

—¿Cuánto calculas? —le pregunté a Ortega—. ¿Un ocho por ciento?

—Eso parece. Tal vez menos —Ortega puso una rodilla sobre el cuello del traficante, aplastándole la cara contra el pavimento—. ¿Dónde has cortado este material, amigo?

—Es una buena mercancía —chilló el traficante—. Compro directamente. Es…

Ortega le golpeó con fuerza en el cráneo con los nudillos y él se calló.

—Es una mierda —dijo ella, con paciencia—. Está tan adulterada que no te daría ni un resfriado. No la queremos. Así que puedes tomar todo el alijo y marcharte, si quieres. Lo único que queremos saber es dónde la pillaste. Una dirección.

—No conozco ningún…

—¿Quieres que te peguemos un tiro cuando te vayas? —le preguntó Ortega en tono agradable, y él se quedó muy quieto de repente.

—Un sitio de Oakland —dijo hoscamente. Ortega le dio lápiz y papel.

—Escríbelo. Nada de nombres, sólo la dirección. Y te juro que si intentas quedarte conmigo, volveré con cincuenta centímetros cúbicos de rígida de verdad para ti solo, sin adulterar.

Cogió el papel arrugado y lo miró, apartó la rodilla del cuello del traficante y le dio un golpecito en el hombro.

—Bien. Ahora levántate y vete de aquí de una maldita vez. Mañana puedes volver al trabajo, si me has dado el lugar correcto. Y si no, recuerda, conozco tu territorio.

Lo observamos irse tambaleándose y Ortega dio un golpecito al papel.

—Conozco este lugar. Control de Sustancias los pilló un par de veces el año pasado, pero algún abogado muy hábil saca siempre a los tíos importantes. Haremos un montón de ruido, dejaremos que crean que nos van a comprar con una bolsa sin adulterar.

—Perfectamente —miré la figura del traficante alejándose—. ¿De verdad le habrías disparado?

—No —Ortega sonrió—. Pero él no lo sabe. En Control de Sustancias lo hacen a veces, sólo para echar a los grandes traficantes de la calle cuando tienen algo importante entre manos. Una reprimenda oficial para el agente en cuestión y pagas de compensación para una nueva funda, pero lleva tiempo, y el cerdo se lo pasa en el almacén. Además, que te disparen es doloroso. He sido convincente, ¿eh?

—Joder, hasta a mí me has convencido.

—A lo mejor tendría que haberme metido en las Brigadas.

Sacudí la cabeza.

—A lo mejor no tendrías que pasar tanto tiempo conmigo.

Levanté la vista al techo, esperando a que los códigos sonoros del hipnófono me evadieran de la realidad. A mi lado, Davidson, la rata de ordenador de Lesiones Orgánicas, y Ortega, habían ocupado sus tumbonas y a pesar de los hipnófonos podía sentir su respiración, lenta y regular, en los límites de la percepción de mi neuroestimulador. Intenté relajarme, dejar que el hipnosistema me llevara a unos niveles de conciencia cada vez más débiles, pero en lugar de eso mi mente zumbaba examinando los detalles del golpe como chequeando programas en busca de un error. Era como el insomnio que había sufrido después de Innenin, una exasperante picazón sináptica que se negaba a desaparecer. Cuando el reloj de mi visión periférica me dijo que había transcurrido al menos un minuto entero, me incorporé apoyándome en el codo y miré alrededor, a las figuras que soñaban en las otras camillas.

—¿Algún problema? —pregunté en voz alta.

—La localización de Sheryl Bostock ha terminado —dijo el hotel—. Supuse que preferirías estar solo cuando te informara.

Me senté y empecé a quitarme los electrodos del cuerpo.

—Supusiste bien. ¿Estás seguro de que todos los demás están allí?

—La teniente Ortega y sus colegas están en virtual desde hace aproximadamente dos minutos. Irene Elliott lleva allí desde esta tarde. Pidió que no la molestaran.

—¿A qué ratio estás operando en estos momentos?

—Once con quince. Es lo que me pidió Irene Elliott.

Asentí para mí mismo mientras me levantaba de la tumbona. Once con quince era una ratio de trabajo estándar de las ratas de ordenadores. También era el título de una película de Micky Nozawa especialmente sangrienta, pero por lo demás poco

memorable. El único detalle que recordaba con claridad era que, inesperadamente, el personaje de Micky moría al final. Yo esperaba que no fuera un presagio.

—Muy bien —dije—. Vamos a ver lo que tienes.

Entre el mar en movimiento, apenas visible, y las luces de la cabaña, había un bosquecillo de limoneros. Yo iba por un sucio sendero entre los árboles y la fragancia cítrica me daba sensación de limpieza. Desde la ancha extensión de hierba del otro lado, las cigarras cantaban tranquilizadoras. En el cielo de terciopelo había estrellas como piedras preciosas pegadas en él, y detrás de la cabaña la tierra ascendía hasta unas suaves colinas y unos afloramientos rocosos. Las vagas formas blancas de unas ovejas se movían en la oscuridad de las laderas, y en alguna parte oí un perro ladrar. Las luces de una aldea de pescadores brillaban trémulas a un lado, más débiles que las estrellas.

Unos faroles colgaban de la baranda superior del porche frontal de la cabaña, pero no había nadie sentado a las mesas de madera de allí. La pared frontal tenía pintado un extravagante mural abstracto entrelazado con las letras luminosas de un cartel que decía Pensión Flor del 68. Unos carillones pendían de la barandilla, titilando y girando en la débil brisa procedente del mar. Emitían diversos sonidos suaves que iban desde un campanilleo vítreo a una percusión de madera hueca.

En el descuidado prado en pendiente que había frente al porche, alguien había reunido una incongruente colección de sofás y sillones en un círculo desigual, como si alguien hubiera levantado la estructura de la cabaña y la hubiera depositado de nuevo un poco más arriba en la colina. De los asientos reunidos llegaba el tenue sonido de voces y el resplandor rojo de los cigarrillos encendidos. Busqué mi propio suministro, advertí que ya no tenía ni paquete ni necesidad y sonreí irónicamente en la oscuridad.

La voz de Bautista se elevó sobre el murmullo de la conversación.

—¿Kovacs? ¿Eres tú?

—¿Quién va a ser si no? —oí a Ortega decir con impaciencia—. Estamos en un maldito virtual.

—Sí, pero… —Bautista se encogió de hombros y señaló con un gesto los asientos vacíos—. Bienvenido a la fiesta.

Había cinco figuras sentadas en el círculo de muebles de salón. Irene Elliott y Davidson estaban en un sofá junto a la silla de Bautista. Al otro lado de Bautista, Ortega había estirado sus largos miembros ocupando un segundo sofá por entero.

La quinta figura estaba arrellanada en otro sillón, con las piernas extendidas hacia delante, el rostro hundido en las sombras. Unos cabellos hirsutos y negros se recortaban contra un pañuelo multicolor. En su regazo había una guitarra blanca. Me detuve delante de él.

—¿El Hendrix, verdad?

—Correcto —había una profundidad y un timbre en su voz antes ausentes. Las grandes manos se movieron por los trastes y arrojaron unas cuantas cuerdas al césped ensombrecido—. Proyección de entidad básica, integrada por los diseñadores originales. Si se desmontan los sistemas reflectantes del cliente, esto es lo que se obtiene.

—Bien —ocupé un sillón frente a Irene Elliott—. ¿Estás contenta con el entorno de trabajo?

Ella asintió.

—Sí, está bien.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—¿Yo? —Se encogió de hombros—. Un día o así. Tus amigos llegaron hace un par de horas.

—Dos y media —dijo Ortega con acritud—. ¿Por qué te has entretenido?

—Un fallo técnico del neuroestimulador —señalé a la figura del Hendrix con un gesto—. ¿No os lo ha contado?

—Es exactamente lo que nos dijo —la mirada de Ortega era completamente policial—. Pero me gustaría saber lo que significa.

Hice un gesto de impotencia.

—A mí también. El sistema de Khumalo me echaba una y otra vez, y nos llevó un rato conseguir la compatibilidad. A lo mejor me quejo a los fabricantes —me volví de nuevo a Irene Elliott—. Supongo que querrás ejecutar el formato al máximo para la invasión.

—Supones bien —Elliott señaló a la figura del Hendrix con el pulgar—. Éste dice que puede llegar a los trescientos veintitrés como máximo, y vamos a necesitarlo absolutamente todo para lograrlo.

—¿Has preparado ya la ejecución?

Elliott asintió con desánimo.

—Está más vigilado que un banco orbital. Pero tengo un par de cosas interesantes que contarte. Una: sacaron a tu amiga Sarah Sachilowska del *Despistado* hace dos días, transfiriéndola por el comsat de la Puerta a Harlan. Así que está fuera de la línea de tiro.

—Estoy impresionado. ¿Cuánto tiempo necesitaste para averiguarlo?

—Un poco —Elliott inclinó la cabeza en dirección al Hendrix—. Pero tuve ayuda.

—¿Y la segunda cosa interesante?

—Sí. Hay una transmisión encubierta a un receptor de Europa cada dieciocho horas. No puedo decirte mucho más sin ejecutar la invasión, y me imaginé que no querrías empezar todavía. Pero parece ser lo que estamos buscando.

Recordé las armas automáticas arácnidas y los sacos matrices a prueba de impactos, los sombríos guardianes de piedra que sostenían el techo de la basílica de

Kawahara, y me descubrí una vez más sonriendo en respuesta a aquellas sonrisas desdeñosas y encapuchadas.

—Bien, pues —miré al equipo reunido—. Que empiece la función.

Capítulo 40

Era Sharya, otra vez.

Una hora después del anochecer nos sacudimos el polvo en la torre del Hendrix y nos internamos en la noche moteada por el tráfico. Ortega había sacado el mismo vehículo Lock-Mit que me había llevado a Suntouch House, pero cuando miré alrededor en el vientre de la nave, débilmente iluminado, lo que recordé fue la orden de ataque de las Brigadas a Zihicce. La escena era la misma; Davidson interpretando el papel de oficial de comunicación de datos, con el rostro bañado por la luz azul claro de su pantalla; Ortega como médico, sacando los dérmicos y el botiquín de una bolsa hermética. En la escotilla que llevaba a la cabina de mando, Bautista parecía preocupado, mientras otro mohicano que yo no conocía se encargaba de pilotar el vuelo. Algo debió de notárseme en la cara, porque Ortega se inclinó de repente para estudiarme.

—¿Algún problema?

Negué con la cabeza.

—Sólo un poco de nostalgia.

—Bueno, espero que no te equivocaras con las medidas —se apoyó contra el casco. En su mano, el primer dérmico parecía un pétalo arrancado de alguna planta verde iridiscente. Le sonreí y volví la cabeza a un lado para exponer la yugular.

—Éste es el catorce por ciento —dijo, y me puso el pétalo verde y frío en el cuello. Sentí la débil adherencia, como un suave papel de lija, y luego un dedo largo y frío me atravesó la clavícula y se internó en mi pecho.

—Es cómodo.

—Ya puede serlo. ¿Sabes cuánto valdría esto en la calle?

—Ventajas de la ayuda de la ley, ¿eh?

Bautista se volvió.

—No tiene gracia, Kovacs.

—Déjalo en paz, Rod —dijo Ortega, con pereza—. Tiene derecho a hacer un chiste malo, teniendo en cuenta las circunstancias. Sólo son los nervios.

Me llevé un dedo a la sien en un gesto de agradecimiento. Ortega despegó otro dérmico con cautela y se echó hacia atrás.

—Tres minutos para el próximo —dijo—. ¿De acuerdo?

Asentí con complacencia y abrí la mente a los efectos de la rígida.

Al principio fue incómodo. Cuando la temperatura de mi cuerpo empezó a bajar, el aire del vehículo se volvió caliente y opresivo. Se me metía con esfuerzo en mis pulmones y ahí se quedaba, y cada bocanada de aire resultaba trabajosa. Con los cambios en el equilibrio de fluidos de mi cuerpo, la vista se me nubló y la boca se me quedó desagradablemente seca. El movimiento, por pequeño que fuese, empezaba a parecerme imposible. Incluso pensar me exigía un gran esfuerzo.

Luego se activaron los estimulantes de control y en cuestión de segundos la niebla de mi cabeza se convirtió en el resplandor insoportable de la luz del sol en un cuchillo. La espesa calidez del aire se desvaneció cuando los controles neuronales permitieron a mi sistema soportar el cambio de temperatura corporal. Inhalar pasó a ser un placer lánguido, como beber ron caliente una noche de frío. La cabina del vehículo y la gente que en ella estaba eran de repente como un *puzzle* codificado para el que tenía la solución con sólo… Sentí que una sonrisa estúpida se adueñaba de mis rasgos.

—Vaya, Kristin, esto es… bueno. Es mejor que Sharya.

—Me alegro de que te guste —Ortega echó un vistazo a su reloj—. Dos minutos más. ¿Estas listo?

—Sí —fruncí los labios y soplé por ellos—. Listo para cualquier cosa. Cualquiera.

Ortega echó la cabeza atrás en dirección a Bautista, que supuestamente podría ver la instrumentación en el cuadro de mandos.

—Rod. ¿Cuánto tiempo tenemos?

—Llegaremos en menos de cuarenta minutos.

—Será mejor que cojas el traje.

Mientras Bautista trasteaba en un armario que había en el techo, Ortega se metía la mano en el bolsillo y sacaba un hipoespray terminado en una aguja de aspecto desagradable.

—Quiero que lleves esto —dijo—. Un poco de prevención de Lesiones Orgánicas.

—¿Una aguja? —Sacudí la cabeza con lo que me pareció una precisión mecánica —. Esto… No pensarás clavarme esa maldita cosa.

—Es un filamento trazador —dijo ella pacientemente—. Y no vas a salir de esta nave sin él.

Miré el brillo de la aguja, cortando los hechos mentalmente como verduras en un cuenco de ramen. En los marines tácticos usábamos filamento subcutáneo para seguir el rastro de los agentes en operaciones encubiertas. En caso de que algo saliera mal, nos decía dónde podíamos buscar exactamente a los nuestros. Si todo iba bien, el filamento se deshacía convirtiéndose en residuos orgánicos, normalmente al cabo de cuarenta y ocho horas.

Miré a Davidson.

—¿Qué alcance tiene?

—Cien kilómetros —el joven mohicano me pareció de pronto muy competente al resplandor de su pantalla—. Sólo señal de búsqueda. No emite radiaciones a menos que te llamemos. Es bastante segura.

Me encogí de hombros.

—Vale. ¿Dónde quieres ponérmelo?

Ortega se levantó con la aguja en la mano.

—En los músculos del cuello. Queda bien y está cerca de la pila, por si te cortaran la cabeza.

—Estupendo —me puse en pie y me volví para que pudiera meterme la aguja. Sentí una breve punzada de dolor en las hebras musculares de la base del cráneo que luego desapareció. Ortega me dio un golpecito en el hombro.

—Listo. ¿Lo tenemos en pantalla?

Davidson apretó un par de botones y asintió satisfecho. Delante de mí, Bautista dejó el arnés gravitatorio en un asiento. Ortega echó un vistazo a su reloj y cogió el segundo dérmico.

—Treinta y siete por ciento —dijo—. ¿Preparado para la Gran Helada?

Era como estar sumergido en diamantes.

Para cuando llegamos al *Despistado*, la droga había eliminado prácticamente la mayoría de mis respuestas emocionales y todo tenía los bordes afilados y brillantes de los datos en bruto. La claridad se convirtió en una sustancia, una película de comprensión que envolvía todo cuanto veía y oía a mi alrededor. El traje indetectable y el arnés gravitatorio parecían una armadura de samurái, y cuando saqué el aturdidor de su funda para comprobar sus especificaciones, sentí la carga enroscada en su interior como algo tangible.

Fue la única frase de perdón de la sintaxis armamentística que llevé conmigo. El resto eran inequívocas sentencias de muerte.

La pistola de agujas, cargada de veneno de araña, sujeta a mis costillas superiores frente al aturdidor. Puse la apertura del cañón en posición máxima. A cinco metros, abatiría a todos los oponentes de la habitación con un solo tiro, sin retroceso y en completo silencio. *Sarah Sachilowska dice hola*.

El dispensador de microgranadas termitas, de tamaño y grosor no mucho mayores que los de un disquete de datos, sujeto en una bolsa en mi cadera izquierda. *In memoriam Ifigenia Deme*.

El cuchillo Tebbit de mi antebrazo en su resorte bajo el traje indetectable, como una última palabra.

Busqué la fría sensación que me había colmado en el exterior del Jerry’s Closed Quarters y, en las profundidades cristalinas de la rígida, no me hizo falta. Tiempo de misión.

—Objetivo a la vista —dijo el piloto—. ¿Quiere subir y echar un vistazo al bebé?

Miré a Ortega, quien se encogió de hombros, y los dos nos trasladamos a la parte delantera. Ortega se sentó junto al mohicano y se puso los auriculares del copiloto. Yo me contenté con quedarme junto a Bautista en la escotilla de acceso. La vista era igual de buena desde allí.

La mayor parte de la cabina de mando era de aleación transparente y la instrumentación sobresalía de ella, lo que permitía al piloto disfrutar de una vista

ininterrumpida del espacio aéreo; recordé aquella sensación en Sharya, como conducir una bandeja ligeramente cóncava, una lengua de acero o quizá una alfombra mágica, a través del paisaje nuboso de abajo. Una sensación que era a la vez mareante y poderosa. Miré el perfil del mohicano y me pregunté si sería tan indiferente a esa sensación como yo bajo influencia de la rígida.

Esta noche no había nubes. El *Despistado* flotaba a la izquierda como una aldea montañosa vista desde lejos. Un grupo de diminutas luces azules que cantaban dulcemente sobre el regreso a casa y el calor en la inmensidad negra y helada. Kawahara parecía haber escogido el borde del mundo para el burdel.

Cuando nos ladeábamos hacia las luces, un curioso sonido electrónico invadió la cabina de mando y la instrumentación se oscureció brevemente.

—Ya está, hemos entrado —dijo Ortega de pronto—. Allá vamos. Quiero un acercamiento por debajo. Que nos vean bien.

El mohicano guardó silencio, pero el morro del vehículo cayó. Ortega levantó la mano hasta un panel de instrumentos que sobresalía de la transparencia sobre su cabeza y tocó un botón. Una voz dura, masculina, retumbó en la cabina.

—… Que se encuentra en espacio aéreo restringido. Tenemos licencia para destruir cualquier nave intrusa. Identifíquese inmediatamente.

—Somos del Departamento de Policía de Bay City —dijo Ortega, lacónica—. Si miras por la ventana verás las rayas. Hemos venido por asuntos oficiales de la policía, colega, así que a la mínima que apuntes con un lanzacohetes en esta dirección te haré desaparecer del cielo.

Hubo un silencio siseante. Ortega se volvió para mirarme y sonrió. Delante de nosotros, el *Despistado* creció como el objetivo en el visor de un misil y luego se elevó de repente sobre nuestras cabezas cuando el piloto nos metió debajo de su casco y viró. Vi racimos de luces como frutas heladas en los puentes y en la parte inferior de las plataformas de aterrizaje, el vientre hinchado de la nave curvándose hacia arriba a cada lado, luego la dejamos atrás.

—Exponga la naturaleza de los asuntos que la traen aquí —dijo la voz brusca y desagradablemente.

Ortega miró afuera por un lado de la cabina, como buscando al hablante en la superestructura de la nave. Su voz sonó helada.

—Mira, bonito, ya te he expuesto la naturaleza del asunto que me trae aquí. Ahora consígueme una plataforma de aterrizaje.

Más silencio. Trazamos un círculo en torno a la nave a cinco kilómetros de distancia. Empecé a ponerme los guantes del traje indetectable.

—Teniente Ortega —esta vez era la voz de Kawahara, pero sumergido en la betatanatina, incluso el odio me parecía distante y tuve que recordarme que debía sentirlo. La mayor parte de mí estaba ocupada calculando la rapidez con la que habían conseguido identificar la voz de Ortega—. Qué sorpresa. ¿Tiene usted algún tipo de autorización? Creo que nuestras licencias están en orden.

Ortega me miró levantando una ceja. La identificación de la voz la había sorprendido a ella también. Se aclaró la garganta.

—No es cuestión de licencias. Estamos buscando a un fugitivo. Si sigue hablando de autorizaciones, quizá deba suponer que tiene la conciencia culpable.

—No me amenace, teniente —dijo Kawahara con frialdad—. ¿Tiene idea de con quién está hablando?

—Con Reileen Kawahara, supongo —en el silencio mortal que siguió, Ortega levantó el puño hacia el techo en un gesto de júbilo y se volvió para sonreírme. Había dado en el blanco. Sentí una levísima arruga de diversión alzarse en las comisuras de mis labios.

—Tal vez sería mejor que me dijera el nombre del fugitivo, teniente —la voz de Kawahara se había vuelto tan suave como la expresión de una funda sintética desocupada.

—Se llama Takeshi Kovacs —dijo Ortega, dirigiéndome otra sonrisa—. Pero en estos momentos está reenfundado en el cuerpo de un antiguo agente de policía. Me gustaría hacerle algunas preguntas sobre su relación con este hombre.

Hubo otra larga pausa, y supe que el cebo funcionaría. Había elaborado sus múltiples facetas con todo el cuidado del mejor de los montajes de las Brigadas. Era casi seguro que Kawahara conocía la relación de Ortega y Ryker, y probablemente adivinara su aventura con el nuevo inquilino de la funda de su amante. Se tragaría la inquietud de Ortega ante mi desaparición. Se tragaría la visita no autorizada de Ortega al *Despistado*. Suponiendo que había comunicación entre Kawahara y Míriam Bancroft, creería saber dónde estaba yo y confiaría en tener ventaja sobre la teniente.

Pero lo más importante era que querría saber cómo se había enterado la policía de Bay City de que ella estaba a bordo del *Despistado*. Y como era probable que lo supieran, directa o indirectamente, a través de Takeshi Kovacs, querría averiguar cómo lo sabía él. Querría saber cuánto sabía él, y cuánto le había contado a la policía.

Querría hablar con Ortega.

Me abroché los cierres de las muñecas del traje indetectable y esperé. Terminamos la tercera vuelta al *Despistado*.

—Será mejor que suba a bordo —dijo Kawahara al fin—. Faro de aterrizaje a estribor. Sígalo, le darán un código.

El Lock-Mit estaba equipado con un tubo de disparo trasero, una variante civil más pequeña del lanzacohetes que en los modelos militares se destinaba a bombas inteligentes o aviones teledirigidos de vigilancia. El acceso al tubo se realizaba a través del suelo de la cabina principal y, con algunas contorsiones, me metí dentro, perfectamente equipado con el traje indetectable, el arnés gravitatorio y mi colección de armas. Lo habíamos practicado tres o cuatro veces en tierra, pero ahora, con el vehículo moviéndose hacia el burdel, de repente me parecía un proceso largo y

complicado. Me puse por fin el arnés gravitatorio y Ortega dio un golpe en el casco del traje antes de bajar la escotilla y enterrarme en la oscuridad.

Tres segundos después el tubo se abrió de repente y me escupió al cielo nocturno.

Sentí una alegría que recordaba vagamente algo que aquella funda no conservaba a nivel celular. De los estrechos confines del tubo y la ruidosa vibración de los motores de la nave, de repente había pasado a un espacio y un silencio absolutos. Ni siquiera la corriente de aire atravesó el acolchado de espuma del casco del traje cuando caí. El arnés gravitatorio se activó en cuanto estuve fuera del tubo y me protegió de la caída antes de que ésta hubiera empezado de verdad. Sentí que me elevaba en el campo gravitatorio, no del todo inmóvil, como una pelota sosteniéndose encima de un chorro de agua en una fuente. Giré y observé cómo las luces de navegación del transporte encogían a medida que se acercaban a la mole del *Despistado*.

La nave flotaba encima y delante de mí como una amenazante nube de tormenta. Las luces brillaban desde el casco curvado y la superestructura llena de puentes de debajo. En circunstancias normales habría tenido la terrible sensación de ser un objetivo inmóvil, pero la betatanatina se llevaba mis emociones en un limpio río de detalles y datos. En el traje indetectable era tan negro como el cielo que me rodeaba e invisible para casi todos los radares. En teoría el campo gravitatorio que generaba podría aparecer en algún escáner, pero dentro de las enormes distorsiones producidas por los estabilizadores de la nave tendrían que estar buscándome, y a conciencia, además. Era consciente de todo esto con una confianza absoluta que no dejaba lugar a dudas, temores u otras complicaciones emocionales, estaba cabalgando a la rígida.

Puse los propulsores en un cauto movimiento hacia delante y floté hacia la enorme pared curva de la nave. Dentro del casco, unos gráficos de simulación aparecieron en la superficie del visor y vi los puntos de entrada que Irene Elliott había buscado para mí delineados en rojo. Uno en concreto, la entrada abierta de una torreta de recogida de muestras en desuso, brillaba intermitentemente junto a las letras verdes y elegantes que decían Prospector Uno. Fui subiendo en su dirección.

La entrada de la torreta tenía aproximadamente un metro de ancho y los bordes de donde habían amputado el sistema de muestreo atmosférico estaban llenos de marcas. Levanté las piernas por delante —un logro significativo para estar en un campo gravitatorio— y me agarré al borde de la escotilla, para concentrarme luego en meterme hasta la cintura. Una vez allí me retorcí hacia delante para salvar el arnés gravitatorio y pude deslizarme por el hueco y caer en el suelo de la torreta. Apagué el arnés gravitatorio. Dentro, apenas había espacio para que un técnico tumbado de espaldas comprobara el panel del equipo. En la parte de atrás de la torreta se veía una antigua cámara estanca, equipada con una rueda de presión, tal como constaba en las impresiones que había obtenido Irene Elliott. Serpenteando, avancé hasta que pude aferrar la rueda con las dos manos, consciente de que tanto el traje como el arnés se me enganchaban en la estrecha trampilla y de que el esfuerzo había agotado casi del

todo mis fuerzas físicas inmediatas. Respiré profundamente para alimentar los músculos comatosos, esperé a que mi corazón ralentizado bombeara oxígeno a mi cuerpo y tiré de la rueda. En contra de lo que esperaba, giró sin dificultad y la escotilla de la cámara estanca cayó hacia fuera. Detrás había una oscuridad llena de aire.

Permanecí inmóvil un rato, haciendo acopio de más fuerza muscular. Era necesario un tiempo para acostumbrarse al *cocktail* de dos dosis de rígida. En Sharya nunca necesitamos ir más allá del veinte por ciento. La temperatura ambiente de Zihicce era bastante alta y los tanques-araña tenían unos sensores de infrarrojos bastante rudimentarios. Aquí arriba, un cuerpo a temperatura ambiente shariana dispararía todas las alarmas del casco. Sin una cuidada provisión de oxígeno, mi cuerpo agotaría rápidamente sus reservas de energía celular y me dejaría boqueando en el suelo como un espadarte arponeado. Yací inmóvil, respirando lenta y profundamente.

Al cabo de un par de minutos, volví a darme la vuelta y me desabroché el arnés gravitatorio, me deslicé con cuidado por la escotilla y golpeé una rejilla de acero con la base de las manos. Despacio, saqué el resto de mi cuerpo de la escotilla, sintiéndome como una mariposa emergiendo de una crisálida. Comprobando el oscuro pasillo en ambas direcciones, me puse en pie y me quité el casco y los guantes del traje indetectable. Si los planos de la quilla que Irene Elliott había robado en su invasión de la memoria del aeródromo de Tampa todavía eran exactos, el pasillo pasaba entre los enormes silos de helio hasta llegar a la sala de control de flotación de popa, y desde allí podría bajar por una escalera de mantenimiento directamente al puente principal. Según lo que habíamos deducido del interrogatorio de Miller, las dependencias de Kawahara estaban dos niveles por debajo, en el lado de babor. Tenían dos ventanas enormes que miraban hacia abajo, fuera del casco.

Hice memoria para recordar los planos, saqué la pistola de agujas y me dirigí hacia la popa.

Tardé menos de quince minutos en llegar a la sala de control de flotación, y no vi a nadie por el camino. La sala de control parecía automática y empecé a sospechar que en la actualidad casi nadie se molestaba en visitar los interiores abovedados de la parte superior del casco. Hallé la escalera de mantenimiento y bajé con esfuerzo hasta que el resplandor cálido de abajo me dijo que estaba a punto de llegar al puente. Me detuve a escuchar en busca de voces, forzando al máximo los sentidos del oído y la proximidad durante un minuto entero antes de bajar los últimos cuatro metros y dejarme caer en el suelo de un corredor enmoquetado. Estaba desierto en ambas direcciones.

Comprobé mi visualizador temporal interno y guardé la pistola de agujas. El tiempo de misión se acumulaba. Ahora Ortega y Kawahara estarían hablando. Miré la

decoración y supuse que la función original del puente ya no se realizaba allí. El corredor estaba decorado con un rojo y un dorado opulentos, con grupos de plantas exóticas y lámparas en forma de cuerpos copulando cada pocos metros. La alfombra debajo de mis pies era tupida y tenía tejidas imágenes muy detalladas de entrega sexual. Varones, mujeres y variantes intermedias se enroscaban entre sí a lo largo del corredor en una progresión ininterrumpida de orificios tapados y extremidades abiertas. En las paredes colgaban holomarcos igualmente explícitos que cobraban vida, jadeando y gimiendo, cuando pasaba por su lado. En uno de ellos creí reconocer a la mujer de cabellos oscuros y labios encarnados del anuncio de la calle, la mujer que quizá apretara su muslo contra el mío en un bar en el otro extremo del planeta.

Con la fría indiferencia de la betatanatina, nada de aquello tenía más efecto sobre mí que una pared llena de tecnografos marcianos.

A ambos lados del corredor, a intervalos de unos diez metros, había unas puertas dobles de lujosos acabados. No hacía falta mucha imaginación para saber lo que había detrás. Las biocabinas del Jerry’s, con cualquier otro nombre; cualquiera de las puertas podía perfectamente arrojar un cliente en cualquier momento. Apresuré el paso, buscando un pasillo que yo sabía que llevaba a las escaleras y los ascensores hacia los otros niveles.

Estaba a punto de llegar cuando una puerta, cinco metros delante de mí, se abrió de repente. Me quedé inmóvil, con la mano en la culata de la pistola de agujas, los hombros pegados a la pared, la mirada fija en el marco de la puerta. El neuroestimulador zumbaba.

Delante de mí, un animal de pelo gris que podía ser un cachorro de lobo medio crecido o un perro, salió de la puerta abierta con una lentitud artrítica. Mantuve la mano en la pistola y me aparté de la pared, observando. El animal no me llegaba mucho más arriba de la rodilla y andaba a cuatro patas, pero había algo muy raro en la estructura de sus patas posteriores. Algo dislocado. Echó las orejas atrás y un débil lamento salió de su garganta. Volvió la cabeza hacia mí y por un momento mi mano se tensó sobre la pistola, pero el animal sólo me miró un instante y el sufrimiento mudo de sus ojos bastó para decirme que no corría peligro. Luego renqueó dolorosamente por el corredor hasta una habitación más lejana de la pared opuesta y allí se detuvo, con la larga cabeza pegada a la puerta, como escuchando.

Con una sensación irreal de pérdida de control, lo seguí e incliné yo también la cabeza contra la superficie de la puerta. La insonorización era buena, pero no podía rivalizar con el neuroestimulador de Khumalo a máxima potencia. En algún lugar, cerca de los límites de mi percepción, unos sonidos entraron en mi oído como insectos zumbantes. Un sonido monótono, sordo y rítmico y algo que podían ser los gritos suplicantes de alguien casi sin fuerzas. Terminó casi en cuanto lo capté.

Debajo de mí, el perro dejó de gemir casi al mismo tiempo y se tumbó en el suelo junto a la puerta. Cuando me alejé, levantó la vista para mirarme con una expresión de dolor y reproche absolutos. En aquellos ojos vi a todas las víctimas que me habían

mirado en las últimas tres décadas de mi vida consciente. Luego el animal volvió la cabeza y se lamió con apatía las heridas patas traseras.

Durante una fracción de segundo, algo irrumpió a través de la fría costra de la betatanatina.

Volví a la puerta de donde había salido el animal, sacando la pistola de agujas por el camino, y entré de repente, sosteniendo la pistola con ambas manos delante de mí. La habitación era espaciosa, de color pastel, con unos extraños cuadros bidimensionales enmarcados en las paredes. Una enorme cama de cuatro postes y sábanas translúcidas ocupaba el centro. Sentado en el borde de la cama había un hombre de aspecto distinguido y unos cuarenta años de edad, desnudo de cintura para abajo. De cintura para arriba, parecía llevar un traje de noche formal que desentonaba terriblemente con los gruesos guantes de lona que le llegaban hasta los codos. Estaba inclinado, limpiándose entre las piernas con una tela blanca húmeda.

Cuando entré en la habitación, levantó la vista.

—¿Jack? Has terminado… —Miró la pistola que tenía en las manos sin comprender, y luego, cuando tuvo la boca del arma a medio metro de su cara, un toque de aspereza se infiltró en su voz—. Escuche, yo no he pedido esta rutina.

—Cortesía de la casa —dije sin apasionamiento, y observé cómo el racimo de dardos monomoleculares le partía la cara en dos. Sus manos subieron de entre sus piernas para taparse las heridas y cayó de lado sobre la cama, donde murió con unos sonidos guturales y rechinantes.

Con el tiempo de misión brillando en rojo en la esquina de mi campo de visión, salí de la habitación. El animal herido junto a la puerta de enfrente no levantó la vista cuando me acerqué. Me arrodillé y apoyé una mano suavemente en su pelo enmarañado. Levantó la cabeza y de nuevo se puso a gemir. Dejé la pistola de agujas y tensé la mano vacía. El cuchillo Tebbit salió de la vaina, destellando.

Después, limpié la hoja en la piel, guardé el cuchillo en la vaina y cogí la pistola de agujas, todo con la pausada calma de la rígida. Luego entré en silencio en el otro corredor. En las profundidades de la serenidad de diamante provocada por la droga, había algo que me molestaba, pero la rígida no me permitía preocuparme.

Tal como indicaban los planos robados de Elliott, el pasillo perpendicular llevaba a un tramo de escalera, enmoquetado con los mismos dibujos orgiásticos que la vía principal. Bajé los escalones cansinamente, con la pistola rastreando el espacio abierto por delante, el sentido de proximidad extendido como un radar ante mí. Nada se movía. Kawahara debía de haber cerrado todas las escotillas para que Ortega y su equipo no vieran nada inconveniente mientras estuvieran en el local.

Dos niveles por debajo, dejé la escalera y seguí lo que recordaba de los planos a través de una red de pasillos, hasta estar razonablemente seguro de que la puerta de las dependencias de Kawahara se encontraba detrás del recodo siguiente. Con la espalda pegada a la pared, me deslicé hasta la esquina y esperé, respirando superficialmente. El sentido de proximidad me decía que había alguien en la puerta,

al doblar la esquina, quizá más de una persona, y capté el débil olor a humo de cigarrillo. Me dejé caer sobre las rodillas, miré alrededor y luego bajé la cara hasta el suelo. Con una mejilla pegada a la superficie de la alfombra, asomé la cabeza.

Había un hombre y una mujer junto a la puerta, vestidos con chaquetones verdes. La mujer estaba fumando. Aunque los dos tenían aturdidores con aire de cierto calibre en los cinturones, parecían personal técnico más que guardias de seguridad. Me relajé un poco y me dispuse a esperar a alguien más. En la esquina de mi visión, los minutos del tiempo de misión latían como una vena hipertensa.

Transcurrió otro cuarto de hora antes de que oyera la puerta. Amplificado al máximo, el neuroestimulador captó el roce de la ropa cuando los guardias se movieron para dejar paso a quien se estuviera yendo. Oí voces, la de Ortega, monótona por un fingido desinterés oficial, y luego la de Kawahara, tan modulada como la del androide de Larkin & Green. Con la betatanatina protegiéndome del odio, mi reacción a esa voz fue un horizonte de acontecimientos mudo, como el fogonazo de un arma de fuego a una gran distancia.

—… que no puedo ayudarla más, teniente. Si eso que dice de la clínica Wei es cierto, su equilibrio mental se ha deteriorado considerablemente desde que trabajó para mí. Me siento un poco responsable. Quiero decir, nunca se lo habría recomendado a Laurens Bancroft de sospechar que ocurriría esto.

—Como le he dicho, es una suposición —el tono de Ortega se avivó ligeramente —. Y le agradecería que estos detalles no salieran de aquí. Mientras no sepamos adónde ha ido Kovacs y por qué…

—Muy bien. Comprendo perfectamente lo delicado de la cuestión. Está a bordo del *Despistado*, teniente. Tenemos reputación de confidencialidad.

—Sí —Ortega dio un matiz de desdén a su voz—. Eso he oído.

—Bien, entonces puede estar segura de que no habrá rumores sobre esto. Y ahora si me disculpa, teniente. Sargento. Tengo que atender ciertas cuestiones administrativas. Tia y Mas los acompañarán hasta la plataforma de despegue.

La puerta se cerró y unas suaves pisadas avanzaron en mi dirección. Me tensé de repente. Ortega y su escolta venían hacia mí. Nadie había tenido en cuenta esa posibilidad. En los planos, las plataformas de aterrizaje principales estaban delante del camarote de Kawahara, y yo había venido por el lado de popa por ese motivo. No parecía haber razón alguna para llevar a Ortega y Bautista hacia popa.

No sentí pánico. En lugar de eso, un equivalente frío de la adrenalina me atravesó la mente, mostrándome un gélido despliegue de hechos concretos. Ortega y Bautista no estaban en peligro. Debían de haber llegado por el mismo camino, o habrían dicho algo. En cuanto a mí, si pasaban por el corredor donde yo estaba, su escolta sólo tendría que mirar a los lados para verme. La zona estaba bien iluminada y no había escondites a mi alcance. Por otro lado, al tener la temperatura corporal más baja que la temperatura ambiente, el pulso muy ralentizado y la respiración a un ritmo similar, la mayoría de los factores subliminales que despertarían el sentido de proximidad de

un ser humano normal eran inexistentes. Suponiendo siempre que los escoltas llevaran fundas normales.

Y si giraban y entraban en el pasillo en que yo estaba para usar la escalera por las que había bajado yo… Me hundí contra la pared, bajé el arma de agujas a dispersión mínima y dejé de respirar.

Ortega. Bautista. Los dos guardias cerraban la retaguardia. Estaban tan cerca que podría haber alargado la mano para tocar el pelo de Ortega.

Nadie volvió la cabeza.

Les di un minuto entero antes de volver a respirar. Luego comprobé que no hubiera nadie en ambas direcciones, doblé la esquina rápidamente y llamé a la puerta con la culata de la pistola de agujas. Sin esperar respuesta, entré.

Capítulo 41

La habitación era exactamente como Miller la había descrito. Veinte metros de ancho y paredes de cristal no reflectante ligeramente inclinadas, del techo al suelo. En un día claro probablemente pudieras tumbarte en esa inclinación y mirar el mar a miles de metros de distancia por debajo. La decoración era sobria y debía mucho a los orígenes de Kawahara en los inicios del milenio. Las paredes eran de un gris humo, el suelo de cristal fundido y la iluminación provenía de unas piezas irregulares de origami hechas con tela de iluminum sostenidas por unos trípodes de hierro en los rincones de la habitación. Un lado de la estancia estaba dominado por un enorme bloque de acero negro que debía de hacer las veces de escritorio, en el otro había un grupo de sillones de color pizarra en torno a un brasero de aceite de imitación. Detrás de los sillones, un arco de entrada daba a donde Miller había supuesto que se encontraba el dormitorio.

Sobre el escritorio, una holoproyección de datos desplegándose lentamente había sido abandonada a su suerte. Reileen Kawahara estaba de espaldas a la puerta, contemplando el cielo nocturno.

—¿Ha olvidado algo? —preguntó con frialdad.

—No, nada.

Vi cómo se le tensaba la espalda al oír mi voz, pero cuando se volvió lo hizo con suavidad y sin prisa y ni siquiera la visión de la pistola de agujas alteró la calma imperturbable de su rostro. Su voz sonó casi tan desinteresada como antes de volverse.

—¿Quién es usted? ¿Cómo ha entrado aquí?

—Piensa —hice un gesto hacia los sillones—. Siéntate ahí, descansa los pies mientras tanto.

—¿Kadmin?

—No me insultes. ¡Siéntate!

Vi cómo la comprensión explotaba detrás de sus ojos.

—¿Kovacs? —Una desagradable sonrisa curvó sus labios—. Kovacs, estúpido, estúpido cabrón. ¿Tienes idea de lo que acabas de perder?

—Te he dicho que te sientes.

—Se ha ido, Kovacs. Ha vuelto a Harlan. He cumplido mi palabra. ¿A qué te crees que has venido aquí?

—No voy a repetírtelo —dije amablemente—. O te sientas o te rompo una rótula.

La fina sonrisa permaneció en la boca de Kawahara mientras se dejaba caer centímetro a centímetro sobre el sillón más cercano.

—Muy bien, Kovacs. Esta noche jugaremos a tu juego. Y luego haré que vuelvan a traer aquí a esa verdulera de Sachilowska, y a ti con ella. ¿Qué vas a hacer? ¿Matarme?

—Si hace falta sí.

—¿Por qué? ¿Por alguna cuestión moral? —El énfasis que puso Kawahara en las dos últimas palabras las hicieron sonar a nombre de producto comercial—. ¿No te olvidas de algo? Si me matas aquí, el sistema de almacenamiento remoto de Europa tardará unas dieciocho horas en darse cuenta y reenfundar mi última versión guardada. Y mi nuevo yo no necesitará mucho tiempo para averiguar lo que sucedió aquí.

Me senté en el borde del sillón.

—Oh, no sé. Mira el tiempo que ha necesitado Bancroft, y todavía no sabe la verdad, ¿no?

—¿Es por lo de Bancroft?

—No, Reileen. Es por ti y por mí. Deberías haber dejado a Sarah en paz. Deberías haberme dejado en paz mientras podías.

—Ohhh —susurró, simulando un tono maternal—. Te he manipulado. Cuánto lo siento —su voz se hizo más grave repentinamente—. Eres de las Brigadas, Kovacs. Vives de la manipulación. Todos lo hacemos. Todos vivimos en la enorme matriz de la manipulación y participamos en la gran lucha por estar en la parte de arriba.

Negué con la cabeza.

—Yo no pedí participar.

—Kovacs, Kovacs —de repente la expresión de Kawahara se volvió casi tierna —. Ninguno de nosotros pidió participar. ¿Crees que pedí nacer en Fission City, con un enano de manos palmípedas como padre y una puta psicótica como madre? ¿Crees que pedí eso? Nosotros no participamos voluntariamente, sino por obligación, y lo único que tenemos que hacer es mantener la cabeza por encima del agua.

—O echar agua en las gargantas de otros —asentí, amable—. Supongo que has salido a tu madre, ¿me equivoco?

Durante un segundo fue como si el rostro de Kawahara se hubiera convertido en una máscara de estaño delante de un horno encendido. Vi cómo la furia se inflamaba en sus ojos y, de no haber sido por la rígida que me mantenía frío, habría sentido miedo.

—Mátame —dijo, con los labios tensos—. Y disfrútalo al máximo, porque vas a sufrir, Kovacs. ¿Crees que esos tristes revolucionarios de Nuevo Pekín sufrieron al morir? Pues eso no fue nada. Voy a inventar nuevos límites para ti y tu furcia apestosa.

Negué con la cabeza.

—No creo, Reileen. Mira, tu transferencia de actualización ha sido hace unos diez minutos. Y por el camino la he hecho interceptar e invadir. No me he llevado nada de ella, sólo le he metido el virus Rawling. Ahora ya debe de haber llegado al núcleo, Reileen. Tu almacenamiento remoto ha sido contaminado.

Entrecerró los ojos.

—Estás mintiendo.

—Hoy no. ¿Te gustó el trabajo de Irene Elliott en el Jack It Up? Pues deberías verla en un foro virtual. Apuesto a que ha tenido tiempo de llevar a cabo media docena de retrasos de memoria mientras ha estado metida en tu transferencia. Todo son ya recuerdos, artículos de coleccionista, de hecho, porque si sé algo de los ingenieros de pilas, sellarán tu pila remota en menos tiempo del que necesitan unos políticos para huir de una zona de guerra —señalé con un gesto la proyección de datos desplegándose—. Supongo que recibirás la alarma dentro de un par de horas. En Innenin hizo falta más tiempo, pero eso fue hace mucho. La tecnología ha avanzado considerablemente desde entonces.

Entonces me creyó, y fue como si la furia que había visto en sus ojos se hubiera acumulado en un calor blanco concentrado.

—Irene Elliott —dijo resueltamente—. Cuando la encuentre…

—Creo que ya hemos tenido bastantes amenazas por un día —la interrumpí sin fuerzas—. Escúchame. Ahora mismo la pila que llevas puesta es la única de que dispones, y teniendo en cuenta mi estado de ánimo no me costaría mucho arrancártela de la columna y pisotearla. Antes o después de pegarte un tiro, así que calla.

Kawahara guardó silencio, mirándome desde la ranura de sus ojos. Durante un momento, su labio superior dejó una pizca los dientes al descubierto, antes de recuperar el control.

—¿Qué es lo que quieres?

—Así está mucho mejor. Lo que quiero, ahora mismo, es una confesión completa de cómo engañaste a Bancroft. La resolución 653, Mary Lou Hinchley, todo. También puedes añadir cómo le tendiste una trampa a Ryker.

—¿Estás conectado?

Me di un golpecito en el párpado izquierdo, donde tenía insertado el sistema de grabación, y sonreí.

—¿De verdad crees que voy a hacerlo? —La rabia de Kawahara seguía brillando desde detrás de sus ojos. Estaba esperando una oportunidad, enroscada. Ya la había visto así antes, pero entonces yo no era el objeto de esa mirada. Bajo aquellos ojos estaba tan en peligro como bajo el fuego en las calles de Sharya—. ¿De verdad crees que vas a sacarme eso?

—Míralo por el lado positivo, Reileen. Probablemente puedas usar tus influencias para evitar la pena de borrado y, en cuanto al resto, podrías salir con un par de cientos de años en almacenamiento —endurecí la voz—. Mientras que, si no hablas, morirás aquí y ahora.

—La confesión bajo coacción es inadmisible ante la ley.

—No me hagas reír. Esto no va a ir a la ONU. ¿Crees que nunca he estado en un tribunal? ¿Crees que confiaría en los abogados para esto? Todo lo que digas aquí irá en transferencia expresa a la World Web One en cuanto esté en tierra. Eso, y la grabación del que me he cargado en la habitación del perrito, arriba.

Kawahara abrió mucho los ojos y yo asentí.

—Sí, debería habértelo dicho antes. Tienes un cliente en mal estado. No está Realmente Muerto, pero necesitará un reenfundado. Con todo eso, calculo que unos tres minutos después de que Sandy Kim emita en directo, los comandos de la ONU echarán tu puerta abajo con un montón de autorizaciones. No tendrán elección. Bancroft los obligará. ¿Crees que las mismas personas que permitieron que pasara lo de Sharya e Innenin no forzarán una insignificante norma constitucional para proteger su base de poder? Empieza a hablar ya.

Kawahara levantó las cejas, como si no fuera más que un chiste ligeramente desagradable que le acabaran de contar.

—¿Por dónde quieres que empiece, Takeshi-san?

—Mary Lou Hinchley. Cayó desde aquí, ¿verdad?

—Por supuesto.

—¿La escogiste para un *snuff*? ¿Algún cabrón enfermo quiso ponerse la funda de tigre y jugar a los gatitos?

—Vale, vale —Kawahara inclinó a un lado la cabeza mientras establecía sus conexiones—. ¿Con quién has hablado? Con alguien de la clínica Wei, ¿verdad? Déjame pensar. Miller estuvo aquí durante aquella pequeña sesión, pero le tostaste la pila, así que… Oh. No habrás estado cazando cabezas otra vez, ¿verdad, Takeshi? No te llevarías a Nicholas Miller a casa en una sombrerera, ¿no?

Sin decir nada, la miré por encima del cañón de la pistola de agujas, recordando los débiles gritos que había oído a través de la puerta. Kawahara se encogió de hombros.

—Resulta que no fue con un tigre. Pero algo parecido, sí.

—Y Hinchley descubrió lo que pensabas hacer con ella, ¿no es así?

—No sé cómo, pero sí —Kawahara parecía más relajada, lo cual en circunstancias normales me habría puesto nervioso. Bajo los efectos de la betatanatina, sólo me puso más alerta—. Una palabra en el lugar equivocado, quizá algo que dijo un técnico. Mira, normalmente metemos previamente a nuestros clientes *snuff* en una versión virtual antes de dejarlos sueltos en la realidad. Ayuda a saber cómo van a reaccionar, y en algunos casos incluso los convencemos de que no lo hagan.

—Muy considerado por vuestra parte.

Kawahara suspiró.

—¿Cómo puedo explicártelo, Takeshi? Aquí ofrecemos un servicio. Cuanto más legal, mucho mejor.

—Eso son gilipolleces, Reileen. Les vendes el virtual, y al cabo de un par de meses vienen babeando en busca de la versión real. Es una consecuencia directa, y tú lo sabes. Venderles algo ilegal te da poder, probablemente sobre algunas personas muy influyentes. Por aquí tenéis a muchos gobernadores de la ONU, ¿verdad? Generales del Protectorado y ese tipo de escoria, ¿no?

—El *Despistado* ofrece servicios para una élite.

—¿Como ese cabrón de pelo blanco que me he cargado arriba? Era alguien importante, ¿verdad?

—¿Carlton McCabe? —Kawahara sacó una sonrisa alarmante de algún lugar—. Podría decirse que sí, supongo. Una persona de influencia.

—¿Te importaría decirme a qué persona de influencia en concreto le prometiste que podía sacarle las entrañas a Mary Lou Hinchley?

Kawahara se puso un poco tensa.

—No, no pienso decírtelo.

—Ya me lo imagino. Querrás intercambiarlo por algo más tarde, ¿verdad? Vale, olvídalo. Así pues, ¿qué ocurrió? Trajiste a Hinchley aquí, ella descubrió por casualidad para qué la estabas engordando e intentó escapar, ¿no? ¿Robó un arnés gravitatorio, quizá?

—Lo dudo. El equipo se guarda bajo estrictas medidas de seguridad. Tal vez pensó que podría aferrarse a una de las lanzaderas exteriores. No era una chica muy lista, al parecer. Los detalles no están claros aún, pero debió de caerse de alguna manera.

—O saltar.

Kawahara sacudió la cabeza.

—No creo que tuviera agallas para eso. Mary Lou Hinchley no tenía espíritu de samurái. Como la mayoría de la humanidad, se habría aferrado a la vida hasta el último e indigno momento. Esperando algún milagro. Suplicando piedad.

—Qué poco elegante. ¿La echasteis de menos inmediatamente?

—¡Por supuesto que la echamos de menos! Tenía un cliente esperándola. Registramos toda la nave.

—Embarazoso.

—Sí.

—Pero no tanto como encontrarla en la orilla un par de días después, ¿eh? Las hadas de la suerte estaban fuera de la ciudad esa semana.

—Fue mala suerte —admitió Kawahara, como si estuviéramos hablando de una mala mano de póquer—. Pero no del todo inesperado. No pensábamos que fuera a ser un verdadero problema.

—¿Sabías que era católica?

—Por supuesto. Era parte de los requisitos.

—Así que cuando Ryker desenterró esa dudosa conversión, debiste de cagarte de miedo. El testimonio de Hinchley habría sacado tu nombre a la luz, el tuyo y el de quién sabe cuántos amigos influyentes. El *Despistado*, uno de los burdeles de Las Casas, acusado de *snuff* y tú con él. ¿Cuál era la palabra que usaste en Nuevo Pekín aquella vez? Riesgo inadmisible. Había que hacer algo, había que encerrar a Ryker. Párame si pierdo el hilo.

—No, vas bastante bien.

—¿Así que le tendiste una trampa?

Kawahara se encogió de hombros una vez más.

—Hice un intento por comprarlo. Se mostró… poco receptivo.

—Qué mala suerte. ¿Qué hiciste entonces?

—¿No lo sabes?

—Quiero oírtelo decir. Quiero detalles. Estoy hablando demasiado yo. Intenta contribuir a la conversación, o podría pensar que no estás cooperando.

Kawahara miró al techo en un gesto teatral.

—Tendí una trampa a Elías Ryker. Le hice llegar un falso chivatazo sobre una clínica de Seattle. Hicimos un constructo telefónico de Ryker y lo utilizamos para pagar a Ignacio García para que falsificase leyendas de Razones de Conciencia en dos muertes de Ryker. Sabíamos que el Departamento de Policía de Seattle no se lo tragaría y que la falsificación de García no soportaría un estudio exhaustivo. ¿Qué, mejor así?

—¿De dónde sacaste a García?

—Investigamos a Ryker cuando estábamos intentando comprarlo —Kawahara se removió con impaciencia en el sillón—. Surgió la conexión.

—Sí, es lo que me imaginaba.

—Qué perspicaz por tu parte.

—Así que el tema se cerró elegantemente. Hasta que apareció la resolución 653, y volvió a removerlo todo. Y el caso de Hinchley todavía estaba abierto.

Kawahara inclinó la cabeza.

—Exacto.

—¿Por qué no lo paraste? ¿Por qué no compraste a algunos de los que toman las decisiones en el Consejo de la ONU?

—¿A quiénes? Esto no es Nuevo Pekín. Ya has conocido a Phiri y Ertekin. ¿Tienen pinta de estar en venta?

Estuve de acuerdo con ella.

—Así que la de la funda de Marco eras tú. ¿Lo sabía Míriam Bancroft?

—¿Míriam? —Kawahara parecía perpleja—. Por supuesto que no. Nadie lo sabía, de eso se trataba. Marco juega con Míriam regularmente. Era una tapadera perfecta.

—Perfecta no. Juegas de pena al tenis, parece.

—No tuve tiempo para buscar un disco de competencia.

—¿Por qué Marco? ¿Por qué no ir como tú misma?

Kawahara hizo un gesto despectivo con una mano.

—Llevaba insistiéndole a Bancroft desde que presentaron la resolución. Y a Ertekin también, siempre que me dejaba acercarme a ella. Empezaba a llamar la atención. Que Marco intercediera por mí me hacía parecer más indiferente.

—Tú cogiste la llamada de Rutherford —dije, sobre todo para mí mismo—. La que hizo a Suntouch House después de que pasáramos a verle. Supuse que era Míriam, pero tú estabas allí como invitado, interpretando a Marco e interviniendo sutilmente en el gran debate católico.

—Sí —una débil sonrisa—. Parece que has sobreestimado enormemente el papel de Míriam Bancroft en todo esto. Oh, por cierto, ¿a quién tienes en la funda de Ryker en este momento? Sólo por satisfacer mi curiosidad. Es muy convincente, quienquiera que sea.

No dije nada, pero una sonrisa se me escapó por la comisura de la boca. Kawahara lo comprendió.

—¿De veras? Doble enfundado. Realmente la teniente Ortega debe de haber perdido la cabeza por ti. U otra parte de su cuerpo, por lo menos. Felicidades. Una manipulación digna de un mat —soltó una breve carcajada—. Eso pretendía ser un cumplido, Takeshi-san.

Ignoré la burla.

—¿Hablaste con Bancroft en Osaka? El jueves 16 de agosto. ¿Sabías que iba a ir?

—Sí. Tiene negocios regulares allí. Lo preparé para que pareciera un encuentro casual. Lo invité al *Despistado* a su vuelta. Es habitual en él. Suele comprar sexo después de hacer negocios. Probablemente ya lo habías descubierto.

—Sí. Y cuando vino, ¿qué le dijiste?

—Le dije la verdad.

—¿La verdad? —La miré fijamente—. ¿Le contaste lo de Hinchley, esperando que te apoyara?

—¿Por qué no? —Me devolvió una mirada no exenta de fría simplicidad—. Tenemos una amistad que se remonta a varios siglos atrás. Estrategias comerciales comunes que a veces tardan más de una vida humana normal en dar fruto. No esperaba que se alineara con la gente insignificante.

—Así que te decepcionó. No estuvo dispuesto a mantener la fidelidad a los mats.

Kawahara suspiró una vez más, y esta vez con un cansancio genuino que provenía de algún lugar enterrado hacía siglos en el polvo.

—Laurens conserva una vena romántica barata que subestimo una y otra vez. En muchos aspectos se parece a ti. Pero, a diferencia de ti, él no tiene excusa. Tiene más de tres siglos de edad. Di por supuesto, quise dar por supuesto, quizá, que sus valores reflejarían eso. Que el resto era sólo una pose, un discurso para el rebaño —Kawahara hizo un gesto tipo «qué-se-le-va-a-hacer» con uno de sus delgados brazos —. Una falsa ilusión, me temo.

—¿Qué es lo que hizo? ¿Negarse por cuestiones morales?

Kawahara torció la boca sin humor.

—¿Te burlas de mí? Tú, que tienes las manos manchadas por la sangre de decenas de personas de la clínica Wei. Un asesino del Protectorado que ha extinguido vidas humanas en todos los mundos en los que ha conseguido entrar. Si se me permite decirlo, Takeshi, eres un poco incoherente.

Protegido por el frío abrazo de la betatanatina, fui incapaz de sentir más que una leve irritación ante la cerrazón de Kawahara. Una necesidad de aclarar las cosas.

—Lo de la clínica Wei fue personal.

—Lo de la clínica Wei fueron negocios, Takeshi. Allí no tenían ningún tipo de interés personal en ti. La mayoría de las personas que te cargaste estaban haciendo su trabajo, nada más.

—Entonces deberían haber escogido otro trabajo.

—Y la gente de Sharya. ¿Qué debería haber escogido? ¿No haber nacido en ese mundo concreto, en ese momento particular? ¿No haber permitido que los reclutaran, quizá?

—Yo era joven y estúpido —dije simplemente—. Me utilizaron. Mataba para personas como tú porque no sabía hacer otra cosa. Luego aprendí. Lo que sucedió en Innenin me enseñó. Ahora no mato para nadie, sólo para mí mismo, y cada vez que quito una vida soy consciente de su valor.

—Su valor. El valor de una vida humana —Kawahara sacudió la cabeza como una profesora ante un estudiante exasperante—. Sigues siendo joven y estúpido. La vida humana no tiene valor. ¿Todavía no has aprendido eso, Takeshi, con todo lo que has visto? Carece de valor intrínseco. Las máquinas valen el dinero que cuesta construirlas. Las materias primas valen el dinero que cuesta extraerlas. Pero ¿las personas? —Hizo un sonido como si escupiera—. Siempre puedes conseguir más. Se reproducen como células cancerígenas, lo quieras o no. Abundan, Takeshi. ¿Por qué habrían de ser valiosas? ¿Sabes que nos cuesta menos contratar y usar una puta *snuff* real que instalar y ejecutar el formato virtual equivalente? La carne humana auténtica es más barata que una máquina. Ésa es la verdad axiomática de nuestro tiempo.

—Bancroft no pensaba eso.

—¿Bancroft? —Kawahara hizo un sonido de disgusto con el fondo de la garganta —. Bancroft es un lisiado que camina apoyándose en ideas arcaicas. No entiendo cómo ha sobrevivido tanto tiempo.

—¿Así que lo programaste para que se suicidara? ¿Le diste un pequeño empujón químico?

—Lo programé para que… —Los ojos de Kawahara se abrieron y una risita de placer que sonó como una mezcla perfecta entre una ronquera y un repique salió de sus labios esculpidos—. Kovacs, no puedes ser tan estúpido. Ya te he dicho que se suicidó. Fue idea suya, no mía. Antes confiabas en mi palabra, aunque no pudieras soportar mi compañía. Piensa. ¿Por qué habría de quererle muerto?

—Para borrar lo que le contaste sobre Hinchley. Cuando se reenfundara, su última versión guardada vendría sin esa pequeña indiscreción.

Kawahara asintió sabiamente.

—Sí, entiendo que te parezca adecuado. Un movimiento defensivo. Al fin y al cabo, llevas viviendo a la defensiva desde que dejaste las Brigadas. Y una criatura que vive a la defensiva tarde o temprano empieza a pensar a la defensiva. Pero olvidas una cosa, Takeshi.

Hizo una pausa teatral, y a pesar de la betatanatina me invadió una vaga sensación de desconfianza. Kawahara estaba sobreactuando.

—¿Qué?

—Que yo, Takeshi Kovacs, no soy tú. Yo no juego a la defensiva.

—¿Ni siquiera al tenis?

Me dedicó una leve sonrisa calculada.

—Muy ingenioso. No me hacía falta borrar el recuerdo de nuestra conversación en Laurens Bancroft, porque para entonces él ya había matado a su propia puta católica, y tenía tanto que perder como yo con la resolución 653.

Parpadeé. Tenía varias teorías que giraban alrededor de la convicción de que Kawahara era responsable de la muerte de Bancroft, pero ninguna tan burda. Pero cuando comprendí el significado de las palabras de Kawahara, también comprendí el significado de varias piezas del espejo roto que yo había considerado lo bastante entero como para ver la verdad reflejada en él. Miré el nuevo y revelador canto y deseé no haber visto lo que allí se movía.

Frente a mí, Kawahara sonreía ante mi silencio. Sabía que me había impresionado, y eso la complacía. Vanidad, vanidad. El único pero permanente defecto de Kawahara. Como todos los mats, tenía una elevadísima opinión de sí misma. El acto voluntario, la pieza final del rompecabezas, se me había escapado. Ella quería que la tuviera, quería que viera hasta qué punto iba por delante de mí, a qué distancia la seguía yo renqueando.

Mi comentario sobre el tenis había debido de poner el dedo en la llaga.

—Otra réplica sutil del rostro de su esposa —dijo—, cuidadosamente seleccionada y luego retocada con un poco de cirugía estética. La asfixió. La segunda vez que se corrió, creo. La vida conyugal, ¿eh, Kovacs? Qué efectos tiene en vosotros los hombres.

—¿Lo grabaste? —Mi voz sonó estúpida a mis propios oídos.

La sonrisa de Kawahara volvió a aparecer.

—Vamos, Kovacs. Pregúntame algo que necesite respuesta.

—¿Bancroft tuvo alguna ayuda química?

—Oh, pues claro. En eso tenías razón. Una droga bastante desagradable, pero supongo que sabes…

Fue la betatanatina. El frío que me ralentizaba el corazón, porque sin ella me habría movido cuando sentí el golpe de aire al abrirse la puerta a mi lado. La idea me atravesó la mente lo más rápido que pudo, y mientras lo hacía yo ya sabía por su misma presencia que sería demasiado lento. No era momento para pensar. Pensar en combatir era un lujo tan inapropiado como un baño caliente y un masaje. Empañaba la súbita claridad del sistema de respuesta del neuroestimulador de Khumalo y me di la vuelta, apenas un par de siglos demasiado tarde, levantando la pistola de agujas.

¡Paf!

El disparo del aturdidor me atravesó como un tren, y me pareció ver las ventanas iluminadas del vagón que pasaba traqueteando detrás de mis ojos. Mi visión era una imagen congelada de Trepp, agachada en la puerta, con el brazo extendido, el rostro

alerta por si fallaba el tiro o yo llevaba protección neural debajo del traje indetectable. Algo de esperanza. El arma cayó de entre mis dedos insensibles cuando mi mano se abrió con un espasmo, y yo caí detrás de ella. El suelo de madera subió y me golpeó en un lado de la cabeza como uno de los bofetones de mi padre.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó la voz de Kawahara desde una gran altura, que mi conciencia debilitada distorsionaba hasta hacerla parecer un gruñido bajo. Una mano delgada entró en mi campo de visión y cogió la pistola de agujas. Atontado, sentí la otra mano sacar el aturdidor de la otra funda.

—La alarma no ha sonado hasta hace un par de minutos —Trepp entró en mi campo de visión, guardando su aturdidor, y se puso en cuclillas para mirarme con curiosidad—. Llevó un rato que McCabe se enfriara lo suficiente para activar el sistema. La mayor parte de tu torpe seguridad sigue aún en la cubierta principal, mirando el cadáver con ojos como platos. ¿Quién es éste?

—Es Kovacs —dijo Kawahara con desdén, guardándose la pistola de agujas y el aturdidor en el cinturón mientras se dirigía al escritorio. Para mi mirada paralizada, pareció atravesar una vasta llanura, centenares de metros a cada paso, hasta volverse diminuta y distante. Como una muñeca, se inclinó sobre el escritorio y pulsó unos controles que yo no vi.

No me estaba hundiendo.

—¿Kovacs? —El rostro de Trepp se volvió de repente impasible—. Pensaba…

—Sí, yo también —los datos holográficos flotaban sobre el escritorio vivaces e intactos. Kawahara acercó la cara, los colores girando sobre sus rasgos.

—Nos ha colado un enfundado doble. Supuestamente con ayuda de Ortega. Deberías haberte quedado por el *Rosa de Panamá* un poco más.

Todavía tenía el oído destrozado, la visión congelada, pero no me estaba hundiendo. No estaba seguro de si era algún efecto secundario de la betatanatina, una nueva ventaja del sistema de Khumalo, o quizá ambas cosas en alguna conjunción no buscada, pero algo me mantenía consciente.

—Rondar por la escena de un crimen con tantos polis me pone nerviosa —dijo Trepp, y extendió una mano para tocarme la cara.

—¿Sí? —Kawahara seguía absorta en el flujo de datos—. Bueno, distraer a este psicópata con confesiones y debates morales tampoco ha sido bueno para mi digestión. Pensaba que no llegarías… ¡Mierda!

Sacudió la cabeza ferozmente hacia un lado, la bajó y miró la superficie del escritorio.

—Así pues, decía la verdad —dijo Kawahara.

—¿Sobre qué?

Kawahara levantó la vista hacia Trepp, súbitamente en guardia.

—No importa. ¿Qué le estás haciendo en la cara?

—Está frío.

—Pues claro que está frío, joder —el deterioro de su lenguaje era un signo evidente de que Reileen Kawahara estaba nerviosa, pensé como en un sueño—. ¿Cómo crees que pasó los infrarrojos? Está de rígida hasta las cejas.

Trepp se levantó, con el rostro cuidadosamente inexpresivo.

—¿Qué vas a hacer con él?

—Voy a ponerlo en virtual —dijo Kawahara en tono grave—. Junto con su amiga harlanita. Pero antes tenemos que practicarle una pequeña operación. Lleva un transmisor.

Intenté mover la mano derecha. La última articulación del dedo corazón se dobló apenas.

—¿Seguro que no está transmitiendo?

—Sí, me lo dijo. De todas formas, habríamos interceptado la transmisión, en cuanto empezara. ¿Tienes un cuchillo?

Un temblor en los huesos sospechosamente parecido al pánico me recorrió. Desesperadamente, busqué en la parálisis algún signo de recuperación inminente. El sistema nervioso de Khumalo estaba todavía tambaleándose. Podía sentir cómo se me secaban los ojos por falta de parpadeo. Con la visión borrosa, observé a Kawahara volver desde el escritorio, con la mano extendida hacia Trepp, expectante.

—No tengo ningún cuchillo —no podía estar seguro debido a la distorsión y las vibraciones de mi oído, pero la voz de Trepp sonó rebelde.

—No importa —Kawahara dio más pasos largos y desapareció de mi vista, la voz cada vez más lejana—. Tengo algo aquí que también servirá. Luego será mejor que llames a un poco de músculo y te lleves a este trozo de mierda a una de las salas de transferencia. Creo que la siete y la nueve están listas. Utiliza la conexión del escritorio.

Trepp vacilaba. Sentí algo caer, como un diminuto trozo de hielo derritiéndose del bloque congelado de mi sistema nervioso central. Mis párpados bajaron lentamente sobre mis ojos, una vez, y luego volvieron a subir. El contacto limpiador me hizo lagrimear. Trepp se dio cuenta y se puso alerta. No hizo movimiento alguno en dirección al escritorio.

Los dedos de mi mano derecha se retorcieron y serpentearon. Sentí que los músculos de mi estómago empezaban a tensarse. Mis ojos se movieron.

La voz de Kawahara llegaba débilmente. Debía de estar en la otra habitación, detrás del arco.

—¿Ya vienen?

El rostro de Trepp siguió impasible. Apartó los ojos de mí.

—Sí —dijo en voz alta—. Estarán aquí dentro de un par de minutos.

Estaba recuperándome. Algo devolvía mis nervios a la vida chisporroteante, burbujeante. Podía sentir los temblores, y con ellos una cualidad espesa y sofocante en el aire de mis pulmones que significaba que el *crash* de la betatanatina llegaba antes de lo previsto. Mis extremidades estaban hechas de plomo y mis manos

parecían tener puestos unos gruesos guantes de algodón por los que siseaba una débil corriente eléctrica. No estaba en condiciones de luchar.

Tenía la mano izquierda doblada debajo de mí, aplastada contra el suelo por el peso del cuerpo. La derecha estaba extendida en un difícil ángulo lateral. No creía que mis piernas sirvieran para mucho más que para mantenerme en pie. Mis opciones eran limitadas.

—Bien, pues.

Sentí la mano de Kawahara en el hombro, arrastrándome sobre la espalda como para abrir un pescado. Su rostro era una máscara de concentración y llevaba un par de alicates de punta de aguja en su otra mano. Se arrodilló a horcajadas sobre mi pecho y extendió el párpado de mi ojo izquierdo con los dedos. Refrené el impulso de parpadear, me mantuve inmóvil. Los alicates bajaron, con las pinzas separadas por medio centímetro de distancia.

Tensé los músculos del antebrazo, y el dispositivo del cuchillo Tebbit me puso éste en la mano.

Intenté asestar una cuchillada lateral.

Apunté al costado de Kawahara, debajo de las costillas flotantes, pero la combinación de los temblores del aturdidor y el *crash* de la betatanatina me hizo fallar y la hoja del cuchillo se clavó en su brazo izquierdo, por debajo del codo, chocó con el hueso y rebotó. Kawahara gritó y me soltó el ojo. Los alicates, en su mano, se desviaron golpeándome el pómulo y clavándoseme en la carne de mi mejilla. Sentí el dolor a distancia, el metal perforando la carne. La sangre me entró en el ojo. Volví a atacar, débilmente, pero esta vez Kawahara se apartó de mí y bloqueó el golpe con el brazo herido. Volvió a gritar y mi guante electrificado soltó el cuchillo. El mango se deslizó por mi palma y el arma desapareció. Reuniendo toda la energía que me quedaba en el brazo izquierdo, subí con fuerza el puño desde el suelo y le di a Kawahara en la sien. Se apartó de mí, agarrándose la herida del brazo, y por un momento pensé que la hoja había penetrado lo suficiente para traspasarla con el revestimiento de C-381. Pero Sheila Sorenson me había dicho que el cianuro tardaba en funcionar el tiempo de tomar un par de bocanadas de aire.

Kawahara estaba levantándose.

—¿A qué coño estás esperando? —preguntó mordazmente a Trepp—. Pégale un tiro a este cabrón, ¿quieres?

Su voz murió en la última palabra, cuando vio la verdad en el rostro de Trepp, un momento antes de que la mujer pálida sacara el aturdidor de su funda. Tal vez la misma Trepp no supo la verdad hasta aquel momento, porque su reacción fue lenta. Kawahara dejó caer los alicates, se sacó la pistola de agujas y el aturdidor del cinturón con un chasquido y la encañonó antes de que Trepp hubiera terminado de sacar su arma de la funda.

—Traidora hija de puta —soltó Kawahara sorprendida, con un acento burdo en la voz que yo no le había oído nunca—. Sabías que había vuelto en sí, ¿verdad? Estás

muerta, zorra.

Me puse en pie tambaleándome y me arrojé sobre Kawahara justo en el momento en que apretaba los gatillos. Oí la descarga de ambas armas, el aullido casi inaudible de la pistola de agujas y el agudo sonido eléctrico del aturdidor. A través de la visión empañada del rabillo de un ojo, vi a Trepp realizar un intento desesperado por terminar de sacar el arma sin lograrlo. Cayó, con el rostro casi cómicamente sorprendido. Al mismo tiempo, mi hombro chocó contra Kawahara y nos tambaleamos hacia atrás, en dirección a la inclinación de las ventanas. Intentó dispararme, pero aparté las pistolas con las manos y le puse la zancadilla. Ella me dio un puñetazo con el brazo herido y los dos caímos sobre el cristal inclinado.

El aturdidor había desaparecido, resbalando por el suelo, pero ella había conseguido sujetar la pistola de agujas. Se volvió hacia mí y la esquivé torpemente. Di un puñetazo hacia la cabeza de Kawahara con la otra mano, fallé y rebotó en su hombro. Ella sonrió ferozmente y me dio un cabezazo en la cara. Al rompérseme la nariz tuve una sensación como de estar mordiendo apio y la sangre me corrió por la boca. De algún lugar me vino el insensato deseo de saborearla. Entonces Kawahara se me tiró encima, arrojándome de espaldas contra el cristal y golpeándome con fuerza en todo el cuerpo. Bloqueé un par de puñetazos, pero la fuerza se me acababa y los músculos de mis brazos empezaban a perder movimiento. Empecé a entumecerme por dentro. Encima de mí, la cara de Kawahara reflejó un triunfo salvaje cuando vio que la pelea había terminado. Me golpeó una vez más, con mucho cuidado, en la ingle. Retorciéndome de dolor, resbalé por el cristal hasta convertirme en un bulto despatarrado en el suelo.

—Esto debería detenerte, amigo —rechinó, y se puso en pie de nuevo, respirando pesadamente. Bajo la elegancia de sus cabellos, apenas desordenados, de repente vi el rostro al que pertenecía el nuevo acento. La satisfacción brutal de aquella cara era lo que sus víctimas de Fission City debían de ver cuando les hacía beber del frasco gris pálido del agua contaminada—. Quédate ahí un momento.

El cuerpo me dijo que no tenía otra opción. Me sentía macerado por las lesiones, hundiéndome bajo el peso de las sustancias químicas que encenagaban mi sistema y la temblorosa invasión neural del aturdidor. Intenté levantar un brazo y cayó como un pez con un kilo de plomo en las tripas. Kawahara vio lo que sucedía y sonrió.

—Sí, mucho mejor así —dijo y miró ausente su propio brazo izquierdo, en el que la sangre caía en un hilillo desde la rasgadura de su blusa—. Vas a pagar por esto, Kovacs.

Se acercó a la forma inmóvil de Trepp.

—Y tú también, zorra —dijo, pateando a la pálida mujer con fuerza en las costillas. El cuerpo no se movió—. ¿Qué es lo que hizo este cabrón por ti, eh? ¿Prometió comerte el coño durante los próximos diez años?

Trepp no respondió. Estiré los dedos de la mano izquierda y conseguí moverlos unos centímetros por el suelo en dirección a mi pierna. Kawahara se dirigió al

escritorio con una última mirada hacia atrás, al cuerpo de Trepp, y tocó un control.

—¿Seguridad?

—Señora Kawahara —era la misma voz masculina que había interrogado a Ortega cuando nos aproximamos a la nave—. Ha habido una incursión en…

—Ya sé dónde ha sido —dijo Kawahara, cansada—. Llevo luchando con ella los últimos cinco minutos. ¿Por qué no estás aquí?

—¿Señora Kawahara?

—Te he preguntado cuánto tiempo necesitas para bajar hasta aquí tu culo sintético cuando te llaman.

Hubo un breve silencio. Kawahara esperó, con la cabeza inclinada sobre el escritorio. Estiré el brazo por encima del cuerpo y mis manos izquierda y derecha se encontraron en un débil apretón, luego se encresparon en torno lo que sujetaban y volvieron a caer.

—Señora Kawahara, no había ninguna alarma en su camarote.

—Oh —Kawahara se volvió para mirar a Trepp—. De acuerdo, envía a alguien ahora. Una brigada de cuatro. Hay algo de basura que sacar.

—Sí, *madame*.

A pesar de todo, sentí que una sonrisa se abría paso en mi boca. ¿*Madame*?

Kawahara volvió, recogiendo los alicates del suelo por el camino.

—¿De qué te ríes, Kovacs?

Intenté escupirle, pero la saliva apenas logró salir de mi boca y se me quedó colgando en la mandíbula, mezclada con la sangre. El rostro de Kawahara se deformó por la súbita rabia y me dio una patada en el estómago. Después de todo lo demás, casi no lo sentí.

—Tú —empezó furiosa, luego bajó el tono de voz hasta una calma fría y sin acento— has causado problemas más que suficientes para una vida entera.

Me agarró del cuello y me arrastró por el lienzo inclinado de la ventana hasta que estuvimos a la misma altura. Mi cabeza resbaló por el cristal y ella se inclinó sobre mí. Su tono se tranquilizó, era casi coloquial.

—Como los católicos, como tus amigos de Innenin, como las absurdas motas de vida barriobajera cuyas patéticas cópulas te trajeron a la vida, Takeshi. Materia humana en bruto, eso es lo único que has sido siempre. Podrías haber salido de ahí y haberte unido a mí en Nuevo Pekín, pero me escupiste en la cara para regresar a tu existencia de persona insignificante. Podrías haberte unido a nosotros ahora, aquí en la Tierra, a la clase dirigente de toda la raza humana. Podrías haber sido un hombre poderoso, Kovacs. ¿Lo entiendes? Podrías haber sido importante.

—No creo —murmuré débilmente, empezando a deslizarme de nuevo por el cristal—. Todavía tengo una conciencia haciendo ruido en alguna parte. Sólo que me he olvidado de dónde la dejé.

Kawahara sonrió y me agarró del cuello con más fuerza.

—Muy ingenioso. Muy animoso. Vas a necesitar todo eso donde vas.

—«Cuando pregunten cómo morí —dije—, diles: todavía enfadado».

—Quell —Kawahara se inclinó para acercárseme más. Estaba casi tumbada encima de mí, como una amante satisfecha—. Pero Quell nunca se sometió a un interrogatorio virtual, ¿verdad? Tú no vas a morir enfadado, Kovacs. Tú vas a morir suplicando. Una vez. Y otra. Y otra más.

Me agarró del pecho y me aplastó con fuerza. Los alicates, aparecieron de nuevo en su mano.

—Esto es un aperitivo.

Las pinzas de la herramienta se clavaron debajo de mi ojo y un chorro de sangre salpicó la cara de Kawahara. Sentí una explosión de dolor. Por un momento, pude ver los alicates con el rabillo del ojo donde se habían incrustado, sobresaliendo de mi cara como un enorme pilón de acero, y entonces Kawahara cerró las pinzas y algo estalló. Mi visión se salpicó de rojo y luego se apagó, una pantalla de monitor moribunda, como las del Enlace de Datos de Elliott. Con el otro ojo vi a Kawahara retirar los alicates con el implante de grabación de Reese sujeto con las pinzas. Del extremo posterior del diminuto artefacto caían unas pequeñas gotas sobre mi mejilla.

Iría a por Elliott y Reese. Por no hablar de Ortega, Bautista y quién sabía cuántos otros.

—Ya basta, joder —murmuré arrastrando las palabras, y en el mismo instante, obligando a mis músculos a trabajar, cerré las piernas alrededor de la cintura de Kawahara. Mi mano izquierda cayó plana sobre el cristal inclinado.

El estallido sordo de una explosión, y un ruido agudo.

Con la opción de fusión al mínimo, la microgranada termita estaba diseñada para detonar casi al instante, concentrando el noventa por ciento de la carga en la superficie de contacto. El diez por ciento restante me destrozó la mano, separando la carne de los huesos de tuétano de aleación y los tendones reforzados con carbono, rompiéndome los ligamentos multiadheridos y abriendo un agujero en mi palma del tamaño de una moneda.

En su parte inferior, la ventana se rompió como una gruesa placa de hielo. Pareció suceder a cámara lenta. Sentí cómo la superficie se hundía debajo de mí y resbalé de lado hacia el agujero. Vagamente, registré el rugido del aire frío entrando en el camarote. A mi lado, la cara de Kawahara mostró una expresión estúpida por la sorpresa cuando se dio cuenta de lo ocurrido, pero la comprensión le llegó demasiado tarde. Iba a caer conmigo, me sacudía y golpeaba en la cabeza y el pecho, pero era incapaz de liberarse de mis piernas alrededor de su cintura. Los alicates se desprendieron de mi cara y cayeron, llevándose consigo una larga tira de carne de un pómulo, que golpeó una vez mi destrozado ojo, pero el dolor ya quedaba lejos, era casi irrelevante, consumido por entero por la hoguera de la rabia que finalmente se había abierto paso a través de los restos de betatanatina.

«Diles: todavía enfadado».

Finalmente, el trozo de cristal sobre el que luchábamos cedió, y nos arrojó al viento y el cielo.

Y caímos…

Mi brazo izquierdo estaba paralizado por los daños de la explosión, pero cuando empezamos a caer a través de la fría oscuridad ahuequé la mano derecha con la otra granada y la acerqué a la base del cráneo de Kawahara. Alcancé a vislumbrar confusamente el océano muy abajo, el *Despistado* alejándose rápidamente, cada vez más arriba, y una expresión en el rostro de Reileen Kawahara, que había dejado la cordura tan atrás como nosotros la nave. Alguien gritaba, pero yo ya no sabía si el ruido venía de dentro o de fuera. La percepción era alejada de mí por el estridente silbido del aire que nos rodeaba, y ya no fui capaz de encontrar la pequeña ventana de la perspectiva individual. La caída era tan seductora como el sueño.

Con lo que me quedaba de voluntad, aplasté la granada y el cráneo contra mi pecho, con la fuerza suficiente como para hacerlas detonar.

Mi último pensamiento fue la esperanza de que Davidson estuviera mirando la pantalla.

Capítulo 42

La dirección se encontraba, irónicamente, en Licktown. Dejé la aeronave dos bloques al Norte y recorrí andando el resto del camino, incapaz de desprenderme del todo de una extraña sensación de síntesis, como si la maquinaria del cosmos asomara a través de la tela de la realidad para que yo pudiera verla.

El apartamento que buscaba formaba parte de un bloque en forma de U que en el centro tenía un área de aterrizaje de hormigón con grietas llenas de hierbas. Entre los diversos vehículos de tierra y de aire de aspecto deprimente, distinguí el microcóptero en seguida. Alguien lo había pintado de morado con bandas laterales de color rojo, y aunque todavía se escoraba cansinamente a un lado sobre el tren de aterrizaje, tenía unos brillantes grupos de sensores de aspecto caro en el morro y la cola. Asentí para mí mismo y subí un tramo de escalones externos hasta la segunda planta del bloque.

Un niño de unos once años abrió la puerta del número diecisiete y me miró con expresión de pura hostilidad.

—¿Sí?

—Me gustaría hablar con Sheryl Bostock.

—Sí, bueno, no está.

Suspiré y me pasé la mano por la cicatriz que tenía debajo del ojo.

—Me parece que probablemente es mentira. Tiene el microcóptero en el patio, tú eres su hijo, Daryl, y ella ha acabado el turno de noche hace unas tres horas. ¿Le dirás que hay alguien que quiere verla por el asunto de la funda de Bancroft?

—¿Eres de la Sia?

—No, sólo quiero hablar con ella. Si puede ayudarme, es posible que te dé algo de dinero.

El chico me miró otro par de segundos y cerró la puerta sin una palabra. Dentro, lo oí llamar a su madre. Esperé y luché contra el impulso de fumar.

Cinco minutos después Sheryl Bostock se asomó a la puerta, vestida con un caftán ancho. Su funda sintética era todavía más inexpresiva que su hijo, pero se trataba de una inexpresión provocada por una flaccidez muscular que nada tenía que ver con su actitud. En los modelos sintéticos más baratos, los grupos de músculos pequeños necesitan un rato para entrar en calor después del sueño, y este modelo era sin duda de los más económicos del mercado.

—¿Quiere verme? —preguntó la voz de la sintética, irregular—. ¿Para qué?

—Soy investigador privado y trabajo para Laurens Bancroft —dije lo más amablemente que pude—. Me gustaría hacerle unas preguntas sobre sus obligaciones en PsychaSec. ¿Puedo entrar?

Hizo un débil sonido que me hizo pensar que probablemente varias veces en su vida había intentado sin éxito cerrar la puerta en las narices de algún hombre.

—No será mucho rato.

Se encogió de hombros y abrió la puerta del todo. Pasé por su lado y entré en una habitación ordenada pero vieja cuya cosa más destacada era sin lugar a dudas un panel de ocio. El sistema emergía del alfombrado en el otro extremo de la estancia como un oscuro ídolo mecánico, y los otros muebles estaban dispuestos alrededor rindiéndole homenaje. Como la pintura del microcóptero, parecía nuevo.

Daryl había desaparecido de mi vista.

—Bonito panel —dije, acercándome a la inclinada pantalla frontal—. ¿Cuánto hace que lo tiene?

—Desde hace tiempo —Sheryl Bostock cerró la puerta y se acercó vacilante al centro de la habitación. Su rostro estaba despertando y ahora la expresión dudaba entre el sueño y la suspicacia—. ¿Qué es lo que quiere preguntarme?

—¿Puedo sentarme?

Señaló con un gesto mudo una de las butacas repetidamente usadas y se sentó en un sillón frente a mí. En los huecos que dejaba el caftán, su carne sintética se veía rosada e irreal. La observé un rato, preguntándome si de verdad quería seguir adelante.

—¿Y bien? —Hizo un brusco movimiento de la mano hacia mí, nerviosa—. ¿Qué es lo que quiere preguntarme? Me ha despertado después del turno de noche, será mejor que tenga una jodida buena razón.

—El martes 14 de agosto usted entró en la cámara de enfundado de la familia Bancroft e inyectó a un clon de Laurens Bancroft un hipoespray entero de algo. Me gustaría saber qué era, Sheryl.

El resultado fue más dramático de lo que me habría parecido posible. Los rasgos artificiales de Sheryl Bostock se estremecieron violentamente y la mujer retrocedió como si la hubiera amenazado con una porra eléctrica.

—Forma parte de mis deberes habituales —gritó estridentemente—. Estoy autorizada a inyectar sustancias químicas a los clones.

No parecía estar hablando con naturalidad. Parecía como si alguien le hubiera dicho que lo memorizara.

—¿Era sinamorfesterona? —pregunté con calma.

Los sintéticos baratos no se sonrojan o palidecen, pero la expresión de su rostro transmitió el mensaje con la misma eficacia. Parecía un animal asustado, traicionado por su amo.

—¿Cómo lo sabe? ¿Quién se lo ha dicho? —Su voz ascendió hasta un sollozo agudo—. ¡No puede saberlo! ¡Ella dijo que nadie lo sabría!

Se derrumbó en el sofá, llorando entre las manos. Daryl salió de otra habitación al oír a su madre llorar, dudó en la puerta y evidentemente decidió que no podía o no debía hacer nada, porque se quedó allí, observándome con expresión de miedo en la cara. Reprimí un suspiro y le hice un gesto de asentimiento, intentando parecer lo menos amenazador posible. Con cautela, se dirigió al sofá y puso una mano en el hombro de su madre, haciendo que se sobresaltara como si la hubieran golpeado.

Retazos de recuerdos se agitaron en mi interior y sentí que mi propia expresión se volvía fría y lúgubre. Intenté sonreírles a través de la habitación, pero era ridículo.

Me aclaré la garganta.

—No he venido a hacerle nada —dije—. Sólo quiero saber.

Hizo falta un minuto aproximadamente para que mis palabras atravesaran la telaraña del terror y penetraran en la conciencia de Sheryl Bostock. Hizo falta todavía más tiempo para que controlara las lágrimas y levantara la vista para mirarme. A su lado, Daryl acariciaba su cabeza sin mucha convicción. Apreté los dientes e intenté detener los recuerdos de mis once años que invadían mi cabeza. Esperé.

—Fue ella —dijo finalmente.

Curtis me interceptó cuando doblaba el ala marítima de Suntouch House. Tenía el rostro ensombrecido de ira y las manos apretadas a los costados.

—No quiere hablar contigo —me gruñó.

—Aparta de mi camino, Curtis —dije con firmeza—. O saldrás herido.

Sus brazos adoptaron una posición defensiva de kárate.

—He dicho que no quiere…

En ese momento le di una patada en la rodilla y se derrumbó a mis pies. Una segunda patada lo hizo rodar un par de metros por la pendiente, hacia las pistas de tenis. Cuando se paró yo ya estaba encima de él. Le hinqué una rodilla en la región dorsal y le subí la cabeza tirándole del pelo.

—Hoy no tengo un buen día —le dije pacientemente—. Y tú estás empeorándolo. Ahora voy a subir a hablar con tu jefa. Tardaré unos diez minutos, y luego me iré. Si eres prudente, te mantendrás apartado de mi camino.

—Maldito…

Le tiré del pelo con más fuerza y gritó.

—Si vienes detrás de mí, Curtis, te haré daño. Mucho daño. ¿Lo entiendes? No estoy de humor para tramposos estúpidos como tú.

—Déjele en paz, Kovacs. ¿Nunca ha tenido diecinueve años?

Miré por encima del hombro hacia donde Míriam Bancroft observaba con las manos en los bolsillos, vestida con un conjunto ancho, en tonos ocres, que parecía inspirado en los harenes sharianos. Sus largos cabellos estaban recogidos debajo de una banda de tela ocre y sus ojos resplandecían al sol. De repente recordé lo que Ortega había dicho sobre la empresa Nakamura y Míriam Bancroft. «Utilizan su cara y su cuerpo para vender el material». Ahora lo veía, la pose aparentemente despreocupada de la funda de muestra de una casa de modas.

Solté el pelo de Curtis y me eché atrás mientras él se ponía en pie.

—Yo no he sido tan estúpido a ninguna edad —mentí—. ¿Por qué no le dice usted que se aparte? A lo mejor le hace caso.

—Curtis, ve a esperarme en la limusina. No tardaré mucho.

—¿Va a dejarle…?

—¡Curtis! —Había un asombro cordial en su voz, como si hubiera algún error, como si contestarle no estuviera en el menú. El rostro de Curtis enrojeció cuando lo oyó, y se apartó de nosotros con lágrimas de consternación en los ojos. Lo miré alejarse, no muy convencido de si no habría sido mejor golpearle otra vez. Míriam Bancroft debió de leerme el pensamiento.

—Creía que su sed de violencia se había saciado ya —dijo con calma—. ¿Todavía está buscando objetivos?

—¿Quién dice que estoy buscando objetivos?

—Usted lo dijo.

La miré rápidamente.

—No me acuerdo de eso.

—Qué oportuno.

—No, no lo entiende —subí las manos abiertas hacia ella—. No me acuerdo. Todo lo que hicimos juntos ha desaparecido. No tengo esos recuerdos. Están borrados.

Se estremeció como si la hubiera golpeado.

—Pero usted… —dijo entrecortadamente—. Pensé… Parece…

—El mismo —bajé la vista hacia mí, hacia la funda de Ryker—. Bueno, no quedaba mucho de la otra funda cuando me sacaron del mar. Ésta era la única opción. Y los investigadores de la ONU se negaron rotundamente a permitirme otro reenfundado doble. Realmente no los culpo. Ya será bastante difícil justificar lo que hicimos tal como están las cosas.

—Pero ¿cómo…?

—¿Lo decidimos? —Sonreí sin entusiasmo—. ¿Quiere que entremos y hablemos de eso?

Dejé que me llevara de nuevo al jardín de invierno, donde alguien había colocado una jarra y unos vasos de pie alto en la mesa ornamental, debajo de los grupos de hierba-mártir. La jarra estaba llena de un líquido del color de las puestas de sol. Nos sentamos uno frente al otro sin intercambiar palabra o mirada alguna. Se llenó un vaso sin ofrecerme a mí, un detalle insignificante que decía mucho de lo que había ocurrido entre Míriam Bancroft y mi otro yo.

—Me temo que no dispongo de mucho tiempo —dijo, ausente—. Como le he dicho por teléfono, Laurens me ha pedido que vaya a Nueva York inmediatamente. De hecho iba de camino cuando usted llamó.

Guardé silencio, esperando, y cuando terminó de llenarse el vaso me llené yo el mío. Esta acción había sido completamente errónea, y mi gesto de incomodidad lo puso de manifiesto. Ella reaccionó con embarazo al caer en la cuenta.

—Oh, yo…

—No tiene importancia —volví a sentarme y di un sorbo a la bebida. Tenía un toque de picante debajo del dulzor—. ¿Quiere saber cómo lo decidimos? Lo echamos

a suertes. Piedra, papel y tijera. Por supuesto, antes hablamos durante horas. Nos conectaron mediante un foro virtual de Nueva York, a una ratio muy alta, discreción absoluta, mientras tomábamos una decisión. No escatimaron en gastos por los héroes del momento.

Descubrí un matiz de amargura en mi voz, y tuve que pararme para eliminarlo. Eché un trago más largo de mi bebida.

—Como le he dicho, hablamos. Mucho. Pensamos muchas maneras diferentes de decidirnos, quizá algunas ni siquiera eran viables, pero al final siempre acabábamos con lo mismo. Piedra, papel y tijera. Al mejor de cinco. ¿Por qué no?

Me encogí de hombros, pero no fue el gesto despreocupado que había esperado. Todavía intentaba desprenderme del frío que sentía cada vez que pensaba en aquella partida, intentando anticiparme a mí mismo, con mi existencia en juego. El mejor de cinco, y los dos habíamos ganado dos veces. El corazón me golpeaba en el pecho como el ritmo musical del Jerry's Closed Quarters, y la adrenalina llegaba a marearme. Ni siquiera enfrentarme a Kawahara había sido tan duro.

Cuando él perdió la última ronda, piedra contra mi papel, los dos observamos nuestras manos extendidas durante lo que pareció un largo rato. Entonces se levantó con una débil sonrisa y se llevó el pulgar y el índice a la cabeza, a medio camino entre un saludo y una parodia del suicidio.

—¿Quieres que le diga algo a Jimmy cuando lo vea?

Sacudí la cabeza sin palabras.

—Bueno, que tengas una buena vida —dijo, y abandonó la habitación soleada, cerrando la puerta suavemente detrás. Parte de mí seguía gritando por dentro que se había dejado ganar.

Me reenfundaron al día siguiente.

Levanté la vista de nuevo.

—Supongo que se preguntará por qué me he molestado en venir.

—Sí, así es.

—Tiene que ver con Sheryl Bostock —dije.

—¿Quién?

Suspiré.

—Míriam, por favor. No me lo ponga aún más difícil. Sheryl Bostock siente un pánico de muerte, pensando que usted hará que destruyan su pila por lo que sabe. He venido para que me convenza de que está equivocada, porque se lo he prometido.

Míriam Bancroft me miró durante un momento, con los ojos muy abiertos, y luego, convulsivamente, me arrojó su bebida a la cara.

—Hombrecillo arrogante —dijo entre dientes—. ¿Cómo se atreve? ¿Cómo se atreve?

Me limpié el líquido de los ojos y la miré fijamente. Había esperado alguna reacción, pero no aquélla. Me sequé el *cocktail* del pelo.

—¿Cómo dice?

—¿Cómo se atreve a venir aquí diciéndome que esto es difícil para usted? ¿Tiene idea de lo que mi marido está sufriendo en este momento?

—Bueno, veamos —me limpié las manos en la camisa, con el ceño fruncido—. Ahora mismo es el invitado cinco estrellas de una Investigación Especial de la ONU en Nueva York. ¿Cómo calcula que le afectará una separación matrimonial? No puede ser tan difícil encontrar un burdel en Nueva York.

Míriam Bancroft apretó los dientes.

—Es usted muy cruel —susurró.

—Y usted peligrosa —sentí que un poco de vapor se elevaba desde la superficie de mi control—. No fui yo quien golpeó a un niño nonato hasta matarlo en San Diego. No fui yo quien inyectó sinamorfesterona al clon de su marido mientras él estaba en Osaka, sabiendo perfectamente lo que le haría a la primera mujer que se tirara en ese estado. Sabiendo que esa mujer no sería usted, por supuesto. No me extraña que Sheryl Bostock esté aterrorizada. Con sólo mirarla, me pregunto si saldré vivo de esta casa.

—Pare —respiró profunda, estremecidamente—. Pare. Por favor.

Lo hice. Ambos guardamos silencio, ella con la cabeza inclinada.

—Cuénteme lo que ocurrió —dije al fin—. Kawahara me explicó la mayor parte. Sé por qué Laurens se suicidó…

—¿De veras? —Su voz sonaba ya tranquila, pero todavía había huellas de malevolencia en la pregunta—. Dígame, ¿qué es lo que sabe? Que se mató para evitar un chantaje. Que eso es lo que dicen en Nueva York, ¿verdad?

—Es una suposición razonable, Míriam —dije con calma—. Kawahara lo tenía atrapado. Vota en contra de la resolución 653 o enfréntate a una congelación por asesinato. Matarse antes de que la transferencia llegara a PsychaSec era la única manera de evitarlo. Si no se hubiera empecinado tanto en negar que había sido un suicidio, podría haberle salido bien.

—Sí. Si usted no hubiera venido.

Hice un gesto que pareció injustamente defensivo.

—No fue idea mía.

—¿Y la culpa? —dijo en mitad del silencio—. ¿Se ha parado a pensar en eso? ¿Se ha parado a pensar en cómo debió de sentirse Laurens cuando se dio cuenta de lo que había hecho, cuando le dijeron que aquella chica, Rentang, era católica, una chica que nunca podría recuperar la vida, aunque la resolución 653 la obligara a resucitar temporalmente para testificar en contra de él? ¿No cree que cuando se puso la pistola en la garganta y apretó el gatillo estaba castigándose por lo que había hecho? ¿Ha pensado alguna vez que quizá no estaba intentando escapar, como usted dice?

Pensé en Bancroft, dando vueltas a la idea, y no me costó demasiado decir lo que Míriam Bancroft quería oír.

—Es una posibilidad —dije.

Sofocó una carcajada.

—Es más que una posibilidad, señor Kovacs. Olvida que yo estaba allí esa noche. Lo observé desde la escalera cuando llegó. Le vi la cara. Vi el dolor en su cara. Pagó por lo que había hecho. Se juzgó y ejecutó por lo que había hecho. Pagó, destruyó al hombre que cometió el crimen, y ahora un hombre que no lo recuerda, que no lo cometió, vive con la culpa otra vez. ¿Está satisfecho, señor Kovacs?

Los ecos amargos de su voz quedaron absorbidos por la hierba-mártir. El silencio se hizo más denso.

—¿Por qué lo hizo? —pregunté, cuando no mostraba indicio alguno de ir a volver a hablar—. ¿Por qué tuvo que pagar María Rentang las infidelidades de su marido?

Ella me miró como si le hubiera preguntado una importante verdad espiritual y sacudió la cabeza en un gesto de impotencia.

—Fue la única manera de hacerle daño que se me ocurrió —murmuró.

En el fondo era igual que Kawahara, pensé con una ferocidad cuidadosamente controlada. Sólo era otra mat, manejando a las personas no importantes como las piezas de un *puzzle*.

—¿Sabía que Curtis trabajaba para Kawahara? —pregunté en tono apagado.

—Lo supuse. Después —levantó una mano—. Pero no podía demostrarlo. ¿Cómo lo averiguó?

—En retrospectiva. Él me llevó al Hendrix, fue quien me lo recomendó. Kadmin apareció cinco minutos después de que llegara yo, siguiendo órdenes de Kawahara. Demasiado pronto para ser una coincidencia.

—Sí —dijo con frialdad—. Encaja.

—¿Le consiguió Curtis la sinamorfesterona?

Ella asintió.

—A través de Kawahara, imagino. Una cantidad generosa, además. Estaba drogado hasta las cejas la noche que le envió a verme. ¿Le sugirió él que pinchara al clon antes del viaje a Osaka?

—No. Fue Kawahara —Míriam Bancroft se aclaró la garganta—. Tuvimos una conversación inusualmente franca unos días antes. Ahora pienso que debía de estar preparando todo lo de Osaka.

—Sí, Reileen es bastante meticulosa. Era bastante meticulosa. Sabía que existía la posibilidad de que Laurens se negara a apoyarla. Así que usted sobornó a Sheryl Bostock con una visita a la casa de placer de la isla, igual que a mí. Sólo que en vez de jugar con el glorioso cuerpo de Míriam Bancroft como yo, ella se lo ponía. Un puñado de dinero, y la promesa de que podía volver y jugar otra vez otro día. Pobre idiota, estuvo en el paraíso durante treinta y seis horas y ahora es como un yonqui con abstinencia. ¿Pensaba llevarla de nuevo allí?

—Soy una mujer de palabra.

—¿Sí? Bueno, como favor a mí, hágalo pronto.

—¿Y el resto? ¿Tiene pruebas? ¿Piensa contarle a Laurens mi participación en esto?

Me metí la mano en el bolsillo y saqué un disco negro mate.

—El momento de la inyección grabado —dije, sosteniéndolo en alto—. La grabación de Sheryl Bostock dejando PsychaSec y corriendo a reunirse con usted en su limusina, que luego sale en dirección al mar. Sin esto, no hay nada que diga que su marido mató a María Rentang con ayuda química, pero probablemente den por supuesto que Kawahara lo drogó a bordo del *Despistado*. No es una prueba, pero es conveniente.

—¿Cómo lo supo? —Estaba mirando hacia una esquina del jardín, y habló en voz baja y distante—. ¿Cómo llegó a Bostock?

—Intuición sobre todo. ¿Me vio mirar por el telescopio?

Asintió y se aclaró la garganta.

—Pensé que estaba jugando conmigo. Creía que se lo había dicho a él.

—No —sentí una débil punzada de ira—. Kawahara todavía tenía a mi amiga en virtual. Y amenazaba con torturarla hasta volverla loca.

Me miró de soslayo, luego apartó la vista.

—No lo sabía —dijo con calma.

—Sí, bueno —me encogí de hombros—. El telescopio me dijo la mitad. Su marido había estado a bordo del *Despistado* justo antes de matarse. Así que empecé a pensar en todas las cosas desagradables que Kawahara tenía allí arriba, y me pregunté si su marido podría haber sido inducido a quitarse la vida. Químicamente, o con algún tipo de programa virtual. Lo he visto antes.

—Sí. Estoy segura de eso —ahora parecía cansada, a la deriva—. Entonces ¿por qué buscar lo que fuera en PsychaSec y no en el *Despistado*?

—No estoy seguro. Intuición, como he dicho antes. Quizá porque un ataque químico a bordo de un burdel aéreo no me pareció el estilo de Kawahara. Demasiado precipitado, demasiado ordinario. Le gusta jugar al ajedrez, no luchar cuerpo a cuerpo. Le gustaba. O tal vez sólo porque yo no podía acceder al archivo de vigilancia del *Despistado* como al de PsychaSec, y quería hacer algo inmediatamente. En cualquier caso, le dije al Hendrix que entrara e inspeccionara los procedimientos médicos estándar de los clones, y luego buscara cualquier irregularidad. Eso me llevó a Sheryl Bostock.

—Qué astuto —se volvió para mirarme—. ¿Y ahora qué, señor Kovacs? ¿Más justicia? ¿Más crucifixión de mats?

Arrojé el disco encima de la mesa.

—Le dije al Hendrix que entrara para borrar la grabación de la inyección en los archivos de PsychaSec. Como he dicho antes, probablemente den por supuesto que su marido fue drogado a bordo del *Despistado*. La solución más conveniente. Oh, y también borramos su visita a mi habitación de la memoria del Hendrix, por si acaso alguien quisiera investigar lo que dijo sobre comprarme. Por una razón u otra, creo que le debe un par de grandes favores al Hendrix. Dijo que con unos cuantos

huéspedes de vez en cuando bastaría. No le costará a usted mucho, relativamente hablando. Se lo he prometido, más o menos, en su nombre.

No le dije que Ortega había visto la escena del dormitorio, ni cuánto tiempo había tardado en convencerla. Todavía no sabía a ciencia cierta por qué había accedido. En lugar de eso observé el asombro en la cara de Míriam Bancroft durante el medio minuto entero que le llevó alargar la mano y cerrarla en torno al disco. Levantó la vista para mirarme por encima de los dedos apretados cuando lo cogía.

—¿Por qué?

—No lo sé —dije taciturno—. Quién sabe, quizá porque usted y Laurens se merecen el uno al otro. Quizá merece seguir amando a un inadaptado sexual infiel que es incapaz de combinar el respeto y sus apetitos en una misma relación. Quizá él merece seguir sin saber si mató a Rentang por inducción o no. Quizá son iguales que Reileen, los dos. Quizá todos los mats se merecen los unos a los otros. Lo único que sé es que los demás no nos los merecemos —me levanté para irme—. Gracias por la bebida.

Llegué a la puerta…

—Takeshi.

… Y me volví, involuntariamente, en su dirección.

—No es eso —dijo con certeza—. Puede que usted crea todas esas cosas, pero no se trata de eso, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—No, no se trata de eso —asentí.

—Entonces ¿por qué?

—Como he dicho antes, no sé por qué —la miré, preguntándome si me alegraba de no poder recordarlo o no. Suavicé la voz—. Pero él me pidió que lo hiciera si ganaba yo. Era parte del trato. No me dijo por qué.

La dejé sentada a solas, entre la hierba-mártir.

EPÍLOGO

La marea había bajado en Ember, dejando una extensión de arena mojada que llegaba casi a los restos del *Defensor del Libre Comercio*. Las rocas contra las que había encallado el barco estaban al descubierto en las aguas poco profundas de proa, como una emanación fosilizada de las tripas de la nave. Había aves marinas posadas en ellas, chillándose estridentemente unas a otras. Una ligera brisa pasó por la arena formando ondas diminutas en los charcos que habían dejado nuestras huellas. En el malecón, el rostro de Anchana Salomao había sido derribado, intensificando la deprimente desolación de la calle.

—Pensaba que ya te habrías ido —dijo Irene Elliott a mi lado.

—Todavía no sé cuándo me iré. En Harlan están retrasando la autorización de la transferencia. No quieren que vuelva.

—Y nadie te quiere aquí.

Me encogí de hombros.

—No es una situación nueva para mí.

Seguimos caminando en silencio durante un rato. Era una sensación extraña, hablar con Irene Elliott devuelta a su propio cuerpo. En los días anteriores a la intrusión en el *Despistado*, me había acostumbrado a bajar la vista para mirarla a la cara, pero aquella funda rubia de huesos grandes era casi tan alta como yo y tenía un aura de adusta competencia que en los gestos del otro cuerpo sólo asomaba débilmente.

—Me han ofrecido un trabajo —dijo al cabo—. Consultora de seguridad para Mainline Humanos Digitalizados. ¿Has oído hablar de ellos?

Negué con la cabeza.

—Son importantes en la Costa Este. Deben de tener a sus cazatalentos en la comisión de investigación o algo. En cuanto la ONU me amnistió, llamaron a la puerta. Con una buena oferta, cinco de los grandes, si firmaba al momento.

—Sí, es una práctica estándar. Felicidades. ¿Te mudas al Este, o te enviarán el trabajo aquí?

—Probablemente lo haga desde aquí, al menos durante un tiempo. Tienen a Elizabeth en un codominio virtual en Bay City, y es mucho más barato conectarse localmente. El mantenimiento nos cuesta la mayor parte de los cinco mil, y nos imaginamos que pasarán unos años antes de que podamos permitirnos reenfundarla —me dirigió una sonrisa tímida—. Ahora mismo pasamos allí la mayor parte del tiempo. Es a donde ha ido Victor hoy.

—No necesitas excusarlo —dije amablemente—. No creía que quisiera hablar conmigo, de todas formas.

Ella apartó la mirada.

—Es que, ¿sabes?, siempre ha sido muy orgulloso y…

—No tiene importancia —si alguien hubiera jugado con mis sentimientos como yo jugué con los suyos, tampoco me apetecería hablar con él. Me detuve y metí la mano en el bolsillo—. Eso me recuerda algo. Te he traído una cosa.

Ella bajó la vista al anónimo chip de crédito gris de mi mano.

—¿Qué es?

—Unos ochenta mil —dije—. Me imagino que con esto podréis comprar algo fabricado expresamente para Elizabeth. Si escoge pronto y bien, podréis tenerla reenfundada antes de fin de año.

—¿Qué? —Me miró con una sonrisa intermitente, como alguien a quien le han contado un chiste que no está seguro de entender—. Nos lo das… ¿Por qué? ¿Por qué lo haces?

Esta vez tenía una respuesta. Había estado pensando todo el camino desde Bay City esa mañana. Tomé la mano de Irene Elliott y puse el chip en ella.

—Porque quiero que haya algo limpio al final de todo esto —dije con calma—. Algo que me pueda hacer sentir bien.

Durante un momento, siguió mirándome. Entonces deshizo la breve distancia que nos separaba y me rodeó con los brazos con un grito que hizo que las gaviotas más cercanas echaran a volar asustadas. Sentí lágrimas en su cara, pero estaba riendo al mismo tiempo. Le devolví el abrazo con fuerza.

Y durante los instantes que duró, y un poco después, me sentí tan limpio como la brisa que llegaba del mar.

«Uno acepta lo que le dan», dijo Virginia Vidaura, en alguna parte. «Y a veces eso es suficiente».

Tardaron otros once días en autorizar la transferencia que me devolvería a Harlan. Me pasé la mayor parte de ellos en el Hendrix, mirando las noticias y sintiéndome extrañamente culpable por mi inminente partida. Se habían hecho públicos pocos datos de la desaparición de Reileen Kawahara, y por tanto la cobertura resultante era enrevesada, sensacionalista y en buena parte imprecisa. La investigación especial de la ONU seguía siendo secreta, y cuando los rumores sobre la próxima aprobación de la resolución 653 salieron al fin a la luz, no había nada que la relacionara con los sucesos anteriores. El nombre de Bancroft no apareció nunca, ni el mío.

Nunca volví a hablar con Bancroft. Oumou Prescott fue la encargada de hacerme llegar la autorización de la transferencia y el reenfundado en Harlan y, aunque se mostró bastante agradable y me aseguró que los términos del contrato se respetarían al pie de la letra, también me trasmitió el mensaje ligeramente amenazador de que no debía intentar ponerme en contacto con ningún miembro de la familia Bancroft nunca más. La razón que citó Prescott fue la mentira sobre el Jack It Up, el quebrantamiento de mi tan cacareada palabra, pero yo sabía la verdad. La había visto en el rostro de

Bancroft en la sala de investigación cuando los hechos sobre los viajes y las actividades de Míriam Bancroft durante el ataque al *Despistado* salieron a la luz. A pesar de todas sus gilipolleces de mat de ciudad, el viejo cabrón estaba muerto de celos. Me pregunté qué hubiera hecho de haber visto los archivos de alcoba del Hendrix que habíamos borrado.

Ortega me acompañó a la central de Bay City el día de la transferencia, el mismo día que Mary Lou Hinchley fue transferida a un cuerpo sintético para comparecer como testigo en la vista oral sobre el *Despistado*. Había una muchedumbre cantando ante la escalinata del vestíbulo de entrada, frente a un cordón de policías de Orden Público de la ONU con uniforme negro y aspecto sombrío. Las mismas toscas pancartas holográficas que recordaba de mi llegada a la Tierra flotaban sobre nuestras cabezas cuando nos abrimos paso entre el gentío. Arriba, el cielo era de un gris ominoso.

—Malditos payasos —gruñó Ortega, apartando de su camino con un codazo al último de los manifestantes—. Si provocan a esos Opus, lo lamentarán. He visto a esos chicos en acción, y no es agradable.

Pasé junto a un joven con la cabeza afeitada que con una mano lanzaba violentos puñetazos al cielo y con la otra sostenía uno de los generadores de la pancarta. Tenía la voz ronca y parecía sumido en un trance frenético. Me uní a Ortega más allá de la multitud, un poco jadeante.

—No están lo bastante organizados para constituir una auténtica amenaza —dije, levantando la voz para competir con los cánticos—. Sólo hacen ruido.

—Sí, bueno, eso nunca detuvo a los Opus. Probablemente rompan unas cuantas cabezas, sólo por cuestión de principios. Menudo follón.

—Es el precio del progreso, Kristin. Tú querías la resolución 653 —señalé con un gesto el mar de rostros enfadados de abajo—. Ahí la tienes.

Uno de los antidisturbios, con casco y protectores, rompió filas y se dirigió a nosotros, con la porra eléctrica ligeramente levantada en la mano. En el hombro de la chaqueta lucía un galón rojo de sargento. Ortega le enseñó la placa y, después de una breve conversación a gritos, nos dejó subir. El cordón se abrió para nosotros y atravesamos las puertas dobles para entrar en el vestíbulo. Era difícil decir qué era más uniforme y mecánico, las puertas o las figuras sin rostro vestidas de negro que montaban guardia ante ellas.

Dentro la atmósfera era tranquila y oscura, y el resplandor mortecino de las nubes de tormenta entraba por los paneles del techo. Miré los bancos desiertos que me rodeaban y suspiré. No importa de qué mundo se trate, no importa lo que hayas hecho allí, bueno o malo, siempre lo abandonas de la misma manera.

Solo.

—¿Necesitas un minuto?

Negué con la cabeza.

—Necesito una vida entera, Kristin. Y a lo mejor algunos minutos más, después.

—Intenta mantenerte al margen de los problemas, tal vez lo consigas —había un conato de humor flotando en su voz, como un cadáver en una piscina, y debió de darse cuenta porque se calló de golpe. Una incomodidad cada vez mayor se interponía entre nosotros, algo que había empezado en cuanto me reenfundaron en el cuerpo de Ryker para las vistas orales a tiempo real del comité. Durante la investigación habíamos estado demasiado ocupados para vernos mucho, y cuando el juicio terminó al fin y todos volvimos a casa, la sensación había pervivido. Nos habíamos acostado en unas pocas ocasiones, intensas pero sólo superficialmente satisfactorias, e incluso eso se había interrumpido cuando fue evidente que Ryker iba a ser absuelto y puesto en libertad. El deseo compartido que nos había unido estaba fuera de control, había empezado a ser peligroso, como la llama de un farol destrozado, e intentar aferrarse a él sólo podía hacernos daño.

Me volví y le dirigí una débil sonrisa.

—Que me mantenga al margen de los problemas, ¿eh? ¿Eso es lo que le dijiste a Trepp?

Fue un golpe cruel, y yo lo sabía. A pesar de todo, parecía que Kawahara sólo había conseguido rozarla con el rayo aturdidor. La pistola de agujas, lo recordé cuando me lo dijeron, estaba en posición de dispersión mínima cuando entré para enfrentarme a Kawahara. Fue pura suerte que la dejara así. Cuando el equipo forense de la ONU, al que habían llamado rápidamente, llegó al *Despistado* para recoger pruebas bajo la dirección de Ortega, Trepp había desaparecido, igual que el arnés gravitatorio que yo había dejado en la torreta de observación meteorológica al subir a bordo. No sabía si Ortega y Bautista habían decidido dejar libre a la mercenaria debido al testimonio que podía aportar sobre el *Rosa de Panamá,* o si Trepp había desaparecido de la escena antes de que llegara la policía. Ortega no me había dado información y no quedaba lo suficiente entre nosotros como para preguntárselo directamente. Ésta era la primera vez que hablábamos de ello.

Ortega me miró con el ceño fruncido.

—¿Me estás pidiendo que os equipare?

—No te estoy pidiendo que hagas nada, Kristin —me encogí de hombros—. Pero en lo importante, no veo mucha diferencia entre ella y yo.

—Si sigues pensando así, para ti nunca cambiará nada.

—Kristin, nunca cambia nada —señalé a la multitud con el pulgar—. Siempre habrá imbéciles como ésos, tragándose dogmas enteros para no tener que pensar por sí mismos. Siempre habrá personas como Kawahara y los Bancroft pulsando teclas y sacando beneficios del programa. La gente como tú garantiza que la partida se desarrolle sin sobresaltos y que las reglas no se rompan demasiado a menudo. Y cuando los mats quieran romperlas, se recurrirá a gente como Trepp y yo para actuar. Ésa es la verdad, Kristin. Es la verdad desde que nací hace doscientos cincuenta años y por lo que he leído en los libros de historia, nunca ha sido de otra manera. Lo mejor es hacerse a la idea.

Ella me miró durante un momento, manteniendo sus sentimientos bajo control, y luego asintió como si hubiera tomado una decisión interna.

—Siempre quisiste matar a Kawahara, ¿verdad? Esa confesión idiota fue sólo para que yo te acompañara en el viaje.

Era una pregunta que me había hecho muchas veces, y seguía sin tener una respuesta clara. Me encogí de hombros otra vez.

—Merecía morir, Kristin. Merecía la Muerte Real. Es lo único que sé con certeza.

Sobre mi cabeza, un suave golpeteo sonó en los paneles del techo. Eché la cabeza atrás y vi unas estrellas húmedas en el cristal. Estaba empezando a llover.

—Tengo que irme —dije con calma—. La próxima vez que veas esta cara, no seré yo el que la lleve, así que si quieres decir algo…

El rostro de Ortega se estremeció casi imperceptiblemente cuando lo dije. Me maldije por haber creado aquella situación incómoda e intenté cogerle la mano.

—Mira, si te sirve de ayuda, nadie lo sabe. Bautista probablemente sospecha que estuvimos juntos, pero nadie lo sabe de verdad.

—Lo sé yo —dijo bruscamente, sin darme la mano—. Lo recuerdo yo.

Suspiré.

—Sí, yo también. Vale la pena recordarlo, Kristin. Pero no permitas que te joda el resto de la vida. Ve a buscar a Ryker, y pasa a la pantalla siguiente. Eso es lo que importa. Oh, sí —busqué en el abrigo y extraje un paquete de cigarrillos arrugado—. Y puedes quedarte con esto. Ya no los necesito, ni él tampoco, así que no dejes que vuelva a empezar. Eso me lo debes, por lo menos. Asegúrate de que sigue sin fumar.

Ella parpadeó y me besó de repente, en algún lugar entre la boca y la mejilla. Fue una imprecisión que no intenté corregir en un sentido u otro. Me volví antes de poder ver si iba a llorar y me dirigí a las puertas del otro extremo del vestíbulo. Miré atrás una vez, al subir los escalones. Ortega seguía allí, abrazándose a sí misma, mientras observaba mi partida. A la luz mortecina de las nubes de tormenta, estaba demasiado lejos para ver su rostro con claridad.

Por un momento sentí un dolor en mi interior, algo tan profundamente arraigado que supe que arrancármelo sería destruir la esencia de lo que me mantenía vivo. El sentimiento se intensificó y repicó como la lluvia detrás de mis ojos, creciendo como el tamborileo en los paneles del techo y el agua que chorreaba por el cristal.

Entonces lo reprimí.

Me volví de nuevo al siguiente escalón, hallé una risita en algún lugar de mi pecho y la expulsé con una tos. La risita aumentó y se convirtió en risa, si podía llamarse así.

Pasa a la pantalla siguiente.

Las puertas aguardaban arriba, y tras ellas la transferencia.

Todavía intentando reír, las atravesé.

RICHARD MORGAN. Nació en 1965 en Londres (Reino Unido), y creció en Hethersett, un pequeño pueblo del condado rural inglés de Norfolk. Tras licenciarse en historia en la Universidad de Cambridge, intentó viajar y ganarse la vida como escritor, pero las dificultades de la empresa lo llevaron a decidirse por enseñar inglés en el extranjero. Trabajó como profesor de idiomas en Estambul y en Madrid, donde conoció a su pareja; después de catorce años en la enseñanza ha fijado su residencia en la ciudad escocesa de Glasgow.

Se profesionalizó como escritor tras la aparición de *Carbono alterado*, cuyos derechos de adaptación cinematográfica fueron adquiridos por la Warner Bros, productora que más recientemente se ha hecho también con los de *Leyes de mercado*. Ha colaborado como guionista con Bill Sienkiewicz en dos miniseries para Marvel Comics.

Notas

[1] Gi: Uniforme de entrenamiento de artes marciales (N. del editor). <<

[2] Espadartes: Especie de ballena asesina originaria de Harlan (N. del editor). <<